JOHN KAMPFNER

RICOS

DE LA ESCLAVITUD A LOS SUPERYATES. DOS MIL AÑOS DE HISTORIA



JOHN KAMPFNER

RICOS

Desde la esclavitud a los superyates. Dos mil años de historia

Traducción del inglés:
Paz Pruneda

la esfera de los libros

A mis padres, Betty y Fred.

AGRADECIMIENTOS

Siento como si hubiera vivido y respirado a los superricos durante dieciocho meses, aunque no literalmente, me apresuro a añadir. De hecho, la mayoría de los protagonistas hace tiempo que han muerto. Recientemente se ha publicado una buena cantidad de libros sobre las costumbres de los ricos modernos. Para mí, la fascinación de este proyecto residía en la historia y en sus vínculos con los tiempos contemporáneos.

Mi principal referente para las primeras etapas de la investigación ha sido la Biblioteca Británica, bajo la excelente dirección de Roly Keating. Más tarde, viajé a un buen número de las ubicaciones mencionadas y, en cada ocasión, recibí una amistosa cooperación por parte de académicos y otros expertos. En Londres y Florencia, la doctora Serena Ferente, profesora de Historia Medieval Europea en el King's College de Londres, me proporcionó una gran percepción de la dinastía Médici. En la ciudad holandesa de Hoorn, pasé un valiosísimo tiempo con Ad Geerdink, director del Museo Westfries, cuyo encuentro organizó la embajada holandesa en Londres. También recibí un impulso muy útil de Jur van Goor, el biógrafo de Jan Pieterszoon Coen, y del doctor Jan-Emmanuel de Neve, de la LSE y el London University College.

En Versalles, el conservador jefe, Bertrand Rondot, me llevó a un fascinante recorrido tras las bambalinas del ostentoso mundo de Luis XIV. En la Villa Hügel, en Essen, pasé un día muy fructífero en el archivo histórico de Krupp, donde su director, el profesor Ralf Stremmel, y el doctor Heinfried Voss fueron unos amables y solícitos anfitriones. Gracias también a Agnes Widmann por organizarlo. En la Universidad de York recibí asistencia de la doctora Sethina Watson en mi búsqueda de Alan Rufus y los normandos. Muchas gracias a Nik Miller de la universidad por organizar mi visita. En la cercana

Richmond, la historiadora local Marion Moverley fue muy amable al hacerme un recorrido por el castillo. Mi último viaje fue a Trujillo, la encantadora pequeña ciudad de Extremadura de la que Francisco Pizarro y otros conquistadores partieron. En esa región tuve muy agradables encuentros con Hernando de Orellana Pizarro, José Antonio Ramos Rubio y Josiane Polart Plisnier. Todo mi agradecimiento para Nuria Agulló por acompañarme y organizar una estupenda estancia.

El doctor Henrick Mouritsen, profesor de Historia Romana en King's, me dedicó una gran cantidad de su tiempo para el trabajo sobre Marco Licinio Craso y la República de Roma. Caroline Daniel, del *Financial Times*, ha sido una asidua consejera en toda la parte moderna. John Arlidge, del *Sunday Times*, un animado y revelador guía sobre los Emiratos Árabes Unidos y el resto de los capítulos contemporáneos, mientras Luke Harding, del *Guardian*, me ayudó con los oligarcas rusos y Mali. La escritora y apasionada de África, Michela Wrong, me proporcionó valiosos conocimientos sobre el Congo y Mobutu. Para China, estoy en deuda con Jonathan Fenby por sus consejos, además de con Jamil Anderlini, jefe de la oficina del *Financial Times* en Beijing, y Rupert Hoogewerf sobre el Informe Hurun en Shanghai. Para conocimientos generales sobre la riqueza, ¿quién mejor que Philip Beresford, un veterano recopilador de la lista de los ricos del *Sunday Times*?

Tres amigos y especialistas me concedieron una generosa parte de su tiempo en Navidad y Año Nuevo de 2013 para leer el primer borrador del texto completo: el periodista económico David Wighton (antiguo empleado en *FT* y *The Times*), el profesor Conor Gearty de la London School of Economics y Mark Easton, editor de la BBC. Sus ideas y sugerencias han sido inestimables. Además leyeron versiones posteriores. Les estoy profundamente agradecido.

Este libro no habría sido posible sin el esfuerzo de mis dos investigadores. Elly Robson realizó un gran trabajo durante el primer

año, y mi mayor agradecimiento de todos es para Edd Mustill, quien ha estado profundamente involucrado en el proyecto desde el principio hasta el final, siempre a mano y atento para mantener la precisión y descubrir nuevos ángulos. No puedo menos que recomendar vivamente su trabajo.

Más de una década después de la publicación de *Blair's Wars* (Las guerras de Blair) tuve el gran placer de formar equipo de nuevo con Andrew Gordon. Mi antiguo editor en Simon & Schuster es ahora mi agente en David Higham Associates, y parece como si hubiéramos continuado donde lo dejamos. La mayor contribución de Andrew esta vez fue ponerme en contacto con Little, Brown y su director de publicaciones, Richard Beswick. Richard ha sido un editor inspirador, dándome ánimos y sugiriendo mejoras en igual medida, mientras el trabajo progresaba.

Y por último, pero no menos importante, gracias, como siempre, a mi familia por su paciencia y buen humor, especialmente durante las últimas etapas de la escritura cuando asumí todos los atributos de un eremita. Mi mujer Lucy también leyó un buen número de borradores, proporcionándome ideas frescas y sabios consejos hasta el final. De modo que para Lucy y mis dos hijas, Constance y Alex, esto va por vosotras.

PRÓLOGO

«Ningún hombre es lo bastante rico como para comprar su pasado».
OSCAR WILDE

Esta no era una langosta cualquiera. Era un enorme crustáceo de tamaño gigante que parecía tener dificultades para encajar en mi plato de fina porcelana china. Frente a mí, la esposa de un diplomático inglés sonreía nerviosamente, compartiendo mi ansiedad sobre cómo atacar ese difunto monstruo marino. Estábamos en 1992, en mi primer compromiso social con un oligarca ruso. Vladimir Gusinky y su esposa, Elena, habían invitado a cenar a un pequeño grupo a su apartamento de Moscú, justo al final de la calle donde se erigía la mayor estatua de Lenin, en la plaza Octubre. Los camareros, ataviados con pajarita, se movían a nuestro alrededor con excesiva cortesía, rellenando constantemente nuestras copas con un Chablis Gran Reserva.

Rusia estaba cambiando a ojos vistas. Un pequeño puñado de escogidos se estaba haciendo rico más allá de sus mejores sueños. Desde tan solo uno o dos años antes, los papeles se habían invertido. Aunque lo mejor que podía ofrecer por entonces a mis invitados era una lata de Heineken, adquirida previo pago en dólares en una tienda exclusiva para extranjeros, sabía que como parte del pequeño y acomodado grupo de expatriados, yo era objeto de envidia. Hacia mediados de esa década, de nuevo de vuelta en Londres, fui testigo de la gradual invasión de la primera generación de Nuevos Rusos. Algunos de esos amigos míos, ahora solían picotear desdeñosamente la comida del chef Gordon Ramsey, dejando la mayor parte del plato intacto solo para exhibirse, o participaban en la conversación para comentar su último y largo fin de semana en Cap Ferrat.

De ahí nació mi fascinación personal por esos superricos globales, por su estilo de vida, pero, sobre todo, por su psicología. Pero empecemos por el principio: debemos admitir que estamos obsesionados con los superricos. Envidiamos y abominamos por igual su modo de vivir. Decimos que odiamos lo que han hecho a la sociedad, pero nos encanta leer sobre ellos en las revistas de papel cuché y catalogar sus éxitos en listas.

¿Cómo ha logrado esa gente su éxito, suponiendo que éxito sea el término adecuado para la súbita acumulación de riqueza? ¿Por qué parece que están bendecidos? ¿Acaso son más listos, más decididos o simplemente más afortunados que el resto de los mortales? ¿Es su actual acumulación de riqueza diferente a la de aquellos que surgieron antes que ellos? Todos aquellos culpables de la crisis económica y de expandir el desequilibrio, aún continúan viviendo en su mundo paralelo, disfrutando de sus dividendos, viajando en sus jets privados a sus islas privadas, mientras reparten míseras migajas disfrazadas de filantropía. Creemos que en esta segunda década del tercer milenio d. C. estamos viviendo una excepcionalmente dividida y desigual era. Pero ¿es cierto? Por todos esos motivos, decidí investigar y hurgar en el pasado —remontándome hasta dos mil años atrás— en busca de respuestas.

Empezando por la antigua Roma y continuando por la conquista normanda, el imperio de Mali, los banqueros florentinos y los grandes comerciantes europeos, esta historia culmina con los oligarcas de las modernas Rusia y China y las élites de Silicon Valley y Wall Street. Desde los tiempos remotos hasta la actualidad, a lo largo de periodos de estabilidad o de desmesura y decadencia, los ricos han tenido más en común de lo que pensamos. Por cada Roman Abramovich, Bill Gates y el jeque Mohamed, hay un Alfred Krupp y un Andrew Carnegie. Los superricos del siglo XXI no son una rareza en la historia y pueden dar las gracias a sus predecesores por haberles enseñado bien la lección.

Pero ¿cómo se hace rica la gente? Lo hacen por medios honrados o deshonestos, por iniciativa empresarial, robo o herencia. Crean mercados y los manipulan. Desbancan a la competencia o la eliminan. Ganan o compran su influencia entre los líderes políticos y las élites sociales e intelectuales. Durante más de un siglo, la política americana no ha ocultado ese estrecho vínculo; es más, se congratula de ello. Cuanto más generoso es el donante de fondos, más obligados están los políticos para con él. Un ejemplo de ello es la cena benéfica en memoria de Alfred E. Smith, un exclusivo evento de etiqueta celebrado en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York para recordar al primer candidato católico a la presidencia del país. A nadie que tenga aspiraciones a la Casa Blanca se le ocurriría perdérselo. En octubre del 2000 George W. Bush comentó medio en broma: «Esta es una impresionante multitud de ricos y aún más ricos. Algunos os llaman la élite; yo os llamo mis cimientos». La observación tenía el mérito de ser muy sincera, y podría ser aplicada a muchos líderes globales de todo el mundo a lo largo de más de una era.

Esta es la topografía de los nómadas globales: se mezclan con un reducido grupo de personas con las que comparten una misma forma de pensar, enfrentándose unos a otros en las mismas subastas de arte o fraternizando en el yate del otro. Se comparan solo con sus semejantes, lo que a menudo les conduce a la insatisfacción por lo suyo y al convencimiento de que no son lo suficientemente acaudalados o poderosos. Por el contrario, su contraprestación al estado en forma de impuestos es la mínima posible. Refuerzan sus certezas entre sí persuadidos de que su adquisición de riqueza, y su reparto a través de sociedades de beneficencia, les hace merecer un puesto en la cumbre moral suprema donde se toman las decisiones globales. Lloyd Blankfein, el presidente ejecutivo de Goldman Sachs, hablaba en nombre de muchos de su grupo cuando realizó la famosa declaración según la cual estaba haciendo «el trabajo de Dios».

Pero, por encima de todo, los ricos son compulsivamente competitivos a la hora de hacer dinero y gastarlo. El primer paso tras la adquisición de riquezas es la ostentación. La opulencia se ha manifestado de formas muy diferentes a lo largo de los años, sin embargo, la psicología subyacente apenas ha cambiado. En lugar de esclavos, concubinas, oro y castillos de los tiempos antiguos y medievales, léase jets privados, islas de vacaciones, equipos de fútbol o béisbol de la era contemporánea. Para algunos con eso es suficiente. Se esconden de los focos, ocultándose tras los altos muros de sus mansiones, disfrutando, ellos y su pequeña camarilla de amigos y adláteres, de un discreto lujo.

En una fase temprana intervienen las leyes de gravedad. Cuanto más rico seas, más rico te volverás. Y por esa misma regla, cuanto más pobre seas, más fácil es que caigas aún más bajo. Los asesores de inversiones dicen que conseguir los primeros diez millones es la parte más dura. Una vez alcanzada esa cota, los regímenes de exención de impuestos, abogados y reguladores harán el resto. Los mejores cerebros siguen el dinero, de modo que esos reguladores, que se llevan una fracción de los beneficios, no suponen un problema para ellos. Los plutócratas exhortan al estado para que no se les eche encima y, sin embargo, cuando las cosas se ponen feas, el estado es invariablemente su mejor amigo, avalando a bancos y a otras instituciones consideradas «demasiado importantes para caer». Los beneficios son privatizados, las deudas socializadas.

Tal y como ha señalado el economista americano Joseph Stiglitz: «Gran parte de la desigualdad actual se debe a la manipulación del sistema financiero, posibilitada por los cambios en las normas que han sido compradas y pagadas por la propia industria financiera, una de las mejores inversiones posibles».

Hoy en día, al igual que en siglos pasados, los símbolos identificativos del estatus ya no son suficientes. Una vez saciada el hambre de riquezas, necesitan más. Algunos (aunque no muchos) se

postulan para cargos políticos. Cabe pensar en Silvio Berlusconi por ejemplo, que ha seguido los pasos de Marco Licinio Craso. Sin embargo, una vía más segura y utilizada es la del hombre de negocios/banquero que sigue ejerciendo influencia desde una posición secundaria —no en secreto, pero tampoco a plena vista—. Pensemos por ejemplo en Cosme de Médici y, en igual medida, en todos aquellos que han adquirido riquezas y notoriedad pública en estos últimos tiempos, desde banqueros a empresarios o magnates de Internet. Un puesto en una comisión gubernamental o en alguna institución cultural les proporciona la respetabilidad que tanto ansían, pero también el deseado reconocimiento de su trabajo.

La riqueza rara vez compra la paz mental. Los nuevos superricos están consumidos por lo que sucederá a posteriori con sus fortunas, temiendo por sus legados y por sus hijos. ¿Estará el dinero acumulado seguro en sus manos? ¿Podrá echarse a perder la posición social que tanto les costó adquirir? ¿Se erigirán estatuas con su imagen?

Todos quieren ser recordados por algo más que su fortuna.

Lo que más les importa sin embargo es su reputación. Esas fortunas contemporáneas emplean un auténtico ejército para cuidar de su «marca» y depurar cualquier hecho inconveniente de su pasado. Los límites entre la actividad depredadora y productiva, entre lo legalmente corrupto y lo moralmente corrupto son, a menudo, difíciles de distinguir. Se contratan abogados para luchar contra la difamación; profesionales de las relaciones públicas para moldear el mensaje. Las agencias de expertos en gestionar las crisis son un negocio en alza que ayuda a distraer la atención de pasadas travesuras de juventud durante su búsqueda de oro. Académicos y amigos en los medios difunden el evangelio. «Un liderazgo meditado» conlleva un precio. Cuanto más sombrío es el camino que conduce a la riqueza —desde el empleo de cárteles y una discreta presión, hasta la violencia pura y dura—, más decidido está el

milmillonario a convertirse en un pilar de las nuevas clases dirigentes, emulando los modos y costumbres de aquellos que se hicieron ricos antes que ellos. En la antigüedad, era fundamental formar un ejército. Más tarde, en la Europa medieval, el papado era el sendero clave para ascender en la escala social. ¿Y ahora? Todos los que se consideran alguien están en Davos, o en las conferencias secretas de Bildeberg o en una boda social en la campiña inglesa, preferiblemente con algún miembro joven de la realeza entre los invitados. Las galerías de arte y las obras de caridad proliferan ante la munificencia de los acaudalados. El éxito social está casi asegurado. Las nuevas élites que emergen se unen a las ya establecidas. El dinero antiguo fue, en su día, dinero fresco.

Con todos los resortes a su disposición, los pocos que van a dar con sus huesos en la cárcel o son rechazados socialmente pueden ser considerados como estrepitosos fracasos. Situarse en el lado equivocado de la ley o en las élites mutuamente reforzadas de poder conlleva un trabajo importante. Al menos así es el proceso en vida. Alcanzar reputación tras la muerte, o un legado histórico, resulta una empresa mucho más complicada. Pero con un poco de planificación por adelantado también ese objetivo puede ser asequible.

$ $ $

¿A qué me refiero con el término «ricos»? La palabra rico deriva de la misma raíz indoeuropea que genera la palabra celta *rix*, la latina *rex* y la sáncrita *rajah*, que significa «rey». A lo largo de los siglos, en muchas culturas el concepto de riqueza ha estado asociado con la realeza. Es posible que las estructuras formales de la sociedad hayan variado dependiendo de las distintas eras y culturas, pero el vínculo entre el dinero y el rango no lo ha hecho. Ser rico es un término comparativo y muy pocos alcanzan ese estatus. Durante

los distintos períodos de la historia ese privilegio perteneció a la corte, a los comerciantes o, en el siglo XX, a la clase profesional. Sus vidas son más confortables que las de la mayoría, pero tienden a ser totalmente asimiladas por la sociedad. Las personas en las que he centrado mi estudio de los dos últimos milenios son aquellas que han sabido, a través de la acumulación de riqueza y de su modo de vida, destacar del resto. Ellos son, por emplear un término de moda en la actualidad, a quienes llamamos los superricos.

En mayor o menor medida, cada país del mundo tiene su propia «lista de ricos». E incluso algunos países poseen varias. Algunas listas son internacionales. Otras provocan reacciones encontradas entre el público en general y sus integrantes. Sin embargo, todas ellas —desde las más conocidas como la «Lista de ricos» del *Sunday Times* en Inglaterra, o la de *Forbes* en Estados Unidos, o el informe Hurun en China— despiertan fascinación. Bloomberg cuenta con una lista actualizada diariamente en Internet de las doscientas personas más destacadas del mundo. Sus movimientos son rastreados de la misma forma que las cotizaciones de bolsa. Algunas personas están encantadas de aparecer en las listas, tomándose como una ofensa el descenso de categoría. Otras pagan cuantiosas sumas a sus asesores para mantenerse alejadas de la atención pública y consideran cualquier mención a su riqueza como una señal de fracaso. Sin embargo, debemos constatar que los tímidos y retraídos son una reducida y decreciente minoría. Hoy en día resulta mucho más difícil vivir de forma anónima teniendo una gran fortuna y además, ¿por qué querría alguien rechazar los beneficios que acompañan esa notoriedad?

Lo más sencillo es clasificar ateniéndose a una concreta franja temporal —al menos en la parte de los ingresos y activos que son conocidos y declarados—. Sin embargo resulta mucho más complicado hacer la comparación entre generaciones. Otorgar un valor para medir algo ocurrido hace varios siglos no es tarea fácil. Es

importante no concentrarse en simples cifras, sino en lo que su dinero podía comprar en términos de bienes materiales, poder e influencia, algo mucho más difícil de enumerar. La mayoría de las listas aluden a la riqueza absoluta a diferencia de la riqueza relativa, en otras palabras, al poder adquisitivo individual dentro de cada país, y al considerado globalmente.

Este libro no es una lista numérica de los ricos del pasado hasta nuestros días. Muchos, pero no todos, de mis protagonistas figuraban entre los más pudientes de su era, pero no necesariamente ocupaban el primer puesto. Cada uno de ellos cuenta una historia diferente sobre cómo se hace el dinero, cómo se gasta, y cómo se construye y moldea una reputación. Además, sus trayectorias arrojan luz sobre las sociedades de su tiempo y sus propias reacciones ante la riqueza.

El estudio está dividido en dos partes, una más larga referida al «Entonces» y otra más breve para el «Ahora». Cada capítulo histórico cuenta una historia que puede leerse independientemente, identificando temas que vinculan a los superricos de ese período con aquellos de los siglos posteriores y, por supuesto, con los de la actualidad. Algunos capítulos se centran en un solo individuo; otros combinan figuras de su tiempo o casi contemporáneas, o plantean comparaciones con los que vivieron en otro milenio.

Los capítulos contemporáneos han sido diseñados para ser diferentes. Están centrados en grupos: los jeques, los oligarcas y los genios de la tecnología de Silicon Valley, también conocidos como tecno-adictos. Por último, aparecen los banqueros, los creadores de fondos de cobertura y fondos de capital privado, esos villanos de la pantomima acusados de provocar el desplome financiero del 2007 y 2008 que aún se aferran a sus comisiones. Para cuando el lector llegue a estos sujetos modernos, podrá reconocer sin problemas un claro patrón emergente: nada de lo ocurrido durante los turbulentos

últimos años es único en su tiempo. La historia, cuando se trata de los ricos, tiene la costumbre de repetirse a sí misma.

$ $ $

Mi recorrido comienza en el siglo I antes de Cristo. Marco Licinio Craso acuñó su fortuna de forma que haría enorgullecerse al más temerario agente inmobiliario. Con la ayuda de sus esclavos contemplaba impasible cómo los edificios de Roma se prendían fuego, extorsionando a sus propietarios para quedárselos y, luego, reconstruirlos y embolsarse un amplio beneficio. Fue tal su éxito en la especulación inmobiliaria (recordemos la burbuja inmobiliaria o los juicios por desahucio), que Craso acabó siendo el hombre más rico de la República de Roma. Invirtió sus ganancias para comprar poder, convirtiéndose en un pilar de la sociedad; formó alianza con Pompeyo el Grande y «descubrió» a Julio César antes de llegar a su terrible final.

Un ejemplo aún más demoledor de incautación de tierras tuvo lugar mil años después. Uno de los caballeros ingleses más acaudalados de todos los tiempos fue Alan Rufus, también conocido por Alain Le Roux o Alain el Pelirrojo, un hombre largamente olvidado por la historia. Como uno de los hombres de confianza de Guillermo el Conquistador, participó en la batalla de Hastings y en la devastadora campaña del Norte —donde se produjo la masacre de la mayoría de la población del nordeste de Inglaterra—. Sus esfuerzos fueron recompensados con tierras que se extendían desde una punta a otra del país. La historia de Rufus nos habla de la suplantación de una élite por otra y de las recompensas ofrecidas por la lealtad. El uso sistemático de la violencia y la limpieza étnica, en la que Rufus desempeñó un papel primordial, modificaron el

mapa de Inglaterra, creando una clase política y económica que ha prevalecido hasta nuestros días.

Pero como ejemplo de un singular evento de exhibicionismo de riqueza, nada puede equipararse con el peregrinaje de Mansa Musa. El líder del imperio de Mali llevó con él a miles de soldados de infantería y esclavos espléndidamente uniformados para su gran peregrinación a La Meca en 1324. Se gastó tanto oro en el camino que provocó una caída global de su valor. El reinado de Musa combinó la ostentación de sus tesoros con demostraciones públicas de piedad. Riqueza y poder estaban inextricablemente unidos. Sin embargo, transcurridos dos siglos de su muerte, su reino había sido destruido y su nombre borrado de la historia por los europeos, incapaces de imaginar que un hombre africano de color hubiera podido poseer semejantes tesoros.

Pocos recuerdan a Cosme de Médici por sus, cuanto menos, poco éticas prácticas bancarias. En cambio, su lugar en la historia quedó garantizado a través del mecenazgo de grandes artistas y escritores, y la construcción de gloriosas iglesias a principios del Renacimiento florentino. La práctica de prestar dinero, la usura, ya aparecía condenada en la Biblia. No obstante, Cosme de Médici y los distintos papas a los que favoreció llegaron a un acuerdo para salir todos de apuros. La banca y el Vaticano se necesitaban mutuamente y ambos se embolsaban las ganancias al igual que los bancos y los políticos han hecho en el siglo XXI.

El conquistador Francisco Pizarro es un ejemplo de hombre hecho a sí mismo. Hijo ilegítimo de un hidalgo y una criada, acabó acumulando grandes riquezas, aunque no estatus, a través de la adquisición de tierras y recursos en el Nuevo Mundo. El capítulo V trata por tanto de la violencia al servicio de la creación de riqueza, pero también de la tensa relación entre el dinero viejo y el nuevo.

El capítulo VI aborda dos personajes, separados por más de un milenio, para centrarse en las riquezas heredadas por los reyes. Era

tal el monopolio de poder y riquezas del que disfrutaban Luis XIV en Francia y el rey del antiguo Egipto, Akenatón, que construyeron palacios y ciudades para que se pudiera venerar su reinado. En el caso del faraón, creó incluso su propia religión. La supremacía en vida de estos reyes sol semidivinos fue absoluta, pero sus legados se desvanecieron inmediatamente tras su muerte. Ambos casos son un buen ejemplo para ilustrar la historia de los actuales jeques que reinan en el Golfo.

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales fue el primer ejemplo de accionariado capitalista, con pequeños inversores disfrutando desde casa del botín de un lucrativo comercio. El equivalente, en el siglo XVII, a una exitosa primera oferta pública de acciones de nuestros tiempos. Los directivos de la Compañía encontraban las tácticas de su gobernador general, Jan Pieterszoon Coen, demasiado brutales y vulgares para su gusto. Pero el disfrute de las riquezas que esos jóvenes aventureros trajeron pesó más que cualquier duda ética que pudieran haber albergado. Algo más de cien años después, Robert Clive convirtió la Compañía de las Indias Orientales en una fuerza dominante en el comercio global, encumbrando el poder británico sobre el subcontinente durante dos siglos. La afición de Clive por las fruslerías de la riqueza y su fracaso en mostrar arrepentimiento ante el Parlamento, cuando todos los acontecimientos se volvieron contra él, fueron su perdición. El paralelismo con los banqueros del siglo XXI es asombroso.

Alfred Krupp, la figura objeto de análisis del capítulo VIII, era la quintaesencia del emprendedor, convirtiendo una empresa familiar en una corporación global en pleno auge de la Revolución Industrial. Su empresa de acero comerciaba con cualquiera —rusos, británicos, franceses—, pero cuando necesitaba reforzar sus credenciales en su país se plegaba a las demandas patrióticas del káiser. Krupp construyó una ciudad corporativa alrededor de sus fábricas, controlando a sus trabajadores desde la cuna a la tumba. Fue uno

de los primeros practicantes de la «Teoría del goteo» —el efecto de filtración de la riqueza de las capas más altas de la sociedad a las más bajas—. Todos se beneficiaban del éxito de la compañía, pero algunos merecían enriquecerse más que otros.

Es fácil entender por qué los magnates ladrones son vistos como los precursores de los superricos de hoy en día. Habiéndose repartido los ferrocarriles, el acero y la industria petrolífera así como los bancos, crearon un monopolio de imperios de una incontable riqueza disponible solo para unos pocos. Sus fiestas y mansiones constituyen el trasfondo del debate sobre los excesos del siglo XXI. Más intrigantes resultan las similitudes ideológicas, razón por la que me he centrado en Andrew Carnegie en el capítulo IX. Su *Evangelio de riqueza*, que funde las nociones de superioridad genética, libre mercado y filantropía, se ha convertido en lectura obligada para los milmillonarios exprés de la era moderna.

¿Pero qué sucedió en el período posterior a Carnegie, entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el colapso del comunismo? Hay escasos ejemplos destacados de gente superrica en los años cincuenta, sesenta y setenta, un período de intervención estatal y un breve puente sobre la división entre ricos y el resto. En cierta forma, hubo un extraño grupo sobre el que merece la pena detenerse: un puñado de líderes cleptócratas[1] que, bajo la protección americana o soviética, tuvieron libre acceso al saqueo. Entre la espantosa lista de enjoyados dictadores podría haber escogido a Haji Mohamed Suharto en Indonesia, a Ferdinand Marcos en Filipinas o quizá a Anastasio Somoza en Nicaragua. Pero en su lugar, he preferido centrar mi atención en Mobutu Sese Seko del Zaire. Mientras su país se deshacía en pedazos, él construía una pista para su avión privado y palacios de mármol. Mobutu es el ejemplo perfecto de reputación fallida entre los superricos. Su modesta rehabilitación en estos últimos años sugiere que incluso los más carroñeros entre los ricos tienen sus partidarios.

La narración aborda a continuación desde los excéntricos del siglo xx hasta la era contemporánea, la convergencia de la globalización, la tecnología y la hegemonía anglosajona en el libre mercado originada a principios de 1990. Pero en lugar de contar la historia de individuos concretos, he optado por analizar los grupos y sus vínculos con la historia.

Si tienes el capital, ¿por qué no crear tu propio paraíso cultural atrayendo el Louvre y el Guggenheim al desierto? Eso es lo que el jeque que gobierna en Abu Dhabi ha hecho. En Qatar han vuelto además la mirada hacia el arte, pero su método es adquirir la mayor cantidad posible de obras de los grandes maestros a las que puedan echar mano en las subastas, metiendo en el mismo saco por añadidura la organización de la Copa del Mundo de fútbol. Dubai, más presuntuoso que los otros dos emiratos, ha optado por superar a sus vecinos con las construcciones más altas, ostentosas y estridentes del mundo. Pero tras todas estas locuras subyace una intensa ambición. Al igual que Luis XIV y Akenatón, los líderes de estos tres países árabes heredaron la riqueza de una nación, y su propósito es utilizarla para adquirir poder y prestigio. Ya han recorrido un largo camino para alcanzar ese objetivo, pero el colapso que estuvo a punto de asolar Dubai en el 2009 ha demostrado la fragilidad del modelo.

A continuación me he centrado en los pactos urdidos por la nueva clase emergente de superricos en Rusia y China, así como en los autócratas que gobiernan esas naciones. Los rusos, muchos de los cuales amasaron sus fortunas a lo largo de los años noventa, cuando los recursos naturales de su país fueron privatizados a precio de ganga, se vieron forzados a lograr un acuerdo con el presidente Putin. Los términos no escritos del mismo permiten a los oligarcas hacer tanto dinero como deseen mientras no interfieran en la política y se aseguren de que la camarilla de líderes y otros importantes oficiales reciban su parte de las inmensas ganancias. En China, el

control del Partido Comunista sobre los nuevos capitalistas es más formal. Aquellos que siguen las reglas de juego pueden disfrutar de lujos ilimitados en su país y en el extranjero, imponiendo un nuevo nivel de obediencia a los agentes estatales, abogados y asesores financieros en Londres y Nueva York.

Pero las historias más románticas respecto a la creación instantánea de riqueza sin duda corresponden a los tecno-adictos. El variopinto escuadrón de ingenieros informáticos y matemáticos americanos se ha convertido en un «quién es quién» en el área de innovación emprendedora, ayudados por prácticas de monopolio y, en un principio, cualquier tipo de triquiñuela legal a medida que sus compañías se trasladaban desde un garaje particular a la sala de juntas, símbolo del capitalismo. Los esquemas para evadir impuestos que han salpicado tanto la reputación corporativa como personal se basan en algo más que en el deseo de obtener el máximo beneficio. Al igual que los magnates ladrones, los milmillonarios de hoy en día han llegado a creer que son los más indicados para gastar el dinero que han escamoteado de los impuestos del estado. Los titanes de Internet están convencidos de que el mismo poder mental que produjo la invención tecnológica puede ser transferido para resolver algunos de los problemas mundiales más irresolubles de salud y pobreza

La última parada de este relato de los superricos a lo largo de los años está dedicada a esos villanos de pantomima: los banqueros. No solo muchos de los protagonistas han resultado ser ineficaces en sus trabajos, sino que también han demostrado una notable ineptitud a la hora de gestionar sus reputaciones. El hecho de acabar en el puesto inferior de la jerarquía, por debajo de los oligarcas, lo dice todo. La arrogancia y codicia que desembocó en la crisis financiera global fue rápidamente reemplazada por la autocompasión. Mientras algunos eran obligados a dimitir (el golpe suavizado por la extraordinaria fortuna acumulada), unos pocos parecen bendecidos

por la autoconsciencia requerida para explicar sus acciones. Y sin embargo, es posible que no todo esté perdido. Un buen número de figuras del mundo de la banca ha regresado a la palestra para ocupar puestos presidenciales y ministeriales de primera línea. Y en cuanto a la opinión pública, la historia sugiere que también eso se irá amortiguando a medida que la economía se recupere y la memoria se diluya. No importa lo mal que lo hagan, los ricos normalmente pueden asegurar su rehabilitación... si se concentran intensamente en la tarea.

$ $ $

Las opciones que propongo pueden ser leídas como historias individuales. Aunque también constituyen casos de estudio diseñados para vincular el presente con el pasado. Cada uno de ellos representa tanto una era como un tema, desde la apropiación de la propiedad y su uso para la autoveneración, al papel jugado por la religión, el arte y la filantropía a la hora de impartir la bendición, a la noción de las clases, la conquista y la aceptación, a los cárteles, la industrialización y el robo en su modalidad más clásica. Entonces, ¿por qué he elegido a estos sujetos y no las otras muchas alternativas que tenía para escoger?

Es posible que muchos lectores hayan confeccionado su propia lista. Me despierta mucha curiosidad saber a quiénes habrían incluido y porqué. Entre las figuras históricas, se cree que el monarca más rico ha sido el zar de Rusia Nicolás II. Cuando la dinastía Romanov fue aplastada por la Revolución Rusa, la riqueza de la familia estaba estimada en torno a los 45.000 millones de dólares (en valor actualizado). La suya fue sin duda la fortuna más considerable y magnífica, si bien estaba destinada más a la acumulación que a algún propósito mayor. En su lugar, escogí a Luis

XIV, el Rey Sol, debido a los paralelismos entre los tiempos antiguos y modernos.

En cuanto a los banqueros, la figura del alemán Jakob Fugger, que vivió en el siglo XVI, podría haber proporcionado una alternativa del hombre medieval acaudalado y filántropo, al llevar a cabo el primer proyecto social de viviendas. Asimismo podría haber optado por Thomas Guy, un rico propietario de desembarcaderos y comerciante de carbón que trataba cruelmente a sus trabajadores incluso para los estándares del siglo XVII en Londres y que, sin embargo, dejó un gran legado para los pobres y enfermos, incluyendo un hospital que aún lleva su nombre. Otra alternativa podría haber sido Alfred Nobel, el químico sueco que, después de hacer su fortuna con la invención de la dinamita, se dedicó a fundar los premios que llevan su nombre. Desde el punto de vista de la longevidad, podría haber elegido a los Rothschild. Pero ninguno, bajo mi punto de vista, puede igualar a Cosme de Médici con su brillante y blanqueada reputación.

En cualquier disertación sobre el dinero y el poder, la oferta de candidatos entre los superricos emperadores y reyes no es precisamente escasa. Por su cruda brutalidad, se llevaría la palma Gengis Khan. Y entre los antiguos, Craso —quien a veces ha sido confundido con Creso, el rey de Lidia e inventor de las monedas en el siglo VI a. C., de quien deriva la expresión «tan rico como Creso»—. Sin embargo, la avaricia de Craso como magnate inmobiliario, político, conspirador e intrigante, presenta demasiados paralelismos modernos como para ser ignorado.

No he escrito ningún capítulo sobre los vástagos empresarios del siglo XX, tales como Henry Ford u otros grandes fabricantes de automóviles, o Richard Branson, que consiguió sus primeros 1.000 millones en el mundo de la aviación. El apoyo de Ford a Hitler fue una terrible mancha para el nombre familiar, pero la relación entre riqueza y dictadura está extensamente tratada en el capítulo de la

dinastía Krupp y en la mención de varios déspotas a lo largo del libro. Podría haber dedicado un apartado al magnate naviero Aristóteles Onassis, o a John Paul Getty, empresario del petróleo que fundó una de las mayores galerías de arte privadas del mundo. Tampoco he abordado algunos de los llamativos multimillonarios de la posguerra británica tales como *Tiny* Rowland, Robert Maxwell y Mohamed al-Fayed. Por muy coloristas y controvertidas que estas figuras hayan sido, y por mucha influencia que hayan tenido en políticos concretos, no han conseguido penetrar en cada uno de los rincones de la toma de decisiones públicas del mismo modo que lo han hecho los banqueros contemporáneos, los oligarcas y los gigantes de Internet.

Volviendo a nuestros días, podría haberme centrado en famosos futbolistas o estrellas de la canción, una categoría especial cuyos astronómicos contratos y acuerdos publicitarios han sido aceptados por el público, al igual que sus conflictivas y trasnochadas payasadas. También podría haber examinado a algunos de los grandes directores ejecutivos, tales como los hermanos Koch o Sam Walton, fundador del famoso Walmart en Estados Unidos. Su contribución a la creación de riqueza —tirando de hilos políticos y forzando los bajos costes laborales para incrementar los márgenes de beneficio— está detallada en otro apartado, no muy lejos de la historia de Amazon. En cuanto a los inversores, George Soros aparece mencionado de pasada, mientras que la generosa aproximación a la filantropía de Warren Buffett forma parte de mi reflexión sobre Bill Gates y la creación de su fundación.

Me he centrado menos en los creadores de fondos de cobertura y de capital privado y más en los bancos porque ocupan un lugar más visible en la debacle financiera. Uno de esos «fondistas» que no aparece en el capítulo XIV merece ser mencionado aquí. La decisión de John Paulson de comprar derivados financieros contra millones de dólares de hipotecas por debajo de su valor antes de que el mercado

se colapsara en el 2007, le hizo ganar casi 4.000 millones de dólares transformándolo de un obscuro agente inversor a una leyenda financiera. Cuando se descubrió su nombre, él continuó impasible, especialmente cuando todo salió mal (para algunos) con el desplome. Paulson se sintió ofendido cuando salió a la luz que sus ingresos anuales eran el equivalente al salario de ochenta mil enfermeras. «A la mayoría de las jurisdicciones les gustaría tener compañías con tanto éxito como la nuestra ubicadas en su territorio. Nosotros decidimos quedarnos y en consecuencia, ya se sabe, "recibir las bofetadas". Estoy seguro de que si quisiéramos trasladarnos a Singapur, nos extenderían la alfombra roja para recibirnos», declaró. Ese punto es crucial. Prácticamente la gran mayoría de los gobiernos compiten para atraer a sus países a los superricos y su lucrativa microeconomía. Si no es Nueva York, Londres o Singapur, por qué no Bombay, Río de Janeiro, Dubai o Ciudad de México, ya puestos, ya que esta última parece estar moviéndose ágilmente para convertirse en un hospitalario lugar de acogida para los superricos.

Lo que nos lleva a Carlos Slim. La reciente ascensión del magnate de las telecomunicaciones mexicanas al puesto del hombre más rico del mundo merecía aparecer en la conclusión del libro y preguntarnos por qué toleramos algunas formas de riquezas y no otras. Para muchos, en los países de Occidente que han sufrido durante la última recesión, la hostilidad hacia los superricos está basada en un cierto esnobismo e incluso racismo —al igual que sucedía hacia Mansa Musa y el imperio de Mali—. La visión de los rusos, chinos o mexicanos ascendiendo de esa forma es vista, por muchos de los occidentales, como una afrenta que desafía las nociones establecidas sobre quién tiene ese derecho. Un aspecto llamativo de esta era actual no es tanto la existencia de los superricos, sino el hecho de que existan en prácticamente todos los

países. Son un fenómeno ciertamente global cuya división sigue creciendo no solo entre las sociedades sino entre ellos mismos.

Finalmente, añadir que el estudio no menciona a una sola mujer. Entre los personajes de la antigüedad podría haber elegido a Cleopatra o algunas de las muchas reinas medievales. En la actualidad, podría haber optado por la heredera del imperio L'Óreal, Liliane Bettencourt, o la mujer más rica de Australia, Gina Rinehart, heredera de un imperio minero, también hubiera sido una buena candidata. O quizás la reina Isabel II, que siempre aparece en las listas de las más ricas. Es triste pero necesario reconocer que la gran mayoría de mujeres que a lo largo de la historia podrían considerarse superricas, han adquirido sus fortunas a través del matrimonio o por herencia. Durante los pasados dos siglos han sido los hombres quienes han conseguido, y acumulado, riqueza en sociedades que eran exclusivamente patriarcales. Por tanto, decidí ceñirme únicamente a la lista de hombres a fin de enviar un claro mensaje. Estoy convencido de que si se escribiera una futura versión de este libro, quizá dentro de cinco o diez años, este desequilibrio habría comenzado a corregirse. De hecho, la velocidad del cambio continúa aumentando. Y es en el sector de la tecnología donde las principales candidatas pueden emerger. Sheryl Sandberg en Facebook o Marissa Meyer en Yahoo —que ocupan apenas unas líneas en esta historia— están convirtiéndose a pasos agigantados en figuras destacadas entre los ricos y poderosos del mundo corporativo de Internet. Un gran número de mujeres están también emergiendo rápidamente en las listas de China. De acuerdo con la lista de milmillonarios de *Forbes* de 2014 de los doscientos sesenta y ocho recién llegados, cuarenta y dos son mujeres. Todo un récord para un solo año. Sin embargo, destaca que solo treinta y dos mujeres milmillonarias —un escaso 1,9 por ciento de los milmillonarios del mundo— tuvieron una significativa participación a la hora de construir sus propias fortunas, en oposición a la riqueza

heredada. Otras nuevas superricas a seguir son Folorunsho Alakija de Nigeria, que ha pasado del diseño de moda a la prospección petrolífera, y Denise Coates, una inglesa que dirige una compañía de apuestas en la red.

$ $ $

En septiembre de 2012, el periódico izquierdista francés *Libération* publicó en primera página este titular: «*Casse-toi, riche con!*», que podría traducirse como «¡Piérdete, rico de mierda!». El blanco de este oprobio era Bernard Arnault, el hombre más rico de Francia, que acababa de declarar que se trasladaba a Bélgica en protesta por el 75 por ciento de impuestos fijados por el gobierno socialista. Arnault, propietario del grupo de artículos de lujo LVMH, retiró finalmente su amenaza, pero solo después de demandar al periódico por insultar su honor.

Lo que resulta más reseñable de todo este asunto no es tanto la búsqueda de los ricos para domiciliar su capital y sus negocios en paraísos fiscales, sino que la crítica hacia ellos ha sido de lo más ineficaz. A solo un salto, al otro lado del Canal, el gobierno británico ha adoptado una aproximación totalmente contraria, haciendo todo lo posible para atraer a los ricos. Para ello han desplegado dos argumentos, uno de principios y otro pragmático: la creación de riqueza es buena (no importa cómo se cree), y una cierta laxitud en los impuestos es mejor que nada. Los políticos británicos han apostado con fuerza por los superricos y el efecto goteo que supone para su economía.

El planteamiento francés es excepcional. Mientras que el modelo anglosajón ha sido adoptado por el resto del mundo, donde los países compiten para reducir las «barreras» del autoenriquecimiento. Al hacerlo así, están siguiendo el sendero de la historia. El período

entre 1945 y las reformas de Thatcher-Reagan de principios de los años ochenta, fue un insólito momento en el que el estado decidió intervenir para suavizar de alguna forma las afiladas aristas de la desigualdad. Al mismo tiempo, los ricos se retiraron de su activo papel en la política a medida que —al menos en un primer momento — este acercamiento más igualitario fue visto como algo justo y económicamente más eficaz. Existen un buen número de estadísticas que ponen de relieve estos extraordinarios cambios acaecidos a lo largo de los últimos treinta años. Aquí hay una breve selección:

De acuerdo con la Oficina de Presupuestos del Congreso de Estados Unidos, en el período entre 1979 (vísperas de la elección de Ronald Reagan) y 2007 (el inicio de la crisis), los ingresos americanos aumentaron globalmente un 62 por ciento, considerando los impuestos y la inflación. El 20 por ciento más bajo sin embargo solo experimentó un aumento del 18 por ciento. La cifra para el 20 por ciento superior fue del 65 por ciento, mientras que el 1 por ciento en cabeza vio sus ingresos aumentar un 275 por ciento. Tres décadas atrás, el salario medio de un directivo americano era cuarenta y dos veces mayor que el de un trabajador. A mediados del 2000 ese ratio estaba en una relación de 380 a 1.

El legendario 1 por ciento que encabeza la lista de los que más ganan —el principal objetivo del movimiento Ocupa Wall Street— posee ahora un 45 por ciento de la riqueza de los Estados Unidos. Esa élite de trescientos mil americanos ha amasado casi tantos ingresos como los otros 150.000 millones de la parte baja de la lista. Y, sin embargo, el mayor cambio en la riqueza no ha tenido lugar en este grupo, sino en los primeros 0,1 y de ellos el 0,01 por ciento. Cuanto más pequeño es el grupo, más exponencial es el incremento. Las dieciséis mil familias más ricas de Estados Unidos disfrutan ahora de un promedio de ingresos de 24 millones de dólares. Su porcentaje en los ingresos nacionales se ha cuadruplicado en las

últimas tres décadas desde el 1 por ciento hasta casi el 5 por ciento. Eso supone una mayor porción del pastel nacional para los ricos en comparación con la existente en la primera edad de oro de finales del siglo XIX. A este respecto, Oxfam ha hecho notar que los ingresos en el 2012 del centenar de milmillonarios más ricos del mundo fueron de 240.000 millones de dólares. Lo suficiente para acabar cuatro veces con la extrema pobreza global.

En América el aumento progresivo de impuestos empezó a disminuir esa desigualdad a partir de 1930. En Europa, sin embargo, no consiguió extenderse hasta finales de 1940 y principios de 1950. El coeficiente Gini —la estadística que mide la desigualdad— alcanzó un escaso 0,3 a mediados de 1970. Pero ahora ha aumentado hasta un promedio global de alrededor del 0,4, lo que representa un total de un tercio. Estas décimas pueden parecer insignificantes, incluso despreciables, pero arrojan una peligrosa luz sobre la relación entre ricos y pobres, en cada uno de los países y entre estos. Cualquier cifra por debajo del 0,3 es considerada fuertemente igualitaria —Suecia y los países nórdicos están por debajo de esa línea, al igual que Alemania—. Pero superar el 0,5 es visto como peligroso y susceptible de causar graves divisiones. Los Estados Unidos mantienen una cifra alta de alrededor del 0,4, mientras que en China la desigualdad ha crecido hasta un 50 por ciento desde las reformas de Deng Xiaoping y ahora se mueve en torno al 0,48. Son estadísticas como esa las que cuentan una parte de la historia, la parte más árida.

¿Pero ha cambiado algo en estos últimos años desde la crisis? Las normas y regulaciones se han tensado ligeramente. El Gini apenas ha variado. Unos pocos de esos superricos han visto cómo sus carteras de inversión se desplomaban. Algunos se han quedado en la cuneta, humillados y resentidos por el trato recibido. Nadie de gran relevancia en la banca o en otra parte ha tenido que enfrentarse a un juicio. Los políticos no parecen tener ninguna gana

de llevar a los responsables de la crisis ante la justicia, ocultándose detrás de complejas triquiñuelas legales diseñadas para (y a menudo por) los ricos. La gran mayoría ha capeado el temporal con consumada facilidad. De hecho, existen considerables evidencias que sugieren que en la recesión, mientras la mayor parte de la gente ha tenido que apretarse el cinturón, a los superricos les ha ido mejor que nunca. A medida que la economía se encogía y las personas perdían su trabajo —y por lo tanto dejaban de pagar impuestos—, la participación en los impuestos pagados por los ricos aumentó. Y también lo hizo la dependencia de los gobiernos a su «generosidad». En 2010, Alan Greenspan, antiguo presidente de la Reserva Federal, quien después de la quiebra admitió haber malinterpretado el comportamiento desenfrenado del libre mercado, declaró: «Básicamente nuestro problema es que tenemos una economía distorsionada, en el sentido de que se ha producido una significativa recuperación en nuestra limitada área de economía de los individuos con ingresos más altos».

El alcalde de Londres, Boris Johnson, fue muy crítico en su discurso pronunciado en noviembre del 2013, en el que se refirió al papel jugado por los superricos en el conjunto de la economía. En 1979 ese exclusivo 1 por ciento de los más ricos de Inglaterra contribuyó con un 11 por ciento a los ingresos totales por impuestos. Ahora lo hacen con casi un 30 por ciento. Ese 0,1 por ciento, tan solo veintinueve mil personas, fue responsable del 14 por ciento de todos los ingresos presupuestarios. Johnson concluía así: «Un cierto grado de desigualdad es esencial para fomentar el espíritu de envidia y desear superar a tus vecinos, lo que, al igual que la codicia, constituye un valioso estímulo para la actividad económica». Detrás del desafortunado mensaje subyace una cruda e irrebatible cuestión: todos los políticos están en el ajo, adulando servilmente a los ricos a cambio de una pequeña tajada de dinero.

La diferencia entre esta generación contemporánea y los tiempos pasados reside no solo en la brecha entre ricos y pobres, sino que gira en torno a la relación entre los superricos y una clase media que se ha visto dramáticamente empobrecida. Esta es una relación trenzada con aspiraciones, envidia y una creciente sensación de injusticia. A menudo estos grupos provienen de un idéntico ambiente socioeconómico, acomodado pero no acaudalado. Médici, Coen y Clive sirven como ejemplos en los siglos pasados, al igual que Jeff Bezos y Fred Goodwin lo harían hoy en día. Pero a través de la elección de la carrera, la suerte y, en algunos casos, la destreza, terminan sus días en muy diferentes circunstancias financieras. ¿Tendrá ese resentimiento de la clase media algún efecto? Los síntomas de los últimos años no parecen indicarlo. El problema reside no solo en los modelos económicos y el poder, sino en la psicología. Los editores de periódicos saben que no hay mejor manera de despertar el interés de los lectores o incrementar las ventas que publicar listas de los más ricos e historias sobre sus esplendorosas mansiones y yates. Los políticos saben que el público tiene una percepción confusa sobre los impuestos. Entienden que se trata de un bien social, pero cada vez que surge la oportunidad de pagar menos al estado —particularmente cuando se trata de dejar dinero a la siguiente generación—, se aferran a ella con rapidez. Lo reconozcan o no, en una sociedad educada, para muchas personas el atractivo brillo del dinero sigue siendo más fuerte que nunca.

Ese es el motivo por el que los ricos ganan invariablemente. Si la historia puede servirnos como guía, encontramos múltiples ejemplos que ilustran cómo, aunque algunas fortunas y dinastías desaparecen, los superricos han demostrado ser notablemente hábiles no solo en conservar su poder económico y político sino también en blanquear sus reputaciones. Sin importar cómo hicieron el dinero, han creado legados que a menudo son más amables con sus figuras de lo que en realidad merecían.

[1] El término cleptocracia, del griego *clepto*, «robo», y cracia, «fuerza», que alude a un sistema de poder basado en el robo de capital y la corrupción institucionalizada, no aparece recogido por la RAE, si bien es un neologismo repetidamente empleado en la actualidad. *(N. de la T.).*

PRIMERA PARTE. ENTONCES

I. MARCO LICINIO CRASO. ESCÁNDALO, FUEGO Y GUERRA

«Mientras la música continúe sonando, tienes que levantarte y bailar».
CHARLES *CHUCK* PRINCE, director ejecutivo de Citigroup

Puede que haya sido el más rico de todos. Marco Licinio Craso fue el máximo exponente de la oligarquía, valiéndose del nexo entre riqueza y política para convertirse en una de las figuras más poderosas de la República romana. Era un hombre de su tiempo, en un momento en que la corrupción era una forma de arte, cuando violencia, política y beneficios eran una sola cosa. En una era de rápido crecimiento económico, con grandes riquezas fluyendo desde las nuevas tierras conquistadas, amistades y enemistades, lealtades y traiciones podían comprarse y venderse. Toda la élite participaba en ese juego, pero algunos con más éxito que otros. Sin embargo, las habilidades de Craso han demostrado ser transferibles a lo largo de los siglos. Sin duda se habría sentido como en casa en la Rusia de los últimos veinte años, o en otras sociedades en las que la falta de escrúpulos y la avaricia sean vistas como parte inevitable de la vida pública.

«Dicen los romanos que a las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacía sombra: la codicia». ¿Quién se atrevería a desmentir a Plutarco, el gran filósofo moral y cronista de antiguos generales y grandes estadistas? «Porque no teniendo al principio más que 300 talentos, sin embargo, cuando hizo inventario privado de sus bienes antes de partir a la expedición contra los partos, halló que la suma ascendía a 7.100 talentos. Y si, aunque sea en oprobio suyo, hemos de ceñirnos a la verdad, la mayor parte la obtuvo del fuego y la guerra, haciendo de las calamidades públicas su gran fuente de ganancias».[1]

Craso era capaz de distinguir una oportunidad de negocios a kilómetros de distancia. Tan pronto como había un edificio ardiendo enviaba a sus esclavos expertamente instruidos para enfrentarse al peligro. El hecho de que fueran sus propios equipos los que hubieran causado el incendio, carecía de importancia. A medida que el edificio se convertía en humo, Craso compraba los inmuebles a los desventurados inquilinos que sabían que incluso la minucia que les ofrecía era mejor que nada. Si no se llegaba a ningún acuerdo, los esclavos permanecían a un lado observando impasibles cómo la casa se quemaba hasta sus cimientos, y más tarde se apropiaban del vacío y calcinado solar.

Craso utilizó su dinero para hacerse indispensable. Proporcionó alojamiento a senadores y financió ejércitos. Con esa táctica consiguió labrarse una excelente reputación entre la clase diligente —siendo uno de los primeros ejemplos en lograr una meta que ha obsesionado a todos los superricos de los últimos dos milenios—. Mediante una combinación de argucias y esfuerzos, y no tanto por alguna habilidad especial, llegó a dominar Roma junto a su sempiterno rival, Pompeyo, y el precoz Julio César. Más adelante, los tres acabaron formando lo que se conoce como el Primer Triunvirato.

Craso era mejor empresario que general de un ejército, pero sin embargo no pudo resistirse a experimentar la gloria del campo de batalla. Después de una exitosa campaña, probó suerte contra los partos. Su muerte fue humillante y dolorosa, sus enemigos vertieron oro fundido en su boca como símbolo de venganza por la feroz búsqueda de riquezas que había definido su vida.

$ $ $

Marco Licinio Craso nació en el seno de una acomodada familia senatorial romana alrededor del año 115 a. C. —no se conoce la

fecha exacta—. Su padre, Publio Licinio Craso, era la encarnación de un noble de éxito. En el año 97 a. C. fue nombrado cónsul, el más alto cargo político de la República de Roma, gobernando la Hispania Ulterior durante tres años. Publio regresó a su hogar en triunfo, recibiendo los más altos honores militares gracias a su papel en la rendición de Lusitania —el equivalente al sur de Portugal y oeste de España actuales—. Más tarde fue elegido censor en el año 89, controlando la moralidad pública y la administración de las finanzas del estado.

La formación de Craso puede considerarse modesta para los estándares de la nobleza. Se crio en una pequeña casa junto a sus dos hermanos, Publio y Cayo,[2] adquiriendo los conocimientos preceptivos en retórica y un discreto interés por la historia y la filosofía.[3] En su adolescencia y luego, tras cumplir los veinte años, sirvió bajo el mando de su padre en campañas militares en Hispania y Lucania (al sur de Italia). Como segundo hijo, se esperaba que Marco Licinio Craso siguiera una sólida carrera senatorial, si bien no tenía garantizado ningún tipo de herencia.

Sin embargo las esperanzas de un ascenso estable y convencional en la política se quebraron el año 88, con la primera guerra civil de Roma, cuando los partidarios de Mario, bajo el mando de Lucio Cornelio Cina y Cayo Mario, se apoderaron de la ciudad en un golpe de estado, mientras su rival, Sila, estaba ausente luchando en el este. La ciudad resistió durante algún tiempo, pero cuando finalmente acabó cayendo, Mario y Cinna se cobraron su venganza, masacrando a sus enemigos políticos. Muchos de los senadores líderes de Roma fueron asesinados junto con sus familias, y sus cabezas exhibidas en el foro. El hermano de Craso, Cayo, estaba entre ellos. Su padre prefirió suicidarse antes de permitir que sus perseguidores lo atraparan, un acto considerado desinteresado y noble. Su otro hermano, Publio, había fallecido dos años antes durante la primera guerra social, por lo que parecía natural que

Craso «tomara a la viuda como esposa». Por lo demás, todo era objeto de transacción en la Roma de aquellos tiempos; todo el mundo tenía un precio. Tuvo dos hijos con Tertula, «y en estas relaciones también vivió una vida ordenada como cualquier otro romano».[4]

De la noche a la mañana, Craso se había convertido en la cabeza visible de su hogar, heredando una modesta fortuna de 7 millones de sestercios —estas monedas de bronce y plata eran las que circulaban en la época. Los talentos citados por Plutarco se refieren a una divisa comúnmente utilizada por los griegos—. Las propiedades de la familia habían sido confiscadas; sus esperanzas de un futuro en la política de Roma eran remotas. Su principal tarea fue sobrevivir. Con las purgas de Mario en pleno auge, Craso se vio obligado a huir a Hispania, el antiguo feudo de poder de su padre, acompañado de tres amigos y diez sirvientes. Su relativa juventud —aún no había cumplido los treinta años— pudo servirle de ayuda para evitar quedar proscrito y sufrir una sangrienta muerte.

Plutarco destaca que desde los primeros momentos, cuando debía enfrentarse a la adversidad, Craso no daba sobradas muestras de valentía. Una vez en Hispania, recaló en unos terrenos de la costa de Malaca (Málaga) que pertenecían a Vibius Paciacus, un señor local. Allí encontró una «espaciosa cueva», en donde gracias a Vibius recibía a diario abundante comida dejada por un hombre al que, bajo pena de muerte, no se le permitía tener contacto con él. Craso, sin embargo, no tenía una vida miserable. La cueva «se abría a una extraordinaria altura, y a los lados tenía recovecos de enorme circunferencia que se conectaban unos con otros». Pero esos no eran todos los lujos, como correspondía a un noble de su categoría: «Vibius estaba decidido a agasajar a Craso con toda clase de atenciones, y teniendo en cuenta la juventud de su invitado, adoptó las provisiones necesarias para el divertimento propio de sus años». Y así, «dos atractivas esclavas» le fueron ofrecidas, ayudando sin

duda a aliviar el aburrimiento durante esos ocho meses de aislamiento autoimpuesto. Debemos aclarar que Plutarco, de quien la información parece ser desproporcionadamente dependiente, era partidario de embellecer sus relatos. Pero incluso si añadió algún detalle colorista para aderezar la narración, la de Craso resiste al escrutinio de la historia.

Aunque siguiendo los gustos de la época, el relato está basado en el valor militar, Craso tenía unas miras más amplias. A principios del año 84, llegó a su conocimiento que Cinna había sido asesinado, y rápidamente volvió a aparecer en escena. Reunió un ejército de dos mil quinientos hombres, reclutados entre los veteranos de su padre que se habían establecido por la zona. Desplegando una temprana actitud como negociante sin escrúpulos, utilizó al ejército para extorsionar dinero de las vecinas ciudades de Hispania y así financiar su campaña. Esa fue su forma de expresar su gratitud ante la hospitalidad recibida. Así consiguió una flota de barcos y emprendió la marcha vía el norte de África, hasta finalmente unirse a Sila en Italia en su guerra contra Mario. Sila recibió a Craso como a un teniente de confianza de su ejército, suponiendo que este deseaba cobrarse venganza «por su padre, hermano, amigos y parientes cuyas vidas habían sido ilegal e injustamente arrebatadas».[5] Al mismo tiempo, un joven y engreído general, diez años menor que Craso y conocido como el «adolescente carnicero» por sus enemigos, llegó con tres legiones. Este hombre era Pompeyo, quien se convertiría durante toda su vida en aliado y también rival.[6]

Cuando Sila invadió Italia en el año 83, tanto Craso como Pompeyo estaban a su lado. El desenlace de la primera guerra civil se decidió en la batalla de la Puerta Colina, justo a las afueras de Roma, a finales del año 82. El ejército de Sila se enfrentaba a una posible derrota, pero las fuerzas de Craso triunfaron en un ala, causando la huida de las tropas enemigas. Craso se había abierto

paso hacia la élite. Fue alabado como figura pública y patriota cuya ayuda a Sila para recuperar Roma demostró ser fundamental. Sus esfuerzos no carecieron de recompensa.

Después de asumir formalmente el poder, Sila despejó Roma de cualquier simpatizante de Mario y elaboró una lista de aquellos que debían ser escarmentados; ningún líder partidario de Mario quedó sin castigo. Sin embargo, Sila fue mucho más lejos, purgando a cientos de compañeros de viaje cuya conexión con Cinna y Mario era cuanto menos muy endeble; fueron condenados a muerte, sus propiedades confiscadas, sus hijos y nietos apartados de cualquier posibilidad de ocupar un cargo. Era un completo cambio de régimen, la aniquilación despiadada —incluso para los estándares de Roma— de una clase política, dejando multitud de puestos vacantes en el Senado y unas enormes ganancias financieras disponibles a través del mecenazgo.

El método de retribución era grotesco —y provechoso—. Las confiscaciones fueron la base del imperio inmobiliario sobre el que Craso construyó su poder. Los soldados vencidos eran aniquilados in situ a medida que se retiraban del campo de batalla; sus cabezas cortadas enviadas a Roma para ser intercambiadas por el prometido botín. Sobre sus viudas e hijas se abatió la prohibición de casarse. Pero la clave de este sistema de confiscación era la denuncia. Si podías ayudar a deshacerte de alguien, tenías muchas posibilidades de conseguir parte de sus bienes. Este pasaje resume esa práctica:

> Un tal Torano, antiguo pretor [gobernador], había sido denunciado. Imploró ante el centurión llegado a darle muerte que lo demorara hasta que su hijo, uno de los favoritos de Marco Antonio, pudiera suplicar piedad en su nombre. «Él ya la ha suplicado —se rio el oficial—, pero en el otro sentido». El hijo, en otras palabras, había buscado la recompensa ofrecida a los que traicionaban a los proscritos. El anciano hizo llamar a su hija, suplicándole que no reclamara su parte de la herencia una vez que él hubiera muerto, porque su hermano también exigiría su muerte. Solo entonces se sometió a su destino.[7]

Craso debió de disfrutar cobrándose venganza de los responsables de la muerte de su padre y su hermano —a pesar de estar bastante satisfecho con el patrimonio heredado—. Lo que más le importaba, sin embargo, era hacerse con las tierras de los enemigos de su familia. Sus propiedades confiscadas eran subastadas para pagar los costes de la movilización de los soldados victoriosos. Como mano derecha de Sila, Craso se hallaba en la posición perfecta para cosechar las recompensas. Él y sus agentes identificaban lo que necesitaban y luego adquirían las casas a precios irrisorios. Cuesta imaginar cómo cientos de hogares embargados fueron a parar a un único comprador. Plutarco ilustra así el hecho: «Cuando Sila tomó la ciudad y vendió las propiedades de aquellos a quienes había dado muerte, considerándolo y llamándolo botín de guerra y deseando compartir su crimen con tantos hombres influyentes como fuera posible, Craso nunca parecía cansarse de aceptarlos o comprarlos».[8]

El dinero entraba a espuertas y rápidamente, pero ni siquiera eso fue suficiente para Craso. Había desarrollado el gusto de los ricos instantáneos. Disfrutaba más con el deporte de adquirir que con la diversión de gastar, despojando de sus hogares incluso a aquellos que no habían tomado parte en el régimen de Mario, pero cuyas propiedades y riquezas codiciaba. Era un propietario intimidante; un verdadero especulador jugando con la aflicción; un urbanizador sin escrúpulos ordeñando las rentas de innumerables inquilinos; un explotador sin remordimientos a la hora de enviar a los alguaciles; un deshonesto prestamista sacando partido de la crisis. —También el mercado inmobiliario del siglo XX y el siglo XXI ha tenido muchos personajes igual de villanos y de prácticas tan desleales—. Pensemos por ejemplo en Peter Rachman, el famoso arrendador del oeste de Londres que intimidaba y explotaba a sus inquilinos en los años cincuenta y sesenta. La gente como él solo tiene que fijarse en figuras como Craso para encontrar el modelo a seguir.

Craso al parecer no se detenía ante nada a la hora de adquirir propiedades. La compraventa de terrenos era fácil de gestionar, más aún cuando Roma fue adquiriendo cada vez más territorios a través de sus invasiones. La República de esa época proporcionó el primer gran mercado inmobiliario de la historia, si bien era un negocio solo apto para unos pocos afortunados.

Una de las argucias más peculiares de Craso aparece mencionada al principio del relato de Plutarco. Fue acusado de «intimar ilícitamente» con Licinia, una de las vírgenes vestales consagradas de Roma. Plutarco sugiere que Craso debía andar detrás de otra cosa, algo que parecía satisfacerle más que el placer carnal:

> Licinia era la dueña de una agradable villa en los suburbios, que Craso ansiaba conseguir a bajo precio, y fue por esa razón por la que estaba siempre merodeando alrededor de la mujer y haciéndole la corte, hasta caer en las abominables sospechas. En cierta forma, fue su avaricia la que lo absolvió del cargo de corromper a una vestal. Quedó rápidamente absuelto, pero no dejó escapar a Licinia hasta que consiguió su propiedad.

En otras palabras, su deseo por la propiedad le salvó la vida.

Sila denunció a Craso, no tanto por sus escrúpulos morales sobre sus acciones —después de todo él había iniciado el camino— sino para frenar el creciente poder de su lugarteniente. Sin embargo, a estas alturas, Craso podía permitirse ignorar el aviso. Había invertido astutamente el patrimonio acumulado por las confiscaciones, diversificándolo en otros bienes y mano de obra o, lo que es lo mismo, esclavos. Sus nuevas propiedades abarcaban desde las minas de plata en Hispania, a enormes haciendas por todo el país o edificios en la ciudad. La superficie de sus parcelas «no era comparable con el valor de sus esclavos», según escribe Plutarco. «Eran tantos y tan capaces los esclavos que poseía: lectores, amanuenses, plateros, mayordomos, sirvientes, que él mismo se

encargaba de su educación interviniendo personalmente como tutor. En resumen, estaba convencido de que la labor principal del amo era cuidar de sus esclavos y de los enseres domésticos necesarios para el manejo de una casa».

Tal vez parezca un oxímoron para los delicados gustos modernos, pero el acercamiento de Craso a sus esclavos poseía un hábil toque de gestión. Comprendió que el adiestramiento era esencial. Y encomendaba objetivos de producción a sus trabajadores. Estaban allí para hacer el trabajo por él, un trabajo a menudo delicado; y mientras obedecieran, recibirían buenos cuidados. Además, tenía un negocio paralelo de alquiler de esclavos a amigos y socios. Los esclavos estaban vinculados a una propiedad, vendidos junto con la maquinaria y los animales.

Sin ser consciente de ello, Sila había ayudado a fomentar la cartera de Craso. Nombró alrededor de cuatrocientos cincuenta nuevos senadores —entre ellos el propio Craso—. Estaba decidido a extender la base de su poder, por lo que invitó a participar en el Senado no solo a los *nobiles* —en la cima de la jerarquía—, sino a un nuevo grupo de trescientos miembros influyentes del inferior estamento ecuestre.[9] El Senado era ostensiblemente una asamblea de terratenientes, y aquellos que habían sido recién promocionados necesitaban poseer haciendas para igualar su estatus. El precio por pertenecer al Senado para un *eques*, un miembro de la clase ecuestre, era de 400.000 sestercios —llegando a subir hasta un millón bajo el gobierno de Augusto—. Sin embargo, el coste de la tierra era prohibitivamente caro para muchos de ellos, por lo que Craso arrendaba propiedades con un descuento para determinados senadores, dejándoles en deuda con él. Era un negocio perfectamente razonable. Los nuevos miembros de ese club de élite, que necesitaban ser acomodados en una agrandada Curia (la Casa del Senado) en el foro, asegurarían influencia y poder a Craso en el mundo político de la posguerra civil. Mantenía unas

rentas asequibles para aquellos a los que necesitaba; mientras que a los que no le servían, les vendía otras propiedades con grandes márgenes.

Ese fue el comienzo de Craso como acumulador de propiedades. El tiempo de paz le trajo aún mayores oportunidades para ampliar su imperio inmobiliario. Habiendo despojado a los muertos, era el momento de despojar a los que aún estaban vivos.

$ $ $

En el primer siglo antes de Cristo Roma era una enorme, abarrotada y creciente ciudad de casi un millón de habitantes. Para los ricos, con sus grandes mansiones en la ciudad y sus segundas residencias en el campo, donde podían disfrutar de un aire más limpio y escapar del intenso calor del verano, la vida era más que tolerable. Dado que la mayor parte de los trabajos eran contemplados como denigrantes por las clases superiores, y el servicio en el Senado no era retribuido, una buena parte de los ingresos de estos afortunados provenía de la guerra. Cuantas más provincias incorporara Roma en lugares remotos, más dinero recibía la República en forma de impuestos y más se beneficiarían los ricos de la audacia de los ejércitos conquistadores —tal y como luego sucedería durante el asentamiento europeo en el Nuevo Mundo—. La ocasional proscripción de rivales más cercanos a casa también producía una buena fuente de ingresos.

Los aproximadamente doscientos miembros de la élite no sufrían la indignidad de las masas. Tenían activos en oro y plata, a la vez que se había desarrollado un poderoso mercado de arte gracias a las conquistas. La propiedad además constituía un efectivo vehículo de inversión. Al tiempo que, como ha sucedido en otras épocas, constituía un símbolo del estatus y el poder. Las casas

independientes o *domus* estaban ubicadas principalmente en las siete colinas de Roma. Ese era el lugar donde vivir y relacionarse socialmente. El foro, por su parte, era donde se llevaban a cabo los asuntos de estado, un lugar de debate, con tribunales, templos, memoriales y procesiones triunfantes. Desde lo alto del Palatino, de la colina Capitolina, o del Esquilino, los nobles podían divisar las abigarradas calles de más abajo. Al igual que los superricos de la actualidad en Mayfair, Park Avenue o Palo Alto, estaban aislados de las luchas del resto de la sociedad. Sus opulentos hogares no carecían de nada: atrios, establos, fuentes, jardines e incluso agua corriente fría. Y con tanta frecuencia como les era posible intentaban marcharse a sus mansiones fuera de la ciudad. Estas eran de una escala diferente, villas de fantasía con columnatas y numerosos jardines atendidos por varios centenares de esclavos.

El énfasis de Craso sobre la propiedad urbana y su potencial como fuente generadora de riqueza resulta bastante singular. Había puestos los ojos en las *insulae* donde vivía el pueblo, las atestadas madrigueras de Roma. Unos edificios de más de ocho plantas de altura, en cuyo nivel de calle se ubicaba normalmente una tienda o cualquier otro tipo de pequeño negocio. Los más pudientes entre esas clases bajas vivían en las primeras plantas. Las *insulae* se construían rápida y, a menudo, chapuceramente, con estructuras de madera o adobe erigidas en estrechos callejones llenos de excrementos. A falta de agua más allá de las plantas de calle, los orinales y bacinas eran vaciados en la letrina del vecindario, en el estercolero del barrio o en un batán cercano donde utilizaban la orina para limpiar o suavizar la lana. Los esclavos servían como aguadores, porteadores o barrenderos.

Esos lugares eran auténticas trampas en caso de incendio. Los hogares y chimeneas aún no habían sido inventados; el calor llegaba de una lumbre prendida en un brasero. Juvenal las describió en sus *Sátiras*, con apenas un matiz de exageración: «Vivimos en una

ciudad sostenida en su mayor parte por débiles apoyos, con los alguaciles parcheando grietas en los viejos muros y diciendo a los residentes que duerman tranquilamente bajo techos a punto de desplomarse a su alrededor». Sin apenas saneamiento o mantenimiento de las infraestructuras, los incendios eran endémicos.

La República no contaba todavía con una brigada contra incendios. Advirtiendo ese vacío en el mercado, Craso entrenó a sus esclavos como bomberos y arquitectos. Una vez que contó con quinientos operarios cualificados, los puso a trabajar. Su labor consistía en llegar al escenario de la casa ardiendo, conversar brevemente con los residentes, y ofrecerles entonces comprar el edificio —que estaba siendo devorado por las llamas ante sus ojos—. El dueño, temiendo quedarse sin nada, se veía obligado a vender. Solo entonces los esclavos de Craso extinguían el fuego. Posteriormente, los edificios eran rediseñados con mayor densidad si cabe, y vendidos con unos buenos beneficios. Se ha discutido mucho si las dispuestas brigadas de Craso iniciaban algunos de los incendios o ayudaban a otros a su paso. Tal vez no necesitaran hacerlo, pero tampoco se apresuraban a intervenir hasta el momento en que la conflagración estaba ya en marcha. De esta forma —tal y como cuenta un tanto escuetamente Plutarco—, la mayor parte de Roma pasó a su poder.[10]

Pero ¿hasta qué punto fue amoral Craso? Como muchos hábiles políticos y hombres de negocios, manipuló las instituciones del estado y la ley en su propio beneficio, considerando todas las relaciones en términos de transacción. Todo y todos podían ser comprados. El historiador Salustio, contemporáneo de Craso, habló en nombre de muchos de los miembros de la vieja guardia republicana que contemplaban cómo su jerarquía social quedaba socavada por el ímpetu de la nueva generación: «El amor al dinero era lo primero: seguido por el amor al poder. Esa era, por así decir, la raíz del mal. La codicia confundía la lealtad, la honestidad y demás

virtudes. En su lugar se enseñaba arrogancia, crueldad, indiferencia a los dioses y la percepción de que todo estaba en venta».[11]

Escrito en el siglo I d. C., cuando la República ya quedaba lejos en la memoria, Juvenal denuncia de forma similar la cultura de los tiempos de Craso: «Entre nosotros la majestad más venerada es la de los Ricos: y sin embargo, ¡Vil Metal! Donde moras no hay templo, y no se erigen altares a la moneda, como lo hacemos para alabar la paz y la fe, la victoria, la virtud y la concordia».

El historiador americano William Stearns Davis escribió sobre la «dorada juventud» de finales de la República romana. Su estudio sobre la corrupción política y las altas finanzas fue publicado en 1910, en los últimos estadios de la era de los magnates ladrones, a quienes él y muchos otros intelectuales liberales y políticos contemplaban despectivamente (véase capítulo IX). Su rabia hacia la desigualdad y la despiadada acumulación de riqueza de la época aparece reflejada en sus floridas descripciones de Craso, Pompeyo y César:

> Aparentemente el romano era en todas sus relaciones de negocios más desprovisto de sentimientos que la mayoría de los más abusivos semitas. En cuestiones de dinero era tanto opresor como oprimido, martillo o yunque. En su vida privada, sus simpatías se extendían solo a un estrecho círculo de socios. Sus instintos como persona moral estaban siempre subordinados a su instinto de negociante, un negociante cuyo código era un implacable mercantilismo.

Davis atribuye la venalidad de este antiguo período, que alcanzó su auge en época de Augusto —poco después de la muerte de Craso — a la pérdida de prestigio de las antiguas familias nobles —a este respecto podríamos remitirnos al antiguo dinero americano de mediados del siglo XIX—. «Sus vástagos, que no habían ganado sino heredado su patrimonio, era más proclives a gastarlo que a aumentarlo. El lujo y el despilfarro aumentaron hasta llegar a los

mayores excesos, culminando bajo el periodo de Nerón». Pasaría algún tiempo, añade el autor, para que un ejemplo más frugal y responsable pudiera asentarse en el Imperio romano:

> La filosofía estoica y, más lentamente, el cristianismo empezaron a establecer otros ideales en contra de aquellos de adquirir y divertirse. Las familias de alta cuna que habían amasado grandes fortunas prácticamente desaparecieron, debido a la falta de descendencia motivada por esa vida de lujos, y a las masacres de las guerras civiles y de los tiranos; la propiedad pasó a manos de antiguos esclavos y provincianos que tenían un conocimiento más justo de cómo usar a las riquezas.[12]

El que estos hombres de la República obsesionados por el dinero y la acumulación estuvieran demasiado ocupados para engendrar hijos es, por decirlo suavemente, un aspecto muy discutible. Se trata sin duda de una versión extrema del ambicioso relato de Craso, si bien representa el punto de vista mayoritario de la época de Davis y de posteriores generaciones de historiadores. El gran historiador alemán experto en Roma de mediados del siglo XX, Matthias Gelzer, tacha burlonamente a Craso de advenedizo o estraperlista: «A pesar de provenir de una antigua familia noble, carecía de los atributos de un verdadero *grand seigneur*, permaneciendo siempre como el calculador burgués que consideraba constantemente incluso a la política como una empresa económica».

Una sorprendente característica de Craso es que, a pesar de su enorme patrimonio, vivía de forma relativamente modesta. No se construyó otra casa para él aparte de aquella en la que vivía. El usualmente crítico Plutarco describe a Craso como un generoso anfitrión, «pues su casa estaba abierta a todo el mundo». Cuando invitaba a su mesa, «los comensales eran en su mayor parte plebeyos y hombres de la calle, y la simplicidad del menú se combinaba con una pulcra y sencilla amabilidad que proporcionaba más placer que cualquier costoso y exquisito gasto». Y en cuanto a

su comportamiento fuera y dentro de Roma, era tenido por «un hombre cuidadoso, siempre dispuesto a prestar ayuda. Agradaba a la gente por su humanidad y sencillos modales, estrechándoles las manos y llamándoles por su nombre. Pues nunca al ser saludado por un ciudadano romano, por miserable y oscuro que fuese, dejó de corresponderle por su nombre».[13] Cosme de Médici (véase capítulo IV) exhibía una habilidad social similar a principios del Renacimiento florentino. Craso y Médici eran hábiles en sus relaciones sociales, ansiosos no solo por cortejar a aquellos con poder e influencia, sino también por gestionar sus reputaciones entre los estamentos más bajos. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar a alguien.

Para Craso, por tanto, el dinero no era un fin en sí mismo, sino un medio para llegar a un fin. No necesitaba colmarse de lujosas propiedades para satisfacer su ego, sino amasar una enorme fortuna para saciar su ambición de alcanzar la cima, y construirse una posición política poderosa e independiente. Cuando se trataba de transacciones financieras, era despiadado. Prestaba dinero a sus amigos sin cobrar intereses, «pero vencido el plazo, les reclamaba el pago con tanto rigor que la generosidad de su acción les resultaba más insoportable que la mayor de las usuras». Poseía una especial habilidad para aprovecharse de las desgracias ajenas, ya fuera por culpa del fuego, la guerra o las intrigas políticas. En una ocasión, tras ser capturado por unos piratas en el año 75 a. C., se dice que César había exclamado: «Cuánto se habría alegrado Craso de haberlo sabido».[14]

Pero si los objetivos de Craso estaban claros, los medios eran más flexibles. En el año 70 a. C., mientras Pompeyo iba a la caza de honores militares muy lejos de Roma, Craso consolidaba su posición más cerca de casa. Volcó todo su esfuerzo en trabajar dentro del escenario político romano para construir una red de mecenazgo e influencias, utilizando una combinación de capital, encanto y acero.

Estaba siempre dispuesto ofrecer consejo, representación legal o apoyo financiero a los senadores y a todos aquellos que importaban. Rara vez se comprometía en una determinada posición política o alianza. Tal y como destaca Plutarco, dejaba que su dinero fuera quien hablase. «Tenía gran influencia, tanto por los favores que prestaba como por el miedo que inspiraba, sobre todo por el miedo».[15] De hecho, había un dicho entre los romanos según el cual Craso tenía «paja en los cuernos», reflejando la práctica romana de recubrir con paja los cuernos de los toros más peligrosos para que aquellos que se enfrentaran con ellos estuvieran prevenidos. Fue a través de esa embriagadora mezcla de dependencia y miedo como Craso estableció su poder de base.

Fue un período caracterizado por los disturbios: revueltas de esclavos, conspiraciones, golpes y purgas incrementaron la sensación de inestabilidad, gestando el ambiente propicio para la corrupción. Cada generación promulga sus propias leyes tratando de prohibir la compra de votos. En época de Craso el castigo por su violación era de diez años de exilio, pero el dinero podía solucionar su contravención. La forma más fácil de evitar los impedimentos era llegar a un acuerdo verbal con unos intermediarios conocidos como *divisores*. «Estos caballeros profesionales actuaban dividiendo a las tribus romanas en secciones más pequeñas y manejables, organizando a los votantes en clubes y fraternidades, presentando a fieles secuaces a los *comitia* electorales y pagándoles debidamente los honorarios estipulados una vez resuelta la elección», escribe Stearns Davis, añadiendo que respecto a la América de su tiempo, todo esto presentaba «una dolorosa similitud». A continuación, alega: «Basta con destacar que bajo los últimos años de la República prácticamente todos los hombres de familia noble poseedores de un gran patrimonio podían ascender hasta el nivel más alto de la escala de cargos públicos, siempre que estuvieran dispuestos a hacer grandes desembolsos».

Craso era un experto en comprar influencias, y lo hacía igualmente manejando su patrimonio inmobiliario o haciendo algo tan chapucero como entregar sobres de mugriento papel marrón. Una vez asegurada la posición, era muy importante actuar. En el año 73 a. C., cuando ocupaba el puesto de pretor —un alto cargo con el poder de un mando militar—, tuvo que enfrentarse a una rebelión de esclavos que podría amenazar el núcleo del poder. En una historia que se hizo muy popular gracias al libro y la película, Espartaco lidera una fuga de sus compañeros gladiadores precipitando una revuelta masiva. La respuesta inicial del Senado fue complaciente; confiaban en que la milicia de Capua pudiera sofocar la revuelta. Los esclavos vencieron a los soldados, apoderándose de sus armas y saqueando las haciendas de la campiña; solo entonces los políticos de Roma decidieron entrar en acción. La rebelión amenazaba el liderazgo político y el tejido económico de la República, desde el momento que el capital humano de los ciudadanos escapaba para unirse a Espartaco. Roma no tenía recursos para hacer frente al creciente ejército de esclavos, con la mayoría de sus fuerzas y generales al mando, incluido Pompeyo, luchando en tierras lejanas, en Hispania y en el este.

Justo entonces Craso se ofreció a equipar, entrenar y liderar un ejército, cuyos costes corrían de su cuenta, adoptando el papel de salvador nacional. Fiel a su estilo, este no fue un gesto altruista de patriotismo. Era un riesgo calculado, pero uno que auguraba altas expectativas de beneficios. Craso había esperado hasta que Roma no tuvo más opción que depender de él. Su respaldo a las fuerzas romanas era una inversión, comprando con eficacia «acciones» de la República precisamente cuando el precio estaba bajo. La victoria contra el ejército de esclavos prometía a Craso la oportunidad de ensombrecer a su rival Pompeyo y conseguir el poder que otorgaba la gloria. «Ningún hombre puede considerarse rico —declaró—, si no puede mantener a un ejército con sus propios recursos».[16]

El Senado otorgó a Craso plenos poderes para hacer lo que hiciera falta y así restaurar el estatus quo. Además de los restos de los dos ejércitos derrotados, reunió y financió otras seis legiones más de su propio bolsillo. Reclutó sus soldados principalmente de los veteranos de la guerra civil de Sila, ahora asentados en el centro de Italia con tierras y esclavos. Sus posesiones estaban en peligro por la rebelión y por tanto formaban un grupo de dispuestos y leales soldados; además, sabían que Craso garantizaría sus sueldos. La estrategia inicial fue asegurar el centro de Italia, obligando a Espartaco a entablar batalla más al sur. Sin embargo, un legado subordinado ansioso de gloria llamado Lucio Mumio atacó prematuramente al ejército de Espartaco sin el permiso de Craso y sufrió una aplastante derrota.

En respuesta, Craso restauró el antiguo castigo romano de la «diezma» para aquellos que habían huido, seleccionando al azar a un hombre de entre cada diez para ser apaleado por sus compañeros hasta morir: alrededor de unos cincuenta legionarios encontraron su final de este modo. «Porque el deshonor también está unido a esta forma de ejecución, y a otras horribles y repulsivas características implícitas en el castigo que todo el ejército debe presenciar». Al desplegar esa ostentosa forma de disciplina, Craso estaba enseñando a sus hombres «que era más peligroso para ellos que el enemigo».[17]

A pesar de toda esa brutalidad, Craso necesitó seis meses para sofocar la rebelión de esclavos y salvar a Roma de la amenaza de Espartaco. Cercó a los ejércitos rebeldes en el extremo sur de Italia, cavando fortificadas trincheras por todo lo ancho de la península. El ejército de Espartaco consiguió abrirse paso a través de las líneas de Craso, pero fue rápidamente derrotado en la batalla. Sin embargo, Espartaco se mantuvo firme hasta el final. «Finalmente, después de que sus compañeros hubieran huido, permaneció solo, rodeado por una multitud de enemigos, y aún continuaba defendiéndose cuando

fue abatido».[18] Craso y sus fuerzas capturaron y crucificaron a seis mil esclavos de Espartaco exponiéndolos en la vía Apia, la carretera de Capua a Roma. Sus cuerpos abandonados a lo largo de la calzada hasta pudrirse como una advertencia contra futuras insurrecciones.[19]

Cuanto más antigua es la sociedad, más difícil es utilizar indicadores contemporáneos para extraer conclusiones sobre la distribución de rentas y el poder adquisitivo. No obstante, un gran número de estimaciones sugieren que ese 1 por ciento de la élite de la sociedad romana controlaba una proporción similar de la riqueza nacional a la de sus homólogos en el período de los magnates ladrones de finales del siglo XIX hasta la actualidad.[20] El coeficiente Gini —el baremo para medir la desigualdad— en la República romana de los tiempos de Craso se estima que era entre 0.42 y 0.44,[21] una cifra casi idéntica a las previsiones de Estados Unidos para el año 2013.

Frente al hipotético poder ostentado por la plebe en la antigua Roma, la élite controlaba los recursos económicos, monopolizando los cargos públicos. Los nobles defendían de boquilla las instituciones de la República tales como las elecciones, pero en realidad estas eran acaparadas por individuos escogidos de la misma clase social. Consideraban a las clases más bajas como moral e intelectualmente inferiores. La ecuación automática de penuria e inferioridad moral estaba tan arraigada que *egens* —los pobres o necesitados— se convirtió en un término para definir el abuso. Siguiendo la misma lógica, el término *locuples* —los ricos— adquirió un significado más amplio, siendo utilizado en los círculos aristocráticos como sinónimo de alabanza. La base de la riqueza como virtud personal residía en la creencia aristocrática de que únicamente los hombres ricos tenían libertad de elección y, por tanto, eran capaces de actuar de acuerdo a los principios morales. Como autor de pantomimas en las que él mismo actuaba, Publio Siro

declaró: «la necesidad convierte al hombre pobre en mentiroso». La necesidad material obligaba a la gente a realizar tareas consideradas degradantes para un hombre de honor. Y lo que resultaba más evidente: forzaba a la gente a vender su trabajo a cambio de un sueldo, lo que a los ojos de la élite les reducía al nivel de la esclavitud.[22]

Craso, sin embargo, no consiguió todo lo que esperaba al vencer a Espartaco y sofocar la revuelta de esclavos. En parte porque solicitó refuerzos para su último asalto —una decisión que lamentaría casi de inmediato, pues su rival Pompeyo, que había regresado a Roma a través del norte de Italia tras su conquista de Asia Menor, vio los beneficios que podía depararle su intervención—. Sus fuerzas aplastaron fácilmente a un grupo de esclavos en fuga. Entonces envió aviso al Senado proclamando que si bien Craso había derrotado a las fuerzas rebeldes al comienzo, había sido él, Pompeyo, quien oficialmente remató la campaña. Al hacerlo, Pompeyo demostró que los romanos eran tan adeptos como los políticos de nuestros tiempos modernos a la hora de manipular el mensaje, poniendo en evidencia que en la guerra, al igual que en los negocios o la política, la velocidad cuenta tanto como los hechos reales.

Pompeyo se apropiaba así de un mérito de su rival. Craso estaba furioso, luchando por mantener su frustración para sus adentros. La rivalidad entre esos dos hombres implicaba un grave peligro para Roma. Según Plutarco: «enfurecía a Craso que Pompeyo hubiera triunfado en sus campañas y fuera llamado Magno (es decir, el grande) por sus conciudadanos. En una ocasión en que alguien dijo: "Pompeyo Magno viene de camino", Craso se echó a reír y preguntó: "¿Cómo es de grande?"». El resentimiento de Craso puede que tuviera relación con el rumor que circulaba respecto a que Pompeyo había exigido ese epíteto para sí mismo.

Ninguno de los hombres estaba preparado para disolver su ejército, cada uno reclamando un triunfo por sus victorias y exigiendo un consulado. Tratando de apaciguar a ambos y evitar el conflicto, el Senado cedió. Si bien uno lo hizo mejor que el otro. Los dos fueron elegidos cónsules, a pesar de que Pompeyo carecía de la experiencia necesaria y la edad, por tener solamente treinta y cuatro años y no haber ocupado nunca un cargo político. Pompeyo fue premiado con el triunfo por sus anteriores victorias en el este, mientras Craso recibía el inferior elogio de una ovación (no se podía premiar con un triunfo la victoria en una guerra contra esclavos). En compensación, Craso obtuvo una dispensa especial durante el desfile para poder lucir una corona de laurel, un símbolo generalmente reservado a los triunfos, en vez de la condecoración menor de la corona de mirto. En el ansia por adquirir posición que tanto preocupaba a la élite romana, esos símbolos eran extremadamente importantes.

Dejando su resentimiento a un lado, Craso organizó suntuosas celebraciones para los ciudadanos de Roma, pagándolas de su propio bolsillo, y disponiendo diez mil mesas para que la gente pudiera disfrutar con faisanes, zorzales, ostras crudas, jabalíes y pavos reales. Aunque podía haber desplegado una estudiada modestia durante esos fastos domésticos, cuando se trataba de su papel como benefactor, no reparaba en gastos; el político y hombre acaudalado presidiendo un banquete al aire libre para las clases medias y bajas a las que había prometido su apoyo.

Para reforzar su imagen como hombre de negocios de espíritu cívico y hombre de estado, Craso patrocinó distintos eventos deportivos, donando dinero a causas públicas. Se aseguró de que cada familia recibiera un regalo de tres meses de provisiones de trigo. Mientras la tradición dictaba que el vencedor militar dedicaría una décima parte del botín de campaña al templo, él ofreció un décimo de su fortuna personal al templo del Hércules —los generales

victoriosos llevaban tiempo deseando fomentar una asociación con ese semidiós en la mente del pueblo—. Si bien no podía rivalizar con las conquistas de Pompeyo en lejanos campos de batalla, al menos podía permitirse un despliegue de munificencia en la propia Roma.

Es posible que los dos hombres fueran rivales, pero también tenían mucho que ganar si trabajaban juntos, combinando su popularidad, prestigio, patrimonio y conexiones a fin de dominar el Senado. Pompeyo y Craso compartieron poder en muchos momentos, cada uno de ellos mirando nerviosamente al otro por encima del hombro. En su primer consulado durante los años 71 a 70, restauraron el poder de la asamblea de tribunos de la plebe que había caído en desuso bajo el mandato de Sila. También dieron nuevo vigor al cargo de censor. Ambas medidas proporcionándoles el apoyo popular, al tiempo que les ayudaban a reconfigurar las estructuras de poder de Roma en su beneficio. Bajo el censo que tuvo lugar en el año 70, sesenta y cuatro senadores, sospechosos de corrupción moral o financiera, fueron destituidos y reemplazados por hombres leales. Es de suponer que su crimen fue estar en el lado equivocado de los dos poderes en la sombra de la República.

Mientras Pompeyo pasaba ese período en persecución de mayores glorias militares en el este, Craso se afianzó en el corazón de la política de Roma, y continuó tejiendo su red de patronazgo y endeudamiento con especial destreza. Especulaba con las carreras de jóvenes políticos proporcionándoles el dinero necesario, con la expectativa de recuperarlo en el futuro, una vez estuvieran cómodamente instalados en los lucrativos cargos de gobernadores provinciales. El más famoso de sus protegidos, Cayo Julio César, llegó bajo su protección a mediados de los años sesenta. En el 62 a. C., Craso aseguró la elección de César como pretor, seguida al año siguiente por la de gobernador de una de las provincias de Hispania, junto con un crédito de más de 830 talentos. El joven César había

acumulado grandes deudas. «Cuando los hombres necesitaban ayuda, su necesidad era su oportunidad».[23]

Las alianzas estaban listas para fraguarse y deshacerse. Corría el rumor de que Craso estuvo detrás de, al menos, un intento de golpe de estado a cargo de Lucio Sergio Catilina, uno de sus jóvenes protegidos, contra el cónsul Cicerón. La conspiración fue descubierta y muchos de los implicados ejecutados. Craso se mantuvo a una prudente distancia de los debates del Senado sobre la suerte de los rebeldes. Catilina, que había adquirido cierta popularidad entre la plebe, estuvo a punto de triunfar una segunda vez, para luego acabar muriendo en el campo de batalla. Si bien un testigo implicó directamente a Craso en la conspiración, los senadores rechazaron esa acusación debido a su endeudamiento con él.

Tal y como apunta Plutarco, «Craso no era ni un fiel amigo ni un implacable enemigo, siempre dispuesto a abandonar sus favores y resentimientos al dictado de sus intereses, de modo que, muy a menudo, y en un corto espacio de tiempo, los mismos hombres y las mismas medidas encontraban en él tanto a un abogado defensor como a un oponente».[24] La audaz observación de Plutarco podría aplicarse fácilmente a muchos financieros a lo largo de los tiempos. Por enorme que sea su cercanía al poder, siempre están alerta a los cambios en el mismo.

Fue con César con quien Craso obtendría la mayor rentabilidad por su inversión. En el año 60 d. C., Craso y Pompeyo se unieron, una vez más, para volcar su peso colectivo en la elección de César como Cónsul. Pompeyo quería que su nuevo asentamiento en el este fuera ratificado, mientras Craso necesitaba renegociar un contrato con un poderoso grupo de hombres de negocios para mejorar el cobro de impuestos en Asia. En este punto, César no solo poseía poder por propio derecho, sino que era el instrumento de estos dos poderosos hombres: Craso, su patrón político, y Pompeyo, su suegro. César fue debidamente elegido, pero un número de

senadores se aseguraron que su aliado, Marco Calpurnio Bíbulo, fuera asimismo elegido simultáneamente, impidiendo a Pompeyo y Craso el dominio absoluto. La élite romana temía esa nueva y poderosa alianza: el escritor Varro apodó al trío formado por César, Pompeyo y Craso *tricaranus* —monstruo de tres cabezas—. Su inquietud no estaba desencaminada. César, entregado a sus valedores, utilizó la violencia y la intimidación para reducir a Bíbulo a un virtual arresto domiciliario, amenazando al Senado hasta que ratificaron sus medidas, mientras compraba al pueblo con políticas populistas. Sin embargo, estaba harto de las maquinaciones políticas. Una vez que el dinero y el poder se habían consolidado de nuevo en las manos adecuadas de los tres gobernantes, César buscó la gloria en la aventura. Y con ese fin se dirigió a la Galia.

Tan pronto como se marchó, la alianza entre Pompeyo y Craso se derrumbó; ninguno ejercía formalmente el poder, pero cada uno trabajaba tras las bambalinas para consolidar sus intereses. Las calles de Roma se convulsionaban con violencia a medida que el dinero fluía como nunca antes. Las victorias de Pompeyo en Asia habían doblado prácticamente la renta nacional. Roma ocupaba la mayor parte del mundo civilizado y, sin embargo, la explosión de riqueza y la codicia implícita se acrecentaron hasta desestabilizar la República. El político populista Publio Clodio utilizó la asamblea de la plebe, con el apoyo de bandas armadas callejeras, para lanzar ataques contra un buen número de veteranos hombres de estado. Los actos de César fueron censurados como inconstitucionales y su campaña en Galia puesta en tela de juicio, a pesar de haber extendido con éxito los dominios de Roma hasta más allá del Rin y del Canal británico. Pompeyo fue acosado por el populacho. Mientras Craso, como siempre, se mantuvo intocable. Clodio, como la mayoría de hombres en Roma, estaba en deuda con él: Craso le había defendido previamente de los cargos de sacrilegio, asegurando su absolución. Si bien Craso no respaldaba abiertamente las acciones

de Clodio, estas le resultaron de gran ayuda, intimidando a sus rivales políticos y limitando su poder.

Cinco años más tarde, con la primera campaña de César en la Galia tocando a su fin, los intereses mutuos de los tres hombres volvieron a converger. César era ahora un actor por derecho propio, con prestigio y éxito militar capaces de rivalizar con los otros dos. En abril del año 56, el informal triunvirato se reunió en Lucca, al norte de Italia, para reanudar la alianza que tan útil les había sido en el pasado. César quería una extensión de su mandato en Galia para así poder ampliar su campaña y consolidar sus victorias. Craso y Pompeyo accedieron rápidamente a darle otros cinco años de mando militar, mientras se aseguraban que el resto de los dominios de Roma quedaban divididos entre ellos. De acuerdo con su trato, Pompeyo asumía el gobierno de Hispania *in absentia*, mientras Craso obtenía jurisdicción sobre el Cercano Oriente, siete legiones y el derecho a hacer la guerra o la paz sin consultar al Senado o al pueblo de Roma.

De los tres, Craso fue el que obtuvo potencialmente más ventajas en Lucca. El Imperio parto, que incluía el territorio de Irán e Irak de la actualidad, tenía las miras puestas más al oeste, hacia Armenia. Sin embargo estaba enfrascado en disturbios civiles y por tanto era considerado vulnerable a una invasión. Sus conexiones con la Ruta de la Seda y otros canales comerciales ofrecían oportunidades para una intervención y beneficios. Craso sabía que si lograba someter ese imperio, colmaría el largamente ansiado objetivo de extender Roma hasta las profundidades de Eurasia. Como Plutarco describe: «A la antigua debilidad de Craso, su codicia, se unía ahora una reciente y ardiente pasión a la vista de las gloriosas hazañas de César, en busca de trofeos y triunfos».[25]

Hasta ese momento las ambiciones de Craso habían estado acompañadas por una cierta prudencia. Pero ahora, cumplidos ya los sesenta años, se hallaba consumido por el deseo de victorias

militares que aseguraran su legado —¿una tardía crisis de la mediana edad, tal vez, o simplemente unos celos irresistibles de Pompeyo y César?—. El cónsul e historiador Dion Casio cuenta cómo Craso deseaba «acometer algo que trajera consigo la gloria y al mismo tiempo grandes ganancias».[26] Su ambición parecía ilimitada: «se negaba a considerar a Siria o incluso a Partia como los límites de su éxito, con la intención de hacer que las campañas de Lúculo contra Tigranes y las de Pompeyo contra Mitridates parecieran simples juegos de niños, extendiendo las alas de su esperanza tan lejos como Bactria, India y el Mar Exterior».[27]

Cuando Craso partió hacia el este a finales del año 55, la élite romana no mostró demasiado entusiasmo a la hora de apoyarle. Un buen número de figuras clave había expresado sus dudas sobre la lógica militar de la campaña y las perspectivas de éxito. Los partos tenían una impresionante maquinaria de guerra. Los detractores de Craso sospechaban que su característica codicia por obtener beneficios había enturbiado su buen juicio y que, sin importar lo grande que fuera su ambición, nunca podría igualar a Pompeyo en su valor y habilidad en el campo de batalla. Pompeyo, guardándose sus reservas para sí mismo, acompañó a Craso hasta las puertas de Roma. Sin embargo, la leyenda cuenta que a medida que se aproximaban a los límites de la ciudad, el tribuno de la plebe, Cayo Ateyo Capitón, apareció en lo más alto de las puertas e interponiéndose en su camino realizó un ritual que traería la desgracia a Craso por usurpar el honor de la República. De acuerdo con Plutarco, «prorrumpió en las maldiciones más horrendas y espantosas» sobre Craso y su campaña.[28]

Sin dejarse intimidar, Craso continuó la marcha por tierra con su ejército hasta Siria, cruzando a través de Grecia y Asia Menor, hasta llegar a mediados del año 54. Su plan era derrotar a los partos y anexionarse Mesopotamia, lo que le proporcionaría acceso directo al golfo Pérsico y a las rutas de comercio de ultramar. Sin embargo,

Craso ya no era el de antes; no había participado en una campaña militar desde hacía quince años. Sus siete legiones estaban formadas principalmente por jóvenes e inexpertos soldados, atraídos por la promesa de ricas recompensas, aunque algunos eran veteranos de las campañas de Pompeyo en el este. Plutarco relata la historia de Craso al atravesar el reino de Galacia (la Turquía de nuestros días) en ruta hacia Siria, donde el anciano rey estaba fundando una nueva ciudad. Craso, chanceándose, le dijo: «Oh rey, ¿cómo es esto? ¿Después de tu hora duodécima, empiezas a edificar?», a lo que el gálata, sonriéndole, replicó: «Tú tampoco, oh emperador, como se ve, has madrugado mucho para invadir a los partos».[29]

Una vez en Siria, Craso planteó la invasión a través del Éufrates por la parte occidental de Mesopotamia, en lugar de entrar desde Armenia con la ayuda del rey local, Artabaces, que le había ofrecido sus tropas. Este movimiento fue inicialmente un éxito: Craso se apoderó del oeste y el norte de Mesopotamia tras sitiar ciudades estratégicas. Pero entonces se retiró a Siria durante el invierno, a la espera de que su hijo Publio llegara con una caballería gala de mil hombres, veteranos de las recientes campañas de César en la Galia. Esta decisión de Craso de retirarse cuando tenía toda la ventaja ha sido largamente criticada tanto en las antiguas crónicas como por los modernos historiadores. Según Plutarco, debería haberse apoderado con presteza de Babilonia y Seleucia, ciudades hostiles a los partos. En su lugar, se mantuvo merodeando, dando a sus enemigos el tiempo de prepararse. ¿El motivo? La codicia: «Una vez más se le culpó porque su estancia en Siria respondiera más a cuestiones pecuniarias que militares. Pues no averiguó el número de sus tropas, ni tampoco reunió a los soldados para ejercitarlos, sino que se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas de las ciudades, pasando gran parte de sus días valorando la riqueza de los tesoros que se veneraban en Hierápolis».[30]

Durante la campaña, un contingente de las tropas de Craso entró en el reino asmoneo de Judea y saqueó el gran templo de Jerusalén, replicando las hazañas de Pompeyo una década antes. Asimismo, Craso confiscó también los tesoros del templo de Venus en Hierápolis.[31] Si el botín fue utilizado para financiar la campaña, enriquecer el patrimonio personal de Craso o bien encontró su destino en los bolsillos individuales de cada soldado, no está claro. Lo más probable es una combinación de las tres.

Pero no solo la estrategia militar de Craso fue presa de un invierno de pillaje, sino que, con la llegada de la primavera, pareció haber perdido su habilidad para distinguir a aquellos que podían procurarle riquezas de los que querían explotarle. A medida que avanzaba de nuevo hacia Mesopotamia, un jefe árabe, Ariamnes, aconsejó a Craso atacar inmediatamente, informándole que las tropas partas eran débiles y desorganizadas. A pesar de la evidencia de lo contrario, Craso confió en ese «astuto y traicionero hombre» —que estaba, en realidad, a sueldo de los partos— y, bajo sus instrucciones, condujo a sus tropas hasta la llanura para enfrentarse al enemigo.[32] Las crónicas de Plutarco de esta parte de la campaña presentan a un Craso aún más confuso, tomando decisiones contra todo buen consejo y evidencia e ignorando los numerosos malos augurios que jalonaban su camino. El relato está plagado de supersticiosas advertencias, a medida que Craso dirigía a su ejército a través del Éufrates:

> Frecuentes y terribles truenos cayeron sobre ellos, y muchos relámpagos estallaron enfrente del ejército, a medida que se desataba un huracán violento con bruma y tornados que se abatió sobre el pontón deshaciéndolo en su mayor parte. El lugar donde pretendía establecer el campamento fue también azotado por la descarga de dos rayos. Y el caballo de uno de los generales, ricamente enjaezado, derribó al jinete arrastrándole violentamente con él hasta el río y desapareciendo bajo las olas. Dícese además que levantada la primera águila para marchar, se volvió por sí misma hacia atrás.

Fue en una desolada llanura, cerca de la ciudad de Carras, donde Craso se enfrentó a Surena, el preeminente general del rey parto Orodes, que «llevó a Craso a la ruina, en primer lugar debido a su atrevimiento y vanidad, y luego como consecuencia de sus miedos y calamidades, lo que le hacía una víctima fácil del engaño». La batalla de Carras se caracterizó por el error de juicio de Craso, su indecisión y la negativa a escuchar el consejo de sus generales; así, fue superado prácticamente en cada movimiento por las tácticas de los partos. El primer día condujeron al hijo de Craso, Publio, y a su caballería a una trampa. El valiente Publio animó a su caballería para lanzar una vigorosa carga con ellos, trabando pelea con el enemigo. Pero su lucha era muy desigual tanto ofensiva como defensivamente, pues sus acometidas eran con pequeñas y frágiles lanzas contra las corazas de cuero y acero, mientras que el enemigo atacaba con robustas picas». Aunque Publio fue alcanzado en un brazo, se negó a dejar a sus hombres, declarando: «Que ninguna muerte por más cruel que fuese podría hacer que abandonara a aquellos que morían por él, rogándoles salvar su propia vida, y alargando la mano, los despidió. Entonces los partos cortaron la cabeza de Publio, e inmediatamente después se dirigieron a atacar a Craso».[33]

Las tropas partas se acercaron triunfantes a las fuerzas romanas y, llevando la cabeza de Publio clavada en lo alto de una pica, se acercaron a ellos para mostrarla, preguntando desdeñosamente por sus padres y su linaje pues sin duda, decían, «era imposible que Craso, el más vil y cobarde de los hombres, pudiera ser el padre de un hijo tan noble y de tan espléndido valor». Sin embargo, en lugar de provocar en las fuerzas romanas una sed de venganza, eso incrementó la sensación de resignación y malos presentimientos. Craso era, según Plutarco, «presa de muchas emociones contradictorias, y ya no miraba nada con la necesaria serenidad de

espíritu». Comprobó que «muy pocos de sus hombres escuchaban sus órdenes con buena disposición».

El final llegó al día siguiente. Surena ofreció una tregua. El líder enemigo había enviado a Craso un caballo con «jaez de oro» para que le condujera al otro lado del río donde se llevarían a cabo las negociaciones. Un gran número de generales romanos le urgieron a no aceptar la oferta, convencidos de que era una trampa. Pero Craso les ignoró y se montó en el caballo. Al alejarse, se desató una escaramuza y Craso resultó muerto. La mitología que rodea su muerte ha dado pie a un gran número de historias contradictorias. La crónica de Dion recoge que «los partos, según dicen algunos, vertieron oro fundido en su boca para burlarse; porque aun siendo un hombre de vastas riquezas, había acumulado su dinero sin compadecerse de aquellos que no tenían para vivir y se enrolaban en la legión por sus propios medios, considerándolos como pobres». [34] Una muerte similar se ha repetido en otros personajes considerados codiciosos. A principios del siglo XIII, Gengis Khan se dice que ejecutó a Inalchuq, un gobernador del Asia Central que se negó a pagarle los tributos, vertiendo plata fundida en sus ojos y oídos.

La versión de Plutarco cuenta cómo después de haber enviado la cabeza y la mano derecha de Craso a Orodes, Surena dispuso una pompa ridícula con su víctima a la que dio el nombre de triunfo, y escogiendo al más parecido a Craso entre los cautivos le hizo vestir con ropas de mujer, proclamándole Imperator y obligándole a liderar una procesión donde se mostraban las cabezas de los romanos sacrificados. Y añade que: «detrás le seguían las rameras de Seleucia, entonando canciones insultantes y ridículas sobre la cobardía y afeminamiento de Craso; con el propósito de que todos gozaran con el espectáculo». Y concluye: «con una farsa como esa la expedición de Craso se dice que terminó igual que una tragedia». [35]

Craso había especulado con su riqueza y prestigio para la campaña contra los partos. El resultado fue una de las más humillantes derrotas de la historia de Roma. Pagó el precio más alto por su codicia; sus legiones abandonadas al desorden, con veinte mil soldados de sus tropas muertos y más de diez mil capturados.

$ $ $

Craso determinó el curso del final de la República romana, una era dominada por la riqueza y la competición para adquirirla. Murió veinticuatro años antes de la caída de la República, que había durado quinientos años. El frágil equilibrio de poder se había hecho pedazos. Plutarco relata que «aunque le temían [a Craso], tanto Pompeyo como Cesar consiguieron de alguna forma continuar tratándose el uno al otro justamente».[36] Violencia, enfrentamientos y corrupción se apoderaron de Roma tras el vacío dejado por la muerte de Craso, culminando en el año 49 con otra nueva guerra civil. Pompeyo, perennemente celoso de las proezas militares de César, aprovechó la ausencia de su rival en Galia para hacerse con el control del Senado. César recibió la orden de dejar a su ejército y regresar como ciudadano privado. Pero se negó a hacerlo. Su paso del Rubicón —un río que por la ley romana los generales tenían prohibido cruzar sin disolver a su ejército— marcó el inicio de la irreversible decadencia de la República. Roma cayó bajo el gobierno autocrático de César. Su asesinato llevó a una eventual asunción del poder por Augusto, el primer emperador de Roma. Conviene recordar que sin el apoyo financiero de Craso, César sin duda habría languidecido entre las clases medias de la jerarquía romana. Ese fue uno de sus muchos legados.

El retrato de Plutarco de la personalidad de Craso presenta rasgos comunes con muchos de los ricos y poderosos de las

siguientes eras. Por medio de sus primeras estafas inmobiliarias amasó tal fortuna que está considerado el hombre más rico de la historia de Roma, y uno de los más acaudalados de su tiempo. Sus ingresos anuales (de su capital inmobiliario y muchas otras inversiones) en el momento de su muerte se estimaba que alcanzaban los 12 millones de sestercios. En una sociedad aquejada de enfrentamientos, codicia y desigualdad, su patrimonio total estaba valorado entre 170 y 200 millones de sestercios, el equivalente a los ingresos de un año para todo el tesoro romano.

Pero ¿cómo podemos comparar a Craso con los superricos de los períodos posteriores? Es imposible dar una respuesta definitiva, si bien algunos lo han intentado. Dado que el valor monetario es difícil de trasladar de una era a otra, y el poder adquisitivo difiere enormemente, un economista ha sugerido un sistema de equivalencia basándose en el trabajo humano. ¿Cuántas personas podían contratar cada uno de los superricos en su tiempo? Aparentemente la cifra para Craso sería de unos treinta y dos mil romanos, la mitad de la capacidad del Coliseo. Se podría comparar con los ciento dieciséis mil americanos de John D. Rockefeller en 1927 o los setenta y cinco mil de Bill Gates en 2005. Sin embargo, el más rico de todos sería Carlos Slim, quien reunía bajo sus empresas a cuatrocientos cuarenta mil mexicanos en 2009. Otros economistas han establecido sus propias matrices y resultados. Cualquiera que sea el sistema utilizado, Craso estaría en uno de los puestos más altos entre los ricos.[37]

El relato de Craso por Plutarco es un cuento moral. En el momento más crítico del último asalto, los soldados aún querían recibir las órdenes de su líder, pero este no aparecía por ninguna parte: «Estaba tendido en el suelo, solo, envuelto en la oscuridad, para la mayoría un ejemplo de los caprichos de la fortuna, pero para los más sabios un reflejo de su desbocada ambición, que no le dejaba descansar satisfecho por ser el primero y el más grande

entre una miríada de hombres, sino que le hacía pensar, puesto que se juzgaba inferior a solo dos hombres, que le faltaba de todo».37

Esos dos hombres eran, por supuesto, Pompeyo y César. Craso no había sido tan dotado como ellos; había llegado muy lejos gracias a su astucia, tenacidad y crueldad. Habiendo adquirido su enorme patrimonio y consolidado su posición, podría haberse conformado y así, tal vez, la historia hubiera sido más amable con él.

Intentemos ser objetivos. ¿Fue Craso, al final, más codicioso que los otros, o simplemente menos cauteloso a la hora de ocultar su ambición? Algunos historiadores contemporáneos están tratando de revertir su visión entendiendo que existe una presunta predisposición contra él y culpando al esnobismo por la descripción de un hombre que se ensució las manos con un lucro obsceno. No solo perdió la guerra, sino que violó el código de la antigüedad amasando una enorme fortuna a partir de negocios turbios, en vez de seguir la senda más «virtuosa» de la guerra, y apoderarse de los bienes del enemigo. Este análisis tiene el mérito de iluminar el perenne resentimiento entre dinero viejo y dinero nuevo. Sin embargo, no hay suficiente revisionismo histórico que pueda ocultar la inmensa determinación de Craso para adquirir riquezas y posición a toda costa.

A diferencia de Mario, Sila, Cicerón, Pompeyo y César, Craso cuenta con pocos bustos y retratos de su figura. Por tanto, fracasó en la prueba más importante: asegurar su legado. El dinero tal vez le proporcionara poder político, pero no fue una garantía de hazañas militares, lo que en aquellos tiempos era el símbolo definitivo para determinar el estatus. Es posible que la arrogancia se apoderara de lo mejor de él y el campo de batalla fuera su perdición, pero indudablemente estableció un nuevo paradigma para aquellos que buscaban fortuna. Emprendedor, oligarca y hábil en el manejo de la política, Craso es el primero de los miembros arquetípicos del club de los superricos.

[1] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 317.

[2]*Ibidem*, p. 315.

[3] Allen Mason Ward, *Marcus Crassus and the Late Roman Republic*, p. 1.

[4]*Ibidem.*

[5] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 329.

[6] Citado por Tom Holland en, *Rubicon*, p. 91.

[7] William Stearns Davis, «The Influence of Wealth in Imperial Rome».

[8] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3.

[9] F. E. Adcock, *Marcus Crassus, Millionaire*, p. 15; Gareth C. Sampson, *The Defeat of Rome*.

[10] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 318.

[11] Salustio, citado por Keith Roberts, *The Origins of Business, Money and Markets*, p. 161.

[12] William Stearns Davis, «The Influence of Wealth in Imperial Rome».

[13] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 319.

[14] F. E. Adcock, *Marcus Crassus, Millionaire*, p. 11.

[15] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 336.

[16]*Ibidem*, p. 320.

[17] Apiano, *The Roman History*, p. 221.

[18] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3.

[19] Esta rebelión ya forma parte de la iconografía de Hollywood. En 1960 la épica *Espartaco*, con Laurence Olivier como Craso, incluyó la inmortal frase: «Yo soy Espartaco», conocida por haber sido susurrada por cada gladiador como una ofrenda de autosacrificio para salvar a su líder. Era una película extremadamente política, concebida inmediatamente después de las investigaciones de McCarthy, a los que se suponen eran simpatizantes de la izquierda. Su guionista había figurado en la lista negra y algunos grupos anticomunistas organizaron protestas en las puertas de los cines. El presidente John F. Kennedy obtuvo mucha fama cuando decidió atravesar uno de los piquetes para ver una cinta que implícitamente comparaba a la corrupta República romana de esclavos con la sociedad contemporánea de los Estados Unidos. La película consiguió la mejor recaudación de los estudios Universal durante más de una década. Su didáctico mensaje sobre lo nocivo de la desigualdad en Roma produjo una gran reacción en la audiencia americana e internacional.

[20] Branko Milanovic, Peter Lindert y Jeffrey Williamson, *Preindustrial Equality*.

[21] Walter Scheidel y Steven J. Friesen, "The Size of the Economy and the Distribution of Income in the Roman Impire", pp. 61-91

[22] Henrik Mouritsen, *Plebs and Politics in the Late Roman Republic*.

[23] F. E. Adcock, *Marcus Crassus, Millionaire*, p. 18.

[24] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 335.

[25]*Ibidem*, p. 357.

[26] Dion Casio, *Roman History*, vol. 3, p. 422.

[27]*Ibidem*, p. 360.

[28]*Ibidem*, p. 364.
[29]*Ibidem*, p. 365.
[30]*Ibidem*, pp.367-368.
[31] Gareth C. Sampson, *The Defeat of Rome*, p. 103.
[32] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 376.
[33]*Ibidem*, p. 380.
[34] Dion Casio, *Roman History*, vol. 3, p. 447.
[35] Plutarco, *Parallel Lives*, vol. 3, p. 419.
[36]*Ibidem*, p. 255.
[37]*http://www.washingtonpost.com/blogs/wonkblog/wp/2014/02/19/who-was-the-richest-man-in-all-of-history/* (quién fue el hombre más rico de toda la historia).

II. ALAIN LE ROUX. LIMPIEZA DE TERRITORIO

«La crueldad no siempre es tan mala».

STAN O'NEAL, director ejecutivo de Merrill Lynch

Fue uno de los hombres más ricos de la historia de Inglaterra y, sin embargo, ocupa un lugar menor en la imaginería popular. Alan Rufus era uno de los hombres de confianza de Guillermo I el Conquistador, a finales del siglo XI. Este bretón oportunista se subió al carro de la invasión normanda y fue recompensado por su lealtad con una franja de tierras que se extendía a lo largo de toda la espina dorsal del país.

El período inmediatamente posterior al año 1066, es un ejemplo temprano del cambio de régimen y de la transferencia de riqueza y poder obtenidos en gran parte tras un acto de genocidio: la Devastadora Invasión del Norte. Se estima que alrededor de cien mil personas fueron aniquiladas en Yorkshire y sus alrededores por resistirse al gobierno de Guillermo I. Aldeas enteras fueron quemadas y sus habitantes asesinados, mientras sus tierras de labor eran arrasadas. Muchos de los que sobrevivieron a la masacre murieron de inanición.

Los nobles que sirvieron junto a Guillermo en la batalla de Hastings o que se pusieron de su lado con posterioridad, fueron recompensados con tierras y propiedades confiscadas a la población autóctona. El Libro del Registro[1] (Domesday) documenta meticulosamente el impacto de ese colosal programa de expropiaciones, revelando que en 1086 únicamente alrededor del 5 por ciento de las tierras de Inglaterra al sur del río Tees estaba en manos inglesas. La población nativa fue expulsada de los altos cargos de la Iglesia y el estado. El francés se convirtió en *lingua franca*. Hacia el año 1096, ni un solo obispado era regentado por un

inglés. Con una nueva élite al mando, se llevó a cabo un ambicioso programa de edificación. A lo largo de los siguientes veinte años más de un millar de castillos fueron construidos para consolidar el poder normando y proyectar su prestigio.

$ $ $

Esa expropiación de tierras propiciada por el estado y el nepotismo definieron la era. Aquellos que adquirieron riquezas eran o bien conocidos del rey o parientes de este, entre ellos su hermanastro, el obispo Odo de Bayeux —fue nombrado conde de Kent—, y William de Warenne, primer conde de Surrey. Una pequeña camarilla se convirtió de pronto en el equivalente a los milmillonarios de la edad moderna. Uno de los más ricos y astutos fue Alain Le Roux, también conocido por su adoptado nombre inglés Alan Rufus o Alan el Rojo, o por su posterior título de conde de Richmond, primo segundo de Guillermo. Su parte del botín sumaba casi doscientas fincas con un total de más de cien hectáreas. Las «Propiedades del conde Alan» se extendían desde Yorkshire hasta Londres, abarcando Norfolk, Suffolk, Cambridgeshire y Northamptonshire, y continuando en Normandía y Bretaña. Para cuando murió en el año 1093 a la edad de cincuenta y tres años, Alan poseía un patrimonio de 1.100 libras, el equivalente a 8.000 millones de libras de hoy en día, lo que le convierte en uno de los ingleses más ricos de todos los tiempos. Excepto que no era inglés, no hasta que él y sus descendientes empezaron a identificarse con un país que él mismo había ayudado a comprar. Pero Rufus no solo se enriqueció a sí mismo, sino que allanó el camino para que se formara una nueva élite, limpiando su reputación y haciendo que esta se convirtiera en la poseedora de enormes heredades y en la clase dirigente del siguiente milenio.

La invasión normanda de 1066 aún es vista, quizás más que cualquier otro acontecimiento, como la principal responsable del nacimiento de la moderna Inglaterra. Marcó la suplantación de una cultura y el traspaso en masa de las riquezas y poder de una élite a otra. Guillaume le Bâtard, Guillermo el Bastardo, hijo ilegítimo de Roberto el Magnífico, duque de Normandía, invadió y expropió las propiedades y tierras de una nación entera, repartiéndolas entre un puñado de lugartenientes leales. Por tanto, no debería sorprender que una reciente lista de los más ricos de la historia británica señale a cuatro caballeros de la conquista normanda entre los seis primeros de todos los tiempos.[2]

El duque Guillermo de Normandía había sido, o al menos eso proclamaba, designado directamente heredero del trono británico por el rey Eduardo el Confesor, allá por el año 1051. Su principal obstáculo para la corona era la familia sajona Godwin, que poseía todos los condados importantes de Inglaterra y la mayor parte de las tierras. El hermano mayor de los Godwin, Harold, era el poder en la sombra detrás del trono en el año 1060. En 1064, Harold emprendió un viaje a través del Canal hasta Normandía, durante el cual estuvo a punto de naufragar y acabó medio prisionero en la corte de Guillermo. Allí, voluntariamente o no, prestó juramento sobre las reliquias sagradas de apoyar la pretensión al trono de Guillermo: «[Guillermo] hizo que Harold se quedara con él durante algún tiempo y luego se lo llevó con él en una expedición contra los bretones. Tras el juramento de fidelidad de Harold con un montón de votos, le prometió que le entregaría su hija Adeliza junto con la mitad del reino de Inglaterra».[3]

Sin embargo, cuando Eduardo murió un año después, Harold, por entonces de vuelta en Inglaterra, asumió el trono, proclamando que su juramento a Guillermo había sido hecho bajo coacción. Rápidamente se hizo coronar en su nueva abadía de Westminster. El T*apiz de Bayeux* —el lienzo bordado que recoge los hechos que

condujeron a la conquista normanda— retrata a los miembros de la congregación mirando a lo alto hacia el cometa Halley, un ominoso augurio del funesto destino que les aguardaba.

Así comenzó una batalla no solo por el trono sino por la historia. Los historiadores normandos utilizaron una única y discutible declaración para legitimar el secuestro de las tierras y riquezas y el establecimiento de un nuevo orden durante un milenio. Lo que puede considerarse como una gestión de la reputación a gran escala.

Guillermo reunió trabajosamente a su ejército y planeó el ataque. Sin embargo, no tenía garantizado el apoyo de sus nobles. Necesitaba llevar su causa hasta el papa y, reuniendo a sus lugartenientes en su nueva abadía de St Étienne, solicitó la bendición divina. Recibió el estandarte papal para que lo llevara en la batalla, demostrando lo justo de su reclamación. La causa se basaba en la descripción de Guillermo como un hombre honrado y frugal, en oposición al lascivo y traicionero Harold, que había derrochado el patrimonio de sus súbditos. Guillermo se dirigió a sus tropas congregadas: «él gasta inútilmente sus riquezas, desperdiciando su oro sin consolidar las tierras. Luchará por el miedo a perder los bienes confiscados indebidamente; mientras nosotros reclamamos lo que hemos recibido como un regalo obtenido por nuestros favores».[4] El papa convirtió una disputa personal por la corona inglesa en una guerra santa, legitimando todas las subsecuentes acciones y beneficios que pudieran derivarse de su éxito. Súbitamente, todo oportunista, soldado o caballero en el occidente de Europa estaba deseoso de participar en el hecho.

Uno de esos aventureros que se atrevió a cruzar el Canal para probar suerte fue Alan, hijo del conde Eudo de Penthièvre en Bretaña y Agnes de La Cornouialle —una región al sudoeste de la península de Bretaña ocupada por príncipes anglosajones—. Alan era conocido como «el Rojo» debido al color de su barba. El epíteto

también servía para distinguirle de uno de sus hermanos, Alan Niger u Alan el Negro. Debido al estatus de noble de su padre, Alan el Rojo podía utilizar el título de *comes* o conde, a pesar de no poseer ninguna tierra propia en Bretaña. Sin embargo, al provenir de una numerosa familia de siete hermanos, sin esperanzas de heredar —se suponía que todo el patrimonio iría a parar al mayor—, necesitaba abrirse camino por su cuenta y buscar su propia fortuna. Unirse al ejército invasor de Guillermo parecía el mejor modo de asegurarse riqueza y posición. Este fue un patrón muy habitual para los hijos menores ambiciosos: William de Warenne, que se convirtió en uno de los hombres más ricos de Inglaterra, era uno; otro fue el hermano de Alan, Brien. Los hijos ilegítimos, como el propio Guillermo el Bastardo, estaban aún más ansiosos por demostrar su valía.

La campaña de Guillermo fue una aventura extremadamente arriesgada. Inglaterra había sido invadida una y otra vez a lo largo de los dos siglos anteriores. Había muy pocas garantías de que esta ocupación fuera más permanente. Los bretones tenían una relación complicada con los normandos, dado que habían estado en guerra los unos contra los otros apenas unos años antes. El propio Guillermo se había llevado con él a Harold Godwin en una campaña contra los bretones, para demostrarle su poderío militar. El primo de Alan era el mismísimo duque de Britania contra el que Guillermo había luchado. Este duque incluso alegaba que Guillermo había envenenado a su predecesor —el tío de Alan— empapando sus guantes de montar en veneno.[5] Pero nada de aquello fue suficiente para disuadir a Alan de unirse a las fuerzas de los normandos. Además, era pariente lejano de Guillermo: los diversos matrimonios entre las dos familias se alternaban con los períodos de guerra.

De este modo, un gran contingente bretón bajo el mando de Alan y Brien partió desde la costa norte francesa para unirse a las fuerzas

invasoras de Guillermo. Sumando casi cinco mil hombres, constituían una destacada minoría de tropas. Aquello no era solo una conquista normanda, sino bretona, flamenca y también lotaringia —Lotaringia, reino de Lotario, se extendía hasta el este de lo que hoy en día es Colonia y Estrasburgo—. Jóvenes aventureros de todo el occidente de Europa reunidos bajo el estandarte del papa, atraídos por las riquezas de Inglaterra y la perspectiva de conseguir sus propias tierras.

Por lo demás, la historia de la invasión es bien conocida. Harold estaba defendiendo sus tierras en dos frentes. Primero desvió su ejército al norte para defenderse de la invasión de su contrariado hermano, Tostig Godwinson, ocasional regente de Northumbria, ayudado y apoyado por Harald Hardrada, un aventurero que pretendía recrear el reino vikingo en esa parte de Inglaterra. Harold los interceptó en Stamford Bridge, al este de York. Pero tuvo que depender en gran parte de granjeros y de las fuerzas reunidas por sus dos hermanos condes, Edwin y Morcar.

Tras vencer, Harold disolvió su ejército pensando que el año estaba demasiado avanzado para que Guillermo pudiera realizar la peligrosa travesía marítima. Pero, mientras regresaba hacia el sur, recibió noticias de una flota avistada en la costa del Canal. Una armada de setecientos barcos estaba a punto de alcanzar la orilla inglesa.

Tan pronto como desembarcaron en octubre de 1066, los normandos adoptaron una estrategia que ejecutarían con gran eficacia a lo largo de los siguientes años: una deliberada destrucción e intimidación. Quemaban aldeas y robaban provisiones de alimentos para mantener la marcha de su ejército. Eso forzó a Harold a actuar, teniendo que marchar apresuradamente hacia el sur con su ejército reunido a toda prisa para expulsar a los invasores. Los normandos le habían pillado por sorpresa. El escenario de la batalla, tal como cualquier escolar inglés aprende, fue Hastings.

Alan Le Roux estaba al mando del numeroso contingente bretón en Hastings, en el ala izquierda del ejército normando, si bien en un primer momento no salió bien librado. Las fuerzas de Guillermo acometieron contra el muro de escudos sajón. Los cinco mil cansados guerreros de Harold no tendrían que haber resultado un problema para los quince mil soldados de infantería, arqueros y caballería de Guillermo. Los normandos fueron obligados a retroceder, dando toda la impresión de un ejército en retirada. Los historiadores aún continúan debatiendo si esa maniobra no fue más que una treta, una estratagema para sacar a los sajones de su posición elevada, conduciéndoles a una ignominiosa derrota y a la muerte de Harold.

Guillermo sabía que su pretensión al trono residía íntegramente en una espuria promesa, hecha quince años atrás, y al hecho de que su bisabuelo era el abuelo de Eduardo por parte de madre. Pero aun siendo cierto, se movió rápidamente para consolidar su autoridad. Aquellos que le sirvieron bien en Hastings fueron recompensados. Y así comenzó la conquista normanda.

Aunque decididamente parcial, tal y como su nombre sugiere, *La Crónica Anglosajona* proporciona una de las fuentes históricas más importantes desde la retirada de los romanos al siglo XII. En ella se describe la batalla de Hastings como el principio de un gran desastre nacional lanzado por Dios sobre Inglaterra:

> Allí murieron el rey Harold, el conde Leofwine, su hermano, el conde Gyrth, su hermano, y muchos hombres buenos. Y los franceses tomaron posesión del lugar de la matanza, tal y como Dios les había asegurado debido a los pecados del pueblo. El arzobispo Aldred y la guarnición de Londres querían al príncipe Edgar como rey, según su derecho natural; y Edwin y Morcar le prometieron luchar por él, pero siempre aplazaban su decisión, así un día tras otro y cada día peor, tal y como sucedió al final.[6]

Todo aquel que había luchado con Harold vio sus tierras confiscadas. Agentes de la propiedad, conocidos como jueces locales, fueron enviados a pueblos menos afortunados y granjas por todo el sur del país para incautar las tierras. *La Crónica Anglosajona* describe sus actos utilizando términos no muy diferentes a los aplicados a la mafia: «Imponían impuestos en las aldeas con gran frecuencia y lo llamaban "dinero para protección". Cuando la gente humilde ya no tenía nada más que dar, saqueaban y quemaban sus pueblos. Entonces los pobres morían de inanición; algunos que en su día habían sido personas ricas, vivían de la mendicidad».[7] *La Crónica* recoge cómo Guillermo «vendió tierra bajo duras condiciones, las más duras posibles. El rey la ponía en las manos del mejor postor, sin importarle la forma despiadada en que los jueces se la habían arrebatado a los pobres hombres». El rey y su círculo más próximo «querían ganar mucho, y aún más —oro y plata— y no les importaba el modo pecaminoso en que estos hubiesen sido obtenidos con tal de que llegara a sus manos».[8]No es de extrañar que Alan, como uno de los primeros en beneficiarse de las tierras confiscadas, fuera el foco de las iras de *La Crónica*.

La ambición a corto plazo de Guillermo era saquear, y pagar con ello a quienes le habían ayudado en su victoria. Gran parte de la tierra confiscada a los *thengs* (terratenientes sajones) que habían muerto en Hastings fue otorgada a sus caballeros a sueldo —los mercenarios constituían el elemento básico de los ejércitos de aquel tiempo—.[9] Estos hombres actuaban motivados más por la perspectiva de posibles botines que por devoción feudal a su señor. Merodeaban por toda la campiña hasta que eran pagados con un trozo de tierra donde establecerse. Otros beneficiarios inmediatos fueron las iglesias y abadías, sajonas y normandas. Las abadías normandas habían recibido por parte de Guillermo la promesa de tierras inglesas a cambio de aprovisionar a sus hombres e instaurar sus propios impuestos. Sin embargo, las iglesias sajonas se

apresuraron a ofrecer dinero al nuevo rey, si este fallaba a su favor las disputas de tierras locales. Para suavizar el acuerdo, se ofrecieron a aceptar a caballeros normandos como arrendatarios de sus tierras. [10]

A largo plazo, los planes de Guillermo implicaban echar raíces en su nuevo territorio. Buscaba reforzar la continuidad con los años de reinado de Eduardo el Confesor, fomentando la idea de que era el legítimo y natural heredero. Una vez que el reparto inmediato del botín terminó, se mostró dispuesto a conceder a los terratenientes sajones el beneficio de la deuda salvo que estos se rebelaran abiertamente contra él. Incluso devolvió el cadáver de Harold a su viuda, Edith Cuello de Cisne —también conocida como Edith la Hermosa—, para que pudiera enterrarlo sin necesidad de pagar un rescate, a pesar de que se dice que ella le ofreció en oro el peso de su marido muerto.[11]

Dos meses después de cruzar el Canal, el día de Navidad de 1066, Guillermo fue coronado en Westminster, el mismo lugar de la coronación de Harold tan solo unos meses antes. El servicio religioso se realizó conforme a la costumbre inglesa. Deseoso de no incrementar la tensión, Guillermo incluso solicitó al arzobispo anglosajón de Canterbury, Stigand, que había coronado a Harold, que asistiera. Él estuvo acompañado por una extraña colección de normandos y bretones. La cuidadosamente cultivada sensación de triunfo, majestad y continuidad quedó truncada cuando un destacamento de los propios hombres de Guillermo, creyendo que los cantos de afirmación al trono eran gritos de disidencia, prendió fuego a los edificios aledaños a la abadía. Cuando la congregación huyó despavorida, los obispos restantes completaron la ceremonia. Aquello era un presagio de la tensión y violencia que estaban por llegar.

Tal vez Guillermo controlara Canterbury, el centro religioso, y Winchester, la sede ceremonial de los reyes, pero su posición en

conjunto continuó siendo precaria en un país que era tan hostil como desconocido para él. El recién coronado rey necesitaba rodearse de un grupo en el que pudiera confiar. Durante el período inicial de ocupación, Guillermo solo pudo apoyarse en menos hombres de los que se atrevía a admitir. Muchos de los caballeros que le habían acompañado habían determinado marcharse y regresar a sus propiedades en Francia, a pesar de las recompensas ofrecidas en Inglaterra. Algunos se marcharon por su propia seguridad. Tenían pocas razones para asumir que la regencia normanda podría perdurar en una tierra propensa a frecuentes invasiones. Otros caballeros, posiblemente llevados por un ocasional sentido ético, incluso se negaron a tomar parte en la confiscación de tierras. Gilbert d'Auffray, un noble normando, «declinó cualquier vinculación con el saqueo. Satisfecho con lo suyo, rechazó los bienes de otros hombres».[12]Alain Le Roux, sin embargo, se benefició de ello durante mucho tiempo.

Cuando Guillermo regresó por un breve periodo a Normandía en el año 1067, se llevó como rehenes a importantes miembros de la nobleza anglosajona. Stigand y los condes del norte Edwin y Morcar fueron enérgicamente arrastrados a los barcos donde el Conquistador podía mantenerles a la vista.[13] Una vez allí, los hizo desfilar a través de la ciudad de Rouen junto con muchos de los tesoros saqueados de las abadías inglesas.[14] Alan, Odo, William Fitz Osbern, primer conde de Hereford, y Robert de Mortain —sus más leales lugartenientes— se quedaron ejerciendo como regentes de Inglaterra en ausencia de Guillermo. También ellos lo dispusieron todo meticulosamente para poder enriquecerse.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los impacientes ingleses se levantaran contra sus conquistadores. La ciudad de Exeter, que había dado cobijo a la esposa de Harold, fue la primera en rebelarse. El pretexto fueron los altos tributos, o *gelds*, exigidos a los locales. Todo aquel que no pudiera pagarlos se

encontraba con sus tierras confiscadas como si se hubiera rebelado. Los hijos de Harold aparecieron por el sudoeste con un ejército de Irlanda, pero Brien, el hermano de Alan, les derrotó en una sangrienta batalla.[15] A pesar de su victoria y el posterior sometimiento de Exeter, la experiencia de los continuos conflictos armados pudo ser suficiente para persuadir a Brien de que su estancia en Inglaterra no merecía la pena. Regresó a casa poco después.

La principal rebelión, no obstante, había estado fraguándose en el norte, donde no había gobierno. La franja de tierra inglesa entre el río Humber y la frontera escocesa tenía una fuerte impronta danesa, con su propia aristocracia resistiéndose a la presión exterior. Meses después de la invasión del sur, Guillermo nombró a Copsig, un sajón, como nuevo conde de Northumbria. Copsig había sido el delegado de Tostig Godwinson, el hermano de Harold, un hombre extremadamente impopular, durante su propio mandato en el norte. Copsig no lo hizo mejor. Mientras recolectaba altos tributos para sufragar los gastos del ejército normando, fue interceptado por un grupo de hombres de Northumbria y tuvo que esconderse en una iglesia. Entonces sus perseguidores la prendieron fuego obligándole a salir, y luego le mataron y le cortaron la cabeza.[16] Según se cuenta, en York, solo el conde sajón Waltheof acabó con muchos normandos, cortándoles la cabeza una a una mientras escapaban por la puerta. Guillermo respondió nombrando al primer conde normando, Robert de Comines, en sustitución de Copsig. Su destino fue similar.

En el verano del año 1069 los condes del norte planearon un alzamiento a gran escala contra la autoridad normanda. Edwin y Morcar, de nuevo de vuelta en el país, reclutaron a Edgar Atheling, vástago de la línea real inglesa, quien, en términos hereditarios, tenía más derecho al trono que el propio Guillermo e incluso Harold. Muy pronto, prácticamente todos los ricos y miembros notables de la

sociedad inglesa del norte se habían vuelto contra el rey. La excepción fue el arzobispo de York, quien advirtió a los rebeldes para que no lucharan en una batalla imposible contra la máquina de guerra normanda.

Estos habían volcado sus esperanzas en la ayuda exterior. En septiembre, un gran contingente militar danés navegó río arriba desde la desembocadura del Humber marchando sobre York. Los normandos estaban tan horrorizados porque los daneses pudieran atacar su castillo que comenzaron a quemar sus casas para impedir que pudieran disponer de ellas en caso de asedio. El cronista John Worcester lo relataba así: «El fuego empezó a extenderse sin control, avanzando por toda la ciudad y quemando a su paso el monasterio de St. Peter». Sin embargo, esa táctica no logró detener a los daneses, que entraron en la ciudad y masacraron a más de tres mil normandos y «luego se marcharon con un inmenso botín».[17] Pero los daneses no luchaban por la pretensión al trono, solo por las riquezas del saqueo. Tenían un enorme ejército que alimentar y no les importó demasiado cuando Guillermo les sobornó para que volvieran a su casa, dejando a los nativos rebeldes para que se defendieran solos.

Mientras los condes rebeldes reunían a un ejército de lo más variopinto, con una chusma de aldeanos alistados bajo coacción o bajo la promesa de ganado o más cultivos, Guillermo —que había tenido noticias de la rebelión estando en Nottingham— congregaba fuerzas a una escala totalmente diferente. Hizo venir refuerzos del norte de Francia para librar una batalla que estaba decidido a ganar: necesitaba afianzar su hegemonía de una vez por todas. Edwin y Morcar se dieron a la fuga. La marcha de Guillermo fue rápida, como *La Crónica Anglosajona* destaca: «El rey Guillermo se echó sobre ellos por sorpresa desde el sur con un abrumador ejército y los puso en fuga, matando a aquellos que no pudieron escapar —que fueron cientos de hombres— y asolando la ciudad».

La Devastación del Norte es uno de los capítulos más cruentos de la historia británica. Una combinación de genocidio y limpieza étnica. Pero sobre todo supuso una transferencia de bienes: cientos de desolados kilómetros cuadrados de tierra que yacían, serían edificados de nuevo.[18]

A través de Yorkshire, Northumbria y Durham, las desenfrenadas fuerzas normandas destruyeron todo cuanto se encontraba a la vista. El plan en un primer momento era barrer toda resistencia y someter por hambre a cualquier superviviente. Poco importaba que sus habitantes se hubieran levantado en armas contra los ocupantes o no; la culpa se establecía por asociación. Las semillas fueron confiscadas y quemadas, los arados destrozados y el ganado sacrificado. *Ibidem*, p. 118. [19] La tierra se dejó devastar, haciéndola inútil durante años en parte como escarmiento y en parte para impedir el suministro de nuevas provisiones de comida a un posible ejército invasor. John de Worcester describe unas condiciones insoportables y «un hambre tan terrible que los hombres comían la carne de los caballos, perros, gatos y hasta seres humanos».[20] Algunos campesinos se vendieron como esclavos para al menos recibir comida de sus amos. Otro historiador, Simeón de Durham, describe cómo los cadáveres demacrados por inanición a lo largo de la carretera eran tan habituales que expandían enfermedades entre los vivos; los lobos bajaban a los pueblos para darse un festín con los cadáveres.[21] El cronista de Evesham describió cómo los grupos de víctimas indigentes llegaban en masa hasta su monasterio pidiendo limosna muchos años después de aquello.[22]

No había clemencia. De acuerdo con Orderic Vitalis, monje benedictino y uno de los más grandes cronistas del momento, Guillermo «continuó peinando los bosques y otros remotos lugares de las montañas, sin detenerse ante nada, para cazar al enemigo escondido allí».[23]Para los pocos que seguían vivos, los castigos eran variados: a algunos rebeldes se les permitió exiliarse, otros

fueron apresados, a otros se les concedió la «libertad» solo después de cortarles las manos o sacarles los ojos.

Furioso ante el ciclo de rebelión contra su autoridad, Guillermo abandonó sus primeros esfuerzos de llegar a un entendimiento con la aristocrática sociedad sajona, instaurando en su lugar una completa renovación de la vieja élite. La Devastación del Norte fue una deliberada política de tierra quemada más la excesiva exuberancia de un ejército victorioso. El historiador William de Malmesbury relata cómo las órdenes, que llegaban directamente de Guillermo, se cumplían al pie de la letra:

> Entonces ordenó que tanto la ciudad como los campos de todo el distrito [de York] fueran devastados; los frutos y el grano destruidos por el fuego o el agua, y más concretamente en la zona de costa, no solo como muestra de su reciente disgusto sino porque se había extendido el rumor de que Cnut, rey de Dinamarca, se estaba acercando con sus tropas. La razón de tal orden era para que el pirata saqueador no encontrara ningún botín en la costa que pudiera llevarse con él.[24]

Todavía a mediados del siglo XII, cuando William de Malmesbury escribió esas líneas, la zona sufría las consecuencias de la masacre:

> De este modo los recursos de la provincia, antaño florecientes, así como el sustento de los tiranos, fueron cortados por el fuego, la masacre y la devastación; las tierras a lo largo de casi cien millas, totalmente improductivas y estériles, permanecen aún yermas a día de hoy... Si algún extranjero las viera, se lamentaría por las que fueron magníficas ciudades, aquellas torres desafiando al mismo cielo con su altura; los campos donde abundaba el pasto regados por los ríos: y, si aún sobrevive algún habitante, ya no las reconocería.[25]

Ciertamente, existieron esas elevadas torres en el Yorkshire sajón, pero los historiadores contemporáneos no tenían más vocabulario para definir semejante destrucción que recurriendo a las descripciones de los horrores bíblicos, como por ejemplo el asedio

de Jericó. Tan devastada estaba la zona que se convirtió en un lugar natural de migración para las órdenes cistercienses de monjes del este de Francia, que tenían voto de pobreza y trataban de vivir lo más cerca posible de la naturaleza. Estos monjes fundaron algunas de las grandes abadías de Yorkshire, tales como Jervaulx y Rievaulx, en el siglo XII, pero las condiciones eran tan malas que algunos murieron de hambre en los primeros días.

Después de meses de sistemática barbarie, Guillermo celebró la Navidad de 1070 en el interior del armazón de la calcinada catedral de York. Rodeado por los restos carbonizados de la ciudad, con sus calles desiertas salvo por el aullido de perros vagabundos y algunas ancianas hambrientas y desorientadas o niños en harapos, el Conquistador agarró su cetro ataviado con sus mejores ropas en una ceremonia que ensalzaba su reinado.

Habiendo devastado las tierras, Guillermo fue detrás del dinero. En un mundo anterior a los bancos, eso significaba saquear los monasterios, donde las familias de terratenientes habían ocultado su oro, confiando a Dios la seguridad de sus posesiones. Olvidando aparentemente la bendición papal para la invasión, los normandos despojaron indiscriminadamente iglesias y abadías, llevándose las riquezas. Es posible que su propósito fuera más confiscar el patrimonio de la nobleza sajona que castigar a la iglesia inglesa *per se*, pero la evidencia sugiere que los soldados normandos no pudieron resistirse a las llamativas baratijas del altar. Olvidando su inicial piedad, Guillermo «ordenó que todos los monasterios a lo largo de Inglaterra fueran registrados y que los bienes que los ricos ingleses hubieran depositado en ellos, debido al saqueo y la violencia, se confiscaran y añadieran a su tesoro». Luego organizó un consejo especial para destituir a los abades ingleses y nombrar en su lugar a «hombres de su propia raza».[26] Ni siquiera los obispos quedaron inmunes. Athelwine, obispo de Durham, fue encarcelado y comenzó una huelga de hambre que le causó la

muerte.[27] El patrimonio de Stigand, a pesar de haber sido enviado a la abadía de Ely para salvaguardarlo, se lo quedó Guillermo.[28]

Inglaterra era un valioso tesoro; gracias a un sólido sistema de recaudación de tributos y a una moneda unitaria, disfrutaba de una relativa prosperidad. Sin embargo, para Guillermo y su entorno continuó siendo un puesto de avanzada, un territorio de segundo orden (y cultura) frente a la propia Normandía. Su ejército de aventureros oportunistas tomaba con ligereza sus lealtades. William de Malmesbury describe el cambio de actitud de los hombres fuertes normandos y futuros aristócratas. Según él eran:

> Excesivamente minuciosos en el vestir y delicados con la comida, aunque no en exceso. Constituyen una raza habituada a la guerra, de hecho apenas pueden vivir sin ella, orgullosos de abalanzarse contra el enemigo y, donde la fuerza no consigue imponerse, dispuestos a usar estratagemas o corromper mediante el soborno. Habitan en enormes edificios con austeridad, envidiando a sus iguales, y deseando destacar sobre sus superiores y saquear a sus súbditos, aunque les defienden de los demás; son fieles a sus señores, si bien la más mínima ofensa les vuelve pérfidos. Calculan la tradición por sus probabilidades de éxito y cambian de sentimientos con dinero.[29]

Incluso después de la Devastación del Norte, las insurrecciones continuaron, especialmente en los períodos de ausencia de Guillermo. Una revuelta en 1075 involucró a los condes sajones, Siward y Waltheof, junto con el normando Roger de Breteuil. La figura clave fue el conde del Este de Anglia, Ralph de Gael, un bretón que había poseído tierras a ambos lados del Canal desde mucho antes de la conquista. El pretexto fue la negativa del rey a sancionar el matrimonio de Ralph. La rebelión fue más una maniobra para buscar influencia que un intento concertado de restaurar la monarquía sajona. Pero la revuelta estaba destinada a fracasar: los protagonistas estaban desorganizados y descorazonados desde el principio. Waltheof confesó la conspiración al nuevo arzobispo de

Canterbury, Lanfranc, un abad de Caen, italiano de nacimiento, y una de las pocas personas en las que Guillermo confiaba.

El ejército del rey, mucho más numeroso, se reunió bajo el mando de Odo y aplastó a los rebeldes. Los vencedores ordenaron que se amputara el pie derecho a todos los rebeldes. Waltheof, el último de los grandes condes sajones en caer, fue conducido a las afueras de la ciudad de Winchester, decapitado con un hacha y arrojado a una tumba anónima, a pesar de que su traición a sus colegas había ayudado a la corona. No fue hasta más tarde cuando sus partidarios pudieron recuperar el cuerpo y darle la merecida sepultura.[30] Ralph y su condesa, que habían resistido en Norwich mientras él partía rumbo a Dinamarca en busca de ayuda, recibieron un ultimátum de cuarenta días para dejar el país, siempre que primero entregaran todas sus tierras.

Cuando Guillermo regresó, celebró un juicio en Westminster en el que los rebeldes fueron castigados:

> Ese invierno el rey estaba en Westminster; allí todos los bretones que asistieron a la fiesta de esponsales [de Ralph] en Norwich fueron condenados:
>
> A algunos los dejaron ciegos y otros exiliados de sus tierras, y otros más reducidos a la ignominia.
>
> De este modo cayeron los traidores al rey.[31]

El término «reducidos a la ignominia» significaba incautación de sus tierras.

¿Y quién mejor que Alain Le Roux para recibir las tierras de Ralph como recompensa? Él se había negado a tomar parte en la revuelta conducida por su paisano bretón, y Guillermo deseaba recompensarle. Precisamente, había un buen lote de tierras vacías donde elegir. Alan recibió las tierras de Ralph junto con las de Eadgyfu la Hermosa, una acaudalada noble sajona que, como madrastra de Ralph, se había puesto de parte de los rebeldes. Alan

se apoderó de sus fincas, valoradas en 366 libras, a lo largo de East Anglia sin tener que levantar un dedo.[32] El escudo de armas de la Universidad de Cambridge incorpora una cruz de armiño, un símbolo de Bretaña que nos remite a la influencia de los bretones aliados de Alan.

A mediados del 1070, Guillermo había destruido o exiliado tan concienzudamente a toda la nobleza sajona que no conseguía encontrar a ningún nativo amigo para ocupar el puesto del conde de Northumbria, de modo que se quedó el título para sí mismo. Por otro lado, un pequeño grupo de importantes normandos fueron recompensados con enormes fincas geográficamente contiguas. Esto suponía un cambio respecto a la política inicial de Guillermo de distribuir la tierra en pequeños lotes para impedir que alguno de sus lugartenientes pudiera formar una base de poder alternativo al suyo. En una zona proclive a la revuelta como el norte, necesitaba colocar un señor indiscutible en cada localidad, y estos debían ser gente de su confianza. Y así posó la vista en primer lugar y sobre cualquier otro en el leal Alain Le Roux.

Mientras viajaba de vuelta al sur tras la Devastación del Norte, Guillermo iba repartiendo la tierra a su paso, pero solo entre los de su confianza. Concedió a Alan el «honor» —un término para definir el señorío sobre un territorio— de Richmond al norte de Yorkshire.

> Yo, Guillermo, llamado el Rey Bastardo de Inglaterra, te otorgo y concedo a ti, mi sobrino Alan, conde de Bretaña, y a tus herederos a perpetuidad todas las fincas y tierras pertenecientes al difunto conde Edwin en Yorkshire, con los emolumentos del rey y otras libertades y costumbres, tan libre y honrosamente como se dice hacía Edwin.

Así consta en la proclamación real del Registro de Richmond. La tierra entregada en bandeja de plata a Alan se extendía a lo largo de cincuenta kilómetros por la gran carretera del norte, e incluía varios

pasos estratégicos sobre los montes Peninos que podían ser utilizados por los escoceses o por los rebeldes de Northumbria. Ese «honor» abarcaba no menos de ciento noventa y nueve feudos o haciendas, cada uno de ellos ocupado por un inquilino que debía lealtad a Alan o bien mantenido por él mismo.[33] Edwin ahora estaba muerto, asesinado por sus propios seguidores mientras huía hacia Escocia intentando escapar del imparable ejército normando. Alan conservó la mayoría de tierras de Edwin en Yorkshire tal y como las había recibido, utilizando incluso a administradores sajones para que cuidaran de ellas.[34]

En los más de treinta años de reinado normando fueron construidos más de un centenar de castillos, la mayoría en un estilo que los ingleses no habían visto nunca. Los nobles anglosajones habían vivido en castillos mucho menos imponentes, edificados dentro de ciudades amuralladas o municipios, y no fuera de ellos. Estas nuevas e inexpugnables estructuras de piedra estaban diseñadas para aterrorizar a los habitantes de la campiña y someterlos. El mensaje estaba claro: la resistencia es inútil. Era tal su dominio del paisaje que se decía que ningún castillo estaba a más de una jornada a caballo de distancia del siguiente. Esta militarización de la tierra era en parte una proyección de riqueza y poder, y en parte un ejercicio de autoprotección. Las compactas bases militares permitían que una relativamente pequeña unidad de hombres armados, la guarnición permanente, ejerciera el control estratégico sobre grandes extensiones de tierras. *La Crónica Anglosajona* veía esa cadena de castillos ordenada por Odo como la raíz de todos los males que se abatían sobre la población local. Odo, según se dice, «edificó castillos a lo largo de toda la nación, oprimiendo al desgraciado pueblo; y después de ello la situación fue empeorando aún más».[35]

Alan continuó siendo un firme soporte para la nueva monarquía. En un momento dado, fue prometido a Matilda —o Edith, como se la

conocía originariamente—, hija del rey Malcolm III de Escocia. Lo que sucedió con sus nupcias es fuente de conjeturas históricas. Una versión dice que rechazó la propuesta, viéndola como una trampa del monarca escocés para incrementar su influencia en Inglaterra. Otros cuentan que la educada y elegante Matilda rechazó a un montón de pretendientes, uno de los cuales era Alan. Una tercera versión sugiere que los planes de matrimonio se desmoronaron cuando Malcolm entró en disputa con Guillermo Rufus —el tercer hijo del Conquistador, que le sucedió como Guillermo II—, tratando de confiscar sus tierras y muriendo en la batalla. Pero al final Matilda no eligió tan mal, casándose con Enrique I y convirtiéndose en reina de Inglaterra.[36] En todo caso, los intereses de Alan parecían estar en otra parte. Algunas crónicas cuentan que mantenía hacía tiempo una relación con Gunhilda, la hija de Harold Godwinson; otros proclaman que incluso pudo haber contraído matrimonio. Una versión muy diferente sostiene que él había abducido a Gunhilda, que se suponía iba para monja. Fuera como fuese, a Anselmo, el arzobispo de Canterbury, no le hizo ninguna gracia. A la muerte de Alan, sugirió que ella yaciera con su cadáver y «besara sus dientes desnudos, pues sus labios ya estaban corruptos». Ella rechazó el consejo de Anselmo y se fue a vivir —posiblemente se casó— con el hermano de Alan y su sucesor, Alan el Negro.[37]

El centro de poder de Alan Rufus era el castillo de Richmond. La construcción del enorme edificio comenzó inmediatamente después de recibir el «honor» de Guillermo. Eligió un lugar en el extremo norte de su territorio, cerca de la antigua fortaleza romana de Cataractonium, más tarde conocida como Catterick, a algunos kilómetros de distancia de la anterior base de Edwin en Gilling. Era una tierra árida y desolada pero topográficamente perfecta. A un lado tenía un escarpado acantilado que bajaba hasta el río Swale. Eso le proporcionaba una excelente defensa, dando al lugar el nombre de Riche Monte, es decir, la sólida colina.

El castillo fue construido con los más modernos requerimientos. Tenía una estructura triangular que daba sobre un paso estratégico a través de las montañas, con una mansión de piedra para residencia del señor.[38] Estos achaparrados edificios de dos plantas, con muros de piedra de hasta casi cuatro metros de grosor y la torre vigía de más de treinta metros de altura, eran en su momento símbolo del estatus del propietario. Inicialmente al menos, las fortalezas normandas no eran demasiado opulentas, pero estaban construidas en una nueva escala. Los planos de construcción del castillo de Richmond resultaban tan complejos que hubo que traer canteros de Normandía y Bretaña. Los lugares llamados Puerta Francesa y Lombards Wynd en Richmond sugieren una gran concentración de trabajadores extranjeros en la zona por aquel tiempo.[39] El coste de traer a esos trabajadores a través del Canal hasta un lugar tan alejado al norte debió de ser extremadamente alto, pero en su búsqueda del dominio no solo militar sino también cultural sobre la población del lugar, los normandos no escatimaban en gastos y en mostrar lo que derrochaban.[40]

Esta era la arquitectura y la política de la dominación, imponiéndose a sí misma sobre el inhóspito paisaje del entorno. El diseño tenía un propósito: intimidar a los sajones y servir como fortaleza contra cualquier futuro intento de rebelión por su parte, o posibles incursiones de escoceses o daneses. No está claro con qué frecuencia Alan se alojó en el castillo —aunque la gran mansión es probable que no se terminara hasta después de su muerte—, pero es verosímil pensar que pudo haber presidido competiciones o justas en el Huerto del Conde, las tierras de más abajo. En los siglos posteriores, Richmond apenas tuvo acción, lo que sugiere que la mera presencia del castillo fue suficiente para persuadir a los agresores a pensárselo dos veces, o que el peligro estaba exagerado desde el principio, a fin de reforzar la sensación de temor.

Las aldeas del lugar tenían que proveer de comida a los soldados guarnecidos en el interior de todos los castillos normandos. Si las provisiones no se entregaban, estas eran simplemente confiscadas. Los jueces locales o intermediarios estaban a cargo de recoger la parte que correspondía al señor de los productos de sus tierras y conservarla a salvo dentro del castillo. El escritor medieval Henry de Huntingdon describió a esos hombres como «más temibles que los ladrones o salteadores».[41]

Con el paso del tiempo una ciudad empezó a crecer alrededor del castillo de Richmond. La diezmada población fue gradualmente repoblada con nuevos habitantes, si bien la calcinada tierra necesitó mucho tiempo hasta poder ser cultivada. El castillo permaneció en manos de los duques bretones durante más de trescientos años. No fue hasta el siglo XIV cuando las conexiones francesas se rompieron; para entonces, las frecuentes ausencias de la nobleza bretona de sus propiedades inglesas significaban que el sistema de «honor» estaba en un alarmante estado de decadencia. En la era georgiana, gracias a la lana y al plomo, Richmond floreció. Sin embargo, el castillo fue gradualmente perdiendo su propósito y cayendo en la ruina —aunque algunas habitaciones de la torre fueron controvertidamente utilizadas para encarcelar a objetores de conciencia durante la Primera Guerra Mundial.

El imperio de propiedades de Alan creció rápidamente, extendiéndose a lo largo de ocho condados y ocupando la longitud completa de Earningas —más tarde la calle Ermine—, la antigua calzada romana que partía desde Londres hasta Lincoln y York. La mayoría de sus terrenos fueron adquiridos por la confiscación y la violencia, pero a veces la clase conquistadora utilizaba otros medios para presionar a los sajones. Los normandos también iban a juicio para reclamar sus derechos; y, por supuesto, siempre ganaban. Alan estaba tan pendiente de sus haciendas que hasta llevó a un sacerdote sajón a juicio en una disputa sobre un simple trozo de

tierra en Cambridgeshire, una propiedad que apenas reunía la extensión mínima.[42]

Deseoso por construir no solo fortificaciones militares, apoyó también a la iglesia, fundando prioratos en East Anglia, de los que destacan las abadías en Bury St. Edmund y York, las cuales fueron consideradas, en años posteriores, entre las instituciones eclesiásticas más prósperas de Inglaterra.[43] Pero estos no eran solo actos piadosos. La presencia de una iglesia permitía al propietario reclamar los derechos sobre las tierras de alrededor. Las iglesias eran una parte integral del sistema feudal, proporcionando hombres armados cuando era necesario. Los abades normandos lucharon en Hastings porque Guillermo les prometió tierra inglesa. Las jerarquías eran estrictamente respetadas, estando muy arraigadas en cada iglesia: el sacerdote esperaba al señor antes de comenzar cada servicio, y el señor y su familia ocupaban su propio banco, lo que ayudaba a fomentar la sensación de preferencia sobre la comunidad local.[44] El lugar de adoración, al igual que el castillo o las grandes mansiones, era un símbolo del estatus. La fundación o dotación de una iglesia o monasterio eran algunos de los actos esperados de alguien con el estatus de Alan. Eso les colocaba en una posición de prestigio social y aseguraba que los monjes rezarían por sus almas en el mundo venidero, proporcionándoles quizás la indulgencia contra las fechorías cometidas en la tierra. Siendo así, ¿fue la construcción de la abadía de St. Mary en York una excusa para expiar el papel de Alan en la Devastación del Norte?

Es gracias a un libro como los historiadores han podido rastrear los enormes cambios de población y propiedades durante la segunda mitad del siglo XI: el Domesday (Libro del Registro catastral). Este extraordinario documento o conjunto de documentos, no solo proporciona una guía exhaustiva de propiedades, riqueza y estatus; sino que también arroja luz sobre la obsesiva determinación de Guillermo el Conquistador por controlar una nación rebelde. En 1085

Guillermo le dijo a su consejo en Gloucester que quería saber exactamente lo que pasaba con cada trozo de tierra de su reino. *La Crónica Anglosajona* recoge esa historia:

> Después de aquello, el rey celebró una gran reunión y consultó a fondo con el consejo sobre esa tierra; cómo estaba ocupada, y por qué clase de hombres. Entonces envió a sus hombres a cada condado de Inglaterra, encargándoles averiguar «cuántos cientos de personas había en cada condado, qué tierra era la que pertenecía al rey y cuánto ganado había, o qué ingresos anuales podían recaudarse de cada uno de ellos». Asimismo les encargó dejar constancia escrita de: «cuánta tierra poseían sus arzobispos, y las diócesis de los obispos, sus abades y condes»; y aunque tal vez sea prolijo y tedioso «cuánto, o qué cantidad tenía cada hombre, quien ocupaba la tierra en Inglaterra, ya fuera con cultivos o ganado, y cuánto dinero valía». Así, de una forma tan exhaustiva, les encargó averiguarlo, para que no pudiera quedar ni una sola persona o metro de tierra siquiera (es vergonzoso de contar aunque él no sintió vergüenza alguna al hacerlo), ni un solo buey, vaca o cerdo, sin constar en su registro. Y todos los informes recogidos debían serle entregados una vez terminado el recuento.

Todo el mundo fue incluido. Nadie podía o cultar sus bienes, por pequeños que fueran, al cobrador de tributos. El temor que la medida provocó llevó a llamarlo por su título anglosajón de Domesday, refiriéndose al Día del Juicio. Los agentes del rey registraron cada rincón de tierra, llevando a cabo un estudio de incomparable precisión. Más de cuarenta y cinco mil propiedades de trece mil localidades fueron recogidas y tasadas, de acuerdo con las valoraciones anteriores a la conquista y del momento. Sus descubrimientos, reflejados en latín en dos grandes volúmenes que contenían más de dos millones de palabras a lo largo de novecientas trece páginas, fueron guardados en el tesoro real de Winchester. Resulta extraño, sin embargo, que no se recogieran datos de esa ciudad ni tampoco de Londres. Tal vez hubiera algunos lapsus, pero en conjunto era una información estadística, social y económica sin parangón en Europa.[45]

Recabado con sorprendente velocidad en cuestión de meses, el Domesday ha permitido a los historiadores calibrar hasta qué punto Guillermo cambió la economía y el aspecto social de Inglaterra al suplantar una élite por otra. Las cifras son demoledoras. De los novecientos arrendatarios al mando —es decir, aquellos que poseían tierras por otorgamiento directo del rey—, tan solo trece eran ingleses. La antigua familia real sajona, el linaje de Eduardo el Confesor, poseía solamente tierras por valor de 65 libras en 1086. Edgar Atheling, tras su alianza con los rebeldes del norte, reunía tan solo 10 libras, una completa humillación.[46] Entre los subarrendatarios, la cifra de ingleses era ligeramente mejor, aunque todavía no llegaba a una quinta parte del total; aquellos que aún resistían ostentaban mucha menos tierra que sus pares normandos. En la reconfigurada Inglaterra, el rey y la reina poseían directamente casi una quinta parte de toda la tierra. Y la Iglesia reunía alrededor de un cuarto del total.[47] Los hombres de confianza de Guillermo en la invasión poseían la mitad del suelo privado, dejando a los arrendadores anteriores a la conquista con una fracción ligeramente por encima del 5 por ciento.[48] Pero no solo fue la sociedad rural la que experimentó un cambio demográfico radical. En la antigua ciudad real de Winchester la proporción de población con nombres sajones cayó desde más del 70 por ciento en los tiempos del Domesday hasta por debajo del 40 por ciento en 1110.[49]

A partir del año 1070, Alan aparece al frente de la política de asentamiento inmersa en la práctica de «enfeudación», en la que a los nuevos arrendatarios se les garantizaba la tierra a cambio de ofrecer tareas feudales de trabajo —tanto en la variedad de los tiempos de paz como en la guerra— a su señor. Alan dispuso que un número de arrendatarios enfeudados actuaran como intermediarios entre él mismo y los campesinos sajones que cultivaban sus tierras. De acuerdo con un recuento, treinta y ocho de los cuarenta pequeños terratenientes enfeudados por él eran bretones. Al

parecer, Alan también aprovechó la oportunidad para traer a tres de sus hermanos ilegítimos —Ribald, Bodin y Bardulf— que no estaban en disposición de heredar ninguna de las tierras de la familia en Bretaña, para así poder darles una parte del botín.[50] Esto supuso un punto de partida de la política de Alan en sus fincas de East Anglia, donde permitió que un buen número de sajones pudieran permanecer en el lugar.[51] La extensa destrucción llevada a cabo en el norte no le dejó más opción que encontrar nuevos arrendatarios en otra parte, si quería que las tierras fueran cultivadas.

Hacia 1086, una quinta parte de Inglaterra estaba en manos bretonas. La conquista dejó de estar limitada al reemplazo de una élite por otra. El estrato intermedio de la sociedad también empezaba a desmembrarse. Ilbert y Drogo, otros grandes terratenientes de Yorkshire, incorporaron gran cantidad de arrendatarios normandos, bretones y flamencos para asegurar sus adquisiciones.[52] Fue tal la extensión de la inmigración y colonización que hacia 1140 un cronista local del nordeste de Inglaterra señaló a los flamencos como el sexto grupo de población más importante.[53] Fincas enteras fueron transferidas, en algunos casos de un día para otro, a nuevas manos. Brihtric, posiblemente el *theng* sajón más acaudalado en 1066, vio cómo sus tierras valoradas en 560 libras pasaban a manos de William Fitz Osbern.[54] Y sin embargo, estos ejemplos ilustran la transferencia entre élites, no la creación de nada especialmente nuevo. Un pequeño estrato de gente extremadamente acaudalada había dominado la sociedad inglesa mucho antes de la llegada de los normandos. El padre de Harold, el conde Godwin, era indiscutiblemente el gallo del lugar y el mayor propietario de su tiempo, quizás aún más poderoso que el propio rey. Guillermo aprendió la lección de él. Creó una casta de poderosos —pero no extremadamente poderosos— súbditos, cada uno con su propio feudo pero todos sometidos al rey.

La nueva aristocracia normanda estaba más equilibrada en términos de riqueza y poder que la de los sajones. Alan Rufus, Williams de Warenne, Odo, William Fitz Osbern y Robert de Mortain disfrutaban de un estatus similar. Después de todo, había suficiente tierra a repartir. Pero el más conectado políticamente y quizás el más temido —después del propio Conquistador— era Odo. Un hombre extremadamente consciente de su reputación y que, presumiblemente, fue el patrón oculto tras el famoso tapiz que lleva el nombre de su diócesis normanda. En él se le retrata en un papel heroico, «alentando a los hombres», tal y como señala la inscripción, en la batalla de Hastings. Como conde de Kent, Odo incorporó gran parte del sudeste de Inglaterra a sus dominios franceses y, durante muchos años, fue un leal servidor del rey, liderando las tropas contra numerosas rebeliones. El otro medio hermano del rey, Mortain, fue recompensado por su lealtad con la suma de ochocientas mansiones separadas en la época del Domesday, la mayoría concentradas en el sur y sudoeste de Inglaterra.

Alan era una excepción, ya que, no siendo normando, consiguió infiltrarse con éxito en una élite formada por lazos de sangre real normanda. La mayoría de aquellos que constituían los nuevos superricos tras la batalla de Hastings ya eran grandes potentados en el Ducado de Normandía con estrechos vínculos con la familia ducal. [55] Algunos, como la familia Warenne, nobles relativamente menores en sus hogares, fueron catapultados hacia posiciones más importantes de riqueza y estatus gracias a las tierras confiscadas tras la conquista.

Fue tal el dominio de Alan en el norte de Yorkshire que esa parte de Inglaterra es descrita en el Domesday como «la tierra del conde Alan». Él era realmente el señor de todo lo que controlaba. Sin embargo, si bien la extensión de su tierra resultaba incomparable, paradójicamente el valor de sus bienes era muy diferente. El norte aún no se había recuperado del brutal tratamiento al que fue

sometido a manos del ejército normando. Mientras la tierra en otras partes del país había incrementado su valor, en Yorkshire se había desplomado. Richmond tenía un gran número de fincas registradas como «eriales», significando que no producían nada. Una lectura del Domesday sugiere que las haciendas de Alan en Yorkshire pudieron ver rebajado su valor hasta casi la mitad que en 1066. Drogo padeció algo aún peor: sus fincas antes de la conquista valían más de 553 libras; hacia 1086, su precio había caído hasta 93 libras.[56] Aquí reside la paradoja de la conquista del norte —a fin de alcanzar el máximo poder económico sobre la zona, los normandos creyeron que primero debían destruir la economía local—. En esas circunstancias, Alan hizo bien al mantener a Richmond al 80 por ciento del valor de antes de la conquista, sugiriendo que las fincas que se trabajaban eran provechosas.[57]

El inmediato declive del valor del suelo, como consecuencia de la Devastación del Norte, sugiere que Alan se fijó en otras partes de Inglaterra para incrementan sus riquezas. Además de Richmond, poseía otras cuarenta y tres heredades en los tiempos del Domesday, que se extendían principalmente por los condados del este. Aparte de las pocas con las que había sido recompensado inmediatamente después de Hastings, estas habían caído en sus manos tras la derrota y exilio de los condes sajones a principios de la década de 1070. Tal y como Orderic Vitalis retrató en su *Historia Eclesiástica*, Guillermo «dividió las principales provincias de Inglaterra entre sus seguidores».[58]Alan tenía propiedades en doce condados a la vez, y en Lincolnshire y Cambridgeshire poseía más del doble de tierras que cualquier otro noble.[59]

Pero, junto a los superricos, llegaron también los simplemente ricos. Ilbert de Lacy recibió alrededor de ciento cincuenta haciendas en el oeste de Yorkshire, diez en Nottinghamshire y cuatro en Lincolnshire. Construyó un castillo en Pontefract. Su hermano Walter acabó en el oeste de Inglaterra con tierras en Herefordshire y

Gloucestershire. Roger de Busli —o Roger de Bully, como era conocido— administraba ochenta y seis haciendas en Nottinghamshire, cuarenta y seis en Yorkshire y otras en Derbyshire, Lincolnshire y Leicestershire, y una en Devon. Construyó numerosos castillos, como el de Tickhill al oeste de Riding, que llegó a ser una importante fortificación durante el reinado del rey Juan. Drogo de la Beuvrière recibió la península de Holderness, anteriormente dominio de William Malet —en su día aliado de Guillermo el Conquistador, pero aparentemente un desventurado alto comisario de Yorkshire— y el rebelde conde Morcar. En Totnes, Devon, el señor bretón Judhael recibió la propiedad de fincas de nada menos que treinta y nueve terratenientes sajones.[60]

Muchos de los grandes potentados del reinado de Guillermo no duraron demasiado. Su propensión a conspirar, o concentrar demasiado poder en sus propias manos, a menudo acarreaba su caída en desgracia. Ralph de Gael lo hizo en 1075. El fervientemente ambicioso Odo también lo arriesgó todo cuando decidió rebelarse. Fue arrestado en 1082 y encarcelado durante cinco años. Como era costumbre, sus tierras se declararon confiscadas. Sin embargo se le permitió retirarse a Francia. Después de la muerte de Guillermo probó suerte intentando recuperar sus tierras. Se alineó con Robert, otro de los hijos del Conquistador, en un infructuoso intento de desbancar a Guillermo II del trono de Inglaterra. Hecho prisionero en el castillo de Pevensey, Odo fue expulsado del país únicamente con la ropa que llevaba puesta. Murió de camino a su primera cruzada, quizá tratando de recuperar su fortuna, en 1097.

Sin embargo, su destino no disuadió a otros, y las rebeliones continuaron contra el nuevo monarca.[61] Alan Rufus no formó parte de ellas. Murió en 1093, aún conservando la fortuna, tierras y títulos que había amasado bajo el reinado del padre de Guillermo II. Permaneció leal hasta el final. A diferencia de otros miembros del club de los superricos a lo largo de los años, él parecía no tener un

desmesurado ego. Siendo consecuente hasta el final, se mostraba encantado de hacer el trabajo sucio para los reyes, saqueando la ciudad de Durham para castigar al obispo por contradecir al rey.[62] En un postrero acto de lealtad, ya en su lecho de muerte, legó la abadía de St. Mary en York a William Rufus.[63] En sus últimos años, aparentemente estimulado por Gunnhilda, tomó más afecto a East Anglia. Dado que su base de poder y su fundación religiosa estaban en Yorkshire, fue una sorpresa que expresara su deseo de ser enterrado en el interior de la abadía de Bury St. Edmund. Más de cuarenta años después, atendiendo la petición de la élite bretona, su cuerpo fue sacado de allí para volver a St. Mary.

Alan no tuvo hijos reconocidos, de modo que sus tierras de Yorkshire pasaron primero a su hermano, Alan el Negro, y luego a otro hermano mucho menor, Stephen, conde de Tréguier. Hacia 1140, el hijo de Stephen, Alan, se proclamó a sí mismo como primer conde de Richmond —al parecer el primer Alan no estaba demasiado interesado en esos títulos. El más modesto condado francés era suficiente para él—.[64] La familia ostentaría el título hasta 1171, cuando la línea masculina desapareció y las tierras revirtieron a la corona. Para entonces, la demografía de Inglaterra había cambiado definitivamente, con los invasores normandos y bretones asimilando y dominando la cultura de su nuevo país.

La muerte de Guillermo el Conquistador en 1087 fue todo menos pacífica. Tenía cincuenta y nueve años y había gobernado Inglaterra durante veintiuno y Normandía durante más de treinta y uno. Existen dos crónicas de su muerte: una de un monje anónimo en Caen; y la otra, más tardía pero fiable, de Orderic Vitalis. Es un espantoso relato jalonado de comentarios moralizantes sobre la codicia y la violencia, y de plegarias del rey para obtener el perdón divino.

De acuerdo con el relato, el robusto rey se hallaba fuera, en una misión para someter a la ciudad de Mantes, en la franja sur de

Normandía, cuando fue lanzado contra el pomo de la silla de su caballo y sus órganos internos se rompieron. Rápidamente le trasladaron a Rouen, donde su estado empeoró. Muy consciente de que pronto pasaría a la otra vida, «emitía repetidos suspiros y gemidos». Temiendo que su fin estuviese cercano, confesó sus pecados y ordenó que su tesoro fuera distribuido entre las iglesias y los pobres «para que lo que he amasado a través de crueles actos pueda ser asignado a los santos usos de los hombres buenos». Orderic Vitalis dice que entonces buscaba la expiación por la Devastación del Norte:

> Traté a los habitantes nativos del reino con excesiva severidad, oprimí cruelmente a nobles y plebeyos, desheredando injustamente a muchos y causando la muerte de miles por inanición y guerra, especialmente en Yorkshire. Ciego de furia me abalancé sobre los ingleses del norte con la rabia del león, ordenando que sus casas y cosechas con todos los aperos y muebles fueran quemadas de inmediato y sus grandes rebaños de ovejas y reses sacrificados en todas partes. Asimismo castigué a una gran multitud de hombres y mujeres con el látigo del hambre y, ay, propicié el cruel asesinato de miles de personas, tanto jóvenes como viejos, entre esta buena gente.

Tan pronto como murió, los distintos nobles y otros asistentes que habían estado presentes en la vigilia huyeron despavoridos, desesperados por proteger sus propiedades de un posible decomiso. Aquellos que se quedaron atrás, según cuenta Orderic, «se apoderaron de las armas, copas, trajes, ropa de casa y todo el mobiliario real y salieron corriendo dejando prácticamente desnudo el cadáver del rey sobre el suelo de la casa». Pero aún caería una mayor ignominia sobre Guillermo. Primero fue un fuego el que estuvo a punto de destruir Rouen. Luego, según relata el monje de Caen, cuando llegó el momento de enterrar el pesado cuerpo del monarca, se descubrió que el sarcófago de piedra era demasiado pequeño. Mientras el clero reunido trataba de estrujar el hinchado

cadáver, «los inflamados intestinos estallaron y un hedor insoportable asaltó las fosas nasales de los presentes y de toda la multitud».

La macabra escena es una reminiscencia del cuento (igualmente apócrifo) del fallecimiento de Craso y el oro fundido. La narración histórica contemporánea está plagada de recriminaciones. *La Crónica Anglosajona* se apresuró a emitir su juicio:

> Castillos hizo construir,
> a los miserables oprimió.
> Tan cruel era el rey
> que de muchos marcos de oro se apoderó
> y de centenares de libras de plata de sus súbditos
> tomadas al peso y con gran injusticia
> de la tierra de su nación sin tener necesidad.
> En la avaricia cayó
> y por encima de todo de la codicia disfrutó.[65]

Entonces comenzó la segunda batalla, esta vez por su legado.

$ $ $

Habiéndose apoderado de las tierras y riquezas del país, los normandos trataron de difundir un relato que los dejara en buen lugar en la historia. La primera versión revisionista llegó de manos del capellán del Conquistador, William de Poitiers. En su crónica, *Las hazañas de Guillermo, duque de Normandía y rey de Inglaterra,* describe la crueldad de la Inglaterra sajona y la piedad y honor de Guillermo y sus hombres. Los normandos son retratados como más civilizados, más cristianos, que los terratenientes a los que despojaron. Un historiador posterior atribuye todo eso a un sentido de superioridad ético o genético: «Los normandos tenían una clara

concepción de sí mismos como *gens*, una raza conquistadora y expansionista que mandaba sobre otros pueblos por sus proezas militares e ingenio».[66]

Sin embargo, no era tan sencillo como que un grupo de personas desplazara a otro. Los matrimonios entre familias nobles habían sido una costumbre largamente practicada antes de la conquista. Si bien la corte normanda se había separado del resto del país al tratar sus asuntos en francés, una nueva identidad común —llamada «anglonormanda» por algunos historiadores, aunque no por ninguno de los contemporáneos— empezó a emerger entre la élite. Antes de una batalla hacia 1130, el obispo de Orkney dio un discurso a la aristocracia reunida, durante el cual se refirió a ellos como «grandes nobles de Inglaterra, normandos por nacimiento».[67] Para entonces, la victoria normanda había llegado a ser vista como el nacimiento de una nación, un acto de progreso histórico.

En el siglo XII, cuando empezaron a surgir los apellidos tal y como los conocemos hoy en día, muchos nobles de origen mixto eligieron nombres normandos sobre los sajones, algunas veces de la línea materna. Por ejemplo, Geoffrey de Raby adoptó el nombre de Neville, fundando una casa que, como condes de Warwick, se convertiría en la más poderosa familia inglesa durante la guerra de las Dos Rosas.[68]

Con los grandes nombres de familias llegó el desarrollo de la heráldica. Los escudos de armas fueron utilizados para aludir a las tierras propiedad de los nobles y las hazañas que habían protagonizado. Familias anglonormandas como los Hertford y Pembroke incorporaron cheurones a sus diseños heráldicos para destacar la grandeza de sus grandes mansiones.[69] Los Beaumont, otra familia que se había enriquecido por la conquista, estaban particularmente orgullosos de poder proclamar su supuesto linaje desde Carlomagno, ya fuera real o imaginario, cuando el sacrosanto emperador franco empezó a ser visto como la encarnación del

espíritu de la caballería que empezaba a ponerse de moda entre la élite feudal europea.[70] A pesar de esa fusión cultural, esa élite era de más difícil acceso que nunca. Antes de la conquista, la herencia constituía un proceso de negociación. No estaba reducida al hijo mayor: las fincas y riquezas eran comúnmente repartidas entre varios vástagos. Los normandos trajeron con ellos la noción de la primogenitura, un único sucesor masculino que, con el correr del tiempo, creó una élite de propietarios aún más rígida. Este sistema llegaría a constituir la base no solo de la ley de propiedad sino de una aristocracia y burguesía de la que se nutriría la clase política hasta bien entrado el siglo xx.

Entre los muchos ciclos radicales de los siglos posteriores, 1066 fue visto como la fecha en la que todo comenzó a ir mal, en la que un pequeño grupo de ladrones robó el patrimonio nacional privando a la mayoría de la población de sus derechos naturales. En contraste, la Inglaterra sajona fue idealizada como una sociedad prefeudal, más igualitaria y democrática, con campesinos y mujeres disfrutando de mayores derechos. Esto es mayormente falso. Los *thengs* sajones ya estaban centralizando sus fincas e imponiendo restricciones a la libertad de los campesinos para trabajar y moverse, mucho antes de la conquista. Insistían en que aquellos que trabajaban sus tierras debían vivir donde pudieran ser vistos desde la gran mansión para evitar que salieran huyendo.[71] Aelfrico pone estas palabras en boca de un labrador sajón: «Puesto que temo a mi señor, no hay invierno tan severo como para que me atreva a esconderme en casa. Cada día debo uncir a los bueyes, y enganchar el arado. Entonces parto para labrar todo un acre o más al día». En el otro extremo de la sociedad, san Wulfstan escribió sobre los *thengs* sajones que pasaban su tiempo «jugando a los dados y de juerga» a la sombra de sus árboles mientras sus campesinos trabajaban sin descanso en los campos.[72] Visto en este contexto,

la práctica normanda de construir un castillo para controlar una zona concreta no parece especialmente innovadora.

Tan arraigada era la opinión general de la conquista normanda como fruto de una explotadora y parasitaria aristocracia «extranjera» que algunas familias nobles medievales decidieron pagar para conseguir una mejor reputación. Encargaron a los cronistas que intentaran demostrar que sus reclamaciones de tierras y linajes eran anteriores a 1066. Por ejemplo, alrededor de 1200, el conde de Warwick encargó a un historiador que escribiera un romance en el cual se vincularan retrospectivamente sus raíces familiares locales a la era del rey sajón Athelstan.[73]

Los movimientos radicales durante la guerra civil inglesa en el año 1640 contemplaron la conquista como el principio de la degeneración de la nación hacia el absolutismo y la tiranía. Algunos panfletistas partidarios de la igualdad proclamaron que la lucha contra el rey Carlos I fue una batalla histórica para liberar a Inglaterra del «yugo normando». Esos radicales veían en la ejecución de Carlos el regreso de Inglaterra a los tiempos en que «los hombres libres anglosajones» podían disfrutar de sus libertades. Incluso el teorizador *tory*, William Blackstone, del siglo XVIII consideraba el «feudalismo» como una imposición extranjera, un sistema basado en un modelo tiránico de monarquía.[74]

Estimaciones más modernas sobre el valor de las fortunas amasadas hace más de un milenio son, por definición, imprecisas. Dependen de cálculos de inflación, sumados al poder adquisitivo —en un tiempo en que, aparte de la tierra y la heráldica, había poco que adquirir— y de otro gran número de factores. Sin embargo, no hay duda de que, en la postconquistada Inglaterra de 1086, un reducido número de la grandeza poseía enormes porciones del pastel nacional. Algunas crónicas modernas señalan a Alan Rufus como el hombre más rico de todos; su fortuna de 1.100 libras suponía aproximadamente un 1,5 por ciento de los ingresos totales

nacionales de su tiempo. Si se compara con los 11.300 millones de libras acuñados por Alisher Usmanov —el magnate uzbeco de nacimiento señalado en la lista del *Sunday Times* como el hombre más rico de Inglaterra en 2013 (véase capítulo XII)— es un simple 0,5 por ciento de los ingresos nacionales actuales.[75] —Hoy en día, al igual que entonces, resulta inquietante advertir la preponderancia de extranjeros en los puestos más altos de la lista de ricos de Inglaterra—. Tal y como declaraba el *Sunday Times* en un titular de 2007: «Alan el Rojo, el británico cuya riqueza haría parecer pobre a Bill Gates».

Alain Le Roux fue tal vez el noble más rico, sin ser pariente directo del rey ni clérigo; tan solo otras dos personas, William de Warenne y Roger de Montgomery —el primer conde de Shrewsbury —, tuvieron fortunas comparables. Odo y Robert de Mortain fueron los otros triunfadores, junto con Lanfranc, el arzobispo italiano de Canterbury, cuya fortuna pudo provenir en su mayor parte de las tierras de la iglesia anteriores a la conquista. Cada uno de esos potentados era más rico que el actual duque de Westminster, el aristócrata mejor situado en la lista de los británicos más ricos de la actualidad con una fortuna estimada de 7.000 millones de libras.

Dado su papel en la Devastación del Norte y otros reconocidos actos de expropiación y codicia, ¿cómo es posible que Alan Rufus haya escapado al oprobio? La respuesta es en cierta forma prosaica. A pesar de su enorme riqueza, se sabe tan poco de él que la historia lo ha pasado de largo. Su falta de apetito para la rebelión o la intriga contra el orden establecido, le mantuvo lejos del punto de mira, y también de cualquier perjuicio. Era más un hombre disciplinado que un líder, centrado en lo que más le gustaba: la expansión de sus dominios. Muchos de los superricos del mundo han seguido su ejemplo, haciendo todo lo necesario para mantenerse en el lado correcto del poder político. La segunda generación de oligarcas rusos es un ejemplo al respecto, dada la connivencia de Vladimir Putin

para que expandan sus fortunas siempre que no interfieran con sus intereses (véase capítulo XII). Los más listos —los que se han mantenido lejos de los problemas y disfrutan de un lujoso estilo de vida al que se han ido acostumbrando— han seguido sus instrucciones al pie de la letra.

Alan Rufus tuvo una gran oportunidad en su vida para amasar una fortuna y se aprovechó ampliamente de ella. Al hacerlo, él y otros invasores normandos se procuraron enormes fortunas para sí mismos, sus familias y sus acólitos. Pero fueron aún más lejos: a través de la incautación de tierras, establecieron un nuevo orden político y financiero y una jerarquía social que se convertiría en los sólidos cimientos de la sociedad inglesa durante los siglos posteriores.

[1] Libro del Registro Catastral realizado en Inglaterra en 1086. *(N. de la T.).*

[2] Véase introducción de P. Beresford y W.D. Rubinstein, *The Richest of the Rich*.

[3] E. M. C. van Houts, *The Gesta Normannorum Ducum of William of Jumiéges, Orderic Vitalis, and Robert de Torigni*, p. 161.

[4] R.H.C. Davis and M. Chibnall (eds), *The Gesta Guillelmi of William of Poitiers*, pp. 107-109.

[5] E.M.CvanHouts, *The Gesta Normannorum Ducum of William of Jumiéges, Orderic Vitalis, and Robert de Torigni*, p. 163.

[6] M. Swanton (ed.), *The Anglo-Saxon Chronicle*, pp. 199-200.

[7] S. Baxter, «Lordship and Labour», p. 108.

[8]*Ibidem*, pp.104-105.

[9] M. Chibnall, *Anglo-Norman England 1066-1166*, p. 30.

[10]*Ibidem,* p. 23.

[11] William de Malmesbury, *A History of the Norman Kings*, p. 23.

[12] B. Golding, *Conquest and Colonisation*, p. 61.

[13] P. McGurk, *The Chronicle of John of Worcester*, vol. 3, p. 5.

[14]*Ibidem*, p. 35.

[15] P. McGurk, *The Chronicle of John of Worcester*, vol. 3, p. 9.

[16] W.E. Kapelle, *The Norman Conquest of the North*, p. 106.

[17]*Ibidem*, p. 11.

[18]*Ibidem*, p. 3.

[19]*Ibidem*, p. 118.

[20] P. McGurk, *The Chronicle of John of Worcester*, vol. 3, p. 11.

[21] W.E. Kapelle, *The Norman Conquest of the North*, p. 119.

[22] M. Chibnall, *Anglo-Norman England*, p. 18.
[23] P. Dalton, *Conquest, Anarchy, and Lordship*, p. 24.
[24] William de Malmesbury, *A History of the Norman Kings*, p. 24.
[25]*Ibidem*, p. 25.
[26] P. McGurk, *The Chronicle of John of Worcester*, vol. 3, p. 13.
[27]*Ibidem*, p. 17.
[28] R. Fleming, *Kings and Lords in Conquest England*, p. 114.
[29] William de Malmesbury, *A History of the Norman Kings*, pp. 22-23.
[30] P. McGurk, *The Chronicle of John of Worcester*, vol. 3, pp. 27-29.
[31] M. Swanton (ed.), *The Anglo-Saxon Chronicle*, p. 212.
[32] D. Henson, *The English Elite in 1066*, p. 77.
[33] W.E. Kapelle, *The Norman Conquest of the North*, p. 145.
[34] J.A. Green, *The Aristocracy of Norman England*, p. 166.
[35] M. Swanton (ed.), *The Anglo-Saxon Chronicle*, p. 200.
[36] P. Dalton, *Conquest, Anarchy and Lordship*, p. 197.
[37] Véase entrada de Alan Rufus en el *Oxford Dictionary of National Biography*.
[38] J.A. Green, *The Aristocracy of Norman England*, pp. 186-187.
[39] M. Chibnall, *The Debate on the Norman Conquest*, p. 144.
[40] J.C. Holt, *Colonial England*, p. 7.
[41] B. O'Brien, «Authority and Community», p. 81.
[42] R. Fleming, *Kings and Lords in Conquest England*, p. 129.
[43] Véase entrada de Alan Rufus en el *Oxford Dictionary of National Biography*.
[44] R. Fleming,«Land and People», p. 35.
[45] N. Davies, *The Isles*, p. 279.
[46] D. Henson, *The English Elite in 1066*, p. 212.
[47] S. Baxter, «Lordship and Labour», p. 104.
[48] M. Chibnall, *Anglo-Norman England 1066-1166*, pp. 37-38.
[49] B. Golding, *Conquest and Colonisation*, p. 78.
[50] Véase entrada de Alan Rufus en el *Oxford Dictionary of National Biography*.
[51] R. Fleming, *Kings and Lords in Conquest England*, p. 113.
[52] P. Dalton, *Conquest, Anarchy, and Lordship*, p. 300
[53] J. Crick and E. van Houts (eds), *A Social History of England 900-1200*, p. 3.
[54] D. Henson, *The English Elite in 1066*, pp. 74-75.
[55] Véase C. Warren Hollister, «The Greater Domesday Tenants-in-Chief», en J. C. Holt (ed.), *Domesday Studies* (Boydell, 1987), pp. 225-227
[56] P. Dalton, *Conquest, Anarchy, and Lordship*, p. 298.
[57]*Ibidem*, p. 43.
[58]*Ibidem*, p. 67.
[59] R. Fleming, *Kings and Lords in Conquest England*, pp. 220-222.
[60] M. Chibnall, *Anglo-Norman England*, p. 24.
[61] B. Golding, *Conquest and Colonisation*, pp. 82-83.

[62] P. Dalton, *Conquest, Anarchy, and Lordship*, p. 102.
[63]*Ibidem*, p. 137.
[64]*Ibidem*, pp. 166-167.
[65] M. Swinton (ed.), *The Anglo-Saxon Chronicle*, p. 212.
[66] B. Golding, *Conquest and Colonisation*, p. 179.
[67] D.M. Hadley, «Ethnicity and Acculturation», p. 240.
[68] H.M. Thomas, *The English and the Normans*, pp. 134-135.
[69] D. Crouch, *The Birth of Nobility*, pp. 157-158.
[70] C. Warren Hollister, «The Greater Domesday Tenants-in-Chief», p. 234.
[71] R. Fleming, «Land and People», p. 29.
[72]*Ibidem*, pp. 32-33.
[73] D. Crouch, *The Birth of Nobility*, p. 283.
[74]*Ibidem*, p. 265.
[75] Basado en el PIB de Inglaterra de 2,3 trillones de libras en 2012.

III. MANSA MUSA. EL CIRCO AMBULANTE

> «Huye de cualquier hombre que afirme que el dinero es maligno. Esa frase es la campanilla del leproso de un saqueador acercándose».
>
> AYN RAND

No mucha gente en la historia puede presumir de haber repartido tanto oro como para hacer que su valor mundial se desplomara durante una década. Sin embargo, Mansa Musa no fue un gobernante cualquiera ni tampoco un miembro del club de los superricos. El líder del imperio de Mali en el siglo XIV —el décimo Musa, rey de reyes, rey Moisés, según los distintos nombres por los que se le conoce— gobernaba una de las cortes más prósperas que existieron jamás. Pero ha sido tal la incapacidad mostrada por los historiadores para asimilar la idea de un monarca superrico africano en la Edad Media, unida a la insensata destrucción de la herencia del en su momento poderoso territorio, que poca gente hoy en día ha oído hablar de Mansa Musa.

Probablemente este personaje tenga más derecho que ninguno a ostentar el título del hombre más rico de la historia, o al menos eso es lo que una plétora de páginas en la red sobre listas de ricos proclama. Hay quien estima su patrimonio en unos 400.000 millones de dólares de ahora, si bien sus ruinosas cifras de inflación deben ser interpretadas con precaución. Musa es el máximo ejemplo de poseedor de un monopolio de materias primas. Pero, a diferencia de los oligarcas rusos con los que podría equipararse en la actualidad, no tuvo que apoderarse de nada. No hay en él un solo rasgo del hombre hecho a sí mismo. Por el contrario, fue bendecido con la gran fortuna de heredar un reino en el que abundaba un metal ansiado por los comerciantes de todo el mundo. Por medio de un

edicto real, se decretó que todo el oro fuera suyo por derecho propio, lo que le proporcionaba un torrente interminable de riquezas.

Pero hay un acontecimiento que explica el lugar de Musa en la historia: su épico viaje a La Meca en 1324 para el *Hajj*. La caravana cautivaba a todo aquel que la veía pasar, con miles de esclavos y mercaderes ostentosamente vestidos, extendiéndose hasta más allá de donde alcanzaba la vista, y un hombre resplandeciente sobre su caballo. Por todas partes donde Musa pasó en su larga travesía de un año, cubrió de oro a aquellos con los que se cruzaba. Cuanto más cerca se hallaba de su destino, más crecía su religiosidad; se cuenta que cada viernes pagaba para que se edificara una nueva mezquita en un lugar elegido. Tanto gastó que terminó quedándose sin recursos y tuvo que pedir dinero prestado para poder continuar. Al abandonar La Meca, ofreció dinero a aquellos que proclamaban ser del linaje del Profeta para que regresaran con él y difundieran el islam. Regresó a su país a través de Tombuctú, la ciudad oasis que —gracias a sus inversiones— se convertiría en uno de los legendarios lugares de conocimiento del mundo.

Al final de los veinticinco años de gobierno, su reino era uno de los más poderosos y prósperos del mundo, extendiéndose desde la costa atlántica al oeste de Songhay, hasta más abajo del Níger, al este; y desde las minas de sal de Taghaza en el norte hasta las legendarias minas de oro de Wangara, en el sur. Las cuatrocientas ciudades bajo su mandato eran sinónimo de prosperidad, cultura y enseñanza islámica. Su reinado fue una de las más ostentosas demostraciones de riqueza y devoción. Para Mansa Musa, no había contradicción en ello. Ambas eran su deber.

$ $ $

En 1324, como muchos millones antes y después que él, un devoto musulmán se preparó para emprender el *Hajj*, la peregrinación a los santos lugares del islam. Antes de partir desde el África occidental para un viaje de cuatro mil kilómetros a La Meca y Medina, Mansa Musa dejó poco al azar. En una curiosa mezcla de creencias islámicas y preislámicas, consultó a sus adivinos para averiguar qué día era el más propicio para partir. Veinticinco años atrás, uno de sus predecesores, Sultan Sakura, había sido asesinado en el camino de vuelta tras su *Hajj*. Sakura era un esclavo liberto que se había apropiado del trono de Mali, y su prematura muerte propició que el reino cayera de nuevo en manos de la familia de Musa. Había estado viajando a lo largo de la peligrosa ruta del mar Rojo, a través de Eritrea y Sudán.

Musa se prometió no repetir su error. Se mantendría en la ruta terrestre a través de Egipto, cruzando el enorme desierto que separaba la mayor parte de África del mundo mediterráneo. Eso le llevaría hasta los confines orientales del vasto imperio de Mali, a través de lo que ahora constituye Níger, Chad y Libia, antes de detenerse durante tres meses para reponer provisiones en El Cairo, la ciudad donde África se encuentra con Oriente Medio. Además de ser más segura, esa ruta le permitiría mostrar sus extraordinarias riquezas y, de paso, el potencial poder de su reino a todos con quienes se cruzaba. Se hallaba especialmente interesado en hacer una demostración de superioridad ante el sultán de Egipto, un hombre cuya reputación y autoridad en toda la región habían superado anteriormente a la suya.

Su peregrinaje permitiría al rey de Mali construir su perfil en partes del mundo en donde sus tierras, si es que se conocían, eran contempladas como misteriosas y exóticas. Quería afianzar su presencia en el escenario mundial.

Los gobernantes de Mali llevaban haciendo el *Hajj* desde comienzos del siglo XIII. Pero el viaje de Musa se haría en una escala

muy diferente a cualquiera realizado hasta entonces, o a posteriori. Su séquito estaba compuesto por un total de sesenta mil hombres y doce mil esclavos, todos suntuosamente vestidos con brocados y sedas de Persia. Algunos debían atender a su esposa, Inari-Kunate, y otros miembros de la corte. Mercaderes y clérigos —hombres de dinero y de devoción— eran esenciales para el viaje. Cada esclavo estaba obligado a cargar sobre su espalda una barra de oro de casi tres kilos durante toda la ruta. La hilera de camellos transportaba más de cien sacas de polvo de oro y pepitas, cada una de ellas de ciento treinta y cinco kilos. Pero la gran mayoría del personal y los bienes que acarreaban estaban consagrados a un hombre, sentado muy erguido sobre su caballo en el centro de la enorme caravana: el rey en persona.

La fundación del imperio de Mali ha sido generalmente atribuida al hechicero Sundiata Keita, quien gobernó desde 1230 a 1255. Sundiata era un esclavo real entre los sosso, un pueblo que había heredado el imperio de Ghana en el siglo VIII, una época en la que Europa estaba inmersa en la Alta Edad Media. Según la leyenda, Sundiata se apoderó de la mayoría de territorios en los que se comerciaba el oro, formando ejércitos de impetuosos luchadores para vencer a sus enemigos. La historia está recogida en un poema titulado *Epopeya de Sundiata*, que ha sido transmitido a través de generaciones por *griots*, historiadores narradores de la tradición oral. Sundiata había sido expulsado de la corte por una de las esposas de su padre siendo niño, teniendo que vivir en el exilio en las cortes de otros gobernantes. Siendo joven consiguió reunir un ejército para unir varias ciudades y derrotar a los sosso. Un *griot*, Djeli Mamadou Koyate, describe a Sundiata como «un muchacho lleno de vigor; sus brazos tenían la fuerza de diez y sus bíceps inspiraban temor entre sus compañeros. Poseía ya ese modo autoritario de hablar que pertenece a aquellos destinados a mandar». La epopeya describe tres fuentes de enriquecimiento:

Aquellos que cultivan.
¡Dejémosles cultivar!
Aquellos que comercian.
¡Dejémosles comerciar!
Aquellos que batallan.
¡Dejémosles batallar!
¡Era batallar lo que hacía Sundiata!

Musa, que podía retrotraer su linaje hasta el nieto del hermanastro de Sundiata, accedió al trono en 1312. En esa época, el imperio de Mali ya era bastante considerable. Comprendía tierras pertenecientes al reino de Ghana y al territorio llamado Melle; pero pocos viajeros se habían aventurado tan lejos. Al final de su vida, su reino sería uno de los más poderosos del mundo, habiendo superado a su rival, el reino de Songhai, incorporando las famosas ciudades de Gao y Tombuctú.

El oro dominaba cada aspecto de la vida en Mali. Era una medida del poder del líder y del prestigio de su territorio. El suntuoso despliegue de riqueza material había sido desde siempre un deber para los reyes de Mali; pero Musa lo llevó a un nuevo nivel. Sin embargo, y a pesar de todas sus riquezas, Mali aún era visto como un lugar atrasado, muy lejos del Mediterráneo y otros centros de educación y comercio. Tan ansioso estaba Musa por ser tomado en serio que, cada vez que un dignatario extranjero llegaba a su ciudad, este era obligado a seguir un estricto ritual. Las audiencias tenían lugar bajo una ornamentada cúpula en el palacio de Musa en Niani, la capital del imperio, actualmente desaparecida. Allí el rey se sentaba en un trono de marfil, bajo un baldaquino de seda con un águila dorada coronándolo, portando armas de oro, incluyendo un arco y una flecha.

Todo era un espectáculo diseñado para impresionar a compatriotas y extranjeros. De acuerdo con el escritor Ibn Khaldun, la posesión más preciada de Musa en la corte era una piedra de oro

que pesaba veinte *qintars* —la impresionante cifra de setecientos kilos—. Su trono, labrado en duro ébano negro, se erigía sobre una plataforma en el centro del patio imperial. Musa nunca hablaba en público, sino que susurraba las palabras a su *jeli*, un heraldo que, a su vez, las decía en voz alta. Todo aquel que provocara su ira podía encontrarse con una muerte violenta. Su mandato exigía absoluta obediencia. Entre los muchos crímenes que podían conducir a la ejecución estaba estornudar en su presencia. El relato histórico no da pistas sobre el número de desafortunados cortesanos que sufrieron ese destino. Si era el propio Musa quien necesitaba estornudar, todos los presentes se golpeaban el pecho para ahogar el sonido. Nadie tenía permitido verle comer; se preocupaba siempre de hacerlo en privado, incluso cuando viajaba. El aura de ser un rey semidivino debía preservarse a toda costa.

Una ley, promulgada en tiempos del anterior gobierno de Ghana, establecía la riqueza de los reyes de Mali a perpetuidad. Esto suponía que todas las piezas grandes de oro fueran por derecho propio propiedad de Mansa. «Grande» significaba cualquier cosa que pesara más de unos pocos gramos, en otras palabras, prácticamente todo lo de valor. Los mineros tenían permiso para quedarse con el polvo de oro y las virutas. El imperio gravaba cada onza que cruzaba sus fronteras, mientras que la compraventa privada de oro dentro del imperio estaba prohibida e, inevitablemente, castigada con la muerte. Todo el oro excavado o encontrado tenía que ser pesado, embolsado e inmediatamente enviado al tesoro, lo que garantizaba al rey una constante e inagotable provisión de riqueza. Probablemente nunca cruzó la mente de Musa el que cualquiera de esas prácticas pudiera constituir extorsión. Después de todo, se trataba de algo que le pertenecía por derecho.

El rey poseía una incansable ambición. No importaba lo rico que fuera —no había una cifra calculada—, siempre sospechaba que sus súbditos podían hacerlo mejor. Así que concluyó que la mejor forma

para incrementar la producción, y por tanto sus ingresos, era garantizar a los obreros de las lucrativas minas de oro un cierto grado de autonomía. En un precursor ejemplo de reparto de beneficios como forma de incentivo, decretó que pudieran quedarse con pequeñas cantidades, siempre que el resto le fuera enviado. Había aprendido por propia experiencia que cuando una norma directa era impuesta de forma estricta, los trabajadores parecían descuidar su labor y la producción descendía dramáticamente. Musa no cometería ese error. Su táctica funcionó de forma espectacular, y él pudo sentarse a disfrutar de las copiosas cantidades de tributos de las minas que llegaban puntualmente. Su cofre del tesoro para el viaje a La Meca crecía paulatinamente.

La historia del extraordinario *Hajj* de Mansa ha ido transmitiéndose a lo largo de los siglos a través de narraciones orales y diarios. Los escritores árabes y los viajeros han rellenado algunos de los huecos, proporcionando un panorama más amplio de la gente y los lugares de la época. Algunos de los escritos han permanecido ocultos durante años. Miles de manuscritos procedentes de las colecciones privadas de las familias mandingas transmitidas a lo largo de las generaciones, continúan aún sin descifrar, y solo recientemente han visto la luz.

Uno de los relatos más importantes de finales del siglo XV proviene del hombre de letras y diplomático Mahmud Kati. Su trabajo, *Tarikh Al-Fetach,* fue traducido por primera vez al francés en 1913 y luego al inglés como *La Crónica del Buscador de Conocimientos*. Se desconoce si llegó a terminar el libro o dejó esa tarea a sus descendientes. Refiriéndose a Mansa Musa como «el Mali-koy Kankan Musa», Mahmud Kati lo describe como «un íntegro, devoto y ferviente sultán». Y añade: «Su dominio se extendía desde los límites de Mali hasta Sibiridigu [actual Sierra Leona], y todas las gentes de esas tierras, Songhai y otras, le obedecían. Entre los signos de su virtud están su costumbre de emancipar a un esclavo

cada día, hacer una peregrinación a la sagrada casa de Dios y, durante el curso de su peregrinaje, construir la gran mezquita de Tombuctú».

Si bien corrobora gran parte de la historia oral, Kati ofrece una nueva explicación para el *Hajj* de Musa:

> Su madre Kankan era una mujer nativa, aunque algunos decían que era de origen árabe. La causa de su peregrinación me fue relatada tal y como sigue por el sabio Muhammed Quma, que Dios lo tenga en su gloria, quien había memorizado la narración oral de sus antepasados. Según decía, el Mali-koy Kankan Musa había matado a su madre, Nana Kankan, por error. Por ello se sentía profundamente pesaroso y lleno de remordimientos y temía recibir un justo castigo. Para expiarse donaba grandes sumas de dinero como limosnas, y había resuelto hacer ayuno de por vida. Preguntando a uno de los ulama [hombres sabios] de su tiempo qué podía hacer para expiar ese terrible crimen, este le replicó: «deberías buscar refugio con el Profeta de Dios, que Dios le bendiga y le salve. Corre hacia él, colócate bajo su protección, y pídele que interceda por ti ante Dios, y Dios aceptará su intercesión. Ese es mi consejo». Kankan Musa tomó una decisión ese mismo día y comenzó a recolectar el dinero y el equipo necesarios para el viaje. Envió proclamas a todos los rincones de su reino.

Musa, tal y como está escrito: «Partió con un multitudinario séquito, con mucho dinero y un ejército muy numeroso». La estructura social de su entorno era rígida. Todo el mundo conocía su lugar y su papel. Primero estaban los soldados especialmente escogidos, que sumaban ocho mil en total. A continuación venía la unidad especial de Mansa con quinientos hombres marchando delante de él, cada uno luciendo un ornamentado bastón hecho de oro. Luego les seguía el propio Musa en su caballo, y tras él, su esposa en una carroza. Rodeándoles iban los nobles, luego los mercaderes —todos con esclavos para ser comprados y vendidos según se requiriera durante el viaje—. «Los miembros de su séquito procedieron a comprar esclavas turcas y etíopes, mujeres que cantaban y prendas de vestir», escribió el historiador egipcio del

siglo XV al-Maqrizi, «hasta que el valor del dinar de oro cayó a seis dírhams. Habiendo presentado su ofrenda, se puso en marcha con la caravana».

Otro famoso cronista fue el aventurero marroquí Ibn Battuta, quien recorrió la ruta de Musa solo meses después de haberla completado este. Se trata de un relato de un viaje posterior, llevado a cabo por un próspero peregrino iraquí en 1326:

> Incluidos en su caravana había numerosos camellos portando agua para los peregrinos más pobres, que podían obtener agua de ellos, y otros camellos con provisiones para distribuir como limosna, así como medicinas, pociones y azúcar para aquellos atacados por enfermedades. Cada vez que la caravana se detenía, la comida se cocinaba en grandes calderos de latón, llamados *DAST*, distribuyendo su contenido a los peregrinos más pobres y a los que no tenían provisiones.

Las convenciones sociales exigían que las personas de dinero proporcionaran bienes a los pobres siempre que viajaran. Esta forma de caridad es lo más cercano que la sociedad llegó a la provisión de los ingresos más básicos. Cuanto más próspero era un hombre, más generosidad se esperaba de él —una estructura que sería adoptada siglos más tarde por gente como Andrew Carnegie y Warren Buffett —. Musa se tomaba la filantropía, o al menos su interpretación de ella, con extremada seriedad. Cada vez que su caravana se detenía, ordenaba a sus hombres que distribuyeran grandes cantidades de oro. Sus instrucciones eran extravagantes, pero generalmente vagas. ¿Cuánto debería darse y a quién? Con un elusivo ademán, Musa dejaba el asunto en manos de los mercaderes que viajaban con él.

Cuanto más lejos viajaban hacia el este a través de África, más se extendía la noticia. Mansa Musa era una auténtica sensación. Cuando la caravana llegaba al poblado más pequeño o a la ciudad más grande, los lugareños dejaban lo que estuvieran haciendo para admirar a ese exótico rey de una tierra extraña. El historiador de

mediados del siglo XX E. W. Bovill sugiere que Musa «fue, en realidad, el primero en penetrar la cortina de hierro de los prejuicios de color que apartaban a los negros del mundo civilizado».[1] Los habitantes de Mali en el siglo XIV podían perfectamente haber hecho propia la afirmación de que el suyo era el mundo civilizado comparado con las pobres naciones del norte del Mediterráneo.

Tras emerger su caravana del arduo trayecto a través del desierto del Sahara, por fin llegó a El Cairo. Musa decidió acampar a la sombra de las pirámides y así reunir provisiones. El Cairo era una de las ciudades más grandes del mundo, además del mercado de oro más importante. Necesitaba causar la impresión correcta. Se instalaron al borde de la ciudad durante algunos días, antes de entrar en ella por la puerta oeste en una tumultuosa bienvenida. Los historiadores se han preguntado a menudo por las razones de ese retraso. Es posible que Musa estuviera mostrando respeto a sus anfitriones al evitar un despliegue de triunfalismo, asegurándose de no pisar los pies del sultán egipcio y su corte. Lo más probable es que estuviera compitiendo por su reputación. Musa quería ser visto como el más piadoso de los dos líderes, el más prestigioso incluso. El protocolo requería que al encontrarse con el sultán, Musa fuera quien tuviera que inclinar la cabeza en señal de deferencia ante él. Para Musa eso supondría una humillación.

Uno de los oficiales del sultán, Al-Abbas Ahmad, relató unos años después la historia al sabio e historiador Chihab al-Umari: «Cuando salí a recibirle, cumpliendo las órdenes del gran sultán, al-Malik al-Nasir, me trató con generosidad, atendiéndome de la forma más respetuosa. Sin embargo, no habló directamente conmigo sino a través de un intérprete, a pesar de dominar el árabe. Entonces envió al tesoro real una gran cantidad de pepitas de oro». Este regalo se calcula tenía un valor de 50.000 dinares, el equivalente a 6 millones de libras de hoy en día: algo demasiado espléndido para tratarse de una simple muestra de respeto. La agenda de Musa estaba clara:

quería mostrar al sultán la extensión de sus riquezas. El estatus lo era todo. Sin embargo no reparó en el efecto que su generosidad tendría en el mercado. Esa suma, añadida a otras ofrendas que ya había repartido lo largo de su viaje, hizo que el precio del oro se devaluara. Al-Umari, que escribió diez años después del suceso, estimaba que el precio del oro en Egipto continuaba todavía al menos un 10 por ciento por debajo de su valor anterior. Ningún acto de generosidad —o de caballerosa indiferencia— ha tenido nunca un efecto tan prolongado.

En cuanto al encuentro con el sultán, se llegó a un ingenioso compromiso de última hora. «Cuando estuvimos en presencia del sultán le pedimos [al rey de Mali] que se postrara y besara el suelo», relataba Al-Abbas Ahmad. «Musa vaciló y parecía dispuesto a renunciar tercamente. Uno de sus compañeros le susurró algo al oído tras de lo cual el huésped dijo: "Me postro ante Alá mi creador". Y entonces se inclinó». La fórmula permitió salvar las apariencias a ambas partes. Musa estaba más dispuesto a arrojar una enorme fortuna de oro ante el sultán que a inclinarse delante de él. Tenía todas las riquezas que la vida terrenal podía proporcionarle. Lo que importaba era la reputación y el estatus.

Tras abandonar El Cairo para acometer el último tramo a La Meca, Mansa Musa se tropezó con otra tensa cuestión: ¿quién era el responsable del cuidado de los lugares santos? El Cairo había estado previamente gobernado por la dinastía chiíta Fatimí, la cual había suscitado gran controversia al hacer dinero a costa de los peregrinos. Los expertos en leyes del islam habían decretado que cobrar un tributo a los peregrinos era ilegal bajo la ley de la Sharia, pero los Fatimí, como muchos gobernantes habían hecho lo largo de los siglos, continuaron aplicándolo. Cuando Saladino los expulsó en 1169, uno de sus primeros actos fue abolir los tributos, una decisión que le granjeó una considerable popularidad. Ibn Jubayr escribió sobre las estratagemas para hacer dinero practicadas por los

fatimíes y sus aliados en las ciudades del Hiyaz «Ellos [los peregrinos] estaban obligados a pagar 7,5 dinares por cabeza, a pesar de no poder hacerlo. Una clase de castigo inventada como escarmiento era colgarlos de los testículos o algún otro acto terrorífico. En Jedda, torturas iguales o peores esperaban a aquellos que no pagaban la tasa en Aydhab, o sus nombres no irían acompañados del preceptivo recibo del cobro».

Musa vio una oportunidad de negocio aprovechándose de la alienación experimentada por algunos fieles hacia sus regentes terrenales. Aumentó su distribución de oro, especialmente con aquellos que viajaban a La Meca, para sufragar sus viajes y acomodo allí. Pero, sobre todo, deseaba hacer alarde de su piedad y munificencia en viernes, el día musulmán de la oración. Era en ese día, y solo en él, cuando cada semana ordenaba la construcción de una mezquita por allí donde su séquito llegaba: la filantropía con un propósito, una fórmula familiar.

En cuestión de meses, un oscuro rey de un país lejano se había convertido en una figura clave en el firmamento político y religioso. Espoleado por las tumultuosas acogidas que encontraba, Musa ordenó a sus mercaderes ofrecer aún más polvo de oro, en cantidades cada vez mayores y con más urgencia. Tal era el constante suministro de ingresos de las minas de su país que estaba preparado para gastar todo lo que había llevado con él, o tal vez no tenía interés en contarlo. Justo cuando la caravana se acercaba a la más sagrada de las ciudades, sus cortesanos tuvieron la delicada tarea de informar al rey que se estaba quedando sin fondos. Para su sorpresa y evidente alivio, él no pareció demasiado molesto. Su inversión había traído dividendos. Por todo el norte y el oeste de África hasta el corazón del mundo islámico, el *Hajj* de Musa había conseguido llamar la atención sobre su persona.

En su viaje de vuelta a Mali, Musa se vio en la curiosa posición de tener que pedir dinero prestado. Su destreza en los negocios no era

tan afinada como uno habría supuesto en un hombre con sus medios. Los prestamistas de El Cairo y de otros lugares a lo largo de la ruta sabían que Musa no tendría ningún problema en devolverles las cantidades una vez estuviera de regreso en su hogar, de modo que le exigieron los porcentajes de interés que creyeron oportunos. Habían visto lo sucedido durante el viaje al extranjero de Musa, cuando los comerciantes locales se habían aprovechado de la afluencia de oro para vender sus productos a precios artificialmente elevados. Las mercancías que más habían atraído la atención del séquito de Musa eran las prendas de finos tejidos y las esclavas, que los egipcios habían vendido cinco veces por encima de su valor en el mercado. Musa vio otra oportunidad para incrementar su prestigio. Se ofreció a pagar cualquier crédito al asombroso interés del 150 por ciento. Podría haber negociado una cuota más baja, pero estaba ansioso por reafirmar su generosidad y mostrar que la gente como él no tenía que esforzarse.

$ $ $

El Mali del siglo XIV producía dos terceras partes del oro mundial. El más valioso y prestigioso de todos los metales raros —de todas las posibles materias primas— se encontraba en un solo reino de poco más de un medio millón de kilómetros cuadrados. Un hombre, un único hombre, tenía acceso a él. Tal concentración de propiedad en oro en un único país, nunca más ha vuelto a repetirse. El monopolio trajo consigo innumerables riquezas a Mali, pero su valor era aún mucho mayor. Suponía la demostración definitiva de prestigio, de un modo que ni siquiera una riqueza similar de, digamos, petróleo o aluminio, podría alcanzar.

Para entender la leyenda de Mansa Musa, es importante detenernos un momento en el valor psicológico del oro. Los seres

humanos han mantenido desde siempre una relación amorosa con él, que es en parte monetaria, en parte estética y en parte emocional. Su rareza es esencial para estas consideraciones. Incluso hoy en día, tras siglos de imparable progreso en el campo de la tecnológica minera, las reservas totales de oro podrían caber en un único petrolero.[2] El oro siempre ha sido algo más que dinero, que implica un concepto aún más prosaico y transaccional. A diferencia de otros metales de la era premoderna, no tiene otro uso salvo su despliegue público o como atesoramiento privado durante la vida y objeto que acompaña en la sepultura.

Los antiguos reyes hablaban de su «tesoro» en oro y no tanto de su «tesorería» de oro; su iridiscencia le otorgaba una cualidad etérea. Algunos pueblos indígenas albergaban la creencia de que el metal provenía del sol y los dioses. Para los reyes ashanti, la posesión de oro les elevaba a una categoría superior, permitiéndoles comunicarse con dioses y ancestros. De igual forma, en la muerte, era costumbre tanto en África occidental como en otras culturas del resto del mundo, que los ricos fueran enterrados junto con sus objetos de oro, o que sus cuerpos estuvieran rociados de oro. El oro era algo que debía atesorarse y guardarse en lugar seguro, siempre codiciado por vecinos celosos. Creso, el rey de Anatolia cuyo nombre se convirtió en sinónimo de riqueza material, era ciertamente de los que preferían atesorar. Como muchos mandatarios de la antigüedad, sus enormes reservas de oro no eran para la circulación, excepto cuando ofrecía ostentosas dádivas. En una ocasión, concedió a un oráculo ciento diecisiete lingotes de oro puro, cada uno de ellos de más de setenta kilos, además de un león de oro de más de doscientos setenta kilos.[3]

De forma gradual, la gente empezó a comprender que el oro era mucho más útil como objeto de intercambio que de posesión. Hacia la Edad Media, se convirtió en el principal valor de intercambio comercial. Pero a diferencia de prósperos reinos como Mali, la

empobrecida Europa aún poseía cantidades muy pequeñas del metal. De ahí su endiablado celo por adquirir mayor caudal de esa sustancia mágica entre los primeros colonizadores de las Américas y África: la fiebre del oro.

Los reyes de Mali controlaban tres importantísimas minas de oro en Bambuk, Bouré y Galam. La mayoría del mineral era fácil de extraer, con bateas y excavaciones superficiales. Bouré se convirtió en la principal región minera de oro en el siglo XII desplazando el centro del poder hacia el sur, desde Ghana a Mali. Los mansas controlaban el acceso a Tombuctú y las rutas de camello que cruzaban el Sahara. Allí los comerciantes de lingotes pagaban gravosos tributos a los intermediarios locales y, a través de ellos, a los mandatarios. Una generación después del peregrinaje de Musa, se decía que el oro había sido utilizado en Mali para fabricar no solo joyería, sino instrumentos musicales y, lo que era aún menos práctico, armas de guerra.[4] La preponderancia del oro en la sociedad de Mali otorgó a sus habitantes a lo largo del norte de África la reputación de personas con posibilidades de pagar los bienes objeto de comercio, tal y como había hecho Musa en su *Hajj*. Los mercaderes de El Cairo lo refirieron así a al-Umari: «Uno de ellos podía comprar una camisa, capa, túnica o cualquier otra prenda, por 5 dinares cuando ni siquiera valía 1».[5] Mientras gran parte de la población del reino de Musa era pobre, las familias podían poseer una única preciada posesión u objeto de joyería hecho de oro, que sería utilizado en ocasiones especiales, como los esponsales. Si no podían permitírselo, los abalorios de arcilla pintada servían como una conveniente alternativa y eran considerados como estéticamente aceptables.

Después del oro, el segundo símbolo más importante de poder eran los caballos. La dificultad y gasto que implicaba traerlos hasta el desértico reino y mantenerlos era un añadido a su valor simbólico y financiero. Los animales eran trasladados a través del Sahara y,

una vez en Mali, los que sobrevivían eran cuidadosamente atendidos por seis esclavos. El símbolo definitivo del estatus se adquiría cuando uno de los reyes del imperio Soninké, otro país rico en oro al oeste de Mali, era capaz de «coronar a su caballo con una pepita de oro del tamaño de una piedra grande».[6]

Y sin embargo, si hacemos caso a la leyenda, Musa no se vio abrumado por el atractivo del oro u otras demostraciones de ostentación. Se había criado entre riqueza. Incluso podría decirse que estaba harto de ella. Necesitaba un nuevo reto y lo encontró en la religión.

Dominado por la piedad del *Hajj*, se decidió a abandonar el resto de sus obligaciones y consagrarse a la devoción. Al-Umari proclama que el Mansa estaba tan profundamente afectado por la peregrinación que pretendía regresar a Niani de modo pasajero, a fin de solucionar sus asuntos de estado, «con la intención de abdicar en favor de su hijo y dejar el poder en sus manos, para así poder regresar a la Venerable Meca y vivir en los alrededores de su santuario».

Es imposible saber hasta qué punto el viaje de Musa fue motivado por su necesidad de estatus y reconocimiento, y cuánto por un verdadero sentimiento religioso. Lo más probable es que estuviera inspirado por ambos. Dinero, poder y religión estaban intrínsecamente vinculados. Tras la conversión de la clase gobernante al islam en el siglo XIII, la credibilidad religiosa contribuía a la legitimidad política de los gobernantes de Mali. El clan Keita, al que Musa y la mayoría de los otros mansas pertenecían, presumía de descender del Bilal ibn Rabah, el primer almuédano —el encargado de llamar a la oración— en la religión islámica. Esta reivindicación bien pudo ser inventada, aunque se sabe que Bilal era negro.

Mientras Musa estaba en La Meca, los emisarios de Mali recorrían todo el camino para mantenerle al corriente de las novedades de su

país. Las noticias no eran buenas: la gente estaba descontenta. Su hijo, Mansa Maghan, que se había quedado al mando —tal y como el propio Musa había hecho cuando su padre realizaba sus viajes—, estaba, según se decía, llevando a cabo una pobre labor —tal vez ese era uno de los gajes del oficio de pertenecer a la segunda generación de ricos—. Maghan había permitido que la ciudad de Gao cayera en manos de los rebeldes songhai, y los súbditos estaban muy inquietos.

Musa se sintió abatido, comprendiendo que no conseguiría llevar a cabo su objetivo de pasar su riqueza y ceder el poder a su hijo. De modo que llegó a un compromiso. Regresaría a su reino, pero en lugar de proyectar su valía a través del oro, dedicó los años siguientes de su reinado a difundir el islam a través de su territorio. Comenzó inmediatamente. Antes de abandonar la ciudad santa para emprender el regreso, ofreció una larga suma de monedas de oro a cualquier erudito que pudiera acreditar su parentesco con el linaje del profeta Mahoma y quisiera establecerse en Mali con su familia. Mahmud Kati recoge la historia: «El Mali-koy envió entonces un pregonero a las mezquitas para anunciar: "Quienquiera que desee tener mil *mithqals* de oro, que me siga a mi país, y el millar estará esperándole"». Cuatro hombres aceptaron la oferta del rey, que también sedujo al poeta y arquitecto Abu Ishaq Ibrahim al-Sahili de Granada, en la España musulmana. Pero antes de poner en marcha sus nuevos planes espirituales para Mali, necesitaba restaurar el orden. En su viaje de regreso a casa dio un rodeo para pasar por Gao. Espoleado por la decisión de Musa de permanecer en el trono, uno de sus generales, Sagmandir, restableció la autoridad del imperio de Mali en la ciudad, expulsando a los rebeldes. Musa entró en Gao en una ostentosa procesión, y como recordatorio a sus súbditos de su poder se llevó como rehenes a dos de los hijos de su nuevo vasallo.

Mansa Musa no debería ser recordado únicamente por su oro o su viaje a La Meca, por muy notable que sea esa historia. Sino también por su responsabilidad en llevar la vida a una de las grandes ciudades de la civilización, Tombuctú, donde se embarcó en un proyecto de construcción de mezquitas a asombrosa velocidad.

La ciudad ha evocado durante mucho tiempo una sensación de lugar remoto y peligroso. Tal y como recoge el *Oxford English Dictionary*: «Es el lugar imaginable más distante». Fundada por los nómadas tuaregs en el siglo XII, fue solo en época de Mansa Musa cuando se convirtió en un centro global de cultura y conocimiento. Conocida como la Ciudad de Oro, fue creciendo hasta ser la más prominente de las cuatrocientas villas y ciudades de su reino. Un erudito escribió: «Abarca una extensa área, favorable a los cultivos, y densamente poblada, con florecientes mercados. Es el destino de caravanas desde el Magreb, Ifriqiya y Egipto, y las mercancías llegan hasta allí procedentes de todos los rincones».[7]

El imperio de Mali se asentaba entre las lucrativas minas de oro del África Occidental y el fértil río Níger, el eje fundamental de transporte fluvial de un país sin acceso marítimo. Esa ubicación proporcionaba perfectas oportunidades de comercio de materias primas que iban desde el oro y la plata hasta los tejidos y el cuero, desde arroz e higos, hasta nueces y vino. El oro y la plata se comercializaban desde Túnez hasta los especialmente valiosos mercados europeos de Valencia, Nápoles y Florencia. Las ciudades situadas en estas rutas comerciales, incluidas Tombuctú y Gao, atrajeron a habilidosos trabajadores del metal y orfebres conocidos como *sanu fagala*, o «asesinos de oro».[8]

Los europeos, desde Granada a Génova, querían oro. Los mineros del África subsahariana querían sal. Las fuentes de las dos materias se encontraban lejos una de la otra, de modo que los intermediarios cerraban los tratos en Tombuctú, Walata y Gao. Se especializaron en la práctica del «comercio silencioso». Los mercaderes desplegaban

sus mercancías en el suelo del mercado y se marchaban. Entonces los compradores entraban y dejaban la cantidad de oro que estaban dispuestos a pagar junto a los bienes y, poco después, también se retiraban. Entonces regresaban los primeros y, si consideraban que el oro igualaba el valor del producto, el trato estaba hecho. El intercambio de esclavos sudaneses era también conducido a través de estas ciudades, donde las almas esclavizadas no tenían posibilidad de escapar, salvo huir al infinito Sahara.

La labor de Musa consistía en proporcionar seguridad a los comerciantes para poder regentar sus negocios y recoger su recompensa en aranceles e impuestos. Ibn Battuta escribió que el gran ejército permanente del rey hizo al país más seguro contra los bandidos.[9] El miedo a la ira de Mansa consiguió que las rutas de comercio de África fueran relativamente seguras en un tiempo en que muchos de los caminos de Europa resultaban peligrosos y desprotegidos.

En Tombuctú, el arquitecto al-Sahili construyó la madraza de Sankore, un antiguo centro de aprendizaje que promocionaba la erudición entre miles de astrónomos, matemáticos y juristas islámicos cada año. Otro gran edificio era la mezquita de Jingereber, de alrededor de 1327, construida inmediatamente después del regreso de Musa del *Hajj*. Junto con Sankore y la mezquita Sidi Yahya, el Jingereber pudo haber constituido la primera universidad del mundo —si bien los historiadores occidentales han preferido ignorar este hecho o no darle crédito—.[10] Tal era la belleza y grandeza sin rival de la ciudad que en el siglo XIV dio pie al proverbio de África Occidental: «La sal viene del norte, el oro del sur y la plata del país de los hombres blancos, pero la palabra de Dios y los tesoros de su sabiduría solo pueden encontrarse en Tombuctú».[11]

Bajo el reinado de Musa, el imperio de Mali no solo fue rico sino de un sorprendente tamaño, solo superado por el imperio mongol. A diferencia de Gengis Khan, que gobernó con terrible brutalidad un

siglo antes, Musa era menos partidario de utilizar la violencia para someter a las miles de personas bajo su dominio. Controlaba todas las facetas de la vida en sus territorios, pero lo hacía con destreza. Él mismo nombraba a todos los gobernadores provinciales (*ferbas*) y alcaldes (*mochrifs*), pero otorgando a las provincias y ciudades, particularmente a las más ricas como Tombuctú, una considerable autonomía para decidir sus propios asuntos —siempre que le prestaran fidelidad y le entregaran todas las riquezas que producían —. Musa tuvo durante distintos momentos de su reinado entre trece y catorce gobernantes vasallos pagándole tributos.

El hombre de letras Kati concluye su crónica con la siguiente observación: «En cuanto a Mali, es una vasta región en un país inmenso que concentra muchas ciudades y pueblos. La autoridad del sultán de Mali se extiende con toda su fuerza y poder. Hemos oído a la gente común de nuestro tiempo decir que hay cuatro sultanes en el mundo, sin contar el sultán supremo, que son: el sultán de Bagdad, el sultán de Egipto, el sultán de Bornu y el sultán de Mali».

Tras la muerte de Musa, su imperio empezó a deshacerse. Cuando Ibn Battuta regresó finalmente tras su *Hajj*, descubrió un nuevo regente en el trono. Pero no era el hijo de Mansa Musa, Mansa Maghan. Como se temía, el heredero demostró ser un líder inútil y fue destituido después de solo cuatro años por su tío, Mansa Sulaimán. De acuerdo con Battuta, Sulaimán fue también una gran decepción, pero era tal el prestigio de Mansa Musa que probablemente hubiera sido imposible para cualquiera conseguir emularle. El «generoso y virtuoso» Musa había pasado su propia riqueza y también la de su nación a Sulaimán, «un miserable rey del que no puede esperarse ninguna gran donación», escribió el cronista.

$ $ $

Gran parte de la historia de Musa es pura conjetura, dependiendo, como es el caso, de los escritos de un pequeño número de eruditos árabes e historias orales. Incluso su muerte tiene distintas versiones: las estimaciones varían desde 1332 a 1337. Pero mientras algunos detalles de su vida resultan vagos o cuestionables, su importancia no lo es. No solo controló los mercados —fue el único hombre en ostentar el control directo del precio del oro entre los consumidores mediterráneos—, sino que estableció un modelo de filantropía, aunque fuera un tanto crudo, que sería refinado por posteriores generaciones de los supermillonarios globales.

Él creó un ejemplo a seguir para muchos otros a lo largo de los siglos venideros, especialmente en el mundo musulmán. Los peregrinos del *Hajj* de épocas posteriores eran mercaderes deseosos de establecer nuevos contactos y expandir sus negocios. Los teóricos islámicos veían el comercio como una admirable vocación, en absoluto incompatible con la devoción. El erudito otomano del siglo XVI Hasan Celebi Kinalizade aconsejaba así a los soberanos: «De acuerdo con Imán al-Shafi'i el comercio es el mejor modo [de adquirir riquezas] porque esa era la noble profesión del Profeta Mahoma». Y añadía: «En la adquisición de riqueza, uno debería contenerse primero de la opresión y la injusticia; en segundo lugar, de actividades vergonzosas, y en tercero de ocupaciones desafortunadas o impúdicas».

El *Hajj* de Musa reactivó a los comerciantes de todo el mundo que supieron de las riquezas potenciales de su reino. Prácticamente ninguno de ellos, sin embargo, sabía cómo llegar hasta allí, lo que derivó en una súbita demanda de rutas seguras. En 1329, Mali apareció por primera vez en un *mappa mundi* europeo. El hombre retratado en él se llamaba «Rex Melly» (rey de Mali).[12] La carta de navegación dibujada por Angelino Dulcert de Mallorca fue completada poco después de la muerte de Musa. Por entonces

desconocían que con la desaparición de la figura de Musa, la riqueza de Mali iría disminuyendo paulatinamente.

En 1367, otro mapa muestra una carretera que conducía desde el norte de África a través de las montañas del Atlas hasta el Sudán occidental. En 1375, un tercer mapa, el Atlas Catalán, muestra a un monarca ricamente ataviado sujetando una enorme pepita de oro sobre la zona sur del Sahara. Fue diseñado para Carlos V de Francia por un judío aragonés llamado Abraham Cresques, probablemente a partir de la información transmitida por comerciantes que habían realizado el viaje a través del Sahara. Musa aparece sentado, vestido con regias prendas y una corona, con un cetro dorado en una mano y una enorme pepita de oro en la otra. Acercándose a él hay un comerciante montado en camello, representando las caravanas que proporcionaron a Mali su enorme riqueza. La inscripción latina que lo acompaña reza así: «Este señor Negro es llamado Musa Mali, Señor de los Negros de Guinea. Tan abundante es el oro hallado en su país que es el rey más noble y rico de todo el territorio».[13] Los cartógrafos e ilustradores autores de los mapas del siglo XIV seguramente no conocían los detalles de la apariencia física de Musa. Lo visten al modo que les resultaba familiar, haciéndole parecer como un medio europeo o un rey del norte de África.

Los cartógrafos, al igual que los historiadores, reflejan los tiempos en los que viven y, hacia mediados del siglo XV, cuando los exploradores portugueses alcanzaron por primera vez Mali, el reino era ya una sombra de su antigua grandeza. Como resultado, el Mansa Musa retratado en los mapas de 1480 es una mera parodia de los prejuicios imperiales, un salvaje desnudo con una corona.

Para entonces, el imperio de Mali se estaba desvaneciendo, debilitado por intrigas palaciegas que impedían una sucesión ordenada del poder imperial y por el deseo de los pequeños estados de liberarse de su gobierno para recoger los beneficios de la sal y el comercio de oro. Sus rutas comerciales habían perdido atractivo para

una nueva generación de europeos que prefería cruzar por mar, en lugar de caminar a través del desierto. Y lo más importante de todo, a finales del siglo XIV, el precio del oro se había desplomado. El imperio songhai capturó Tombuctú en 1468. La pérdida de la Ciudad de Oro fue un golpe definitivo a los ingresos y prestigio de Mali, a la que Songhai reemplazó como superpoder regional. Los cimientos dejados por Musa a su vuelta del *Hajj* se habían desaprovechado.

Incluso bajo los regentes de Songhai, Tombuctú continuó prosperando durante un tiempo. Era tal el poder y riqueza de la ciudad que los nuevos reyes mantuvieron una fuerte presencia militar allí, para el caso de que Tombuctú decidiera continuar por su cuenta y romper con el resto de su imperio. Lo que sí permitieron, sin embargo, fue conceder a la ciudad cierto grado de autonomía en cuestiones de enseñanza. Alrededor de ciento ochenta escuelas coránicas estaban operativas en aquel tiempo, con más de cinco mil estudiantes inscritos.[14] La posesión de la palabra escrita en forma de libros llegó a ser un importante símbolo de riqueza y poder en una sociedad en la que el oro había sido durante largo tiempo relativamente común. Los ciudadanos acaudalados empleaban su tiempo acuñando grandes colecciones de libros en bibliotecas, debatiendo sobre textos sagrados, tratando de superarse entre ellos con sus conocimientos de las leyes islámicas y la jurisprudencia. Solo así se explica que muchas mezquitas pudieran ser restauradas, pero si una era lo suficientemente rica, el número de libros que podían encargarse, producirse y recopilarse era casi infinito. El cronista andalusí León el Africano escribió: «Aquí hay un gran número de doctores, jueces, sacerdotes y otros hombres instruidos que son generosamente mantenidos a expensas del rey. Aquí se traen desde Berberia diversos manuscritos y libros escritos, que se venden por más dinero que cualquier otra mercancía».[15]

Fue un período extraño en el que las reputaciones no se labraban a través de la guerra o la conquista, sino a través de la educación.

Los eruditos de Tombuctú viajaban a todas partes, estudiando el resto del mundo musulmán, en lugares como la mezquita Azhar en El Cairo o la mezquita Qarawiyin en Fez, Marruecos. Puede que Tombuctú fuera un lugar de conocimiento, pero esa sabiduría fue cuidadosamente controlada y apartada de las manos de los pobres. Las bibliotecas públicas no existían. Para ser introducido entre los letrados, la élite intelectual, uno tenía que estar en el rebaño correcto, haberse educado en una de las escuelas de la ciudad, y estar personalmente conectado con los propios eruditos. La élite clerical probablemente no contaba con más de trescientos hombres.

Sin embargo, la ciudad se volvió cada vez más vulnerable a los poderes externos. Inicialmente, un grupo de tuaregs se impuso. El mandatario nominal, Akil, vivía fuera de la ciudad, por lo que nombró a un oficial, Ammar, para recaudar sus impuestos. Ammar se comprometió a cumplir la tarea bajo la promesa de recibir una tercera parte de los ingresos, pero cada vez que hacía su trabajo, Akil aparecía con sus hombres en la ciudad y se llevaba todo el dinero[16]. Comprensiblemente furioso, Ammar escribió a los songhai ofreciéndose a traicionar a su líder y devolverles la ciudad. El ejército songhai aceptó encantado, saqueando la ciudad por las molestias.

Súbitamente el imperio sufrió un estremecedor estancamiento. Aproximadamente unos doscientos cincuenta años después de que Mansa Musa utilizara sus ingentes reservas de oro para convertir a Tombuctú en una de las mayores ciudades del mundo, un ataque desde el norte puso fin a ese sueño. En 1591, el soberano de Marruecos, el sultán Ahmad al-Mansur, envió una fuerza expedicionaria de mercenarios conducidos por Judar Pasha, para vencer a los songhai. Estos hombres sitiaron Tombuctú, matando o encarcelando a la mayoría de sus eruditos. El pretexto del ataque fue la eterna necesidad de controlar los recursos, la explotación de la sal y el comercio del oro a través del Sahara.[17] La excusa del

sultán para la masacre fue la incapacidad de los songhai para pagar una determinada tarifa. Pero Ahmad tenía otra razón oculta para la invasión: el control de la prestigiosa ciudad islámica le ayudaría en su pretensión de proclamarse califa —la cabeza nominal del mundo musulmán— en la que se enfrentaba a los sultanes otomanos rivales.

El asalto a la cultura de Mali alcanzó una escala épica. A modo de ejemplo, el escritor y erudito Ahmad Baba al-Massufi, que fue deportado a Marruecos, vio cómo mil seiscientos volúmenes de su colección personal eran robados o destruidos por los invasores. Él alegaba que la suya era la biblioteca de menor tamaño de entre todas las de sus colegas. Cientos de miles de documentos irremplazables debieron perderse para la historia como resultado de la invasión. Todo el dinero de Tombuctú no podía traer de vuelta la pérdida cultural de la ciudad. Esta nunca recuperaría su posición como centro de enseñanza y de la palabra escrita. Uno de los más importantes legados de Musa había sido destruido.

A esas alturas, los europeos habían establecido el comercio de esclavos en la costa occidental de África. Muchos habitantes de los imperios de Mali y Songhai fueron embarcados de un día para otro. Ese tácito convenio de los imperios europeos con el continente duró más de quinientos años. África se convirtió para la imaginación popular en una zona primitiva que debía ser civilizada. Para la sociedad victoriana, la idea de que hubiera podido existir una sociedad africana comparable a la del imperio británico en términos de riqueza e influencia cultural resultaba irrisoria. A medida que el centro de riqueza global se trasladaba a Europa, los antiguos ricos de las sociedades africanas y asiáticas fueron olvidados o ignorados. Mali, tras su desintegración, era un estado fallido. Tombuctú una ciudad empobrecida y olvidada de edificios de adobe, sinónimo de los confines de la tierra. Prácticamente todo rastro de la grandeza de Mali desapareció. Pobreza y codicia, combinadas con las cambiantes

modas de Occidente por el arte «exótico» procedente de países lejanos, llevaron a un saqueo sistemático de los lugares arqueológicos. La historia de Mansa Musa fue completamente borrada.

El contraste con la fama que había adquirido durante su vida no podía ser más impactante. En ambos extremos, tuvo mucho que ver la etnicidad. Ciertamente su apariencia causó una gran sensación en la ruta hacia La Meca. Musa hizo valer el exotismo y la novedad de un acaudalado regente negro del África musulmana en su *Hajj*. Siempre consciente de su imagen y dispuesto a mostrarla, se convirtió en su propio asesor de comunicación durante sus viajes, contando extravagantes historias de Mali como un país de inimaginables riquezas. De acuerdo con al-Umari, Musa les habló a los norteafricanos de «una planta de oro que florecía después de la lluvia» y que «poseía hojas tan abundantes como hierba y raíces de oro». Los habitantes de Mali y otros africanos subsaharianos se referían a los árabes de piel más clara, tales como el viajero Ibn Battuta, como «hombres blancos». Se apreciaba de este modo una clara distinción de identidades étnicas, pero no de ser una superior a la otra. Ibn Battuta quedó impresionado con las riquezas y erudición que encontró en Mali, mientras Mansa Musa rendía la debida pleitesía a aquellos gobernantes árabes con los que se encontró durante su peregrinación. Fue la llegada del imperialismo europeo la que introdujo la idea de superioridad racial, relegando la riqueza africana a los pies de página de la historia.

Mali fue «redescubierto» en los primeros años del colonialismo europeo de África, en la primera mitad del siglo XIX. En 1829, Alfred Lord Tennyson la describió como misteriosa e insondable en su poema «Tombuctú». Tal era el atractivo de la ciudad que la comparó con la ciudad perdida de El Dorado y la mítica isla de la Atlántida. En el reparto del continente, Francia se apoderó de tierras que, en buena parte, habían pertenecido al imperio de Mali, subsumiéndolo

en el enorme Sudán francés. Durante todo ese período, fue visto como un lugar retrasado culturalmente, un sitio inicialmente de paso para el comercio de esclavos y, después, de otras materias primas. A partir de 1890, la economía del África occidental francesa se basó en plantaciones de productos como el algodón. Para ahorrar el coste del transporte marítimo, los trabajadores fueron trasladados a la costa, quedando el interior del continente sin desarrollar. Una vez más, Mali había caído víctima de una economía dependiente de las materias primas, que dejaba a la gran mayoría de la población empobrecida.

La noción de una herencia cultural africana fue descartada por absurda. Un viajero exclamó: «Prefiero no describir el país de los negros africanos, porque como siempre he apreciado la inteligencia, la ingenuidad, la religión, la justicia y un gobierno estable, resulta imposible que pueda prestar atención a esa gente».[18] El político imperialista francés Jules Ferry declaró en 1880: «Cuanto más superiores sean las razas más derechos tienen sobre las inferiores y más deber de civilizarlas». Los habitantes de Mali serían clasificados como súbditos, pero no como ciudadanos de la República francesa. Los franceses se veían incapaces de imaginar un capítulo de la historia en el que un reino africano hubiera podido dominar tales extensiones de tierra e imponer respeto hasta lugares tan distantes.

Sin embargo, gracias al ingenio y dedicación de muchos habitantes de Mali, miles de manuscritos fueron escondidos en bibliotecas privadas, ocultados a los marroquíes y, posteriormente, a los invasores europeos en baúles de madera o enterrados en cajas bajo la arena o en cuevas. El primer intento organizado de descubrir y preservar mejor los antiguos rollos de pergamino de Mali se puso en marcha en 1970, cuando la Unesco ayudó a establecer el Instituto Ahmed Baba para la Documentación e Investigación de Tombuctú —llamado así en honor al gran erudito del siglo XVI—. Allí se fueron apilando y documentando gradualmente alrededor de veinte mil manuscritos irremplazables que datan incluso de 1204, es

decir, antes de la época de Mansa Musa. Muchos de ellos estaban sin encuadernar y en muy malas condiciones. Otros habían sido pasto de las termitas. Sin embargo, el laborioso trabajo logró rescatar notables joyas históricas. La gran mayoría de los documentos estaban escritos en árabe, y unos pocos en lenguas africanas, tales como el songhai y el tamasehek. Había uno en hebreo. Todos ellos abarcaban materias tan variadas como la astronomía, la música, la medicina, la poesía e incluso los derechos de las mujeres.

En 1993 la Unesco dio un nuevo paso adelante, esta vez para tratar de evitar la retirada del país de valiosos artefactos culturales, concretamente estatuas de arcilla de la época de Musa.[19] Un informe de 2003 realizado por una organización filantrópica estadounidense, la Fundación Ford, detallaba la riqueza del trabajo recientemente descubierto, destacando: «A raíz de un análisis más exhaustivo, los estudios podrían obligar a los eruditos a reescribir la historia del islam y de África y abolir, de una vez para siempre, el persistente estereotipo occidental de considerar a los negros africanos como primitivos y carentes de tradiciones intelectuales».

En 2012, tuvo lugar uno de los mayores actos de vandalismo cultural del mundo moderno. Unos rebeldes tuaregs —algunos de los cuales habían huido de Libia después de que los occidentales derrocaran el régimen de Muamar el Gadafi— tomaron el norte del país, deponiendo al presidente y declarando un estado fundamentalista islámico. En abril de ese mismo año, se apoderaron de Tombuctú comenzando a imponer una estricta versión de la ley Sharia, llevando a cabo amputaciones y ejecuciones públicas. Las mujeres podían ser azotadas por salir a la vía pública sin velo, mientras que los hombres podían recibir latigazos por tener cigarrillos. Al mismo tiempo, los rebeldes destruyeron sistemáticamente los lugares culturales, incluyendo las antiguas tumbas de los santos sufíes, que denunciaban como contrarios al islam ya que animaban a los musulmanes a venerar a santos en

lugar de a Alá. Eventualmente, las fuerzas francesas consiguieron expulsarlos y restaurar un cierto orden, pero en cuanto se retiraron, los grupos islamistas prendieron fuego al Instituto Ahmed Baba y a la biblioteca de Tombuctú. Cuando tuvo lugar la destrucción, solo una fracción de los documentos había sido digitalizada. Gran parte de la colección se perdió justo cuando mayor era la esperanza de que el mundo pudiera tener la oportunidad de apreciar el enorme patrimonio cultural del imperio de Mali.

Los rebeldes se han marchado, al menos de momento, pero Mali continúa siendo extremadamente frágil. Ahora mismo es una de las diez naciones más pobres del mundo, a pesar de ser la tercera productora de oro en África —por detrás de Sudáfrica y Ghana—. No hay un ejemplo más claro y miserable de país bajo la maldición de una única materia prima. Un informe reciente de Human Rights Watch describe a los lugareños trabajando en condiciones primitivas y peligrosas, cavando hoyos con picos para excavar oro. Cavan pozos de hasta sesenta metros de profundidad, a menudo bajando a niños para extraer lo que quiera que encuentren. El uranio se utiliza frecuentemente para separar los distintos metales de la mina, sin ninguna protección. Estas minas, llamadas artesanales, producen unos ingresos de un par de dólares al día para los adultos y aproximadamente cincuenta centavos para los niños, algunos de solo seis años. Cualquier polvo de oro o pepita que encuentren debe entregarse a los intermediarios, para finalmente acabar en alguna tienda de diseño de joyas en Manhattan o Zúrich. Más de la mitad de la población vive por debajo del umbral de pobreza reconocido por la ONU de un dólar con veinticinco centavos al día. Sin embargo, esa misma materia prima, el oro, fue ocho siglos antes el corazón de la riqueza y del poder imperial del país. Muchas sociedades africanas han caído víctimas de la maldición de sus materias primas, desde la conquista del antiguo Egipto por Roma gracias a su grano, al Congo de Mobutu y los cleptócratas del siglo XX (véase capítulo X).

Ocho siglos después de su muerte, Mansa Musa empieza a ser reconocido por su ostentosa riqueza y poder, además de por el mecenazgo de una importante cultura. Constantemente aparece en lo más alto de las listas de los hombres más ricos de todos los tiempos. El nombre de Mansa Musa puede que sea recordado de la misma forma que Cosme de Médici es sinónimo de gran conocimiento y arte en la Florencia del renacimiento (véase capítulo IV). Sin embargo, su historia apenas es conocida y contada. Su legado continúa todavía en los primeros estadios de ser descubierto y apreciado. Él fue el máximo exponente de hombre heredero de una fortuna, sin tener que hacer nada para ganar sus riquezas, salvo observar y esperar a que los ingresos procedentes del oro llegaran a sus manos. No obstante, fue también un hombre piadoso y culto, que creó universidades y promocionó el desarrollo de sus vastos dominios. Su patrocinio podría ser similar, si no exceder, al de cualquiera de los supermillonarios a lo largo de la historia.

[1] E. W. Bovill, *The Golden Trade of the Moors*, p. 87

[2] P. L. Bernstein, *The Power of Gold*, p. 8.

[3]*Ibidem*, p.42.

[4] T.F. Garrard, *African Gold*, p.33.

[5] A. J. Boye and J. O. Hunwick, *The Hidden Treasures of Timbuktu*, p. 45.

[6]*Ibidem*, p. 50.

[7] J.O. Hunwick, «The Mid-fourteenth Century Capital of Mali», p. 197.

[8] T. F. Garrard, *African Gold*, p. 34.

[9] C. Crossen, *The Rich and How They Got That Way*, p. 57.

[10] Fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1988, junto con la Gran Mezquita de Djenne. Todavía hoy sigue en pie, aunque quedó seriamente dañada por combatientes islamistas en 2012.

[11] A. J. Boye and J. O. Hunwick, *The Hidden Treasures of Timbuktu*, p. 33.

[12] J. F. A. de Ajayi and M. Crowder, *A History of West Africa*, p. 27.

[13] E.W. Bovill, *The Golden Trade of the Moors*, p. 90.

[14] B. D. Singleton, «African Bibliophiles», p. 3.

[15]*Ibidem*, p. 4.

[16] D. Chu and E. Skinner, *A Glorious Age in Africa*, p. 89.

[17] J. F. A. de Ajayi and M. Crowder, *A History of West Africa*, p. 32.

[18] Citado en C. Crossen, *The Rich and How They Got That Way*, p. 52.

[19] Véase P. R. McNaughton, «Malian Antiquities and Contemporary Desire», pp. 22-8.

IV. COSME DE MÉDICI. ARTE, DINERO Y CONCIENCIA

> «¿Qué bien puede hacer tener tu patrimonio inmovilizado en el banco? Es una forma bastante patética de emplear tu dinero».
>
> TED TURNER

Era un apasionado de su profesión: «Incluso si el dinero pudiera hacerse agitando un bastón de mando, seguiría siendo banquero», [1] declaraba Cosme de Médici, rey sin corona de la República florentina y acreedor del papa.

En 1397, Giovanni di Bicci de Médici fundó el banco Médici en Florencia. Casi un siglo después, en 1494, el banco se desplomó, pero a pesar de ello se había establecido una dinastía que proporcionaría una sucesión de pontífices y miembros de la realeza. Los banqueros habían alcanzado el pináculo de la respetabilidad. Cosme, el más exitoso financiero de la familia, conocía cada norma vigente... y cómo sortearla. Este hombre, que hizo su dinero a través de monopolios, cárteles y tratos ilícitos, estaba en el centro de una red que se extendía por toda Europa.

Curiosamente, hoy en día no es recordado por eso, sino por ser una de las grandes figuras de la historia del arte, un mecenas del Renacimiento. Durante prácticamente más de la mitad del siglo XV gobernó en Florencia, a pesar de ostentar pocos cargos oficiales. El soborno era el método elegido para construir sus negocios y preservar su monopolio del mercado. A pesar de haber estado encarcelado al principio de su carrera, cuando varias facciones rivales se conjuraron para eliminar su amenaza, se aseguró de tener amigos en los lugares adecuados que pudieran salvarle.

La historia de Cosme de Médici —o Cosme el Viejo, tal y como ahora se le conoce— es una historia de dinero y conciencia. Levantó

el negocio de su padre, convirtiéndolo en un imperio bancario a través de la usura, un pecado ante Dios. ¿Y qué organización fue la principal beneficiaria de sus préstamos? Nada menos que el papado. Siguiendo una jugada contable maestra, que enorgullecería a los modernos supermillonarios, sus libros de cuentas eran llevados de forma diferente, aprovechando las lagunas legales para librarse de las acusaciones de usura. Y sin embargo, a medida que se aproximaba al final de su vida, Cosme comenzó a angustiarse por sus prácticas del pasado. Temía que Dios pudiera ver más allá de sus negocios, aunque tal vez le perdonase si dedicaba su patrimonio a causas más elevadas.

Cosme consagró gran parte de la fortuna familiar en crear una nueva Florencia. Construyó palacios e iglesias, fundando una de las mayores bibliotecas en Europa y encargando la traducción al latín de las obras completas de Platón. Patrocinó a artistas como Donatello o Fray Angélico. Fue uno de los padres fundadores del movimiento humanista que se convertiría en piedra angular de la vida italiana. A su muerte, se había ganado el título de *pater patriae*, padre de la patria.

Sentó ejemplo para futuras generaciones, desde los magnates americanos que prestaron su nombre a museos y fundaciones benéficas, hasta los gigantes de las finanzas y la tecnología del siglo XXI. Lo de menos es cómo ganaba su dinero, siempre que una buena parte de él acabara siendo utilizada más tarde para buenos fines. El patrocinio de los Médici —nacido en gran parte por temor al castigo divino— ayudó a lavar su reputación para la posteridad.

$ $ $

La Italia del siglo XIV era una masa fracturada de principados y repúblicas desgarrada por las guerras y la peste. Cada una de las

ciudades principales tenía su propio gobierno y constitución, trabando y rompiendo alianzas con otros a capricho. En el corazón de esa turbulencia estaba la rivalidad entre el Sacro Imperio Romano del norte y los Estados Papales del sur, ambos proclamando ser los líderes morales del mundo cristiano. En las zonas rurales, los derechos feudales de los nobles de la vieja escuela dependían de su reconocimiento por el imperio, mientras que en las ciudades, una emergente clase urbana respaldaba al papa. Las políticas de los estados italianos fluctuaban continuamente, a medida que las facciones se multiplicaban, las ciudades declaraban su independencia o se fraguaban golpes de estado.

En el corazón de estas luchas intestinas estaba la República de Florencia. Más de la mitad de su población había muerto por la plaga de la peste bubónica en 1348. En total, un tercio de la población de Europa había desaparecido. La política de la ciudad era un constante torbellino. La clase mercantil, que había ido usurpando gradualmente el poder a los nobles, se encontró de pronto en el lado equivocado de la rebelión. En junio de 1378, los comerciantes de lana de la ciudad atacaron los edificios oficiales, apoderándose del gobierno durante un breve período y exigiendo mayores derechos en favor de los pobres trabajadores que no estaban representados por ninguno de los gremios de la ciudad. La Rebelión de los Ciompi —el nombre deriva de los zuecos que los amotinados calzaban en los batanes— fue rechazada un par de meses después de que los gremios, liderados por los carniceros, cerraran filas. Sin embargo, la insurrección había golpeado al orden establecido, influyendo en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo.

Los Médici estaban en serios problemas. Habían hecho la elección equivocada al apoyar la revuelta. Como castigo, todas las ramas de la familia fueron exiliadas, con una excepción: Averardo de Médici. Fue su hijo, Giovanni di Bicci de Médici, quien fundó el banco que lleva su nombre; su nieto era Cosme de Médici. El árbol genealógico

familiar puede retrotraerse hasta principios del siglo XIII, ascendiendo gradualmente en la escala social a través del comercio de lana. A lo largo de los siguientes cinco siglos, los Médici se convertirían en una de las grandes familias de Europa, dando cuatro papas y una dinastía que se vería culminada con un ducado hereditario.

El primer Médici de cierta prominencia fue Giovanni. Su ascenso fue lento y cauteloso. Había comprendido, a raíz del episodio de Ciompi, de las guerras y luchas civiles y de la precariedad de la riqueza, que la mejor —quizás la única— forma de triunfar, era mantenerse en un segundo plano. Los ricos mercaderes eran de cuando en cuando requeridos para participar en el gobierno, pero cada vez que su nombre se barajaba, Giovanni prefería aceptar pagar una multa antes que servir a la república. En su lecho de muerte, advirtió a sus hijos: «Con respecto a los asuntos de estado, si queréis vivir sin sobresaltos, aceptar solo la porción de las leyes que vuestros compatriotas crean adecuado ofreceros, así escaparéis del peligro como de la envidia; porque no es lo que se le da a un individuo, sino lo que este está decidido a poseer, lo que ocasiona el odio». Y añadió: «Que no parezca que dais consejo, mostrad discretamente vuestras opiniones en la conversación. Tened cuidado al asistir al Palazzo della Signoria; esperad a ser llamados, y cuando os requieran, haced lo que se os pida y nunca mostréis orgullo si recibís un montón de votos».

Y concluyó con su consejo más importante: «Evitad los pleitos y la controversia política, y manteneos siempre lejos del ojo público». [2]

La de Giovanni no es la típica historia de pobre convertido en rico, pero tampoco era un hombre acaudalado; él y sus hermanos compartieron una pequeña herencia de 800 florines a la muerte de su madre.[3] La familia Médici había estado involucrada en el comercio y la banca, pero no eran los líderes del mercado. Los bancos Bardi y Peruzzi habían construido grandes fortunas, solo para

caer espectacularmente en 1340 gracias, en buena parte, al rey Eduardo III de Inglaterra, que se negó a pagar sus deudas. Ese colapso proporcionó una oportunidad que los Médici se apresuraron a aprovechar. El primo más acaudalado empleó a Giovanni y a su hermano en su banco. En 1385 Giovanni utilizó el dinero de la dote de su esposa para establecerse a la cabeza del banco en Roma. Cuando el primo se retiró en 1393, Giovanni compró el banco; había identificado a un cliente que proporcionaría una infinita fuente de ingresos y, si jugaba correctamente sus cartas, también cobertura política: la Iglesia.

El hijo de Giovanni, Cosme di Giovanni de Médici, nació el 27 de septiembre de 1389, el día en el que se conmemoran los primeros mártires cristianos, Cosme y Damián, santos patrones de los médicos —posteriormente Cosme los haría retratar en varias pinturas de encargo—.[4] Él y su hermano gemelo fueron llamados como los santos, pero Damiano murió al nacer. La muerte significaba enfrentarse al juicio eterno, y Cosme siempre estuvo preocupado por las circunstancias de sus comienzos. Él y su hermano más joven, Lorenzo, recibieron su primera educación en el monasterio de Santa María de Los Ángeles. No era una escuela al uso, pues estaba consagrada al estudio de los redescubiertos textos del mundo clásico. Además, aprendió alemán, francés y latín, recibiendo nociones de hebreo, griego y árabe. Los dos chicos fueron puestos bajo la supervisión de Roberto de Rossi, quien les introdujo en el conocimiento de sabios humanistas como Poggio Bracciolini, Leonardo Bruni y Niccolò de Niccoli. Ellos infundieron en Cosme la pasión por el mundo clásico precristiano, por la resurrección del lenguaje, los conocimientos y el arte de los antiguos griegos y romanos. Pero su padre tenía otras prioridades y, en consecuencia, le envió como aprendiz a la firma familiar, donde desarrolló una aptitud instintiva para los negocios.

Estas dos facetas de la educación de Cosme conformaron al hombre en que se convirtió. Una generación más tarde, en su *Historia de Florencia*, un admirado Maquiavelo escribió: «Era de mediana estatura, tez morena, y aspecto venerable; no muy instruido pero notablemente elocuente, dotado de una gran capacidad natural, generoso con sus amigos, atento con los pobres, comprensivo en sus conversaciones, cauto en el consejo, y en sus discursos y réplicas grave e ingenioso».[5]

Cosme tenía ocho años cuando la Banca Médici se estableció. Como hijo mayor, estaba siendo tutelado por su padre para asumir el mando. Incluso en los asuntos personales de la familia, Giovanni poseía gran astucia a la hora de identificar oportunidades de negocio. A principios de 1416, Cosme, ahora de veintisiete años de edad, fue requerido para casarse con la sobrina del socio de su padre en el banco, Contessina de Bardi. Para los Bardi, cuyas finanzas y posición habían sufrido serios contratiempos, era un buen acuerdo. Para los Médici, suponía subir un peldaño. Cosme no protestó; adoptó el mismo talante transaccional en sus esponsales que las dos familias. Era un matrimonio concertado, o más bien estratégico. Ese tipo de arreglos eran habituales en su tiempo. Ella era una Bardi y él un Médici. Ellos se asegurarían de que funcionara.

La dote que Contessina aportó al matrimonio no fue demasiado grande, si bien incluía el Palazzo Bardi, el palacio familiar. Ella era una joven un tanto rechoncha, gran amante del queso, quisquillosa y alegre. Tenía prohibido el acceso al despacho de su esposo, algo bastante frecuente en aquella época, y aceptaba sus largas ausencias sin grandes aspavientos. En cuanto a su relación, Cosme era amable con ella, pero raramente se molestó en escribirla mientras estaba fuera. Contessina le dio dos hijos, Piero «el Gotoso» y Giovanni. Cosme tuvo un tercer hijo con una mujer esclava, concebido durante un viaje de negocios a Roma. Su agente en la ciudad había recibido el encargo de procurarle una esclava y, para su

orgullo, le encontró una de quien se decía «era virgen, libre de enfermedades y de veintiún años cumplidos». Su hijo, Carlo, que tenía marcados rasgos circasianos, fue criado al igual que los otros chicos en la casa familiar. Cosme educó a sus tres hijos para distintas profesiones. Piero, el mayor, sería preparado para el gobierno; Giovanni, el favorito, sería destinado al banco; y Carlo, el ilegítimo, entraría en la Iglesia como prelado tan pronto como alcanzara la edad necesaria.

Una de las muchas curiosidades de la moral de aquella época era que la posesión y fecundación de esclavos se veía como plenamente respetable, mientras que la actividad cotidiana del banquero no. Cosme no se preocupaba demasiado por esas cuestiones —al menos, no entonces— y el proceso de levantar el banco continuó adelante. Su padre le había designado como administrador permanente en la filial de Roma, aquella con acceso directo a la Iglesia y, por añadidura, la mayor fuente de ingresos de todo el negocio.

Pero los Médici eran tan mercaderes como banqueros. Utilizando una creciente red de agentes por toda Europa, compraban y vendían bienes para clientes ricos: tapices, colgaduras, paneles pintados, lámparas de araña, libros manuscritos, objetos de plata, joyas o esclavos. A veces especulaban, comprando cargamentos de alumbre —para el negocio textil—, lana, especias, almendras o sedas, trasportándolas del sur al norte de Europa y vendiéndolas por un margen.

En la banca, empleaban esas mismas reglas de arbitraje, jugando con los diferentes tipos de cambio de las monedas, explotando el tiempo que se tardaba en viajar de un centro financiero a otro. Los métodos que apuntalaban las finanzas internacionales estaban bien asentados: registros contables —un procedimiento contable que recoge tanto deudas como créditos—, letras de cambio —una orden escrita comprometiendo a las partes a un valor de transacción fijado

en un momento concreto del futuro—, cartas de crédito, o cuentas de ahorros. Para cuando Giovanni se retiró en 1420, su banco tenía filiales en Venecia y Génova, así como en Florencia y Roma. Bajo su liderazgo, el negocio familiar había ido creciendo paulatinamente. Su inversión inicial había sido de 5.500 florines de oro; mientras sus dos socios aportaron 4.500. A lo largo de los siguientes veintitrés años, el banco obtendría unos beneficios de más de 150.000 florines, de los cuales Giovanni se llevaba tres cuartas partes —un reembolso veinte veces mayor a su inversión inicial.[6]

A la muerte de Giovanni en 1429, solo había un posible sucesor. Cosme tenía por entonces cuarenta años y era una figura muy conocida en la vida pública de Florencia y más allá de sus fronteras. Aunque ponía cuidado en rodearse de la gente adecuada, era mucho menos circunspecto de lo que lo había sido su padre. A este respecto Maquiavelo hizo la siguiente observación:

> Cosme de Médici, tras la muerte de Giovanni, se comprometió más intensamente en los asuntos públicos, conduciéndose con más celo y audacia respecto a sus amigos de lo que lo había hecho su padre, de forma que aquellos que se habían regocijado con la muerte de Giovanni creyendo que su hijo sería más fácil de dominar, comprendieron que no tenían motivos para sentirse exultantes. Cosme fue uno de los hombres más prudentes; grave y atento en su comportamiento, extremadamente liberal y humano. Nunca intentó nada contra los partidos, ni contra los gobernantes, sino que era generoso con todos; y con esa absoluta grandeza de disposición, hizo partidarios entre todas las filas de ciudadanos. Este modo de proceder incrementó las dificultades de aquellos que estaban en el gobierno.[7]

Si bien Giovanni había dejado unos cimientos sólidos, fue Cosme quien levantó el asombroso edificio de poder de los Médici y su legado. Había heredado de su padre la aguda percepción de la precariedad de su profesión. Infundía crueldad, alimentada por una viciosa ansia de poder. Usando su dinero e influencias, manipuló a los políticos florentinos sin asumir formalmente ningún cargo. Este

supuesto menosprecio era una táctica porque, detrás de las bambalinas, era él quien tiraba de los hilos.

Incluso antes de hacerse con el banco, la ambición de Cosme había llamado la atención de las familias rivales. Alineadas contra el creciente poder del «nuevo dinero» de los Médici se encontraban las antiguas familias, lideradas por Reinaldo de Albizzi. Estas familias, que veían en Cosme una amenaza a su vigente poder, estaban furiosas por un nuevo sistema de impuestos establecido en 1427, del que culpaban a su padre. Cosme puso gran cuidado en respetar los cánones sociales, pero tal y como sugiere el escritor humanista Vespasiano da Bisticci, su comportamiento diplomático era solo una fachada. «Era un hombre acelerado: grave en temperamento, propenso a asociarse con hombres de alta posición enemigos de la frivolidad, y contrario a todos los bufones, actores y los que malgastaban su tiempo». Y añade: «A sus veinticinco años se había granjeado una gran reputación en la ciudad y, como se notaba que ansiaba ocupar una alta posición, existía una fuerte corriente contra él».[8]

Florencia era una de las cinco ciudades más grandes de Europa, con una población de casi cien mil habitantes. Su prestigio y ambición no siempre iban a la par con su rigor económico. El dinero en efectivo solía escasear con frecuencia debido principalmente a las numerosas guerras en las que las ciudades-estado se enzarzaban. La última escaramuza había sido con Milán. Albizzi y sus aliados trataron de recuperar el apoyo popular declarando la guerra a la ciudad de Lucca, por cometer la temeridad de apoyar a Milán. Cosme tenía sus dudas sobre la decisión, pero temeroso de verse superado tácticamente, guardó sus recelos para sí mismo y se unió al Comité de los Diez responsable de dirigir la guerra. La campaña fue un desastre: Milán pagó al formidable *condottiero*, el líder mercenario Francesco Sforza, para proteger Lucca. Después de atacar la ciudad durante días sin el menor resultado, Florencia tuvo

que pagar también a Sforza un enorme soborno de 50.000 florines para que se marchara. Cosme quedó impresionado por ese innecesario dispendio.[9] Incluso con Sforza fuera del escenario, el ejército florentino, comandado por Albizzi, fracasó en su asedio. Cosme renunció al Comité de los Diez y se marchó a Verona, permitiendo que Albizzi difundiera su descontento hacia él por su falta de patriotismo.

Hacia 1433, la tensión entre las facciones gobernantes alcanzó su punto álgido. En mayo, la puerta del palacio de Cosme apareció embadurnada de sangre. Comprendiendo el intencionado mensaje, empezó a salvaguardar su patrimonio. Se retiró a una pequeña fortaleza medieval reformada, la Villa il Trebbio, a las afueras de la ciudad, y transfirió en secreto enormes sumas de dinero fuera de Florencia, a las filiales del banco de Roma y Venecia, así como a varios monasterios que voluntariamente se habían ofrecido como lugares seguros.

Albizzi reaccionó rápidamente contra él, valiéndose de un intrincado sistema político para planificar el golpe. Aunque el soborno, la corrupción, la intimidación y la violencia, se utilizaban habitualmente para asegurar el poder, los florentinos se sentían especialmente orgullosos de su sistema republicano de elecciones, considerándolo como garante de libertad en contraste con las diferentes tiranías de los estados periféricos. El sistema funcionaba así: ocho miembros de la grandeza y de los comerciantes representando a los distintos barrios y gremios de la ciudad eran escogidos —sus nombres extraídos de ocho bolsas de cuero llamadas *borse* que se custodiaban en la sacristía de la Iglesia de la Santa Cruz— para convertirse en priores, o *priori*. Estos eran requeridos para abandonar sus casas y encerrarse en el Palazzo dei Priori —hoy en día Palazzo Vecchio—, un gran edificio con una torre vigía. Se les pagaba un modesto salario para cubrir sus gastos teniendo siempre a su disposición una gran plantilla de criados con

librea verde, así como *buffone*, que les amenizaban con divertidas historias cantando para ellos durante las comidas.[10] Al grupo se unía un hombre más, de un gremio de mayor categoría, que se convertía en el *gonfaloniere della giustizia*, la cabeza del gobierno. Los nueve hombres componían la *signoria*, o consejo local. En teoría se trataba de una administración colectiva, con un sistema de controles y cuentas y una contabilidad a prueba de cualquier análisis constitucional. Si no lograban llegar a un acuerdo, o si precisaban un mayor apoyo, convocaban a un *parlamento* más grande en el exterior, en la Piazza della Signoria.

Sin embargo la realidad era mucho más oscura. Quienquiera que dirigiera el espectáculo, tenía el control no solo sobre la política sino también sobre los intereses económicos de Florencia. Era imprescindible hacer que tu propia gente participara en la *signoria*. Albizzi se aseguró de conseguirlo; siete de los nueve miembros del gobierno eran partidarios suyos.

En septiembre de 1433, Albizzi y el gobierno florentino llamaron a Cosme para que regresara a Florencia y se presentara ante la *signoria*. Desoyendo el consejo de sus amigos, este accedió. A su llegada al Palazzo dei Priori fue rápidamente encarcelado en una pequeña y húmeda estancia a media altura de la torre con solo una pequeña abertura como ventana que daba al otro lado de la ciudad, hacia el río Arno. Fue acusado de «intentar elevarse por encima del rango de un ciudadano común».[11] Esta era una de las acusaciones más graves que podían hacerse en la ciudad. Sin embargo, el ultraje había sido bien orquestado, puesto que todos los más altos financieros de la ciudad estaban haciendo lo mismo. De cuando en cuando, sin embargo, el resentimiento de la población hacia los ricos podía ser despertado para un propósito concreto. Cada pequeño resquicio de evidencia fue utilizado contra Médici. El *palazzo* que se estaba construyendo para él, al final de la Via Largo, fue citado

como prueba de sus desmesuradas ambiciones. Se veía como demasiado ostentoso, un signo de peligroso autoengrandecimiento.

El ascenso de Cosme a la notoriedad había inquietado a más de una o dos familias. Estaba alterando el orden establecido. Maquiavelo destaca cómo Albizzi se quejaba porque Cosme «en solitario, y gracias a la popularidad adquirida con su enorme riqueza, los mantenía deprimidos; habiéndose hecho tan poderoso que, si nadie lo impedía, muy pronto se convertiría en príncipe».[12] Los empresarios se vieron obligados a tomar partido. Niccoló da Uzzano, un hombre de estado, mayor e influyente, se prodigó en elogios hacia él:

> Los actos de Cosme que nos llevan a sospechar de él son: el prestar dinero indiscriminadamente y no solo a personas privadas, sino a entes públicos; y no solo a los florentinos, sino también a los *condottieri*, los soldados de fortuna. Además, asiste a cualquier ciudadano que requiera su magistral ayuda; y, con los intereses universales que posee sobre la ciudad, asciende primero a un amigo y luego a otro, a los más altos grados del honor. Por tanto, para aducir nuestras razones de expulsarle deberíamos decir que es amable, generoso, liberal y estimado por todos. [13]

Albizzi presionó con fuerza para conseguir que se dictara una sentencia de muerte, pero los normalmente dóciles miembros de la *signoria* se negaron a llegar tan lejos. Querían mantener sus opciones abiertas; muchos estaban en deuda con Cosme. Sin duda el destierro sería suficiente. La decisión se debatió durante días, con un cada vez más frustrado Albizzi convocando a un *parlamento* de ciudadanos de Florencia, y asegurándose que los partidarios de los Médici fueran excluidos. Desde el interior de su húmeda celda, conocida irónicamente como el *Alberghetto*, pequeña posada, Cosme trataba de discernir su destino. Se negó a comer o beber, temiendo que la comida estuviera envenenada, hasta que su carcelero, Federigo Malavolti, se apresuró a tranquilizarlo:

> Cosme, temes ser envenenado, y sin duda apresuras tu final pasando hambre. Me juzgas mal si crees que yo formaría parte de un acto tan atroz. No puedo imaginar tu vida en semejante peligro, pues tienes muchos amigos tanto dentro del palacio como fuera; pero si finalmente perdieras, puedes estar seguro que ellos utilizarían otro medio diferente a mí para ese propósito, pues nunca me mancharía las manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya, que nunca me has perjudicado; así pues anímate, toma algún alimento, y conserva la vida para tus amigos y tu país. Y para que puedas hacerlo con más seguridad, yo compartiré las comidas contigo.[14]

Malavolti llevó a un artista llamado Il Farnagaccio para calmar los nervios del prisionero; el payaso era un viejo conocido de Cosme y también amigo del *gonfaloniere*. Con su carcelero oportunamente ausente, Cosme tendió al artista un pliego de papel con el encargo de acercarse al nuevo Hospital de Santa María, donde el director le daría mil cien ducados venecianos, de los que podría quedarse con un centenar como pago, y el resto debía entrárselos al *gonfaloniere* como soborno.

Mientras el *parlamento* debatía, Cosme recibió la noticia de que sus aliados estaban reuniendo apoyos. Niccolò da Tolentino, capitán de la Comuna, se acercó con su ejército de mercenarios a diez kilómetros de los muros de la ciudad, a la vez que los campesinos locales se alzaban en armas para apoyar al hermano de Cosme, Lorenzo. La República veneciana, que dependía de la filial local de la Banca Médici para financiar sus extensos intereses comerciales, había enviado una delegación de embajadores para asegurar la liberación de Cosme. Incluso el papa Eugenio IV en persona había dado orden de intervenir en su defensa.

El tiempo se estaba agotando. Decidido a conseguir una sentencia de muerte, Albizzi arrestó a los aliados de Cosme e hizo que dos de ellos fueran torturados por el verdugo de la ciudad. Finalmente, el poeta humanista Niccolò Tinucci firmó una confesión, declarando que Cosme había intentado fomentar una revolución con la ayuda de tropas extranjeras. Esta era la prueba indiscutible que

Albizzi necesitaba; pero para entonces los miembros de la *signoria*, así como el *gonfaloniere*, habían sido sobornados con éxito.

Cosme y el resto de la familia Médici fueron exiliados a Padua durante diez años, con la prohibición de ostentar ningún cargo público en Florencia de por vida. El 5 de octubre de 1433, Cosme fue escoltado bajo custodia de guardias armados a través del alto paso de montaña de la frontera noroeste del territorio de la República hacia el exilio. Gracias a los sobornos y a una extensa red de influyentes contactos, Cosme de Médici había escapado de la muerte.

Desde el exilio, primero durante un breve período en Padua y luego en Venecia, Cosme siguió el desarrollo de los acontecimientos en Florencia, que ahora se debatía para pagar las enormes deudas sin la ayuda del dinero de los Médici. Sus informadores le habían explicado que la ciudad no conseguía encontrar otro banquero que pudiera suministrar al gobierno «algo más que un mísero pistacho». [15] Esta era, como recoge Vespasiano, una oportunidad de oro: «Su patrimonio eran tan formidable que fue capaz de enviar a Roma el suficiente dinero para restablecer su posición. De hecho, su crédito aumentó enormemente por todas partes, y en Roma muchos de los que habían retirado su dinero, volvieron a meterlo en su banco».[16] Seis meses después de su exilio, con el tesoro de la ciudad vacío y tras la derrota del ejército florentino a manos de los mercenarios milaneses, los partidarios de Médici ocuparon cada uno de los asientos de la *signoria,* así como el cargo de *gonfaloniere*. En menos de un mes, mientras Albizzi estaba ausente de Florencia por negocios, la *signoria* envió recado a Venecia, urgiendo a Cosme para que regresara.

Albizzi fue convocado para presentarse en el Palazzo dei Priori, pero ignoró la llamada, huyendo a las afueras de la ciudad y preparándose para la batalla. El derramamiento de sangre fue evitado únicamente gracias a la intervención del papa Eugenio,

quien convenció a Albizzi para renunciar a la resistencia a cambio de un confortable exilio. Al día siguiente, el Parlamento votó para revocar el destierro del «tesorero» de la ciudad. Maquiavelo describe la triunfal entrada de Médici en Florencia con efusivas alabanzas: «Pocas veces ha ocurrido que un ciudadano, al regresar a casa triunfante tras su victoria, sea recibido por tan vasto concurso de gentes o con tales incalificables demostraciones de respeto como él tuvo a su regreso del destierro; pues por consenso universal fue aclamado como benefactor del pueblo, y PADRE DE SU PATRIA». [17] Mientras Cosme se abría paso hacia su casa del Palazzo Bardi, menos de un año después de haber estado al borde de la ejecución, la muchedumbre se alineaba en las calles para vitorearle «con tal efusión que uno hubiera imaginado que fuera su príncipe».[18]

Las finanzas de la República estaban hechas trizas. Cosme dio orden a su banco para prestar su ayuda al tesoro, a pesar de sospechar que ni una fracción del capital, y mucho menos los intereses, serían reembolsados. Recompensó a aquellos que le habían ayudado a regresar y se aseguró de no volver a quedar expuesto por segunda vez a futuras amenazas. Había aprendido de su experiencia que si debía «gobernar con éxito, apenas debía parecer que gobernaba».[19]

No obstante, su rechazo público a aparecer en primera línea era un engaño. Desde detrás del escenario, los Médici gobernaban sin piedad. Se aseguró de que Albizzi y sus acólitos no volvieran a suponer una amenaza. Para este fin, podía contar con los endeudados —en ambos sentidos de la palabra— miembros de la *signoria* para cumplir sus órdenes. Todo aquel cercano a Albizzi fue exiliado; la condena a diez años fue repetidamente prorrogada para mantenerles lejos de su camino. Informadores a sueldo controlaban los actos de los enemigos en el exilio. Las familias fueron separadas. Una ley declaró ilegal escribir o recibir cartas de los exiliados Albizzi. Maquiavelo se hace eco del episodio:

> Cada palabra, signo o acción que supusiera una ofensa para el partido gobernante era castigado con el más estricto rigor; y si aún existía en Florencia alguna persona sospechosa a quien esas regulaciones no alcanzaran, era oprimida con todo tipo de impuestos concebidos para la ocasión. De este modo, en poco tiempo, habiendo desterrado o empobrecido a sus posibles adversarios, se establecieron firmemente en el gobierno. Para no verse desposeídos de ayuda externa, y a la vez privar a aquellos que pudieran alzarse contra su causa, crearon una liga, ofensiva y defensiva, con el papa, los venecianos y el duque de Milán.[20]

Los tributos eran una importante arma política. Un nuevo impuesto de propiedades, el *catasto*, había sido introducido en 1427. En parte libro de registros y en parte tasa municipal, fue el primer método efectivo de recopilar datos y recaudar ingresos. La medida —igual que sucede en el caso de la moderna Italia con todos sus impuestos—fue profundamente impopular. Cosme decidió dar ejemplo apoyando el tributo, a pesar de despreciarlo, haciendo saber que, movido por intereses patrióticos, se había convertido en el mayor contribuyente de impuestos de Florencia. Sin embargo, la cantidad que realmente abonaba era mucho menor de la que debía haber pagado. Utilizando una argucia consagrada a través del tiempo, llevaba una contabilidad paralela que exageraba las deudas de dudoso cobro. Su pasivo estaba calculado sobre una declaración de ingresos muy disminuida: eficacia fiscal o minimización del impuesto. Dos métodos muy apreciados por los ricos contemporáneos.

Cosme utilizó su influencia en el aparato administrativo para arruinar a cualquiera que se enfrentara a él, asegurándose que el valor de su patrimonio fuera enormemente sobrestimado. Los agentes de impuestos no eran precisamente conocidos por su imparcialidad a la hora de calcular los pagos pendientes de los críticos con el régimen.[21] Además, compraban las propiedades de hombres desterrados por la República a precio de ganga. Una costumbre que ha llegado hasta nuestros días. Los gobiernos a lo

largo de los siglos XX y XXI se han servido de la administración tributaria para señalar a sus oponentes políticos, una acusación utilizada por regímenes como la dictadura militar de Chile bajo Augusto Pinochet o el izquierdista gobierno de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina. Sin embargo, nadie ha sido más adepto a utilizar el sistema para destrozar a sus enemigos como Vladimir Putin en la Rusia contemporánea. Ni nadie ha empleado jamás la propiedad como instrumento de extorsión y autoengrandecimiento con la crudeza de Craso.

La manipulación financiera era un arma de control mucho más efectiva que el crudo poder político o militar. Por si acaso, los Médici apartaron a toda la familia Bardi de sus extensas operaciones. No hay constancia alguna de si su mujer se opuso; pero debemos asumir que debió pensárselo mejor. Cosme prosperaba en la ambigua y creativa tensión de su posición. Cualquiera que quisiera abrirse camino en Florencia sabía adónde dirigirse. Se convirtió en una costumbre de todos los padres implorarle para que se convirtiera en el padrino de su primer hijo varón.

Tal y como recoge Vespasiano: «Cada vez que deseaba lograr algo, se aseguraba, a fin de evitar la envidia tanto como le fuera posible, que la iniciativa pareciera provenir de otros y no de él».[22] Maquiavelo confirma esta actitud:

> Aunque sus salones, al igual que sus otros trabajos y acciones, tenían un carácter regio, y solo él era un príncipe en Florencia, todo estaba tan atenuado por su prudencia, que nunca transgredió la decente moderación de la vida civil; en su conversación, sus siervos, sus viajes, su modo de vivir, y en las relaciones que entablaba, estaba siempre presente el modesto comportamiento del ciudadano; pues era consciente que la exhibición constante de pompa suscita más envidias hacia su poseedor que las grandes realidades nacidas sin ostentación.[23]

Ahí reside uno de los secretos de su perdurable éxito. Otro fue su modelo de negocio. El *modus operandi* del banco no era muy diferente a los métodos de hoy en día. De hecho, podía ser visto como un precursor. Los banqueros tomaban posición en el mercado de divisas; hacían apuestas a largo plazo en arriesgadas empresas, contrarrestadas por transacciones más estables. Se aseguraban que incluso si vulneraban la ley, tanto en la letra como en su espíritu, los amigos situados en altos cargos pudieran proporcionarles la cobertura legal o política.

Hasta mediados del siglo XVII, los términos «banquero» y «cambista» eran intercambiables. Las letras de cambio permitían empréstitos a corto plazo prestando dinero de clientes en un país, para ser reembolsadas después de un tiempo en otro. Por ejemplo, la Banca Médici de Florencia accedía a prestar dinero a un mercader y, noventa días después, ese comerciante o su agente era requerido para reembolsar la suma al Banco Médici en, digamos, Londres. La fracción de tiempo reflejaba el promedio de jornadas requeridas para hacer el viaje. Entonces el banco especulaba con el tipo de cambio. Los Médici permanecían al corriente de las fluctuaciones de la moneda a través de los informes de sus corresponsales en las distintas ciudades europeas. La diferencia entre los distintos valores solía ser mayor en primavera, justo antes de que los barcos de mercancías zarparan, y cuando la demanda del crédito para financiar el comercio era más alta. Si los vientos del destino y del intercambio soplaban en tu dirección, era fácil hacer fortuna. Este sistema demostró ser espectacularmente lucrativo. Solo uno de los intercambios de Cosme terminó en pérdida.[24]

El comercio mercantil suponía solamente una modesta proporción en los beneficios del banco, pero representaba una importante forma de equilibrar el flujo de efectivo por toda Europa. La venta de bienes era normalmente acordada una vez que el comprador los había visto, de tal forma que un cargamento que viajara de Florencia a

Brujas podría no tener un determinado comprador al finalizar su traslado. El viaje en sí mismo podía ser arriesgado; los barcos podían naufragar, los piratas apoderarse de las mercancías. Los Médici extendieron su riesgo sobre una gran variedad de bienes y clientes, comerciando con seda, aceite de oliva, lana, cítricos y otros bienes de los que había una demanda constante.

En la Florencia del momento existían dos economías paralelas y dos divisas paralelas. Los pobres vivían para producir materias primas y servir a los ricos; más allá de eso, no intervenían en la economía, aunque la Revuelta Ciompi había proporcionado una saludable lección sobre lo acertado de mantener a los artesanos del lado de uno. El florín de oro existía para los ricos y la clase media; era la moneda de consumibles duraderos y objetos de lujo, desde tapices a vajillas de plata, libros manuscritos, joyas y compra de esclavos. Era la base de la contabilidad y del comercio interno y externo. El resto, zapateros, guarnicioneros, barberos y tejedores de lana, debían conformarse con el *picciolo*. Esta moneda, hecha de plata de baja calidad, perdía frecuentemente su valor. A lo largo de dos siglos su poder de adquisición contra el florín se depreció un 70 por ciento. Naturalmente, esa era la moneda con la que el banco de Médici elegía pagar a sus trabajadores, con tarifas por pieza en el negocio de la lana. Cuando los beneficios eran bajos, los fabricantes alentaban a la casa de la moneda para reducir el contenido de plata del *picciolo*, lo que significaba que mientras los sueldos aparentemente continuaban igual, el valor actual para los trabajadores caía.[25] Mientras que los trabajadores más pobres no tenían que hacer frente a los impuestos sobre sus ganancias, eran gravados por sus transacciones diarias más básicas. Cada vez que cruzaban las puertas de la ciudad, un recaudador estaba allí para recibirles, cobrándoles por sus cajas de pescado o por la harina del molino. Aquellos que ganaban menos, afrontaban las tasas más gravosas. Incluso para el caso de que pudieran adquirir dinero y

sucumbir a la tentación, había leyes diseñadas para prevenir a la clase más baja de comprar bienes de lujo. Leyes suntuarias habían sido dictadas desde la antigua Grecia, regulando, entre otras cosas, la ropa femenina, las prostitutas, los judíos, los musulmanes y otros herejes.

$ $ $

Sin embargo, la relación de negocios más importante de los Médici era con la Iglesia. Cada norma era diseñada para maximizar el mínimo aceptable y, al mismo tiempo, proteger al banco de la acusación de contravenir la voluntad de Dios. Cosme había aprendido esa práctica de su padre. Giovanni había entablado amistad con el sacerdote napolitano Baldassarre Cossa después de que este se convirtiera en cardenal en 1402. En mayo de 1410, con ayuda del banco, Cossa fue consagrado como el papa Juan XXIII, excepto que no era el pontífice. Tres hombres pujaban por el título. Cossa fue reconocido por Francia, Inglaterra, Prusia y parte del Santo Imperio Romano, además de Venecia y Florencia. Pero Roma lo consideró como el «Antipapa». El papa de Aviñón, Benedicto XIII, era el elegido por los reinos de Aragón, Castilla y Sicilia, mientras Gregorio XII fue favorecido por algunas zonas de habla germana. La normalmente precavida y reservada banca florentina volcó todo su poder detrás de Cossa, un antiguo pirata con un llamativo pasado. Era una sorprendente amistad y una apuesta arriesgada.

El Concilio de Constanza fue convocado por el emperador romano en 1430 para poner fin a esta división del poder papal; los tres aspirantes fueron invitados. Juan XXIII, que estaba refugiado en Florencia, se puso en marcha con su séquito. Un Cosme con apenas veinticinco años junto con la filial romana del banco de Médici le acompañaba. El hecho de que un joven banquero formara parte del

séquito de un hombre compitiendo por el papado no pareció llamar la atención de nadie.

Durante tres semanas, la adormecida ciudad de Constanza —en lo que ahora es el extremo sur de Alemania— se vio ocupada por los tres papas, diversos sacerdotes, obispos, teólogos, juristas, banqueros y más de un millar de prostitutas, hasta un número total de cien mil visitantes.[26] Cuando el Consejo resolvió que los tres papas debían abdicar y celebrarse una nueva elección, Juan XXIII se marchó muy disgustado a Friburgo, buscando refugio y exigiendo ser nombrado legado de Italia, con una pensión de 30.000 florines. Se le denegó el refugio. Más tarde sería arrestado y acusado de herejía, incesto, sodomía y fornicación con doscientas damas de Bolonia. Fue descrito como «adicto a la carne, la escoria del vicio, un espejo de infamia», y encarcelado.[27]

La filial romana del banco de Médici se adhirió inmediatamente al nuevo papa, Martín V, inclinándose donde residía el poder. Sin embargo, de puertas adentro, permanecieron fieles a Cossa, pagando un rescate —por medio de intermediarios— de 3.500 florines para liberarlo de la prisión en el castillo de Heidelberg. El banco aseguraba así que ambos lados de la disputa estuvieran en deuda con él. Como gesto de agradecimiento, Cossa donó el sagrado dedo de Juan el Bautista y su excepcional colección de joyas a los Médici, que, en contrapartida, persuadieron a Martín V para que perdonara a Cossa por sus pecados. De esa forma, los Médici sacaron provecho de su lealtad a uno de sus amigos, mientras surcaban con éxito las vueltas y revueltas de la sucesión papal.

Gran parte de la actividad del banco estaba centrada ahora en una ciudad: la filial de Roma llevó la tesorería del papa durante prácticamente todo el siglo xv, administrando las cuentas de la Iglesia y su comercio con tierras extranjeras, además de manejar sus ahorros y empréstitos. Durante gran parte de la historia del

banco, esos tratos supusieron más del 50 por ciento de sus beneficios.[28]

Y, sin embargo, la usura —la práctica de obtener beneficios de préstamos con altos intereses— era un pecado. Contravenía la admonición de San Lucas de «dar, sin esperar nada a cambio». Tal y como destacó un escritor: «En el Infierno de Dante, sodomitas y usureros son castigados en la tercera fosa del séptimo círculo donde una lluvia de fuego y cenizas cae por toda la eternidad en un antinatural paisaje de ardiente arena».[29] Y añade: «En la Introducción del *Decamerón* de Boccaccio, dos usureros se sienten aterrorizados porque a su moribundo huésped, un enorme e impenitente pecador, le sea negada la sagrada sepultura, y temen que a causa de su profesión, los lugareños quieran echarles del pueblo o incluso lincharles, en cuyo caso serían abandonados sin enterrar»[30]. El Concilio de la Iglesia de Letrán de 1179 había decretado que los usureros tenían vedada la cristiana sepultura; el Concilio General de la Iglesia en Lyon había confirmado esa resolución en 1274. La usura solo podría ser expiada a través de la completa restitución de lo que se había ganado de modo pecaminoso. Para evitar dudas: «Sus cuerpos debían ser enterrados en zanjas junto a los perros y el ganado», escribió fray Filippo degli Agazzari, un prior de Siena.[31]

Siendo así, ¿cómo consiguieron ambas partes sortear ese inconveniente? A través del ingenio y la flexibilidad ética llegaron a un arreglo que satisfacía las necesidades de todos.

Mientras la usura estaba prohibida, «los depósitos discrecionales» no lo estaban. Cuando el papa o un obispo ponía dinero en un banco, necesitaba una contraprestación a su inversión; sin embargo, una tasa fija de interés estaba prohibida. En su lugar, el banco, a su discreción, daba al depositario un «premio», que normalmente consistía entre el 8 por ciento y el 12 por ciento anual del depósito; no había ninguna obligación contractual por parte del banco de

hacerlo, de modo que el inversor no actuaba con la esperanza de obtener beneficios. La otra ventaja de este acuerdo era que el nombre del depositario permanecía en secreto, asegurando su privacidad en los asuntos financieros —un precedente de los bancos suizos o de los paraísos fiscales de los tiempos modernos—. Esas cuentas opacas protegerían los activos de los súbitos caprichos de la sucesión papal, a diferencia de las inversiones en bienes raíces.[32] Por otro lado, cuando la Iglesia solicitaba un préstamo, el banco no podía exigirle intereses. En su lugar, sobrecargaba a la Iglesia por bienes tales como joyas y sedas a fin de reclamar el dinero debido. Así todo el mundo quedaba contento, haciendo la vista gorda. Algunos miembros de la Iglesia se sentían incómodos con esa práctica —el arzobispo Antonino de Florencia la calificó de «usura mental»—, pero generalmente el temor a una excomunión pública conseguía acallar a los eclesiásticos como él. La mayoría se mostraban encantados de poder utilizar la deliberada ambigüedad del lenguaje para enmascarar esa práctica. Entre los poseedores de esas cuentas se incluían cardenales de alto rango, como el sobrino del papa Martín V.

La mecánica de las cuentas papales era compleja. Los recaudadores locales cobraban por las indulgencias —un certificado que podía comprarse, firmado por el Papa, y que exoneraba de los pecados garantizando el acceso al cielo—, así como por otros impuestos debidos a la Iglesia. Entonces entregaban sus recibos a la filial del banco Médici más cercana o subsidiarias. La filial transmitía el dinero a Roma escribiendo la suma recibida de los recaudadores papales al crédito del Banco Médici. Eso creaba numerosos problemas de efectivo, ya que Roma se anotaba todos los ingresos; muchas de las sucursales de toda Europa debían a Roma cuantiosas cantidades.[33] El transporte de dinero en efectivo a través de Europa era un negocio peligroso, pues te arriesgabas a ser asaltado en el camino. Variadas y complicadas técnicas eran utilizadas para

eludir ese problema. La expedición de bienes de lujo, tales como la seda, el arte o los objetos de plata desde el norte de Europa, así como la lana inglesa, suponía una alternativa muy popular. Prácticamente casi todos los bancos realizaban operaciones de comercio paralelas.

Por otra parte, la contabilidad papal presentaba otras ventajas para los Médici. Cosme tenía el poder de decidir quién contaba con su favor y quién no en la Iglesia, al igual que hacía con el resto de la vida pública. Sus agentes eran los encargados de recaudar los pagos de los nuevos obispos en compensación por los decretos de su nombramiento; si el dinero no era abonado, los Médici podían quejarse al papa y el obispo sería suspendido. La sanción espiritual era otra de las muchas armas para recaudar ingresos y ejercer su autoridad.

En 1438, la Iglesia presentó a Cosme su mayor oportunidad hasta el momento. La escisión entre las dos partes del antiguo imperio romano —Bizancio y Roma— había alcanzado su punto álgido en el siglo XIII durante la Cuarta Cruzada, cuando las tropas occidentales profanaron y destruyeron Constantinopla, violando y asesinando a su paso. Este acto sirvió de base para el Gran Cisma entre la iglesia de Oriente y Occidente. Dos siglos más tarde, un enemigo común, el islam, obligó a ambas facciones de la Iglesia a buscar algún tipo de reconciliación. Juan VIII Paleólogo, emperador bizantino y cabeza de la Iglesia ortodoxa de Constantinopla, recurrió al papa Eugenio IV para que protegiera a la cristiandad del avance del ejército musulmán de los otomanos a través de Turquía. Las dos iglesias accedieron a encontrarse en Ferrara para buscar una alianza. En abril de 1438, Juan llegó con una poderosa delegación de setecientos miembros. El coste de alojar a toda esa gente rápidamente superó a Eugenio. El papa estaba arruinado; entonces se volvió hacia el único hombre que podía concederle un préstamo —de unos 10.000 florines de oro de una sola vez—. Cosme se

mostró encantado de ayudarle, mientras permanecía sentado observando atentamente la situación desde Florencia.

Una terrible desgracia jugó oportunamente a su favor. La peste, un riesgo muy común en aquellos tiempos, se declaró en Ferrara. Cosme envió a su hermano Lorenzo con la propuesta de reubicar el concilio ecuménico en Florencia, asegurando que su ciudad pagaría 1.500 florines al mes para cubrir los costes mientras los huéspedes lo necesitaran. El prestigio y los beneficios políticos eran asombrosos. Cosme había calculado su generosidad hasta el último céntimo. La reunión en Florencia en 1439 marcaría el punto álgido de los beneficios del banco: aproximadamente se obtuvieron unos 14.400 florines derivados del comercio, más del doble de la media anual de beneficios de la sucursal de Roma en los doce años siguientes.[34]

Cosme abandonó su autoimpuesta vida en las sombras; el gran espectáculo resultó ser demasiado importante para que su ego pudiera resistirlo. No obstante, antes de la llegada del concilio, se aseguró de ser elegido *gonfaloniere* para así poder estar a la cabeza de la comitiva de la ciudad y recibir al papa y al emperador. Era política de alta alcurnia. Sin embargo, sus estudiados planes fracasaron parcialmente. En la ceremonia de recepción de las dos delegaciones, los cielos se abrieron en un diluvio vaciando las calles de la multitud congregada para darles la bienvenida y obligando a los participantes de la procesión a refugiarse en un palacio cercano.

En los seis meses que duró el gigantesco cónclave, Oriente cohabitó con Occidente en Florencia. La ciudad se llenó de gente de los más exóticos países: rusos, armenios, etíopes. Uno de los miembros más importantes del séquito de Juan VIII, fue el octogenario erudito griego Gemistos Pletón. Durante su estancia en Florencia, Pletón dio lecciones sobre Platón, que por aquel entonces no era muy conocido en Italia, a las que Cosme se aseguró de asistir. Las ideas expuestas por Pletón inspiraron a Médici a fundar

un círculo de humanistas, traductores y expertos que llegó a ser conocido como la Academia Platónica. En los años venideros, los sabios y expertos que huían de Constantinopla traerían consigo excepcionales manuscritos griegos sobre materias que iban desde la filosofía a la alquimia o la astrología, aumentando el estatus de Florencia como centro de aprendizaje y cultura.

El respaldo financiero de Cosme al concilio no fue solamente un astuto movimiento de banquero o de un consumado actor de la escena política; representó también el principio de su papel como uno de los grandes mecenas del arte y la cultura. Fue consciente del poder del mecenazgo, la atracción del arte y arquitectura, y su capacidad para asegurarle un lugar en la posteridad y, posiblemente, absolverle de sus pecados. Vespasiano recoge sus palabras: «Conozco los modos de Florencia; en menos de cincuenta años, nosotros, los Médici, seremos exiliados, pero mis obras permanecerán».[35] El intercambio cultural e intelectual que Cosme patrocinó durante el concilio propició el prematuro florecimiento del renacimiento —*rinascimento*— de antiguos conocimientos que tuvo lugar durante el siglo xv. Poetas y eruditos tales como Dante, Petrarca y Bocaccio ya habían preparado el terreno. Pero fue solo gracias al dinero de los Médici que se llevó a cabo la labor de localizar manuscritos que habían sido olvidados en monasterios de toda Europa y traerlos a Florencia.

Un siglo después de la Gran Plaga y con la ciudad habiendo dejado de tener guerras en todas sus fronteras, Florencia volvía a prosperar. Se produjo un auge en la construcción. Después de ciento cuarenta años edificándose, la basílica de Santa María de las Flores —el Duomo— fue consagrada en 1436. La cercana basílica de San Lorenzo, que se convirtió en la iglesia familiar de los Médici, fue reconstruida, aunque sus obras se vieron obstaculizadas durante años por desacuerdos arquitectónicos. Otras iglesias pequeñas

comenzaron a aflorar, patrocinadas por los Médici y otras familias acaudaladas.

La compulsiva competitividad de los superricos se hizo evidente por toda la ciudad; necesitaban mostrar los símbolos de su estatus. Más de un centenar de suntuosos palacios privados fueron erigidos. El potentado del comercio de lana Giovanni Paolo de Rucellai construyó su impresionante mansión en el centro de la ciudad. Muy cerca de esta, se hallaba el Palazzo Strozzi, hogar de la única familia que podía contarse como seria rival de los Médici. Palla Strozzi había sido una de las figuras destacadas que apoyó el breve exilio de Cosme y, por tanto, fue rápidamente desterrado. Su hijo, Filippo Strozzi, el joven, tras hacer su fortuna como banquero en Nápoles, buscó la reconciliación con los Médici y obtuvo el permiso para regresar a Florencia en 1462. Hizo lo que las familias como la suya hacían: comenzó a construir su residencia en señal del regreso de su dinastía. Sin embargo, no vivió lo suficiente como para verla estrenada, ya que, tras una nueva disputa, los Médici se la confiscaron. Al otro lado del río Arno se ubicaba un palacio construido por Luca Pitti, un banquero que se había alineado enteramente del lado de Cosme de Médici. El Palazzo Pitti se convirtió en hogar de algunos de los grandes duques de Florencia (incluyendo los Médici) y del primer rey de la unificada Italia en el siglo XIX.

Cosme deseaba que su mansión inspirara asombro y temor a partes iguales. Habiendo coqueteado anteriormente con la muerte, no quería ser acusado de ostentación. «Solía decir que en la mayoría de los jardines crecía alguna mala hierba que no debía ser regada sino dejada secar», escribió Vespasiano. «La mayoría de los hombres, sin embargo, la riegan en lugar de dejarla morir. Esa mala hierba era la peor de todas: la envidia, y son muy pocos, a excepción de los realmente sabios, los que no naufragan en ella»[36]. Los Médici rechazaron los primeros planos de Filippo

Brunelleschi. Una decisión que causó gran consternación. Brunelleschi era el arquitecto más famoso de la ciudad: la cúpula de la catedral, que aún hoy en día despierta admiración, lleva su sello. En su lugar, se fijaron en su leal amigo Michelozzo di Bartolomeo Michelozzi. Él, junto con el escultor Donatello, había acompañado a Médici en su exilio político.

Finalmente la construcción del edificio, que se convertiría en parte en hogar, en parte en embajada y en parte en centro económico, comenzó en 1444. Con su adusta mampostería, el exterior del Palazzo Médici transmite la intimidante sensación de una fortaleza urbana. Además, estaba abierto al público, siguiendo los términos fijados por su dueño. Dos arquerías permitían a los florentinos pasear por su patio interior, donde podían discutir sus asuntos de negocios o cívicos, y solicitar a los agentes presentes algún préstamo del banco. El mensaje era deliberado: el poder se había trasladado ahora desde el Palazzo dei Priori, donde se reunía la *signoria*, hasta más arriba de la calle, al palacio de los Médici. Las delegaciones extranjeras acudían directamente a ver a Cosme. Durante el concilio de las iglesias a finales de 1430, Médici comprendió que necesitaba ostentar el título oficial de *gonfaloniere* que le conferiría autoridad. Aunque en realidad no le hacía ninguna falta, pues Médici era quien estaba detrás de todo cuanto se hacía. Aeneas Silvius de Piccolomini, obispo de Siena y, más tarde, elegido como papa Pío II, destacó: «Los asuntos políticos se dirimen en su casa [de Cosme]. El hombre a quien elige ejerce el mando. Es él quien decide la paz y la guerra. Es un rey en todo salvo en el nombre».[37]

En abril de 1459, Cosme puso fin a los impedimentos para recibir a Galeazzo María Sforza, el hijo adolescente de su ahora amigo y aliado Francesco Sforza, el mercenario milanés. Era importante fomentar la reconciliación de las dos familias. El joven Sforza

devolvió el cumplido, deshaciéndose en alabanzas sobre el nuevo palacio, una casa de gran valor:

> No solo por la belleza de sus techos, la altura de los muros, el suave acabado de puertas y ventanas, el número de habitaciones y salones, la elegancia de los despachos, el valor de los libros, el orden y gracia de los jardines semejantes a un tapiz decorativo, los arcones de inestimable talla y valor, las nobles esculturas y diseños de infinitas clases, así como la costosa plata, son lo más esplendido que jamás haya visto.

Todo estaba pensado para impresionar. Cosme quería ser visto como un precursor, pero hasta cierto punto. Para el patio interior, había encargado a Donatello una escultura de bronce representando al David de la Biblia. Este sería el primer desnudo exento creado desde la época clásica, una expresión radical del renacimiento de la belleza humana. Bajo la estatua aparecía la siguiente inscripción: «El vencedor es quienquiera que defienda la patria. Dios aplasta la ira del más terrible enemigo. ¡Mirad! Un muchacho ha vencido a un gran tirano. ¡Conquistad, oh ciudadanos!».[38] Algunos la denunciarían como una exaltación de la homosexualidad. Pero lo más seguro es que en la mente de Médici estuviera ya el mensaje republicano que quería enviar: David contra Goliat. La república era el poder en la sombra, representando el triunfo de la justicia sobre la tiranía, defendiendo a los oprimidos contra una todopoderosa élite.

Mientras cualquier persona podía entrar en la planta baja, el acceso a una determinada habitación de la primera planta era un símbolo de éxito social y político. Puede que Cosme tuviera una visión ambivalente de la religión, pero conocía bien su valor. El acceso a su capilla privada, su pequeño reducto de adoración con apenas diez asientos disponibles para la misa privada, era un honor solo al alcance de un selecto grupo. Los invitados podían maravillarse con los relieves del artesonado de madera adornados

con pan de oro y el pavimento cubierto por un mosaico de mármol. El retablo del altar representando a la Madonna adorando al niño fue obra del eminente artista Fray Filippo Lippi.

La *pièce de resistance* era el fresco que rodeaba la capilla: una serie de murales que retrataban a los Médici y a sus amigos en escenas bíblicas. Cosme está representado con sencillas ropas de mercader subido a lomos de un mulo marrón. Sus hijos, Piero y Giovanni, y sus nietos Lorenzo y Giuliano muy cerca. El hijo ilegítimo, Carlo, también aparece. Hombres con osos, presumiblemente representando al imperio bizantino, ocupan igualmente un lugar en la escena, así como un leopardo, un lince y un mono, poniendo de manifiesto la exótica colección de fieras que el emperador Juan había traído consigo al concilio. El escudo de armas de los Médici, de cinco bolas rojas, o *palle*, también está presente, como ocurriría en otras grandes obras de la ciudad. *La coronación de la Virgen,* de Fray Angélico, uno de los muchos cuadros encargados por Cosme cuando emprendió la restauración del monasterio de San Marcos, situado un poco más arriba de la calle del Palazzo de Médici, podría ser considerada como una forma similar de dejar la marca del banco. A lo largo del borde de la lujosa alfombra retratada en el cuadro pueden apreciarse las bolas rojas de los Médici sobre un campo dorado.

Por todas partes las obras públicas de Cosme: sus iglesias, hospitales, monasterios y orfanatos se convirtieron en su modo de declarar el poder de su familia disfrazado de munificencia. Él fue quien financió la estatua de San Mateo en los jardines de la iglesia de Orsanmichele. Después de eso, vinieron el dormitorio de novicios y la capilla en la Santa Cruz, el coro de la Santísima Anunciación, la biblioteca de la iglesia de San Bartolomé y muchas otras más. También estuvo detrás de la formación de una cofraternidad religiosa, Los Hombres Buenos de San Martino. Su generosidad se extendía hasta la creación de una escuela de estudiantes florentinos

en París, la renovación de la iglesia del Santo Espíritu en Jerusalén y las ampliaciones del monasterio de San Francisco en Asís.[39] Siguiendo el consejo del papa Eugenio, se embarcó en uno de sus proyectos más apasionados, la reconstrucción de San Marcos. Sufragó los gastos de los monjes dominicos que allí vivían y también el traslado de los libros a la biblioteca. Invirtió tanto dinero en ello que los frailes se vieron obligados a protestar, en vano. «Nunca seré capaz de dar a Dios lo suficiente como para apuntarlo en mi libro de cuentas como deudor», replicó Cosme. La solvencia de Dios era suficiente para el banquero.

El consejo de su padre, Giovanni, en su lecho de muerte había sido completamente olvidado. Cosme alentaba tácitamente el culto a su personalidad. Algunos de los proyectos de iglesias eran estudios para su autoglorificación. Se encargaron poemas para cantar sus alabanzas. Uno de ellos fue obra de Anselmo Calderoni, el heraldo oficial de la *signoria*:

> ¡Oh luz de todas las gentes de la tierra,
> brillante espejo de todo mercader,
> verdadero amigo de toda buena obra,
> honor de famosos florentinos,
> gentil ayuda para todos los necesitados,
> socorro de huérfanos y viudas,
> poderoso escudo de fronteras toscanas![40]

A medida que se fue haciendo mayor, dos impulsos contradictorios dominaron la vida de Médici. Su ansia de controlar tras las bambalinas cada aspecto de la vida florentina aumentó con más fuerza. Y al mismo tiempo, se vio poseído por el temor a la muerte y al castigo divino. Plagas, terremotos y guerras continuaron asolando Florencia, con los pobres sufriendo más que nadie. No era fácil criticarle en público, y ciertamente no era el mejor camino para

triunfar en la vida florentina, pero el resentimiento seguía creciendo, especialmente por su actuación en la política extranjera. Cosme había ordenado que Florencia transfiriera su alianza con su antiguo partidario, Venecia, a Milán. ¿La razón? Sforza, ahora duque de Milán, a quien apodaban el «bastardo arribista oficial» —por ser uno de los siete hermanos ilegítimos—, era uno de los mayores clientes de la Banca Médici. En una clásica jugada de comercio interior, el banco había sacado dinero de Venecia antes de que la decisión política fuera adoptada. Venecia trató de fomentar la rivalidad con Florencia, aliando sus fuerzas con Nápoles para así poder atacar. Sin otra elección, la población se unió ante la amenaza. Pero fue la intervención de un enemigo mayor, el sultán otomano Mehmet II, la que resultaría decisiva. La captura de Constantinopla por los turcos forzó a las ciudades-estado cristianas a dejar a un lado sus diferencias. En 1454 se firmó la Paz de Lodi y una cuasi «Liga Santa» fue declarada, aliando Roma, Milán, Venecia, Florencia y Nápoles contra los turcos.

Además de los grandes proyectos arquitectónicos y la iconografía, Médici empleó en sus últimos años gran parte de su tiempo y dinero como mecenas de la cultura humanista. Así lo recoge Maquiavelo:

> Cosme era amigo y patrón de hombres instruidos. Trajo a Florencia a Argiripolo, griego de nacimiento y uno de los mayores eruditos de su tiempo, para instruir a los jóvenes en la literatura helénica. Mantenía a Marsilio Ficino, el revitalizador de la filosofía platónica, en su propia casa; y estando muy unido a él, le concedió una residencia cerca de su palacio en Careggi, para que pudiera proseguir el estudio de las letras con mayor comodidad, y así tener él mismo la oportunidad de disfrutar del placer de su compañía.[41]

Cosme instaló a Ficino, el hijo del doctor de la familia, en una casita en su finca de Mugello, en la campiña al nordeste de Florencia. Allí traduciría las obras de Platón al latín, leyéndolas y

discutiéndolas con Cosme. Era la primera vez que los *Diálogos* de Platón aparecían de forma que los cristianos de Occidente pudieran leerlos. Niccoli, un influyente humanista y amigo de Cosme, era un ávido coleccionista de raros manuscritos antiguos, pagando a agentes para localizarlos por toda Europa y casi arruinándose en el proceso. Cosme había acudido en su ayuda, por lo que, cuando Niccoli murió en 1437, le legó su colección de ochocientos manuscritos. La mitad de ellos se convirtieron en el núcleo central de la Biblioteca Médici, fundada en 1444; el resto se distribuyeron entre la colección privada de Cosme y la biblioteca que había fundado en San Jorge el Mayor en Venecia en agradecimiento por la hospitalidad recibida durante su exilio. En un momento dado, Cosme llegó a emplear a más de cuarenta y cinco copistas que produjeron más de doscientos manuscritos en dos años. Asimismo patrocinó a coleccionistas como Poggio Bracciolini, al que había conocido en el Concilio de Constanza. Bracciolini se había dedicado a buscar antiguos textos por toda Europa, valiéndose a menudo de métodos discutibles tales como sobornar a abades reticentes o copiar manuscritos cuando estaba prohibido hacerlo.

Hacia el final de su vida, Cosme pasaba cada vez más tiempo en sus propiedades de las montañas. Aquejado de gota —una forma hereditaria de artritis que conlleva dolorosas y finalmente crónicas inflamaciones de las articulaciones—, tenía crecientes problemas de movilidad. La visión de Cosme y sus dos hijos, que nunca habían llamado la atención por su apariencia, necesitando ser trasladados en sillas para subir las escaleras del Palazzo Medici era una humillación que no podía soportar. Su ánimo estaba cada vez más angustiado por el tema de su reputación y legado. En un conmovedor pasaje, Vespasiano nos aclara:

> Ahora Cosme, habiéndose dedicado a los asuntos temporales del estado, cuya práctica probablemente le dejó algunos problemas de conciencia —como sucede con

> todos aquellos que de buena gana gobiernan los estados y ocupan cargos de mandatarios— parecía haber despertado a la realidad de su condición, sintiéndose ansioso porque Dios pudiera perdonarle y asegurarle la posesión de sus bienes terrenales. Así pues, sentía que debía inclinarse hacia actos más piadosos, o de lo contrario perdería sus riquezas. Sufría arrebatos de culpabilidad porque cierta parte de su patrimonio —de donde provenía no puedo decirlo— no había sido ganada legítimamente.[42]

Le preocupaba que la dinastía que él y su padre habían construido tan cuidadosamente pudiera desaparecer. «Sé que a mi muerte mis hijos se verán envueltos en más problemas que los hijos de cualquier ciudadano de Florencia que haya muerto en muchos años»,[43] se dice que declaró. Pero su misantropía no se vio apoyada por su salud. La muerte, sospechaba, estaba siempre a la vuelta de la esquina. «Parecía tener prisa para que sus encargos se terminaran cuanto antes, pues debido a su gota, temía morir joven», escribió Vespasiano.

Cada vez más enfermo, se apartó del gobierno. En su finca de Il Trebio o en su Villa Careggi podaba sus viñas o cuidaba sus olivos —en los breves periodos en los que podía caminar— y conversaba con los campesinos. Se sentaba durante horas, sumido en sus pensamientos, tratando la mayoría de sus asuntos en su capilla sin ventanas, a la luz de las velas. En busca de la justificación intelectual y espiritual de sus acciones, hacía que Ficino le leyera en voz alta a Platón. Estaba especialmente interesado en las ideas del filósofo sobre la inmortalidad del alma; sopesando la idea de una república regida por un rey filósofo y cómo podría aplicarse a él. Encargó a Bartolomeo da Colle, canciller de palacio, que le leyera la *Ética* de Aristóteles y escuchaba misa con regularidad.

Cuando su esposa, Contessina, le preguntaba por qué pasaba tanto tiempo sentado con los ojos cerrados, él replicaba: «Para acostumbrarlos a la oscuridad». Cada vez que ella le urgía a intentar levantarse de la silla, se dice que contestaba: «Siempre que vamos a

marcharnos al campo, te pasas semanas preparando el traslado. Permíteme un poco de tiempo para preparar igualmente mi propio traslado al país del que no regresaré».[44] La tristeza se fue apoderando de la familia. Uno de sus nietos, Cosimino, murió justo antes de su sexto cumpleaños. Dos años más tarde, su hijo favorito, Giovanni —un hombre orondo, aquejado de sobrepeso—, murió de un ataque al corazón.

En 1464, a la edad de setenta y cinco años, Cosme falleció mientras escuchaba a Ficino leerle a Platón. Los arreglos funerarios habían sido dispuestos desde hacía mucho tiempo. Lo más importante era la reconciliación con Dios. Estaba desesperado por recibir cristiana sepultura. Sabía que era algo que se les negaba a los usureros y, a la manera típica de las relaciones de los Médici y el papado, en sus últimos días llegó a un acuerdo con el papa Eugenio que convenía a ambas partes. Sería absuelto de sus pecados si invertía más dinero en la restauración de la iglesia. Y estaba dispuesto a hacerlo. Pagó para que se ofrecieran misas por su alma durante trescientos sesenta y cinco días.

Su funeral, escribió Maquiavelo: «fue celebrado con la máxima pompa y solemnidad, la ciudad entera siguió el féretro hasta la tumba de la iglesia de San Lorenzo en la que, por decreto público, estaba inscrito: "Padre de su Patria"».[45] Cosme el Viejo yace bajo el mismo centro de la nave de la iglesia de San Lorenzo, en un mausoleo que fue construido más tarde por otros miembros de la dinastía Médici. Su amigo, el escultor Donatello, también está enterrado allí.

El negocio sin embargo se deterioró rápidamente. Cosme había dejado el banco descapitalizado y demasiado comprometido, con un elevado número de importantes deudas sin cobrar. Su hijo Piero el Gotoso se hizo cargo con casi cincuenta años, pero se pasó los cinco años siguientes postrado en la cama. Fue el nieto de Cosme, Lorenzo, quien llevó la dinastía a nuevos niveles, aunque no fuera a

través de sus actividades bancarias. Ilustremente apodado «el Magnífico», sobrevivió a un intento de asesinato en 1478, para convertirse en el monarca no oficial de Florencia durante un total de veintitrés años. Su era marcó la culminación del Renacimiento; al tiempo que su corte fomentó el florecimiento del arte, la música y la poesía, convirtiendo a Florencia en la capital cultural de Italia. El propio Miguel Ángel fue acogido en su casa durante cinco años, en el momento culminante de su creatividad; si bien también patrocinó y entabló amistad con Boticelli y Leonardo da Vinci. Esa fue la edad dorada de Florencia.

Sin embargo, Lorenzo no sentía gran interés por los negocios y, poco después de su muerte, a la edad de cuarenta y tres años, la Banca Médici se arruinó y la familia fue expulsada de la ciudad. Florencia cayó bajo el control de Girolamo Savonarola, un monje dominico que condujo a la puritana república contra la herejía y el «paganismo» de los humanistas. Manuscritos, obras de arte e instrumentos musicales, junto con mesas de juego, cosméticos y tocados femeninos, fueron arrojados a la «hoguera de las vanidades», una pira de más de veinte metros de alto por trece de ancho dispuesta en la Piazza della Signoria. Savonarola supo recoger con acierto el descontento popular, especialmente entre los pobres, contra la dorada riqueza de la nueva Florencia. Al final acabó denunciado por hereje, encarcelado en el Alberghetto —donde Cosme había estado preso— y quemado en la hoguera.

Los Médici regresaron a Florencia; pero esta vez, y a diferencia de Cosme el Viejo, no hubo necesidad de actuar en la sombra. Asumieron los cargos de gobierno, alcanzando el papado con León X y Clemente VII, y el trono de Francia con la esposa de Enrique II, Catalina, y María, que contraería matrimonio con Enrique IV.

$ $ $

La familia, que en 1378 había apoyado la insurrección de los pobres de la ciudad, se transformó en una de las más perdurables casas aristocráticas de Europa. Cosme de Médici triunfó al conseguir primero la riqueza y luego el estatus. Aproximadamente unos ochenta años después de su muerte, el historiador florentino Francesco Guicciardini dijo de él: «Tenía la reputación más grande de la que probablemente haya disfrutado ningún ciudadano particular desde la caída de Roma hasta nuestros días».[46] El modelo Médici —el autoenriquecimiento, reevaluación y filantropía— iba a ser replicado por otros muchos en la historia, entre ellos el magnate Andrew Carnegie (véase capítulo IX). Maquiavelo resumió las contradicciones éticas de Médici: «Aunque estaba gastando constantemente dinero en construir iglesias, y en otras obras de caridad, algunas veces se quejaba a sus amigos de no haber sido nunca capaz de poner tanto al servicio de Dios como en restaurar el equilibrio a su propio favor, insinuando que todo lo realizado hasta entonces, o lo que aún podía hacer, no era comparable con lo que el Todopoderoso había hecho por él».[47]

De acuerdo con el *Zibaldone*, el «cuaderno» (o crónica) escrito por el empresario Rucellai, Cosme le había revelado en una ocasión: «Todas esas cosas me han proporcionado gran satisfacción y contento porque no son solo para honrar a Dios sino también para mi propio recuerdo. Durante cincuenta años, no he hecho nada más que ganar dinero y gastarlo, y me ha quedado claro que gastar dinero proporciona mayor placer que ganarlo».

[1] Citado en Tim Parks, *Medici Money*, p. 62.
[2] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro IV, cap. 4.
[3] Tim Parks, *Medici Money.*
[4] Christopher Hibbert, *The House of Medici*.
[5] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro VII, cap. 1.
[6] Raymond de Roover, *The Rise and Decline of the Medici Bank 1397-1494*.
[7] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro IV, cap. 6.
[8] Vespasiano da Bisticci, *The Vespasiano Memoirs*, p. 213.
[9] Paul Strathern, *The Medici*, p. 54.

[10] Christopher Hibbert, *The House of Medici*.

[11] Citado en Paul Strathern, *The Medici*, p. 61.

[12] Rinaldo de Albizzi expresó repetidamente esos temores a Bernardo Guadagni, el nuevo *gonfaloniere*: Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro IV, cap. 6.

[13] Niccolò da Uzzano al ser solicitado su apoyo a los planes de Rinaldo de Albizzi para expulsar a Cosme durante la guerra con Lucca: Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro IV, cap. VI.

[14] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro IV, cap. 6.

[15] Christopher Hibbert, *The House of Medici*, p. 55.

[16] Vespasiano da Bisticci, *The Vespasiano Memoirs*, p. 216.

[17] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro IV, cap. 7.

[18] Machiavelli citado en Paul Strathern, *The Medici*, p. 76.

[19] Christopher Hibbert, *The House of Medici*, p. 58.

[20] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro V, cap. 6.

[21] Christopher Hibbert, *The House of Medici*.

[22] Tal y como está citado en *The Medici*, de Paul Strathern, p. 77.

[23] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro VII, cap. 1.

[24] Tim Parks, *Medici Money*, p. 43.

[25] Raymond de Roover, *The Rise and Decline of the Medici Bank 1397-1494*, p. 32.

[26] John McCabe, *Crises in the History of the Papacy*, pp. 234-235.

[27] Citado por John McCabe en, *Crises in the History of the Papacy*, p. 237.

[28] Raymond de Roover, *The Rise and Decline of the Medici Bank 1397-1494*, p. 198.

[29] Tim Parks, *Medici Money*, pp. 13-14.

[30]*Ibidem*, p. 10.

[31]*Ibidem*, p. 10.

[32] Raymond de Roover, *The Rise and Decline of the Medici Bank 1397 -1494*, pp. 199, 202.

[33]*Ibidem*, pp. 205-206.

[34] Comparado con los diez años siguientes en los que los beneficios llegaron a 6.200 florines. Véase Raymond de Roover, *The Rise and Decline of the Medici Bank 1397-1494*, p. 217.

[35] Citado por Paul Strathern, *The Medici*, p. 114.

[36] Vespasiano da Bisticci, *The Vespasiano Memoirs*, p. 234.

[37] Citado por Christopher Hibbert, *The House of Medici*.

[38] Sarah Blake McHam, «Donatello's Bronze "David" and "Judith" as Metaphors of Medici Rule in Florence», p. 32.

[39] Christopher Hibbert, *The House of Medici*, pp. 73-74.

[40] Tim Parks, *Medici Money*, p. 106.

[41] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro VII, cap. 1.

[42] Vespasiano da Bisticci, *The Vespasiano Memoirs*, p. 208.

[43] Paul Strathern, *The Medici*, p. 125.

[44]*Ibidem*, p. 124.
[45] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro VII, cap. 1.
[46] Cita recogida por Christopher Hibbert, *The House of Medici*, p. 60.
[47] Niccolò Machiavelli, *History of Florence*, libro VII, cap. 1.

V. FRANCISCO PIZARRO. CONQUISTA Y SAQUEO

> «Todo el mundo tiene iguales oportunidades, y creo que eso mismo es aplicable a todo».
>
> MUKESH AMBANI

La forma más básica de adquirir riquezas es el saqueo, o por decirlo en términos más modernos, la explotación de materias primas. A principios del siglo XVI, los españoles y portugueses se embarcaron en una carrera global para extraer los recursos naturales de las tierras del Nuevo Mundo que unos pocos jóvenes aventureros estaban descubriendo a una velocidad frenética. Francisco Pizarro y sus compañeros conquistadores proporcionaron innumerables riquezas a su rey. Sin embargo, muchos de ellos murieron en el camino o vieron cómo sus bienes les eran arrebatados. Habían fracasado en la regla más básica de los que adquieren repentinas riquezas: proveerse a sí mismos y a sus descendientes y establecer un legado duradero.

Durante años esos hombres se habían aventurado a través de territorios desconocidos en busca de oro y plata. Su determinación acabó dando fruto cuando, finalmente, el jefe de los incas les ofreció todas las riquezas de su imperio a cambio de su libertad. Súbitamente se vieron frente a tanto oro que se apresuraron a fundirlo. Una vez que el emperador inca había servido a su propósito, fue ejecutado sin contemplaciones. Mientras el oro viajaba camino a casa, y empezaban a surgir historias de innumerables riquezas listas para ser robadas, los españoles se embarcaron en travesías por mares embravecidos, que provocaron la guerra entre grupos rivales. La velocidad con la que todo un continente fue explorado, sometido y colonizado, asombró incluso a los propios conquistadores. Hacia 1550, nueve años después de la muerte de

Pizarro, cientos de miles de colonizadores se habían desperdigado por esos vastos territorios.

Tan estrictas eran las normas sociales en su Castilla natal que muchos de los invasores decidieron permanecer en los nuevos territorios, donde podían disfrutar de su patrimonio sin preocuparse por las diferencias de clase. Sin embargo, si bien disfrutaban de libertad y un mejor nivel de vida en sus hogares de adopción —procurándose tierras, esposas, amantes y esclavos—, pocos consiguieron conservar sus ganancias a medida que el estado español aparecía para consolidar su poder. El beneficiario más importante, tanto política como económicamente, era la corona. Así figuraba en los contratos en los que se aseguraba de recibir una participación mínima del 20 por ciento sobre todo lo confiscado. Ese tributo era conocido como Quinto Real.

Los primeros conquistadores proporcionaron una fuente de capital y riqueza para el Viejo Mundo que aseguraría su hegemonía durante cinco siglos: crearon un modelo de negocio que demostró ser notablemente duradero. La colonización explotadora continuó sin cambios hasta bien entrado el siglo xx, cortesía de las multinacionales occidentales en lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. En épocas más recientes, un pequeño grupo de rusos se han repartido las materias primas del país con la connivencia del estado y sus líderes. Mientras las formas de conquista se han vuelto más sofisticadas con el tiempo, la carrera por la propiedad de los recursos no ha cambiado.

El primero en hacerse a la mar a través del Atlántico fue Cristóbal Colón —o Cristóforo Colombo, como se le conocía en su Génova natal—. Durante más de una década, entre 1492 y 1503, realizó cuatro viajes en busca de lo que él esperaba fueran las Indias, solo para descubrir el continente americano. Pero antes de emprender la aventura, había dedicado años a persuadir a la realeza para obtener los recursos con los que realizar sus viajes; cada una de sus

especulativas propuestas fue rechazada. Tras recibir sendas negativas del rey Juan II de Portugal y de Enrique VII de Inglaterra, consiguió finalmente el reticente consentimiento de la reina Isabel I de Castilla, quien persuadió a su esposo, Fernando II de Aragón, a unirse. Los reyes recibieron a Colón en el Alcázar de Córdoba —desde donde dirigieron la guerra contra el recién adquirido reino de Granada—. Allí los monarcas le garantizaron una asignación anual de doce mil maravedíes —la moneda de oro y plata de curso legal en la España del momento—, así como el derecho a convertirse en gobernador de todas las tierras en las que pusiera el pie. Además se le otorgaron derechos por el 10 por ciento de todo el oro y la plata que encontrara. Y, lo que era igualmente importante, se le nombró noble con carácter hereditario, ganándose el estatus que él y muchos de sus compañeros de aventura tanto anhelaban. El acuerdo quedó reflejado en las Capitulaciones de Santa Fe, donde se asentarían los términos de toda una generación de descubridores.

La primera expedición de Colón costó unos dos millones de maravedíes, apenas la renta anual de un noble español de segunda categoría.[1] A partir de esta modesta inversión surgiría uno de los imperios más ricos del mundo, y las fortunas de muchos europeos en el Nuevo Mundo. Sin embargo, la historia de Colón, al igual que la de muchos otros como él, tiene un final amargo. Cuando los españoles establecieron su primera colonia en La Española —la isla que comprende la moderna Haití y la República Dominicana—, se encontraron con una férrea resistencia. En consecuencia, les llevó algún tiempo poder restaurar la autoridad y volver a fundar la colonia, para gran disgusto del rey en España. Hacia 1495, la corona había roto su acuerdo de monopolio con Colón, comenzando a conceder licencias a otros aventureros. La competencia era cada vez más intensa.

En esos primeros años ningún explorador estaba seguro de lo que encontraría ni de cuánto podría obtener. A veces no sabían

siquiera donde estaban; Colón pasó sus últimos días convencido de haber llegado a Asia. Poco antes, el nuevo gobernador designado por los reyes le había enviado de vuelta a casa, bajo custodia y encadenado, porque La Española se había vuelto ingobernable. Se le acusó de tortura, mutilación y varios abusos más de autoridad. Dado que semejante comportamiento era una práctica común, sus detractores probablemente actuaron movidos por la rivalidad. A su regreso a España, Colón y sus hermanos fueron encarcelados por un breve periodo. Tras su liberación, se le denegó el cargo de gobernador de las Indias Occidentales, y se revocó su porcentaje del 10 por ciento sobre los ingresos de las nuevas tierras, a pesar de haber sido acordado en las Capitulaciones. Cada vez más enfermo y amargado, murió a la edad de cincuenta y cuatro años, mucho antes de que su descubrimiento fuera merecidamente reconocido.

Conflictos de poder como este dan muestra del tono de las relaciones entre la corona y los conquistadores, y de los problemas en los que se verían envueltos los hermanos Pizarro en Perú, casi cuatro décadas después. Por entonces, cantidades cada vez mayores de oro, esmeraldas y perlas estaban siendo descubiertas. Ese mundo sin ley, altamente lucrativo, fue en el que Pizarro se vio inmerso.

$ $ $

Trujillo es una pintoresca ciudad amurallada en una olvidada región del suroeste de España, en la provincia de Extremadura, situada a cierta distancia del mar. Fue desde ese pequeño rincón del país de donde surgió una sucesión de conquistadores. Este era el hogar de los cuatro hermanos Pizarro, tres de los cuales, incluyendo a Francisco, eran ilegítimos.

Nacido probablemente en 1471 (se desconoce el año exacto), Francisco era hijo del coronel de Infantería Gonzalo Pizarro

Rodríguez de Aguilar, que había servido en Navarra y en las campañas de Italia bajo el mando de Gonzalo Fernández de Córdoba. Su madre, Francisca González Mateos, era la joven doncella de una tía de Gonzalo que vivía en un convento. Puesto que por aquel entonces era visto como inapropiado que el hijo bastardo de un noble de segundo orden viviera en la casa familiar de la plaza principal del pueblo, la Plaza Mayor, Francisco tuvo que vivir con su madre a las afueras de la ciudad. Desesperado por demostrar su estatus y emular a su padre, el joven Francisco se hacía llamar «el hijo del capitán Gonzalo Pizarro». Tenía además otro modelo (y rival) al que estaba ansioso por superar: su primo segundo por parte de padre era, nada menos, que Hernán Cortés, cuya conquista del imperio azteca de México se estaba convirtiendo en objeto de leyenda.

Las circunstancias de Pizarro han sido motivo de debate entre los historiadores. Sus padres prestaron escasa atención a su educación y creció analfabeto —algo relativamente frecuente en la época, incluso para los nobles—.[2] Algunos historiadores hablan de él como porquerizo. Si bien su hogar estaba en un entorno rural y los animales naturalmente formarían parte de su vida cotidiana, a día de hoy esta parece ser una injusta y peyorativa descripción de su situación.[3] La rivalidad de la época ha continuado presente hasta la actualidad, con los defensores de Pizarro acusando a los historiadores más parciales a Cortés de estar detrás de esas críticas.

El «efecto Trujillo» tendría un significativo impacto en la conquista. De esta pequeña ciudad salió un considerable número de conquistadores, teniendo el parentesco un papel esencial. El ejemplo de Cortés espoleó a otros jóvenes de la región, no solo a los Pizarro, a probar suerte. Francisco viajó por primera vez a América en 1502 como un miembro más de la mayor flota jamás enviada a los nuevos territorios. Los treinta barcos, comandados por el nuevo gobernador de La Española, Nicolás de Ovando, trasportaron a dos mil

quinientos hombres desde España con el objetivo de pacificar la ingobernable isla. Siete años después, Pizarro formó parte de una expedición al golfo de Uraba, en la costa de la moderna Colombia, dirigida por Alonso de Ojeda, otro excéntrico aventurero que había coqueteado con la muerte mientras encontraba grandes riquezas en la tierra que luego sería llamada Venezuela.

El ascenso de Pizarro fue lento para los estándares de la época. Tuvo que esperar otros cuatro años para su nueva aventura. Para entonces tenía más de cuarenta años, si bien este sería su logro definitivo. En septiembre de 1513, un pequeño grupo de españoles liderado por Vasco Núñez de Balboa alcanzó la cima de una cadena montañosa que dominaba el río Chucunaque en el istmo de Panamá. Los hombres de Balboa habían decidido viajar hacia el sur, desde los asentamientos españoles en el Caribe, atraídos por los rumores de la existencia de «ríos de oro». Allí, desde su posición en la cima, pudieron avistar las aguas de lo que llamaron el mar del Sur. Se habían convertido en los primeros europeos en descubrir el océano Pacífico. Dando gracias a Dios, grabaron con las puntas de sus espadas numerosas cruces con el nombre de Fernando, rey de Aragón, en la corteza de los árboles del lugar.[4]

Para entonces Pizarro ya era considerado uno de los hombres más experimentados y de confianza. Uno de sus tíos, Juan, había acumulado tierras en La Española, proporcionando a Francisco una base sólida para prosperar en la carrera elegida. Vicente de Valverde, un fraile franciscano pariente lejano tanto de Pizarro como de Cortés, le acompañó en varias de sus expediciones, describiéndole como una persona sencilla, que se había «formado en las Indias».[5]

Una práctica común entre esa primera generación de conquistadores era participar en «compañías» —normalmente asociaciones temporales— con otros socios a fin de proteger y extender sus intereses en el negocio. Los primeros conquistadores

preferían llamarse entre sí «compañeros» —un término con connotaciones mercantiles— antes que utilizar el lenguaje militar.[6] Se veían a sí mismos como empresarios. Una vez que habían concretado su expedición, las compañías necesitaban, en primer lugar, reunir capital privado para financiar los barcos, provisiones y hombres. Este podía provenir de la nobleza castellana y otros fiadores de la corte, pero lo más frecuente es que llegara desde los bancos de Italia, especialmente de Génova. Las compañías estaban obligadas a obtener un permiso real para sus expediciones convenciendo a la corona de que su esfuerzo se vería recompensado. En consecuencia, las expediciones con el preceptivo permiso tendían a incluir hombres de todos los estratos sociales —se necesitaban soldados y marineros; los pobres eran atraídos por la posibilidad de hacer fortuna; pero también se precisaban contables y sacerdotes para la conversión de la población local. Y, sobre todo, se requerían hombres influyentes con contactos en la corte.

La clase social desempeñaba un importante papel en el equilibrio del riesgo y la recompensa. Como hijo ilegítimo, Pizarro había visto desde su nacimiento cómo se le cerraban ciertas puertas en España. El Nuevo Mundo era diferente. Allí disponía de mayor libertad para hacer las cosas a su manera, en una naciente sociedad colonial no sujeta a las estrictas normas sociales del viejo país. Así, muchos de los hombres que componían la tripulación de los barcos y los soldados de infantería de cada expedición —provenientes de los estratos más bajos de la sociedad española— decidían quedarse en los territorios de adopción en lugar de regresar a un país donde se les miraría siempre por encima del hombro, por mucho dinero que hubieran hecho. Algunos de los hombres del primer viaje de Colón, ya antes de partir, vendieron los caballos y armas que les habían facilitado, adquiriendo otros más baratos o de inferior calidad y embolsándose la diferencia.[7] Su intención era quedarse en el

Nuevo Mundo, y su deseo de vivir allí como señores terratenientes, poderoso y duradero.

Pizarro destacó rápidamente entre las filas de esa nueva sociedad, labrándose un nombre por sí mismo como un duro comandante, leal a quienquiera que fuera su jefe. Estaba preparado para mostrar su lado más cruel y era un decidido político, delatando a antiguos aliados cuando era necesario. Se congració con el gobernador de las nuevas colonias, Pedrarias Dávila, cuando en 1518, bajo las órdenes del gobernante, arrestó a su antiguo capitán, Balboa, acusándole de traición. Balboa era una figura mucho más popular que su sucesor, Dávila, y por tanto era visto como una amenaza. Así se cuenta que cuando un asombrado Balboa vio a Pizarro llegar hasta él con un contingente de hombres fuertemente armados, exclamó: «Pero si eres Pizarro. No solías salir a recibirme de esta forma».[8] Al año siguiente, Balboa fue juzgado en un apresurado proceso y decapitado.

Tras deshacerse de Balboa, Pizarro fue recompensado con los títulos de alcalde y magistrado de la recientemente fundada ciudad de Panamá. Durante sus cuatro años de ejercicio, llegaron hasta la colonia española noticias de un territorio rico en oro llamado Viru. El nombre derivaba del río que le atravesaba, Piru.

El hombre al mando de la expedición, Pascual de Andagoya, había caído enfermo, teniendo que suspender su viaje al sur. Pizarro vio la oportunidad, formando una compañía para explotar las posibles riquezas de ese territorio desconocido. En 1524, llegó a un acuerdo con Diego Almagro, un soldado, y Hernando de Luque, un sacerdote, para explorar la costa del Pacífico, al sur de Panamá. De Luque le proporcionó barcos y dinero. Almagro, al igual que el otro hijo ilegítimo, era un criado que había huido tras apuñalar a un rival en una reyerta en España y, en consecuencia, había decidido partir a las Indias para empezar de nuevo. También conocido como *El Adelantado* y *El Viejo*, había sido amigo y aliado de Balboa. Pero

esos detalles fueron dejados de lado. La oferta de Pizarro era demasiado atractiva para resistirse. Almagro y Pizarro eran ambos hombres del Nuevo Mundo; no había nada para ellos si regresaban a casa. De acuerdo con el pacto, al que llamaron La Empresa del Levante, Pizarro sería el jefe. El problema fue que se trataba de un pacto oral, un acuerdo entre caballeros, y ninguno de ellos era un caballero.

La primera expedición al Perú partió en septiembre de 1524 con alrededor de ochenta hombres y cuarenta caballos. Apenas llegaron hasta la costa de Colombia, antes de tener que dar la vuelta a causa del mal tiempo, la falta de alimentos y las escaramuzas con los nativos. Dos años más tarde volvieron a emprender la travesía, a pesar de que Dávila no se mostró muy impresionado por la primera aventura y era reticente a darles su permiso. Al final, el gobernador accedió, en parte porque sus intereses estaban en otro lado. También él se estaba embarcando en otra aventura: desenterrar las riquezas de Nicaragua. Por segunda vez, en 1526, Pizarro y su alegre compañía atravesaron la desembocadura del río colombiano de San Juan. Pizarro permaneció en la zona, ordenando a su experimentado capitán del Nuevo Mundo, Bartolomé Ruiz, que siguiera explorando la costa más al sur. Habiendo cruzado el Ecuador, Ruiz capturó una balsa de comerciantes incas nativos con un botín de telas, objetos cerámicos y un poco de oro, plata y esmeraldas. Decidió quedarse con tres hombres de la tripulación para entrenarlos como intérpretes, antes de soltar al resto.

De vuelta al campamento, los relatos de sus hombres sobre los objetos que habían visto despertaron el apetito de los otros exploradores. Se decidió que Almagro y De Luque regresarían a Panamá en busca de refuerzos. A pesar de llevar un poco de oro consigo, el nuevo gobernador, Pedro de los Ríos, ordenó el retorno de toda la expedición, enviando dos barcos a lo largo de la costa

para traer a Pizarro de vuelta. Pizarro, furioso, se negó a obedecer, trazando una línea en la arena y escribiendo:

> Aquí está Perú con sus riquezas;
> aquí Panamá y su pobreza.
> Y ahora, escoja el que sea buen castellano lo que a bien tuviere.

Trece hombres decidieron quedarse con él —más tarde conocidos como los Trece de la Fama—. Construyeron un pequeño barco y navegaron hasta la cercana isla de Gorgona, donde permanecieron durante siete meses hasta recibir nuevas provisiones. Almagro y De Luque se unieron a ellos y, en abril de 1528, emprendieron la marcha hacia la región noroeste de Tumbes, en el interior de Perú. Allí recibieron una calurosa bienvenida de los nativos, que los llamaron «Hijos del Sol», debido al resplandor de sus armaduras. Tras explorar algo más de la costa, decidieron regresar a Panamá para preparar lo que esperaban fuera la expedición definitiva y descubrir los nuevos territorios ricos en oro hacia el sur.

De vuelta en Panamá, un cada vez más celoso De los Ríos les negó el permiso para la tercera expedición. Pizarro regresó inmediatamente a España, solicitando audiencia con el rey Carlos I. Al ser recibido en Toledo, describió al monarca el territorio que había explorado «para ampliar el imperio de Castilla». El rey quedó impresionado, pero como estaba a punto de partir a Italia, dejó que fuera la reina, Isabel de Portugal, quien firmara la Capitulación de Toledo: una licencia concedida a Pizarro para conquistar Perú. En ella se le nombraba oficialmente gobernador de las tierras aún sin conquistar, invistiéndole de toda la autoridad y prerrogativas. Esta formalización del estatus de Pizarro sembraría más tarde la discordia con Almagro. Pizarro se marchó de Toledo y regresó a la ciudad de Trujillo para convencer a su familia y amigos de unirse a él. Entre estos estaban sus tres hermanos, Gonzalo, Juan y Hernando, siendo

este último el único legítimo y el único que sobreviviría a sus aventuras.

En 1530, Pizarro y Almagro habían alcanzado la cincuentena. Cualquiera hubiera esperado que la riqueza adquirida por la conquista del asentamiento en Panamá habría moderado sus ambiciones. Sin embargo, fue todo lo contrario. Una vez reforzado su entorno, Pizarro reunió una fuerza de ciento ochenta hombres, veintisiete caballos y tres barcos. Cuando volvieron al territorio de Tumbes en julio de 1532, lo encontraron desierto y destruido. Entonces, se adentraron hacia el interior, asustando a la población local cuando disparaban sus armas al aire, e irrumpiendo atropelladamente con sus caballos.

El jefe inca supremo, Atahualpa, les observaba atentamente pero no les puso impedimentos. No podía imaginar que una fuerza tan pequeña supusiera una amenaza —por entonces el pequeño batallón de Pizarro había quedado bastante mermado debido sobre todo a las enfermedades—. El imperio inca se extendía por todos los Andes desde Ecuador a Argentina, desde la costa de Perú a las laderas de la cuenca del Amazonas. Atahualpa contaba con decenas de miles de hombres a su disposición. Su confianza era absoluta. Durante dos años había estado luchando con su hermano mayor, Huascar, por el título y la herencia que su padre, Huayna Capac, había repartido entre los dos. Atahualpa finalmente había derrotado y capturado a Huascar en la batalla de Quito —capital actual de Ecuador—. En su victoriosa marcha de vuelta a Cuzco, sede de su corte y del poder, Atahualpa ordenó a sus hombres que descansaran y aguardaran cerca de la ciudad de Cajamarca la llegada de los hombres extranjeros provenientes de muy lejos.

Ese fue uno de los momentos decisivos en la conquista del Nuevo Mundo; uno de los ejemplos más claros de la brutalidad europea y la codicia por el oro envuelta en religiosidad. Fue también un

testimonio del ingenio, determinación y extraordinario valor de Pizarro.

Concentrado en Cajamarca, Atahualpa no creyó ni por un segundo hallarse en peligro. Es más, estaba ansioso por recibir a los visitantes en sus propios términos. Les había atraído hasta una de las comarcas más montañosas e impenetrables de su imperio. Ordenó a su procesión de ochenta mil hombres armados, entre ellos curtidos veteranos y nobles, que establecieran el campamento justo en las afueras de la ciudad.

Mientras esperaban, los españoles temían que el enorme ejército inca pudiera descender sobre ellos y masacrarlos en cualquier momento. Los refuerzos más cercanos estaban a mil kilómetros de allí, en Panamá. El miedo entre los hombres alcanzó tan altas cotas que ya no diferenciaba a los de alta y baja cuna, de acuerdo con la crónica de Cristóbal de Mena: «No había distinción entre grandes y pequeños, entre soldados de a pie y hombres a caballo. Todo el mundo realizaba las rondas de vigilancia nocturnas totalmente armado. Y así también lo hacía el buen y anciano gobernador [Francisco Pizarro], que iba de un lado a otro animando a sus hombres. En ese día todos eran caballeros».[9]

Finalmente, Atahualpa llegó a la ciudad, acompañado de siete mil hombres ataviados con uniformes ceremoniales y armados solo con pequeñas hachas. Sin que él lo supiera, los españoles habían montado sus cuatro cañones en las azoteas del centro de la ciudad. La caballería estaba apostada en las calles aledañas. El sacerdote de la expedición, y más tarde arzobispo de Perú, Vicente Valverde, salió a recibir al líder inca en la plaza mayor de Cajamarca. Con la cruz en una mano y la Biblia en la otra, pronunció un sermón ante el jefe inca, a través de un intérprete, que comenzaba con Adán y Eva, llegando hasta la muerte de Jesús en la cruz y su ascenso a los cielos. Valverde declaró con su voz sonora que todos debían postrarse ante Dios, Cristo y el rey de España, «el monarca del

mundo». Y concluyó su proclama con las palabras: «Dios nuestro señor, vivo y eterno, creó el cielo y la tierra, y a un hombre y una mujer, de quien usted y yo, y todos los hombres del mundo, somos descendientes».[10] Su discurso se conoce como el «Requerimiento», un documento leído en voz alta al grupo de indígenas exigiéndoles que se sometieran a la autoridad del papa y a la corona española, y se convirtieran al cristianismo.[11] Al ver que no se producía respuesta alguna, como sucedía a menudo, los españoles se sintieron acreditados para entablar una «guerra justa» con los nativos, a los que acusaron de herejes.

En este punto, las crónicas difieren. Una versión recoge como Atahualpa tomó la Biblia que se le ofrecía pero no supo qué hacer con ella. Valverde, tratando de ayudar, la recibió de vuelta, pero al hacerlo tocó sin querer al jefe. Atahualpa entonces le dio un golpe en el brazo. Otra versión más resumida narra como el jefe inca recibió la palabra de Dios y la arrojó al suelo, declarando que no sería «deudor de ningún hombre». En cualquier caso, Pizarro interpretó su reacción como una señal para dar una lección a los locales. También es posible que algunos indios de la ciudad leales a Huascar hubieran proporcionado valiosa información a los españoles en un acto de venganza contra Atahualpa. En cualquier caso, Valverde absolvió a las tropas del derramamiento de sangre que estaba a punto de producirse. Y así comenzó una masacre que constituiría un suceso extraordinario, incluso para los estándares de los conquistadores. La caballería de Pizarro recorrió la ciudad matando a cuantos aparecían a su paso. Ninguno de los incas había visto caballos hasta ese momento; aterrorizados y efectivamente indefensos, muy pocos de los siete mil hombres sobrevivieron. Si la cifra es correcta (los historiadores españoles no se han puesto de acuerdo sobre el número de muertos), cada conquistador tuvo que matar a un nativo cada veinte segundos.[12] El séquito de Atahualpa fue fiel hasta el final, negándose a soltar la litera de su

líder, incluso después de haberles cortado brazos y piernas, sosteniéndola con sus muñones. Las calles, de acuerdo con las crónicas, eran ríos de sangre —un hecho que nunca se hubiera sabido de fiarse del retrato descrito por Hernando Pizarro—. En una carta dirigida a la Audiencia Real de Santo Domingo, la capital de La Española, describió con considerable detalle los eventos sucedidos en Cajamarca. Y en cuanto a la matanza, explicaba:

> El capellán [Valverde] se acercó al gobernador informándole de cuánto se había hecho, instándole a no perder más tiempo. El gobernador mandó en mi busca, y a mi vez, yo había convenido con el capitán de artillería que, al darse la señal, debería descargar sus piezas y, al escucharse los disparos, todas las tropas habían de cargar a un tiempo. Así se hizo, y al estar los indios desarmados fueron derrotados sin peligro para ningún cristiano.

La única persona que Pizarro estaba decidido a mantener con vida era Atahualpa. Una crónica relata cómo protegió personalmente al rey inca, recibiendo él mismo algunos golpes por su valentía. Probablemente nunca sabremos lo sucedido en realidad en Cajamarca, pero la disparidad numérica entre las fuerzas y la increíble naturaleza de la victoria de Pizarro lo elevan a los puestos más altos entre los conquistadores españoles.

Con Atahualpa capturado, el saqueo podía comenzar. El relato ofrecido por el secretario personal de Pizarro y cronista, Francisco de Jerez, quien regresó a Sevilla al año siguiente, demuestra hasta qué punto un desesperado Atahualpa se ofreció a pagar su propio rescate. Jerez lo retrata suplicando a sus captores: «Os daré suficiente oro para llenar una habitación de seis metros de largo por cinco de ancho, hasta una línea blanca trazada a media altura de la pared». Y añade: «La altura será la de un hombre y medio de estatura. Y en cuanto a la plata, declaró que llenaría dos veces la cámara con ella. Comprometiéndose a hacerlo en dos meses».

El rescate de su líder llegó desde todo el imperio de Atahualpa. Durante semanas, incas de todos los rincones —hombres, mujeres y niños— se encaminaron a Cajamarca cargando sobre sus hombros el precioso oro y plata para llenar las habitaciones prometidas. Objetos devotos, platos, cuencos, bandejas y urnas extraídas de los templos, sepulcros y palacios llegaron de los lugares más remotos del territorio. Lo único que los españoles tenían que hacer era esperar sentados. El método de recolección de Pizarro sentó un precedente de cómo recaudar los tributos en el Perú ocupado por España. Tres de sus hombres fueron enviados a Cuzco con un contingente local para acelerar su expedición a la capital. Eso incluía setecientas láminas de oro arrancadas de los muros de un templo. Hernando de Soto, uno de los capitanes de Pizarro, descubrió tan solo en el campamento militar inca oro por valor de ochenta mil pesos y catorce valiosas esmeraldas.[13]

Desde mayo hasta julio de 1533, bajo los atentos ojos de los conquistadores, un equipo de obreros locales trabajaba en nueve hornos para fundir el oro. Extraordinarias piezas de arte se perdieron para siempre. El oro era fundido en barras, pesado, marcado con el sello real y embarcado a España. Para los conquistadores, tenía poco valor intrínseco o estético, ni siquiera como una atracción romántica; su valor estaba determinado por el peso. Los herreros fundían cada día oro por valor de sesenta mil pesos.[14]

Un estricto sistema de recompensas se impuso. Ningún español podía embolsarse o robar ningún objeto de oro o plata por su cuenta; todo debía ser centralizado, fundido y dividido tal y como dictaba Pizarro. Los soldados de a pie recibieron su parte, aproximadamente equivalente a veinte kilos de oro y cuarenta de plata. La caballería recibió el doble, aunque la cuota de cada individuo era a menudo alterada dependiendo del papel desempeñado en las batallas de la conquista. Los rangos más bajos rara vez disfrutaban de ese derecho, pero pocos se quejaron. Aun

así, seguía siendo mucho más dinero del que habían visto en toda su vida.

Francisco Pizarro se asignó la cuota de un soldado de a pie multiplicada por trece, además del trono de oro de Atahualpa que valía por otras dos. Los cuatro hermanos Pizarro reunieron entre sí veinticuatro de las doscientas diecisiete partes del tesoro, un reparto relativamente democrático.[15] Seguramente podrían haberse llevado más, pero debieron temer posibles reacciones contra ellos. En el centro de todos los acuerdos, desde Colón en adelante, estaba la cuota a la corona —el Quinto Real— de pago obligado por todos los saqueos de las colonias, sin importar cómo había sido obtenido. El arreglo no era muy diferente a los términos de los acuerdos en la moderna Rusia: no nos mezclamos contigo mientras el dinero continúe entrando en nuestras arcas.

El oro era tan corriente en Perú que los europeos hacían las transacciones intercambiando pequeños trozos sin molestarse en medirlos o pesarlos adecuadamente.[16] Muchos de los conquistadores habían contraído enormes deudas para montar sus expediciones, sabiendo que podrían pagarlas tan pronto como el oro empezara a llegar.[17] Los testamentos de los muchos que cayeron víctimas de enfermedades o murieron a manos de los incas, o en las subsiguientes guerras civiles, muestran que parte de sus bienes provenía del dinero que les debían sus «compañeros».

El sorprendente éxito de Pizarro al defenestrar a Atahualpa le hizo granjearse un gran respeto, pero también crecientes envidias. Con la producción de oro —o más bien fundición— funcionando a toda marcha, Almagro llegó con una fuerza de ciento cincuenta hombres. Ninguno de ellos había estado presente en Cajamarca, por lo que estaban ansiosos por conseguir un botín propio.[18]

Mantener a Atahualpa como la cabeza oficial del imperio inca había sido una astuta maniobra. Eso garantizaba que sus palabras se cumplieran al pie de la letra, asegurando el ritmo de provisión del

oro. Atahualpa creía que los invasores tomarían el botín y se marcharían. Incapaz de prever que ese pequeño número pretendía establecerse en su imperio y quedarse sus tierras. Había subestimado su resolución.

Cuando el rescate fue reunido, Pizarro ya no tuvo necesidad de contar con Atahualpa. Pero primero debía quitar de en medio a De Soto, quien había entablado amistad con el encarcelado jefe inca y solía jugar con él al ajedrez. Pizarro envió al protector de Atahualpa a una espuria expedición al norte del país, y entonces, inesperadamente, procesó al rey por el asesinato de su hermano —algo ya sabido y consentido desde hacía tiempo—. Este fue sentenciado a muerte y estrangulado por medio del garrote vil, pero no antes de ser forzosamente «convertido» al cristianismo.

A su regreso, De Soto declaró que España no tenía derecho a matar a un líder soberano en su propia tierra. Pizarro se encogió de hombros. Más tarde, el rey Carlos I también expresó su enojo porque un arribista ilegítimo de Trujillo fuera responsable del regicidio: «Nos hemos sentido perturbados por la muerte de Atahualpa, dado que era un monarca y especialmente por haberse hecho en nombre de la justicia». Sin embargo, Pizarro sabía que, a pesar de toda esa rabia manufacturada, el rey olvidaría el incidente tan pronto como contemplara asombrado las riquezas que no paraban de llegar. Por si acaso, Pizarro tomó como concubina a la esposa de diez años de Atahualpa, Cuxirimary Ocllo Yupanqui, quien adoptó el nombre de doña Angelina y, más tarde, le daría dos hijos, Juan y Francisco.

Con el imperio inca revolucionado, Pizarro comenzó el proceso del asentamiento formal del Perú que la corona española estaba deseando ver. Tras instalar a un nuevo emperador títere, los españoles volvieron la vista hacia Cuzco. Sus capitanes tomaron posesión de los palacios incas, expulsando a la antigua nobleza. Los soldados recibieron terrenos en el centro, haciendo que el barrio

colonial de la ciudad fuera fácilmente defendible. La fundición de artefactos de oro en moneda comenzó de nuevo. Había solo la mitad del oro que en Cajamarca —gran parte se había empleado en pagar el rescate de Atahualpa—, pero la ciudad contenía cuatro veces más plata. Los hombres de Almagro consiguieron por fin sus recompensas. Demolieron el templo de Qurikancha, el santuario más importante de todo el reino consagrado al Dios Sol. El templo contenía un jardín de plantas con tallos de plata y espigas de oro que fueron confiscadas y fundidas. Cristóbal de Molina, un sacerdote testigo presencial, lo relataba así: «Su única preocupación era llevarse el oro y la plata para hacerse ricos; todo lo que destruían era más perfecto que nada de lo que hubieran disfrutado y poseído».[19] Habiendo despojado el templo del oro, lo taparon construyendo una iglesia.

Fue un robo cultural a gran escala. Con Cuzco en manos españolas, la conquista del Perú se había completado. «Esta ciudad es la más grande y refinada nunca vista en este país ni en cualquier otra parte de las Indias», escribió Pizarro al rey. «Puedo asegurar a su majestad que es tan bella y con edificios tan distinguidos que destacaría incluso en España». Sin embargo, Cuzco fue considerada poco apropiada para ubicar la capital de los nuevos territorios, y así Pizarro fundó la ciudad costera de Lima en enero de 1535. Siendo este uno de los logros del que más orgulloso se sentía.

Mientras tanto, el primer oro peruano, acompañado por Hernando Pizarro, comenzó su viaje camino de España. Cuatro barcos desembarcaron con más de setecientos mil pesos en oro y cuarenta y nueve mil marcos en plata.[20] La familia Pizarro actuaba unida como una sólida empresa, y Francisco pudo confiar ciegamente el lote a su hermano. El rey Carlos I, a pesar de su supuesta disconformidad con el comportamiento de los conquistadores, permitió que algunos artefactos fueran traídos en su forma original para mostrarlos al asombrado público antes de ser

fundidos. Uno de los primeros hombres en regresar escribió: «Éramos doce los conquistadores llegados a Madrid, donde gastamos una gran cantidad de dinero, pues el rey estaba ausente y la corte no tenía caballeros. Celebramos tantas fiestas cada día que algunos se quedaron sin dinero. Había torneos, competición con aros y "juego de cañas", todos tan espléndidos que era una maravilla verlos».[21]

La intención de esas celebraciones no era solo presumir, sino también convencer a la corona de que valía la pena sufragar nuevas expediciones y enviar refuerzos al Nuevo Mundo. Los Pizarro, además, querían demostrar que podía confiarse en ellos para gobernar los nuevos territorios. Hernando se aseguró de conseguir provisiones y enviar mano de obra cualificada a sus hermanos en el Perú. Por toda Europa los hombres se sintieron atraídos por los conquistadores, viéndolos como modelos o mentores, para labrarse un futuro en el Nuevo Mundo.

A estas alturas, la corona empezó a volverse más suspicaz respecto a los Pizarro y los hombres como ellos. El rey estaba alarmado ante la fanfarronería de los aventureros. Muchos españoles, deslumbrados por la cantidad de oro que habían visto venir de Cajamarca y Cuzco, organizaron sus propias expediciones para recorrer el Amazonas en busca de algún botín. Otras colonias se quejaban de que su pequeña población de colonizadores se estaba viendo reducida por la marcha de sus gentes en busca del oro del sur; el gobernador de Puerto Rico descubrió a algunos españoles tratando de abandonar su isla y les hizo cortar los pies.[22] Entonces la corona impuso nuevas reglas. Una de ellas fue un decreto por el que solo los hombres casados o los acaudalados comerciantes podían marcharse a Perú. Pero, sobre el terreno, la orden fue ampliamente ignorada.

Normalmente los españoles conseguían intimidar a los gobernantes incas locales, una vez caído Atahualpa, para que

cumplieran sus órdenes. En 1536, con los ingresos de oro alcanzando su punto álgido, el jefe inca Manco Yupanqui organizó una rebelión. En un primer momento había cooperado con Pizarro, procurando a los ocupantes nuevos tesoros de oro y mujeres jóvenes. Sin embargo, enfurecido por el trato recibido por los hermanos de Francisco —que le encarcelaban intermitentemente—, se alzó en armas con decenas de miles de guerreros, y marchó sobre Cuzco asediando la ciudad durante diez meses. Muchos de sus hombres cayeron víctimas de la viruela; los supervivientes se enfrentaron a los españoles y sus aliados en la cercana fortaleza de Ollantaytambo, siendo aplastados. Manco se retiró a la jungla, donde continuó siendo el cabeza nominal de la resistencia inca hasta su muerte en 1544, a manos de los partidarios de Almagro. Ningún otro gobernante fue capaz de repetir la escala de su rebelión.

Finalmente la civilización inca había sido dominada. El enriquecimiento de la nueva clase colonial y el empobrecimiento de la población nativa corrían a la par. De acuerdo con una estimación, el coeficiente Gini para la región era del 0,22 en 1491, antes de la conquista española, lo que denota una considerable igualdad. Sin embargo, fue creciendo paulatinamente a lo largo de los siguientes siglos hasta alcanzar el 0.58 en 1790 —tan alto como el de la mayoría de las sociedades más desiguales de la actualidad— antes de caer ligeramente tras la independencia del Perú.[23] El dinero que fluyó de América a España enriquecería durante siglos solamente al estrato más alto de la sociedad. Hacia 1750, la clase superior, estimada en un 10 por ciento de la población, tenía un porcentaje en los ingresos nacionales quince veces mayor que la inferior, que constituía el 40 por ciento.

Puede que la explotación de los recursos fuera el principal motivo de los conquistadores, pero la corona española tenía ambiciones aún mayores: repoblar y «civilizar» el Nuevo Mundo. Para ese fin necesitaban establecer a familias enteras, y no dejar la tierra en

manos de individuos solteros y disolutos. Primero proporcionaron incentivos para que los hombres casados pudieran viajar. Ya en 1502, el rey Fernando instruyó a Luis de Arriaga, un hidalgo caballero que había participado en uno de los primeros viajes de Colón, para fundar cincuenta nuevas ciudades en el Caribe con «buenas familias españolas».[24] Los hombres que se trasladaban con sus familias eran recompensados con el trabajo gratuito de siervos indígenas, dependiendo de su estatus social. Los hidalgos que llegasen al Nuevo Mundo con sus esposas recibirían «ochenta indios, sesenta soldados de a pie y treinta trabajadores corrientes».[25] Existía una estricta política étnica. Judíos y musulmanes tenían prohibido hacer el viaje al oeste, mientras que los negros africanos estaban permitidos en las colonias solo como esclavos. Esta delimitación resultó más difícil de cumplir. Al menos dos hombres de la expedición de 1530 de Pizarro al Perú eran de descendencia africana, y el gobernador no pareció juzgarlos como inferiores.[26] No obstante, los primeros viajes para establecerse fueron meticulosamente planeados; la corona quería trasplantar a toda costa el orden social de España, con sus señores, hidalgos y sacerdotes, a los nuevos territorios.

Las conquista relámpago de México y Perú alteró todo eso al haber sido realizada por pequeños grupos de hombres solos que se encontraron mandando unos vastos territorios, intensamente poblados, en los que muchos de sus habitantes vivían en desarrollados centros urbanos. La corona no podía impedir que los conquistadores tomaran esposas y concubinas y violaran a las mujeres nativas, creando una población mestiza de mezclados ancestros. El propio Francisco tenía cuatro hijos mestizos con mujeres que habían sido esposas de nobles incas, pero comparado con la mayoría, él fue austero y abstemio. Se dice que Cortés tuvo un centenar de concubinas.

La legalidad de marcar con estacas el territorio era algo con lo que, formalmente al menos, luchaban los españoles. La tierra parcelada de los conquistadores era regulada en base a la «encomienda». Este era un contrato que garantizaba al nuevo señor el derecho a explotar mano de obra indígena. En Perú, mientras la tierra teóricamente permanecía en manos de los agentes incas, sus productos eran entregados a los españoles como tributo.[27] La única obligación de esos nuevos autoproclamados señores del lugar era vigilar el bienestar espiritual de sus trabajadores y convertirlos en masa al cristianismo.[28]

Las encomiendas eran comunes en las colonias españolas mucho antes de la conquista del Perú; Pizarro tuvo una de las más grandes en Panamá. Un sistema similar, originado a partir de la reconquista española de Andalucía a los musulmanes, se había utilizado para dividir la tierra durante la administración de Colón en la primera colonia de La Española.[29] Los encomenderos se suponía debían vivir apartados de los trabajadores. Solían establecer su residencia en las ciudades, convirtiéndose en terratenientes ausentes y empleando agentes conocidos como «mayordomos» —cuyos métodos eran a menudo brutales— para asegurar que los tributos fueran recolectados. Algunos mayordomos eran antiguos jefes incas que recuperaban así un cierto poder —quedando exentos de pagar tributos— por hacer el trabajo sucio de los colonizadores —semejantes a los jueces de la Inglaterra normanda—. Ese reconocimiento fue otra forma de evitar los impuestos, si bien desde una posición de debilidad y no de fuerza.

Los hermanos Pizarro estaban en situación de elegir las mejores tierras en los valles más fértiles y eso hicieron. Dividieron propiedades que habían sido territorio personal del regente inca Huayna Capac, antes de dar nada a sus compañeros aventureros.[30] También utilizaron el sistema y el patronazgo que ofrecía, para neutralizar la amenaza política representada por la antigua

aristocracia inca. Dos nietos de Capac recibieron encomiendas, así como las hijas de antiguos emperadores que se casaron con conquistadores.[31] De ese modo, aunque los incas no desaparecieron, en el sentido de que se desarrolló una enorme población mestiza con antepasados incas, su cultura fue paulatinamente mutilada.

Sin embargo, en medio de esa brutalidad y carnicería yacía el deseo de los conquistadores de adquirir un mejor estatus. Disfrutaron de nuevos títulos, obteniendo entre sus colegas el trato de «don» y un codiciado escudo de armas.[32] Muchos de los hidalgos de alta cuna, que ya disfrutaban de semejantes privilegios, fueron más proclives a regresar a España. El viejo dinero y los viejos títulos eran despreciados por los arribistas.

Aunque ansiaba las recompensas y títulos que creía merecer, Pizarro no adaptó su comportamiento al de esos nuevos burgueses. Intentaba luchar codo con codo con los hombres de a pie y no a caballo, y de sus propias encomiendas se dice que salía personalmente a recoger el maíz en los campos —una grave violación del código de conducta de los colonizadores—. Además supervisaba y trabajaba en los proyectos de construcción.[33] No parecía estar tan preocupado por el nombre de la familia o el legado como sus hermanos, y continuó siendo en todos sus actos hasta el final de sus días ese rudo aventurero. Hacia 1540, alrededor de treinta mil lugareños pagaban tributos tanto por sus fincas como por las de sus hijos. Una suma que le hubiera garantizado una vida de lujo.

La corona hacía tiempo que no estaba de acuerdo con el régimen de las encomiendas. Ya en 1512 —mucho antes de que Pizarro se hiciera un nombre en las Américas—, una comisión real había declarado a la población indígena técnicamente libre. «No es justo que los príncipes cristianos hagan la guerra a los infieles simplemente por el deseo de tener sus riquezas», decían. Pero los

trabajadores «libres» no recibían salario, solo se les proporcionaba ropa y alojamiento. Sus casas y aldeas habían sido arrasadas para así garantizar que sus habitantes vivieran en las nuevas ciudades españolas o en las plantaciones.[34] Preocupado porque la misión de «civilizar» de los conquistadores estuviera siendo ensombrecida por lo que era, en esencia, un sistema de esclavitud, el rey Carlos I abolió las encomiendas en 1530. Sin embargo, muy pronto quedó claro que era la forma más rápida y sencilla de apoderarse de la tierra y los recursos, manteniendo a la población sometida. Desde el punto de vista del negocio, su eficacia era indiscutible, y la práctica fue reinstaurada en 1534. Desde el comienzo del asentamiento español, una o dos voces, generalmente de la Iglesia, habían condenado el trato a la población local en la búsqueda de beneficios. Algunos miembros de la orden dominica fueron francos oponentes al sistema. En 1510, el sacerdote dominico fray Montesino se hizo muy impopular entre sus compañeros colonizadores de La Española al proclamar desde el púlpito:

> A fin de haceros comprender vuestros pecados contra los indios, he subido a este púlpito, yo que soy la voz de Cristo predicando en el desierto de esta isla. ¿Con qué autoridad habéis emprendido tan detestables guerras contra gentes que una vez vivían mansas y pacíficas en su propia tierra? Pues, con el excesivo trabajo que les exigís, caen enfermos y mueren o, más bien, los matáis por vuestro deseo de extraer y adquirir más oro cada día.[35]

No obstante, el pragmatismo solía prevalecer. La Iglesia también se había beneficiado considerablemente de la explotación de la mano de obra y la posesión de tierras junto con los conquistadores. Los hermanos Pizarro eran especialmente cercanos a la orden dominica, y el propio Hernando llegó a donar cientos de sacos de hojas de coca al año, provenientes de sus plantaciones, al monasterio de la orden en Cuzco. El valor del cultivo crecía

rápidamente cada año, asegurando a los clérigos una enorme riqueza por su comercio. El misionero dominico Gaspar de Carvajal declaró: «todo cuanto tenemos en esta casa nos ha sido dado por los Pizarro».[36] La lealtad de la orden estaba garantizada.

Las enfermedades traídas a través del Atlántico por los colonizadores fueron también una amenaza para la población indígena. Primero fue el tifus; el primer brote de viruela aparece documentado en 1518, justo antes de la conquista final de los aztecas por Cortés. Fue tal el impacto que el cronista Francisco López de Gómara escribió: «Más tarde los aztecas contarían los años a partir de la enfermedad, como si se tratara de un famoso evento».[37] Tan rápido fue el declive de la población indígena que los colonizadores organizaron expediciones en busca de esclavos a otras partes del Caribe para reponer las vacantes en los puestos de trabajo. Sin embargo, no era fácil cubrir las bajas. Dos terceras partes de los esclavos traídos a La Española en uno de los primeros viajes murieron en el camino.[38]

Pizarro también se vio afectado por las epidemias durante su conquista del Perú —aunque no siempre eran inútiles—. El primer jefe inca con el que se cruzó, Capac, falleció a causa de la viruela transmitida por uno de los primeros expedicionarios de Pizarro. Cuando murió, su cuerpo fue trasladado a través de todo el imperio para ser venerado, lo que contribuyó a extender aún más la enfermedad.[39] Hasta doscientos mil incas, incluyendo gran parte de la nobleza, cayeron víctimas de esas epidemias.[40] Eso produjo la crisis de sucesión que se abatió sobre el imperio inca hasta que la expedición de Pizarro en 1530 apareció en escena. Es imposible aventurar cómo hubiera podido llevarse a cabo una conquista tan directa sin la ayuda de esos brotes que no solo constituyeron una forma de control de la población, sino que debilitaron y distrajeron a los vivos. Por otro lado, el régimen de tributos mermó a la población en otros sentidos. El obligado desplazamiento de muchas gentes

jugó un papel fundamental. La súbita destrucción de una forma de vida también redujo drásticamente los índices de fertilidad. El oficial español y hombre de letras Hernando de Santillán describe las vidas de los indios de aquel momento:

> Llevan las vidas más pobres y miserables de cualquier pueblo de la tierra. Mientras se hallan sanos están completamente ocupados en trabajar para pagar los tributos. E incluso enfermos no tienen respiro, y pocos sobreviven a sus primeras enfermedades, por leves que sean, debido a la terrible existencia que llevan. Esta es la causa de su desesperación, pues solo piden su pan diario y ni siquiera pueden tenerlo. No hay gente en la tierra tan trabajadora, humilde y de buen comportamiento.[41]

Una buena parte de la población trabajó literalmente hasta morir, especialmente en las minas. Un avance importante tuvo lugar cuando un inca descubrió plata en Potosí. Pizarro se aseguró de no perder el tiempo. Trabajadores contratados fueron enviados a los pozos, donde trabajaban sin descanso durante una semana seguida. La plata estaba mezclada con mercurio, por lo que debía ser calentada hasta convertirla en pura, un proceso extremadamente peligroso.[42] Sin embargo nadie se quejó, ni los conquistadores, ni la Iglesia, ni la corona. La producción de Potosí proporcionó al Quinto Real 1,5 millones de pesos al año, una de las más grandes y consistentes fuentes de ingresos del Nuevo Mundo.

Hernando, el hombre de mentalidad más empresarial entre los hermanos Pizarro, vio las minas como una inversión a largo plazo. Comenzó a explotarlas con herramientas españolas instruyendo a una plantilla de esclavos negros ya desde principios de 1536.[43] Hernando y Gonzalo complementaron el negocio en Potosí con el control de las minas de plata en Porco.[44] Los edificios de los Pizarro dominaban la plaza de la ciudad y Porco se convirtió en un ejemplo pionero de «ciudad corporativa», un modelo copiado por

todo el mundo en los siglos posteriores. «Su Alteza tiene minas en Potosí que valen más que Castilla», declaró un acolito a Gonzalo.[45] Domingo de Santo Tomás, un misionero, escribió al Consejo de Indias: «Hace unos cuatro años, para completar la perdición de esta tierra, fue descubierta una boca del infierno en la que una gran masa de gente entra cada año y es sacrificada por la codicia de los españoles a su "Dios". Esa es su mina de plata llamada Potosí».[46] Pero las voces como la suya constituían una minoría.

Hacia 1570, la población de Perú, México y el resto de América central pudo verse reducida hasta casi un 80 por ciento debido a las epidemias y trabajos forzados.[47] Solo en Perú, el número de habitantes se estima haber disminuido desde siete millones hasta por debajo de dos millones en los cincuenta años posteriores a la conquista.[48]

El enorme volumen de riqueza, títulos y tierras en juego, sumado a la falta de regulación y a la atmósfera de «la ley del más fuerte» de la nueva frontera, propició incendiarias rivalidades entre los conquistadores. Cuanto más lucrativa resultaba una colonia, más frágiles eran los tratos que llevaban a los protagonistas hasta ella. La situación en Perú era especialmente tensa. Almagro no estaba conforme con ser el segundón de Francisco y los otros hermanos Pizarro. Ni siquiera años más tarde había logrado sobreponerse al hecho de no haber estado presente en el saqueo de Cajamarca. —Lo que hoy podría compararse con un moderno banquero apartado de un negocio, o un magnate de Internet cuya empresa hubiera sido comprada en los primeros momentos de sus lucrativos inicios—. Sintiendo que merecía algo más por su papel al levantar el cerco de Manco en Cuzco, en 1537 Almagro finalmente estalló. Hizo que Hernando y Gonzalo Pizarro fueran encarcelados, apoderándose de la ciudad. El conflicto entre almagristas y pizarristas derivó en una guerra civil. Al principio, los hermanos Pizarro barajaron la idea de llegar a un acuerdo con Almagro; Francisco propuso poner Cuzco al

mando de tres hombres «neutrales». Hernando consintió con la condición de que los neutrales fueran todos Pizarro.[49]

Cuando Almagro se enfrentó a Francisco en persona, Pizarro le espetó: «¿Por qué motivo has tomado la ciudad de Cuzco que yo mismo gané y descubrí con tanto esfuerzo?». A lo que Almagro replicó: «Vigila lo que dices sobre que yo te he arrebatado Cuzco y que esta fue ganada por tu persona; pues sabes muy bien quién la consiguió. Y esta tierra fue el rey quien me la dio, no un pastor de Trujillo».[50] En una cosa tenía razón: la cuestión de la titularidad de los derechos de propiedad no había sido establecida.

A pesar de que las dos familias tenían más oro y plata del que serían capaces de utilizar, la codicia por nuevas riquezas precipitó su caída. Los Pizarro derrotaron a las fuerzas de Almagro en la batalla de las Salinas en abril de 1538 y, siguiendo la tradición al uso, le hicieron morir al garrote. Su hijo Diego fue despojado de sus tierras y tuvo que declararse en bancarrota.

Tres años más tarde, en junio de 1541, Diego pudo cobrarse la venganza. Uno de los grandes momentos de la conquista española de las Américas estaba a punto de tener lugar. Veinte de sus hombres irrumpieron en el palacio de Pizarro. La mayoría de los cortesanos huyeron y solo unos pocos se quedaron a luchar contra los intrusos. Pizarro mató a dos de los atacantes y atravesó a un tercero, pero mientras intentaba extraer la espada del cuerpo del asaltante, fue apuñalado en la garganta. Cayó al suelo, donde recibió repetidas cuchilladas. Según la leyenda, mientras yacía moribundo en el pavimento, pintó una cruz con su propia sangre e increpó a Jesús: «Ven mi fiel espada, compañera de todos mis actos». Tal vez Pizarro murió convencido de la moralidad de sus acciones. La evocadora invocación final es, en todo caso, una parte esencial de su legado.

Los viejos amigos y socios que acuñaron sus fortunas en el Nuevo Mundo habían acabado el uno con el otro en su persecución

de riquezas.

Los asesinos entonces torturaron y mataron al secretario de Francisco para conseguir información sobre el paradero de las riquezas ocultas. Saquearon la casa huyendo con las joyas. El testamento final de Francisco, en el que se detallaba su fortuna y los herederos a quienes debía ir a parar, fue robado y destruido por Diego Almagro y sus secuaces. Sus hijos rápidamente enviados al exilio.[51] Almagro y sus aliados tomaron el control, aunque solo brevemente. Las fuerzas de Hernando se reagruparon y luego capturaron y mataron a Diego.

Francisco estaba muerto. Juan, el menos conocido de los hermanos Pizarro, había perecido a manos de los incas mientras defendía Cuzco en 1536. Gonzalo asumió el liderazgo durante un tiempo, convirtiéndose en gobernador de Quito, en el recién descubierto Ecuador en 1541. Desde allí se dirigió a la cuenca del Amazonas con su compañero conquistador Francisco de Orellana —también oriundo de Trujillo y probablemente pariente— en busca de la legendaria ciudad perdida de oro llamada El Dorado. Su aventura terminó en fracaso, con muchos de los aventureros muriendo por enfermedad.

A estas alturas la ocupación española del Nuevo Mundo parecía haber adquirido un gran sentido de permanencia. La corona contemplaba las tierras no solo como fuente de saqueo, sino en términos de expansión de poder y prestigio. Si bien el excesivo uso de la violencia por los conquistadores pudo ser visto como un tanto embarazoso, y su espíritu libre ciertamente conflictivo, habían servido a los intereses de la familia real a la perfección. La recién descubierta riqueza derivada del oro permitió a la monarquía consolidar su poder absolutista contra las rebeliones internas, la más alarmante de todas la Revuelta de los Comuneros de 1520 a 1521. Desde entonces, el rey y la reina contaron con más recursos a su disposición para recompensar a su camarilla de nobles. Los tesoros

de Cortés y Pizarro fueron utilizados para respaldar un auge en los préstamos con los que sufragar las ambiciones imperiales, adelantándose claramente a otras potencias europeas.

La expansión de riquezas y la creciente sed del estado por los ingresos alentó a más españoles a declararse a sí mismos hidalgos. Además de disfrutar de un estatus más alto, los nobles estaban exentos del pago de muchos impuestos sobre sus tierras —al igual que sucedería en Francia bajo la regencia de Luis XIV, cuando los más pobres soportaban las cargas más altas—. Con cada uno de los nuevos impuestos a pagar por la expansión imperial, mayor era el número de nuevos ricos españoles, incluidos aquellos que regresaban del Nuevo Mundo, que presentaban reclamaciones tratando de probar su nobleza. Hacia 1542, casi un 12 por ciento de la población había «adquirido» —o sobornado para obtenerlo— el estatus de hidalgo. Dado que los hidalgos no debían mezclarse con «profesiones viles y básicas», no realizaban ningún trabajo productivo, lo que a largo plazo contribuyó al declive económico de España desde el siglo XVII en adelante.[52]

En las Indias, la extrema brutalidad había servido a su propósito. En 1544 —convenientemente tarde en el tiempo—, las Leyes Nuevas fueron dictadas teóricamente para proteger los derechos de lo que quedaba de la población indígena. Pero, sobre todo, constituían un intento por detener el auge de una nueva clase autónoma que emergía a miles de kilómetros del control político de la corte real. Pretendían acabar con la concesión de encomiendas y que estas fueran hereditarias, de modo que familias como los Pizarro no pudieran establecerse como si fueran aristócratas.[53]

Muchos de los conquistadores vieron estas medidas como una amenaza a su modelo de negocio, a su independencia e incluso a su supervivencia. Con su hermano mayor Francisco muerto, y ansioso por defender lo que entendía como posesiones por derecho de la familia, Gonzalo Pizarro marchó sobre Lima. Se apuntó rápidas

victorias contra los que permanecían leales a la corona, culminando su campaña con la muerte del primer virrey de Perú designado por la corona, Blasco Núñez Vela, en enero de 1546. Casi cinco años después del asesinato de Francisco, la familia Pizarro había vuelto a afianzarse en el poder. Incluso se hablaba de coronar a Gonzalo como rey del nuevo país, y elevar a todos sus partidarios al rango de aristócratas.[54] Uno de sus mayores apoyos, Francisco de Carvajal, le urgió a proclamarse rey porque, si no lo hacía, continuaría siendo vasallo de la vieja corona y, por tanto, sometido al juicio de España por matar a Núñez Vela. La única forma de evitar ese destino era romper completamente con España:

> Ningún rey puede ser un traidor. Esta tierra pertenece a los incas, sus señores naturales y, si no se les devuelve a ellos, eres tú quien tiene más derecho sobre las mismas que el rey de Castilla, pues tú y tus hermanos las conquistasteis de vuestro propio bolsillo y riesgo. Te conmino, suceda lo que suceda, a coronarte y designarte rey por ti mismo, pues ningún otro cargo corresponde a aquel que ha ganado un imperio por su fuerza y coraje. Muere como rey y no como vasallo.[55]

Gonzalo se resistió a la sugerencia. Quizás, a pesar de toda su ambición, en el fondo buscaba la aceptación de la sociedad española, como a menudo sucede entre los que súbitamente se ven enriquecidos. Las raíces de los conquistadores permanecían firmemente arraigadas en Extremadura y Castilla.

Poco después de la muerte de Núñez Vela, el nuevo representante del rey en Perú alcanzó un acuerdo con los colonizadores, ofreciéndoles revocar las Nuevas Leyes a cambio de su fidelidad. Una vez consensuado, hizo apartar a Gonzalo y lo decapitó, a pesar de ser un acuerdo entre caballeros, aunque es cierto que los hermanos Pizarro también habían engañado así a más de uno.

Eso dejaba vivo a un único hermano, Hernando, el legítimo e instruido. Un hombre menos dispuesto a la lucha y más a firmar tratos. Fue descrito por uno de sus contemporáneos como «un mal cristiano que no temía a Dios y aún sentía menos devoción por el rey».[56] Para él el Quinto Real era poco más que una estafa. Durante algunos años había estado empleando a tiempo completo a un agente en Panamá para descubrir la forma de esquivar los aranceles de aduanas y minimizar los pagos al tesoro real.[57] Al hacerlo, creó uno de los primeros paraísos fiscales de la historia, una lección que algunas islas del Caribe, tales como Bermudas, aprenderían para el futuro.

Con todos sus hermanos ahora muertos, y la corona consolidando su posición en Perú y en los nuevos territorios, Hernando decidió regresar a España. Sabía que le aguardaba el castigo, pero estaba preparado para aceptarlo con tal de poder repatriar una parte del dinero de la familia. Fue condenado en el Consejo de Indias de Madrid por su participación en el asesinato de Almagro. Sin embargo, el juicio no fue más que una excusa para ponerlo fuera de circulación. La prioridad mayor del rey y sus consejeros era consolidar su poder sobre los conquistadores y confiscar la mayor parte de su dinero.

Hernando pasó veintiún años en prisión, casi toda la condena en el castillo de la Mota en Valladolid, el mismo edificio en el que había almacenado la primera fortuna de oro de la familia tras regresar triunfante del Nuevo Mundo en 1534.[58] La Mota era más una especie de arresto domiciliario para famosos que una cárcel —uno de los Borgia, César, había sido confinado y se dice que escapó bajando por una soga—. Hernando tenía acceso a papel y pluma, y podía conseguir buenos alimentos, todos comprados y pagados con el oro del Perú. Algunos invitados, incluyendo concubinas, tenían permitidas las visitas.[59]

El ciclo del saqueo, destrucción gratuita, muerte y castigo se había completado. Francisco Pizarro había abierto el paso a uno de los más importantes países del imperio español y, después de disfrutar de ciertos lujos allá en Perú, había muerto sin consolidar nada permanente para su familia. El único que sobrevivió y, finalmente se benefició de ello, fue el astuto Hernando.

Los imaginativos contables de la familia de Pizarro habían estado muy ocupados tratando de ocultar sus bienes en el Nuevo Mundo y minimizando la exposición de la familia a posibles riesgos,[60] pero, a pesar de ello, no pudieron evitar las pérdidas. Muchas de las encomiendas fueron confiscadas por la corona y entregadas a terceros. La judicatura confiscó incluso la casa que Francisco se había construido en Lima, utilizándola como sede de sus oficinas. [61]

Hernando pasó gran parte de su tiempo entrando y saliendo de prisión defendiendo sus diversos pleitos. En 1563, el Consejo de Indias declaró que sus tierras habían sido adquiridas de forma ilícita y que «sus» indios debían ser transferidos a la Corona. El larguísimo proceso legal permitió que la familia Pizarro continuara ostentando el control y beneficiándose de sus posesiones durante algunos años más. La orden para vender las minas de Porco, el pilar más importante de la fortuna familiar, no fue ejecutada hasta 1580, y para ese momento Hernando ya había fallecido. Con todo, una gran parte de la riqueza fue confiscada, pero otra mucha pudo conservarse. Pizarro además cosechó beneficios con el auge del comercio de coca. Sus ingresos anuales, de treinta y dos mil pesos hacia 1550, fueron considerables, y comparables con los de la familia Cortés.[62] En el momento de ser liberado en 1561, Hernando era el mayor terrateniente de Trujillo.[63] Regresó a la casa familiar como un respetable y acaudalado caballero.

Yupanqui, la concubina de Francisco Pizarro y viuda de Atahualpa, se llevó a su hija Francisca de vuelta a España, donde

recibió su enorme herencia por las tierras conquistadas. A los dieciocho años, casó con su tío, Hernando, a fin de mantener las tierras en la familia —a pesar de que en ese momento él aún languidecía en la prisión—. Más tarde fue legitimada por decreto imperial, adoptando el título de Doña Francisca. La sangre inca se había mezclado con la nobleza española —aunque fuera de segundo orden—. Vivió el resto de su vida en Trujillo como una dama de alta posición. Hernando llegó a una edad avanzada y murió en una situación acomodada.

Las siguientes generaciones consolidaron la fortuna familiar, pero continuaron luchando para defender sus reclamaciones en los tribunales. En 1626, el siguiente cabeza de la familia Pizarro, también llamado Francisco, fue recompensado por decreto real con el título de marqués de Castilla, a cambio de renunciar a las antiguas reclamaciones de la familia sobre las encomiendas del Perú[64]. Además se le concedió una renta anual más que decente. Los Pizarro habían cambiado parte de sus riquezas por estatus, convirtiéndose en miembros establecidos de la nobleza española. El dinero nuevo adquirido por la conquista se había convertido en dinero viejo, como normalmente suele pasar.

$ $ $

Hoy en día el palacio construido por Francisca Pizarro en el centro de la tranquila ciudad de Trujillo aún sigue en pie. Al otro lado de la plaza Mayor hay una enorme estatua de su padre, Francisco, montado a caballo con todas sus insignias, el vivo retrato de un conquistador. La historia de la estatua forma parte de una de las muchas anécdotas del legado Pizarro que aún se discute. Un rumor probablemente erróneo que aparece repetido en las guías para turistas declara que se trata de un monumento a Cortés. El escultor

americano Charles Rumsey de Búffalo trató de ofrecérsela a los mexicanos, pero estos la rechazaron, de modo que la envió a Trujillo. Son historias como esa las que enfurecen al pequeño pero vociferante grupo de fanáticos de Pizarro. Una de ellas es una guía de turismo belga nacionalizada, Josiane Polart Plisnier, conocida localmente como «Susi», quien dos veces al año deposita una corona de flores bajo la estatua de Pizarro para conmemorar su patriotismo y coraje.

En la ciudad extremeña de Badajoz, los descendientes de la familia continúan viviendo en la persona de Hernando Pizarro, un ingeniero civil. Su antepasado fue el mismísimo Hernando y una dama llamada Isabel que le visitó en prisión. Aún hoy en día la familia se muestra muy contrariada por el injusto tratamiento dado a los Pizarro. Este descendiente describe a Francisco como «bravo y valiente», un hombre que inspira admiración por viajar hasta el otro extremo del mundo en busca de riqueza. Si bien admite que tenía defectos, critica la tendencia entre algunos historiadores y economistas a trasladar normas de ética contemporánea a épocas anteriores. España aún continúa aferrada a legados como ese, al igual que Latinoamérica. En época de Franco, los conquistadores fueron ensalzados como héroes; en los años ochenta y noventa, la España democrática acometió una radical revisión de su historia, con políticos y diplomáticos disculpándose por la violencia y la apropiación de tierras, materias primas y riqueza.

El renegado individualismo de Pizarro y su defensa del colonialismo con uñas y dientes ofendía las reglas del decoro social en su país natal, sin embargo las riquezas que trajo consigo fueron gratamente recibidas sumiéndose en el torrente que llegaba del Nuevo Mundo. Este proceso sería imitado muchas veces en los siglos posteriores. Los conquistadores fueron los primeros en identificar la localización de recursos y explotarlos como un medio inmediato de hacer fortuna.

Tras alentar a las compañías y a los aventureros privados para asumir los enormes riesgos implícitos en el comercio —y hacer la vista gorda a sus excesos contra las poblaciones indígenas—, los gobiernos españoles, portugueses, holandeses y británicos —y sus élites sociales— siguieron los mismos pasos. Las colonias que establecieron les proporcionarían poder político y económico durante siglos.

Francisco Pizarro y sus hermanos, surgidos de una pequeña ciudad, presidirían una de las primeras fiebres del oro. Desde los magnates ladrones del siglo XIX hasta los oligarcas rusos de hoy en día, todos han aprendido mucho de sus experiencias. Es imposible hacer un juicio de valor sobre los conquistadores sin hacer referencia a quienes les sucedieron en la incesante búsqueda de riquezas en el subsuelo.

[1] W.S. Maltby, *The Rise and Fall of the Spanish Empire*, pp. 22-24.

[2] R. Varon Gabai, *Francisco Pizarro and his Brothers*, p. 144.

[3] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, p. 136.

[4] H. Thomas, *Rivers of Gold*, pp. 292-293.

[5] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, p. 145.

[6]*Ibidem*, p. 20.

[7] W.S. Maltby, *The Rise and Fall of the Spanish Empire*, pp. 26-27.

[8] H. Thomas, *Rivers of Gold*, p. 309.

[9] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 36.

[10] A.W. Crosby Jr, *The Columbian Exchange*, p. 11.

[11] W. S. Maltby, *The Rise and Fall of the Spanish Empire*, p. 63.

[12] H. Thomas, *The Golden Age*, p. 242.

[13] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, pp. 47-48.

[14]*Ibidem*, p. 73.

[15] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, pp. 96-97.

[16] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 74.

[17] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, p. 70.

[18] W. S. Maltby, *The Rise and Fall of the Spanish Empire,* p. 58.

[19] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 135.

[20] R. Varon Gabai y A. P. Jacobs, «Peruvian Wealth and Spanish Investments», p. 665.

[21] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 149.

[22]*Ibidem*, p. 145.

[23] J.G. Williamson, «History without Evidence», p. 31.
[24] H. Thomas, *Rivers of Gold*, p. 233.
[25]*Ibidem*, p. 255.
[26] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, p. 32.
[27] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 146.
[28] W.S. Maltby, *The Rise and Fall of the Spanish Empire*, pp.67-69.
[29] H. Thomas, *Rivers of Gold*, p. 222.
[30] R. Varon Gabai y A.P. Jacobs, «Peruvian Wealth and Spanish Investments», p. 661.
[31] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 376.
[32] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, pp. 47-53.
[33]*Ibidem*, p. 148.
[34] H. Thomas, *Rivers of Gold*, pp. 264-265.
[35]*Ibidem*, p. 259.
[36] R. Varon Gabai, *Francisco Pizarro and his Brothers*, pp.147-148.
[37] N. D. Cook, *Born to Die*, p. 64.
[38] H. Thomas, *Rivers of Gold*, p. 268.
[39] N.D. Cook, *Born to Die*, p. 77.
[40] A.W. Crosby Jr, *The Columbian Exchange*, pp. 52-55.
[41] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, pp. 352-353.
[42] P. Bakewell, *Miners of the Red Mountain*, p. 22.
[43] R. Varon Gabai y A. P. Jacobs, «Peruvian Wealth and Spanish Investments», p. 662.
[44] R. Varon Gabai*, Francisco Pizarro and his Brothers*, pp.192-193.
[45]*Ibidem*, p. 257.
[46] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 369.
[47] W. S. Maltby, *The Rise and Fall of the Spanish Empire*, p. 67.
[48] J. Hemming, *The Conquest of the Incas*, p. 349.
[49] J. Lockhart, *The Men of Cajamarca*, p. 162.
[50]*Ibidem*, p. 151.
[51] R. Varon Gabai, *Francisco Pizarro and his Brothers*, pp. 91-93.
[52] M. Drelichman, «All that Glitters», pp. 320-325.
[53] J. Lockhart, *Spanish Peru 1532-60*, p. 5.
[54]*Ibidem*, pp. 41-42.
[55] H. Thomas, *The Golden Age*, p. 325.
[56]*Ibidem*, p. 226.
[57]*Ibidem*, p. 516.
[58]*Ibidem*, p. 365.
[59]*Ibidem*, p. 286.
[60] R. Varon Gabai*, Francisco Pizarro and his Brothers*, pp. 113-114.
[61]*Ibidem*, p. 122.
[62] H. Thomas, *The Golden Age*, p. 336.

[63] R. Varon Gabai and A.P. Jacobs, «Peruvian Wealth and Spanish Investments», p. 672.

[64] R. Varon Gabai, *Francisco Pizarro and his Brothers*, p. 295.

VI. LUIS XIV Y AKENATÓN. REYES SOL

> «Cuando vives para la opinión de los demás, estás muerto. No quiero vivir pensando en cómo seré recordado».
>
> CARLOS SLIM

¿Qué se desea cuando se ha tenido todo desde la cuna? La gloria. ¿Qué se puede hacer cuando tienes más bienes terrenales de los que jamás podrás usar? Construir tu propia ciudad. Luis XIV, el Rey Sol, manejó todas las palancas de la sociedad francesa durante siete décadas. A lo largo de su mandato presenció el ascenso de Francia hasta convertirse en la potencia prominente en Europa, consolidando el sistema de la monarquía absolutista que perduró hasta la revolución. Todo giraba alrededor de Versalles, su palacio, su creación, y su centro de poder.

Las extravagancias de Luis estaban basadas en cálculos políticos y económicos. Versalles no era simplemente un proyecto fruto de la vanidad, sino una parte esencial de su forma de gobierno. Al forzar a sus recalcitrantes nobles a abandonar París, se aseguraba que estos estuvieran siempre supeditados a él. Controlaba a los hombres, a su dinero y a sus mujeres. Su estado no podía dejar de gastar, si bien ese gasto era tanto para la glorificación de su persona como para sufragar las guerras con sus rivales. Todo ello era abonado con el dinero de una única fuente: los impuestos a los pobres. Pero, incluso así, la cantidad era insuficiente. A la muerte de Luis, Francia estaba terriblemente endeudada.

Este capítulo trata de la riqueza heredada. Luis no actuaba movido por el impulso de un hombre hecho a sí mismo. No veía la necesidad de demostrarse nada. Ni tampoco consideraba el mecenazgo como un medio de reforzar una reputación, pues su posición de privilegio no había sido construida trepando poco a poco

hasta llegar a lo más alto. Ciertamente, patrocinó a algunos de los más grandes artistas y escritores de su generación, pero solo porque era lo que los reyes hacían. Su reinado —el más largo en la historia de las monarquías europeas— estuvo basado en la estrecha fusión de poder y riqueza, y en un incuestionable convencimiento sobre su propia divinidad.

La figura paralela más cercana se le adelantó casi tres milenios. La historia del antiguo faraón de Egipto, Akenatón, solo ha podido ser conocida gracias a los historiadores del siglo XIX. Akenatón, cuyo nombre significa «el espíritu vivo de la esfera solar», gobernó en la época de mayor auge de Egipto al final de la dinastía decimoctava (1353-1336 a. C.). También él construyó su propia ciudad, Ajetatón, que más tarde se llamaría Amarna. No satisfecho con eso, se propuso crear su propia religión. A los cinco años de estar en el poder, había reemplazado la milenaria tradición politeísta por una religión monoteísta, eclipsando a los múltiples dioses y mitologías de su país con un único ascendente dios sol, Atón.

Ambos hombres crearon cultos personales basados en la imagen solar. Y lo hicieron construyendo nuevas ciudades y atrayendo a las élites para que estuvieran siempre a su alrededor. Desde los palacios de los antiguos tiempos y del siglo XVII hasta los monumentales rascacielos de las ciudades globales de hoy en día, ¿qué mayor demostración de estatus puede existir que edificar una ciudad en tu nombre?

$ $ $

Luis XIV era un don divino. Sus padres, Luis XIII y Ana de Austria llevaban casados veintitrés años y habían sufrido la pérdida de cuatro hijos, muertos al nacer. De modo que cuando el heredero del trono nació el 5 de septiembre de 1638, los cronistas describieron su

nacimiento como un milagro de Dios. Fue llamado Luis *le Dieudonné* —dado por Dios—. Su nacimiento en domingo fue considerado como un auspicio favorable, y celebrado con hogueras, fuegos artificiales, poemas y discursos.

A la edad de cinco años, Luis asumió el trono bajo la regencia de su madre, quien, a su vez, cedió el poder a su primer ministro, el cardenal italiano Mazarino. Ese arreglo se mantuvo, si bien durante ese periodo Francia se vio convulsionada por una rebelión conocida como La Fronda. Frustrados por la firmeza de una nueva clase de agentes políticos, un considerable número de pequeños aristócratas se alzó para proteger sus privilegios feudales. En 1648, justo cuando la guerra de los Treinta Años estaba llegando a su fin, París estalló en una guerra civil, con el populacho irrumpiendo en el palacio real y exigiendo ver al rey de nueve años. Según la leyenda, Luis fingió estar dormido. Ante el sonrosado rostro del niño, la cólera de los insurrectos desapareció y se marcharon satisfechos, firmemente convencidos de que no debían responder ante unos autoelegidos burócratas sino únicamente al rey, «esa brillante estrella, ese sol radiante, ese día sin noche, ese centro visible desde todos los puntos de la circunferencia».[1] Cuatro años más tarde, tras la victoria definitiva de las fuerzas reales, el rey adolescente interpretó el papel protagonista en un ballet de celebración, caracterizado de Apolo, con el cabello teñido de oro y trenzado para representar los rayos del sol.

Finalmente, Luis asumió las riendas del poder en 1661, a la edad de veintitrés años. A pesar de todas las proclamas de lealtad hacia él, los períodos de desorden fueron muy convenientes para el joven rey. La Fronda había desacreditado a los nobles, de modo que Francia se volvió hacia Luis con un entusiasmo nacido del convencimiento de que únicamente la monarquía podía mantener el orden y asegurar la prosperidad. El impopular Mazarino había muerto ese mismo año. Luis decretó que no sería reemplazado.

Tenía la intención de ocupar él mismo el cargo de primer ministro, e insistió en que sus ministros debían despachar directamente con él. El anuncio fue recibido con sorna e incredulidad. Desde que el abuelo de Luis, Enrique IV, muriera en 1610, medio siglo antes, ningún rey había ostentado el control directo de los asuntos de estado.

A fin de establecer la hegemonía que deseaba, Luis necesitaba deshacerse rápidamente de sus rivales. El más importante de todos era Nicolás Fouquet, marqués de la Bella Isla y superintendente de Finanzas durante la regencia de Mazarino. Además de mantener un pequeño ejército privado, Fouquet se había hecho construir un enorme palacio en Vaux-le-Vicomte, al sudeste de París. El proyecto había necesitado más de dieciocho mil obreros, con un coste de 18 millones de libras, y requerido la demolición de tres aldeas. Desde esa ostentosa base, estableció casi un monopolio sobre el patrocinio de célebres artistas y escritores. Con motivo de la ascensión del rey al trono, Fouquet invitó a seis mil comensales a cenar en su castillo y presenciar una obra de Molière. La velada finalizó con un espectacular despliegue de fuegos artificiales.

A Luis no le gustaba la idea de verse ensombrecido por un simple marqués, así que hizo arrestar a Fouquet bajo los cargos de traición y malversación. Su verdadero crimen fue intentar competir con el rey en términos de esplendor y riqueza. Fue encerrado en una fortaleza, donde murió diecinueve años después.[2] Luis confiscó ciento veinte tapices, además de las estatuas y naranjos de la hacienda de Fouquet. El mensaje para cualquiera de sus futuros competidores por el poder, prestigio y patrocinio estaba claro. Como Voltaire escribió: «El 17 de agosto a las seis de la tarde, Fouquet era el rey de Francia. A las dos de la mañana no era nadie». Obviamente, Fouquet se había aprovechado de la Fronda para amasar una fortuna. Pero no estaba solo; la mayoría de los nobles también se

beneficiaron de ello. Su error fue no apreciar con suficiente rapidez el cambio en el poder.

Un hombre que sí lo hizo fue Jean-Baptiste Colbert, quien había ordenado el arresto de Fouquet, sucediéndole a cargo de las finanzas de la nación y la reputación real. Fue ministro de Finanzas, jefe del Banco Central y asesor político, todo en uno. Sin embargo, al margen de lo poderoso que era comparado con otros, se aseguró bien de nunca contradecir al rey.

Tras el arresto de Fouquet, todos los escritores y artistas a su servicio pasaron a formar parte de la casa real. En junio de 1662, Luis XIV organizó dos días de festejos con carrusel en las Tullerías, sobrepasando a su anterior rival en espectáculo y extravagancia. Cinco equipos de nobles compitieron en distintas justas y esgrima —caracterizados de romanos, persas, turcos, indios y americanos— con el vencedor de cada día recibiendo un diamante y un retrato del rey enmarcado con preciosas gemas.[3]

Colbert ordenó al poeta y crítico Jean Chapelain que realizara un informe sobre los usos de las artes «para preservar el esplendor de las empresas del rey».[4] La tarea suponía en realidad la reorganización de la cultura para poder transmitir una imagen del absoluto poder real. Así, las academias establecidas durante el reinado de Luis fueron cruciales instrumentos de control. Un precedente había sido establecido con anterioridad. En 1634, el cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII, había descubierto a un grupo de intelectuales que organizaban reuniones secretas en París. A fin de neutralizar esa posible fuente de autonomía cultural y protesta, Richelieu decidió fundar la Academia Francesa para atraer a los intelectuales bajo el patrocinio financiero de la corona, a cambio de su lealtad política. El cardenal declaró: «Las cuestiones de política y moral deben ser tratadas en la Academia de conformidad con la autoridad del Príncipe, el gobierno del estado, y las leyes de su reino».[5] Luis XIV y sus ministros extendieron ese principio,

estableciendo academias para disciplinas que iban desde la pintura y escultura a la ciencia, la música y la arquitectura.

La economía fue recalibrada con un único fin: la proyección de la majestad del rey. En 1663 se construyó una fábrica en la avenida de los Gobelinos de París, con doscientos trabajadores dedicados a la producción de muebles y tapices para los palacios reales. En 1671 prácticamente todas las ramas de la cultura habían sido encauzadas bajo el control del estado. El patrocinio financiero y la mejoría en el estatus ofrecida por las academias significaban que cualquier artista con ambición —o instinto de supervivencia— se ofreciera al servicio del rey —desde Racine a Molière, desde el pintor Charles Le Brun al compositor Jean-Baptiste Lully—. Las academias encargaban trabajos y organizaban concursos; en 1663 la Academia de Pintura y Escultura organizó un premio al mejor cuadro o estatua que representara las acciones heroicas del rey. Chapelain, el encargado de supervisar la esfera literaria, explicaba en una carta dirigida al poeta italiano Girolamo Graziani: «Conviene para honra de su Majestad, que las alabanzas parezcan espontáneas, y para parecer espontáneas han de imprimirse fuera de sus dominios».[6]

La manifestación de gloria y el ejercicio de control sustentaron el gobierno de Luis. Habiendo apartado o castigado a aquellos que buscaban afianzar su independencia durante la regencia, proyectó su poder por todo su reino y más allá. Además de la cultura, la arquitectura y la guerra fueron pilares fundamentales para conseguir sus propósitos. La única parcela donde el rey delegaba un cierto control era sobre las finanzas de la nación. En su defensa, hay que decir que había heredado de su padre un auténtico desastre fiscal, con el paréntesis de La Fronda empeorando aún más las cosas.

Colbert deseaba convertir Francia, a pesar de sus tradiciones feudales y militaristas, en un estado más orientado al comercio. Para ello emprendió una profunda reorganización de la industria nacional y naviera, mejorando los canales, carreteras y otras partes de la

infraestructura. Ansiaba competir con Inglaterra y Holanda por el comercio extranjero, fundando por edicto real la Compañía Francesa de las Indias Orientales en 1664. Luis se mostró entusiasmado con la perspectiva de una Francia modernizada, con un estatus más elevado, siguiendo con profundo interés esos planes. Por el contrario, no estaba especialmente preocupado por el estado de las finanzas de la nación, dejando la tarea por entero en manos de su leal lugarteniente. El principal problema de Colbert era detener el déficit del presupuesto. No pudiendo hacer nada para frenar el gasto —al menos el del rey—, tenía que aumentar los ingresos. En un primer informe al regente de Luis, Mazarino, Colbert se quejaba porque solo la mitad de los tributos pagados por el pueblo llegaran al tesoro. Las exenciones fiscales a los ricos eran, como siempre, un problema.

El impuesto más conflictivo era la *taille* (talla), un impuesto sobre las tierras basado en unos catastros rudimentarios, que había sido establecido doscientos años antes en el reinado de Carlos VII. La nobleza, el clero, la corte y los oficiales del gobierno estaban exentos. Boisguilbert, un noble, juez y pionero economista, estimaba que durante el reinado de Luis no más de un tercio de la población pagaba la talla —y ese era el tercio más pobre—. El método era terriblemente complicado, pero, en resumen, consistía en implicar personalmente a los oficiales locales como responsables directos de recaudar la suma decretada. Esto generó una próspera clase de intermediarios y cobradores que se llevaban un pellizco del dinero conseguido. Pero con la zanahoria llegaba el palo: el fracaso a la hora de recaudar la cantidad completa exigida era sancionado con la prisión. En una sola ciudad, Tours, en 1679, cincuenta y cuatro recaudadores fueron encarcelados. La retórica estaba diseñada para invocar el sentido del deber patriótico. Los impuestos pagados en nombre del rey eran un *don gratuit* —una dádiva o un acto de benevolencia.

Cuanto más gastaba Luis, más se secaban las arcas y más había que exprimir a las clases bajas para quitarles cualquier cosa que tuvieran. La crueldad era extrema, pero aún así fue aplicada por todos los rincones: ojos que no ven, corazón que no siente. Su imposición no fue nunca planteada en la corte, o al menos no en presencia del *grand monarque*.

El duque de Saint-Simon, un miembro de esa corte, describe en sus memorias los problemas que conllevaban las «derrotas y el deshonor» de la guerra, así como la miseria de la privación y el hambre.[7] Sus crónicas proporcionan una valiosa y crítica relación de los impuestos aplicados para hacer frente a las desmesuradas ambiciones del rey y la creciente y cada vez más desesperada necesidad de ingresos. Fueron publicadas tras su muerte —de otra forma no hubiera podido sobrevivir a causa de su franqueza al exponer los hechos—. Los tributos, escribió: «Aumentados, multiplicados y recaudados con el más extremo rigor, completaron la devastación de Francia».[8] Estos incluían una «onerosa y odiosa» tasa sobre bautismos y casamientos. Cuando los pobres trataron de evadir su pago realizando matrimonios y ceremonias de bautismo extraoficiales, las autoridades enviaron a las tropas.

Cuando ya no tenían nada que perder, los campesinos a veces les plantaban cara. En la región de Vivarais, al sudeste del país, los campesinos eran requeridos a pagar 10 libras por cada nuevo hijo varón nacido y 5 por cada hembra, además de 3 libras cuando compraban un abrigo nuevo, y 5 si se trataba de un sombrero. Su revuelta no fue contenida hasta que se mandó desplegar una fuerza de casi cinco mil hombres.

Una referencia similar aparece en una carta de 1775 de Madame de Sévigné, una muy conocida aristócrata y prolífica escritora, dirigida a su hija, en la que se mencionan disturbios en Bretaña. Su misiva empieza y termina comentando banalidades sobre el olor del vino y otras «cosas bonitas», pero entre medias se pregunta:

> ¿Quieres tener noticias de Rennes? Un impuesto de cien mil coronas ha sido exigido a los ciudadanos; y si esta suma no se recauda en veinticuatro horas, la cantidad será doblada y recolectada por los soldados. Han desalojado las casas y expulsado a los ocupantes de una de las calles más importantes, prohibiendo a todo el mundo acogerlos so pena de muerte; de modo que los pobres miserables (ancianos, mujeres cerca del confinamiento y niños) pueden ser vistos vagando por las calles, lamentándose por su marcha de la ciudad, sin saber adónde ir, sin comida o un lugar donde yacer. Anteayer un violinista fue torturado en el potro por organizar un baile y robar un poco de papel timbrado. Fue descuartizado tras morir, y sus miembros expuestos en los cuatro extremos de la ciudad. Sesenta ciudadanos han sido encarcelados y la aplicación de su castigo comenzará mañana. Esta provincia sirve como ejemplo a las demás, mostrando que, por encima de todo, está el respeto a los gobernadores y sus esposas, y que nunca se debe lanzar piedras a su jardín.

Luis veía la glorificación de su majestad como una obligación. El pueblo, insistía, no esperaba menos de él. Inicialmente se centró en la ciudad de París, exigiendo la reconstrucción de dos de sus palacios —el Louvre, que comenzaría en 1663 y, las aledañas Tullerías en 1664—. Levantó templos en honor a Apolo, abarrotándolos con imaginería del rey sol. Pero su mente pronto se volvió hacia otra parte, con proyectos a mucha mayor escala.

Versalles era poco más que un chalet a veinte kilómetros al sudoeste de París, «el sitio más inhóspito de todos los lugares», [9]donde Luis iba a cazar con su padre. Situado en una ciénaga infestada de mosquitos, era un lugar poco propicio para construir. A pesar de ello, o debido a ello, el rey estaba decidido a crear un palacio allí para ensombrecer a cualquier otro de la tierra. La ubicación fue escogida con el propósito de plegar la naturaleza a su voluntad, al igual que se exigía a sus súbditos. Colbert le aconsejó prudencia, sugiriendo que los planos iniciales del edificio parecían «más orientados al placer y diversión de su majestad que a ensalzar su gloria».[10] Luis le ignoró, de modo que tuvo que aceptarlo y liberar fondos para acometer el *grand projet*.

El palacio fue concebido y construido en cuatro etapas a lo largo de varias décadas. Tan altos fueron los índices de mortalidad entre los equipos de construcción, que los cadáveres se retiraban por la noche para no desmoralizar al resto de trabajadores. Los diez años de relativa paz iniciados con la firma del Tratado de Nimega en septiembre de 1678, que puso fin a la larga guerra franco-holandesa, marcaron el tercer y más importante período, transformando completamente el palacio, tal y como puede verse hoy en día.

Cada aspecto del diseño giraba alrededor de la gloria del rey. Luis oía misa cada mañana, mirando desde lo alto de la tribuna real, frente al altar y el órgano, a través del pavimento de mármol de la capilla. Sin embargo, muy astutamente, la capilla no estaba ubicada en el corazón del palacio. El eje central, a través del *cour d'honneur*, llevaba a los visitantes hasta el salón de los Espejos, una imponente cámara que dominaba los cuidados jardines y donde los espejos reflejaban la luz natural. El rey se sentaba en el trono para recibir a los embajadores y otros visitantes, que llegaban agotados por el largo paseo a través de las escalinatas y los muchos corredores. En esa larga caminata se habrían visto obligados a maravillarse con los grandes cuadros, tapices y esculturas que adornaban cada estancia. El mensaje era evidente: Francia, en arte y cultura, era ahora mucho más que un rival para Venecia y otros centros culturales de Europa. Las imágenes cristianas escaseaban: predominaba la imaginería solar. El salón de Apolo —salón del trono— estaba decorado con frescos en el cielo raso mostrando al dios conduciendo su carro acompañado por figuras representando las estaciones del año. Apolo era la imagen dominante, tanto en los jardines como en palacio: frescos, estatuas, mosaicos, tapices y retratos estaban dedicados a sus múltiples logros. El motivo del sol adquiriendo una gran relevancia: daba luz y vida a todo lo demás. El Rey Sol era el benefactor universal, derramando su generosidad sobre todos sus

súbditos, sin prestar atención a su riqueza o rango —si bien no era eso lo que se deducía de su política de impuestos—. Colbert, pese a todos sus intentos de reforma fiscal y austeridad, reforzó en el rey una visión de los méritos prácticos y financieros de Versalles: «Nada hace más para destacar la grandeza e inteligencia de los príncipes que los edificios», declaró, «y toda la posteridad se mide por el patrón de esos supremos palacios que construyeron durante sus vidas».[11]

En 1682 Luis trasladó toda su corte a su nuevo hogar, junto con la administración central del gobierno. En su momento más boyante, la corte de Versalles estaba compuesta por veinte mil personas, con mil nobles y cuatro mil sirvientes viviendo en el complejo del palacio propiamente dicho, y otros cuatro mil nobles con sus criados residiendo en la ciudad. Era una sociedad elitista y autosuficiente. Representaba un nuevo comienzo, lejos de la apiñada rivalidad de la arquitectura de la capital y del traumático hogar de la infancia de Luis durante La Fronda.

La reubicación tenía un propósito político directo. Al mudar a la élite de sus círculos tradicionales de poder y política, el Rey Sol forzaba a los nobles a orbitar alrededor de su nuevo centro de poder, cuya promoción, favores y dádivas dependían de él. La población aristócrata que residía en la corte de Versalles estaba sometida a agobiantes gastos al tratar siempre de destacar sobre los demás en extravagancia. Un noble soltero en Versalles con una plantilla de doce sirvientes necesitaba 12.000 libras al año para poder financiar su estilo de vida. Solo unos pocos podían permitirse esa suma; el resto dependía de la generosidad de la corona para obtener una pensión real que completara sus ingresos. En 1683, 1.400.000 libras fueron abonadas para sufragar esas pensiones, representando alrededor del 1,2 por ciento de los gastos totales del gobierno.

Estos rituales financieros eran parte del sistema de patronazgo y control de Luis. La nobleza era complacida en la corte, pero en su

mayor parte, excluida del gobierno. Las grandes figuras religiosas ya no eran admitidas. Luis tenía cuatro consejos, pequeños grupos que le asesoraban en finanzas, asuntos del extranjero, asuntos internos y judiciales. La mayoría de los miembros eran hombres de clase media, a menudo abogados plebeyos (*gens de la robe*) que le debían todo al rey y no podían independizarse de él. Las reuniones se celebraban en los aposentos reales. Todos los miembros podían participar en la discusión de las materias tratadas, pero las decisiones descansaban en un solo hombre. No se tomaban notas ni se levantaba ningún acta. La voluntad de Luis era tal y como él la decretaba.[12]

Versalles se convirtió en el escenario sobre el que el rey actuaba para cumplir sus obligaciones reales. Su prematuro entrenamiento como bailarín de ballet le había preparado bien para aparecer públicamente en el estrado. Tal y como observó Saint-Simon: «Luis XIV estaba hecho para una corte brillante. En medio de otros hombres, su figura, coraje, gracia, belleza, su imponente semblanza, incluso el tono de su voz y la majestad y encanto natural de su persona, le distinguieron hasta su muerte».[13] También Voltaire atestigua esa preeminencia del rey a pesar de su corta estatura —apenas medía un metro sesenta—: «Por encima de todos sus cortesanos, Luis se alzaba con la gracia de su figura y la noble majestad de su semblante. La reverencia que inspiraba en aquellos que se dirigían a él, halagaba secretamente la consciencia de su propia superioridad».[14] El prelado del rey, el obispo Bossuet, veía la gloria de Luis como necesaria para dar al pueblo un propósito en la vida, trayendo el orden a la sociedad: «Dios prohíbe la ostentación inspirada en la vanidad y el desaforado despliegue alimentado por la intoxicación de las riquezas: sin embargo, es también su deseo que la corte de los reyes sea extraordinaria y magnífica para inspirar respeto a la gente del pueblo».[15]

Incluso los aspectos más íntimos y mundanos de la vida cotidiana de Luis eran ritualizados e interpretados como simbólicos. El *lever* y *coucher* —el levantarse y acostarse del Rey Sol— eran momentos culminantes en la rutina de la corte y la nación. El dormitorio del rey era el punto central de Versalles, el eje del gobierno de todo el palacio. La intimidad de su ubicación y la ocasión reforzaban su autoridad. Cada mañana una élite escogida se congregaba en su dormitorio para observar y asistir a Luis mientras se levantaba, rezaba, se aseaba o se vestía; por la noche, era igualmente asistido mientras se preparaba para dormir. Estos rituales estaban a su vez subdivididos en dos categorías jerárquicas: toda la corte debía esperar en la galería el *grand lever*, o aparición del rey de sus aposentos privados, mientras el *petit lever* era menos formal, y solo un selecto grupo de cortesanos podía asistir a él. Tenderle al rey su camisa por las mañanas o recogerla por la noche era visto como un inmenso honor. Se trataba de una deferencia por humillación. Luis había triunfado en su propósito de hacer que los más altivos aristócratas se inclinaran a su voluntad. La presuntuosa rebelión de La Fronda era algo del pasado.

Dividir y gobernar eran esenciales. En ese claustrofóbico micromundo de Versalles todo el mundo se conocía entre sí. El chismorreo y la crítica fluían libremente como consecuencia de la intensa rivalidad y el aburrimiento. El acceso al rey era cuidadosamente controlado y utilizado para denotar quién contaba con su favor y quién no. Se habían dictado estrictas normas sobre quién podía verle, cuándo, cómo y qué papel se le permitiría representar. Algunos cortesanos esperaban durante años solo para ser reconocidos con un perentorio ademán. Tales rituales tenían también su reflejo en las comidas. Un pequeño número de miembros cuidadosamente escogidos del público tenían permitido el acceso a palacio al final de la tarde para contemplar la última colación del rey en el día, el *grand couvert*. Luis picoteaba de los muchos platos

dispuestos en la gran mesa, en un gesto de aprobación a la industria agrícola de Francia. Algunas veces abría sus aposentos a los nobles para diversiones como las cartas o el billar.

El sexo era otro de los pasatiempos de Luis. Durante su reinado tuvo una esposa y tres amantes reconocidas, junto con eventuales escarceos cada vez que estaba de humor. Su matrimonio con la infanta María Teresa había sido un arreglo totalmente político. Inicialmente, el joven Luis se había sentido atraído por María Mancini, la sobrina de Mazarino, pero entonces comprendió la importancia de establecer un tratado de paz con España. Su primera amante fue la señorita de la Valliére, de solo diecisiete años. Estuvo prendado de ella hasta que unos pocos años después le aburrió. En 1674 la joven se retiró a un convento carmelita. Madame de Montespan, que había estado intrigando contra la amante número uno durante algún tiempo, ocupó el primer lugar en los afectos del rey durante nueve años, aunque no sin alguna rival ocasional. Se le concedió un ala del palacio con veinte habitaciones a su disposición, nueve más que a la propia reina. Tuvo nueve embarazos y le dio a Luis siete hijos. Su educación fue encomendada a una tal Madame Scarron —o marquesa de Maintenon, como el rey decidió que se la llamara desde 1678—. La joven era nieta de un famoso líder protestante e hija de un pródigo sin trabajo. Nacida en la antecámara de una prisión y huérfana desde los siete años, Scarron era una cuestionable candidata como gobernanta. Su baja cuna hizo que su elección como la tercera y última amante del rey fuera también de lo más impropia. Pero nadie fue tan valiente como para decir nada.

Por toda la corte, Luis dispensaba sus favores a cambio de absoluta lealtad. Le gustaba disfrutar con sus nobles mientras estos no trataran de hacerle sombra. Con motivo del matrimonio del duque de Borgoña con la joven princesa de Saboya, que coincidía con el final de la guerra de la Liga de Augsburgo, el rey anunció su

deseo de ver una corte magnífica. Como siempre, no se debía reparar en gastos: «nadie pensó en consultar el estado de sus finanzas: todo el mundo trató de superar a su vecino en riqueza e inventiva. El oro y la plata ya no eran suficientes: las tiendas de los comerciantes se vaciaron en pocos días; en otras palabras, el lujo más desenfrenado reinó en la corte y la ciudad».[16] El rey fue honrado con un enorme diamante del tamaño de una «ciruela claudia». El regalo sería pagado por el estado —o más bien por los pobres—. «Debe considerar el honor de la corona, y no perder ocasión de obtener un diamante de valor incalculable que eclipsará el lustre de todas los demás en Europa... era una gloria para su reinado que duraría para siempre», escribió Saint-Simon.[17] «Le gustaba el esplendor, la magnificencia y la profusión en todo: se le complacía si brillabas a través del resplandor de tus casas, tus ropas, tu mesa, tu equipaje. Así, el gusto por la extravagancia y el lujo se extendió a través de todas las clases sociales».[18]

Versalles tal vez consiguiera aglutinar a los nobles bajo su ala, pero también llevó a Luis a un aislamiento completo de su pueblo. Aparte de algunas pocas semanas en su palacio de Compiègne en verano y Fontainebleu en otoño (apenas ocupado), se pasaba todo el tiempo en Versalles. En sus últimas décadas, prácticamente no se aventuró por el resto de Francia. El esplendor de su palacio reforzaba la noción de su divina infalibilidad. Sin embargo, en las regiones más apartadas y olvidadas, la rebelión continuaba. Los nobles locales —desde Burdeos a Grenoble, desde Rennes a Metz— veían impotentes cómo el poder de sus *parlements* y gobiernos era mutilado. La autoridad del rey era ejercida a través de los intendentes reales, hombres que él mismo escogía —a menudo entre los comerciantes de rango más bajo— para asegurarse que todo el mundo se plegara a su voluntad.

Esa segunda mitad del épico reinado de Luis está caracterizada por el desenfrenado gasto, la autoveneración, el absolutismo y las

continuas guerras. Luchó —cosechando por lo general rotundos fracasos— en tres grandes y largas campañas militares —la guerra franco-holandesa, la guerra de la Liga de Augsburgo y la guerra por la sucesión española—, por no mencionar un gran número de pequeñas contiendas.

Puede que el reino estuviera exhausto, pero la escala de su extravagancia no hizo más que incrementarse. Esa fue la cruz que su gente hubo de soportar. La revocación del Edicto de Nantes en 1685 y la persecución de los hugonotes, llevaron al rey desde el terreno de una política inteligente y el liderazgo en los negocios al fanatismo. Estaba cada vez más influenciado por Madame de Maintenon, una adusta y devota mujer. Los buenos tiempos de las grandes fiestas terminaron. En todo caso, debido a los gastos de las distintas guerras, las finanzas del estado y de la corte se habían quedado desesperadamente vacías.

La muerte de Colbert, un año después del traslado a Versalles, marcó un punto de inflexión en la riqueza de Francia. La corte se había quedado sin el único hombre con autoridad para desafiar al rey; su sucesor y anterior rival, el marqués de Louvois, era mucho más dócil. La muerte ese mismo año de María Teresa permitió a Luis casarse con Madame de Maintenon. Fue esposa y reina pero solo nominalmente. A pesar de todo su desenfrenado poder, Luis no quería sentar el precedente de casarse con una mujer de clase baja, de modo que su matrimonio nunca fue formalmente consagrado.

Por dos veces Francia fue golpeada por la hambruna durante el reinado de Luis, en 1693 y 1710. Se estima que dos millones de personas perecieron. En la mente de Luis, esos apuros proporcionaron una nueva oportunidad de imponer tributos. Cuando la gran helada de 1709 causó la pérdida de las cosechas, el trigo fue recolectado por las autoridades en enormes graneros; se fijaron los precios y la comida fue racionada. Saint-Simon describió la decisión como el resultado de una «opresión tan larga, segura y cruel»,

sugiriendo que siguiendo órdenes de Luis se había producido una deliberada escasez: «Muchas personas creían que los hombres de finanzas se habían aprovechado de esa oportunidad para confiscar todo el grano del reino, a través de emisarios enviados por todas partes a fin de venderlo al precio que juzgaran conveniente para el beneficio del rey, sin olvidar el suyo propio».[19]

Para entonces Luis llevaba buscando nuevas formas de recaudar dinero en efectivo durante más de dos décadas. En 1687, un año después de que se formara la Liga de Augsburgo, una alianza de la mayoría de las potencias europeas para resistir los planes expansionistas de Luis, se le convenció para vender la plata de la familia. En su dormitorio había una mesa de plata auxiliar, que pesaba trescientos cincuenta kilogramos, junto con un espejo aún más pesado, además de escabeles, macetas para naranjos e incluso incensarios. Alrededor de veintiún toneladas fueron fundidas para afrontar los costes de la guerra. Esa fue una humillación que Luis intentó ocultar. Nadie hizo comentarios al respecto, al menos no en público.

Así mismo, se vio obligado a devaluar la moneda hasta un tercio de su valor, lo que le permitió pagar las deudas con más facilidad: esta medida «aportó algunos beneficios al rey, pero trajo la ruina a los empresarios privados y el caos al comercio», relató Saint-Simon.[20] Muchos a su alrededor veían sus actos como crueles y económicamente temerarios, si bien se sentían impotentes para actuar. El ministro de Finanzas y de la Guerra, Michel Chamillart, escribió al rey rogándole que le relevara de sus deberes. Todo acabará «yendo mal y pereciendo» debido a la intensa presión a la que estaba sometido, se quejó. Luis replicó: «¡Bien! ¡Pues entonces perezcamos juntos!».[21]

Saint-Simon resumió así la situación de la economía:

> La gente no deja de preguntarse qué ha pasado con todo el dinero del reino. Nadie puede seguir pagando, porque nadie cobra: la gente del campo, abrumada por los impuestos y con propiedades sin valor, se ha vuelto insolvente; el comercio ya no rinde nada, la buena fe y la confianza se han acabado. De este modo, el rey no tiene recursos, excepto el terror y su ilimitado poder, que, por enorme que sea, ha fracasado también en su deseo de tener más y ejercitarse para ello. Ya no hay circulación de dinero, ni medios para restablecerla. Todo ha ido pereciendo paso a paso; el reino está totalmente exhausto.[22]

Luis falleció en Versalles en 1715, cuatro días antes de su setenta y siete cumpleaños. Incluso su lenta agonía, en la que sus cortesanos vigilaban atentamente la evolución de su pierna gangrenada, fue una exhibición pública. Como otros miembros del clan de los superricos, ya sean hechos a sí mismos o por sangre azul, en los últimos años de su vida dedicó muchas horas a pensar ansiosamente sobre su legado. La sucesión no estaba nada clara. Ni tampoco, temía, su reconocimiento histórico y religioso. Sus palabras a su bisnieto, el delfín y supuesto heredero, Luis XV, están grabadas en la historia de Francia: «Me ha gustado mucho la guerra». Al igual que con Craso en la República de Roma, las aventuras militares de Luis fueron su perdición. Dejó al país sumido en deudas, aproximadamente unos 2 millones de libras —el equivalente a 160.000 millones de hoy en día—. Nunca en su vida examinó sus libros de contabilidad ni pagó por Versalles.

Sin embargo la opulencia de su reino era considerada un deber, y no un estilo de vida escogido. Es posible que dijera —tal y como se ha recogido sin ninguna evidencia histórica—: *«L'état c'est moi»* («El Estado soy yo»). Virtualmente había estado toda su vida en el trono. No conocía otra cosa. Francia no conocía a nadie más. Fue enterrado en la basílica de Saint-Denis, a las afueras de París, el lugar de descanso de los reyes. Ochenta años después, cuando los revolucionarios ejecutaron a su descendiente Luis XVI, el cuerpo del Rey Sol fue exhumado y destruido.

Pocas eras han visto tanta riqueza exhibida por un solo individuo. Luis se complació a sí mismo y fue complacido, mientras la mayoría de sus compatriotas sufrían guerras y privación. Sin embargo, las ceremonias y actos de ensalzamiento de su gloria no eran simple ostentación. La tierra orbitaba alrededor del Rey Sol, absorbiendo sus rayos. Él ordenaba y recibía. Él mismo lo explicaba así.

> La gente se equivoca gravemente al imaginar que todo esto es mera ceremonia. El pueblo a quien gobierno, incapaz de ver el fondo de las cosas, juzga usualmente por lo que ve desde fuera, y es a menudo por su procedencia y rango como miden su respeto y obediencia. Si bien es importante que el pueblo sea gobernado por una sola persona, también lo es que la persona que cumpla esa función esté tan por encima de los demás que nadie pueda confundirse y compararse con ella; y uno no puede, sin dañar a todo el cuerpo del estado, despojar su cabeza de la más mínima marca de superioridad que la distingue de sus miembros.[23]

A pesar de toda su grandilocuencia y orgullo, de toda su prodigalidad financiera, Luis es indiscutiblemente el primer líder en hacer de Francia un moderno estado buscando racionalizar y centralizar sus prácticas y consiguiendo elevar la cultura hasta hacerla una misión nacional. Este fue, tal y como destaca Voltaire, le *Grand Siècle* —el Gran Siglo.

$ $ $

Retrocediendo casi tres milenios, vemos un paralelismo indiscutible —un líder semidivino, un dios sol, el creador de una nueva ciudad—, en el caso de Akenatón, el promulgador de una nueva religión.

Nació siendo Amenofis IV, un faraón de la XVIII dinastía del antiguo Egipto. Su padre había establecido un imperio que se extendía desde Siria por el norte hasta Nubia en el sur, primero con

sus fuerzas militares y, más tarde, consolidándolo con la diplomacia y el comercio, con concesiones y tributos llegados desde tierras extranjeras.[24] Fue una época de estabilidad y prosperidad, pero el nuevo regente —el hijo de Amenofis III y padre de Tutankamón— estaba decidido a dejar una marca indeleble en la historia. En el quinto año de su reinado, abandonó la tradicional capital espiritual de Tebas, donde había sido coronado, para construir una ciudad completamente nueva a trescientos veinte kilómetros hacia el norte, en una remota y poco poblada región en la ribera este del Nilo. El lugar sería dedicado a Atón, la esfera solar, y sería llamado Ajetatón —ahora conocido como Amarna—. Un mes antes de su llegada al lugar, Amenofis cambió su nombre por el de Akenatón, el «espíritu vivo de Atón».

Akenatón era un radical. Estaba preparado para pisotear sin contemplaciones la tradición y humillar a los agentes del poder de Egipto en sus ansias por dejar huella. En cuestión de pocos años, retiró el control a los sacerdotes de Amón, colocando a Atón y a sí mismo como el centro de un sistema solar de riqueza y poder. Akenatón se sirvió del vasto aparato de la teología egipcia para construir su propia y suprema autoridad. La mitología politeísta del antiguo Egipto no ocupaba una esfera religiosa específica, sino que impregnaba todos los aspectos de la vida diaria. Al reinventar los dioses, Akenatón pudo controlar a su pueblo.

La construcción de la mitología solar requería un gran lienzo sobre el que pudiera caber la grandeza de los reyes sol. Tal y como uno de los historiadores comentó sobre Versalles: «Solo el más espléndido edificio de Europa podía acomodar un sistema solar de metáforas»; lo mismo puede aplicarse a Akenatón.[25] Atón era el reflejo de la magnificencia de Akenatón, y Ajetatón la ciudad en la que construyó su poder. Akenatón hizo su declaración de intenciones en dos *estelae* (grandes lápidas) que erigió tras su primera visita al aún desértico lugar: «Haré Ajetatón para Atón, mi padre, el lugar

que él mismo creó para estar rodeado por las montañas, en el que pueda conseguir la felicidad y en la que yo le veneraré. ¡Eso es!». [26] Esas estelas estaban diseñadas para ofrecer a sus nuevos habitantes un sentimiento de identificación con la ciudad. Ajetatón estaba rodeada por colinas de piedra caliza y dividida por la mitad por el Nilo en sentido norte-sur. La ribera oeste era utilizada para cultivo y la del este para la construcción. Ese sería un nuevo lugar sagrado que impediría a las familias regresar a la práctica de sus tradicionales ritos religiosos.

En el momento de su máximo auge, Ajetatón debió albergar una población de más de veinte mil habitantes. Templos y palacios estaban rodeados por oficinas administrativas, estructuras para la producción y almacenamiento de bienes, y viviendas para la comunidad. Los edificios identificados incluyen una oficina de registros, cuarteles para las tropas, graneros y panaderías. En la periferia estaban las tumbas de la familia real y de los oficiales de alto rango. Los templos no eran solo instituciones espirituales sino también centros del poder temporal para controlar los ingentes bienes materiales —tierras de cultivo, grandes almacenes de grano, metales preciosos y esclavos—. Las ofrendas necesarias para mantener a los dioses sostenían también toda una economía terrenal. Cada templo manejaba su propia microeconomía, sin olvidar nunca las demandas de los faraones. Enormes graneros fueron construidos dentro de los recintos del templo, en parte como protección contra las malas cosechas. El grano significaba riqueza, y sus enormes almacenes estaban ahí para poder enviarlo por todo el país e incluso al extranjero para la consecución de los grandiosos planes reales. Los templos más importantes eran la reserva bancaria del momento.[27] La autonomía de los mismos dependía de su lealtad. Los de mayor tamaño poseían flotas de barcos mercantes; otros tenían adjudicados los derechos de explotación de las minas de oro. Por su parte, los faraones realizaban a los templos ofrendas

directas de metales preciosos y joyas como expresión de piedad; con frecuencia, el exceso del botín de las campañas en el extranjero.

Al igual que los palacios de la época de Luis XIV, los templos eran la fuente y, a menudo, la proyección de poder. Pero no funcionaban en sentido único. Los templos tenían su propia base de poder, perdurando más que los reinados de los faraones individuales y pudiendo legitimar el gobierno de determinados faraones a cambio de su patrocinio, tal y como el culto a Amón hizo con la reina Hatshepsut. El poder de las deidades, y de las instituciones y sacerdotes asociados al templo, surgía y caía, enmascarado detrás del mito de lo eterno. Ajetatón no estaba dominada por los templos consagrados a Atón, sino por los palacios de la familia real que se alineaban a lo largo de la orilla del Nilo y, en particular, a la «carretera real» —el eje de la ciudad que corría paralelo al río, uniendo los palacios—. El Gran Palacio era el de mayor tamaño, cubriendo un área de quince mil metros cuadrados y sirviendo a las necesidades oficiales de Akenatón como cabeza del estado. Los eruditos han especulado si la familia real vivió en el palacio de la orilla norte o en otro palacio más al norte, sirviendo como edificio de ceremonias o posible residencia de la princesa Meritatón, hija mayor de Akenatón y de su esposa Nefertiti, con quien se había casado al principio de su reinado. El Gran Palacio contenía un enorme patio rodeado por grandes estatuas de Akenatón, y una serie de vestíbulos, pequeños patios y monumentos dispuestos formalmente a lo largo del paseo. En el ala sur del palacio se encontraba un inmenso vestíbulo construido para el inmediato sucesor de Akenatón, Smenkara, con quinientas cuarenta y cuatro columnas de ladrillo y muros con brillantes azulejos vidriados. Ese palacio proporcionaba a Akenatón «un entorno suntuoso y semireligioso para mostrar la nueva religión y arte»[28] a importantes invitados, incluyendo tal vez enviados extranjeros.

Al igual que Luis, Akenatón buscaba asegurar que la élite estuviera supeditada a su persona. Tanto él como la familia real recibían y recompensaban a los súbditos leales en un ritual realizado desde el balcón llamado «Ventana de las Apariciones» en el Gran Palacio. Su patrocinio aparecía representado en relieves de piedra en las tumbas de los oficiales de alto rango de Ajetatón. Osiris y el peligroso viaje al inframundo, con su mitología de la balanza pesando el corazón contra la pluma de Maat, fueron reemplazadas con imágenes de la familia real y una existencia terrenal donde los muertos disfrutaban de los rayos de sol durante el día, recibiendo ofrendas del templo y regresando a la tumba por la noche. Las escenas se centraban en la relación de los fallecidos con la familia real. El poder del patrocinio del faraón era expresado en la tumba de May, el «portador del abanico a la derecha del rey», donde se decía: «Yo era un pobre hombre tanto por parte de padre como de madre, pero el regente me levantó, hizo que me desarrollara, me alimentó por medio de su Ka [una de las esencias del alma] cuando yo no poseía nada».[29]

El despliegue ceremonial de poder era también crucial en el reinado de Akenatón. Fue frecuentemente retratado guiando un carro tirado por caballos, viajando por la carretera real e imitando el tradicional despliegue de imágenes divinas durante las procesiones religiosas, así como el paso del sol a través del cielo. Akenatón, la familia real y Atón se convirtieron en los principales motivos de la imaginería, reflejando un acercamiento a la iconografía completamente nuevo. Atón no tenía representación en la forma de otros dioses o animales, era adorado solo como el sol. Sin embargo, era necesaria una conexión entre el cielo y la tierra, lo intangible y lo revelado. Así que los rayos de Atón terminaban en unas manos humanas acariciando a Akenatón y Nefertiti, y ofreciéndoles el símbolo de la «vida», el *ankh*, mientras el faraón ofrecía a Atón comida e incienso. Una consecuencia del rechazo al politeísmo fue

que la familia real se vio imbuida en una divinidad mucho más intensa y superior al concepto tradicional del faraón como hijo de Ra. Akenatón, su reina y sus hijos asumieron el papel de familia divina, labrado más profundamente que los otros súbditos, y dándoles una especial prominencia cuando se les contemplaba bajo la brillante luz del sol. De Nefertiti, «la radiante ha venido», se decía que era tan elegante como inteligente (aunque no está claro si la descripción de su belleza es real o idealizada). Ciertamente fue una mujer fértil, dándole a su esposo seis hijas (el número de hijos no está documentado). También ella estaba imbuida en un halo de distintiva prominencia por ser una gran esposa real, reflejando el papel de la familia real como la divina tríada. La iconografía, anteriormente restringida a los faraones, se extendió también a ella, mostrándola castigando a sus enemigos o en presencia de cautivos maniatados. Cuando aparece retratada junto a Amenofis IV en Karnak, se la representaba con un tamaño menor a él, pero en las quince estelas talladas en Ajetatón se le concede igual prominencia que a Akenatón.

Otro tema único era el retrato naturalista de la vida cotidiana —una revolucionaria ruptura respecto a las anteriores representaciones de los faraones, mostrando afecto, movimiento, trabajo y naturaleza —. Por primera vez un faraón era retratado de forma informal, en poses familiares. Hombre y mujer eran vistos mostrándose cariñosos y afectuosos sosteniendo a sus hijos. También la tristeza aparece representada en la tumba real tras la muerte de su segunda hija, con el faraón inclinándose para consolar a la reina. Akenatón rompió con la tradición en vida, al igual que hizo con la divinidad.

El surgimiento de Atón y su usurpación de todos los otros dioses había ido produciéndose con el tiempo. En la decimoctava dinastía, el dios sol, Ra, se fundió con Amón, el anciano dios de Tebas, para crear una deidad a la que se referían comúnmente como «Amón-Ra, rey de los dioses». Su sede era Tebas, que se convirtió en el centro

político e ideológico de poder —hasta que fue abandonada por Akenatón—. A diferencia de otros dioses antropomórficos, Amón era visto como trascendental: «Está oculto de los dioses y su aspecto es desconocido. Está más lejos que el cielo; y más profundo que el Duat [inframundo]. Ningún dios conoce su verdadera apariencia... Es demasiado secreto para descubrir su majestuosidad, demasiado grande para ser investigado, demasiado poderoso para poder conocerle». Ra representaba el aspecto revelado de la divinidad, la luz visible y la fuente de vida de la que dependía toda creación. A medida que Tebas fue creciendo en estatus y riqueza, Amón-Ra se convirtió en el dios creador supremo de la nación, alcanzando la cima de su poder durante el reinado de Hatshepsut y asumiendo el mito tradicional del nacimiento divino del rey.

No obstante, este nuevo concepto de lo divino no hizo ningún intento explícito de eclipsar la constelación de divinidades que poblaban la mitología egipcia. Amenofis III, el padre de Akenatón, estaba activamente conectado con una multitud de deidades. De modo que el politeísmo tradicional egipcio continuó coexistiendo con una emergente corriente teológica monoteísta.

Asimismo, una nueva teología solar estaba emergiendo. Centrada en el sol y en su luz y movimiento como fuente de creación, visión y tiempo, esta nueva doctrina rechazaba la mitología e iconografía tradicional. Representaba una visión universal en conexión con la posición de Egipto como potencia mundial, con cada vez más amplios horizontes políticos. La adoración al disco solar Atón había comenzado en realidad durante el reinado de Tutmosis IV (el abuelo de Akenatón).[30] El himno de Suti y Hor en el reinado de Amenofis III presentaba a Atón como un Dios con los atributos de Ra, mientras las deidades más conocidas eran retratadas como manifestaciones de Atón:

> Salve, oh dios Atón, disco de oro del día,

que creaste todas las cosas y las hiciste cobrar vida;
gran Halcón de plumas multicolores,
escarabajo que se levanta por sí mismo,
que debe su existencia a sí mismo, no nacido,
viejo Horus en el centro del cielo.

Akenatón proclamaba ser el «deslumbrante disco solar»,[31] la fusión de persona y deidad. En efecto, era el Hijo de Dios. Mientras que la imagen solar de Luis XIV convivía con el catolicismo, el cambio teológico de Akenatón fue más substancial. Atón llegó para eclipsar a la constelación de deidades que hasta ese momento habían poblado la antigua religión de Egipto.

Akenatón se dedicó en cuerpo y alma a crear la manifestación física de la preeminencia de Atón en la tierra. Comenzó con un proyecto de edificación en una escala sin precedentes en Karnak, Tebas, donde fundó ocho templos dedicados no al dios tradicional, Amón, sino a Ra-Harakty, el dios sol con cabeza de halcón. El templo más grande que construyó allí, Gempaaten —o «Atón ha sido encontrado»—, era a cielo abierto y orientado hacia la salida del sol. Tenía muchas de las características de las doctrinas posteriores de Akenatón y un estilo artístico radical, por lo que los historiadores han especulado si ese fue el momento en que estaba formulando sus «enseñanzas», o la doctrina de Atón.[32] Al principio, Atón parecía poder coexistir como una brillante estrella en medio de la constelación de los otros dioses. Sin embargo, hacia el año tercero del reinado de Akenatón, el disco solar era representado en solitario: el monoteísmo se estaba imponiendo inexorablemente.

Akenatón utilizó la religión, el arte, el lenguaje y la literatura para imponer su supremacía sobre todos los demás, incluyendo sus predecesores. Tras cambiar su nombre, retiró cualquier referencia a Amón, Tebas y Karnak de sus títulos reales. No quería rivales. El culto a Amón fue eficazmente eliminado. Atón comenzó a afianzarse

como el único dios, excluyendo a todos los demás. Las enseñanzas de Akenatón pueden ser mejor comprendidas a través del «Gran himno a Atón», descrito como una de las piezas más significativas de poesía que han sobrevivido de la era prehomérica.[33] Estaba «narrado» por Akenatón, resaltando el papel que había asumido como líder de la teología:

> Tú eres el único Dios,
> brillando delante desde tus posibles encarnaciones
> como Atón, el Sol vivo,
> revelado como un rey en su gloria, surgido en la luz,
> ahora distante, ahora inclinándote cercano.
> Tú creaste las infinitas cosas de este mundo
> de ti nacieron, que eres Uno y único
> ciudades, villas, campos, la carretera y el Río;
> y cada ojo mira hacia atrás y te contempla
> para aprender de la perfección de la luz del día.[34]

Amón y sus sacerdotes fueron las víctimas más directas del ansia de Akenatón por la supremacía. Desde el tercer año de su reinado, cerró los templos de las deidades tradicionales en Tebas, despidiendo o adoctrinando a los sacerdotes. En el cuarto año, el sumo sacerdote de Amón fue enviado al desierto en una expedición para inspeccionar las canteras.[35] A continuación de la designación de Atón como el único Dios en el año nueve, el nombre de Amón fue sistemáticamente retirado de todos los monumentos y templos. Cualquier referencia a los dioses plurales fue suprimida. La línea limítrofe de estelas en las colinas que rodeaban a Ajetatón se relaciona con las «cosas malas» que Akenatón había escuchado en los primeros años de su reinado. El rey es retratado sobre *talatat* —bloques de piedras— rodeado por soldados de Tebas en las tumbas excavadas en la roca en Amarna, representando la fuerza bruta que sostenía sus radicales reformas religiosas. Akenatón fue el único

fundador de una religión en poseer todos los instrumentos de poder del estado a su disposición, por lo que debemos asumir que los empleó implacablemente para llevar a cabo sus ideas.[36]

En cierta forma, únicamente estaba siguiendo los precedentes. Los reyes y reinas del antiguo Egipto reescribieron todos la historia. Se retrataron a sí mismos como iluminadores del mundo con sus grandes hazañas, desde la construcción de monumentos colosales hasta la conquista de tierras extranjeras y enemigos, desplegando su ilimitado poder y riqueza. Cuando un faraón ascendía al trono, estaba obligado a superar la reputación de sus predecesores, o más aún, a destruir sus legados. Se dice que Amenofis II intentó eliminar el legado de su abuela, la reina Hatshepsut, al principio de su reinado, al perforar su imagen y nombre de las estelas, destrozando sus estatuas y enterrándolas.

La supremacía de Atón no sobrevivió al viaje de Akenatón al inframundo. Su culto a la personalidad fue desmantelado sin ceremonia, y sus asesores abandonaron la ciudad de Ajetatón y restauraron la religión politeísta. Sus templos fueron demolidos, su arte eliminado, su tumba profanada. Los sucesores de Akenatón hicieron un trabajo aún más exhaustivo que los revolucionarios franceses al cobrarse la venganza sobre los excesos de su líder del pasado. El auge de riquezas que marcó el reinado de Akenatón no volvió a alcanzarse a medida que el poder de la decimoctava dinastía se desvaneció. En documentos de archivo, aparece mencionado como «el criminal de Amarna»[37]. Su nombre apartado de la lista oficial de faraones. Fue olvidado por la historia —hasta finales del siglo XIX, cuando los arqueólogos descubrieron el yacimiento de su gran ciudad.

Entonces comenzó el proceso de rehabilitación. Su tumba fue desenterrada en 1907, provocando frenéticas excavaciones y una oleada de estudios académicos sobre su vida y legado. En 1930, el renombrado arqueólogo americano y egiptólogo James Henry

Breasted le llamó «el primer individuo de la historia humana». Por esa misma época, psicólogos, teólogos y políticos se disputaban su legado. En su libro de 1937 *Moisés y el monoteísmo,* Sigmund Freud hizo la insólita declaración de que el «Himno de Atón» era un tributo del pueblo judío a Egipto por el regalo del monoteísmo. Desde entonces Akenatón ha sido alabado como el precursor tanto del cristianismo como del judaísmo. La extremista artista mejicana Frida Kahlo recogió el concepto de celebración del *Geistigkeit* —espiritualidad e intelecto del faraón— de Freud. En uno de sus diarios se identifica a sí misma y a su marido, el pintor Diego Rivera, con Akenatón y Nefertiti. De acuerdo con un artículo del *Paris Review*, Kahlo solía llamarse a sí misma y a su pareja «pareja extraña del país del punto y la raya»: en su diario, los dos aparecen dibujados, ella como Nefertiti y él como Akenatón. Akenatón tiene el corazón inflamado y costillas como garras alrededor del pecho. Sus testículos son semejantes a un cerebro y su pene es similar al pecho caído de su amante. Debajo está escrito: «De ellos había nacido un chico con cara extraña». Nefertiti lleva en sus brazos al bebé que Frida no pudo tener.[38]

La historia ha inspirado a realizadores cinematográficos y escritores. Una de las obras menos conocidas de Agatha Christine es una pieza teatral escrita en 1937, tras haber tenido noticia del descubrimiento de la tumba de Tutankamón en el Valle de los Reyes en Luxor. *Sinuhé, el Egipcio,* un cuento épico sobre la vida del médico de Akenatón, escrito por el novelista finés Mika Waltari, fue denunciado por obsceno al ser publicado en los Estados Unidos en 1949. Sin embargo se agotó rápidamente en las librerías, convirtiéndose en el libro más vendido de ese año; unos años más tarde fue convertido en película de Hollywood. El moderno compositor Philippe Glass ha escrito una ópera sobre Akenatón. En 1943 la novela de Thomas Mann, *José y sus hermanos,* se centra con especial interés en la disputada cuestión de la sexualidad del

faraón, e incluso en su biología sexual. Las revistas alemanas durante la época nazi pretendieron proclamar a Akenatón como uno de los suyos, su cuerpo medio desnudo aparentemente mostraba los saludables rasgos arios.

Estas interpretaciones pueden parecer exageradas, si bien demuestran la fascinación popular suscitada tras su muerte por la extraordinaria vida cultural de Akenatón. Un nuevo resurgimiento del personaje tuvo lugar hace pocos años, cuando las pruebas de ADN demostraron que, después de todo, fue el padre de Tutankamón. Los historiadores han discutido intensamente sobre su legado. Algunos lo consideran un reformista moderno, instituyendo una religión racional del sol como dador de vida,[39] mientras otros destacan su megalomanía y brutalidad.[40] El único punto de encuentro es su fascinación por su perdida ciudad utópica.

$ $ $

A diferencia de otros protagonistas de este relato de supermillonarios a lo largo de los años, el interés por Luis XIV y Akenatón no se mueve alrededor de la adquisición de riqueza. Eso iba incluido con el título y el poder. Lo que diferencia a estos dos reyes, en sus distintas eras y ubicaciones, es el énfasis en la gloria, iconografía y legado. Presentados como omniscientes y casi divinos, ambos obtuvieron un estatus mítico ya en vida. Tal y como Montesquieu escribió casi veinte años después de la muerte de Luis: «La magnificencia y esplendor que rodea a los reyes forma parte de su poder».[41] La infinita representación de riqueza y gloria no era un proyecto vanidoso; era algo innato aplicable a todo lo que hacían.

Sin embargo, en un último análisis, ambos fracasaron en su legado. Inmediatamente después del paso de Akenatón al otro mundo, su monoteísmo fue olvidado. La desaparición de la visión de

Luis XIV sería algo más lenta, pero en la revolución que se produjo en 1789 su reinado sería denunciado y la monarquía expulsada. Versalles pudo conservarse. Su presencia es el testamento de la ambición de un rey, de la utilización de la arquitectura como proyección del orgullo nacional y la autoveneración. Tal y como hicieron los antiguos, el modelo sería reutilizado en nuestro mundo contemporáneo.

[1] Citado por Timothy C.W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture*, p. 16.

[2]*Ibidem*, p. 16.

[3]*Ibidem*, p. 40.

[4] Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, p. 50.

[5] Timothy C. W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture*, p. 47.

[6]*Ibidem*, p. 53.

[7] Duc de Saint-Simon, *The Memoirs of Louis XIV and his Court and of the Regency*, vol.5, cap. 36.

[8]*Ibidem*, vol.6, cap. 44.

[9]*Ibidem*, vol.8, cap. 74.

[10] Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, p. 68.

[11] Timothy C.W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture*, p. 35.

[12]*http://www.uni-mannheim.de/mateo/camenaref/cmh/cmh501.htm1#001*

[13] Duc de Saint-Simon, *The Memoirs of Louis XIV and his Court and of the Regency*, vol.10, cap. 73.

[14] Citado por Timothy C.W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture*, p. 40.

[15]*Ibidem*, p. 41.

[16] Duc de Saint-Simon, *The Memoirs of Louis XIV and his Court and of the Regency*, vol.2, cap. 11.

[17]*Ibidem*, vol.11, cap. 84.

[18]*Ibidem*, vol.10, cap. 74.

[19]*Ibidem*, vol.6, cap. 44.

[20]*Ibidem*, vol.6, cap. 44.

[21]*Ibidem*, vol.5, cap. 36.

[22]*Ibidem*, vol.6, cap. 44.

[23] Citado por Timothy C. W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture*, p. 32.

[24] El Imperio egipcio parece haber sufrido constantes altibajos durante la XVIII dinastía. En las ciudades conquistadas de Siria y Palestina, el faraón nombró gobernantes vasallos apoyados por guarniciones egipcias. Los hijos de esos mandatarios fueron llevados

a Egipto, debiendo pagar un preceptivo canon anual por su protección. Por el contrario, Nubia era considerada como una colonia egipcia, explotada directamente por sus enormes reservas de oro por una brutal administración militar. Eso proporcionó a Egipto un virtual monopolio del comercio sobre gran parte de Oriente Próximo y vastos beneficios, esclavos y estatus. Thutmosis III y su sucesor Aminothep II fueron los principales responsables de ese gran esplendor. Véase Nicholas Reeves, *Akhenaten*.

[25] Timothy C. W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture*, p. 35.

[26] Peter Lacovara, «The City of Amarna», p. 62.

[27] Barry J. Kemp, *Ancient Egypt*, p. 257.

[28]*Ibidem*, p. 287.

[29] Sue H. D'Auria, «Preparing for Eternity», p. 171.

[30] Véase el «Aten Scarab», en Nicholas Reeves, *Akhenaten*, p. 50.

[31] D. B. Redford, «The Beginning of the Heresy».

[32] Erik Hornung, *Akhenaten and the Religion of Light*, p. 34.

[33] J. L. Foster, «The New Religion», p. 99.

[34]*Ibidem*, p. 101.

[35] Erik Hornung, *Akhenaten*, p. 49.

[36]*Ibidem*, pp. 49-51.

[37] Citado en J. L. Foster, «The New Religion», p. 105.

[38]*http://www.theparisreview.org/blog/2011/08/22/frida%E2% 80%99s-corsets/.*

[39]W.M. Flinders Petrie, *History of Egypt*, p. 214: «Si esta fuera una nueva religión, inventada para satisfacer nuestros modernos conceptos científicos, no podríamos encontrar un solo pero a la exactitud de esta visión de la energía del sistema solar... Una posición que lógicamente no hemos logrado mejorar hasta el día de hoy».

[40] Jan Assmann, *Of God and Gods*; Nicholas Reeves, *Akhenaten*.

[41] Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, p. 5.

VII. JAN PIETERSZOON COEN Y ROBERT CLIVE. PARA LOS COMERCIANTES, EL BOTÍN

«Cuando la marea sube levanta todos los barcos».

JOHN F. KENNEDY

Las compañías inglesa y holandesa de las Indias Orientales representaron una nueva forma de hacerse rico. Las actividades de las primeras corporaciones de comercio desde finales del siglo XVI hasta el siglo XVIII fueron más allá de las anticuadas conquistas-saqueos de los aventureros españoles y portugueses, como la de Francisco Pizarro. Los holandeses, y más tarde los ingleses, crearon economías totalmente nuevas, basadas en monopolios en el comercio de bienes muy costosos, tales como las especias.

Eso marcó el inicio de la globalización, siendo las suyas las primeras multinacionales de la historia. En el caso de los holandeses, también significó un breve experimento de capitalismo popular y democracia del accionariado. Cualquier ciudadano, desde un vendedor callejero, podía adquirir acciones de la compañía que traía a casa riquezas de Oriente. Muchos lo hicieron. Tanto la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en Indonesia como la Compañía Británica de las Indias Orientales estaban preparadas para utilizar una violencia extrema siempre que fuera necesario. Contaban con sus propias fuerzas militares y actuaban como si fueran estados.

Este capítulo se centra en dos hombres. Provenían de diferentes países, compañías y generaciones, pero compartían la misión de abrir nuevos frentes comerciales. Jan Pieterszoon Coen fue la figura más destacada en la inicial expansión del poder de Holanda en Asia y la máxima autoridad en el control de las materias primas en una era conocida como la Edad de Oro. Despachaba sin rodeos a cualquiera que cuestionara sus métodos. Así escribió a los diecisiete

directores de la compañía: «no podemos hacer la guerra sin el comercio, ni el comercio sin la guerra». Por su parte, Robert Clive —Clive de la India— edificó el poder inglés a través de una serie de victorias militares contra ejércitos que eran muy superiores al suyo en número. A lo largo de su periplo se llenó los bolsillos haciendo tratos con los gobernantes locales que podían obstaculizar sus ambiciones políticas en su país natal.

A los ojos de estos hombres, la fuerza militar era una herramienta vital para el sometimiento y la extracción de recursos. Además, al estar ambos operando a miles de kilómetros de sus superiores, en un tiempo en que cualquier comunicación tardaba meses en llegar, podían presentar sus actos como hechos consumados ante las autoridades de sus respectivos países. Los dos consiguieron cumplir sus sueños. Los dos se hicieron ricos y, sin embargo, también fracasaron a la hora de ganarse el respeto de aquellos que se habían beneficiado de sus esfuerzos. Las élites británicas y holandesas se mostraban encantadas con las riquezas que los comerciantes enviaban a casa, pero de cara al público expresaban su disconformidad ante la crueldad, corrupción y extorsión con que eran obtenidas. La alta sociedad manifestó abiertamente su rechazo por la torpeza de Clive, quien, tras una breve carrera política, murió en desdichadas circunstancias, posiblemente cometiendo suicidio. Coen, por su parte, falleció víctima de la disentería en su distante país de adopción, un evento que pasó prácticamente desapercibido en Holanda. Desde entonces, los holandeses han tratado de congraciarse con los hechos que apuntalaron el enriquecimiento de su país, tal y como han hecho otros estados europeos con legados similares.

$ $ $

En una remota y pequeña ciudad portuaria holandesa se erige la estatua de un hombre y su máquina de hacer dinero. Jan Pieterszoon Coen nació en 1587 en el seno de una familia de clase trabajadora protestante, en Hoorn, al norte del país. Su padre era comerciante, un trabajo que le iba como anillo al dedo, ya que se trataba de un antiguo cervecero que compraba y vendía cualquier cosa, desde arenques hasta ropa. La familia no era en absoluto rica, pero había un aspecto en el que Coen era afortunado. Había nacido en el lugar adecuado en el momento oportuno. Hoorn era uno de los más importantes lugares de partida de la flota mercante holandesa. Eran tiempos de gran optimismo, el principio de la Edad de Oro en una república que empezaba a liberarse de la dominación del imperio español de los Habsburgo. Un período con grandes avances científicos, leyes, filosofía y, especialmente, un auge en la pintura, con Rembrandt y Vermeer; este fue el período testigo del momento cumbre de los Países Bajos como potencia global.

Los marineros holandeses habían empezado a desafiar la hegemonía de los españoles y portugueses. En Inglaterra, Sir Francis Drake había partido con su flota para circunnavegar el globo y encontrar las fabulosas islas Molucas o de las Especias, lo que ahora se conoce como Indonesia. Regresó cargado de riquezas. Gente de toda Europa quiso participar en la función. Los holandeses se estaban aventurando hacia las Indias Occidentales y el sur de África, y pronto desembarcarían en Nueva Ámsterdam, las tierras que más tarde se convertirían en Nueva York. Jan Huyghen van Linschoten, un holandés que había trabajado al servicio del arzobispo católico portugués de Goa, publicó un libro que despertó un considerable interés. Su título era *Itinerario* y en él se documentaba al detalle las plantas de especias y los recursos de la parte del mundo que más obsesionaba a sus paisanos: las islas de las Indias Orientales. «Si yo poseyera solo doscientos o trescientos ducados, podrían fácilmente convertirse en seiscientos o setecientos», escribió Linschoten. El

optimismo y la fanfarronería de esos marineros no eran muy diferentes a los de sus sucesores de los informatizados parqués de la Bolsa de los tiempos modernos. El dinero estaba al alcance de la mano; solo se necesitaba tener agallas y que los entrometidos no se interpusieran en tu camino.[1]

Espoleados por las predicciones de Linschoten —que resultaron ser conservadoras, dados los precios que terminaron alcanzando las especias— y sus cartas de navegación, cuatro hombres de negocios holandeses se unieron para formar la Compañía de las Tierras Lejanas. Sus agentes emprendieron su primer viaje al sudeste de Asia en 1594, con una flota de cuatro barcos y doscientos cuarenta y nueve marineros. Solo ochenta y nueve hombres regresaron, debido a las rudimentarias condiciones de a bordo para afrontar largas travesías surcando mares tormentosos. Volvieron trayendo un pequeño cargamento de pimienta, pero sin ninguna especia. Aún así, lograron un notable beneficio.

La segunda vez el resultado fue más lucrativo. A pesar de que solo ocho de los veintidós barcos de la compañía lograron regresar a casa, el margen de beneficios se incrementó en un 400 por ciento. Cuando el primero de los barcos arribó al puerto de Ámsterdam, fue tal la excitación que las campanas de las iglesias repicaron por toda la ciudad. El comandante, Jacob van Neck, declaró que su intención «no era despojar a nadie de su propiedad sino comerciar honradamente con todas las naciones extranjeras». Al igual que sucede con los ejemplos contemporáneos del desenfrenado libre mercado, estos propósitos de buen comportamiento fueron rápidamente dejados a un lado.[2]

Los relatos de grandes gestas o del drama en alta mar produjeron una larga cola de jóvenes ambiciosos desesperados por probar suerte como héroes marítimos. Algunas de las historias, adornadas por la imaginación de mentes excesivamente fantasiosas, estaban repletas de monstruos marinos y mutantes humanoides.[3]

Los comerciantes más veteranos advirtieron del potencial caos que podría producirse si esa flota de navíos no regulados y mal preparados para la travesía abandonaba los puertos holandeses. En 1602, un conocido mercader llamado Johan van Oldenbarnevelt presionó a seis compañías de la competencia para que se fundieran en la Verenigde Oost-Indische Compagnie (VOC) o, lo que es lo mismo, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Un consejo de directivos conocido como los Heeren XVII, los «Diecisiete Caballeros», elegidos de entre los mejores, los *regenten*, supervisaría la nueva compañía. Los términos eran extraordinarios: un monopolio inicial de veintiún años sobre todo el comercio entre el cabo de Buena Esperanza en Sudáfrica y el estrecho de Magallanes, que dividía el Pacífico y el Atlántico en el extremo sur de Sudamérica. Durante dos décadas, la compañía tuvo la mitad del mundo a su disposición. Así pues, no fue ninguna sorpresa que los hombres más ambiciosos corrieran a emplearse en ella.

Los padres de Coen fueron de los primeros en atisbar la oportunidad; a fin de poder fomentar las perspectivas de su hijo, enviaron al joven Jan a Roma para ejercitarse como contable y comerciante y aprender el vital arte del registro contable que llevaba establecido mucho tiempo en el sur de Europa, pero que aún era relativamente desconocido en el norte. Allí vivió con una influyente familia flamenco-italiana de banqueros, los Visscher, durante siete años —toda su adolescencia—. En su tiempo libre, solo en sus aposentos, el joven leía vorazmente; le gustaba especialmente *El Príncipe* de Maquiavelo —no es el único personaje de este libro en hacerlo—. Para cuando regresó a Hoorn, su padre ya había muerto. La VOC estaba enviando sus primeras expediciones a las Indias Orientales en busca de especias y requería jóvenes talentosos a los que reclutar. Así emprendió su primer viaje al este como ayudante comercial en 1607, permaneciendo en las Indias Orientales durante

tres años. En aquel momento, con solo veinte años, formó parte de la primera oleada de holandeses en hacer el viaje.

Sin embargo y casi enseguida supo llamar la atención; durante su segundo viaje en 1612 fue ascendido al cargo de director comercial, al mando de dos barcos. Durante su estancia en Asia, el precoz comerciante redactó un plan de negocios para la VOC y lo envió a los Heeren XVII. El llamado *Discoers Touscherende den Nederlantsche Indischen Staet* se convirtió en lectura obligada. Coen estableció dos puntos fundamentales. Para empezar, la VOC debía priorizar sus destinos y materias primas, centrándose exclusivamente en establecer el monopolio de nuez moscada, clavo y macis, todos ellos ingredientes de cocina muy caros e igualmente importantes para fines medicinales. Ahí sería donde se conseguirían mayores beneficios. Y en segundo lugar, tendrían que aplicarse todos los medios necesarios para asegurar ese objetivo. Ningún nativo o compañía rival debía interponerse en el camino[4]. En ese sentido escribió: «Sus señorías deberían saber por experiencia que el comercio en Asia debe ser dirigido y mantenido bajo la protección y el favor de las propias armas de sus señorías, y esas armas deberán pagarse con los beneficios del comercio; de modo que no podemos comerciar sin guerra, ni hacer la guerra sin el comercio».[5]

Era una escalofriante afirmación que establecería las pautas de referencia para las actividades de la VOC.

Con las especias, que hasta entonces habían sido transportadas solamente en pequeñas cantidades, normalmente por tierra a través de las peligrosas rutas del Asia Central, podían conseguirse enormes beneficios al venderse en las ciudades europeas. Cuatro kilos y medio de nuez moscada podían ser comprados por menos de un penique inglés en Asia y vendidos por ochocientas veces ese precio en Europa. El clavo habría multiplicado su valor por cien al alcanzar la India, y por doscientas cuarenta veces al llegar a Lisboa.[6] Los beneficios conseguidos por la VOC fueron tales que, entre 1630 y

1670, sus accionistas disfrutaron de unos dividendos anuales de un 10 por ciento o más. Pocas aventuras a lo largo de los siglos han alcanzado esos beneficios.[7]

Coen se convirtió en contable general en 1613. Al año siguiente fue elegido director de las plantaciones de la VOC y de las operaciones de comercio en Bantam, al oeste de Java. Su ascenso en el escalafón fue muy natural. Se convirtió en el director general de comercio de la VOC —el equivalente en el siglo XVII a un director financiero—, antes de alcanzar el puesto más alto de gobernador general de las Indias Orientales en 1619.[8] Desempeñó este cargo en dos ocasiones, estableciendo muchas de las rutas que la VOC seguiría en los casi dos siglos siguientes, trazando un gran plan para que el comercio interasiático se autofinanciara, intercambiando tejidos de la India por pimienta en Sumatra, o mercancías chinas por plata en Japón, y enviando elefantes desde Ceilán a Siam. Coen escribió, con más franqueza que nunca, a sus directores: «Envíen suficiente dinero hasta que el maravilloso comercio nativo haya sido reformado».[9]

Una de sus primeras decisiones fue aprobar nuevas normas para los marineros que viajaran a las Indias y otorgarles ventajas sobre sus competidores ingleses. Deberían navegar desde el cabo de Buena Esperanza por los «Cuarenta rugientes» —los fuertes vientos que soplaban a lo largo del océano Índico, en dirección al norte de Java—. Esa ruta solo exigía ocho meses de navegación, una considerable mejora comparada con el viaje alrededor de la India que duraba casi un año.[10]

La VOC fue una ultra eficiente máquina de comercio multinacional que maximizó sus activos en todo momento. En un año normal, hasta tres flotas zarpaban de Holanda hacia las Indias con escrupulosa regularidad, en expediciones que duraban dieciocho meses. La más grande solía partir sobre la Navidad. La flota era más fácil de aprovisionar en invierno, cuando más hombres estaban sin

trabajo y deseosos de aprovechar sus oportunidades como marineros.[11] Los barcos regresaban con tan ingente cantidad de especias que corrían el riesgo de inundar el mercado y devaluar el precio. Por ese motivo, se alcanzó un acuerdo que les permitía vender todo su cargamento por un precio fijo, con la promesa de no vender nada más durante un determinado número de meses. El convenio se llamó el *stilstand.[12]* La garantía de altos precios y bajo riesgo hizo del comercio de especias una atractiva propuesta para potenciales inversores.

Los holandeses eran los líderes en su campo, no solo en términos de calidad y cantidad de sus productos, sino también en la estructura de su negocio. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales se regía según modelos tradicionales, respondiendo en última instancia ante el rey. La toma de decisiones tendía a ser más formal y burocrática, dificultando la respuesta a repentinas oportunidades del mercado. Los holandeses eran más ágiles. Los barcos en las Indias apenas permanecían anclados. Su estructura de propiedad era más modernizada. Sorprendentemente para la época, las participaciones de la VOC podían ser adquiridas por cualquiera, incluyendo extranjeros.[13] El mercado crediticio ya existente en los Países Bajos en el siglo XVII permitió que personas relativamente pobres pudieran comprar desde 1/32 a 1/64 en participaciones de los barcos de la VOC.[14]

Los inversores populares de la VOC podían hacer dinero, sin embargo sus pequeñas participaciones no les daban voz en la dirección de la compañía. La ventaja para los inversores más importantes era que podían repartir el riesgo a través de un número de convoyes y rutas de comercio adquiriendo participaciones en distintos barcos.[15] Al igual que sucede en ejemplos más recientes, los accionistas más ricos terminaban consolidando su propia propiedad mientras los accionistas minoritarios vendían rápidamente tras obtener sus ganancias inmediatas. No puede decirse que la VOC

constituyese una democracia accionarial, pero era un comienzo frente a todo lo que se había conocido hasta el momento.

La compañía se convirtió en un conglomerado global. Era simultáneamente productora, consumidora, intermediaria, transportista y vendedora, empleando a más de quince mil personas desde comienzos de 1625, en un tiempo en el que una plantilla de trabajadores de unos pocos centenares de personas era considerada grande. Los holandeses establecieron muelles y oficinas en los Países Bajos. Los soldados de la compañía fueron reclutados principalmente en Alemania y Francia —generalmente hombres empobrecidos que huían de la desolación de la guerra en el Sacro Imperio Romano—. Algunos se convirtieron en emigrantes permanentes, pero muchos murieron a bordo de los barcos o en las campañas de la compañía. Alrededor de medio millón de hombres que embarcaron en los muelles de Holanda hacia el Oriente nunca regresó.[16] La falta de oportunidades en otras partes hacía que mereciera la pena correr ese riesgo. La VOC creó además su propia fuente de trabajadores de larga duración: hacia 1700, casi una sexta parte de su mano de obra estaba formada por los hijos de los empleados nacidos en Asia. Los holandeses no tenían permitido llevarse a sus esposas nativas a su país de origen, por lo que algunos decidieron establecerse en Asia.[17] Los marineros comunes recibían una paga comparable a la de un soldado de bajo rango, si bien se les ofrecía la posibilidad de tres años de trabajo ininterrumpido en un momento en que, en sus países de origen, la actividad económica dependía aún de las estaciones del año. La perspectiva de promoción estaba reforzada por los altos índices de mortandad de los viajes largos; los oficiales de menor rango de los barcos tenían que ser reemplazados. Aquellos que se enrolaban por segunda vez después de un viaje a las Indias podían asumir posiciones de mayor responsabilidad. Los nativos y esclavos no tenían sin embargo ninguna posibilidad de acceder a esos ascensos.

Eran trasladados de plantación en plantación, y obligados a comprar sus alimentos a través de la VOC. Por una parte, era una absoluta esclavitud y, por otra, un precedente de las primeras «ciudades corporativas» de principios del siglo XX en América que empleaban a mineros y trabajadores del acero.

Con cada nuevo viaje, la lucha por la supremacía económica y militar se hacía más intensa. Partidas armadas de exploradores eran enviadas a importantes puestos estratégicos; las banderas izadas, el territorio reclamado. Como consecuencia, empezaron a surgir conflictos menores con las poblaciones indígenas y entre los recién llegados europeos que, con frecuencia, terminaban en una guerra abierta, especialmente entre los ingleses y los holandeses.

Una de las primeras decisiones de Coen como gobernador general fue buscar una nueva sede para la compañía, lejos de Bantam, que juzgaba demasiado lejos de los principales centros de producción de especias. En 1619 sus fuerzas irrumpieron en la población de Jacatra a unos sesenta y cinco kilómetros al este —lo que ahora es la moderna capital de Indonesia, Jakarta—, prendiéndole fuego y espantando a sus habitantes. Esta táctica de expulsiones obligadas se convertiría en una práctica habitual. Los holandeses reconstruyeron la ciudad, proclamándola capital de las Indias Orientales Holandesas. Coen quiso bautizar la ciudad como «Nueva Hoorn», por su pueblo natal, pero los Heeren no lo permitieron.[18] En su lugar, eligieron Batavia, el antiguo nombre romano de Holanda, para evocar una sensación más fuerte de nación en las colonias.

Esa fue una de las muchas disputas que Coen mantuvo con sus jefes de Holanda. Quería construir una ciudad modelo que sirviera de sede a una compañía modelo, una réplica de una ciudad holandesa con iglesias, ayuntamiento y las típicas casas de madera con cubierta a dos aguas. En repetidas cartas a los Heeren insistió en que los intereses holandeses en las Indias podrían ser mejorados

con una masiva emigración desde Holanda, pero ellos se negaron a respaldar sus grandiosas ambiciones étnicas.[19] La realidad sobre el terreno era escasamente propicia. Batavia llegó a ser conocida como «el cementerio de los europeos», ya que sus ciénagas constituían un campo de cultivo para los mosquitos. Muchos europeos murieron allí y algunos de los supervivientes exigieron ser repatriados a sus hogares; sin embargo, otros se quedaron dispuestos a soportar cualquier cosa a cambio de beneficios.

Durante sus dos etapas como gobernador general, las relaciones de Coen con los Heeren fueron decididamente tensas. La clase tuvo mucho que ver en ello: Coen provenía de un ambiente comercial mucho más humilde que los padres de la ciudad que supervisaban la compañía.[20] Además, no tenía experiencia en política municipal por haberse marchado al extranjero siendo muy joven. Por el tono de su correspondencia con los Heeren, parece claro que se sintió constantemente frustrado por esos hombres que vivían cómodamente en sus hogares y que, a juicio de Coen, eran incapaces de apreciar los peligros y oportunidades de las Indias.

Coen despreciaba a aquellos que trataban de frenar sus ambiciones. Su odio por los ingleses comenzó casi desde el principio. La rivalidad anglo-holandesa por el control de las islas de las Especias fue intensa, pero en lugar de verlo como una sana competitividad, Coen se lo tomó como algo personal. Ya por el año 1609, al principio de su carrera, tuvo una temprana iniciación sobre la duplicidad de los ingleses —o eso pensó el holandés—. Los habitantes de un pequeño archipiélago volcánico conocido como las islas Banda habían concedido a un capitán inglés permiso para abrir una factoría en la isla de Neira —rompiendo los términos de los contratos firmados con los holandeses donde les concedían el monopolio—. No está claro si los bandaneses no llegaron a comprender bien la naturaleza de los contratos o si fueron persuadidos o amenazados por los ingleses para romperlos.[21] La

VOC envió a una pequeña fuerza naval para restablecer la hegemonía holandesa sobre las islas, pero fueron violentamente rechazados y sus cuerpos arrojados al agua. Coen formó parte de la partida de rescate que llegó demasiado tarde para salvarles. El suceso dejaría en él una huella indeleble.[22]

Una y otra vez a lo largo de la siguiente década y algunos años más, solicitó a los directores de la VOC más apoyo financiero y militar para perseguir a los ingleses. Eso le colocó en una complicada posición con el gobierno de su país natal, cuya Asamblea de Parlamentarios había favorecido una alianza con los ingleses en contra de los españoles.[23] Coen consideraba a España, el tradicional enemigo militar de los holandeses, como una amenaza menor comparada con Inglaterra, su nuevo rival comercial. Tras la humillación de Neira, sufrió otra nueva indignidad durante un altercado con un capitán inglés, John Jourdain, en la cercana isla de Ambon en 1613. Había desafiado al inglés a mostrar su nombramiento de capitán, a lo que el malhumorado Jourdain replicó irónico: «Su larga barba [pues no tenía ninguna] no es quién para ordenarme mostrar mi nombramiento».[24] Ese desprecio evidente —Coen lucía un fino bigote más que una barba— no sería olvidado. Seis años más tarde, Jourdain fue capturado en una escaramuza con barcos holandeses recibiendo un disparo en el corazón cuando trataba de rendirse. No está claro si Coen ordenó su asesinato, pero se sabe que el capitán de la flotilla holandesa fue recompensado con oro, así como el hombre que disparó el tiro mortal. *Ibidem*, p. 302.

Hacia 1619 los dos gobiernos estaban cada vez más preocupados por las escaramuzas, lo que llevó al rey Jaime I y a la Asamblea Parlamentaria a firmar una tregua —el Tratado de Defensa—. El mercado de especias sería dividido entre ellos en una proporción fija de dos a uno —favoreciendo a la compañía que estuviera ocupando cada isla en ese momento—. Se estableció un consejo local para supervisar a los comerciantes de ambas compañías, a los que se

exigió compartir los puestos de comercio. Las noticias del acuerdo tardaron nueve meses en llegar a Coen. Este lo denunció, quejándose por verse obligado a «abrazar a la serpiente».[25] Furioso porque el tratado garantizara a los ingleses una mayor participación en el comercio de especias de la que habían sido capaces de conseguir por sus propios medios, escribió a sus directores:

> Ellos [los ingleses] han contraído una deuda de gratitud, pues con pleno derecho ellos mismos se habían excluido de la explotación de la India, y ahora sus señorías les han vuelto a introducir en el negocio... Por qué razón los ingleses han obtenido el derecho a poseer un tercio del clavo, nuez moscada y macis, no alcanzo a comprenderlo. No pueden pretender reclamar un solo grano de arena de las playas de las Molucas, Amboyna o Banda.[26]

Con cada año en las Indias, Coen se volvía más belicoso. Escribió a los Heeren: «Si ustedes, caballeros, quieren tener grandes y nobles hazañas en honor a Dios y por la prosperidad de nuestro país, líbrennos de los ingleses».[27] Una de sus tácticas para superar al enemigo era bombardearles con todo tipo de obstáculos legales. Cada vez que los ingleses solicitaban su porcentaje, los holandeses respondían presentándoles las facturas de los costes por la defensa de sus fuertes y de las aguas alrededor de las islas de las Especias y Java. Eso comprendía cada florín utilizado en las guarniciones, comida y ropa de los soldados, marineros y otros miembros del personal de la VOC, así como el aprovisionamiento de todo tipo de materiales, desde pólvora a las telas utilizadas como trueque.[28]

El objetivo final de Coen era la expulsión total de los ingleses de la región. La fuerza era su mejor apuesta. En 1621 comandó un ataque sobre las islas Banda para dar una lección a los nativos por violar sus contratos y comerciar con los ingleses. Los líderes locales

de la montañosa isla de Lonthor —llamados *orang kaya*, u hombres ricos— fueron obligados a firmar un acuerdo con los holandeses para la producción exclusiva de especias en cantidades que era imposible alcanzar. Cuando no consiguieron cumplir con la cifra requerida, fueron privados de comida, torturados o descuartizados —o una combinación de los tres—, y sus cuerpos expuestos por toda la isla para que todo el mundo pudiera verlos. De una población de quince mil habitantes se dice que solo alrededor de mil sobrevivieron. Algunos historiadores holandeses han cuestionado esa cifra, argumentando que muchas de esas muertes pudieron ser causadas por enfermedades. En cualquier caso, ochocientos de los supervivientes fueron obligados a trasladarse a Batavia y sus puestos ocupados por mano de obra esclava de otras islas. Coen había contratado a mercenarios japoneses para matar a los cuarenta y cuatro *orang kaya* de la isla y hacer que sus cuerpos fueran empalados en lanzas de bambú, una atrocidad que aún se recuerda en Lonthor con una conmemoración anual.[29] Desprovisto de ese «excedente» de población, Coen fue capaz de reordenar las plantaciones de nuez moscada de las islas a una escala industrial, creando parcelas estrictamente delimitadas que serían entregadas a colonos holandeses y trabajadas por esclavos, prisioneros y otros vasallos traídos de las islas vecinas. Veía a la gente como sujetos económicamente prescindibles. Mientras las noticias de su limpieza dejaron a algunos de los Heeren horrorizados, Coen no mostraba tantos escrúpulos. Haría cualquier cosa que fuera necesaria para servir a los intereses del monopolio de especias.[30]

El conflicto con los ingleses llegó a su apogeo dos años más tarde, en 1623, cuando diez empleados de la Compañía de las Indias Orientales Inglesa y diez empleados extranjeros de la VOC —nueve mercenarios japoneses y un portugués— fueron arrestados en Ambon, donde los ingleses y holandeses compartían un puesto de intercambio comercial. Uno de los japoneses confesó bajo tortura —

un procedimiento habitual holandés consistente en verter agua sobre la cabeza del prisionero hasta prácticamente ahogarle, similar a la moderna técnica de ahogamiento, que, invariablemente, extraía la deseada confesión—. Todos fueron condenados por espiar las fortificaciones holandesas, sentenciados a muerte por traición y decapitados. La cabeza del capitán inglés al mando fue ensartada en una caña de bambú y expuesta en la plaza mayor. Se dice que los holandeses enviaron a los ingleses la factura por limpiar la sangre esparcida en la alfombra bajo el tajo del verdugo.

A pesar de que Coen ya había abandonado las Indias, tras haber completado su primera etapa como gobernador general, eso no impidió que los comerciantes ingleses sospecharan que había sido él quien ordenó las ejecuciones. Ciertamente, él aprobó la Masacre de Amboyna, como después se supo, pero las noticias del suceso le llegaron estando ya en Europa.[31] Durante años distintas comisiones de investigación, algunas de ellas inglesas y otras holandesas, trataron de esclarecer los hechos para terminar en enconadas disputas, y el asunto continuó agriando las relaciones durante generaciones. La masacre, unida a la muerte de Jourdain en 1619, convirtió a Coen en un ogro a ojos de los ingleses. Tan furioso estaba el rey Jaime que declaró que Coen «merecía ser colgado».[32] De vuelta en casa, Coen tampoco se libró de las críticas. Uno de sus superiores holandeses le recordó: «No hay ningún beneficio en un mar vacío, en países vacíos y en personas muertas».[33]

Sin embargo, con tanta gente haciendo tanto dinero —desde el pequeño inversor hasta el director de la compañía, así como los distintos grupos con intereses en la cadena de suministros—, parecía perverso quejarse del trato a los nativos. En cuanto a los que estaban sobre el terreno, las oportunidades de enriquecimiento tenían poco que ver con los salarios oficiales, que los empleados de las compañías consideraban como algo entre rácano e irrisorio. Aparentemente las diferencias formales en el sueldo eran pequeñas

—el gobernador general ganaba solo siete veces más que el empleado de rango más bajo—. Pero en realidad era mucho más que eso, puesto que cuanto mayor era el rango del funcionario, más oportunidades tenía de hacer dinero a través del «comercio privado» (corrupción). Las cifras en juego eran enormes: el gobernador general —con un salario nominal de setecientos florines al mes— podía llevarse a casa una fortuna de diez millones de florines. Un comercial de menor rango estaba dispuesto a pagar tres mil quinientos florines a la Oficina de Colocación a cambio de un puesto con un salario de cuarenta florines al mes pero que casi enseguida se convertirían en cuarenta mil.[34] Este tipo de remuneración puede que incluso supere las primas concedidas a un moderno director ejecutivo o un banquero. Las prácticas corruptas eran habituales. Una de ellas consistía en diluir la carga de metales preciosos que se almacenaba en los depósitos.[35] Los oficiales del puerto de Batavia hacían la vista gorda sobre los cargamentos a cambio de un precio. Aceptaban generosas cantidades para que cargamentos no autorizados fueran embarcados en los mercantes de la compañía y descargados en los puertos de esta. Así surgió el mercado negro.

De carácter solemne, Coen aborrecía las prácticas habituales de los aventureros, ya fueran holandeses, ingleses o españoles —las prostitutas, la bebida o el trasiego de dinero y bienes—. El primer gobernador general, Pieter Both, le describió como «delicioso» y «modesto» en sus hábitos.[36] Coen trató de erradicar todo ese tipo de ganancias ilícitas, pero solo hasta cierto punto. En general, el fisco en su país natal recibía solo una fracción del valor total de las especias, si bien se consideraba que una regulación y supervisión más estricta podrían perjudicar el espíritu emprendedor. No fue hasta finales del siglo XVII, mucho después de que Cohen y la primera generación de mercaderes holandeses hubieran desaparecido de la escena, cuando la compañía empezó a ocuparse

de los robos más seriamente. La evidencia sugiere que el supuesto ascetismo de Coen tal vez fuera solo de cara a la galería. En una de sus muchas disputas con los Heeren, Coen les amonestaba sobre su sueldo: «Creí que mis servicios eran más valiosos de lo que ustedes ofrecen».[37] Su queja tal vez tuviera mucho más que ver con el reconocimiento y el estatus que con sus beneficios personales.

Pero a pesar de sus tensiones con los Heeren, Coen regresó a Ámsterdam en 1622 y fue recibido como un héroe —el admirado y duro hombre de finanzas a la búsqueda de riquezas para sus compatriotas protestantes—. Su personalidad estaba muy a tono con los tiempos, una mezcla de piedad y codicia que consentía la comisión de atrocidades contra las clases inferiores, mientras estas no fueran mencionadas. La Iglesia reformista holandesa mantenía una similar y ambivalente postura sobre la violencia al servicio de las ganancias, tal y como hizo la Iglesia católica en España y Portugal. No obstante, la actitud holandesa era más reacia al riesgo. El objetivo era evitar la competencia, monopolizar el suministro y controlar todas las condiciones de comercio, desde la producción de materias sin elaborar hasta los puntos de venta. La confrontación tal vez fuera necesaria en un primer momento para abrirse paso, pero una vez conseguido el objetivo, la consolidación estaba a la orden del día.

La supremacía holandesa en el mundo del comercio tuvo como resultado una rápida mejora del nivel de vida. Ese periodo marcó la aparición de la clase media como fuerza política y un nuevo mercado para los bienes de consumo. Los *regenten*, regentes, incluían no solo a comerciantes sino también a cerveceros y tenderos. Esta era la gente que formaba la mayoría de los inversores de la VOC en sus primeros años.[38] Otros que también se beneficiaron de la expansión colonial fueron los joyeros, impresores y tintoreros.[39] Todo eso unido produjo un efecto de goteo a todas las clases sociales; los salarios en la Holanda del siglo XVII eran mucho más

altos que en cualquier otro lugar. La desigualdad no se percibía tanto entre los distintos estratos de la sociedad urbana como entre la gente del campo y los habitantes de ciudades con comercio.[40]

Las ciudades de los Países Bajos se convirtieron en algunos de los principales centros de la cultura europea, siendo los cuadros de bodegones el medio por el que los bienes exóticos traídos de las Indias podrían mostrarse y preservarse para la posteridad. Aquellos que podían permitirse invertir en pintura pusieron de moda la que representaba especias, frutas y pájaros de Asia y África.[41] A lo largo de todo el siglo de las luces en Europa, emergió un debate público sobre el concepto de lujo. ¿Era bueno o malo para la salud de la nación? Pensadores como Bernard Mandeville o Jean-Jacques Rousseau abordaron la cuestión. La percepción popular en la Edad de Oro varió desde la hostilidad contra «el antiguo lujo» —de los ricos establecidos— a la aceptación del «nuevo lujo» —una cultura de consumo en la que al menos una significativa minoría de la población podía participar—.[42] Mandeville, un holandés que emigró a Inglaterra y escribió la *Fábula de las abejas* en alabanza al individualismo, resumía esta actitud de la emergente clase media con aspiraciones:

> Así pues cada parte estaba llena de vicio,
> pero todo el conjunto era un paraíso.

Esa era la Holanda que Coen había ayudado a transformar.

Una de sus primeras tareas al regresar a casa fue encontrar una mujer con la que casarse, preferiblemente de una escala social más alta. La elegida, Eva Ment, era convenientemente joven (solo diecinueve años) y, lo más importante, provenía de una respetada familia. La boda constituyó un gran acontecimiento, tal y como testimonian los retratos de la novia y el novio. Sin embargo, la vida en su casa de la calle Warmoes, en una parte muy elegante de

Ámsterdam, fue volviéndose paulatinamente aburrida para alguien con el dinamismo de Coen. Suspiraba por ser enviado de nuevo a las Indias Orientales, pero los Heeren no querían indisponer a los ingleses. Finalmente accedieron —después de todo, el negocio es el negocio— y pudo regresar a cumplir su segundo mandato como gobernador general en 1627.

Su plan era viajar de incógnito, para no despertar la ira de los ingleses. Coen se llevó a Eva y a otros miembros de su familia con él, como demostración hacia el resto de la sociedad de su determinación de asentarse y construir una nueva vida en las lejanas colonias. Se le habían otorgado nuevas instrucciones para expandir el mercado más allá de las Indias Orientales hacia la India y China, y luchó para conseguirlo, si bien gran parte de su tiempo estuvo dedicado a defender los territorios ya existentes. Por dos veces Batavia fue atacada por el sultán Agung de la cercana Mataram, que había denegado las repetidas solicitudes de los holandeses para construir un nuevo puesto de comercio en la costa norte de Java. Ambas incursiones de Agung fueron rechazadas, sin embargo, durante el segundo asedio en 1629, Coen murió de disentería causada por el agua envenenada. Tenía solo cuarenta y dos años. Una de sus hijas también murió durante el sitio. Eva regresó a Holanda junto con su otra hija, que falleció en el viaje de vuelta.

Coen no tuvo tiempo de disfrutar de los frutos materiales de sus hazañas. Había establecido un sistema de explotación de recursos que sería imitado por otros países mucho después de que la Edad de Oro hubiera quedado atrás. La primera corporación más grande del mundo había sido establecida sobre la muerte y mutilación de los cuerpos de miles de nativos de las islas de las Especias. En 1800 la VOC se declaró en bancarrota, pero para entonces la riqueza de Holanda ya se había asentado. Batavia se convirtió en una ciudad multinacional de setenta mil habitantes, poblada por holandeses, otros europeos, chinos y japoneses. Continuó siendo el puesto de

intercambio comercial más importante del Lejano Oriente durante dos siglos, hasta que Stamford Raffles fundó Singapur.

Durante años después de su muerte, Coen permaneció más o menos olvidado; no fue hasta finales del siglo XIX cuando disfrutó de una especie de rehabilitación. La ciudad de Hoorn había sufrido tiempos muy duros, contemplando impotente cómo su estatus comercial era usurpado por otros puertos de su país y del extranjero. Pero la inauguración en 1893 de una estatua suya en la plaza Mayor atrajo a lo más granado de todo el país. Con la mirada dramáticamente perdida en la distancia, un cañón detrás de él y una espada en su costado, Coen parece despreciar a sus críticos, mostrando un gesto de desdén. A sus pies está grabada la famosa exhortación que escribió a los Heeren en 1619: «*Dispereert niet*» (No hay que desesperarse). Y continúa: «Dios está de nuestro lado». Uno de los temas sin resolver por los superricos es hasta qué punto su éxito es decidido por un alto poder, o hasta dónde es fruto de la destreza del hombre y sus esfuerzos. Cosme de Médici vivió atormentado por esa cuestión. Otros, como el banquero contemporáneo Lloyd Blankfein (véase capítulo XIV), tratan de arrojar luz sobre el tema.

Coen es recordado como una figura de intensa controversia en Holanda e Indonesia. Un evocador noticiario en blanco y negro de 1944 muestra a los indonesios de Yakarta derribando furiosos un monumento dedicado a él, poco después de que su país obtuviera la independencia. En Holanda el desacuerdo ha sido enorme; en 1970 las manifestaciones contra Coen y la gente como él eran frecuentes. En las escuelas holandesas, los maestros enseñan a sus alumnos el período de la colonización, si bien es un momento de la historia nacional que muchos prefieren olvidar. Sin embargo, ¿cómo puede reconciliarse esa idea con el incremento de riqueza que la nación experimentó gracias a los riesgos asumidos por esos aventureros? La moderna y liberal Holanda tal vez pretenda conciliar ambas posturas.

Pero, si nos fijamos en su modelo económico y en sus motivaciones, ¿existen tantas grandes diferencias entre los primeros comerciantes de materias de las colonias y sus equivalentes contemporáneos?

Sin embargo, bastó un breve segundo de caos en Hoorn, para que la cuestión volviera a estar en primera línea del debate popular —un camión que colocaba luces en la plaza chocó contra la estatua de Coen en agosto del 2011, llevándosela por delante—. Su retirada durante varios meses para su reparación coincidió con un creciente debate nacional sobre su legado. Próximo a la estatua, en esa misma plaza Mayor, se erige el Museo Westfries, que durante más de un siglo ha mostrado la historia de los comerciantes holandeses de la región, especialmente de Coen y la VOC. Mientras el ayuntamiento discutía sobre el futuro de su hijo más famoso, el museo decidió «someter a Coen a juicio». Dos conocidos académicos llevaron el caso a favor y en contra de la restauración de la estatua, mientras que una popular figura de la televisión ejercía de juez. Todo ello fue exhibido en una pantalla de vídeo para los visitantes del museo. Se editó también una revista con el llamativo titular *Coen: Held of Schurk?* (¿Héroe o villano?). En ella se presentaban argumentos y elogiaban gran parte de las representaciones artísticas que el debate había suscitado, incluyendo una burlesca representación de Coen como Hitler. El museo recibió un premio de la Unión Europea; su gestión del caso fue considerada un modelo de cómo las instituciones culturales pueden contribuir al debate sobre la historia, la creación de riqueza y los superricos.

Por un ratio de dos a uno, los visitantes decidieron restaurar a Coen en su lugar en el centro de la plaza, pero con una inscripción en el lateral de su pedestal explicando su «controvertido» papel en la historia. Habían llegado a un compromiso muy holandés. Justo cuando el furor parecía estar apaciguándose, en octubre de 2013 la embajadora de Indonesia en Holanda fue invitada a Hoorn. Sus asesores le aconsejaron que evitara la estatua de Coen y visitara

otro monumento de la Edad de Oro. La explicación oficial fue que no quería remover las heridas. Tal vez simplemente no fue capaz de enfrentarse a ese hombre.

$ $ $

Un siglo y medio después del nacimiento de Coen, un joven inglés seguiría un camino notablemente similar. Nacido en 1725 en la localidad de Styche, Shropshire, Robert Clive no provenía de una familia pobre, como algunos historiadores han sugerido; pero su patrimonio estaba lejos de llegar al que él mismo atesoraría durante el curso de su vida. Su padre, Richard, era un abogado terrateniente, en el límite entre la antigua nobleza y la nueva clase profesional. Durante la infancia de Robert, sus padres sufrieron duros momentos, y la hacienda familiar se deterioró ostensiblemente. Fue enviado a vivir temporalmente con la hermana de su madre en Manchester, quien lo malcrió. Para cuando regresó a su hogar, el joven estaba fuera de control. Le mandaron a distintos colegios y también recibió educación de tutores privados, pero daba igual quién le instruyera, que siempre fracasaba académicamente.

Como el mayor de trece hermanos, ya de adolescente Clive mostraba rasgos que le serían muy útiles para sus aventuras comerciales —agresividad, determinación y una aguda mente para los negocios—. Durante varios meses lideró una banda de chicos dedicada a la «protección por extorsión» en la cercana ciudad de Market Drayton; se encaramaban sobre las gárgolas para asustar a los transeúntes y rompían los escaparates de las tiendas si los dueños se negaban a darles dinero. Todo un demonio, en palabras de un biógrafo victoriano: «El líder en todos los fregados y escapadas de la vida escolar; el terror de los profesores; el niño mimado de sus compañeros de clase».[43]

Richard Clive comprendió que su hijo nunca lograría abrirse camino en profesiones respetables, así que le consiguió una entrevista en la calle Leadenhall, para el cargo de oficinista en la Compañía de las Indias Orientales. La contabilidad era la única habilidad que Robert había adquirido durante su escolarización, pasando la prueba con relativa facilidad.[44] A la edad de diecisiete años, ya iba a bordo del *Winchester*, destinado a hacer carrera como un burócrata más en los asentamientos de la compañía en la India.

Al igual que Coen antes que él, Clive tenía muy poca experiencia de la vida adulta cuando emprendió por primera vez viaje a Asia. En el curso de su peligrosa travesía de catorce meses a Madrás, se quedó sin dinero y se vio obligado a pedir prestado al capitán del barco. Llegó al pequeño asentamiento del Fuerte St. George poseyendo solo la ropa que llevaba puesta. Sin embargo, incluso a pesar de su nivel como oficial de entrada de la Compañía de las Indias Orientales (CIO) con un salario de 5 libras al año, Clive mantenía a tres sirvientes, pagados de su bolsillo.[45] A pesar de un estilo de vida de relativa comodidad, escribió a casa un año después de su llegada: «No he disfrutado ni un solo día de felicidad desde que dejé mi país natal».[46] Fue propenso a sufrir episodios de depresión durante toda su vida; aunque tampoco su trabajo le ayudaba a levantar el ánimo —era poco más que un ayudante de tendero, encargado de regatear con los proveedores.

La India en la que Clive había recalado estaba fracturada. Tras la muerte del emperador Mughal Aurangzeb en 1707, un buen número de estados subordinados con sus propios reyes y estructuras políticas había comenzado a separarse del control central.[47] Desde 1720, provincias ricas como Bengala se estaban acercando a una independencia de hecho, abriendo nuevas oportunidades a comerciantes extranjeros, la mayoría de ellos ingleses. Inicialmente al menos, los líderes de esas provincias, los *nawab o* nabab, eran casi tan poderosos como los comerciantes europeos. Necesitaban

ser cortejados —y eso significaba invariablemente compartir una parte del pastel.

El gobernador de la Compañía de Comerciantes de Londres con negocios en las Indias Orientales, o la Honorable Compañía de las Indias Orientales, como fue indistintamente conocida durante sus primeros años, recibió la cédula real de manos de la reina Isabel I en 1600. Si bien no estaba a la altura de la mejor organizada rival holandesa a lo largo del siglo XVII, la CIO concentró sus operaciones en el subcontinente indio en lugar de las islas de las Especias. Y en vez de exportar esas materias, desarrolló un exitoso negocio en bienes como el índigo y el salitre, y sobre todo con tejidos. La compañía rápidamente se convirtió en una importante fuerza tanto en su país como en el extranjero. El gobierno, supuestamente su dueño político, había contraído hacia mediados de siglo una deuda con la CIO de 4,2 millones de libras, haciendo que la relación de poder fuera incómoda.[48]

La compañía elegía cuidadosamente a sus aliados. El emperador Mughal estaba dispuesto a alentar la aparición de un intruso para competir con los holandeses, portugueses y franceses, de modo que concedió licencias a los británicos para establecer «factorías» —puestos de intercambio comercial dirigidos por «factores», o comerciantes jefes— ya desde la prematura fecha de 1617.[49] La ruptura de la autoridad de Mughal hizo que esas factorías fueran objeto de asaltos, obligando a la compañía a armarse para defenderse y extender sus propiedades. Para proteger sus fuertes en los puestos costeros de Madrás, Bombay y Calcuta, se reclutó a grupos de soldados de las calles de las ciudades inglesas. Era una pequeña pero firmemente establecida comunidad insular de expatriados, a la que Clive llegó en 1744.

El ascenso de Clive en la CIO fue rápido, al igual que el de Cohen en la VOC. Su primera experiencia de hostilidades comerciales y militares surgió en 1746, cuando la Compañía Francesa de las Indias

expulsó a los ingleses de su asentamiento en Madrás, durante la que se conoce como primera guerra Carnática. Tras sobrevivir a un duelo con otro oficial de la compañía, al que había acusado de hacer trampas en el juego,[50] Clive se alistó rápidamente para unirse al ejército, sin sueldo, con tal de que se le diera el rango de capitán.[51]Así se distinguió en la exitosa defensa del fuerte de Madrás, llamando la atención del nuevo comandante de las fuerzas británicas, el mayor Stringer Lawrence. Para cuando Madrás fue devuelta a los ingleses en 1749, a cambio de la restitución de Louisburg —lo que ahora es Carolina del Norte— a los franceses —una mutua y conveniente versión prematura de comercio global—, Clive parecía encauzado en la carrera militar. Lawrence dijo de él: «Se comportó con valor y juicio más allá de lo que podía esperarse de sus pocos años». Los dos oficiales se hicieron grandes amigos: el ambicioso joven y su mentor. Al mismo tiempo, Clive obtuvo considerables beneficios de los contratos de suministros a las fuerzas armadas de la Compañía.

A pesar de un tratado de paz formal entre británicos y franceses en 1748, la guerra de poder continuaba en la India. Las estrategias desplegadas por las dos naciones en el sur del país eran similares: encontrar a un potentado local y comprar su lealtad. La táctica del «divide y vencerás» demostraría ser una rentable ruta para la economía y, más tarde, para la hegemonía política. En 1751, las guerras Carnáticas estallaron de nuevo cuando los franceses y su aliado Chanda Sahib se fijaron como objetivo la estratégica ciudad de Trichinópolis al sur de Madrás. Sabiendo que eran superados en número por las fuerzas francesas, los británicos estaban dispuestos a ceder el territorio. Sin embargo, Clive tenía otras ideas, convenciendo a sus superiores para permitirle liderar una expedición contra los franceses. Para un veinteañero con aún muchas cosas que demostrar, fue un acto de auténtica bravuconería.

Los británicos estaban desorganizados y, con Lawrence de vuelta en Inglaterra inmerso en una disputa sobre su salario, había pocas ganas de enfrentarse al enemigo. Clive aceptó el desafío. Marchó con una pequeña fuerza hasta Arcot, la capital carnática, sabiendo que la mayoría del ejército de Chanda estaba a cientos de kilómetros de allí, en el cerco de Trichinópolis, y se apoderó de ella sin disparar un solo tiro. Chanda envió inmediatamente a su hijo, Raza Sahib, y a una fuerza de unos siete mil quinientos hombres para retomar Arcot. Pero Clive se mantuvo firme, repeliendo el ataque con solo quinientos hombres —doscientos británicos y trescientos cipayos locales—. Esa fue la clase de hazaña imperial que consiguió atrapar la imaginación del pueblo en su país natal. «Tal vez haya sido suerte, tal vez un poco de desorden por parte del enemigo», escribió uno de los biógrafos de Clive, «pero creó la leyenda del coraje e invencibilidad de los ingleses, que llevaría a los ejércitos británicos en la India a una victoria tras otra».[52]

Arcot sirvió para convencer al gobierno inglés de que, además de asegurar los intereses comerciales de la CIO, podrían empezar a plantearse una reclamación formal del territorio.

Clive regresó por primera vez a Inglaterra en 1753. Fue acogido con honores e invitaciones para cenar en las mesas más importantes, si bien gradualmente las dudas sobre su «carácter» irían emergiendo entre las clases altas. Su fortuna se estimaba en 40.000 libras, una cantidad enorme para un hombre de su posición. Algunos, incluyendo destacadas figuras dentro de la Compañía, empezaron a preguntarse cómo se había hecho tan rico tan rápidamente.

Él ignoró las críticas y planeó cuidadosamente sus gastos. Su primera tarea fue pagar las deudas de su familia. Luego empleó grandes sumas en convertirse en parlamentario *tory* por el distrito de St. Michael en Cornwall, lo que consiguió con suma facilidad. Sin embargo, un año más tarde, una petición parlamentaria rechazó el

resultado.[53] Tales objeciones eran armas comunes en la política del siglo XVIII, donde prácticamente cada elección estaba abierta a la impugnación por el candidato perdedor. El episodio proporcionó a Clive una lección sobre las triquiñuelas del sistema político. Sin amigos en los lugares adecuados, era difícil alcanzar sus fines. Esa experiencia contribuyó a su posterior apoyo del disoluto y radical diputado John Wilkes, cuyas campañas por la reforma electoral, la libertad de prensa y la independencia americana supusieron un desafío directo al opaco orden establecido.

Pero los verdaderos intereses de Clive residían en la India. Allí podría acrecentar su fama y fortuna sin las trabas de los corruptos distritos —mini feudos corruptos con normalmente un pequeño número de votantes que se transmitían de padre a hijo— y las otras arraigadas prácticas deshonestas de su país natal. Aceptó el nombramiento de teniente coronel con la compañía y regresó en 1755 —en parte porque estaba a punto de quedarse de nuevo sin dinero—. Esta vez se llevó a su reciente esposa consigo, Margaret Maskelyne, la hermana de diecisiete años de un amigo, miembro de una poderosa familia anglo-india.

Poco a poco, fue adquiriendo los avíos del éxito y la respetabilidad. Desarrolló su propia estrategia de relaciones públicas para su nuevo período en el extranjero, manteniendo una correspondencia regular con figuras principales de la sociedad, tales como el arzobispo de Canterbury.[54] Había aprendido que, si quería el respeto de la sociedad, contar la historia de sus heroicas hazañas era tan importante como llevarlas a cabo. Construyó una red de amigos y familiares para representar sus intereses: consejeros y asesores políticos.[55]

Clive descendió del barco en un momento de grandes turbulencias políticas y oportunidades en la India. El nabab de bengala, Siraj-ud-Daula, veía la creciente presencia militar de la CIO como una amenaza y se decidió a golpear primero. En 1756 tomó

Calcuta, decidido a expulsar a los europeos. Los ingleses capturados fueron hacinados en un sofocante calabozo donde docenas de ellos murieron asfixiados —el número de muertos aún no está claro—. El episodio del «Agujero Negro de Calcuta» desempeñaría un papel muy destacado en la propaganda imperial. Interpretado como un deliberado acto de salvajismo de Siraj, cuando de hecho pudo tener más que ver con la negligencia de sus soldados, los horrores del Agujero Negro fueron repetidos y adornados para la audiencia doméstica británica.[56] El incidente proporcionó un útil pretexto para la subsiguiente expansión en Bengala, demostrando la supuesta barbarie de la población nativa. En años posteriores, el sumo sacerdote del imperialismo victoriano, Lord Curzon, describiría las muertes como «prácticamente la piedra angular del imperio británico en la India».[57] A corto plazo, la caída de Calcuta fue vista como un desastre. Clive estimó un coste para los comerciantes ingleses de alrededor de dos millones de libras, no solo por la pérdida de la propia ciudad, sino también porque los comerciantes indios eran menos proclives a hacer negocios si creían que los ingleses se estaban retirando.[58] La CIO tenía que actuar rápidamente para recuperar las pérdidas. Esa forma de respaldar el comercio a través del poder militar era idéntica a la de Coen en el siglo anterior.

Clive recuperó Calcuta y avanzó sobre el ejército del nabab, acampado en Plassey. Las fuerzas del nabab estaban compuestas por treinta mil hombres e incluían un contingente de artilleros franceses —prestados por el gobernador francés Joseph-François Dupleix, alarmado ante el incremento del poder de la CIO—. El ejército de Clive era diez veces menor, formado por una mezcla de europeos e indios. Su victoria, el 23 de junio de 1757, contra todo pronóstico, propulsó tanto la reputación de la invencibilidad británica como la de Clive como constructor del imperio.

Sin embargo, el relato que circuló era más heroico que la realidad. Clive había hecho un trato con uno de los generales del

nabab, Mir Jafar, y con una sección opositora de su corte, para expulsar a Siraj. Mir Jafar estaba al mando de miles de soldados de infantería del nabab a los que retuvo para no participar en la lucha, ayudando a Clive a ganar. Al día siguiente, el inglés se reunió con Jafar, lo abrazó y le proclamó el nuevo gobernante de Bengala. Clive informó a sus jefes que había presidido una «revolución». Los británicos, explicó, «deben regresar a Calcuta y ejercer el comercio, que es lo que sabemos hacer y nuestro único objetivo por estos lares». La influencia francesa se evaporó rápidamente. Su propia compañía de las Indias Orientales había contraído dos millones de francos en deudas y se resistía a recibir avales del tesoro; por el contrario, la CIO se había vuelto tan rica que concedía préstamos anuales al gobierno de Londres para ayudar a financiar las campañas militares en otras partes. Dupleix fue enviado de vuelta a casa y murió en la ignominia —aunque más tarde los historiadores franceses echaron la culpa a la pusilanimidad de Luis XV, que le había negado refuerzos al gobernador.

En 1759 Clive escribió al primer ministro, William Pitt el Viejo, advirtiéndole que el potencial en la India era demasiado grande para que una sola compañía lograra aprovecharlo. El país, declaró, está maduro para la conquista.

> Una soberanía tan grande puede ser un objetivo demasiado costoso para una compañía mercantil; y es de temer que ellos solos no serán capaces, sin la asistencia de la nación, de mantener un dominio tan amplio. Por tanto, me atrevo, señor, a presentar esta cuestión y someterla a su consideración en aras de la ejecución de algún plan que pueda ser llevado a cabo a mayor escala, y que justifique que el gobierno pueda intervenir. Yo mismo me congratulo de haberle expuesto con toda claridad que no habrá prácticamente ninguna dificultad en obtener la posesión absoluta de estos ricos reinos.

Los cimientos del Raj[59] habían sido dispuestos. Sin embargo, no fue tanto por el valor sino más bien por un tratado secreto con

Mir Jafar, un prometedor general que vio los beneficios financieros de alinearse con un poder extranjero con más posibilidades de triunfar.

Con su característica impetuosidad, Clive había falsificado la firma en el tratado de su superior, el almirante Watson, que no había tomado parte en las negociaciones. Cuando Watson lo descubrió, se enfureció, pero su rabia se apaciguó ante la perspectiva de compartir el botín. Clive estimaba que Mir Jafar pagaría a los diversos funcionarios de la CIO un total de 30 millones de rupias —alrededor de 3 millones de libras— por ayudarle a instalarse en el cargo de nabab.[60] Al recibir numerosos obsequios en Murshidabad, la ciudad más cercana a Plassey, que el propio Clive encontró «tan extensa, poblada y rica como la ciudad de Londres», Jafar declaró: «Que Alá me bendiga, no quiero vuestras riquezas. Solo pido vuestra ayuda para establecer un nuevo gobierno».[61]

La acogida que Clive recibió, le convenció de que los ingleses solo habían arañado la superficie de Bengala; había mucho más dinero en juego. Hay algunos aquí, escribió, que poseen «infinitas propiedades mucho más grandes que cualquiera [en Londres]»[62]. Fue recibido por el hijo mayor de Mir Jafar,[63] un signo claro de su poder en el nuevo orden de cosas. Y se aseguró de que sus cómplices conspiradores en el acuerdo para destituir a Siraj fueran generosamente recompensados. Watson recibió un zafiro, un rubí y perlas.[64]

Clive amasó su fortuna personal mediante distintos modos de discutible legitimidad. La escala de sus victorias militares, y su lejanía de cualquier otra autoridad, le garantizaban que hubiera pocas normas delimitando lo que podía o no podía hacer. Después de Plassey, él mismo se pagó los «gastos» y luego se concedió 1,25 millones de rupias —alrededor de 160.000 libras— del tesoro del vencido.[65] Esto apenas era calderilla comparado con las mucho más lucrativas estafas planeadas por el nuevo nabab a favor de su

jefe inglés. Concedió a Clive un *Jagir* —una anualidad sobre las propiedades de la compañía— por una cantidad de 27.000 libras al año durante el resto de su vida. La CIO fue considerada la recaudadora oficial de impuestos del territorio, pero llevándose solo un 10 por ciento de comisión —el resto iría a parar a un solo hombre —.[66] Con la vista puesta en cómo quería ser recibido como caballero cuando decidiera regresar a Inglaterra, Clive escribió a casa después de Plassey, pidiéndole a un amigo que le comprara «doscientas camisas, tres grandes y finos pares de medias, varias piezas de muselina con lunares y lisas y dos metros de ancho para delantales». Todo ello debía ser «de la más fina y mejor calidad que se pueda obtener por amor o dinero».[67]

Cuando se trataba de sobornar, había poca diferencia entre ingleses y holandeses, pero los ingleses probablemente les superaban. Desde principios del siglo XVIII, los funcionarios de la compañía en Bengala abusaron de los privilegios garantizados por el regente local falsificando y vendiendo *dastaks*, permisos que eximían de impuestos y tributos[68]. Algunos eran vendidos a mercaderes hindúes. Las rivalidades entre naciones que se habían ido gestando durante largo tiempo se evaporaban cuando se trataba de ganancias personales. Hacia 1750, Clive se hizo amigo del jefe de la VOC en Bengala, Adriaan Bisdom. El holandés le proporcionó un barco para transportar parte de su fortuna de vuelta a casa a través de Batavia, donde era menos probable que fuera detectada. Se estima que Clive embarcó alrededor de 50.000 libras de esa manera. Esos procesos se hicieron tan habituales que se vio obligado a ordenar una investigación sobre la conducta de sus subordinados. Era una ganancia segura para todos —con los holandeses cobrando amplios márgenes por sus servicios de blanqueo.[69]

Sin embargo, la imagen para el consumo público era totalmente diferente. Clive fue capaz de denunciar, sin rastro de ironía, las anteriores prácticas del gobierno de Bengala antes de ser limpiadas

por los ingleses: «Solo puedo decir que semejante escena de anarquía, confusión, soborno, corrupción y extorsión no ha sido nunca vista u oída en ningún país salvo en Bengala; ni tampoco tantas fortunas adquiridas de forma tan injusta y rapaz». No veía ninguna contradicción entre su propia riqueza y sus intentos públicos para erradicar la corrupción, por ejemplo, declarando ilegal que los empleados de la compañía aceptaran regalos de más de 1.000 rupias sin la autorización expresa del gobernador. Sabía que necesitaba disponer de una base de poder financiero si quería tener otra oportunidad para ostentar un cargo político y gozar de respetabilidad en su país, y sus medidas contra la corrupción (de otros) estaban motivadas por la necesidad de labrarse cuidadosamente una intachable reputación. Si bien Clive era sin duda corrupto desde cualquier punto de vista, Mir Jafar aseguraba —con cierta justificación— que quienquiera que le reemplazara no sería capaz de ejercer la misma autoridad y restricción con los oficiales de la CIO, tanto ingleses como indios.[70]

Cuando Clive llegó de nuevo a Inglaterra en julio de 1760, estaba ansioso por adquirir el estatus de un caballero inglés. Pitt, quien se había sentido impresionado por la tenacidad de este comerciante y funcionario hecho a sí mismo, le alabó en el Parlamento como «un general nacido del cielo».[71] Había empezado a ser conocido como Clive de la India. El rey Jorge II, con ocasión de una discusión sobre dónde enviar a uno de sus jóvenes cortesanos para conseguir experiencia militar, exclamó: «Si quiere aprender el arte de la guerra, dejemos que vaya con Clive».[72]

Tras su desafortunada primera experiencia en política, Clive estaba decidido a conseguir un escaño en el Parlamento y mantenerlo. «Si puedo entrar en el Parlamento, me sentiré muy feliz, pero no quiero más luchas con el ministerio», escribió a su padre, [73] pidiéndole que no se tomara muy en serio su tentativa. La subestimación era una ruta mucho más segura al éxito: «Deseo

puedas moderar tus expectativas, pues si bien pretendo ingresar en el Parlamento y confío en llamar la atención de su Majestad, es también cierto que el mérito de todas las acciones queda enormemente reducido si se presume demasiado de ellas».[74] Con su gran estatus público, sin duda esta vez nadie podría interponerse en su camino. En 1761 fue debidamente elegido como diputado por uno de los dos escaños de Shrewsbury. En ese mismo año se le concedió el título de barón Clive de Plassey, aunque se sintió decepcionado por haber sido premiado con un título más irlandés que británico, lo que le impedía sentarse en la Cámara de los Lores.[75] Vio su escaño como la llave para establecer su posición como caballero: el esplendor bucólico, la caza, la pesca; el dinero nuevo desesperado por ser aceptado por el dinero viejo.[76]

Clive estaba dispuesto a comprar no solo su acceso al Parlamento sino también el de otros. Aseguró un escaño a su hermano William en Bishop's Castle, así como para otros confidentes leales de la CIO, tales como Sir Henry Stratchey y John Carnac. Sin embargo, justo cuando estaba consolidando su base de poder, sus relaciones con los jefes de la compañía se hicieron más tensas. En 1763, estalló una gran polémica. Inicialmente trataba de los medios por los que los empleados de la compañía transportaban el dinero a casa, pero se convirtió en un conflicto entre Clive y su rival, Laurence Sulivan. Como Sulivan era también diputado, la contienda fue llevada hasta el corazón de Westminster. Sulivan criticó el *Jagir* de Clive, su anualidad, juzgándola inmoral puesto que la CIO había depuesto al hombre que la había concedido, Mir Jafar, tan solo un año después, en 1760. Clive acusó a la compañía de ingratitud hacia él y defendió su duramente ganado botín. Desesperado por preservar su principal —y extremadamente generosa— fuente de ingresos, accedió a dejar de participar en la política de la compañía a cambio del reconocimiento de su *Jagir*. La cuestión fue llevada a la Asamblea General de la compañía, una institución en la que cada hombre que

poseyera acciones por valor de 500 libras tenía derecho a votar. Después de una tortuosa batalla legal, la corte decidió garantizar a Clive el cobro de su *Jagir* durante diez años.[77] Sulivan insinuó que Clive y sus seguidores habían estado «dividiendo» su patrimonio, prestando participaciones de 500 libras a amigos durante todo el tiempo que se alargó la asamblea para así aumentar el número de sus votos. H.V. Bowen, «Lord Clive and Speculation in East India Company Stock, 1766», p. 908.

Clive hizo un último viaje a la India, sirviendo como gobernador de Bengala entre 1765 y 1767. A pesar de que la política interna de la India seguía siendo turbulenta y de la persistencia de amenazas externas, la compañía continuó proporcionando atractivas inversiones. Clive aprovechó información interna para maximizar sus ganancias. En cartas privadas a importantes individuos, sobreestimó dramáticamente la cantidad de dinero que la CIO podía ganar a través de sus derechos de recaudación de impuestos en las tres provincias, restando importancia a las dificultades que implicaban el trasporte de ese dinero de vuelta a Inglaterra.[78] La cifra de 4 millones de libras al año pronto llegó a oídos de la prensa. Clive aconsejó a sus amigos y a sus propios agentes que compraran acciones, sugiriéndoles que doblaría su valor en menos de tres años. Todo eso creó un auge especulativo en la compañía. John Walsh, el representante de Clive en Londres, admitiría más tarde «haber hablado de las acciones de la CIO con muchas personas como un negocio muy lucrativo, algunas de las cuales, tal y como tenía entendido, decidieron comprar en consecuencia».[79] Los seguidores de Clive votaron con los especuladores para aumentar los dividendos en la asamblea general, infringiendo una derrota a los directores de la compañía y haciendo ganar a Clive una renta extra anual de 7.500 libras como intereses de su propio capital. El presidente escribió a Clive declarando que ese comportamiento «había resultado extraño a todos los genuinos y viejos propietarios

que son la mayoría nuestros amigos».[80] En 1767 el Parlamento tuvo que pronunciarse y poner límites a los dividendos que la compañía debía pagar, un movimiento que provocó la indignación entre muchos accionistas.[81] La oposición de los más acaudalados a la intervención estatal, incluso cuando estaba totalmente justificada, caló hondo en Inglaterra.

Ese año, Clive regresó a su país por tercera y última vez. Había asegurado la posición de la compañía en Bengala, consolidando las expectativas de gobierno a largo plazo. Además, él mismo había logrado resultados nada despreciables. Se presentó ante la reina Charlotte con diamantes por valor de 12.000 libras, espadas ornamentadas y otros artefactos para el rey Jorge III por valor de 20.000 libras.[82] Esos obsequios, sin embargo, fueron considerados menores comparados con la fortuna del millón de libras que él mismo se quedó.

Clive estaba confiado en que, esta vez, sus logros pesarían más que la ostentación de sus riquezas. Se había traído del subcontinente exóticos animales para ser regalados como mascotas a sus recientemente adquiridos amigos aristócratas. El tigre donado a Malborough, instalado en el palacio Blenheim, «estaba adornado con cintas multicolores desde la punta de la nariz hasta la mismísima extremidad de la cola». El gato salvaje que Clive regaló al tío del duque de Cumberland incluía su propio cuidador: «Cuando le habla en hindú, hace cualquier cosa que le pida».[83]Había algo desesperado en el deseo de Clive de entregar presentes a sus amigos y aliados, sin embargo, alguno de sus gestos parecen genuinos. Se aseguró que todas sus hermanas contaran con una pensión anual, e hizo lo mismo por sus antiguos camaradas militares tales como Stringer Lawrence.

La cartera inmobiliaria de Clive podría rivalizar con la de cualquier promotor moderno. Mantuvo la mayoría de sus casas para uso privado, e iba pasando de Walcot a Claremont u Oakly, así como al

antiguo hogar familiar de Styche Hall, que rehabilitó. Cuando estaba en Londres se quedaba en su casa de la plaza Berkeley, cuya fachada había sido diseñada siguiendo la última moda del estilo de Palladio.[84] Era meticuloso con sus compras y renovaciones. Walcot fue adquirida a un diputado con problemas financieros por la asombrosa cifra de 90.000 libras.[85] Claremont le costó 25.000 libras, para después gastarse cuatro veces más en reformarla, empleando el talento del famoso paisajista y arquitecto Capability Brown para que esculpiera los jardines. Ni siquiera se molestó en habitarla.[86]

Esa ostentación del dinero le valió las críticas de muchos sectores. El nabob (una derivación de la palabra «nawab») se convirtió en una figura de burla —el comerciante vulgar que regresaba enriquecido de sus aventuras—. Su estereotipo fue recogido por R. Tickell en el personaje teatral de Sir Pagoda, y recibido con gran hilaridad por el público londinense. Sin embargo, la descripción más cruel fue la de Samuel Foote en la obra de 1768 *El Nabob,* donde retrataba a un personaje obligado a aprender de un camarero cómo lanzar los dados para así ser aceptado en los juegos de mesa de la alta sociedad.[87] Los espectadores pudieron reconocer sin sombra de duda en quién estaba basado el personaje.

Los rumores sobre la extensión del patrimonio de Clive eran cada vez más frecuentes. El Registro Anual de Burke en 1760 documentaba su fortuna en 1,2 millones en metálico y joyas, además de 200.000 libras en valiosas joyas propiedad de su esposa. Sus ingresos anuales se estimaban en 40.000 libras —situándole entre los hombres más ricos del país—, a lo que había que sumar sus derechos por la recaudación de impuestos en Bengala. Él apenas se molestó en acallar esas historias. Ni tampoco vio la necesidad de replicar. A medida que fue pasando el tiempo, el resentimiento creció. La elección de 1768 vio cómo diecinueve de los «nabobs» de Clive regresaban al Parlamento, muchos de ellos representando

corruptos distritos, algo que, como reformista, él debiera haber aborrecido[88]. A los ojos de muchos miembros de la clase política, el escándalo no era tanto por la forma en que esos hombres habían sido elegidos, las prácticas de corrupción estuvieron a la orden del día durante todo el siglo XVIII, el problema residía en la franqueza de Clive, su vulgaridad, que hacía que el sistema fuera adquiriendo mala fama. En las elecciones de 1774, cuando John Walsh consiguió comprar su acceso al Parlamento por Worcester, el clamor popular fue tal que la efigie de Clive acabó quemada en la calle. El ascenso de Walsh supuso una falta de tacto hacia el sistema establecido. Tras unirse a la CIO a los quince años, se había convertido en el secretario privado de Clive. A su regreso a Inglaterra, había acumulado una fortuna estimada en 150.000 libras, unas ganancias inextricablemente unidas a las de su jefe.

Gran parte de los últimos años de Clive como personaje famoso los empleó luchando con sus muchos enemigos. Si bien era increíblemente rico, apenas tenía tiempo de disfrutar de sus riquezas. Se volvió un ser amargado y paranoico. Su actitud hacia los jefes de la Compañía de las Indias Orientales parecía un reflejo de los sentimientos de Coen hacia los Heeren en Holanda. Ambos estaban resentidos con esos hombres pomposos acomodados en un sillón de sus casas en Europa, que no hacían nada por entender las luchas de un hombre en las colonias y las decisiones que debía tomar. Los desencuentros de Clive con la CIO se volvieron más furiosos. Frecuentemente conseguía imponer su criterio mediante una mezcla de convincente oratoria combinada con la consagrada táctica de comprar diputados. Aquellos leales a él fueron llamados «el escuadrón de Bengala»; hombres firmemente independientes que despreciaban el antiguo orden.

Ambas partes se valieron de acontecimientos en la India para minar la credibilidad del otro en el Parlamento. El político liberal e hijo del primer ministro, Horatio *Horace* Walpole, escribió en 1772

sobre la hambruna en Bengala: «Han matado de inanición a cientos de millones de personas en la India con sus monopolios y saqueos, y casi han traído la hambruna a casa con el lujo ocasionado por su opulencia, y con esa opulencia, han incrementado el precio de todo, hasta que los pobres ya no podían permitirse comprar pan».[89] Y añadía mordaz: «Los gemidos de la India han ascendido hasta el cielo, donde el celestial general Clive será sin duda rechazado».[90] Edmund Burke, un compañero liberal y teórico político, salió más tarde en apoyo de este acusando a los nababs de beneficiarse de un régimen corrupto en la India y exportar esa criminalidad a la vida pública inglesa.

De repente parecía como si se hubiese levantado la veda contra Clive. En una moción parlamentaria se le acusó de malversación de dinero y tesoros por valor de 254.000 libras durante la conquista de Bengala, «con el consiguiente mal ejemplo para los funcionarios públicos, y el deshonor y perjuicios para el estado».[91] Como ignominia final, fue llamado a presentarse frente a una comisión de investigación parlamentaria. A la vista de las oportunidades que había conseguido, preguntó a sus compañeros diputados y posibles inquisidores, ¿qué habrían hecho ellos? Denunció su impertinencia, quejándose de ser cuestionado «más como un ladrón de ganado que como un miembro de este Parlamento».[92] Y añadió:

> Consideren la situación en la que me hallaba tras la victoria de Plassey. Un gran príncipe dispuesto a complacerme; una opulenta ciudad yacía a mi merced; sus más ricos banqueros pujando unos con otros por una sonrisa mía; caminé cruzando cámaras acorazadas que se abrían solo para mí, cada mano atiborrada de oro y joyas. Señor presidente, aún en este momento estoy pasmado ante mi propia moderación.[93]

Aunque el Parlamento rechazó la moción de censura contra Clive, reconociendo incluso sus «grandes y meritorios servicios a este

país», él se tomó los hechos como un insulto personal. Sentía que había dedicado los mejores años de su vida a abrir la India para beneficio de los ingleses, para después ser públicamente humillado. Los brotes de depresión que le habían afligido en distintos momentos de su vida se acentuaron durante sus últimos años. No solo estaba políticamente aislado, sino que no tenía medios para recuperar su reputación. A su avanzada edad y con sus crecientes problemas de salud, ya no podía plantearse regresar a la India y participar en otra guerra.

Clive murió en misteriosas circunstancias. En noviembre de 1774, se vio postrado por la fiebre y tuvo que tomar morfina para soportar el dolor. Mientras jugaba a las cartas, o eso es lo que se cuenta, se levantó súbitamente excusándose. Poco después fue hallado muerto en el suelo de la habitación adjunta. Había muerto de sobredosis. ¿Fue un suicidio o una muerte accidental por exceso de medicación? Otras versiones hablan de que se rajó la garganta con su cortaplumas.[94] Su cuerpo fue enterrado precipitadamente sin ninguna investigación para evitar el escándalo.

El legado de Clive ha sido objeto de una intensa controversia. Se convirtió en el chivo expiatorio de lo que se consideró como un régimen crecientemente corrupto e incompetente en la India. Pero él no fue ni el primero ni el último empleado de la Compañía en regresar de la India y gastar el dinero en la sociedad inglesa.[95] Durante muchos años su reputación estuvo en entredicho. La primera biografía publicada tras su muerte fue escrita bajo el seudónimo de Charles Caraccioli. En ella se retrataba a un Clive cruel y corrupto, una impresión que probablemente había sido recopilada entre un grupo de sus enemigos, militares de la compañía.[96] Un poema escrito a su muerte resume la atmósfera:

> La vida es una superficie, resbaladiza y vidriosa,
> en la que cayó Clive de Plassey.

Toda la riqueza que el Este podía dar
no sirvió para a la muerte sobornar y la vida disfrutar,
pero la sepultura no distingue
al nabob del esclavo.[97]

A principios del siglo XIX, cuando los británicos emergieron como los triunfantes e indiscutibles amos de la India, la vida y legado de Clive volvieron a ser debatidos. Para el radical James Mill, él era la personificación de la corrupción que marcó el abandono de los métodos «civilizados» de la compañía por otros más «bárbaros». Clive, argumentaba Mill, subvirtió la misión original de comercio de la Compañía debido a la codicia y el deseo de poder. Pero el administrador colonial y *tory*, Sir John Malcolm, cuya biografía de Clive fue publicada en 1836, argumentó que su conquista de Bengala siguió la lógica de la competencia comercial con los franceses.[98] Posteriores biógrafos victorianos, llevados por el auge de la era imperial británica, fueron más explícitos en sus alabanzas. En 1880, el historiador y antiguo oficial en la India, coronel George Malleson, describió la investigación del Parlamento como «la persecución de un hombre que había prestado los más magníficos servicios a su país». El crimen de Clive, a los ojos de sus enemigos, fue «enriquecerse a sí mismo e impedirles aprovecharse del saqueo del país que él había conquistado».[99]

A través del matrimonio de su hijo, quien pasó a formar parte de la familia del conde de Powys a principios del siglo XIX, Clive consiguió póstumamente el tan ansiado ennoblecimiento de su familia. Para entonces, el poder de la Compañía de las Indias Orientales se había desvanecido. Una serie de decretos derogaron su monopolio de comercio abriendo el campo a los competidores.[100] El caos producido por la gran revolución india de 1857 proporcionó al estado la excusa para abolir la compañía y reemplazarla por las estructuras oficiales imperiales. La CIO llegó a ser vista por el poder

establecido, al igual que lo había sido con Clive, como algo que les venía demasiado grande.

Justo unos meses antes de la muerte de Clive, Warren Hastings, uno de sus acólitos que había servido a sus órdenes en Plassey, se convirtió en el primer gobernador general británico. El Raj había sido establecido. Clive se hizo enormemente rico durante su vida, pero como le sucedió a Jan Pieterszoon, fracasó a la hora de adquirir la respetabilidad que tanto ansiaba. Ese hombre despreciado por presuntuoso y vulgar, había establecido la cabeza de puente para el poder imperial y las riquezas que durante los dos siglos siguientes verían a Inglaterra dominar el mundo.

[1] W. Bernstein, *A Splendid Exchange*, p. 218.

[2] R. Findlay and K.H. O'Rourke, *Power and Plenty*, p. 177.

[3] Simon Schama, *The Embarrassment of Riches*, p. 28.

[4] W. Bernstein, *A Splendid Exchange*, p. 228.

[5] K. Ward, *Networks of Empire*, p. 67.

[6] R. Findlay and K.H. O'Rourke, *Power and Plenty*, p. 179.

[7] J. Adams, «Principles and Agents, Colonists and Company Men», p. 17.

[8] V.C. Loth, «Armed Incidents and Unpaid Bills», p. 715.

[9] F. S. Gaastra, *The Dutch East India Company*, p. 121.

[10] J. R. Bruijn, «Between Batavia and the Cape», p. 257.

[11] J. R. Bruijn, «The Shipping Patterns of the Dutch East India Company», p. 252.

[12] W. Bernstein, *A Splendid Exchange*, p. 237.

[13] J. C.Riemersma, «Government Influence on Company Organisation in Holland and England 1550-1650», p. 37.

[14] Esas participaciones pueden compararse con el «capitalismo popular» de la era de los años ochenta de privatización bajo el gobierno de Margaret Thatcher. Se creaba la ilusión de una más amplia titularidad —la perspectiva de beneficios instantáneos era lo suficientemente excitante para tentar a cientos de miles de personas a arriesgar en compañías de las que apenas sabían nada.

[15] W. Bernstein, *A Splendid Exchange*, pp. 222-223.

[16] *Ibidem*, p. 236.

[17] J. Lucassen, «A Multinational and its Labour Force», p. 20.

[18] J. Israel, *The Dutch Republic*, p. 323.

[19] K. Ward, *Networks of Empire*, p. 19.

[20] J. Israel, *The Dutch Republic*, p. 324.

[21] V. C. Loth, «Armed Incidents and Unpaid Bills», pp. 710-711.

[22] W. Bernstein, *A Splendid Exchange*, p. 227.

[23] V. C. Loth, «Armed Incidents and Unpaid Bills», p. 721.
[24] G. Milton, *Nathaniel's Nutmeg*, p. 248.
[25] F. S. Gaastra, *The Dutch East India Company*, p. 40.
[26] V.C. Loth, «Armed Incidents and Unpaid Bills», p. 723.
[27] F. S. Gaastra, *The Dutch East India Company*, p. 43.
[28] V.C. Loth, «Armed Incidents and Unpaid Bills», p. 730.
[29] *The Spice Trail: Nutmeg and Cloves*, BBC2, 24 de febrero de 2011.
[30] G. Milton, *Nathaniel's Nutmeg*, pp. 317-318.
[31] K. Chancey, «The Amboyna Massacre in English Politics 1624-1632», p. 585.
[32] *Ibidem*, p. 584.
[33] Citado en J. Adams, «The Decay of Company Control in the Dutch East Indies», p. 12.
[34] D. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, pp. 145-146.
[35] J. Adams, «Principles and Agents, Colonists and Company Men», p. 21.
[36] K. Unoki, *Mergers, Acquisitions and Global Empires*, p. 56.
[37] G. Milton, *Nathaniel's Nutmeg*, p. 270.
[38] J. Israel, *The Dutch Republic*, pp. 344-347.
[39] *Ibidem*, pp. 344-347.
[40] *Ibidem*, pp. 351-353.
[41] J.B. Hochstrasser, *Still Life and Trade in the Dutch Golden Age*, pp. 267-269.
[42] J. de Vries, «Luxury in the Dutch Golden Age in Theory and Practice», pp. 41-43.
[43] G.B. Malleson, *Lord Clive*, p. 10.
[44] C. Brad Faught, *Clive: Founder of British India*, p. 3.
[45] R. Harvey, *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, p. 25.
[46] C. Brad Faught, *Clive: Founder of British India*, p. 14.
[47] B. D. Metcalf and T.R. Metcalf, *A Concise History of Modern India*, p. 31.
[48] A. Webster, *The Twilight of the East India Company*, p. 21.
[49] B. D. Metcalf and T.R. Metcalf, *A Concise History of Modern India*, p. 44.
[50] J. P. Lawford, *Clive: Proconsul of India*, pp. 58-59.
[51] R. Harvey, *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, p. 63.
[52] Mark Bence-Jones, *Clive of India*, p. 48.
[53] J. P. Lawford, *Clive: Proconsul of India*, p. 149.
[54] B. Lenman and P. Lawson, «Robert Clive, the Black *Jagir* and British Politics», p. 806.
[55] *Ibidem*, p. 808.
[56] J. Dalley, *The Black Hole*, p. 199.
[57] *Ibidem*, p. 208.
[58] *Ibidem*, p. 178.
[59] Palabra derivada del hindi que significa gobierno/dominio. (*N. de la T.).*
[60] A. Saxena, *East India Company*, p. 7.
[61] A. Edwardes, *The Rape of India*, pp. 222-223.

[62] S. Bhattacharya, *The East India Company and the Economy of Bengal*, p. 101.

[63] G.B. Malleson, *Lord Clive*, p. 107.

[64] J. Dalley, *The Black Hole*, pp. 104-105.

[65] J.P. Lawford, *Clive: Proconsul of India*, p. 267.

[66] B. Lenman y P. Lawson, «Robert Clive, the Black *Jagir* and British Politics», p. 812.

[67] N.C. Chaudhuri, *Clive of India*, p. 318.

[68] A. Saxena, *East India Company*, p. 1.

[69] F. S. Gaastra, «War, Competition and Collaboration», pp. 57-60.

[70] J. Harrington, *Sir John Malcolm and the Making of British India*, p. 182.

[71] C. Brad Faught, *Clive: Founder of British India*, p. 68.

[72] G.B. Malleson*, Lord Clive*, p. 135.

[73] J. P. Lawford, *Clive: Proconsul of India*, p. 273.

[74] N.C. Chaudhuri, *Clive of India*, p. 319.

[75] B. Lenman y P. Lawson, «Robert Clive, the Black *Jagir* and British Politics», p. 813.

[76] Unos doscientos cincuenta años más tarde, el pequeño estrato de superricos globales congregados en Inglaterra adoptaría una actitud similar para gestionar su reputación. Introducirse en la campiña inglesa, tratar de aprender las costumbres y, finalmente, congraciarse con tanta sangre azul como fuera posible.

[77]*Ibidem*, p. 819.

[78]*Ibidem*, p. 910.

[79]*Ibidem*, p. 912.

[80]*Ibidem*, p. 917.

[81]*Ibidem*, p. 906.

[82] R. Harvey, *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, p. 319.

[83] J. Osborn, «India and the East India Company in the Public Sphere in 18th Century Britain», pp. 206-207.

[84] C. Brad Faught, *Clive: Founder of British India*, p. 71.

[85] R. Harvey, *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, p. 6.

[86] C. Brad Faight, *Clive: Founder of British India*, p. 95.

[87] P. Lawson y J. Phillips, «Our Execrable Banditti», p. 229.

[88]*Ibidem*, p. 234.

[89]*Ibidem*, p. 238.

[90] C. Brad Faught, *Clive: Founder of British India*, p. 94.

[91] G.B. Malleson*, Lord Clive*, p. 195.

[92]*Ibidem*, p. 465.

[93] Rara vez una frase de un miembro de los superricos ha sido más apropiada —o más ingenua—. En ella se contiene gran parte de su psicología: el sentido de lo que es justo les abandona por haber tenido más éxito que otros y, en consecuencia, establecen un marco de referencia no con el resto de la sociedad, sino con los otros de su clase. Dado que Clive siempre pudo hacer más, pues tenía a su alcance la posibilidad de conseguir aún más dinero, sentía que el hecho de haberse detenido donde lo había hecho le proporcionaba

cierta exoneración moral. Pero si avanzamos hasta el presente, podemos encontrar las distintas críticas a Bob Diamond, Fred Goodwin y otros directivos bancarios de principios del siglo XXI sobre la manipulación de los tipos de interés y sus gratificaciones y, aún así, seguían presidiendo auténticos desastres. Los diputados disfrutaban de sus momentos retóricos al sol, pero invariablemente fracasaban a la hora de suscitar simpatías en su contrición. En su lugar, aquellos a quienes se les solicitaba que se explicaran se revestían de un halo de autocompasión e injusticia por tener que responder de sus acciones.

[94] G.B. Malleson, *Lord Clive*, pp. 198-199.

[95] P. Lawson and J. Phillips, «Our Execrable Banditti», p. 227.

[96] J. Harrington, *Sir John Malcolm and the Making of British India*, p. 166.

[97] P. Lawson and J. Phillips, «Our Execrable Banditti», p. 239.

[98] Véase J. Harrington, *Sir John Malcolm and the Making of British India*, pp. 166-173 para una discusión más extensa de este historiográfico debate.

[99] G.B. Malleson, *Lord Clive*, p. 184.

[100] A. Webster, *The Twilight of the East India Company*, p. 2.

VIII. LOS KRUPP. FABRICANDO EL PATRIOTISMO

> «Conocía la matrícula de cada uno, sabía cuándo entraban en el aparcamiento y cuándo salían, era bastante extremo».
>
> BILL GATES

La empresa familiar y el hombre hecho a sí mismo: estos dos términos evocan una visión romántica del individuo que se ha hecho rico a través de su esfuerzo personal. Sus raíces residen en la Revolución Industrial, en el desarrollo de una clase empresarial con escasos vínculos con la alta burguesía que hasta entonces había dominado la política europea y los negocios. La revolución, comenzada en el norte de Europa a finales del siglo XVIII, creó una nueva generación de ricos. Procedente de las cuencas mineras del carbón, de las fábricas y astilleros desde Escocia hasta el norte de Italia, surgió el nuevo artesano innovador, el hombre acaudalado, baluarte de la sociedad.

La familia Krupp de Essen, la zona alemana de la cuenca del Ruhr, personificaba esta nueva casta. La suya es la historia de una compañía levantada desde la oscuridad para simbolizar las ambiciones y valores de una nación —para bien y para mal—. El hombre que transformó la firma en un monolito de importancia global fue Alfred Krupp. Cuando, a la increíble edad de catorce años, se hizo cargo de la empresa tras la súbita muerte de su padre, la compañía tenía cinco empleados. A su muerte, sesenta años más tarde, presidía una ciudad-estado corporativa que albergaba, alimentaba y controlaba las vidas de decenas de miles de trabajadores. Alfred Krupp fue mucho más que el dueño de una compañía; fue un jefe supremo que consiguió enormes beneficios vendiendo armas a cualquier postor. Era un ingeniero mecánico y un ingeniero social obsesionado por controlar a sus trabajadores.

La suya fue una dinastía que duraría más de un siglo. La víspera de la Primera Guerra Mundial, en medio de una lucrativa carrera armamentista, la dueña de la compañía, Bertha Krupp von Bohlen und Halbach, era más rica que el propio káiser.[1] Una década más tarde, Adolf Hitler, en su libro *Mein Kampf (Mi lucha)*, exhortaba a la juventud de Alemania a ser «duros como el acero de Krupp».[2] Alemania era Krupp, y Krupp era Alemania. Tras la Segunda Guerra Mundial, los directivos de Krupp fueron condenados en los juicios de Núremberg por crímenes contra la humanidad por emplear mano de obra esclava. Pero en pocos años, sus pecados fueron olvidados. Los americanos necesitaban a Krupp para levantar Alemania occidental contra la amenaza del comunismo del Este. La compañía era demasiado importante para ser ignorada.

Los episodios más controvertidos del pasado de la dinastía no han sido ignorados, pero tampoco especialmente enfatizados. En su lugar, los informes oficiales de sus empresas se centran en los orígenes folklóricos de la firma. Villa Hügel, una mansión de doscientas sesenta y nueve habitaciones que Alfred construyó al final de su vida, era un monumento al poder y la riqueza, un hogar y cuartel general al que los industriales y políticos del mundo rendían pleitesía. Hoy en día se utiliza como instituto cultural del gobierno regional. Un recordatorio de que, a lo largo de los doscientos años de la historia de Krupp, los intereses de la empresa privada y del estado han estado entrelazados.

$ $ $

El auge de Krupp fue paulatino y poco espectacular. La primera mención documentada del apellido Krupp aparece en 1587, cuando un tal Arndt Krupp se unió al gremio de comerciantes en la libre ciudad imperial de Essen, que era el centro minero de plata y carbón

y de la industria de munición. Los armeros obtenían allí grandes ingresos; miles de rifles y pistolas eran producidos cada año. Los Krupp, desde el principio, demostraron ser muy hábiles adaptándose y explotando la adversidad. Arndt había llegado a la ciudad justo antes del brote de la Peste Negra; como un eco de Craso en la República de Roma, había comprado a precio de ganga un buen número de propiedades a familias desesperadas que huían de la plaga. Durante la guerra de los Treinta Años a principios del siglo XVII, su hijo Anton consiguió un repentino patrimonio al producir armamento tanto para los estados católicos como para los protestantes.

Los Krupp se convirtieron en pilares de la clase dirigente local, miembros de los gremios e importantes figuras de la política municipal. Durante el siglo XVIII, la familia estableció el comercio de bienes de las colonias, tales como el tabaco. A comienzos del siglo XIX la matriarca de la familia, Helene, adquirió una fundición y así los Krupp pasaron de comerciantes a fabricantes. A la muerte de Helene en 1810, su hijo bautizó la firma con su nombre, Friedrich Krupp, un nombre que, desde ese momento, estaría inextricablemente ligado a la suerte de Alemania. Pero Friedrich fue un desastre como director de la compañía. Cuando murió de tuberculosis en 1826, con treinta y nueve años, toda su herencia materna de cuarenta y dos mil táleros había desaparecido.[3] La firma había perdido enormes sumas de dinero durante sus primeros veinticinco años de existencia. Como consecuencia de su escasamente reseñable reputación empresarial, Friedrich fue destituido de los cargos públicos que ocupaba en la ciudad. La familia que le sobrevivió tuvo que mudarse de una de las plazas más distinguidas de Essen a la casa del capataz de la fundición —una mudanza que, en años posteriores, se convertiría en parte fundamental del mito de los Krupp.

Ahora le correspondía al joven Alfred, apenas un adolescente, recoger los pedazos. Sesenta años más tarde, declararía haber

tenido suerte donde su padre no la había tenido; esa sensación de precariedad de su posición y patrimonio le alentaron a intentar expandir la compañía a la menor oportunidad.

La inteligencia de Alfred ya había sido destacada por sus tutores, pero, tras haber heredado la compañía, tuvo que poner fin a su educación. En su lugar, se consagró por entero a la fabricación del acero. Posteriormente declararía: «El yunque fue mi pupitre».[4] Con la mayoría de los ahorros derrochados por Friedrich, la familia se vio obligada a vivir frugalmente. Con apenas un puñado de empleados en sus comienzos, Alfred tuvo que realizar gran parte del trabajo por sí mismo. El vertido del metal fundido debía hacerse exactamente en el momento justo o se enfriaría demasiado rápida o demasiado lentamente y el proceso quedaría arruinado. Su principal cliente, la casa de la moneda de Dusseldorf, había devuelto algunos encargos por ser deficientes.[5] Alfred no paró hasta conseguir el proceso de elaboración correcto, presionando a sus trabajadores para prolongar sus jornadas hasta después de anochecer.

Su diligencia iba acompañada de astucia. Escribió a posibles clientes exagerando el tamaño de su fábrica en un intento desesperado por impresionar y conseguir un gran encargo que le permitiera escalar a otro nivel. Se recorrió Europa en busca de compradores potenciales. Desde el primer momento comprendió que su reputación personal y la fortuna de la compañía eran una misma cosa. Con ocasión de haber perfeccionado un cañón de mosquete de acero laminado, él personalmente montó en un caballo y lo acercó hasta el cuartel del ejército para mostrárselo a los oficiales, solo para ser rechazado por los centinelas. Sin dejarse desalentar ante esas contrariedades, viajó con su hermano menor, Hermann, por los estados de la recién formada Zollverein (Unión de aduanas) para aprovecharse de los crecientes mercados de la década de 1830.[6] Paseó sus pistolas y cañones por todas las ferias de la ciudad en busca del elusivo trofeo: el reconocimiento de su marca.

Finalmente la estrategia funcionó. Cuando lo hizo, el progreso fue rápido. En pocos años los productos Krupp se estaban vendiendo en lugares tan lejanos como Brasil. En 1841 surgió otra nueva oportunidad cuando Hermann inventó un rodillo para hacer cubertería. Cada nueva invención —desde herramientas para maquinaria pesada a útiles domésticos— era rápidamente patentada, permitiendo a Alfred reinvertir el dinero en la expansión. En esos primeros años, cuando cada contrato importante podía lanzar o destruir la firma, Alfred se propuso abrirse un hueco en los mercados emergentes exportando sus productos siempre que fuera posible.

Para cuando llegó el momento de la Gran Exhibición de Londres en el Palacio de Cristal en 1851, Alfred había decidido apostar a una sola carta que podría hacerle destacar entre la multitud. Lo consiguió exhibiendo un único lingote de acero de más de dos veces el peso de cualquier cosa producida por sus competidores ingleses, obteniendo la medalla de oro de la exposición. No contento con eso, descubrió su pieza de artillería de cañón de acero, mostrándolo bajo la bandera nacional y el escudo de Prusia, granjeándose el aplauso de todo el mundo. Por esa misma época decidió invertir en el lucrativo negocio del ferrocarril en los Estados Unidos, produciendo un nuevo formato de ruedas para trenes. Esto generó una espectacular fuente de ingresos procedente de la recién emergente casta de magnates industriales americanos (véase capítulo IX).

A pesar de estar causando sensación en el extranjero, Alfred aún era relativamente desconocido en su ciudad natal, donde el comisario de policía se dirigía erróneamente a él llamándole por el nombre de su padre.[7] Su modesta personalidad enmascaraba una feroz ambición. Alfred estaba ansioso por estar a la cabeza de cada desarrollo tecnológico, viéndose a sí mismo en permanente competencia existencial con sus rivales. Mientras trabajaba en uno de sus procesos de producción, escribió a un subordinado:

«Debemos seguir esta oportunidad y no dejarla escapar; debemos ser los primeros, si es lo conveniente». Dos principios guiaron a Krupp a través de su larga vida empresarial —el secretismo y la busca de la expansión—. No había mercado que no intentara conquistar. Casi doscientos años después, la rivalidad técnica de la industria del acero del siglo XIX se ha visto replicada por los gigantes de la tecnología de Silicon Valley, con su feroz competitividad, secretismo y batallas sobre monopolios y patentes.

Gran parte de la atención de Krupp estaba dirigida hacia Inglaterra, el lugar de nacimiento de la Revolución Industrial. Desde lejos, y a los ojos de Krupp, el país contaba con numerosos mecánicos e inventores, diseñando bombas y poleas incluso más efectivas. Desde mediados del siglo XVIII, los ingleses habían liderado ese campo. El cambio vital en la técnica de fabricación del acero fue obra del pionero Benjamin Huntsman, un relojero de Sheffield que había proporcionado a los británicos una sólida ventaja en los últimos años del siglo. En su método, el hierro se colocaba en un horno dentro de crisoles de arcilla, era fundido a temperaturas extremadamente altas y cargado con el acero existente para eliminar impurezas. La actitud de Alfred hacia Inglaterra era una mezcla de admiración y rivalidad: hombres como John Smeaton, en ocasiones llamado el primer ingeniero, Joseph Bramah, el inventor de la fuerza hidráulica, Richard Arkwright, con el marco giratorio que revolucionaría la producción de algodón, y Thomas Newcomen, con su máquina de vapor; esos hombres, ingenieros autodidactas, se convirtieron en maestros en sus respectivos campos; eran respetados inventores, pero solo algunos de ellos (como Arkwright) se hicieron sustancialmente ricos. Alfred Krupp y los magnates americanos eran diferentes. Publicitaron sus habilidades en aras de una gran riqueza personal y del reconocimiento global.

Como hombre tímido a quien le gustaba mantener a la gente a cierta distancia, Krupp admiraba las cualidades de reserva y

formalidad inglesas. En su primera visita en 1838, anglicanizó su nombre de Alfried a Alfred, al igual que William (nacido Wilhelm) Siemens había hecho. Ambos creyeron que encajarían mejor si no sonaban tan alemanes. Además, pasó numerosas vacaciones de verano en Inglaterra, disfrutando de la brisa marina en Torquay. Y cuando estaba en su país se vestía como la quintaesencia de un caballero inglés, con sombrero de copa y frac.

Pero el negocio es el negocio y él estaba desesperado por ponerse a la altura de la tecnología inglesa. Era tal el nivel de competencia global que el espionaje industrial se convirtió en un arma fundamental en el trabajo de Krupp y en el de sus rivales. Desarrolló una sofisticada red de agentes por toda Europa y el norte de América para supervisar la competencia, insistiendo en que se le informara personalmente. En ocasiones él mismo hacía el trabajo. Utilizaba el seudónimo de Schropp para camuflarse entre los industriales ingleses con la esperanza de desentrañar algunos de los secretos de su fabricación de acero. Mientras recorría Sheffield, Stourbridge y Hull, conoció a Friedrich Sölling, quien continuaría siendo toda su vida un empleado de la compañía. Krupp dejó al servicial y antiguo empleado inglés Alfred Longsdon encargado de mantenerse al día de los desarrollos tecnológicos del país, un papel que sería desempeñado por otros en París, San Petersburgo y Nueva York.

Incluso su padre, Friedrich Krupp, a pesar de su desventurada gestión, había sido un prematuro globalizador, al barajar la idea de fundar una factoría en Rusia allá por 1820.[8] Alfred siempre estaba amenazando con trasladar la producción a Rusia cada vez que se enfurecía con la actitud conservadora de las autoridades alemanas hacia sus mercancías. Ya en 1849, los rusos le habían ofrecido veintiún mil rublos por construir una fábrica en San Petersburgo, pero la idea no cuajó.[9]Operar en el extranjero tenía sus atractivos. Durante mucho tiempo, el cañón de acero de Alfred fue contemplado

por el estamento de oficiales prusianos como algo parecido a una costosa broma. A ellos solo les interesaba mejorar sus ya existentes cañones de bronce.

Justo entonces, la política europea salió en ayuda de los Krupp, permitiendo a Alfred demostrar la superioridad técnica de sus productos. Regresaba de otra de sus misiones de reconocimiento de Inglaterra a través de París, cuando estalló una revuelta popular. Era el año 1848, un año en el que las revoluciones asolaban Europa. Inicialmente no prestó mayor atención, escribiendo: «En nombre del demonio, dejemos que se rompan la cabeza unos a otros». Consideraba la guerra y las sublevaciones perjudiciales para el negocio, una curiosa actitud dada la fortuna que más tarde haría con el comercio de armas. «Si al menos pudiera restaurarse la paz en Francia», se lamentaba, «y se volviera a retomar el comercio normal y lucrativo para todos».[10] Sin embargo, las insurrecciones urbanas incrementaron la demanda de artillería desde cada corte real europea. El cañón Krupp, aún sin probar por el Ministerio de la Guerra prusiano en 1847, fue sacado en 1852 para impresionar al zar de Rusia a propósito de una visita. Incluso la fábrica de cucharas en la ciudad austriaca de Berndorf cambió su producción a sables durante esos años, a medida que la firma se centraba cada vez más en la producción de material de guerra.

En ese mismo año, 1848, Alfred finalmente asumió la titularidad de la compañía de su madre viuda, si bien se produjo en un momento inoportuno. En plena crisis económica por toda Europa, decidió fundir la plata de la familia para poder disponer del suficiente efectivo con que pagar a los trabajadores un sueldo (al igual que Luis XIV había hecho para costear sus guerras).[11] Este hecho se convertiría en otro elemento más en la creación del mito Krupp —el desinteresado patriota que sacrificaba su fortuna personal por el bienestar de sus *Kruppianer*.

Frustrado por el Ministerio de Guerra prusiano, que aún seguía negándose a comprar sus productos, Krupp decidió mirar hacia otra parte en busca de clientes. Una incómoda verdad para la compañía, que, en posteriores y ultrapatrióticos tiempos, se vio obligada a reconocer que Alfred hizo, o estuvo a punto de hacer, tratos con la mayoría de los países rivales de Prusia. En 1860, cuando desarrolló el cañón de retrocarga en lugar de las tradicionales piezas de artillería que se cargaban por la boca del cañón, amenazó con venderlo a Inglaterra y Francia a menos que Prusia le hiciera un encargo. El ministro de la Guerra, Albretch von Roon, un perenne detractor y una de las principales figuras del gobierno prusiano, se vio obligado a retractarse solo cuando los gobiernos británico y francés aprobaron las patentes de Krupp en sus respectivos países. [12]

En 1862 Alfred inauguró los primeros procesos de fabricación Bessemer en el continente europeo. El método Bessemer, de nuevo desarrollado en Inglaterra, era otro paso adelante en la producción, permitiendo que pudieran retirarse las impurezas del hierro por oxidación —soplando aire en el metal fundido—. Longsdon, el confidente inglés, se había valido de contactos familiares para conseguir la patente alemana. Alfred mantuvo la información estrictamente en las manos de unos pocos colegas leales.[13]

En esa atmósfera de *laissez-faire* de mediados del siglo XIX, era una práctica común para los fabricantes de armas venderlas a países que no fueran el tuyo. Sin embargo, Prusia estaba a punto de embarcarse en tantas guerras que el patriotismo y los buenos negocios pronto iban a entrar en conflicto. Alfred estuvo a punto de vender un gran pedido de cañones a los austriacos poco antes de la guerra austro-prusiana de 1866. Cuando fue interrogado por von Roon, se limitó a replicar: «Sé muy poco de condiciones políticas. Yo continúo trabajando tranquilamente».[14] Fue necesaria la intervención personal del rey para que Krupp reconsiderara su deber

—además de un acuerdo con el gobierno prusiano comprometiéndose a pagarle un adelanto por su cañón—.[15] Con las tensiones franco-prusianas en su punto máximo a causa de los intentos de Napoleón III de anexionar Luxemburgo a su imperio en 1868, Alfred envió un catálogo de sus productos al emperador francés.[16] Los rivales franceses de Krupp, los hermanos Schneider, le hicieron inconscientemente un favor al convencer al ministro de la Guerra de comprar «armas francesas».[17]

Alfred recogió la indirecta, produciendo fielmente proyectiles para la guerra y declarando —con todo el portentoso patriotismo que pudo reunir— que era tal su devoción a la causa que no le importaba si no cobraba el total de la factura. Sin embargo, y veladamente, estaba preparado a entregar su fábrica a los franceses si, como todos los alemanes temían, invadían con éxito el Ruhr. «Les ofreceremos ternera asada y vino tinto», escribió en su diario, «o de lo contrario destruirán la fábrica».[18] Los obsequios de puros y brandy que envió a primera línea prusiana estaban únicamente dirigidos a los oficiales que habían apoyado los planes para que el ejército comprara su cañón de acero. No obstante, sí apartó unos ciento veinte mil táleros para una fundación de soldados heridos, incluyendo un hospital que más tarde sería propiedad de la compañía, proporcionando ayuda a trabajadores accidentados.

La guerra franco-prusiana de 1870 a 1871 —que terminó con la rendición de Francia y la unificación de los estados alemanes— fue obra de Otto von Bismark y Alfred Krupp. Para recompensarle por su triunfo militar y diplomático, el káiser Guillermo I concedió a Bismarck plenos poderes. El Canciller de Hierro era ahora el amo y señor de toda la política extranjera y económica, entendiendo el crecimiento de la producción industrial como la fuente del poder alemán. Recordando el caos de revoluciones que habían afectado a Europa, hizo la famosa declaración: «Las grandes cuestiones del momento no se resolverán con discursos y decisiones mayoritarias,

ese fue el gran error de 1848 y 1849, sino con hierro y sangre». El Canciller de Hierro se aseguró de que Krupp se convirtiera en la compañía elegida por todos los ministerios del gobierno. Como resultado, el número de trabajadores de Alfred se vio triplicado hasta diez mil hombres. Ahora podía disponer regularmente de contratos del estado alemán para proseguir con la expansión de su negocio.

Hierro, sangre y guerra fueron el modelo de negocio de Krupp. La venta de armamento se expandió por todo el mundo, hasta tal punto que supuso dos tercios de las ventas. Krupp fue uno de los primeros líderes empresariales globales y uno de los primeros en advertir la importancia de combinar la metodología moderna con el *marketing*.

Había hecho su dinero, y su nombre, vendiendo de todo a todos en cualquier momento. Hasta 1870, fue Rusia, y no Alemania, el mayor cliente de la compañía. En 1860, Krupp advirtió que China era la nueva superpotencia en ciernes. La primera misión diplomática del gobierno chino en Europa en 1866, incluyó una visita a las fábricas de Essen. Poco después, Alfred nombró a un comercial Friedrich Peil como primer representante de la firma en China y Japón.[19] Su esfuerzo se vio recompensado en 1871 cuando el gobierno chino realizó un gran encargo de trescientas veintiocho piezas de artillería. Durante la guerra ruso-turca de 1877 a 1878, que amenazó con destruir el frágil equilibrio de poder de Europa, los cañones de Krupp bombardearon a los soldados de ambas partes. Satisfecho con su trabajo, Alfred editó un folleto para su distribución en Inglaterra con radiantes testimonios de los dos contendientes.[20] Gobiernos y compradores internacionales de todas clases fueron invitados a la Völkerschiessen de Krupp —una excursión al campo de tiro de la compañía en la cercana ciudad de Meppen, donde podían contemplar in situ el funcionamiento del último cañón y otras armas — además de ser generosamente agasajados con comida y bebida mientras contemplaban admirados la demostración.[21]

En 1885, los turcos hicieron un gran encargo de casi mil piezas de artillería, incluyendo numerosos cañones para la defensa costera. Los ejércitos del zar y del sultán estaban, una vez más, enfrentados, equipados con armamento Krupp. Lo mismo puede aplicarse a los Balcanes, así como a Sudamérica y Asia. Según un historiador, en los años 1880 había veinticinco mil cañones Krupp apuntándose entre sí por todo el mundo.[22] Krupp había logrado una producción a gran escala. Sin embargo, en su caso, la cantidad iba acompañada de calidad. Solo, muy de cuando en cuando, una pieza concreta del equipo militar consigue esa ubicuidad, y el cañón de Krupp había alcanzado ese honor. La siguiente ocasión, y tal vez la única desde entonces, sería el rifle semiautomático Kalashnikov. Justo antes de su muerte en diciembre de 2013, Mikhail Kalashnikov, el inventor del AK-47 del mismo nombre, dejó una carta dirigida a la iglesia ortodoxa rusa solicitando el perdón por las muertes que su arma había causado. Krupp no haría nada parecido.

Los gobiernos expresaron su gratitud hacia Krupp agasajándole con honores e invitaciones. Para cuando llegó la hora de su muerte, había acumulado cuarenta y cuatro premios, incluyendo la Orden de Vasa (Suecia), la Orden del Sol Naciente (Japón), y la más prestigiosa, la Legión de Honor de Napoleón III.[23] Él nunca dio demasiada importancia a las numerosas medallas obtenidas. Lo que quería era recibir buenos encargos para su compañía, no lo que él llamaba «pequeñas cruces y estrellas, títulos y otras fruslerías».[24] En su país renunció a cualquier título de nobleza diciendo que no deseaba ostentar ningún otro nombre además del de sus padres.[25] Sin embargo, apreciaba los obsequios, y se sentía decepcionado en las raras ocasiones en las que no recibía nada a cambio de enviar un modelo de cañón a algún rey o emperador. Esos presentes, afirmaba, deberían denotar respeto, no ostentación; por eso no apreció una suntuosa joya enviada por el sultán otomano. No obstante, comprendía que aceptar esos regalos era bueno para el

negocio. «El fabricante comercial debe estar dispuesto a derrochar dinero a los ojos del mundo»,[26] escribió.

Krupp sentía que no necesitaba elegir entre negocio y patriotismo. Había logrado hacer que su empresa fuera indispensable para la nación, especialmente en tiempos de guerra, del mismo modo que las guerras entre naciones eran indispensables para su negocio.

A medida que Alemania se expandía bajo el gobierno de un káiser, también lo hacía la firma bajo el mandato de un solo jefe. Bismarck intervino en favor de Krupp para allanar el camino hacia un gran número de adquisiciones. El rígido control de la compañía formaba parte de la coherente política de Alfred. Se negaba a solicitar capital de los bancos, y sospechaba de cualquier subcontrata. Una de las razones por las que procuraba mantener todo en casa era su obsesión por la confidencialidad corporativa. Tanto en la esfera personal como familiar, las relaciones eran cruciales para procurar que su compañía estuviera un paso por delante de sus rivales tecnológicos. Tras su matrimonio con Bertha Eichhoff en 1853, su cuñado fue puesto al mando del proceso de pudelación, en el que el hierro fundido era vertido y removido en un horno refractario especial, lo que significaba producir acero sin usar carbón. El método de pudelado era un sistema que requería gran destreza, y su proceso una de las partes más secretas de la producción de acero fundido del momento.[27]

Alfred consideraba a los financieros como la casta más baja de todos los actores de la economía, en la que rara vez se podía confiar. Sin duda, no habría sido admirador de las prácticas corporativas contemporáneas, con su obsesión por las cifras trimestrales de beneficios y dividendos. Trató a toda costa de mantener la compañía en manos privadas. «El secreto está en nuestro capital, pero ese capital se echaría a perder tan pronto como el conocimiento sea asequible a los demás». Esa actitud contenía una buena dosis de

antisemitismo: «La industria actual se ha convertido en un campo para los especuladores, los judíos de la bolsa, los estafadores de acciones y otros parásitos similares».[28] Se resistía vehementemente a la idea de convertir la firma en una compañía pública, a diferencia de alguna de las fundiciones rivales. Sus más cercanos aliados, como su viejo amigo Sölling, le urgían a soltar las riendas para conseguir el ansiado y necesario dinero en efectivo para la firma. La negativa de Krupp a salir a los mercados era un obstáculo para sus planes de expansión, de modo que hizo lo mejor que cabía hacer: acudió directamente al rey Friedrich Wilhelm —el padre del káiser Guillermo— y recibió una ampliación de su crédito gracias a su gran «patriotismo».[29]

El derrumbe del mercado bursátil europeo en 1873, sumió a la compañía en problemas aún mayores. Cuando los pedidos empezaron a escasear, la firma se encontró en una situación comprometida y expuesta. Las deudas se duplicaron en dos meses para, un año más tarde, volverse a doblar hasta alcanzar los sesenta y cuatro millones de marcos.[30] En esta ocasión su solicitud personal al káiser fue en vano; con una vez es suficiente, le dijo Bismarck a Krupp, especialmente para una firma cuyas credenciales nacionalistas eran propensas a fluctuar. Eso enfureció tanto a Krupp que llegó incluso a enfermar, siendo diagnosticado por un médico como «hipocondríaco bordeando la locura».[31] Sin embargo, en lugar de seguir las recomendaciones del doctor, Krupp le despachó con cajas destempladas.

Finalmente, un grupo de bancos se unieron para ayudarle.[32] El acuerdo concedía a los banqueros un puesto en la directiva de Krupp, una circunstancia que aceptó avergonzado. La inyección de crédito estabilizó la firma y, a pesar de sus temores, el consorcio no intervino en las decisiones operativas. El estilo de hacer negocios de Krupp se había vuelto demasiado valioso para arriesgarse a alterarlo. La compañía era considerada demasiado importante para fracasar.

Las sospechas de Alfred sobre supuestas intrusiones se convirtieron en paranoia. «Odio la idea de fraternizar con otros competidores», escribió, «dado que nadie hará nada por nosotros, y todo el mundo pretende obtener algún beneficio de esa fraternización».[33] No podía soportar la idea de que sus trabajadores dejaran la compañía. Cuando un capataz se despidió en 1870 para aceptar un trabajo en Dortmund, Alfred le persiguió y trató de convencer a la policía para que lo arrestaran, pretendiendo «demandarlo por daños y perjuicios hasta donde la ley permitiera».[34] Respecto a los salarios, declaró: «Nuestros trabajadores deberán recibir el máximo que la industria pueda permitirse de modo que no tengan que buscar empleo en otra parte».[35]

Krupp no era solo rico; pero tampoco era un simple inventor e industrial. Quería crear una nueva ética corporativa. El nombre de la compañía se convertiría en sinónimo de algo más que el acero; sería igualmente famoso por los programas de bienestar social dirigidos a sus trabajadores, y por sus intentos de controlar sus vidas. Su plan de seguro de salud voluntario data de 1836. Las pensiones llegarían en 1853. Los fondos eran revisados al alza periódicamente con la fortuna privada de la propia familia Krupp.

Pero no todas esas medidas sociales fueron especialmente innovadoras: el seguro de enfermedad, por ejemplo, había sido brevemente instituido durante la ocupación napoleónica del Rhineland a principios del siglo XIX. Los propietarios de las minas del Ruhr llevaban ingresando beneficios en los planes de seguros de los trabajadores desde el siglo XVIII. Sin embargo, la legalización aprobada por el Parlamento alemán en 1881, que comprendía seguros de accidente y de enfermedad y, eventualmente, las pensiones, allanó el camino hacia un nuevo modelo social y de empleo. La idea era muy sencilla: un trabajador que tuviera asegurada a su familia y a sí mismo sería más productivo. La escala de los planes de Krupp no tenía precedentes. La paga por

enfermedad, aunque abonada solo desde la decimocuarta semana de baja, concedía al trabajador dos tercios de su salario, algo bastante generoso para la época.[36] Negocio y administración iban de la mano. Bismarck no veía razón para impedir que el director o propietario de una compañía restringiera las horas de trabajo o introdujese otras formas de regulación. Pero «la verdadera reivindicación del trabajador», declaró, «es la inseguridad de su existencia»:

> Nunca está seguro de si tendrá siempre trabajo, ni tampoco de si tendrá salud, y prevé que algún día será viejo e incapaz de trabajar. Si cae en la pobreza, incluso si solo es a causa de una prolongada enfermedad, entonces se ve completamente desasistido, obligado a vivir de sus propios recursos, sin que generalmente la sociedad reconozca tener ninguna obligación hacia él más allá de la ayuda común a los pobres, incluso si ha estado trabajando toda su vida con lealtad y diligencia. La ayuda habitual a los pobres, sin embargo, deja mucho que desear, especialmente en las grandes ciudades, donde es mucho peor que en el campo.

La proliferación de las fábricas, como sucedió con muchas ciudades durante la Revolución Industrial, cambió Essen hasta hacerla irreconocible. Su población creció desde siete mil personas en 1850 hasta cincuenta mil, dos décadas más tarde, la mayoría teniendo como medio de vida, directa o indirectamente, su trabajo en Krupp. Alemania, especialmente las ciudades de la zona del Ruhr, al noroeste del país, estaba en plena urbanización —un proceso que muchos pueblos y ciudades de Inglaterra y Estados Unidos estaban experimentando también—. La aglomeración era endémica. En Berlín, por ejemplo, una quinta parte de la población vivía en sótanos. La dieta básica de mucha gente trabajadora eran las patatas, una sopa aguada y pan negro.[37]

Hacia 1890, Essen había crecido hasta casi ochenta mil habitantes, con el Kruppianer y sus familias constituyendo casi cincuenta mil.[38]Eso creó un tremendo problema de alojamiento,

con muchos trabajadores y familias viviendo en la miseria —y sin embargo esa existencia era preferible a cultivar la tierra—. Si bien posteriormente una versión oficial de la firma proclamaría que el deseo de Alfred de construir casas «no se vio forzado por la escasez de viviendas en la zona», el número de personas por casa en la ciudad había aumentado hasta quince en 1864, momento en el cual la compañía emprendió su primer programa de edificación de viviendas concertadas.[39]

Dos nuevas colonias, Schederhof y Cronenberg, fueron construidas. Las primeras casas cerca de la fábrica eran hogares relativamente confortables para capataces y sus familias. Unos más austeros barracones fueron construidos para trabajadores solteros, llegando a albergar hasta seis mil hombres. Barrios enteros fueron edificados alrededor de Essen, a menudo bautizados con el nombre de antepasados de Krupp. Las nuevas casas apenas pudieron responder a ese incremento de población, por lo que no fueron de demasiada utilidad para revertir el hacinamiento. En 1890, aún había un promedio de dieciséis personas por hogar.[40]

La tasa de mortandad no comenzaría a reducirse hasta más adelante, cuando se impusieron unos estrictos códigos de salud pública. La colonia más grande, Cronenberg, albergaba a ocho mil personas. Además de viviendas, la comunidad contaba con «una casa parroquial, dos escuelas, una iglesia protestante, distintas sucursales de la tienda cooperativa, una farmacia, una oficina de correos, una plaza del mercado de unos mil trescientos cincuenta metros cuadrados, un restaurante con juegos, bolera y una biblioteca con un amplio salón para las reuniones de los trabajadores».[41]

Krupp organizó su ciudad de acuerdo con las necesidades del negocio. Las rentas de las casas de la compañía eran casi un 20 por ciento más baratas que las de las habitaciones privadas de la ciudad; todo ello diseñado para atar a sus trabajadores. Pero al menos su

política tenía el mérito de la transparencia: cada nuevo trabajador era advertido de que si abandonaba la firma por otro empleo perdería su alojamiento. La renta se descontaba directamente del salario y revertía en la compañía. Podía gastar su dinero en los comercios Krupp cedidos a la firma por la Sociedad Cooperativa de Essen en 1868. Muy pronto, de acuerdo con un historiador, hubo hasta quince supermercados localizados en los distintos asentamientos, nueve sucursales de bienes manufacturados, una fábrica de zapatos y tres zapaterías, una ferretería, un molino y pastelería, seis panaderías, un matadero con seis carnicerías, dos tiendas de ropa, siete restaurantes, una licorería, una empresa vendedora de hielo, una cafetería, una fábrica de cepillos, una tintorería y un mercado semanal de verduras frescas traídas de los campos de los alrededores.[42] La transformación de Essen en una ciudad corporativa se completó a mediados de 1870, tal y como describió un visitante: «Por todas partes aparece el nombre de Krupp: ya sea en la pintoresca plaza del mercado, en la puerta del gigantesco gran almacén, en un monumento de bronce, en la fachada de la iglesia, sobre la biblioteca, en los numerosos edificios escolares, en las carnicerías, en la fábrica de salchichas, las tiendas de zapatos y las sastrerías».[43]

El sueño de Krupp era que sus trabajadores pasaran sus vidas, desde la cuna a la tumba, bajo el control de la compañía. Desde baños públicos a colegios o dispensarios, todo era como un estado dentro de un estado. La firma estaba presente incluso en la muerte, con el apoyo a viudas y huérfanos.

Al estar libre de responsabilidad ante los accionistas tal y como sucedía en las compañías públicas, Alfred Krupp solo era responsable de su cartera y su conciencia. La firma continuaría siendo una empresa paternal que exigía obediencia absoluta: «Solo queremos hombres leales, que nos estén agradecidos de corazón por proporcionarles el sustento diario».[44] Semejante devoción sería

recompensada al final de la vida laboral, tal y como Alfred dejó claro: «Si un hombre es contratado un día e inhabilitado al siguiente, no por su delicada constitución o por su propio descuido, sino a causa de un accidente ocurrido durante su jornada laboral, la fábrica debe hacerse responsable; o cuando un hombre ha consagrado su energía y sus incansables esfuerzos a mis empresas durante largo tiempo, debería poder pasar sus años de declive sin tener que trabajar ni morirse de hambre».[45]

En una carta de 1873 comentando el caso de un trabajador que se había lesionado durante el trabajo, Krupp declaraba: «Mis principios a este respecto son bien conocidos y no pretendo escatimar ni un penique. Eso fortalecerá la fidelidad y compromiso de los demás al sistema».[46] Por razones parecidas, concedió una prima anual a un mecánico especializado llamado Bungardt «puesto que es un hombre muy capaz al que me gustaría conservar».[47]

Al principio de su carrera, Krupp se había dirigido a sus trabajadores como colegas artesanos, encabezando sus cartas del siguiente modo: «Caballeros del Colegium». A medida que el negocio se expandió y la tecnología avanzó, la idea de la firma como una empresa colectiva entre profesionales quedó olvidada. En septiembre de 1872, entre el triunfo de la guerra franco-prusiana y el desastre del derrumbe económico, Alfred redactó su «Generalregulativ» (Reglamento general), que marcaría la política de empleo de la firma hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Este notable trabajo, de veintidós páginas y setenta y dos cláusulas en total, es uno de los documentos guardados como un tesoro en el archivo de Krupp. Una auténtica muestra del radicalismo de ese patricio teutón o, por decirlo en un lenguaje más moderno, de alguien con un trastorno obsesivo compulsivo. Alfred no dejaba nada al azar. El documento establece la jerarquía de la compañía desde Alfred hasta el escalafón más bajo. De acuerdo con su constitución,

la firma pertenecía a un único propietario, siendo heredada por progenitura —sucesión del primer hijo varón.

El «Generalregulativ» exigía una lealtad indivisible de los trabajadores y obediencia a la compañía por encima de todas «las influencias perjudiciales del exterior».[48] En otras palabras, los empleados no podían involucrarse en la política. La actual versión oficial de la compañía ensalza el estado de bienestar del «Generalregulativ» e ignora sus aspectos más dictatoriales. Incluso la página web de Krupp atribuye a Alfred la implantación de «la Gestión de ideas», en la que los trabajadores pueden sugerir mejoras a la forma de operar de la compañía.[49]Otras firmas alemanas de la posguerra han querido reforzar lo que entendían como un acercamiento y cooperación en las relaciones entre el patrono y el empleado —con representantes de estos últimos elegidos en un *Betriebsrat*, o consejo de trabajadores—, en contraste con el modelo más de confrontación propio de sus colegas anglosajones. Esa imagen, un tanto idealizada, de la firma Krupp es vista como precursora de una nueva tendencia.

No obstante, la postura de Alfred difícilmente puede ser descrita como consensuada. Él pretendía controlar cada aspecto de las vidas de sus trabajadores y les hacía trabajar duro. A mediados del siglo XIX, la jornada laboral media en la Alemania industrial era de entre trece a dieciséis horas, y de once a doce para niños. Trabajar en domingo se convirtió en algo habitual a medida que el sistema de fábricas creció. Algunos trabajadores se resistieron, decidiendo no acudir los lunes por la mañana a trabajar, una tradición conocida como «Lunes azul». Sin embargo, las estrictas normas de la fábrica introducidas por Krupp terminaron por poner fin a esta práctica. Alrededor de un 10 por ciento de la mano de obra de Krupp eran oficinistas, incluyendo supervisores, delineantes y personal administrativo. Los que estaban en la parte alta de la cadena recibían un sueldo mensual —un signo evidente de haber

prosperado en la compañía— y una recompensa que podía ser anulada si el empleado no causaba buena impresión. Los oficinistas formaban un grupo aparte del resto; estaban sujetos a un código diferente de normas y tenían derecho a una mejor paga por enfermedad y un mayor período de preaviso. Krupp se había asegurado de que hubiera suficientes vacantes internas y oportunidades de ascenso dentro de la firma para hacer que la plantilla siguiera siendo competitiva entre sí, haciéndoles cambiar de puesto de trabajo para minar cualquier sentimiento colectivo: unos incentivos personales equivalentes a la táctica del palo y la zanahoria, de acuerdo con cualquier manual moderno de gestión empresarial.[50]

Desde la posición estratégica de su casa, situada en medio de las fábricas, Krupp podía observar a los trabajadores que llegaban tarde. Planeó instituir un uniforme al estilo militar con insignias y galones basados en la antigüedad y en la superioridad laboral, pero le disuadieron de hacerlo. En fechas tardías, a finales de 1870, aún continuaba enviando misivas de su puño y letra sobre cómo debían vestir los trabajadores.[51] Dos historias se refieren a la utilización de los lavabos. Una de ellas explica cómo cada trabajador necesitaba un permiso escrito de su capataz para poder ausentarse. De acuerdo con la otra, la factoría empleaba a un hombre cuya única tarea era impedir que los trabajadores permanecieran demasiado tiempo en el aseo. El cuarto de baño era a menudo un lugar donde los trabajadores podían charlar, intercambiar información y dejar octavillas anunciando reuniones ilegales o no oficiales.[52] El archivo Krupp niega que Alfred fuera tan fanático. Otras formas de control, quizá más verosímiles, incluían la prohibición de tener periódicos socialistas o católicos; así, cualquier trabajador al que pillaran leyendo esa literatura en sus casas o barracones se enfrentaría al desahucio. En las bibliotecas patrocinadas por Krupp estaba

prohibido cualquier libro de naturaleza religiosa, filosófica o política que pudiera constituir una amenaza.[53]

Sindicatos y otras asociaciones de trabajadores eran anatema. Krupp respetaba a sus operarios más experimentados, pero le preocupaba cualquier influencia que estos pudieran ejercer en una organización colectiva: «Exijo los hombres mejores y más preparados, y que los contramaestres sean destituidos lo más pronto posible si dan la impresión de incitar a la oposición o pertenecer a alguna asociación»[54]

En 1872, cuando el joven Partido Socialdemócrata llamó a la huelga del carbón en el Ruhr, incluyendo las minas propiedad de Krupp, Alfred fue inflexible: «Ni ahora ni en un futuro próximo podrá ser contratado un antiguo huelguista en nuestras fábricas, por muy cortos de personal que estemos».[55] Cuando el Partido Socialdemócrata entró por primera vez en el Parlamento tras las elecciones de 1874, Krupp despidió de forma fulminante a treinta trabajadores por «divulgar la doctrina socialista», alegando que un voto para ese partido era un voto para los «holgazanes, disolutos, e incompetentes».[56] Su cruzada contra el socialismo determinó muchos de sus actos en el trabajo y en la vida pública. En una carta dirigida a la junta de la compañía en julio de 1878, abogaba por la construcción de una nueva escuela en una zona deprimida de Essen: «¿Acaso no podemos sacar partido de ella contra los socialdemócratas, que ignoran todo lo que se hace para los trabajadores, y así al menos tratar de rechazar sus ideas como simple egoísmo?».[57]

Alfred hubiera preferido permanecer por encima de cualquier partido político, pero la politización de los trabajadores le obligó a participar. En 1878 se postuló como candidato nacional liberal en las elecciones al Reichstag. Una organización paraguas de grupos liberales patrióticos, los nacional liberales, tendían cada vez más hacia una política de derechas, volviéndose fervientes partidarios de

la expansión de la flota alemana. Como fabricante de acero y constructor de piezas para buques de guerra, el negocio de Krupp y sus intereses políticos se alineaban en ese mismo sentido, algo que formaba parte de cuantas decisiones tomaba. Perdió por un estrecho margen con el partido del Centro Católico —principalmente porque Essen era una ciudad profundamente católica—. Se sintió agraviado y alarmado porque una ciudad prácticamente controlada por su firma no hubiera votado el resultado correcto. Sin embargo, al año siguiente Bismarck promulgó su ley antisocialista, prohibiendo el Partido Socialdemócrata y otras organizaciones similares, lo que permitió que muchos de los objetivos políticos de Alfred se consiguieran por distintos medios.

A pesar de toda su antipatía hacia el socialismo organizado, Krupp no era un defensor a ultranza del mercado. Incluso entonces, en los primeros tiempos de la Revolución Industrial, los alemanes y gran parte de los europeos tenían una perspectiva más amplia que había empezado a distinguirse de la de América e Inglaterra. En los Estados Unidos, debido a Herbert Spencer y a las teorías de supervivencia del más fuerte (véase capítulo IX), la desigualdad en las empresas era contemplada por muchos hombres de negocios como parte del orden natural de la sociedad. Krupp y sus colegas industriales alemanes no alardeaban de la «bondad» de esa desigualdad o de la filosofía del negocio que se escondía tras las diferencias salariales, pero tampoco se alejaban demasiado de ellos. Hacia 1870 y 1880, el promedio de ingresos en Alemania era de alrededor de setecientos cuarenta marcos —las mujeres cobraban dos quintas partes del mismo—. En el extremo opuesto se encontraba el promedio de ingresos anuales de los mil seiscientos más ricos, la mayoría terratenientes e industriales, que excedían de los cien mil marcos —unas ciento treinta y cinco veces más que los pobres—.[58] A pesar de usar un lenguaje más comunitario, la brecha aún era brutal.

En febrero de 1887, los Krupp hicieron un segundo intento de entrar en el Parlamento. Con setenta y cinco años y una salud en declive, Alfred delegó en su hijo Friedrich, el supuesto heredero de la compañía. Sin embargo, él también perdió, y de nuevo contra el Centro Católico. Su derrota fue incluso más notoria, puesto que el voto en la planta se había realizado bajo la supervisión de los oficiales de la compañía.[59] Alfred había realizado una pomposa declaración a sus obreros antes de la elección, argumentando que una derrota del gobierno nacionalista podría debilitar el poder militar y llevar a la guerra: «Para tranquilidad de todos solo puedo confiar que nadie se dejará confundir, ni querrá tener nada que ver con semejante desastre por haber votado contra el gobierno. Sin embargo, si todo el mundo cumple con su deber, dedicaré gustosamente todo mi esfuerzo a incrementar la actividad en todas las fábricas, a establecer una nueva planta y proporcionar un medio de vida a más hombres».[60]

Su mezcla de soborno y chantaje no surtió el efecto deseado. Apenas unos meses más tarde, el 14 de julio de 1887, Alfred sufrió un infarto y murió, desplomándose en los brazos de su mayordomo en la Villa Hügel, la mansión erigida como gran monumento a su dinastía. Es ahí donde continúa desarrollándose la batalla por su legado.

$ $ $

Durante la mayor parte de su carrera, Krupp había vivido en entornos más humildes —en la antigua casa del capataz en medio de las fábricas—. Su mujer, Bertha, le había sugerido en repetidas ocasiones mudarse a un lugar más apropiado a su posición como uno de los más grandes industriales alemanes, preferiblemente un lugar en el campo. Acompañada de su único hijo, solía pasar largos

períodos en lugares de vacaciones o balnearios en Suiza o en el sur de Francia para escapar de la nube de contaminación que envolvía Essen. Alfred se hacía el remolón; cuanto más planificaba su nuevo hogar, más se implicaba en cada detalle. Debía ser su gran proyecto arquitectónico, el emblema del nombre Krupp por todo el mundo —como siempre sucede con los superricos y los triunfadores, se vio preso de una compulsiva competencia—. Quería una casa y una oficina lo suficientemente espectaculares para impresionar a políticos e industriales; quería construirla en el estilo que tanto envidiaba —el de las grandes mansiones de la campiña en Inglaterra—. Sin embargo, a diferencia de otros, también quería que fuera barata.

El proyecto fue problemático desde el principio. La Villa Hügel permaneció durante meses sin tejado porque Alfred había elegido personalmente materiales de construcción franceses y la guerra franco-prusiana hizo muy difícil la llegada de las mercancías importadas[61]. A lo largo de la década empleada en su planificación, Krupp contrató y despidió a nueve arquitectos, prefiriendo a menudo sus propios bocetos a los de estos. Pero, una vez terminado en 1873, el edificio contenía un gran número de defectos. La calefacción nunca funcionó correctamente y, en todo caso, el armazón de acero de la estructura dejaba escapar el calor, haciendo que el interior estuviera helado durante los meses de invierno. Krupp temía que una cantidad excesiva de madera pudiera aumentar el riesgo de incendio. Pero su razonamiento no residía tanto en motivos de salud o seguridad de la casa como en el vínculo emocional que había desarrollado hacia el acero —al igual que le sucedió a Mansa Musa con el oro—: «El acero, que ha dejado de ser el material de la guerra, debe tener ahora un destino más amable, y utilizarse para el primer monumento a la victoria, en monumentos conmemorativos de las grandes hazañas y los grandes hombres, o como expresión de la paz exterior y doméstica, pudiendo escucharse

en las campanas de una iglesia, ser empleado para ornamentos y propósitos comerciales, o para la acuñación de moneda».[62]

El edificio tal vez fuera austero y serio. Y sin embargo constituía una proyección magnífica de poder, un impresionante recinto para recibir a las muchas cabezas reales que visitaban las fábricas confiando en cerrar un contrato de suministro de artillería o para imponer una medalla al fabricante. El káiser tenía allí sus propios aposentos; y el sha de Irán o el emperador de Brasil fueron huéspedes que podían disponer de todos los caballos de las cuadras, así como de los extensos jardines. Hacia 1890, la casa contaba con su propia estación de ferrocarril. El mantenimiento del edificio acabó absorbiendo el 15 por ciento de los beneficios de la compañía, pese a lo cual en época de Alfred no podía ser visto como extremadamente lujoso.

Su hijo y las siguientes generaciones lo reformaron, añadiendo un mobiliario aún más grandioso y numerosas obras de arte.[63] Desde el primer momento la Villa Hügel causó la impresión deseada en los visitantes, y fue comparada por muchos con el palacio y la embajada que, en muchos sentidos, era.

La baronesa germano-inglesa Deichmann escribió: «Herr Krupp vivió al estilo principesco en una enorme casa de campo con un gran pabellón de invitados. Podía compararse con una gran embajada, pues personas de todas las partes del mundo llegaban con la intención de persuadirle para cerrar algún trato de negocios con sus gobiernos. Por este motivo se celebraban grandes cenas, y en una ocasión nos dijeron al llegar que cientos de personas eran esperadas para el baile que se celebraría esa noche».[64]

La obsesión de Krupp por la arquitectura autoreverencial le sitúa en muy buena compañía. De hecho, desde los tiempos antiguos hasta la actualidad, existen muy pocas excepciones a esa práctica entre los ricos empresarios. Al igual que él, muchos han tratado de

justificar su palacio o mansión como esencial para sus tratos de negocios.

Cuando Krupp se trasladó a Hügel, dejó su antigua casa familiar en pie en medio de sus fábricas para «que tanto mis sucesores, como yo mismo, puedan contemplar con agradecimiento y alegría ese monumento; y sea a la vez una advertencia para no despreciar las cosas más humildes y estar en guardia contra la arrogancia». La meticulosa preservación del hogar original de la familia podría ser vista como un signo de nostalgia de un hombre en sus últimos años. Quizás lo fuera, pero también fue un astuto movimiento, una guinda en la creación del folklore de Krupp. Con ello, se recordaba a todo el mundo las historias del padre de Alfred, Friedrich, y cómo él arrimó el hombro con cualquier trabajo en su primer y pequeño taller, plantado frente a los hornos hasta bien entrada la noche.[65] La casa permitía a Alfred conmemorar sus orígenes humildes, transmitidos de una generación a otra:

> Trabajaba todo el día y, por la noche, le daba vueltas a las dificultades que me rodeaban. Y mientras trabajaba como lo hacía, a veces durante toda la noche, vivía únicamente de patatas, café, pan y mantequilla, sin probar jamás la carne, y con las preocupaciones propias de un padre de familia sobre mis hombros, y durante veinticinco años me mantuve así, hasta que mis circunstancias fueron mejorando gradualmente, y pude llevar una vida más tolerable.[66]

Apenas importaba que, desde que cumplió los sesenta años, Alfred no se hubiera molestado en visitar las fábricas personalmente. [67]

La pequeña casa aún sigue en pie hoy en día, empequeñecida por las enormes oficinas de ThyssenKrupp que dominan la ciudad. La gestión de la reputación de Krupp, un empresario hecho a sí mismo, podría haber sido escrita para cualquier magnate de Internet americano u oligarca ruso que hubiera comenzado su negocio en un

garaje o vendiendo artículos de segunda mano en la calle. Lo que interesa tanto o más que la versión original, son los esfuerzos realizados por los descendientes de Alfred Krupp en contar una y otra vez su historia y la de la actual compañía.

Actualmente la villa ha sido absorbida por las *gemütlich,* casas independientes de un suburbio de Essen, y sirve en parte como fundación, en parte como archivo y, en parte, como museo y jardín abierto al público. La historia que representa es un importante elemento del legado Krupp, un legado que aún es objeto de controversia, con la versión oficial y un buen número de hechos a veces enfrentados a la crónica de algunos historiadores. Hay muchas discrepancias —desde la venta de armas y otros artículos a todo el mundo, o inevitablemente, el papel de la familia durante la era nazi —. Algunas de las diferencias son respecto a rarezas individuales, pecadillos o escándalos.

El museo cuenta la historia de Alfred Krupp, «el constructor, inventor y visionario», apoyándose en guías audiovisuales. Las grabaciones, si bien muestran cierto sentido crítico, conceden sutilmente a la compañía el beneficio de la duda. Los bocetos originales de Krupp, pequeñas partes de maquinaria e incluso sus primeras tarjetas de empresa, están expuestos. Uno de los documentos más fascinantes que se ha conservado, entre otros muchos, es su «Notizbuch», un cuaderno en el que Alfred apuntaba la actuación de los trabajadores. Algunos tienen un signo más, otros un menos, denotando que el despido no tardaría en llegar, junto a observaciones manuscritas como «gordo», «torpe» o «deshonesto». En la planta de arriba se muestra su enorme escritorio, junto con el taburete en el que trabajaba mirando por el ventanal hacia la ciudad. Al lado hay una pequeña estatua con la inscripción que fue su lema: «El propósito de trabajar debe ser el beneficio público».

Los archivos de la villa ayudan a arrojar luz sobre las tensas relaciones entre la historia de Krupp y la Alemania contemporánea.

Este hombre es el epítome de gran parte de lo bueno y de lo malo del siglo XIX al XX. Su obsesivo autoritarismo y, al mismo tiempo, su interés pionero por el bienestar, definen a un hombre que proclamaba aborrecer la ostentación y que se construyó una mansión de tamaño disparatado; un hombre que despreciaba a los financieros pero que era capaz de hacer cualquier cosa para maximizar sus resultados. Sus sucesores serían menos contradictorios en su búsqueda de beneficios.

S S S

Los ricos se preocupan constantemente por su herencia. ¿Podría el hijo de Alfred llevar a lo más alto el nombre de Krupp y enorgullecer a la compañía? Friedrich, comúnmente conocido como Fritz, heredó uno de los mayores imperios empresariales. Sin embargo fue un heredero poco dispuesto, ya que había llevado una vida acomodada. No tenía hambre de éxitos industriales. En resumen, no sentía ninguna pasión por el acero. Siendo aún adolescente, había caído enfermo y fue enviado con un doctor a Egipto, donde el clima cálido le ayudaría a recuperarse. Mientras Alfred le escribía largas cartas sobre las firmes cualidades que necesitaría para dirigir la firma, Fritz desapareció en un viaje de placer durante meses sin molestarse en establecer contacto. Era una especie de diletante, despilfarrando gran parte de la fortuna familiar en arte italiano, incluyendo una docena de diferentes bustos de Dante.[68] A diferencia de su padre, Fritz soñaba con títulos, honores y fruslerías. El káiser Guillermo II le concedió el título de *Excellenz* haciéndole su consejero privado.[69]

A Fritz se le daba mejor hacer contactos y disfrutar con la compañía de hombres de negocios extranjeros durante sus viajes, especialmente los magnates americanos. Desarrolló una estrecha

amistad con Andrew Carnegie, quien le dio consejos sobre cómo dirigir el negocio. En una carta, fechada el 26 de marzo de 1898 y enviada desde una villa en Cannes, Carnegie escribió: «Confío en que algún día vengas por aquí y nos visites, pero, de no ser así, el año que viene debes venir con tu yate al oeste de Escocia y luego visitarnos en Skibo, donde una bienvenida al estilo de las Tierras Altas te espera a ti y a la señora Krupp». El peripatético estilo de vida de los superricos, las mansiones y los yates no son una exclusiva del siglo XXI.

Además, Fritz tenía ambiciones políticas. Patrocinó y fundó masivas organizaciones que suponían buenos negocios para Krupp —la Liga Naval y la Liga Pangermana—. El propósito de la primera era promover la expansión de la armada. A finales de siglo, tenía a un cuarto de millón de miembros. La Liga Pangermana era especialmente popular entre la clase media y la comunidad empresarial, fomentando la expansión del sentimiento patriótico y defendiendo los derechos étnicos de los alemanes más allá de las fronteras del país. Fritz también ayudó a crear un periódico nacionalista y se presentó al Parlamento por segunda vez, tras haber sido convencido por el káiser. Esta vez derrotó por un estrecho margen al candidato del partido del centro, ocupando su escaño como diputado por Essen entre 1893 y 1898.[70] Una parte de la carrera política de Fritz ha sido discutida en la versión oficial de la historia de la familia Krupp, sugiriendo un menos evidente nacionalismo y ambición.

La compañía continuó creciendo. Fritz tal vez no fuera un jefe corporativo por naturaleza como su padre, pero se volvió un experto en fusiones y adquisiciones. En 1890 la firma desarrolló una aleación de acero al níquel, y dos años más tarde absorbió una compañía fabricante de chapa para blindajes y torretas de barco. En 1896, en una de sus más importantes maniobras, compró la enorme constructora naval Germaniawerft, con base en el puerto de Kiel en

la costa norte. Esta se convertiría en la principal suministradora de barcos de guerra de Alemania, incluyendo los primeros submarinos alemanes de 1906.

A pesar de todo el poder de la compañía, un escándalo estalló en 1902 amenazando con destruirla. Fritz se había estado alojando en un hotel en la isla italiana de Capri, donde se decía había reservado toda una planta para él, pagando a los directores del hotel para que le enviaran prostitutos —a veces menores de edad—. Más tarde dio dinero a un hotel de Berlín para que contrataran a algunos de estos jovencitos italianos como camareros y así tenerlos de «acompañantes» cuando estaba en la ciudad. Al final del verano abandonó Italia en circunstancias desconocidas —se comentó que las autoridades le habían ordenado educada pero firmemente que se marchara—. Diversos rumores sobre un industrial anónimo con un «harén» de hombres y niños en Italia empezaron a circular en la prensa alemana. El káiser se negó a creer que pudiera ser su amigo Fritz. Finalmente fue el periódico socialdemócrata *Vorwärts* quien puso nombre al empresario en cuestión. El káiser ordenó inmediatamente que se confiscaran todos los ejemplares del periódico y se interpusiera contra él una demanda criminal. La mujer de Fritz, Margaretha, ya aquejada de los nervios, tuvo que ser confinada en un sanatorio psiquiátrico al enterarse de la historia.[71]

El escándalo de Capri y la muerte de Fritz pusieron en evidencia dos alternativas que Alfred había querido evitar a toda costa: el final del liderazgo familiar de la compañía y, lo que era aún peor a los ojos de algunos directivos, dejarla en manos de una mujer, la hija mayor de Fritz, Bertha. El problema, si es que era tal, era que Bertha acababa de heredar toda la fortuna salvo cuatro acciones de la compañía. De esa forma, se había convertido instantáneamente en una de las mujeres más ricas de Europa. Resultó una suerte que, durante un viaje a Roma, fuera presentada a un tal Gustav von Bohlen und Halbach, un prusiano de buena cuna y nieto de un

general de la guerra civil americana. Se casaron en octubre de 1906 en presencia del káiser Guillermo, quien, bajo proclamación imperial, confirió a Gustav el nombre adicional de Krupp. La cuestión de la primogenitura había sido hábilmente soslayada. La corporación líder de Alemania continuaría estando en manos de un hombre.

Gustav continuó donde Alfred y Fritz lo habían dejado, diversificando la fabricación de cualquier cosa desde alambre de espino hasta acero inoxidable. El dilema de reconciliar el interés global del negocio con el sentimiento nacional se había vuelto más acuciante. Cuando los chinos desplegaron los cañones de Krupp contra las tropas alemanas en 1880, Alfred logró sobrevivir a un intento de los miembros del cuerpo de oficiales de tacharle como antipatriota. Al final de siglo, Krupp recibió el encargo de construir la armada alemana, para lo que pudo permitirse fijar unos beneficios de hasta un cien por cien.[72] Aunque esto enfureció a algunos miembros del estado mayor de la armada, el káiser dio su aprobación e incluso destituyó al almirante Tirpitz, durante el subsiguiente debate político. Eso da una idea de lo lejos que había llegado la compañía y lo indispensable que era para el proyecto militar del estado alemán hacia 1900. Tal como el padre de Fritz le había enseñado, la guerra y —cuando se requiere— la lealtad podían ser un buen negocio. H. G. Wells culpó del estallido de la Primera Guerra Mundial al «Kruppismo, ese sórdido y enorme mercado de instrumentos de muerte».[73]

Krupp disfrutó de un asiento en la mesa de la alta política, mientras aún hacía dinero a costa de los enemigos potenciales de Alemania. En 1902, la firma cerró un trato con la compañía inglesa Vickers que permitía a esta última utilizar sus espoletas patentadas en los proyectiles fabricados por aquella. Esos obuses llevaban incluso grabada la marca registrada de los alemanes.[74] En consecuencia, durante la Primera Guerra Mundial, proyectiles de artillería con espoletas de Krupp matarían y mutilarían a los soldados

alemanes. Un hecho que los futuros líderes alemanes no dejarían que la compañía olvidara.

Justo después de la guerra, con el Tratado de Versalles en vigor y los militares alemanes castrados, Krupp se vio obligado a despedir a decenas de miles de trabajadores. Gustav hizo cuanto pudo para suavizar ese duro golpe, concediendo generosas indemnizaciones por despido. Además, con la ayuda del gobierno, adquirió compañías en Suecia y Países Bajos, usándolas como fachada para continuar, subrepticiamente, una parte de la producción de la compañía. Sorprendentemente, fue capaz de esconder esas operaciones de los inspectores aliados, cuyo trabajo era asegurarse de que Alemania no volviera a recuperar su poder militar.

La firma recuperó su reputación con una exhibición de incuestionable patriotismo. En 1923, los ejércitos de Francia y Bélgica ocuparon el Ruhr para apoderarse de bienes y materias primas en sustitución de las indemnizaciones de la guerra aún sin abonar por el gobierno de Weimar. Jefes y trabajadores se unieron en una resistencia pasiva. Cuando un destacamento de tropas llegó a las fábricas, dispararon contra la multitud, matando a trece personas. Los funerales dieron pie a una procesión de pancartas sindicales y coronas con la hoz y el martillo, al lado de los directivos de la compañía ataviados con sombreros de copa y del personal militar uniformado.[75] En lugar de juzgar a los soldados, los franceses sometieron a Gustav a un tribunal militar, acusándole de provocar el incidente. Fue condenado a quince años de prisión pero liberado a los siete meses como parte de la normalización de las relaciones franco-alemanas.[76] El período de prisión ayudó a restaurar las credenciales nacionales de la firma.

Cuando la frágil República de Weimar comenzó a desintegrarse, un grupo de industriales alemanes fue acercándose al movimiento nazi, al principio de forma discreta, y luego más abiertamente. Gustav se había mostrado reticente a apoyar a Hitler; él y Bertha lo

consideraban, de algún modo, un hombre torpe. Pero tampoco se opusieron a él —como hacen los líderes empresariales ocultando sus preferencias—, ni antes ni después de haberse establecido en el poder. Tras ser nombrado por el Führer presidente de la Federación Alemana de Industrias en 1933, Gustav se apresuró a despedir a los miembros judíos de la organización.[77] Apoyó el Fondo para la Dotación de la Industria Alemana de Adolfo Hitler, solicitando contribuciones a otros empresarios alemanes.[78]

A medida que el programa secreto de rearme de Hitler fue tomando forma, la compañía estuvo allí para atender los contratos. La firma volvió a crecer de treinta y cinco mil empleados hasta cien mil. Los nazis le proporcionaron una auténtica cantera de trabajadores por míseros sueldos —o para ser más precisos, de mano de obra esclava procedente de las fábricas adquiridas en las tierras conquistadas del este de Europa—.[79] Las fábricas propiedad de Skoda en Checoslovaquia y Rothschild en Francia fueron transferidas a la compañía alemana. Casi un 40 por ciento de los trabajadores eran prisioneros de guerra o enfermos de los campos de concentración, incluyendo judías húngaras de Auschwitz. Gustav visitaba los campos para seleccionar a los obreros. Esos actos constituirían la base de las acusaciones contra él y su hijo, Alfried, en los juicios de Núremberg. Gustav —el único alemán acusado de crímenes de guerra tras las dos guerras mundiales— estaba demasiado enfermo para presentarse al juicio y murió durante el proceso. Alfried negó su complicidad activa, declarando ante la corte: «A nosotros los Krupp nunca nos han interesado demasiado las ideas [políticas]. Solo queríamos un sistema que funcionara bien y nos permitiera trabajar sin trabas. La política no es nuestro negocio». Fue declarado culpable de crímenes contra la humanidad y condenado a doce años de cárcel y a la confiscación de todo su patrimonio personal. Tras la batalla de Stalingrado en 1942,

temiendo por el resultado de la campaña, Alfried había comenzado a sacar parte de su fortuna fuera del país.

Al terminar la guerra, los aliados prometieron, tal y como habían hecho en 1918, que las fábricas de Krupp no volverían a funcionar de nuevo. Se plantearon métodos para la «desconcentración» de la industria siderúrgica alemana y así impedir que gran parte del poder económico cayera en unas pocas manos. Eso significaba diferentes cosas según para quien: por ejemplo, los Estados Unidos querían un mercado libre, mientras que el gobierno laborista en Inglaterra abogaba por cierta forma de socialización. En el sector británico de la Alemania occidental, que incluía la cuenca del Ruhr, se establecieron juntas de supervisión en las fábricas con igualdad de representación de directivos y trabajadores.[80] Krupp debía ser reducido y algunos de sus activos vendidos. Como cabeza de la firma, Alfried —incluso durante su encarcelamiento— tuvo derecho a su parte del montante de las ventas, mientras no volviera a invertir el dinero en la industria del acero o del carbón.[81]

Hay que decir que si bien el apoyo de los Krupp a los nazis es incuestionable, no fueron ni mucho menos los únicos en prestarlo. Otros industriales, como Fritz Thyssen o Frederick Flick, se alinearon también de parte de Hitler; el más notorio de todos fue el caso de la gigante química IG Farben, que proporcionó el gas a los campos de exterminio. Entre los directivos de la sucursal americana de la firma se encontraban altos cargos de la Ford Motor Company, la Standard Oil y la Reserva del Banco Federal de Nueva York.

Sin embargo la *Realpolitik* se impuso rápidamente: las grandes corporaciones eran demasiado importantes para caer. Los americanos rechazaron las propuestas británicas de nacionalizar la industria siderúrgica en las zonas occidentales y, como parte de los esfuerzos por construir una Alemania Occidental más estable y económicamente poderosa que contrarrestara la Alemania soviética del Este, Krupp volvió a ocupar su posición preeminente en la

economía nacional. Alfried —que se había unido a la SS en 1931— y otros acusados del juicio de Krupp fueron amnistiados en 1951, y al haber transferido sus activos a sus hermanos, la familia consiguió evitar la pérdida de la mayor parte de su patrimonio.

El proceso de rehabilitación fue rápido, haciéndose lo imposible por borrar la memoria colectiva. Alfried trabó vínculos muy estrechos tras la guerra con el primer canciller de Alemania Occidental, Konrad Adenauer. Una vez más las exportaciones de la firma empezaron a funcionar a toda marcha, identificando nuevos mercados en el bloque oriental y en muchos otros lugares, desde México a Egipto o Irán. Como parte del acuerdo con los aliados, Alfried supuestamente debía vender sus acciones de la compañía. Pero esa estipulación resultó inútil dada la interminable sucesión de hasta doce prórrogas consecutivas de la fecha límite, que continuó hasta su muerte en julio de 1967.[82] El negocio y la política estaban mirando por sí mismos.

Para entonces Krupp había recuperado su posición. Se había convertido en la cuarta firma más importante de Europa, llegando por fin el momento de que la familia tuvo que ceder el control. Inicialmente un patronato se hizo cargo de la propiedad de las acciones, poniendo al mando a alguien que no ostentara el nombre de Krupp. La elección estuvo inspirada: Berthold Beitz —que murió el 2013 a la edad de noventa y nueve años— había dirigido un yacimiento petrolífero de la Shell durante la Segunda Guerra Mundial —en lo que entonces era Polonia y ahora Ucrania—, salvando a cientos de trabajadores judíos al declarar que eran indispensables para el funcionamiento de la operación. Honrado en el monumento conmemorativo del holocausto de Israel en Yad Vashem, Beitz era el antídoto perfecto contra los crímenes de guerra de la compañía.[83]

Otra razón, por supuesto, para el cambio de la compañía era que ya no existía relevo en la familia Krupp. Solo había un hijo, Arndt, un declarado miembro de la jetset, homosexual y alcohólico, que dividía

su tiempo entre Florida y Marruecos, y acabó con considerables deudas. Arndt fue persuadido para renunciar a su herencia en 1968 a cambio de una renta anual de la compañía, y murió en 1986 a la edad de cuarenta y ocho años. El apellido Krupp había dejado de existir.

Beitz dirigió la fundación y aseguró recursos económicos en los difíciles años setenta, cuando persuadió al sha de Irán para participar con un 25 por ciento la compañía, cuota que más tarde pasaría a la República islámica. El nombre de Beitz, como astuto hombre de negocios de perfil humanitario, es el que ahora esgrime la compañía por encima de los demás, relegando irónicamente el apellido Krupp al rango de la propia firma familiar. La nota de prensa emitida por la compañía a su muerte rezaba así: «Sus grandes actos de humanidad conformaron también las relaciones culturales y sociales de la corporación Thyssen-Krupp. Lo que incluía una especialmente buena relación con los empleados. Para él, la cooperación social era de gran importancia».[84]

$ $ $

La historia de Krupp, y especialmente la del patriarca del siglo XIX, Alfred, es una de dominación industrial —el poder corporativo que sabía cómo jugar con los políticos domésticos mientras buscaba la forma de perpetuar su expansión internacional—. Alfred se hizo inmensamente rico, al igual que sus sucesores. No era ostentoso, en un sentido material, pero a través de su villa y de sus relaciones formales exigió el reconocimiento de su estatus. No era un filántropo en el mismo sentido que muchos de los protagonistas de este libro; en lugar de dedicar una parte de su riqueza a causas ajenas, creía que su obligación era asegurar unas condiciones razonables a sus trabajadores —a cambio de su absoluta obediencia.

La historia de Krupp puede ser vista como una historia de relaciones públicas corporativas. A través de sus crisis económicas, escándalos personales y el repetido dilema del patriotismo contra el libre mercado, Alfred y sus descendientes tuvieron que transcurrir por un intrincado sendero. Generalmente lograron considerables éxitos, entre los que cabría destacar la rehabilitación de una compañía cómplice de los crímenes de guerra nazis.

Los visitantes que deambulan actualmente por las salas de la Villa Hügel tal vez no recuerden a qué se debió todo ese escándalo. La firma familiar ha sido adaptada a la medida de cada generación y su imagen lavada para proteger su legado.

[1] H. James, *Krupp*, p. 2.

[2] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 3. Especialmente irónico dado que una de las mayores cualidades del acero de Krupp era su blandura y maleabilidad.

[3] H. James, *Krupp*, p. 14

[4] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 47.

[5]*Ibidem*, p. 49.

[6]Kruppische Gustahlfabrik, *A Century's History of the Krupp Works*, pp. 57-8.

[7]W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 93.

[8]H. James, *Krupp*, p. 20.

[9]W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 69.

[10]B. Menne, *Blood and Steel*, p. 89.

[11]H. James, *Krupp*, p. 79.

[12]W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 112.

[13]H. James, *Krupp*, p. 39.

[14]W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 109.

[15]E.C. McCreary, «Social Welfare and Business», p. 30.

[16]W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 117.

[17]B. Menne, *Blood and Steel*, p. 92.

[18]W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 139.

[19]H. James, *Krupp*, p. 51.

[20] B. Menne, *Blood and Steel*, p. 115.

[21] Estaba dispuesto a gastar dinero en nuevos procesos y en mejorar la calidad de los materiales. La creación de modelos de productos requería tiempo y dinero, pero al final compensaba. En 1873 Alfred escribió: «El fabricante de armas debe ser derrochador. Solo debe fabricar lo mejor, sin importar su coste». Ese enfoque podía ser visto como un anticipo del énfasis alemán sobre la búsqueda a largo plazo y el desarrollo que apuntaló el

Wirtschaftswunder —el milagro económico de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

[22] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, pp. 187-189.

[23]*Ibidem*, p. 212.

[24]*Ibidem*, p. 96.

[25] Kruppische Gustahlfabrik, *A Century's History of the Krupp Works*, p. 251.

[26] H. James, *Krupp*, p. 83.

[27]*Ibidem*, p. 80.

[28]*Ibidem*, p. 57.

[29] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, pp. 94-95.

[30] H. James, *Krupp*, p. 70.

[31] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 159.

[32] W. Feldenkirchen, «Banking and Economic Growth», p. 126.

[33] H. James, *Krupp*, p. 43.

[34] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 176.

[35]Kruppische Gustahlfabrik, *A Century's History of the Krupp Works*, p. 165.

[36] S.M. Lindsay, «Social Work and the Krupp Foundries, Essen», p. 93.

[37] S.Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, pp. 25-26.

[38] S.M. Lindsay, «Social Work and the Krupp Foundries, Essen», p. 74.

[39]Kruppische Gustahlfabrik, *A Century's History of the Krupp Works*, p. 171.

[40] S.M. Lindsay, «Social Work and the Krupp Foundries, Essen», p. 77.

[41]*Ibidem*, p. 82.

[42]*Ibidem*, pp. 86-87.

[43] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p.233.

[44]Kruppische Gustahlfabrik, *A Century's History of the Krupp Works*, p. 221.

[45]*Ibidem*, p. 168.

[46]E.C. McCreary,«Social Welfare and Business», p. 39.

[47]*Ibidem*, p. 42.

[48]R. Blick, *Fascism inGermany.*

[49] Véase *http://www.thyssenkrupp-vdm.com/en/corporate-information/ideas-manage-ment/.*

[50] De T. Pierenkemper, «Pre-1900 Industrial White Collar Employees at the Krupp Steel Casting Works», pp. 384-408.

[51] H. James, *Krupp*, p. 73.

[52] S.Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, p. 68.

[53] E.C. McCreary, «Social Welfare and Business», p. 47.

[54] H. James, *Krupp*, p. 75.

[55] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 169.

[56]*Ibidem*, p. 174.

[57] W. Berdrow, *The Letters of Alfred Krupp 1826-87*, p. 349.

[58] S.Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, pp. 62-63.

[59] B. Menne, *Blood and Steel*, pp. 126-127.

[60] W. Berdrow, *The Letters of Alfred Krupp 1826-87*, p. 408.

[61] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 155.

[62] H. James, *Krupp*, p. 60.

[63]*Ibidem*, p. 81.

[64] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 204.

[65] Kruppische Gustahlfabrik, *A Century's History of the Krupp Works*, p. 39.

[66]*Ibidem*, p. 213.

[67] B. Menne, *Blood and Steel*, p. 104.

[68]*Ibidem*, p. 206.

[69] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 242.

[70]*Ibidem*, pp. 250-251.

[71] El uso del sistema legal por los Krupp y sus aliados políticos para silenciar cualquier investigación inconveniente resulta una práctica habitual. Los superricos han estado desarrollando esa táctica desde la llegada de la prensa escrita. En tiempos modernos, han encontrado un refugio feliz en Londres, donde las leyes sobre libelos son de las más estrictas del mundo. A finales del siglo xx en Alemania, lo que el káiser quería, el káiser recibía. El periódico *Vorwärts* recibió una demanda por difamación. Pero la noche anterior, Fritz después de mantener una reunión con los médicos sobre el futuro de su mujer, cenó en Hügel como de costumbre, y luego se retiró a su dormitorio, donde se suicidó. A pesar de la fanfarronada inicial del káiser, el fiscal general retiró rápidamente la demanda contra *Vorwärts* tras la muerte de Fritz.

Una vez más las crónicas discrepan. La versión oficial explica que las tendencias sexuales de Fritz fueron una invención de los periódicos de izquierdas contrarios a los Krupp, sin que se encontrara ninguna prueba. También se discute sobre el suicidio, existiendo una historia alternativa sobre un ataque. Nunca se realizó autopsia.

[72]*Ibidem*, p. 254.

[73] P. Batty, *The House of Krupp*, p. 130.

[74] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 247.

[75] Véase *http://www.britishpathe.com/video/funeral-of-krupp-workers/query/Occupation.*

[76]*The Krupp Trial before French Court Martial*, p. 60.

[77] P. Batty, *The House of Krupp*, p. 159.

[78] En aquel momento, la Villa Hügel había soportado ya numerosas reformas, cada una de ellas más elaborada que la anterior. En su película de 1969 *La caída de los dioses*, Luchino Visconti refleja la vida de una patriarcal familia de industriales, llamados los Von Essenbeck, aliada de los nazis. Esa sátira de decadencia sexual rodada en oscuros y

opulentos salones y comedores con grandes banquetes en su particular Valhalla era un velado retrato de los Krupp.

[79] W. Manchester, *The Arms of Krupp*, p. 506.

[80] I. Warner, *Steel and Sovereignty*, p. 7.

[81]*Ibidem*, p. 206.

[82]*Ibidem*, p. 232.

[83] Véase *http://www.theguardian.com/world/2013/aug/14/berthold-beitz.*

[84]*http://www.thyssenkrupp.com/en/presse/art_detail.html&eid=TKBase_1375275934775_1124336141.*

IX. ANDREW CARNEGIE. DARWIN Y LOS MAGNATES LADRONES

> «Ciertamente hay una lucha de clases. Pero es la mía, la clase rica, la que está haciendo la guerra, y ganándola».
>
> WARREN BUFFETT

Ostentosos, crueles y poseídos de una implacable confianza en sí mismos, los titanes industriales americanos de finales del siglo XIX se ganaron el sobrenombre de «barones ladrones». Las figuras dominantes de la era —John D. Rockefeller, Cornelius Vanderbilt, Andrew Carnegie y J. P. Morgan— son la llave para entender la riqueza global y el poder a través de los años. Todos excepto Morgan nacieron en una relativa pobreza. Esa fue, tal y como satirizó Mark Twain, la «Edad Dorada».

La reputación de estos hombres ha fluctuado a lo largo de las siguientes generaciones. En un primer momento, los historiadores los denunciaron como una plutocracia amoral, argumentando que su codicia contribuyó a los dos «pánicos» de 1873 y 1893, y más tarde a la Gran Depresión de los años treinta. Esa percepción altamente negativa continuó durante un siglo, pero en ese *laissez-faire* de la década de 1980, comenzaron a ser vistos como patriotas y genios, hombres calumniados e incomprendidos. Tras el derrumbe financiero de 2007-2008, las críticas regresaron y fueron vistos como precursores de los temerarios banqueros de la era contemporánea. El ajuste de cuentas histórico proporciona un espejo para cada generación.

El modo en que esos barones ladrones gastaron sus fortunas ha dividido a la opinión pública incluso más que el modo en que se hicieron ricos. Una parte de su patrimonio fue derrochada en ostentosas mansiones y fiestas. Pero otra fue empleada en

fundaciones de beneficencia, artísticas y educativas. Importantes galerías de arte, auditorios, bibliotecas y otros centros de enseñanza llevan sus nombres. Esos hombres sabían que a través de su filantropía sus nombres serían alabados a perpetuidad y estaban muy, sino totalmente, en lo cierto. Era un blanqueo de reputación a gran escala. Ellos afianzaron el camino para que los superricos de la actualidad les siguieran.

En esta ocasión vamos a centrarnos en Andrew Carnegie, el magnate de origen escocés del acero y el ferrocarril cuya manipulación del mercado, el uso de tarifas favorables del gobierno por parte de sus amigos políticos, y crueles fusiones y adquisiciones le llevaron a lo más alto. Carnegie empleó la violencia para aplastar a los sindicatos y resistir la intrusión del gobierno —excepto cuando eso le beneficiaba—. Él y sus rivales adoptaron como líder intelectual al filósofo inglés Herbert Spencer. Sus conceptos de la jerarquía genética y la supervivencia de los más fuertes les permitió desarrollar su prioridad por los beneficios, los bajos costes laborales unitarios y la baja imposición fiscal, que han continuado dominando el discurso de la élite financiera y política durante el siglo XXI.

Sin embargo, uno de esos tratados tuvo más influencia entre los ricos globales que los demás. Y, precisamente, su autor fue Carnegie. Con el poco modesto nombre de «Evangelio de la Riqueza», este ensayo de apenas veinte páginas establece la nobleza y obligaciones de los hombres que hacen dinero. Ninguna normativa o intromisión debe interponerse en el camino de la gloriosa tarea de adquirir riquezas. Una vez que ha sido conseguida, sin embargo, la fortuna debe ser invertida de nuevo en la sociedad, pero no a través del estado, sino por el triunfante y progresista individuo que la ha ganado. El peor pecado que se puede cometer es morir rico. La herencia es una palabra muy sucia.

Los gobiernos contemporáneos han seguido la primera parte de esa afirmación, haciendo caso omiso a la segunda.

$ $ $

La historia de Andrew Carnegie es el epítome del sueño americano que arrastró a tantos miles de inmigrantes a los Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, y aún constituye una parte fundamental de la identidad nacional americana. Nacido en una pequeña familia de tejedores, en la ciudad escocesa de Dunfermline en 1835, para cuando le llegó el momento de venderlo todo y retirarse de los negocios en 1901, fue proclamado por su colega contemporáneo, el barón ladrón J. P. Morgan como «el hombre más rico del mundo».[1]

Hacia 1835, la Revolución Industrial había transformado Gran Bretaña. El padre de Carnegie, Will, era un artesano tejedor cuyo enorme telar ocupaba gran parte de la planta baja del modesto hogar familiar. Pero las habilidades manuales de esos artesanos empezaron a decaer cuando despegó la producción industrial. El primer telar que funcionaba a vapor de Dunfermline abrió cuando Andrew aún era un niño y muy pronto tuvo un efecto devastador en el negocio de su padre, cambiando la vida de la familia. En 1848, los Carnegie, como millones de personas antes y después, emigraron a América en busca de una vida mejor.

Dos tías de Carnegie se habían asentado en Pittsburgh, y allí fue donde se dirigió la familia. Pittsburg era una floreciente ciudad industrial. Padre e hijo fueron contratados en una fábrica textil, en la que el chico ganaba un dólar con veinte centavos a la semana. Sin embargo, Will no estaba hecho para el trabajo en la fábrica y pronto empezó a vender sus mercancías de puerta en puerta, no consiguiendo más que una suma miserable.[2] Por el contrario, el hijo pareció prosperar en la fábrica, ascendiendo rápidamente con aplomo. Los jóvenes demostraron tener más facilidad para adaptarse al desconocido mundo de la tecnología, tal y como sucedería un siglo y medio después en Silicon Valley.

La actitud dinámica de Carnegie le condujo a su promoción instantánea, primero desempeñando funciones administrativas en la fábrica. Muy pronto empezó a recibir clases nocturnas sobre cómo llevar los libros de contabilidad; ese conocimiento le permitió escapar de la planta de ventas para no volver. Fue contratado como mensajero en la oficina de telégrafos. Allí los muchachos trabajaban a comisión y se peleaban por poder entregar los mensajes destinados a aquellos que estaban fuera de la ciudad, lo que suponía ganar mucho más. Carnegie ideó un sistema en el que los mensajeros compartían el trabajo repartiendo los beneficios.[3] Entonces fue contratado como radiotelegrafista para la Compañía de Ferrocarriles de Pennsylvania, colocándole en la línea de salida de otra gran industria emergente. Desde ahí sería promocionado al puesto de superintendente regional a cargo de una sección de la línea, antes de convertirse en superintendente de toda la línea en 1859, a la edad de veintitrés años.

Para redondear su salario, Carnegie comenzó a buscar modestas inversiones con las que pudiera obtener grandes beneficios. Ya había adquirido una aguda habilidad para calcular el riesgo. Como sostén de su familia —por entonces su padre ya había muerto—, aconsejó a su madre que hiciera una inversión de 600 dólares en diez acciones de la Adam Express. La mujer tenía tal confianza en la habilidad de su hijo —o credulidad— que hipotecó su casa para hacerlo. El momento en el que se cobraron los primeros dividendos quedaría indeleblemente grabado en la mente de Carnegie: «Aún puedo ver el primer cheque de 10 dólares por los dividendos», recordaría una vez retirado. «Era algo nuevo para todos nosotros, pues ninguno habíamos recibido nada sin ganarlo con esfuerzo».

Esta última frase es vital para entender a Carnegie y a muchos de los hombres hechos a sí mismos que se convirtieron en barones. La sangre, el sudor y el esfuerzo eran para las personas que aún tenían que abrirse camino en la vida o nunca lo harían. El trabajo manual

era para los perdedores. El objetivo de Carnegie era que su dinero hiciera el trabajo por él.

Su primera ganancia significativa llegó gracias a una firma que había desarrollado un nuevo concepto de alojamiento durante la noche en trenes que viajaban a larga distancia. La Compañía de Coches-Cama Woodruff produjo unos dividendos anuales de 5.000 dólares en sus primeros dos años. Carnegie iba camino de hacerse rico; a partir de entonces empezó a diversificar su cartera. Con el dinero de Woodruff, en 1861 invirtió en la Compañía de Petróleo Columbia. Cuatro pagos recibidos entre junio y octubre de 1863 le proporcionaron la asombrosa ganancia del 25 al 50 por ciento cada uno.[4]Hacia mediados de 1860, mientras continuaba cobrando un salario de 2.400 dólares de los Ferrocarriles de Pennsylvania, sus ingresos anuales —contando sus inversiones— eran de cerca de 50.000 dólares.[5]¿Por qué entonces se molestó en mantener su trabajo en la Compañía de Ferrocarriles?

La guerra de Secesión estaba en pleno apogeo. Carnegie era un firme abolicionista, viendo la institución de la esclavitud como una bofetada en el rostro de la igualdad de los hombres. Sin embargo su compromiso con la causa no llegaba hasta el punto de ponerse en peligro. Había calculado que un trabajo en un sector vital podría eximirle de marchar al frente. Los ferrocarriles se habían vuelto esenciales para el traslado de tropas y suministros, y también para la comunicación. Ciudades como Pittsburg y Washington, del lado de la Unión, estaban aisladas y a menudo solo contaban con una vía única. En los primeros meses de la guerra, la caballería confederada había causado estragos al cortar los raíles durante sus incursiones. En su autobiografía Carnegie explica como él mismo había derramado su sangre —en realidad se trató de un rasguño en la cara causado por un muelle metálico— mientras trataba de asegurar la crucial línea de la Unión con Washington. Él estaba en Pittsburg cuando las tropas unionistas repararon la vía.[6]

Hacia 1864, con el ejército de Lincoln desesperado por conseguir nuevas tropas, el alistamiento se hizo más perentorio. Inicialmente, Carnegie pudo librarse porque su jefe escribió a la Secretaría de Guerra alegando que sus «servicios resultaban indispensables para el ferrocarril». En marzo, a pesar de todos sus esfuerzos, fue llamado a filas. Entonces utilizó a un agente interpuesto, una práctica común (y legal) en la que el hombre reclutado podía pagar a otro para ocupar su lugar. Un inmigrante irlandés se ofreció voluntariamente a sustituirle percibiendo a cambio la suma de 850 dólares, mientras Carnegie compraba su huida de los horrores de la guerra.[7] Había dominado el arte imprescindible para preservar la riqueza —pagar a los pobres para hacer el trabajo sucio.

Ese mismo año, con la guerra aún sin acabar, se marchó a hacer un «gran recorrido» por Europa con sus amigos Harry Phipps y John *Vandy* Vandervort —«los chicos», como se llamaban a sí mismos—. Emprendieron un viaje a pie alrededor de Inglaterra y visitaron las ciudades balnearias de Bath y Leamington. En Italia fueron a San Pedro en Roma y a la Torre de Pisa. Los chicos advirtieron que Carnegie pagaba el máximo precio por todo, incluso objetos, escribió Vandy, que «podían comprarse fácilmente por un 50 por ciento menos».[8] El joven americano y su dinero en efectivo resplandecían en hoteles, restaurantes y tiendas. Quería que todo el mundo supiera que era tan rico que no necesitaba ahorrar como habían hecho sus padres. El dinero era, según su opinión, para comprar el respeto.

La otra ventaja de la cómoda posición de Carnegie en el ferrocarril eran los contactos que le proporcionaron entre la sociedad de Pittsburg. Él y sus amigos advirtieron muy pronto las oportunidades que la inminente victoria de la Unión podía facilitarles. El sur y el oeste estaban abriéndose, a medida que los colonos americanos iban cumpliendo el «destino manifiesto» del país —expandiéndolo de una costa a otra más brillante—. La era de la

reconstrucción prometía incluso más negocios para hombres jóvenes como Carnegie. Las nuevas ciudades necesitarían materiales de construcción, ganado, líneas de telégrafo y, lo más importante de todo, vías de ferrocarril y material rodante.

La primera aventura de Carnegie como hombre hecho a sí mismo había conseguido significativos beneficios. La Compañía Keystone Bridge producía puentes metálicos de ferrocarril para reemplazar a los de madera que solían incendiarse fácilmente y derrumbarse, obstaculizando el movimiento de tropas. Debido a su importancia para el ejército de la Unión, Keystone había logrado un éxito instantáneo, y con él comenzó la práctica preferida de Carnegie de fusiones y adquisiciones, creando economías a mayor escala —grandes compañías que podían comprar al por mayor, reduciendo los costes—. Reconociendo la importancia del hierro y el acero en plena expansión, tal y como Alfred Krupp estaba haciendo al otro lado del Atlántico en Alemania, Carnegie decidió asegurar el suministro constante del metal. Cuando los socios de una firma de hierro a los que conocía se enfadaron, él persuadió a uno de ellos, Tom Miller, para quitarse de en medio y ser reemplazado por el hermano pequeño de Carnegie. A cambio, Miller y Carnegie fundaron juntos otra nueva empresa de hierro.[9]En mayo de 1865 las dos firmas se fusionaron para formar la Union Iron Mills —nombre dado en honor a la victoria de la Unión en la guerra civil— con los hermanos Carnegie como presidente y vicepresidente.

Durante los cinco años posteriores al final de la guerra, cuarenta mil kilómetros de raíles de ferrocarril fueron colocados en los Estados Unidos, seguidos de otros ochenta mil en la siguiente década.[10] El ritmo del desarrollo no podía compararse con nada de lo emprendido hasta entonces. Las nuevas líneas suponían una décima parte de todo el kilometraje de vías del mundo. La excitación por el progreso técnico —y el dinero que podía hacerse con este— dominaba el discurso público.

Carnegie estaba obteniendo beneficios por partida doble, tanto como fabricante del hierro y acero necesarios para la construcción de los raíles, como inversor en las propias compañías ferroviarias. Los portes proporcionaban un considerable pellizco de los beneficios. Los ferrocarriles cobraban una tarifa por tonelada de acero e incluso por cada cabeza de ganado. Para un productor, comprar participaciones en una compañía de ferrocarril y utilizar su influencia para reducir las tarifas de sus propias mercancías, era una maniobra astuta. Carnegie poseía parte de esas compañías y ayudaba a fijar las tarifas. Igual importancia tenían las materias primas necesarias para la expansión —el hierro y el carbón, así como la piedra caliza, utilizada para revestir los crisoles en las grandes fábricas de acero—. Después venía la financiación, el acceso al capital. Las tres patas del proceso —ferrocarriles, materia prima y bancos— se volvieron mutuamente dependientes. Los titanes de cada sector compraron participaciones en las otras dos; al mismo tiempo, desarrollaron cárteles para que los recién llegados no pudieran hacerse un hueco y poner en riesgo su hegemonía. Crearon nuevos mercados y los manipularon. En lugar de la competencia llegaron los cárteles.

La llave para un negocio de éxito, tal y como Carnegie creía, era mantener bajos los costes. Al igual que en sus inversiones, trataba de maximizar sus réditos, exprimiendo al máximo la producción de sus trabajadores. «Vigilen los costes», decía, «y los beneficios aparecerán por sí solos».[11] En sus fábricas de acero los empleados trabajaban doce horas al día, haciendo un turno completo de veinticuatro horas en domingos alternativos, sin tener en cuenta la posibilidad de accidentes —y así solo se les permitía cogerse el domingo siguiente libre—. Para Carnegie y los inversores e industriales de esa generación, sentados en sus cómodas oficinas, el dinero no dejaba de entrar. Los trabajadores, que acababan de regresar del frente, no tenían más opción que emplearse en cualquier cosa que pudieran encontrar.

En 1867 el escritor y fundador de la revista *The Nation*, E.L. Godkin, comparó a esta nueva generación de empresarios con los «barones ladrones». Godkin había tomado prestado el término de los señores feudales alemanes que se repartían el territorio entre ellos y cobraban impuestos —prohibidos por el Sacro Imperio Romano— a cualquiera que pretendiera utilizar las primitivas carreteras y cruzar sus tierras, al igual que los americanos estaban sobrecargando a sus rivales por usar sus nuevos ferrocarriles.

En apenas una década, Carnegie había escapado de la pobreza de sus orígenes de una forma espectacular. La mayoría de sus rivales, hombres a los que les había ido bien lejos de la guerra, eran de edad similar y antecedentes parecidos, y compartían esa feroz ambición. Siendo todavía un niño en edad escolar, Rockefeller había declarado: «Cuando sea mayor quiero valer más de 100.000 dólares. Y voy a conseguirlo».[12] Esta ruta autofabricada hacia una gran fortuna se convirtió en parte del folklore americano, y tras la caída del comunismo, fue adoptada por los oligarcas de la antigua Unión Soviética. Cuanto más bajo es el origen, y más duro el trayecto, mayor era su sensación de tener derecho a actuar como se les antojara. Apenas se molestaban en disimular su desprecio por las lentas formas patricias de capitalismo que les habían precedido.

Rockefeller consiguió su primer gran triunfo en 1862, al comprar una petrolera de Ohio con una ganancia de 4.000 dólares.[13] Sin embargo, le llevó un poco más, hasta principios de 1870, consolidar su fortuna, a medida que fue adquiriendo refinerías de petróleo, reduciendo costes y eliminando competidores. La compañía Standard Oil convertiría en las décadas siguientes a Rockefeller en el primer milmillonario del mundo.

No obstante, el más ostentoso del grupo fue Vanderbilt, que ascendió de ser operador en una desconocida compañía de transbordadores de Staten Island hasta ser la figura prominente del sistema de transportes estadounidense. Él mostró el camino cuando

compró, y luego fusionó, tres compañías de ferrocarril en el estado de Nueva York en 1867, consiguiendo para sí 26 millones de dólares de prima en el proceso.[14] Todos hicieron dinero a costa de la guerra civil. El joven especulador J. P. Morgan estuvo implicado en la venta de armas defectuosas al ejército de la Unión por seis veces su valor. También hizo instalar una línea telegráfica en su oficina de Wall Street para poder comprar y vender oro con la ventaja de recibir las noticias desde el frente antes de que nadie más dispusiera de la información —un ejemplo precursor de utilización de información privilegiada—. Estas son sin duda las raíces de la actual fortuna del banco.

El estatus lo era todo. En la Edad Dorada, los nuevos industriales eran auténticas celebridades. Los periódicos y revistas crecían rápidamente, y un artículo en portada sobre uno de los titanes de la época garantizaba el aumento de ventas. Sabían cómo conseguir buena publicidad. Durante ese periodo, disfrutaron del cariño de la opinión pública.[15] Los periodistas que trabajaban en los periódicos propiedad de los barones eran obligados a retratarlos de forma indulgente.

Habiendo logrado sus fortunas, la tarea de estos barones ladrones era asegurarse un lugar en la sociedad. Una casa en Nueva York era fundamental. Volcaron su fervor competitivo en hacer planes para sus grandes mansiones, tratando de superar al otro con la ostentosidad de sus propiedades. Dos lugartenientes de Carnegie, Charles Schwab y Henry Clay Frick, vivían el uno al lado del otro, y sin embargo veían esas relaciones de vecindad como una especie de competición. Schwab construyó deliberadamente su mansión para hacer sombra a la de su colega. Tenía noventa habitaciones, seis ascensores, una enorme piscina de dieciocho metros de largo y un garaje con cabida para veinte coches. Una pequeña central eléctrica de carbón fue instalada para proporcionar electricidad al edificio. Schwab gastó la asombrosa cantidad de 8 millones de dólares en su

mansión, incluyendo un órgano que costó 100.000 dólares; un organista de fama mundial fue contratado con un sueldo de 10.000 dólares al año para entretener a los invitados.

Dentro de sus palacios, los barones fraternizaban y festejaban. Sin embargo, entre la élite de chismosos, las divisiones habían comenzado a surgir. El dinero viejo —incluso si solo tenía unos años más de antigüedad— ridiculizaba al nuevo. La famosa anfitriona social Elisabeth Drexel Lehr achacaba la vulgaridad de esos nuevos millonarios «al intento de olvidar a la mayor velocidad posible los días en que eran pobres y desconocidos».[16] No obstante, la mayoría de la gente no parecía prestar atención al origen de sus riquezas, siempre que fueran invitados a las fiestas adecuadas. Los primeros anfitriones de esa sociedad de Nueva York fueron los recién acaudalados Vanderbilt. Sus fiestas fueron legendarias: su baile de disfraces del 26 de marzo de 1883, uno de los más famosos de todos. El interior de la mansión familiar fue convertido en un suntuoso jardín:

> Una deliciosa sorpresa recibía a los invitados en la segunda planta, cuando llegaban al final de la gran escalinata. Agrupadas alrededor de las macizas columnas que adornaban cada uno de los lados del majestuoso vestíbulo, había altas palmeras sobre una densa masa de helechos y otras plantas ornamentales, mientras que, suspendidas entre los capiteles de las columnas, se veían ristras de variados farolillos japoneses. Al entrar a través de ese vestíbulo estaba el gimnasio, un espacioso recinto donde estaba servida la cena en numerosas mesitas. Sin embargo no tenía el aspecto de ser la misma habitación de siempre, parecía un jardín en un bosque tropical. Las paredes estaban ocultas y, en su lugar, una impenetrable maraña de helecho tras helecho y palmera sobre palmera, de cuyas ramas colgaban una profusión de hermosas orquídeas, desplegaba una rica variedad de colores y una infinita variación de formas fantásticas.[17]

Muchos de los invitados se habían disfrazado basándose en obras de arte. La señora Vanderbilt iba vestida como una princesa

veneciana. Otros llevaban trajes de época inspirados en los aristócratas europeos. ¿Torpes? ¿Vulgares? Y sin embargo, constituían un reflejo de esa era moderna obsesionada con la celebridad, y el público estaba ansioso por saber más de ellos. Tal fue el interés que el baile de disfraces despertó entre los neoyorquinos que muchos se acercaron hasta la calle de los Vanderbilt y la policía tuvo que intervenir para mantener el orden.

Los anfitriones de esas fiestas se lanzaron a la búsqueda de una aún mayor vistosidad. El aburrimiento y la previsibilidad eran pecados sociales. La burla proporcionaba diversión y juego. Los millonarios propietarios de minas de carbón ofrecían cenas con sus sirvientes vestidos como mineros. Uno de esos eventos fue titulado «la pobreza social», y en él los invitados debían acudir vestidos con harapos y «las sobras de comida servidas en platos de madera. Los comensales se sentaban en cajas, cubos y capachos de carbón. Periódicos, trapos y viejas faldas utilizadas como servilletas, y la cerveza servida en oxidadas latas de latón».[18] Esa crónica fue recogida por Thorsten Veblen, autor de *La teoría de la clase ociosa.* Escrita en 1899, en la víspera de la campaña antitrust contra los barones emprendida por el presidente Theodore Roosevelt, se convirtió en uno de los más fascinantes textos de la era. El libro fue tan popular a finales de siglo que acabó adaptándose al teatro, siendo representado con enormes audiencias en distintas salas y auditorios.

Veblen, que acuñó el término «consumo ostensible», abría su disección sobre los superricos con esta observación: «La institución de la clase ociosa encuentra su mejor desarrollo en los estratos más altos de la cultura bárbara; como por ejemplo, en la Europa feudal o el Japón feudal». Los superricos de finales del siglo XIX, explicaba, están tan divorciados del resto de la sociedad que sus únicos puntos de referencia son mirarse entre sí: «El deseo de riquezas apenas puede ser satisfecho a nivel individual, y evidentemente el deseo

general de fortuna está fuera de toda duda». Veblen resumió la confusión pública que ha continuado hasta nuestros días: «La ira del pueblo contra los cuestionables medios por los que los millonarios han conseguido sus riquezas continuó pareja al ávido interés por los hombres de Grandes Fortunas que vivían Grandes Vidas rodeados de criados ostentosamente uniformados, caballos de carreras pura sangre, enormes yates y esposas despilfarradoras en Enormes Mansiones a lo largo de la Quinta avenida de Nueva York, Enormes Casas de campo en Newport o grandes fincas en el Parque Tuxedo».

Mark Twain fue otra de las poderosas voces críticas. En una famosa carta dirigida a Vanderbilt en 1869, se lamenta de su codicia pero también de esa idolatría pública a su figura. Fue publicada en el *Packard's Monthly*, «una revista americana consagrada a los intereses y adaptada a los gustos de los jóvenes del país», tal y como se definía a sí misma. El periódico dejaba bien clara su intencionalidad política, declarando cuando salió en 1868 su propósito de luchar «contra los demonios actuales, persiguiéndolos como son, sin mitigación ni remordimiento». Twain escribió:

> ¡Mi corazón late de pena por usted! ¡Cómo le compadezco, comodoro Vanderbilt! La mayoría de los hombres tiene al menos unos pocos amigos cuya devoción supone un consuelo y apoyo para ellos, pero usted únicamente parece ser el ídolo de un reptante tropel de pequeñas almas a quienes les gusta glorificarle por sus más flagrantes e inmerecidas hazañas publicadas; o alabar hasta la adoración sus vastas posesiones; o jalear sus irrelevantes hábitos privados, dimes y diretes, como si sus millones les confirieran dignidad; unos amigos que aplauden su sobrehumana tacañería con el mismo gusto con que hacen sus magníficos despliegues de genio comercial y atrevimiento y, del mismo modo, sus mayores e ilícitas violaciones del honor comercial; pues para esos caprichosos adoradores de los dólares ajenos no parece haber distinciones, sino que agitan sus sombreros y gritan aleluya cada vez que usted hace algo, sin importar el qué. Realmente le compadezco.

Twain se preguntaba en esa carta abierta si Vanderbilt tenía alma o algún tipo de compasión humana. El magnate estaba demasiado ocupado abriéndose camino hasta la cima de los más ricos de Nueva York, y pavoneándose de sus riquezas, como para molestarse por esas críticas.

Carnegie, sin embargo, no estaba tan interesado en esas ostentosas fiestas, y solo acudía a ellas cuando le interesaban para sus negocios. A estas alturas, los barones ladrones ya estaban buscando otras formas de alardear de su patrimonio: una colección de arte se convirtió en la principal prioridad. Morgan fue el primero en abrirse paso a codazos en ese particular mercado. Contrató agentes en Amberes, Viena, París y Roma para seguir la pista por Europa de cualquier cosa que pudiera considerarse remotamente una obra maestra. Tal y como recoge Veblen, ser bueno en los negocios ya no era suficiente para ellos. Competían por estar en lo más alto en sus vidas sociales, en el arte y en sus perfiles públicos: «El nuevo capitán de la industria de turno recibía ahora "la deferencia de la gente del pueblo", convirtiéndose en "el guardián de la integridad nacional", y mostrando la adecuada gravedad se ofrecía como filósofo y amigo de la humanidad, como "guía a la literatura y el arte, Iglesia y estado, ciencia y educación, ley y moral, el paradigma de la virtud cívica"».[19]

Para cuando cumplió cincuenta años, con más dinero del que hubiera podido gastar, Carnegie empezó a centrarse menos en sus compañías. Limitó su trabajo a las mañanas, saltándose a menudo las reuniones de sus consejos de administración. Sus operaciones financieras quedaron bajo el control de sus directivos veteranos, siendo el más importante de ellos, Frick.[20] Los dos hombres se habían conocido cuando Frick estaba de viaje de novios y, rápidamente, establecieron una estrecha relación de negocios. Frick se convirtió en el director de la Compañía de Acero Carnegie, asumiendo él mismo el peso de las operaciones diarias. Una de las

más importantes fue la de la fábrica Homestead, que había sido adquirida a un vecino y rival en problemas financieros y se convertiría en sinónimo de una de las más violentas disputas laborales de la era.

Carnegie no comenzó siendo tan hostil con las organizaciones de trabajadores como algunos de sus contemporáneos. Y así, describió el derecho de los trabajadores a asociarse como «no menos sagrado que el derecho del fabricante a entrar en asociación y conversaciones con sus colegas».[21] También se opuso a la práctica de contratar esquiroles para terminar con las huelgas. Esos artículos, fruto de ese arrebato de paternalismo distante de Carnegie y escritos con anterioridad a las huelgas que golpearían a sus compañías, incomodaban a Frick. Sin embargo, ¿era el autoproclamado «progresista» Carnegie diferente al orgullosamente tradicional Krupp en Alemania? Cualesquiera que fueran sus primeras ideas, ambos cambiaron rápidamente bajo la presión de maximizar el rendimiento. En 1888 Carnegie decidió, como parte de su imparable campaña de reducir costes, introducir una escala móvil de sueldos en la fábrica Edgar Thomson, directamente vinculada a los precios del acero. Eso garantizaría el beneficio de la compañía, ya que, si los precios caían, no lo harían por debajo del nivel de los costes. Cuando la noticia de la medida fue anunciada en la factoría, los trabajadores se negaron a seguir trabajando. La respuesta de Carnegie fue cerrar la fábrica y marcharse a su mansión de Nueva York, esperando a que los trabajadores cedieran. La huelga se alargó durante cinco meses hasta que Carnegie no tuvo más remedio que reaparecer y, en un mitin masivo ante sus obreros, convencerles para que regresaran a sus puestos de trabajo.

Pero lo peor aún estaba por llegar. En el verano de 1889, cuando Carnegie estaba de viaje en Escocia, una huelga estalló a causa del salario y las condiciones de trabajo en la fábrica Homestead. Entonces dio instrucciones al presidente de la compañía, W. L. Abbot

para «cerrarlo todo y esperar, como hicimos en ET [Edgar Thomson], hasta que una parte de los hombres decidiera volver al trabajo».[22] Abbott, sin embargo, no tuvo paciencia y contrató mano de obra externa que no estaba sindicada. Fueron rechazados por el cada vez más poderoso sindicato, que obligó a la compañía a reconocer su derecho a hablar en nombre de los trabajadores. La tensión continuó creciendo cuando se negociaron nuevos contratos. El proceso se alargó interminablemente, perjudicando la producción. Un cada vez más agitado Frick declaró en marzo de 1892 que la compañía iba directa a la bancarrota salvo que se le arrebatara al sindicato el «control industrial».[23] El 2 de junio, el *Pittsburg Post*, bajo el titular «Carnegie se apunta un tanto», informaba que la compañía había contratado a mil hombres con una cláusula en la que se prohibía la huelga.[24] Una batalla se estaba fraguando, pero como siempre Carnegie había desaparecido para pasar el verano en su castillo de las altas tierras de Escocia. Los hombres dejaron sus puestos. Carnegie envió un telegrama a Frick: «Toda la ansiedad desaparecerá si permaneces firme. Nunca emplees a uno de esos amotinados. Dejemos que la hierba crezca sobre las fábricas».[25] Alentó la postura intransigente de Frick diciéndole: «Por supuesto, te pedirán que les escuches, y sé que rechazarás cualquier conversación, pues has manifestado tu postura y no tienes nada más que añadir. Desde luego, ganarás, y será una victoria más fácil de lo que crees, debido a la actual condición de los mercados».[26]

A fin de disolver los piquetes de los sindicatos, Frick contrató a la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, una conocida firma de seguridad del sector privado. La atmósfera en la ciudad se volvió incendiaria. La gente presionaba a todos los sospechosos de dar información a la dirección o estar trabajando encubiertamente para Pinkerton. Los Pinkerton llegaron a Homestead navegando en una barcaza río abajo en las primeras horas del 6 de julio. Los trabajadores y sus familias, que habían sido advertidos, les atacaron

con antiguos trabucos de la guerra de Secesión, dinamita y explosivos lanzados desde la colina al río en una vagoneta de ferrocarril. Los Pinkerton dispararon en respuesta, matando a nueve trabajadores e hiriendo a muchos más, antes de ser superados y expulsados de la ciudad. Sin embargo, la victoria de los trabajadores fue pírrica. Frick solicitó la ayuda de cuatro mil soldados del estado de Pennsylvania para restablecer el orden y asegurar la fábrica. Los obreros, acosados por el hambre, se vieron gradualmente obligados a someterse. Los considerados no problemáticos pudieron retornar al trabajo, aceptando, eso sí, nuevos términos y condiciones además de la cláusula de no ir a la huelga. Después de esa humillación, los Pinkerton se sintieron igualmente furiosos por la forma en que se les había tratado. Algunos dijeron que habían sido traicionados, que les habían ordenado vigilar la propiedad, y no aplastar una huelga. Otros se quejaron de haber estado viviendo únicamente de galletas mientras se ocultaban en la barcaza.[27] Es muy probable que a pesar de todas las vagas alusiones a «tus planes» en los telegramas enviados a Frick, Carnegie supiera con mayor o menor exactitud lo que estaba sucediendo. La prensa local lo resumió así: «Se cree que la firma está tratando de acelerar un conflicto con los hombres para poder solicitar la ayuda de las bayonetas del estado y proteger a los nuevos empleados [es decir, a los esquiroles]».[28]

Las efigies de Carnegie y Frick fueron colgadas de los postes de teléfono de toda la ciudad.[29] El papel de Carnegie en el cierre fue objeto de burla en la prensa nacional, puesto que él, y no Frick, era el rostro público de la compañía. Una viñeta lo describió como «El Moderno Barón con Métodos Antiguos» irguiéndose en lo alto de la fábrica de acero dibujada como un castillo y a punto de verter alquitrán caliente sobre los invasores.[30] Frick no mostró el menor arrepentimiento, entendiendo la indignación como el pequeño precio a pagar por establecer un trabajo flexible. Los costes por unidad laboral se habían reducido hasta un 20 por ciento. Escribió a

Carnegie una carta sin ninguna ironía donde decía: «Es difícil estimar qué bendiciones se derivarán de nuestra reciente y absoluta victoria».

Carnegie se mostró profundamente ambivalente sobre la disputa de Homestead, que muy pronto sacudiría su conciencia. Derivó la culpa directamente hacia su subordinado. Y así lo refirió al primer ministro británico, William Gladstone: «Era esperar demasiado de esos pobres hombres que permanecieran sin hacer nada, viendo cómo sus puestos de trabajo eran ocupados por otros».[31] El incidente salpicó la reputación de Carnegie como buen patrono. Dos semanas más tarde, un joven anarquista lituano, Alexander Berkman, irrumpió en el despacho de Frick y le disparó dos veces antes de apuñalarle. Asombrosamente, Frick sobrevivió y estuvo de vuelta en el trabajo en menos de una semana. El incidente incrementó su reputación, incluso entre aquellos que no estaban de acuerdo con sus métodos, e hizo que Carnegie, a cientos de kilómetros de allí, pareciera un debilucho. Más adelante, un periódico compararía la filantropía de Carnegie con una cobardía moral que había comenzado durante la guerra civil: «Diez mil bibliotecas públicas Carnegie no pueden compensar al país por los daños directos e indirectos resultantes del cierre patronal de Homestead».[32]

La «victoria» de Homestead alentó a los patronos de todo el país a abaratar aún más los salarios. Las relaciones industriales se habían ido tensando, a medida que los emergentes sindicatos de trabajadores se volvían más radicales. Gran parte de la clase trabajadora de la expansión industrial había emigrado desde Europa. De allí importaron las tradiciones políticas del socialismo, anarquismo y unión sindical. Desde muy temprano, ya en 1877, una enorme huelga estalló en la Compañía de Ferrocarriles Baltimore & Ohio, cuando la firma recortó los salarios en respuesta al descenso de los ingresos. La huelga, conocida como el «Gran Levantamiento», solo

pudo ser suprimida tras el despliegue de la Guardia Nacional que mató a docenas de trabajadores. En 1886, una bomba fue lanzada contra la policía durante una protesta laboral en la plaza Haymarket de Chicago, tras lo cual los agentes dispararon contra la multitud. Ocho oficiales y, al menos, cuatro trabajadores fallecieron. Justo después de Homestead en 1893, otra huelga del ferrocarril tuvo lugar en la compañía de George Pullman, un socio ocasional de Carnegie, en la que se produjeron nuevas muertes. A finales del siglo XIX el control de los barones ladrones en América se vio puesto a prueba. Durante ese período, se registraron más de treinta y siete mil huelgas.

Las reivindicaciones de los trabajadores estaban basadas fundamentalmente en razones económicas. A lo largo de la década de los setenta y los ochenta de ese siglo, la economía estadounidense había estado creciendo a un ritmo mayor que en ningún otro momento de su historia —y sin embargo los trabajadores industriales apenas habían visto recompensados sus esfuerzos—. El promedio de ingresos anual era inferior a 400 dólares, una fracción de lo gastado por los barones en cualquiera de sus ostentosas fiestas. La mayoría de los trabajadores vivían por debajo del umbral de pobreza, debiendo apretarse el cinturón, y dedicando todas las horas posibles al trabajo, a menudo en condiciones peligrosas. Durante ese período, treinta y cinco mil trabajadores murieron cada año por accidentes laborales, una cifra extraordinaria debida, en gran medida, a la negativa de los gerentes a instalar dispositivos de seguridad o acortar la jornada de trabajo. Cumplir ambas cosas habría supuesto disminuir los beneficios.

Seis años después del suceso que ayudó a definir la historia de las relaciones industriales americanas de la época, Carnegie regresó a Homestead para inaugurar otra de sus bibliotecas. Allí declaró con tono contrito: «Así como con el trabajo de mis manos gané por primera vez mi sustento, mi derecho a considerarme un trabajador

no debe ser cuestionado en ninguna parte de este mundo. Consideremos pues este edificio como el obsequio de un trabajador a otros trabajadores».[33] Más tarde expresaría su arrepentimiento de haberse alejado tanto de sus empleados. «Reunimos a miles de operarios en fábricas como la mía, de las que el patrono sabe poco o nada, y para quienes es poco menos que un mito. Todo intercambio entre ellos ha desaparecido. Se han formado rígidas castas y, como de costumbre, la ignorancia mutua sustenta la desconfianza mutua».[34] A pesar de sus palabras, ni él ni tampoco ninguno de los demás barones veían otra cosa más que virtudes en esa economía sin regular. Tal y como Veblen señaló: «La América de la era posterior a la guerra de Secesión era un paraíso ilimitado y libre de impuestos para los empresarios».

El hacer dinero y el aprovechamiento de la mano de obra era en sí mismo algo virtuoso. ¿Era eso lo que creían los barones ladrones, o acaso esperaban que gracias a su infinita reiteración, a través de unos medios sumisos y un espacio público respetuoso, lograrían que los otros lo creyeran? La respuesta debería ser una combinación de las dos. La siguiente perorata de Rockefeller dirigida desde el púlpito a los participantes de una escuela dominical simboliza esa forma de pensar: «La rosa de la Belleza Americana únicamente puede producirse en el esplendor y fragancia que llena de alegría a su poseedor, sacrificando los capullos más tempranos que crecen a su alrededor. Esto no es una tendencia perversa de la economía. Es meramente el funcionamiento de una ley de la naturaleza y de una ley de Dios».

En el espacio de dos décadas, un pequeño grupo de industriales había creado su propia y autojustificada burbuja. Se habían separado del otro 99 por ciento. ¿Cómo podrían justificar su enorme patrimonio conviviendo al lado de tanta pobreza? ¿Cómo podían explicar, histórica y socialmente, lo que había sucedido? Algunos ni se molestaron en intentarlo, mientras el dinero continuara llegando.

Pero los más inquisitivos se sintieron intrigados por encontrar una explicación. ¿Era virtud? ¿Era genética?

La teoría de Charles Darwin sobre la evolución, *Del origen de las especies*, había sido publicada en 1859. El pensador que adaptó y aplicó esa teoría evolucionista a la sociología fue Herbert Spencer. Así, para cuando su *Filosofía sintética* comenzó a aparecer por entregas en 1864 (con la guerra civil aún coleando), el *Atlantic Monthly* ya estaba sugiriendo que Spencer había «influenciado la silenciosa vida de unos pocos pensadores».[35] Una frase les proporcionó una respuesta fácil, una sencilla cantinela para justificar su repentina ascensión a lo más alto. El magnate del ferrocarril James Hill habló así en nombre de su generación: «Las fortunas hechas por las compañías del ferrocarril están determinadas por la ley de la supervivencia del más fuerte».[36]

El continente americano fue el laboratorio en que se estaba desarrollando ese vasto experimento. Atrayendo a trabajadores de todas partes del mundo acostumbrados a faenar duro, y expandiéndose hacia el oeste por medio de la ocupación de las tierras de los nativos americanos, la repoblación y capacidad productiva del país estaba incrementándose con extraordinaria rapidez. Spencer lo entendió como un crisol en el que modelar «una clase de hombre más refinado del que hasta entonces había existido»,[37] aunque uno formado exclusivamente por arios de raza blanca. Uno de los aspectos más atractivos de sus ideas para los barones ladrones era el vínculo entre progreso moral y material. A medida que estos hacían el mundo —o al menos a sí mismos— más rico, estaban mejorando la fibra moral de la sociedad.[38]

Carnegie fue uno de los más entusiastas seguidores de Spencer. Celebró la adhesión de su mentor a la tesis de la autosuperación del hombre: «No es posible concebir un final a su camino hacia la perfección. Su rostro está levantado hacia la luz; de pie bajo el sol y mirando hacia arriba», declaró. El rey del acero ansiaba conocer a su

héroe intelectual. Entonces, estando en el verano de 1882 en Inglaterra, supo que Spencer estaba a punto de embarcar para una gira de conferencias por los Estados Unidos. Carnegie consiguió un camarote a bordo del mismo barco en el que Spencer se dirigía a Nueva York, asegurándose de entablar amistad con él. Mentalmente había encumbrado al filósofo como a un superhombre, y por eso supuso toda una sorpresa hallarlo inmerso en una discusión poco digna con un camarero de a bordo: «Nunca imaginé encontrarle tan excitado sobre la cuestión del queso de Cheshire o Cheddar».[39]

Por donde quiera que Spencer fuera se veía rodeado de gente. El problema es que el hombre tenía muy pocas palabras amables para los lugares que visitaba. De Pittsburg, la ciudad donde muchos de sus discípulos habían hecho grandes fortunas, declaró: «Seis meses aquí justificarían el suicidio».[40] Sin embargo, de cara al público escondía su malhumor y alababa la industrialización americana: «La extensión, riqueza y magnificencia de vuestras ciudades, me han asombrado».[41]Parecía como si su visión optimista del progreso humano se estuviera disipando.

Los directores de los hoteles y gerentes del ferrocarril competían por el privilegio de servirle. En un evento celebrado en el restaurante Delmonico's en Nueva York, donde se había reunido lo más florido de la sociedad para rendirle homenaje, Spencer se sintió muy incómodo, pidiendo a sus socios que lo ocultaran en una antesala para no tener que deshacerse en cumplidos con extraños. Los organizadores estaban desesperados por impresionarle. El banquete de excelente comida francesa duró dos horas y media, con un plato nuevo cada diez minutos. Los discursos posteriores a la cena fueron inaugurados por el antiguo secretario de Estado William Evarts, quien proclamó: «Dado que no hay habitación ni ciudad que pueda albergar a todos sus amigos y admiradores [de Spencer], ha sido necesario que la compañía fuera escogida mediante algún método

para diferenciarla de las masas, ¿y qué mejor método que el de la selección natural?».[42]

Esta pretendida broma revelaba no solo la influencia de Spencer sobre los superricos americanos, sino también su visión de sí mismos. Sin duda eran una élite autoseleccionada. El *Registro Social*, a lo largo de la década de 1880, publicaba detalles de los escasos centenares de familias en la cumbre de la sociedad americana, a las que describía como «los elegidos sociales» y «naturalmente incluidos en la mejor sociedad».[43] Esta era una curiosa mezcla de terminología teológica y darwiniana que los ricos admiradores de Spencer hubieran aprobado. El filósofo, en su discurso pronunciado en Delmonico's, alabó las instituciones americanas, si bien declaró que sus gentes aún no habían evolucionado lo suficiente para ser merecedoras de ellas. Mirando a su alrededor, a la sala abarrotada de magnates de pelo cano envejecidos prematuramente, temía que se estuvieran consumiendo por llevar a cabo el trabajo ellos mismos. «Podría decir que de alguna forma hemos caído en un exceso del "evangelio del trabajo". Es hora de predicar "el evangelio de la relajación"».[44] Los barones con un ojo puesto en cómo gastar sus fortunas, se sintieron inclinados a asentir. Spencer continuó abordando la cuestión en su única entrevista para los periódicos. El carácter americano, declaró, aún no está totalmente refinado, pero terminará por lograr «un tipo de hombre más fino del que hasta ahora ha existido». Los americanos tendrán razones sobradas para «esperar la llegada de un tiempo en el que habrán conseguido una civilización más grandiosa a cualquiera que el mundo haya conocido».

Al final de la gira de Spencer, mientras esperaba en el muelle de Nueva York para subir al barco, estrechó las manos de Carnegie y Edward Youmans —el científico y escritor que había organizado las conferencias— y proclamó: «Aquí están mis dos mejores amigos americanos».[45] Solo conocía a Carnegie desde hacía tres meses.

Sin embargo, la adulación de Carnegie y su ansiedad por impresionar a Spencer continuaron mucho después. Al año siguiente, supo que el filósofo iba a emprender viaje a Australia. «Desearía ser su acompañante», le escribió, firmando la carta como «siempre suyo, con mi máximo respeto».[46] En su autobiografía, Carnegie explicaba la influencia que las enseñanzas de Spencer tuvieron en él:

> Al llegar a las páginas que explican cómo un hombre ha absorbido esa comida mental tan favorable para él, reteniendo lo saludable y rechazando lo perjudicial, recuerdo cómo en mi mente se hizo la luz y de pronto lo vi todo claro. No solo me había desembarazado de la teología y lo sobrenatural, sino que había encontrado la verdad de la evolución. «Todo está bien ya que todo va a mejor» se convirtió en mi lema, en mi verdadera fuente de tranquilidad. El hombre no fue creado con un instinto para su propia degradación, pero desde lo más bajo se ha elevado hasta las formas más sublimes. Ni tampoco es posible concebir un final en su camino hacia la perfección.

Y de ese modo proponía la siguiente reflexión: «No habría mayor milagro que nacer para una vida futura que el haber nacido para vivir en este presente. Una vida ya ha sido creada, ¿por qué no la otra? Por tanto hay razón para confiar en la inmortalidad. Tengamos esperanza».

Sin embargo, el deseo más inmediato de Carnegie era un tanto prosaico: llevar una vida más cómoda y apacible. Se sentía atraído, como suele suceder al dinero nuevo, por los encantos rústicos de la vida de campo inglesa. Aún antes de haberse establecido como miembro de los superricos, había escrito a un primo en Escocia explicándole su deseo de vivir a la manera de un caballero, «explayarme tal y como mis medios me lo permitan y finalmente poseer un lugar noble en el campo, cultivar flores raras, las mejores razas de ganado, disfrutar de una magnífica colección de caballos y ser distinguido por prestar un profundo interés a todos los de mi

alrededor». En 1887 se casó con Louise Whitfield, la hija de un comerciante de Nueva York veinte años más joven que él; el viaje de novios lo hicieron en un barco de vapor alrededor de las tierras altas de Escocia y las islas.

A partir de ese momento, Carnegie vivió los inviernos en América y los veranos en Escocia. El castillo de Skibo, en Sutherland, cerca de la punta norte del país, había sido construido en el siglo XII, aunque a partir del siglo XVIII había caído en el abandono. Carnegie se enamoró inmediatamente de su belleza —y potencial—. En 1897, arrendó el ruinoso castillo y sus tierras, incluyendo una opción para comprarlo un año más tarde. Lo remodeló sustancialmente, con un coste de 2 millones de libras, añadiendo esculpidos jardines, almenas de cuento de hadas y un campo de golf de dieciocho hoyos. Desde su azotea ondeaba una bandera en la que se amalgamaban la bandera inglesa y las barras y estrellas, un testamento de su identidad transatlántica.[47] Skibo no resultaba tan costoso de mantener como su mansión de sesenta y cuatro habitaciones en Nueva York. Pero le permitió vivir la vida refinada que había deseado. El castillo continuó siendo propiedad de la familia Carnegie hasta 1982, cuando se convirtió en un club privado llamado el Club Carnegie, un espacio para celebrar eventos y bodas como la de Madonna con Guy Ritchie en el año 2000.

Carnegie había hecho dinero tan rápido que planeó retirarse con treinta y nueve años. Su objetivo, como había escrito secretamente en sus propósitos de Año Nuevo a finales de 1868, era retirarse pronto para poder «establecerme en Oxford y lograr una buena educación y, al mismo tiempo, trabar amistad con hombres de letras». Después se trasladaría a Londres, «interviniendo en asuntos públicos, especialmente en aquellos conectados con la educación y la mejora de las clases más pobres».[48] Ese fue el año en que hizo sus primeros 50.000 dólares. Se propuso que esa cifra fuera su salario anual. Cualquier cosa por encima de esa cantidad debía ser

regalada. No hizo ninguna de las dos cosas, al menos no inmediatamente. Su primer acto filantrópico aún tardaría en llegar, con una donación de fondos en 1881, para la construcción de una biblioteca en Dunfermline. Siempre tuvo debilidad por su pueblo natal.

La primera vez que regresó a Escocia quedó impresionado por lo que vio. Una de sus tías, tras escuchar atentamente su relato sobre sus proezas en los negocios, le dijo que confiaba en que su éxito le permitiera algún día «tener una tienda en la calle principal».[49] La mujer no podía imaginar lo rico que sus inversiones en ferrocarriles le estaban haciendo ya, y mucho menos lo que su fortuna llegaría a ser en el futuro. Era increíble cómo la nueva tierra de oportunidades había superado al viejo país, y lo pequeño que este último parecía: «Aquella era una ciudad de liliputienses. Casi podía tocar los aleros de la casa en la que había nacido».

Casi al mismo tiempo trató de donar una biblioteca a Pittsburg, pero tuvo que esperar a que la ley estatal cambiase y permitiera la exención de impuestos en los costes de su mantenimiento; finalmente se inauguró en 1887. En su corazón consideraba a esas dos ciudades como su hogar: la primera le había hecho ser quien era; la segunda le había hecho conseguir su fortuna. En Dunfermline, se compró una de las fincas más grandes, Pittencrief, donde había robado manzanas siendo niño, y la convirtió en un parque público para la ciudad.[50]

Habiendo hecho su dinero a costa del trabajo de otros, había llegado el momento de practicar la caridad. A fin de centrarse en sus ambiciosos planes de filantropía, Carnegie primero necesitaba retirarse. Debía encontrar un comprador para su imperio de negocios, uno de los más grandes del mundo. El primero que pareció postularse fue J. P. Morgan. Sus motivos no se debían en absoluto a la admiración hacia los logros de Carnegie, sino a la pura competencia. Llevaba tiempo queriendo diversificar su actividad

pasando de las finanzas al acero y, al hacerlo, «eliminar a Carnegie de la industria siderúrgica».[51] Su intento de absorber el conglomerado de empresas coincidió con el creciente descontento interno ante la manera un tanto distante de dirigir de Carnegie. El conflicto había resultado muy desestabilizador. Desde Homestead, el industrial había intentado pagar a Frick para que dejara la compañía. Al saber que su jefe hablaba mal de él en privado, Frick irrumpió en una reunión del consejo —como de costumbre, Carnegie estaba ausente— y le acusó de cobardía: «¿Por qué no es lo suficientemente hombre para decirme a la cara lo que va diciendo a mis espaldas?». Pero Frick fue aún más lejos, escribiendo directamente a Carnegie: «Durante años he vivido convencido de que no hay un solo hueso honesto en tu cuerpo. Ahora sé que eres un maldito ladrón».[52]

Finalmente, los dos, aunque a regañadientes, llegaron a un compromiso en el valor por el que Carnegie compraría las acciones de Frick. Además de incrementar enormemente la fortuna de este, Carnegie había roto un acuerdo sobre el precio de venta, quedando vulnerable frente a los inversores externos. Morgan se aprovechó de la situación para presionar y lograr un trato. Para conseguirlo, aduló al lugarteniente de más confianza de Carnegie, Schwab, invitándole a ser el orador en una cena que iba a celebrar para el vicepresidente Teddy Roosevelt. Allí, Morgan dejó caer su idea de comprar el imperio de Carnegie. Schwab pareció receptivo, a sabiendas del deseo de su jefe por retirarse. Rápidamente le trasladó las noticias a Carnegie, quien pidió poder reflexionar durante una noche. A la mañana siguiente, Carnegie entregó a Schwab un trozo de papel con una cifra escrita en él: la cantidad que quería. Schwab se la llevó a Morgan, quien abrió el papel para encontrar la suma de 480 millones de dólares. Accedió a pagarlos sin mayor negociación.

Los dos barones se reunieron, brevemente, para estrechar sus manos por el acuerdo, y Morgan felicitó a Carnegie por haberse

convertido en «el hombre más rico del mundo». No estaba equivocado. El anterior poseedor del título había sido Vanderbilt. Se dice que en 1876, un año antes de su muerte, su médico le recetó champán para tratar un severo dolor de estómago. «No puedo permitirme el champán», se comenta que replicó Vanderbilt. «Entonces supongo que un poco de agua carbonatada servirá». Había acumulado 110 millones de dólares.

Esas cifras, asombrosas para su tiempo, revelan todo el dinero que se hizo en la Edad Dorada. El *New York Tribune*, en una investigación para descubrir el número de americanos millonarios en 1892, identificó alrededor de cuatro mil.[53] El acuerdo Carnegie-Morgan hizo unos cuantos más. Marcó el momento de la transferencia de poder de un titán a otro. Como Carl Hovey escribió en su libro sobre la vida de Morgan —con un estilo un tanto adulador puesto que el sujeto aún estaba vivo—: «Siempre se ha dicho que los millonarios, cuando están asustados, corren a JPM como pollos refugiándose en la gallina madre. Algo parecido tuvo lugar en esta ocasión». El tono del cronista tal vez no fuera demasiado objetivo, pero no andaba equivocado.

La cena para celebrar la fundación de la nueva compañía, US Steel (Acero USA), se celebró, convenientemente, en la zona este de Pittsburg en el hotel Schenley en enero de 1901. A ella asistieron ochenta y nueve millonarios, muchos de ellos de la familia Carnegie.[54] Algunos de esos recién reclutados en el club de los superricos no podían creer en su suerte, y lo celebraron con fiestas y juegos de azar. Alexander Rolland Peacock, que había sido vicepresidente de Aceros Carnegie, se despertó una mañana y, sin molestarse en quitarse el pijama, condujo por la ciudad en un coche de 7.000 dólares, pagando las deudas de viejos amigos y conocidos.[55]

Carnegie demostró la sobriedad propia de un hombre que para entonces ya se había acostumbrado a la riqueza. Se había convertido en el dinero viejo. Por fin, a la edad de sesenta y seis años, podía

volver toda su atención a sus ambiciones filantrópicas. Los primeros beneficiados por su generosidad fueron las bibliotecas Carnegie donadas a diversos municipios de todo el mundo de habla inglesa. Más de tres mil recintos fueron instituidos en cuarenta y siete estados americanos antes de su muerte. A propósito de la inauguración de su museo de Pittsburg en 1895, Carnegie declaró su confianza en dar a las clases trabajadoras una muestra del mundo que él había visitado. Su optimismo sobre la trayectoria de la humanidad, a pesar de las disputas entre distintas facciones que había llevado a cabo para que su imperio continuara funcionando, permanecía inalterable: «No hay nada que hayamos hecho aquí que pueda considerarse perjudicial; todo debe funcionar bien... no hay nada aquí que pueda tender a la pobreza, puesto que no hay señal ni rastro de caridad; nada que pueda ayudar a un hombre que no se ayude a sí mismo; nada aquí es dado por nada».[56]

Por todo el país se abrieron museos con su nombre, especialmente en el medio oeste y, a menudo, centrados en la historia natural. La educación estaba en el centro de sus proyectos. La Fundación para la Mejora de la Enseñanza, inaugurada en 1905, continúa gestionando las pensiones de los maestros hoy en día. Curiosamente, para un declarado seglar, Carnegie empleó muchos fondos en la restauración de los órganos de setecientas iglesias por toda América. Después de las bibliotecas vinieron los baños públicos, proporcionando a los trabajadores lugares más salubres en los que lavarse y descansar. Estableció la Fundación de Héroes tras una catástrofe minera en Pennsylvania, para proporcionar dinero a las familias de personas que murieron salvando a otras.

Diez años después de la venta de su compañía a Morgan, Carnegie aún contaba con más de 150 millones de dólares de patrimonio. Cuando tenía más de setenta años, empezó a cansarse de la carga de sus decisiones filantrópicas. Por consejo de sus amigos, estableció un fondo al que podría transferir el grueso de su

fortuna, así como la responsabilidad de distribuir la riqueza cuando falleciera. Así nació la mayor organización filantrópica del mundo, el Instituto Carnegie de Nueva York. —Dos años más tarde Rockefeller le imitaría creando el suyo propio—. El capital fundador de la corporación fue originalmente de unos 135 millones de dólares, con un valor en el mercado de 1.500 millones de dólares un siglo más tarde. En el momento de su muerte, Carnegie había donado casi 350 millones de dólares. Una cantidad relativamente baja, de 10 millones de dólares, debía ser repartida entre sus amigos, parientes y colegas.[57]

$ $ $

La política de Andrew Carnegie fue una curiosa amalgama. El hombre que intentó maximizar la productividad en todas sus actividades de negocio, más tarde procuró celosamente donar su dinero. Un hombre que no toleraba la disensión de sus trabajadores y sin embargo tenía sus raíces en el movimiento cartista de 1840, con su énfasis en los modestos pasos hacia la probidad política y la democracia. Incluso antes de embarcar para el nuevo mundo, estaba convencido de que todos los hombres habían sido creados iguales, atribuyendo el rápido progreso material de su país de adopción al duro trabajo y a su sistema político. Todo por lo que los reformistas habían estado luchando en Gran Bretaña, pensaba, se había conseguido en los Estados Unidos, consagrado por su gran constitución. En 1853 escribió a un primo de Escocia: «Tenemos la Carta del Pueblo por el que has estado luchando durante años».[58] Despreciaba a la familia real inglesa y a la aristocracia y confiaba fervientemente que algún día el país adoptaría el sistema republicano.

En la década de 1880 Carnegie era el ejemplo perfecto del Club del Siglo XIX. Una progresiva pero elitista sociedad de debate que era, en palabras de su fundador, Courtland Palmer: «un club radical, pero no demasiado radical, solo lo justo».[59] En su primer discurso público Carnegie decidió hablar contra la creencia de que la Edad Dorada había creado una «aristocracia del dólar» que había reemplazado a los antiguos terratenientes por una nueva —y peor— tiranía. Él defendía apasionadamente el capitalismo, declarando que América había demostrado tener una «aristocracia del intelecto». Era un convencido atlantista, partidario de la superioridad de la raza británico-americana. Incluso confiaba en lograr algún tipo de reunificación entre los dos países. «Afortunadamente, el pueblo americano —escribió— es esencialmente británico». Aunque admitía que esa «pequeña mezcla de razas extranjeras era una decisiva ventaja para la nueva raza, pues incluso la raza británica puede ser mejorada por una ligera mezcla»,[60] identificaba a la inmigración de habla no inglesa de los Estados Unidos como una amenaza, porque cada grupo llegaba con sus propias tradiciones, ignorantes de las responsabilidades que la ciudadanía en una democracia les confiere.[61] Quería sacar a las masas de su ignorancia para que pudieran cumplir su papel cívico, pero eso no le impedía emplear a miles de inmigrantes europeos y concederles muy poco tiempo libre para estudiar historia o desarrollar su dominio del inglés.

En Inglaterra, Carnegie fue una voz influyente en el partido liberal, contribuyendo con fondos a las candidaturas de los diputados más radicales. En 1882, estuvo a punto de crear un sindicato de periódicos para los trabajadores ingleses donde poder pregonar ciencia y republicanismo, pero sus planes no llegaron a cuajar. [62]Cuando conoció a Gladstone a principios de 1880, aprovechó la oportunidad para corregir lo que creía eran malentendidos ingleses sobre América. Gladstone sugirió que debería escribirse un libro sobre el tema, de modo que Carnegie se puso manos a la obra.

Resultado: *El triunfo de la democracia* apareció en 1886, causando un gran revuelo con sus minuciosamente documentados datos sobre el ritmo de la expansión industrial americana y atribuyendo el mérito a su superior sistema político. Popular entre liberales y radicales, *El triunfo de la democracia* fue un enorme éxito comercial, vendiendo más de treinta mil copias en Estados Unidos y cuarenta mil en Inglaterra.[63] Los críticos conservadores se mostraron menos impresionados: la *St James Gazette* señaló que el crecimiento de América podía deberse enteramente a la suerte —dadas sus enormes reservas de materias primas.[64]

Tres años más tarde, Carnegie escribiría su obra más emblemática. Publicada en la *North American Review*, originalmente se llamó *Riqueza*; pero fue persuadido por Gladstone para ampliar el título en beneficio del público inglés. *El evangelio de la riqueza* es un manifiesto sobre la creación de riqueza que podría haber servido a las mil maravillas a todos los protagonistas de nuestro libro. Las raíces cartistas de Carnegie debieron dejarle una incómoda sensación ante el extremo crecimiento de la desigualdad de finales del siglo XIX —al igual que en los tiempos modernos—. Su respuesta fue su propia versión del «efecto goteo»: todo el mundo se beneficiará de la creación de riqueza, pero inevitable y necesariamente, algunos se beneficiarán más que otros.

> El contraste entre el palacio de un millonario y la granja de un campesino en nuestra generación es la medida del cambio llegado con la civilización. Este cambio sin embargo no puede ser lamentado sino bienvenido como altamente beneficioso. Es bueno, o mejor dicho, esencial para el progreso de la raza que las casas de algunos sean las casas para todo lo que es más elevado y sublime en la literatura y las artes, y todos los refinamientos de la civilización, en vez de que ninguna lo sea. Es mucho mejor esta enorme irregularidad que la sordidez universal.

Y añadió, con su recién adquirida mezcla de darwinismo y determinismo:

> Es una ley, tan cierta como cualquiera de las otras que he mencionado, que los hombres poseedores de un especial talento para los negocios, bajo el libre juego de las fuerzas económicas deban, por necesidad, ser recompensados con más beneficios de los que razonablemente puedan gastar en sí mismos, y esa ley es tan beneficiosa para la raza como las otras.

Su receta de la economía habría hecho que los modernos partidarios del libre mercado se sintieran orgullosos. Todo el mundo, aseguraba, tiene el sagrado derecho a la propiedad, ahorros, riquezas y bajos impuestos. También habló del derecho del trabajador «a sus 100 dólares en su cuenta de ahorros, e igualmente del derecho del millonario a sus millones». Todo el mundo debe poder «sentarse bajo su propia viña e higuera, con nada a lo que temer»». Los bajos costos por unidad laboral y las flexibles leyes laborales proporcionaban una ruta de una sola dirección hacia el aburguesamiento y el ascenso social.

Carnegie fue también uno de los primeros en explicar las ventajas de la globalización:

> Hoy en día el mundo obtiene bienes de consumo de tan excelente calidad y precio, que incluso para la generación anterior se hubieran considerado increíbles. En el mundo del comercio esas mismas causas han producido resultados similares, y de ese modo, la raza se ha beneficiado. Los pobres ahora disfrutan de lo que los ricos no podían permitirse antes. Lo que antes eran lujos, ahora se han convertido en necesarios para la vida. El obrero tiene ahora más comodidades que el granjero de unas pocas generaciones atrás. El granjero disfruta de más lujos de los que tuvo el terrateniente, con ropa de más calidad y mejor alojamiento. El terrateniente tiene libros y cuadros poco comunes y reuniones más artísticas de las que el rey podía conseguir antes.

El nombre de Carnegie es ahora sinónimo de cultura y ejemplo de filantropía. Él habló, sorprendentemente para un hombre de su fortuna, del «exceso de riqueza» como «la propiedad de muchos». Sin embargo, la idea no era simplemente dar dinero a los demás —de hecho, aborrecía esa posibilidad, diferenciando (como hacen muchos políticos y líderes económicos actuales) entre los pobres «meritorios» y los «no meritorios»—. «Sería mejor para la humanidad que los millones de los ricos fueran arrojados al mar antes que gastarlos para alentar a los vagos, borrachos o indignos», escribió. Manos alzadas y no manos extendidas: «Al ofrecer caridad, la primera consideración debe ser ayudar a aquellos que se ayudarán a sí mismos».

Su *Evangelio* se ha convertido en el evangelio de los superricos del siglo XXI y su moderna variante del filantro-capitalismo —la aplicación de las técnicas económicas de libre mercado a los donativos de caridad—. Mucho antes de que el inversor Warren Buffett se comprometiera a dar cientos de millones de dólares de su fortuna a la Fundación Gates, le había dado a Bill Gates una copia del texto de Carnegie (véase capítulo XIII). Chuck Feeney, un millonario irlandés-americano que hizo dinero con las tiendas libres de impuestos de los aeropuertos, les pasó unas copias del *Evangelio* a sus hijos para explicarles por qué había decidido donar la mayor parte de su herencia.

Las fundaciones de Carnegie no solo emplearon dinero en sus propias causas; buscaban moldear el cambio social a su propia imagen. La suya era una variante antimonárquica del *noblesse oblige* adaptada a finales del siglo XIX. El esfuerzo individual, tal y como se explicaba en su *Evangelio*, siempre será más efectivo que las medidas tomadas por el estado. Dejémoslo en manos de los buenos hombres que se han convertido en ricos. Ellos ya han demostrado sus superiores credenciales para acumular riqueza; desde esa perspectiva pueden centrarse en la mejora de la sociedad.

> Tal es el problema de ricos y pobres que hay que resolver. Las leyes de acumulación deben ser libres, las leyes de distribución también. El individualismo continuará, pero el millonario deberá ser un administrador de los pobres, encomendado durante un tiempo de una gran parte del incremento de la riqueza de la comunidad, pero administrándola para la comunidad mucho mejor de lo que esta podría haberlo hecho por sí misma.

El deber de un hombre rico, añadía, es:

> Dar ejemplo de modestia y de una vida poco ostentosa; atender moderadamente las necesidades legítimas de todos aquellos que dependen de él; y, tras hacerlo, considerar todo exceso que le llegue de los rendimientos simplemente como un fideicomiso que estará obligado a administrar, comprometiéndose estrictamente a hacerlo de la mejor manera que, según su entendimiento, vaya a producir el mayor beneficio para la comunidad. El hombre rico por tanto se convertirá en un mero depositario y agente para sus hermanos más pobres, poniendo a su servicio su superior sabiduría, experiencia y capacidad de administración, consiguiendo para ellos mucho más de lo que podrían o sabrían hacer por sí mismos.

Según Carnegie, hay tres modos de «disponer» de la riqueza: «Puede ser dejada a las familias de los fallecidos», legada para «propósitos públicos» o, finalmente, puede ser «administrada por sus poseedores durante sus vidas». La primera opción es «la más imprudente». En los países monárquicos —un sistema que despreciaba—, el patrimonio suele dejarse al primer hijo varón: «El estado en que se encuentra esa clase hoy en día en Europa nos enseña el fracaso de esas esperanzas o ambiciones». Esto hace a los individuos y sociedades holgazanes e irresponsables: «Ya no es posible poner en duda cómo esas grandes sumas legadas a menudo hacen más mal que bien a sus receptores». Así, Carnegie se convirtió en un firme abogado del impuesto de sucesiones: «De todas las formas de tasación, esta parece la más adecuada».

Respecto a la segunda opción —dejar un legado post-mortem a una institución—, no es mucho mejor que donarlo a la familia: «Los hombres que dejan enormes sumas de esa forma pueden ser justamente identificados como aquellos que no lo habrían hecho de habérselas podido llevar con ellos. El recuerdo de esas personas no puede ser de agradecimiento, pues no hay gracia en su donación». El industrial, el banquero, el comerciante no debía haber esperado hasta el último minuto para tomar la decisión de entregar su dinero. Carnegie resumía así el sentido de su misión: «El hombre que muere siendo rico, muere en desgracia».

Carnegie murió en 1919 a la edad de ochenta y tres años, un hombre nada desgraciado. Hacía mucho tiempo que se había apartado del tira y afloja de los negocios, dejando el campo abierto para una nueva generación, así como para antiguos rivales como Morgan. El banquero que le había comprado su parte, se había erigido como el primero entre sus iguales. Alabado por los líderes financieros y políticos en su país, Morgan fue también ensalzado por los reyes extranjeros. Eduardo VII estaba deseando recibirle siempre que viajaba a Inglaterra. «Desde el rey para abajo —explicaba una circular de la corte—, todos concentraban su atención en el señor Morgan, con una curiosidad no exenta de admiración». El rey «lo recibió como su invitado personal en Londres, haciendo patente ante todos los que pudieron contemplar a los dos hombres en esa ocasión, que el rey consideraba al señor Morgan como el monarca financiero del mundo». El káiser Guillermo II de Alemania también le recibió calurosamente, concediéndole la Orden del Águila Roja y enviando a Morgan un busto suyo de mármol. El banquero respondió a la curiosidad de sus asesores tras su encuentro con el káiser: «Me agrada». Era la prueba definitiva de la «nueva aristocracia del dinero aceptando y siendo aceptada por la antigua aristocracia de sangre».

La nueva aristocracia estaba muy ocupada construyendo monumentos a su propia vanidad. La mansión de Biltmore,

construida en la Cordillera Azul en Carolina del Norte en 1895 por George Vanderbilt II, nieto del magnate del ferrocarril, constituye el gran monumento de los barones ladrones. Vanderbilt recorrió los castillos del Loira buscando el modelo exacto y empleó a miles de obreros para recrear su sueño. El palacio de doscientas cincuenta habitaciones incluía una piscina cubierta, pista de bolos, ascensores y un servicio de intercomunicación en una época en que la mayoría de los hogares americanos no tenían aún electricidad ni instalación de fontanería.

Una década antes, Thomas Carnegie —el hermano de Andrew— había adquirido prácticamente todas las idílicas Sea Island en la costa de Georgia. La isla Cumberland, tres veces más grande que Manhattan, era un paraíso de soledad pero también perfecto para fiestas. Thomas y su mujer donaron a sus nueve descendientes el dinero para comprar sus propias mansiones o, por usar su propio lenguaje, sus «casitas» de campo. Un poco más arriba en esa misma costa, se encuentra Jekill Island, donde los Vanderbilt y Rockefeller construyeron un club en 1886 para entretener a sus amigos y socios en los negocios. Allí cazaban en invierno y navegaban en verano, compitiendo con sus yates último modelo en el puerto. También se exponían grandes ideas —como una precursora de Davos junto al mar—, probando incluso nuevas tecnologías: la primera llamada telefónica transatlántica se hizo desde esa isla. Fue allí, en 1910, donde un grupo de banqueros, incluyendo a Rockefeller y Paul Warburg, reunidos con el pretexto de una excursión para cazar patos, esbozaron secretamente la idea de crear la Reserva Federal. El fundador de la revista *Forbes*, Bertie Charles Forbes, escribiría más tarde:

> Imaginen una reunión de los más grandes banqueros saliendo sigilosamente de Nueva York en un vagón de ferrocarril privado bajo la cobertura de la oscuridad, recorriendo disimuladamente cientos de kilómetros hacia el sur, embarcando en una

> misteriosa lancha, escabulléndose a una isla desierta salvo por algunos criados, viviendo allí durante toda una semana con tal estricto secreto que ni uno de sus nombres fue mencionado una sola vez, para que los criados no supieran su identidad y pudieran revelar al mundo la más extraña y secreta expedición en la historia de las finanzas americanas.

Una visita a esas islas ayuda a comprender lo absoluta que fue la transformación de esos barones ladrones. Se había creado una nueva aristocracia, cada generación adquiriendo grandeza y una sensación de *noblesse oblige*.

La autobiografía de Carnegie, publicada en 1920, un año después de su muerte, fue el primer libro de memorias importante de un capitalista americano. El libro no puede competir con *El evangelio de la riqueza.* Sin embargo, este pasaje resulta de lo más instructivo como indicador de una escuela de pensamiento. Proviene del editor de Carnegie, John C. Dyke:

> Ni siquiera en *Las mil y una noches* se relataba nada tan extraño como la historia de este pobre chico escocés que llegó a América y, paso a paso, a través de muchas pruebas y triunfos se convirtió en el gran amo del acero, construyendo una industria colosal y amasando una enorme fortuna, para luego, deliberada y sistemáticamente, entregarla en su totalidad en favor del progreso y la mejora del ser humano... y quien durante el curso de su carrera se convirtió en constructor de la nación, líder de opinión, escritor, orador, amigo de los trabajadores, académicos y hombres de estado, el socio tanto de los humildes como de los más importantes.

La historiografía del período de los barones ladrones hace que su historia nos remita a la actualidad. La evaluación de su contribución y rango moral ha abarcado desde las hagiografías encargadas en su época, hasta las furiosas denuncias y, más recientemente, las alabanzas revisionistas. Las valoraciones se han dado en todos los géneros —desde novela, tratados económicos o historia, hasta las películas o las obras de teatro, cada uno de ellos reflejando las

prioridades políticas y económicas de su generación y, a menudo, encendiendo acalorados debates—. En sus memorias de 1884, el financiero Henry Clews habló del «toque parisino, ciertamente el más sibarita y lujoso esplendor social» de la vida de Nueva York. Clews, que había sido asesor económico del presidente Ulises Grant, escribió:

> Muy pronto no quedará nada para las viudas de los millonarios occidentales más que adquirir una mansión de piedra roja y dejarse arrastrar por la marea de la moda con recepciones, bailes y timbales, elegantes carruajes con cocheros en libreas de brillante botonadura, lacayos de botas altas, doncellas y criados, incluyendo un mayordomo, y todo el resto de requerimientos de la vida elegante en una gran metrópolis.

En la primera década del siglo XX, escritores como Upton Sinclair, con *La jungla*, y Frank Norris, con *The Octopus* (*El pulpo*) y *The Pitt* (*El foso*), abordaron la relación entre pobreza, codicia y corrupción. Estas obras fueron escritas durante uno de esos raros momentos en la historia americana en los que un presidente se tomó un interés personal en la economía. La campaña antitrust de Theodore Roosevelt suponía un asalto directo contra las prácticas de monopolio que habían enriquecido a tantos barones ladrones, un grupo al que denunció con gran repercusión como «*malefactores* de gran riqueza». En 1911 Roosevelt terminó con el monopolio de petróleo de Rockefeller, regulando los ferrocarriles y recortando el poder del temido J. P. Morgan. Los negocios, por lo general, eran un ámbito de gran presión competitiva. El presidente estaba profundamente impresionado e influenciado por el periodismo de investigación de Lincoln Steffens e Ida Tarbell, los llamados «escarbadores». Tarbell describió la fortuna de Rockefeller como basada en «el fraude, el engaño, los privilegios especiales, burdas

ilegalidades, sobornos, coacción, corrupción, intimidación, espionaje o declarado terror».

Las biografías de Andrew Mellon, Carnegie y Rockefeller iban a menudo emparejadas con la censura moral, advirtiendo la amenaza que suponían para la democracia y su «parasitismo». Un libro, por encima de todos, evoca la decadencia moral y la bancarrota: *El gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald, escrito en 1925, en mitad de los tumultuosos años veinte y en vísperas del Gran Crac. La historia de Fitzgerald es ficción. Pero esta no lo fue:

> Mansiones y castillos de estilo francés, gótico, italiano, barroco u oriental se alineaban a ambos lados de la parte alta de la Quinta avenida, mientras villas copiadas al estilo reina Ana y plantas laberínticas de enormes dimensiones se erigían alrededor de la bahía de Newport. Uno tenía una cama de roble tallado y ébano, con incrustaciones de oro por valor de 200.000 dólares, mientras el otro decoraba sus paredes con esmalte y oro por un coste de 65.000 dólares. Y todos habían saqueado los tesoros artísticos de Europa, expoliando los castillos medievales de sus relieves y tapices, arrancando escalinatas enteras y techos de su lugar de descanso a lo largo de los siglos para instalarlos de nuevo en medio de una era sintética de simulada grandeza feudal.[65]

Así lo escribió Matthew Josephson en su libro de 1934 titulado, con bastante acierto, *Los Barones Ladrones.* El autor, como muchos otros antes que él y después, se sentía a la vez cautivado y horrorizado por las demostraciones de riqueza. Él enfatizó la venalidad de los políticos, la concentración de riqueza, lo tosco del gusto y la lucha de las masas. Pero la importancia de su trabajo fue mostrar —en un tiempo en que América parecía haber llegado a un punto muerto y antes del comienzo del *New Deal*— cómo los barones ladrones no habían adquirido sus riquezas por méritos propios, en contraste con el mito que habían construido de sí mismos. Esos industriales, escribió, habían exigido tener vía libre en el mercado:

> [...] prometiendo que mientras buscaban enriquecerse ellos mismos ayudarían a «construir el país» para beneficio de toda la gente. Y cuando hubieron recurrido a los métodos del saqueo y la conspiración, permanecieron inmunes ante la ley, puesto que nuestra sociedad no imponía virtualmente ninguna regla en ese juego, ni ética al comportamiento en los negocios... Este tipo de barón con éxito en la industria, ahora se presentaba a sí mismo como el más alto producto humano de la América de aquellos tiempos, la flor de su propia orden de caballería, despertando curiosidad, envidia o miedo en tierras extranjeras donde sus colegas no habían conseguido antes que ellos títulos, guirnaldas y galones. Cómo invadieron todas las instituciones existentes que sustentan la sociedad; cómo se apoderaron de la política gubernamental (con su policía, ejército y armada), de la escuela, la prensa, la Iglesia, y finalmente, cómo pusieron sus manos sobre el mundo de la sociedad elegante y educada. Los presidentes de los ferrocarriles, los barones del cobre, los grandes comerciantes de géneros y los amos del acero se convirtieron en senadores, gobernando en los consejos más altos del gobierno nacional y arrojando ocasionalmente monedas de oro de 20 dólares a los repartidores de periódicos de Washington. Pero también se convirtieron, y en mayor número aún, en diáconos en las iglesias, patronos en las universidades, socios o propietarios de periódicos o agencias de prensa, y en figuras de la sociedad elegante y cultural. Y a través de estos canales se afanaban por avanzar su política y principios, a veces directamente, pero más a menudo de formas hábilmente indirectas.

Esa justificada indignación continuó durante toda la década de 1960 y más allá, pero con la llegada de Reagan y Thatcher, y la nueva hegemonía de la ideología del libre mercado, quedó eclipsada por una reclamación cultural e intelectual de los magnates de la Edad Dorada. Durante las décadas de 1990 y 2000 se publicaron un gran número de biografías, resaltando la brillantez de estos hombres, su implacable voluntad de triunfar, su rol pionero a la hora de fortalecer la base industrial del país y su dominio de la tecnología. Examinada en su conjunto, esta literatura podría decirse que creó un nuevo género: el incomprendido barón ladrón. Tal vez las cosas no se hicieran bien, argumentaban, pero al final resultaron ser una bendición que dotó a América de riqueza y poder.[66]

Esa apreciación de Andrew Carnegie y su generación es un tanto enmarañada y confusa, en justo reflejo a nuestros tiempos modernos. Él, al igual que los que estaban a su alrededor, empleó todas las artimañas financieras para alcanzar la cima, tal y como expone certeramente Josephson —repartiéndose los ferrocarriles, el acero, las industrias petrolíferas y los bancos entre ellos, cerrando tratos para la exclusión de sus competidores—. Despilfarraron el dinero a su alrededor hasta que algunos se aburrieron y buscaron otras formas más productivas de gastar sus fortunas. Y sobre esa base moral, ¿es posible afirmar que se ganaran el derecho a convertirse en árbitros del progreso social de América y más allá?

Carnegie dedicó mucho tiempo a pensar en la justificación filosófica de sus acciones. Estaba convencido de que las leyes, las normas y los impuestos eran signos de un país retrasado, contrarios al negocio y al progreso. Persiguió la filantropía con la misma tenacidad que había mostrado en sus aventuras para obtener beneficios. Su pensamiento allanó el camino que los modernos oligarcas, los genios de los ordenadores de Silicon Valley, los banqueros y los especialistas en fondos de riesgo seguirían. Como Thomas Carlyle declaró en 1840, «la historia del mundo es la de la biografía de los grandes hombres». Carnegie y sus colegas barones ladrones creían estar imbuidos de esa grandeza.

[1] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 99.
[2]*Ibidem*, p. 19.
[3]*Ibidem*, p. 23.
[4] D. Nasaw, *Andrew Carnegie*, p. 78.
[5] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 51.
[6] D. Nasaw, *Andrew Carnegie*, p. 72.
[7]*Ibidem*, p. 84.
[8]*Ibidem*, p. 93.
[9]*Ibidem*, p. 87.
[10]*Ibidem*, p. 99.
[11] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 66.
[12] M. Josephson, *The Robber Barons*, p. 48.
[13] S. D. Cashman, *America in the Gilded Age*, p. 54.

[14]*Ibidem*, p. 36.
[15] M. Josephson, *The Robber Barons*, cap. 4.
[16] S. D. Cashman, *America in the Gilded Age*, p. 46.
[17]*New York Times*, 27 March1883.
[18] M. Josephson, *The Robber Barons*, pp. 339-340.
[19]*Ibidem*, p. 316.
[20] H.C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, p. 122.
[21] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, pp. 84-85.
[22] H.C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, p. 154.
[23] M. Josephson, *The Robber Barons*, p. 369.
[24] D. P. Demarest Jr, *The River Ran Red*, p. 35.
[25] H. C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, p. 157.
[26] D. P. Demarest Jr, *The River Ran Red*, p. 26.
[27] P. Krause, *The Battle for Homestead, 1880-1892*, p. 309.
[28]*Ibidem*, p. 312.
[29] Q.R. Skrabec, *The Carnegie Boys*, p. 87.
[30] D.P. Demarest Jr, *The River Ran Red*, p. 46.
[31] H.C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, p. 159.
[32]*Ibidem*, p. 158.
[33] P. Krause, *The Battle for Homestead, 1880-1892*, p. 360.
[34] A. Carnegie, *The Autobiography of Andrew Carnegie and «The Gospel of Wealth»*, p. 324.
[35] R. Hofstadter, «The Pervasive Influence of Social Darwinism», p. 35.
[36]*Ibidem*, p. 37.
[37]*Ibidem*, p. 38.
[38] D. Nasaw, *Andrew Carnegie*, pp. 228-229.
[39] B. Werth, *Banquet at Delmonico's*, p. 268.
[40] H.C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, p. 139.
[41] B. Werth, *Banquet at Delmonico's*, p. xxiii.
[42]*Ibidem*, p. 277.
[43] F. Inglis, *A Short History of Celebrity*, p. 116.
[44] B. Werth, *Banquet at Delmonico's*, p. 281.
[45] R. Hofstadter, «The Pervasive Influence of Social Darwinism», p. 39.
[46] D. Nasaw, *Andrew Carnegie*, p. 226.
[47] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 93.
[48] R.J. Gangewere, *Palace of Culture*, p. 4.
[49] D. Nasaw, *Andrew Carnegie*, p. 81.
[50] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 104.
[51] C. Hovey, *The Life Story of J. Pierpont Morgan*, p. 202.
[52] H.C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, pp. 195-199.
[53] S. D. Cashman, *America in the Gilded Age*, p. 50.

[54] Q.R. Skrabec, *The Carnegie Boys*, p. 104.
[55] Q.R. Skrabec, *The Carnegie Boys*, p. 113.
[56] R.J. Gangewere, *Palace of Culture*, p. 22.
[57] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 110.
[58] A.S. Eisenstadt, *Carnegie's Model Republic*, p. 5.
[59] D. Nasaw, *Andrew Carnegie*, p. 221.
[60] A. Carnegie, *Triumphant Democracy*, pp. 26-27.
[61] R. J. Gangewere, *Palace of Culture*, p. 10.
[62] B. Werth, *Banquet at Delmonico's*, p. 267.
[63] L.B. Edge, *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist*, p. 77.
[64] E.S. Eisenstadt, *Carnegie's Model Republic*, p. 81.
[65] M. Josephson, *The Robber Barons*, p. 331.
[66] Doug Chayka, «The Misunderstood Robber Baron».

X. MOBUTU SESE SEKO. LA CÁMARA ACORAZADA PORTÁTIL

«No creo que la riqueza cambie realmente a la gente».

JEFF BEZOS

El concepto de la Guerra Fría de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» dio pie a la aparición de algunos de los más llamativos cleptócratas de todos los tiempos. A mediados del siglo XX, se pueden encontrar un buen número de ejemplos. Así, en Haití, François *papa Doc* Duvalier combinó la expropiación de riqueza por parte de una pequeña camarilla con el asesinato y la tortura. Sus acciones condujeron a una fuga de cerebros de las clases profesionales y al posterior empobrecimiento del país. Sin embargo, su deseo de molestar a Fidel Castro en Cuba le hizo granjearse el apoyo reticente de Washington. Un poco más fiable fue el general Anastasio Somoza García en Nicaragua: tal y como el presidente F.D. Roosevelt dijo de él, «puede que sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta». Somoza presidió un régimen de economía tradicional y socialmente conservador combinado con represión y extorsión. Las concesiones otorgadas a las compañías extranjeras —principalmente estadounidenses— y los sobornos, le ayudaron a amasar una fortuna estimada en 400 millones de dólares. Ferdinand Marcos y su esposa Imelda demostraron ser igualmente útiles en Filipinas. Ella insistía en que sus viajes de compras por todo el mundo eran un deber que estaba obligada a cumplir para ser «una especie de faro, una estrella que proporcione una guía a los pobres».

Pero el ejemplo más notorio de satélite a la cabeza de un estado, además de miembro de los superricos, fue Mobutu Sese Seko en el Congo. Se hizo con el poder tras un golpe de estado en 1965, y

luego, gracias al apoyo de Washington y de Europa occidental, utilizó su posición para convertirse en uno de los personajes más ostentosamente ricos del siglo XX. Él fue, como lo definió un ministro francés, «una cámara acorazada portátil con gorro de piel de leopardo». Consolidó su control permitiendo a sus amigos robar de las organizaciones estatales y ejecutando a sus rivales delante de multitudes. Los Estados Unidos hicieron la vista gorda ante su declarada campaña pública de violencia, intimidación y robo —al igual que los franceses y los belgas—. A cambio de contratos sobre materias primas con las compañías occidentales y de ayudar a contener el comunismo a lo largo del continente, Mobutu disfrutó de acceso directo a los presidentes americanos desde Eisenhower a George Bush padre. Sus patrocinadores americanos no le abandonaron hasta mucho más adelante, y únicamente cuando los movimientos prodemocráticos derrocaron el régimen soviético.

La enorme cartera inmobiliaria de Mobutu fue legendaria: desde la Riviera francesa a su palacio favorito, Gbadolite, su «Versalles de la jungla», a unos mil kilómetros de la capital Kinshasa. Se había convencido a sí mismo, y trató de convencer a su pueblo, de que ese autoenriquecimiento era un deber patriótico. La riqueza y el prestigio del jefe, argumentaba, eran los mejores barómetros por los que podía medirse la fortuna de un país en desarrollo.

Este capítulo va más allá de un estudio sobre el exceso, poniendo de manifiesto las conexiones existentes entre la rapiña de riquezas, la criminalidad y otras consideraciones geoestratégicas más amplias. Es el vértice donde el enriquecimiento personal y la *realpolitik* alcanzan su apoteosis.

$ $ $

Mientras degustaba su marca favorita de champán *rosée* Laurent Perrier al caer la tarde, el presidente Mobutu podía saborear su buena fortuna en la vida. No muchos líderes mundiales, descendientes ilegítimos de una doncella y un cocinero, habrían tenido el dinero y las agallas para construirse un palacio de mármol en lo más profundo de la jungla, dotado incluso de una pista de aterrizaje lo suficientemente larga para que un Concorde pudiera transportar a sus esposas y amantes a sus viajes de compras por Nueva York y París.

Muy pocos hombres han desfalcado y minado su país tan completamente como este, Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga; o, por otorgarle su propio título y rendirle el debido homenaje, «el todopoderoso guerrero que fue de conquista en conquista, dejando fuego a su paso». Lo hizo porque podía. Tomó un país que se tambaleaba al borde de la anarquía, poco después de haberse liberado del régimen colonial. Torturó y ejecutó públicamente a sus oponentes, aunque enriqueció a la gente lo suficiente como para proporcionarse un buen parachoques. Y como un firme bastión contra el comunismo insurgente por toda África, disfrutó del primordial patrocinio de los Estados Unidos, así como de gran parte del mundo, prácticamente hasta sus últimos días.

El Congo en el que Joseph Désiré Mobutu nació en 1930 era un típico puesto comercial de importantes materias primas —un enorme país más grande que Francia, Alemania, Italia, España y Gran Bretaña juntos—. Durante la batalla por África a finales del siglo XIX, el régimen del rey Leopoldo II de Bélgica estaba desgarrado por la corrupción y la brutalidad —tal y como describió Joseph Conrad en su novela de 1902 *El corazón de las tinieblas*—. Como resultado de las terribles condiciones de trabajo, miles de personas murieron, sumadas a los millones de vidas perdidas con el comercio de esclavos portugués. La gran mayoría de supervivientes eran desesperadamente pobres, aunque los belgas crearon una pequeña

capa de sociedad «nativa» a su propia imagen. Esta clase media educada en la universidad fue conocida como los évolués (evolucionados).

Siendo un brillante pero problemático adolescente, Mobutu fue enviado a trabajar en la Fuerza Pública, la fuerza paramilitar colonial de policía belga, comandada en su totalidad por oficiales de raza blanca. Aquel no era el mejor lugar donde un nativo, por muy talentoso que fuera, pudiese encontrar la forma de ascender. Una vez nombrado sargento, volvió su atención a labores administrativas, convirtiéndose primero en mecanógrafo y luego en reportero encargado de escribir exageradas reseñas probelgas para publicaciones del ejército. Estaba destinado a ser promocionado, aunque solo fuera hasta un determinado nivel, pues los mejores trabajos quedaban fuera del alcance de los africanos.[1] En 1956, Mobutu dejó el ejército para convertirse en periodista a tiempo completo. Fue en esa época cuando conocería a varios de los jóvenes intelectuales congoleños que se estaban sublevando contra el régimen colonial. Uno de ellos fue Patrice Lumumba, un comercial de cerveza y agitador político. Entre sus entradas y salidas de la cárcel, Lumumba ayudó a fundar el Movimiento Nacional Congolés (MNC), uno más de la docena de partidos políticos que estaban surgiendo en ese excitante y frágil momento. Mobutu invitó a su nuevo amigo a comer a casa con su mujer. Cuando la noticia de una nueva manifestación llegó a sus oídos, saltaron a la motocicleta de Mobutu y juntos atravesaron el bochornoso aire de la tarde, hablando a gritos por encima del ruido del tubo de escape, intoxicados por la excitación del cambio político. Dos años más tarde, uno de ellos orquestaría el asesinato del otro.[2]

Pero eso sería en el futuro. En enero de 1960, Mobutu fue enviado a Bruselas con una beca, un logro considerable para un tiempo en donde solo dieciséis ciudadanos negros congoleños se habían graduado en la universidad. Se estaba celebrando una mesa

redonda de negociación entre el gobierno colonial y los grupos de la oposición, a medida que Bélgica comenzaba el proceso de retirarse muy gradualmente de su imperio. Mobutu se introdujo sigilosamente en el escenario diplomático, llamando la atención de ambos lados. Lumumba, que había estado bajo custodia y se enfrentaba a un juicio por haber organizado nuevas protestas antigubernamentales, fue liberado a tiempo para el comienzo de las conversaciones. Pidió a Mobutu que dirigiera la destartalada oficina en Bruselas del MNC. Lo que no sabía es que su ambicioso amigo, y ahora ayudante, ya estaba actuando como informador para los belgas.[3]Mientras tanto los funcionarios de Estados Unidos habían tomado nota de su inteligencia y «enorme potencial».[4]

Como resultado de las conversaciones, los belgas sufrieron un absoluto revés. Comprendiendo que ni los Estados Unidos ni las otras potencias coloniales les ayudarían a conservar el Congo, accedieron a adelantar la fecha de la independencia —para el verano de ese mismo año—. Lumumba y Mobutu regresaron a casa, donde estaban produciéndose nuevos disturbios. En mayo los nacionalistas barrieron en las elecciones, con el MNC emergiendo como el partido mayoritario. Mientras Lumumba se preparaba para asumir el papel de primer ministro, bajo la moderada presidencia de Joseph Kasavubu, designó a su fiel amigo Mobutu como jefe del Estado Mayor.

La ceremonia de independencia del 30 de junio sería un acto cuidadosamente orquestado. El rey Balduino representaría al poder cesante, mientras Kasavubu hablaría por la nueva nación. El tono sería una mezcla de paternalismo por parte de Balduino y de sereno respecto por parte de Kasavubu, tras de lo cual el rey belga abandonaría el escenario de una manera digna, con la tranquilidad de saber que el poder económico y militar de su país aún ejercía influencia en el nominalmente independiente nuevo estado. Nadie contaba con Lumumba, que había sido excluido de la representación

oficial, y ahora se había apoderado del micrófono. Procedió a soltar un extraordinario discurso documentando los horrores de la esclavitud y el colonialismo mientras Balduino se revolvía incómodo en su asiento: «¿Quién puede olvidar el fuego de los rifles bajo el que nuestros hermanos perecieron, o las cárceles a las que fueron brutalmente arrojados aquellos que no quisieron someterse a un régimen de injusticia, opresión y explotación, pues esos eran los medios que los colonialistas emplearon para dominarnos?».[5]

Los belgas habían aceptado una lenta retirada, pero Lumumba tenía otras ideas. Unos días después de la independencia, la Fuerza Pública, aún comandada por oficiales belgas, se amotinó después de que Lumumba anunciara a los soldados los cambios radicales que tenía planeados. Bill Close, el médico americano que atendía a la familia de Mobutu, presenció el momento que establecería la reputación de Mobutu como un hombre de gran valor. Habiendo conducido hasta un amotinado campamento militar, Mobutu se enfrentó a los hombres:

> En posición de firmes con los hombros hacia atrás y los puños apretados, ordenó: «Tiren las armas». Un murmullo bajo surgió entre los hombres. Nadie se movió. Sus armas apuntaron hacia el coronel. Contuve la respiración. Dos hombres de la primera fila dejaron caer la culata de sus rifles, bajando los cañones, y las armas golpearon contra el suelo. En pocos segundos, el sonido de las armas al caer retumbó por todo el campamento. El motín había terminado.[6]

Ese año de 1960 fue testigo de una estampida hacia la descolonización. Alrededor de diecisiete países africanos obtuvieron la independencia, todos luchando por establecer una transición pacífica. Pero en ninguno de ellos el proceso fue tan caótico como en el Congo. El país se estaba desgajando rápidamente. La «crisis del Congo» dominaba las noticias internacionales. Once días después de la ceremonia de independencia, la provincia sureña de

Katanga, rica en minerales, se declaró a sí misma un estado independiente, bajo el liderato de Moisés Tshombe. Este movimiento estaba respaldado clandestinamente por los belgas, los americanos y las compañías mineras multinacionales, alarmados por los planes de Lumumba de confiscar sus ganancias. La administración del presidente Eisenhower ya había renunciado a tratar con Lumumba describiéndole como «Castro o peor». Se estaban organizando los preparativos para asesinarlo por sus supuestas inclinaciones comunistas.[7] Es posible que el propio Eisenhower no llegara a firmar esos planes, pero la doctrina de la negación plausible aseguraba que nada quedara escrito.[8] El contraste entre esto y las posteriores palabras de elogio a Mobutu no pudo ser más grande.

Rechazado por los americanos, Lumumba flirteó con el Kremlin en busca de ayuda, tal y como la lógica de los tiempos de la Guerra Fría dictaba. Esto enfureció aún más a los americanos. Pero también alarmó a Mobutu, que era contrario a la relación de Lumumba con Moscú desde una perspectiva nacionalista, viéndolo como una evidencia de una segunda oleada de colonialismo —a pesar de que juzgaba su propia y estrecha relación con la CIA como algo totalmente diferente—.[9] En agosto de 1960, Lumumba aceptó la oferta de ayuda soviética para meter en cintura a las provincias secesionistas. Esa fue la gota que colmó el vaso de Kasavubu, Estados Unidos y Mobutu. Una semana después de que el gobierno de Lumumba se disolviera, las tropas de Mobutu le arrestaron. Fue un golpe en toda regla menos en el nombre, pero Mobutu se mantuvo un paso por detrás de una completa toma de poder militar. Kasavubu tendría una segunda oportunidad para organizar un gobierno civil. Mobutu y sus mecenas decidieron emplear la táctica de espera. Estaba convencido de que era mejor dejar que la situación degenerara en un caos antes de presentarse a sí mismo y al ejército como los salvadores de la nación.

Condenado a arresto domiciliario, Lumumba fue apartado de la vida política. En noviembre intentó escapar y llegar donde estaban sus partidarios, al este del país. Fue capturado por las tropas de Mobutu, que le condujeron hasta Kananga, donde lo entregaron a Tshombe. Lumumba fue torturado y asesinado por las tropas de Tshombe, con pleno conocimiento de Mobutu y ante la presencia de oficiales belgas. Su muerte fue mantenida en secreto durante el mayor tiempo posible. Posteriormente se tomó la decisión de desenterrar su cuerpo. La leyenda dice que una de sus manos seguía asomando de la tierra, de modo que el jefe belga de la policía local mandó cortar el cuerpo en pedazos y disolverlo en ácido sulfúrico. Eso dio pie a la historia apócrifa sobre Mobutu esparciendo las distintas partes del cuerpo de Lumumba por todo el Congo desde una avioneta, para así impedir que su espíritu volviera a unirse. Cuando la noticia de su muerte se hizo finalmente pública, hubo protestas en docenas de capitales del mundo. Lumumba se convirtió instantáneamente en un héroe del movimiento anticolonialista, con los soviéticos poniendo su nombre a una de sus universidades de Moscú.

Las Naciones Unidas tenían desplegados en el país alrededor de diecinueve mil soldados, pero no conseguían imponer el control. Se encontraban atrapadas entre los intereses de Lumumba, Tshombe, Mobutu, los americanos y los belgas. Inicialmente la ONU estuvo dispuesta a concederle a Mobutu el beneficio de la duda. Para entonces ya había desarrollado una reputación de líder potencialmente sólido y moderado con el que los occidentales estaban preparados para hacer negocio —en ambos sentidos del término—. El representante especial de Naciones Unidas en el Congo, Rajeshwar Dayal, lo describió como «un hombre bastante inseguro aunque patriota, que se sentía impotente frente a los acontecimientos, sin terminar de entenderlos ni tampoco poder influir en ellos».[10] En las cancillerías de todo el mundo se tenía la

sospecha de que Mobutu había estado a sueldo de la CIA antes de ocupar el puesto de presidente, aunque esas ideas estuvieran confinadas a conversaciones privadas. Dayal recordaría más tarde cómo los funcionarios le llevaban a Mobutu «maletines llenos a reventar de gruesos sobres de papel marrón que diligentemente depositaban sobre su mesa. No podíamos saber lo que contenían, pero era imposible no imaginarlo».[11]

Algunos de los mejores detalles de la política americana de este periodo fueron revelados gracias a los telegramas del Departamento de Estado accesibles gracias a la legislación de Libertad de Información de principios de los años ochenta, y publicados en un libro llamado *The Congo Cables* (Los Telegramas del Congo). En ellos se muestra el alcance de la complicidad americana y la buena disposición a cerrar los ojos ante los abusos de derechos humanos y corrupción de Mobutu, a medida que su régimen se fue estableciendo como un bastión contra el comunismo.

El acceso de Mobutu a los presidentes americanos no tiene parangón con ninguno de los otros líderes del continente —con excepción de los que gobernaron durante el *apartheid* de Sudáfrica —. En mayo de 1963, emprendió el primero de sus muchos viajes a la Casa Blanca. Durante la habitual sesión de fotos, el presidente Kennedy declaró elogiosamente: «General, de no haber sido por usted, todo el asunto se hubiera desmoronado y los comunistas se habrían hecho con el poder».[12] Mobutu replicó con toda la modestia que pudo reunir: «Hago todo lo que puedo».[13] De acuerdo con uno de los telegramas, tras terminar una gira por las instalaciones militares de Estados Unidos, Mobutu declaró que estaba ansioso por enviar allí a un buen número de estudiantes congoleños para su entrenamiento. También quería organizar seis semanas de entrenamiento en paracaídas para él mismo y diez oficiales en Fort Benning. Kennedy respondió que estaría «encantado».

Kennedy regaló a Mobutu un avión militar C-45 de las fuerzas estadounidenses, aunque pudiera resultar ridículo comparado con los aviones Concorde que más tarde utilizaría.[14] Los presidentes —republicanos y demócratas— iban y venían, pero la postura continuó siendo la misma. Richard Nixon alabó su administración económica: «Es usted un hombre joven de una nación joven», proclamó. «Tenemos mucho que aprender de usted».[15] Bajo el gobierno de Jimmy Carter, Mobutu recibió casi la mitad de todos los fondos estadounidenses para África. Cuando Ronald Reagan le recibió en la Casa Blanca unos años más tarde, lo describió como «una voz sensata y de buena voluntad». Con cada paso de su carrera todos eran plenamente informados del alcance de la corrupción y el autoenriquecimiento que se estaba produciendo en el Congo. Pero frente a eso estaban las más altas prioridades de la ayuda a la lucha anticomunista y el trato preferencial a las compañías occidentales para la explotación de materias primas.

Uno de los más importantes testigos de los acontecimientos fue Larry Devlin, jefe de la oficina de la CIA desde 1960 a 1967, y supuesto mentor del dictador. En un primer momento, él ayudó a difundir la imagen de Mobutu como un patriota: «Era un hombre valiente y un firme, aunque realista, nacionalista cuando le traté en los años sesenta».[16] Devlin y otros americanos continuarían insistiendo, mucho después de que Mobutu hubiera abandonado la escena política, que no tuvieron más remedio que apoyarle. Aquella, argumentaban, era una guerra real en el Congo; y si los soviéticos la hubieran ganado, eso habría cambiado la cara del continente africano y del resto del mundo. El aplauso público y el apoyo a líderes similares a Mobutu por todo el mundo eran una práctica habitual. Los americanos ansiaban identificar amigos útiles siempre que podían, sin tener en cuenta su compromiso con los derechos humanos, la democracia o la probidad financiera. La dinastía Somoza, que gobernó en Nicaragua durante cuarenta años, tenía

asegurada una cálida acogida en la Casa Blanca. El Somoza de los inicios estaba tan próximo a los americanos que era conocido en su patria como *El Yanqui.* Su hijo *Tachito,* llegó incluso a asistir a la investidura de Kennedy, donde le ofreció su ayuda para derrocar a Fidel Castro.[17]

En 1965 cualquier esperanza existente respecto a que el Congo pudiera emerger de su turbulencia con algún tipo de gobierno constitucional o democrático desapareció. En las elecciones parlamentarias el presidente Kasavubu superó al primer ministro Tshombe; entonces el presidente intentó deponer a este último. Ese *impasse* proporcionó a Mobutu la oportunidad que había estado esperando. El ejército se movilizó, reemplazando a todos los líderes e imponiendo a Mobutu como presidente. Fue uno de los primeros golpes de estado militares en África, sin embargo esa toma de poder nunca habría podido triunfar sin la ayuda de mercenarios financiados por los americanos y otra asistencia encubierta desplegada para reprimir las rebeliones de las regiones. Mobutu consolidó inmediatamente su poder, gobernando por decreto y valiéndose de un referéndum en que se «aprobaba» una nueva constitución con el 98 por ciento de los votos. Inicialmente era una figura popular, aprovechándose de las frustraciones del pueblo con los políticos y adoptando banderas y símbolos patrióticos. Fue declarado «la encarnación de la nación», y sus decisiones consideradas «fuera del marco de los artículos de la constitución que limitaban, hasta cierto grado, los poderes del presidente». Su objetivo, según explicó a su pueblo en uno de sus primeros discursos, era «salvar la nación y poner fin al caos y la anarquía».[18] Como maestro para toques populistas y hábil orador, Mobutu realizaba visitas sin anunciar a escuelas y hospitales, asistiendo regularmente al renovado Hospital Mama Yemo —llamado así en honor a su madre—. Mobutu «persuadió» a sus amigos empresarios para que compraran aparatos

de televisión para todas las plantas, haciéndoles saber que se sentiría muy satisfecho con su filantropía.[19]

Restringió toda forma de oposición. Durante una marcha de protesta, cincuenta estudiantes fueron acribillados a balazos y sus cuerpos nunca fueron entregados a sus familias. Los líderes de la oposición desaparecían en campos militares y nunca más se les volvía a ver.[20] Mientras la dictadura se sumergía en una cada vez mayor brutalidad, el estilo de gobernar de Mobutu nunca suscitó la condena de Occidente. Cuando tuvo que enfrentarse a una serie de revueltas, sobre todo al este del país, utilizó una mezcla de castigo y recompensa que le sería muy útil durante los siguientes veinticinco años. Algunos rebeldes obtuvieron amnistías, otros fueron ejecutados. La decisión de quién se salvaba y quién era castigado era a menudo arbitraria. Cuatro ministros de su gabinete fueron ahorcados públicamente. A Pierre Mulele, un declarado maoísta que había liderado la rebelión en una provincia, hizo que le sacaran los ojos y le cortaran los genitales.[21]

Washington proporcionaba a su títere la información y logística para combatir cualquier amenaza a su gobierno. En 1966, la inteligencia estadounidense le puso al corriente de un levantamiento planificado por partidarios de Tshombe. Los «Conspiradores de Pentecostés», como se les llamó, fueron declarados culpables tras un juicio militar de diez minutos de duración y ahorcados.[22] La ejecución fue una chapuza y las víctimas tardaron más de veinte minutos en morir, siendo contempladas por una enorme y silenciosa muchedumbre. Mobutu explicó a un periodista belga las razones que había tras el ahorcamiento: «El respeto debido al jefe es algo sagrado y fue necesario castigarles para dar ejemplo. Estábamos demasiado acostumbrados a secesiones y rebeliones en este país. Era preciso cortar todo eso de raíz para que la gente no pueda empezar de nuevo. Cuando un jefe decide, es él quien decide. Y no hay más».[23]

No obstante, de algún modo esa brutalidad llegó acompañada de estabilidad y progreso económico. La primera década de los treinta y dos años de reinado de Mobutu fue una etapa de cierta esperanza. La gente tenía dinero en sus bolsillos; había llegado la televisión; los bares abrían hasta tarde; se construyeron centrales de suministro eléctrico. Hacia finales de 1967, la CIA informó: «El futuro [del Congo] parece más brillante que nunca desde la independencia». [24]Algunos, sin embargo, se mostraban nerviosos en privado. Cuando Devlin regresó al país en 1974, tras cumplir una misión en Indochina, pensó que Mobutu estaba «completamente chiflado». Y añadió: «Lo único que me venía a la cabeza eran las historias que había leído sobre la corte de Enrique VIII o Luis XIV».[25] Esos recelos no impidieron que continuara el suministro de dinero a Mobutu en nombre de la lógica de la Guerra Fría. Recibió personalmente más de 25 millones de dólares de la CIA. Hacia 1990, la ayuda total de Estados Unidos a su régimen había alcanzado la cifra de 2.000 millones de dólares, con gran parte de ese dinero yendo a parar al bolsillo de Mobutu.[26] El FMI y los bancos occidentales aportaron aún más.[27]

Mobutu tenía el apoyo de las potencias occidentales; tenía el control supremo de su propio país; podía robar sus recursos siempre que quisiera. Sin embargo necesitaba una ideología y algún tipo de apuntalamiento político. En 1967 creó el Movimiento Popular de la Revolución (MPR). En él se promovía la doctrina del «Mobutismo» —sin más propósito que la veneración del líder, y sin otro contenido más allá de algunos eslóganes, como «revolución práctica» o «ni izquierda, ni derecha, ni centro»—. [28] El MPR era el único partido del Congo. Su afiliación, obligatoria. Cinco años después de su fundación, el ministro de Información de Mobutu anunció: «A día de hoy la fusión se ha completado: el MPR es el estado».[29] Quizá conocía la frase atribuida a Luis XIV: «El estado soy yo». Quizá no. En 1971, Mobutu se embarcó en un proyecto que llamó

«autenticidad», creando una nueva forma de nacionalismo que recogía tradiciones del Congo y de otras partes de África. El país fue rebautizado como República del Zaire. La capital, Leopoldville, recibió el nuevo nombre de Kinshasa. Los nombres occidentales fueron retirados en favor de los tradicionales; los zaireños fueron requeridos a llamarse entre sí «ciudadanos». La mayoría de la música extranjera fue prohibida. Los hombres debían vestir *abacost* —una abreviatura de la expresión francesa *à bas le costume* o «fuera los trajes»—. Ese sencillo conjunto de dos piezas al estilo Mao se convirtió en la alta costura del régimen. El propio Mobutu se vestía con su gorro de piel de leopardo marca de la casa, sosteniendo un bastón de ébano tallado con la figura de un águila en la empuñadura.

Sin embargo, el corolario económico de autenticidad fue la «Zairenización» llevada a cabo dos años después, en la que se ordenaba a las empresas propiedad de extranjeros que fueran devueltas a los ciudadanos zaireños —o lo que es lo mismo, a la camarilla de Mobutu—. De un día para otro, los dueños de restaurantes portugueses, los tenderos griegos, los técnicos paquistaníes reparadores de televisión o los cultivadores belgas de café, vieron cómo el trabajo de sus vidas desaparecía. Se creó un teatro del absurdo. Los generales tenían permitido dirigir piscifactorías y los diplomáticos fábricas de refrescos. Los amigos políticos recibieron el control de la industria maderera.[30]

Inicialmente, alrededor de unos trescientos de los más estrechos colaboradores del régimen se beneficiaron directamente. Se creó una nueva casta, apodada los *Grosses Légumes* (las Verduras Obesas). De un día para otro, Zaire se convirtió en el país de África líder en importación de artículos de lujo como coches Mercedes y relojes Rolex. A caballo entre la siempre borrosa línea entre el estado y los negocios, los *Grosses Légumes* hicieron dinero de todas las formas posibles. Una vez instalados cómodamente en un

ministerio del gobierno o al mando de una firma controlada por el estado, acordaban otorgarse a sí mismos subidas de sueldo y toda clase de primas y desgravaciones. Un funcionario se concedió a sí mismo un extra de 1.000 dólares al día cada vez que tenía que trabajar fuera de la oficina; quedarse en su casa le hizo ganar millones.[31] En los ministerios del gobierno y entre los militares se perdieron millones de dólares destinados a funcionarios civiles fantasmas que no existían, mientras los verdaderos a menudo no cobraban el sueldo.[32]

Algunos de esos disparates entran plenamente en la categoría de codicia humana y corrupción. En otras ocasiones fueron el resultado de una incompetente gestión económica. Los diplomáticos del Zaire en países extranjeros a menudo desviaban el dinero; otras veces intentaban sencillamente que sus misiones siguieran funcionando. Cleophas Kamitatu, embajador en Japón, vendió la embajada y su residencia. Más tarde insistiría en que no tuvo elección, pues no estaba recibiendo ningún fondo del gobierno central. En Washington, el embajador vendió el equipo de limpieza de la embajada por la misma razón.[33]

Mobutu, por supuesto, se había asegurado de ser el principal beneficiario de esa «Zairenización». Pero mientras modelaba esa imagen de sí mismo como jefe paternalista de la nación, necesitaba dejarse ver mostrando su preocupación por la dudosa honradez de los cargos públicos. Comenzó a denunciar la corrupción en mítines, de forma muy similar a los cada vez más ricos líderes del Partido Comunista de China de la actualidad (véase capítulo XII). En un discurso a su partido proclamó: «Todo está en venta y todo puede comprarse en este país. Y en ese comercio, el más mínimo acceso al poder constituye un verdadero instrumento de intercambio».[34] Mobutu era en parte crítico con el sistema, si bien puede detectarse un tono de orgullo en el comentario; después de todo, él era el responsable último.

La contribución personal de Mobutu en esa estafa de la «Zairenización» le convirtió, como individuo privado, en el tercer mayor patrono del país, con un imperio agrícola llamado Cultures et Élevages du Zaïre (Cultivos y Ganadería del Zaire, CELZA) que empleaba a veinticinco mil personas en veintidós plantaciones.[35] CELZA producía el 26 por ciento del caucho de la nación, el 23 por ciento del cacao, y el 13 por ciento del aceite de palma —todos importantes artículos de exportación—, así como ganado, té y café. De la noche a la mañana, Mobutu se había convertido en un próspero granjero.[36] Porque mientras los precios de las grandes reservas de cobre, cobalto, diamantes y zinc en el Zaire permanecieran altos, el presidente y sus amigos asumían que todo iría bien. Occidente tenía su estado satélite. Mobutu tenía a sus compinches exprimiendo las riquezas del país. Otros líderes africanos soñaban con poderle emular.

No pasó demasiado tiempo antes de que la economía se desplomara. Las empresas dirigidas por los *Grosses Légumes* empezaron a caer en picado —ya fuera porque las compañías matriz occidentales se tomaban la revancha cortando los suministros, o porque los nuevos propietarios locales, que no tenían ninguna intención de hacerlas funcionar como empresas, se empeñaban en despojarlas ostentosamente de sus activos—. La escasez se hizo crónica. Uno de los *Légumes*, un tío de Mobutu llamado Litho, se hizo con el control de la tienda de comestibles más importante de la capital. En cuestión de semanas, los productos de las estanterías quedaron reducidos a un áspero jabón y pollo en lata. Todo lo demás había sido robado.[37] El resentimiento fue creciendo a medida que las condiciones de trabajo de los negocios «Zairenizados» se deterioraban. El gerente de una tienda que trabajaba para un *Légume* describió así la situación: «Estas firmas se os han otorgado, hermanos zaireños, con la idea de que seamos bien tratados. Sin embargo, un zaireño trata a su hermano zaireño

totalmente como un esclavo».[38] El tío Litho acabó siendo arrestado en la frontera de Suiza conduciendo un Rolls Royce lleno de oro y divisas extranjeras. Mobutu pagó la fianza asegurando así su liberación.

$ $ $

Es el momento de hacer un pequeño inciso para aclarar que Mobutu era solo uno más en el grupo de los cleptócratas de la Guerra Fría que comparten características comunes. Ferdinand Marcos en Filipinas se sumergió en un proceso parecido de autoenriquecimiento tras su declaración de la ley marcial en 1972. Las compañías acababan revertiendo a los miembros de su camarilla. Un compañero de instituto consiguió el monopolio de la industria azucarera junto con el control de los medios, compartido con el cuñado del presidente. Las industrias automovilísticas, navieras y aeronáuticas fueron repartidas entre otros amigos y colegas de golf.[39]

Pero quien se lleva la palma global de la ostentación es Imelda Marcos, primera dama y principal estafadora. Ella deseaba emular a la realeza, y a menudo lucía una diadema de diamantes y una banda color púrpura, para hacer resaltar su sortija de pedida de 300.000 dólares y un diamante de catorce quilates regalado por Ferdinand por sus bodas de plata. Fue muy conocida por su guardarropa: sus legendarios tres mil pares de zapatos —el número exacto aún es incierto—, quince abrigos de visón, mil bolsos —incluyendo cinco estanterías con modelos de Gucci—, sesenta y ocho pares de guantes y ciento cinco percheros con ropa de distintos diseñadores, mucha de la cual aún tenía la etiqueta colgando.[40] Por otro lado estaba la pequeña cuestión de su colección de ciento setenta y cinco obras de arte incluyendo cuadros de Botticelli y Canaletto, así como

un falso Miguel Ángel. Los filipinos se habían hecho una idea bastante aproximada de su adicción por las compras, pero la escala de sus adquisiciones solo salió a la luz cuando el régimen fue derrocado en 1986. Cuando sus joyas fueron tasadas, se descubrió un broche de esmeraldas por valor de 750.000 dólares; un juego de joyería, incluyendo pulsera y pendientes, valorado en 1,5 millones de dólares —el equivalente actual al collar de María Antonieta, que provocó la ira de la sociedad francesa en vísperas de la revolución de 1789—.[41] Los grandes almacenes de moda de las capitales de todo el mundo abrían especialmente para Imelda y su séquito, manteniéndose abiertos hasta que terminaba sus compras. Los últimos dos años de mandato fueron testigos de cómo la familia Marcos gastaba una cantidad de 68 millones de dólares, de los cuales casi 11 millones fueron en ropa y distintos equipos para el hogar.[42] Todo eso tuvo lugar en un país en el que un tercio de la población estaba ganando un dólar al día.[43]

Un poco más abajo del camino nos encontramos al presidente Suharto, el dictador de Indonesia que llegó al poder en 1965 con el apoyo activo de los Estados Unidos. Su esposa, Ibu Tien, logró unos enormes beneficios con el contrabando por parte del ejército de coches de lujo para la élite. También se valió de la amenaza de la fuerza militar para engatusar a la comunidad empresarial y conseguir fondos para su proyecto estrella —el Taman Mini Indonesian Indah, un parque temático basado en Disneylandia.[44]

Por todo el mundo, los líderes y sus amigos se daban caprichos parecidos. En Latinoamérica, el efecto de los más de treinta años de Somozas, Noriegas, Stroessners y Pinochets enriqueciéndose a sí mismos y a sus camarillas a costa de sus pueblos fue devastador. El coeficiente Gini para medir la desigualdad de la región subió desde el 0,48 en 1970 hasta el 0,52 en 1990.[45]

$ $ $

En 1974, con la crisis económica acechando, Mobutu dejó el Zaire para visitar China y Corea del Norte. Los americanos se mostraron preocupados, pero no demasiado. Impresionado por la «disciplina revolucionaria» que presenció durante su viaje, Mobutu regresó decidido a imponer orden. Identificó diez «plagas» que asolaban el país, proponiéndose curar cada una de ellas. El remedio para esa «falta de respeto por la autoridad» era la «fidelidad a Mobutu»; para poder combatir el «enriquecimiento de unos cuantos», propuso reforzar los controles de importación. Y para tratar los «problemas sociales», promulgó el siguiente decreto: «Abolición del Ministerio de Asuntos Sociales; la asignación de todas las funciones sociales recaerá en la señora Mobutu».[46]

Sin embargo, la disciplina no era lo único que había impresionado a Mobutu de la revolución china. Invitó a los chinos a construir una casa de la cultura en Kinshasa como réplica del palacio cultural de Beijing; ordenó que se cerraran todos los bares hasta la noche creando un comité para la formación de un ballet nacional, revolucionario y auténtico.[47] A continuación, anunció una política de «radicalización». Finalmente, las empresas serían nacionalizadas. Los *Grosses Légumes* tenían que devolver sus empresas al estado y, al igual que los intelectuales en la China de Mao, «consagrarse a actividades de agricultura».[48] Sin embargo Mobutu pronto comprendió los peligros de alienar a una elite que se había beneficiado con su régimen. Al privarles de su fuente de ingresos, se arriesgaba a perder su apoyo. Rápidamente dio marcha atrás: la radicalización quedó reducida a empresas propiedad de extranjeros o, como Mobutu declaró despectivamente, «las nuevas trescientas familias zaireñas».[49]

Si bien debió admirar los gestos grandilocuentes y fieros de Mao, Mobutu sabía dónde residían sus intereses geoestratégicos. Desde el comienzo de su mandato, permitió que su enorme país, con frontera con otras nueve naciones africanas, fuera utilizado como base de

apoyo para movimientos prooccidentales de guerrillas anticomunistas sustentadas por Occidente. Esa política resultó ser una buena estrategia diplomática y un buen negocio. Así escondió más de un millón de dólares, destinados a Jonas Savimbi del movimiento UNITA para la guerra civil de Angola, que fue canalizado a través del Zaire por los americanos. Más de cinco vuelos salían cada semana de Kinshasa a Angola, supervisados por la CIA y con pleno conocimiento de Mobutu, que recibía dinero por las molestias. [50] A cambio, Mobutu podía solicitar la ayuda de Occidente siempre que necesitara aplastar una rebelión en una provincia rebelde.

Hacia finales de la década de los setenta, los sueldos reales habían caído hasta una décima parte de su nivel en el momento de la independencia. Escuelas, hospitales y otros servicios públicos funcionaban bajo el sistema de sobornos. El derrumbe de la salud pública llevó a un resurgimiento de enfermedades como el sarampión y la tuberculosis, e incluso a un brote de peste.[51] En 1976 el arzobispo Eugène Kabanga de Lumumbashi lanzó un punzante ataque sobre lo que el sistema significaba para la gente común:

> La sed por el dinero ha transformado a los hombres en asesinos. ¿Por qué nuestros tribunales de justicia solo funcionan con enormes sobornos al juez? ¿Por qué se olvida a los prisioneros en la cárcel? ¿Por qué, al empezar el colegio, los padres tienen que endeudarse para sobornar al director? Cualquier medio es bueno para tener dinero o humillar al ser humano.[52]

Tan desesperadas eran las condiciones que, incluso bajo un mandato tan duro como la dictadura de Mobutu, comenzaron a aflorar protestas y huelgas. La revuelta más dramática tuvo lugar en la compañía aérea nacional del Zaire, en la que los trabajadores amenazaron con volar en pedazos los aviones si su miserable paga

extra de fin de año les era arrebatada para pagar las deudas del estado. Ganaron la batalla, pero fue un rara excepción.[53]

La forma más efectiva de Mobutu para asegurar su permanencia en el poder fue conseguir que nadie estuviera en posición de desafiarle. Mantuvo un estrecho círculo a su alrededor, seguido de otro grupo más amplio, la «fraternidad reinante», en su mayor parte seleccionada de la provincia natal del presidente, Équateur. La entrada en ese selecto club era anunciada con la llegada de algún regalo de la presidencia, como un Mercedes o una lujosa casa. El nuevo miembro podía repetir ese sistema entre sus propios secuaces, un peldaño más abajo.[54] Era pura corrupción por efecto de goteo, basada en el sencillo sistema de mantener, durante el mayor tiempo posible, la mano en la caja. Todo era sancionado desde arriba, de forma abierta. En una entrevista de televisión, Mobutu exhortaba así a sus partidarios: «Adelante, seguid robando, mientras no os llevéis demasiado».[55] Y sin embargo, y simultáneamente, aparentemente sin inmutarse por la contradicción, declaraba que el país no podía tolerar «ningún individuo que fuera demasiado rico, ni pobres que fueran demasiado pobres», [56]reconociendo públicamente que el estado se había convertido en «un enorme mercado», mientras él se excluía de esa descripción. [57]

Entre 1965 y 1990, el Zaire vio pasar no menos de cincuenta y un gobiernos, con un promedio de dos al año. Los ministros tenían derecho a dos coches —y normalmente optaban por un Mercedes y un Jeep, mientras que los diputados tenían derecho a uno—. Cuando ese corto período de mandato llegaba a su fin, sus sucesores descubrían que los coches, junto con el mobiliario de las oficinas, habían desaparecido, de modo que los regalos tenían que reponerse. Lo mismo sucedía con los militares. En un año, Mobutu purgó a la mitad de sus generales.[58] Cualquiera que fuera promocionado a las posiciones más altas sabía que debía darse prisa en llenar bien

sus bolsillos.[59] Mobutu difundía rumores sobre ministros y empresarios a sus colegas, creando un clima en el que todo el mundo sospechaba del otro. Además, para satisfacer su codicia y proyectar su papel como líder supremo, buscaba y escogía amantes entre las esposas de muchos de sus asociados políticos. Un antiguo ministro de gabinete admitió esos tratos: «Consigues dinero o un Mercedes-Benz y él se lleva a tu mujer, y así trabajas para él».

Mobutu castigaba y recompensaba por igual a las mismas personas. Un ejemplo de ello fue Nguz Karl i-Bond, un vociferante oponente del régimen en la década de 1980 que fue arrestado y torturado. Posteriormente vivió como exiliado político, testificando contra el salvajismo del régimen en un comité del Congreso de Estados Unidos. Allí describió cómo aviones privados volaban a Europa para vender cobalto y diamantes, cuyas ganancias iban directamente a las cuentas bancarias de Mobutu.[60] Proclamaba que altos diplomáticos y políticos europeos habían sido comprados y que la mujer del presidente de Francia llevaba diamantes regalo de Mobutu.[61] Sin embargo, a los pocos años, pudo regresar al Zaire y fue nombrado primer ministro durante un tiempo, un ascenso en su carrera endulzado con un pago de 10 millones de dólares.[62]

Mientras mantenía a la clase política en ascuas a través de una mezcla de terror y expectativas, Mobutu comprendió que necesitaba algo más sólido para apuntalar su régimen —una completa estrategia de relaciones públicas, un culto a su personalidad—. Eso, concluía, era lo menos a lo que un hombre tan rico como él debía aspirar. Primero se aseguró de que la historia de su nacimiento y su crianza formara parte del folklore oficial. Así idealizó su relación con su ciudad natal Lisala y el río Congo. La anécdota más famosa que fabuló fue el cuento del leopardo. Siendo niño, Joseph iba caminando con su abuelo cuando un leopardo irrumpió entre los matorrales. Mobutu retrocedió de un salto, pero su abuelo le castigó por mostrar miedo. Avergonzado, el chico cogió una lanza y mató al

animal.[63] Mobutu repetía este cuento para mostrar cómo desde muy temprano en su vida había conquistado el miedo y cómo se había llevado la piel del leopardo —que se convirtió en un talismán para él—, justificando por qué los gorros se habían vuelto un sinónimo de su persona.

Mobutu era llamado «El Guía», «El Padre de la Nación» o, imitando a Mao, «El Timonel». El culto a su personalidad incluía un componente religioso. Él era «El Profeta» o «Nuestro Clarividente Líder».[64] Cada mañana los escolares cantaban: «¡Un país, un padre, un gobernante: Mobutu, Mobutu, Mobutu!».[65] Su rostro omnipresente en la televisión —incluso durante la predicción meteorológica— y en todos los carteles. Se establecieron peregrinaciones a importantes lugares de su infancia.[66] Por todo el mundo, dictadores-cleptócratas similares adoptaron una postura de autoveneración parecida. En Filipinas, los grupos juveniles recibían programas de entrenamiento en los que se describía a Ferdinand e Imelda Marcos como «Padre y Madre de la Nación». Marcos hizo instalar un monumento de quince metros de altura de su propia cabeza erguida mirando hacia arriba, al estilo del monte Rushmore, en el parque más grande de Manila.[67] Cuanto más tiempo gobernaba, más preocupado estaba Mobutu sobre su legado. Por ese motivo rebuscó en la historia y la tradición para glorificar su régimen. Tal vez creía sinceramente que sus acciones expresaban «la voluntad del pueblo» —un pueblo «liberado» del colonialismo—. En su lecho de muerte en 1971, la madre de Mobutu no dejó de advertirle: «Debes amar a tu pueblo». ¿Por qué, se preguntaba Mobutu, no dejaba de repetir esa súplica?[68] Él lo veía así:

> En nuestra tradición africana nunca hay dos jefes. ¿Puede alguien alegar haber conocido nunca un pueblo con dos jefes? Corresponde al jefe vivir bajo su propia decisión, evaluarla y aceptar sus consecuencias. Es bajo esta única condición —puesto que habrá sopesado por adelantado las consecuencias, y aceptado solo los

riesgos de su opción— como su decisión será honesta y, por tanto, buena para el pueblo y, finalmente, auténticamente democrática.[69]

En las décadas de 1970 y 1980, el control de Mobutu fue tan absoluto que pudo, y así lo hizo, permitirse largos viajes al extranjero sin temor a ser derrocado. Mientras estaba fuera, el ala más joven del MPR y su organización paramilitar sembraban el terror en las calles.[70] En colaboración con la policía antidisturbios, utilizaban la tortura como método más seguro contra los sospechosos de disidencia. Eso incluía la flagelación con alambre de espino y golpear las plantas de los pies de las víctimas con palos.[71] Mobutu movilizó a sus matones para aplastar a los disidentes, declarando en un mitin en 1988: «¡No vais a esperar a los gendarmes! ¡No vais a esperar a los soldados! Tenéis zapatos; ¡pateadles! Lo repito de nuevo; ¡pateadles! Tenéis manos; ¡golpeadles!».[72]

El régimen del MPR era un clásico totalitarismo, afectando a todos los aspectos de la vida del Zaire y saltándose las barreras entre gobierno, política y negocios. El partido creó una pirámide de robo que llegaba hasta el nivel de las aldeas más ínfimas. El número de funcionarios del servicio civil ascendía a seiscientos mil, ocho veces más de lo que los trabajadores del Banco Mundial consideraban necesario para mantener el funcionamiento del gobierno. Hacia mediados de los años ochenta, la renta anual se había reducido a menos de 120 dólares —un poco más del precio de un par de buenos zapatos en una tienda de Kinshasa—.[73] La «Zairenización» había borrado las fronteras entre los sectores público y privado y entre empresa y política. Una compañía, Sozacom, fue establecida para canalizar una parte de los beneficios de las distintas cuentas bancarias de Mobutu.[74] La compañía de cobre estatal, Gecamines, perdía al menos 240 millones de dólares al año por la corrupción, una cantidad registrada bajo el epígrafe

«Déficit excepcional a recuperar». Estos robos continuaron mucho después de que los precios del cobre se desplomaran en 1974, con la práctica de no apuntar los déficits contables anuales de cientos de millones de dólares en las cuentas de la compañía, convirtiéndose en algo habitual.

En la década de 1970, el 20 por ciento de los ingresos del estado iba directamente a la oficina del presidente. Pero hacia los años ochenta, con nadie que le impidiera tomar cuanto deseara, la fortuna de Mobutu en los bancos suizos aumentó hasta los 5.000 millones de dólares. Estaba, como debe reseñarse, siguiendo simplemente los pasos del rey Leopoldo II, quien amasó una fortuna personal a través de sobornos y trabajos forzados.

Larry Devlin, el asesor de la CIA de Mobutu, arroja ciertas dudas sobre la extensión de la fortuna personal de Mobutu: «Se dice que Mobutu tenía una fortuna personal de 5.000 millones de dólares. Si eso es cierto, a menudo he pensado que debía tener unos pésimos asesores de inversión, porque la gente que escribe sobre él lleva más de veinte años utilizando invariablemente esa misma cifra», y añade:

> Al quejarse a mí sobre las acusaciones respecto a que su fortuna ascendía a 5.000 millones de dólares, una vez comentó que probablemente no tenía más de 50 millones de dólares. Cuando viajaba por el interior, uno de sus ayudantes solía llevar un maletín lleno de billetes de banco para distribuir entre los jefes de las aldeas que encontraba en el camino. Los jefes esperaban que su líder hiciera algo por el pueblo —un nuevo tejado para la escuela local, un nuevo pozo o alguna otra obra útil— y, naturalmente, Mobutu esperaba que el jefe le asegurara [*sic*] que el pueblo permanecería leal a su gobierno.[75]

La cantidad robada por Mobutu nunca se conocerá con certeza. Lo que es indiscutible es que todas las instituciones, no solo el Banco Central, fueron usadas como si fueran su cartera: solo en 1977 retiró 71 millones de dólares para uso personal. Había abiertas

cuentas bancarias en todo el mundo para uso personal del presidente. Poderosos individuos y compañías fueron «alentados» a desviar sus beneficios hacia él sin hacer preguntas. Gecamines recibió la orden de depositar el total de sus 1.200 millones de dólares de ingresos por exportación en una cuenta presidencial en 1978.[76] Los derechos de exportación eran una de las fuentes favoritas de ingresos; la ayuda extranjera una fuente añadida para redondearlos.

Los amigos de Mobutu en el exterior estaban muy ocupados copiándole. Ferdinand Marcos abrió su primera cuenta bancaria en Suiza en 1967. Tras la declaración de la ley marcial en su país en 1972, se embarcó en un derroche similar de dinero. Él e Imelda, bajo los nombres de William Saunders y Jane Ryan, tenían acumulado un millón de dólares en cuentas suizas en 1968, en una época en que su sueldo oficial era de apenas 2.000 dólares.[77] Ferdinand e Imelda crearon una serie de compañías y fundaciones a través de las cuales blanqueaban el dinero, con una casi cómica transparencia. En una carta dirigida a la fundación Sandy, Marcos escribió: «Para el caso de que deseemos hacer alguna retirada de fondos, le enviaremos un telegrama con las palabras "feliz cumpleaños" autentificando nuestro mensaje con el código acordado».[78] Para cuando fue derrocado en 1986, tenían veinticinco cuentas en bancos suizos y franceses, conteniendo cientos de millones de dólares. En Indonesia, Suharto utilizó una red similar de fundaciones, compañías y cuentas para almacenar y mover su fortuna, que ascendía a 500 millones de dólares.[79]

A lo largo de su enorme país, Mobutu construyó, o simplemente se quedó para sí, una docena de palacios en diferentes provincias para el caso de que se encontrara por la zona y necesitara pernoctar allí. Puesto que raramente viajaba a algunas partes del Zaire, algunos de ellos apenas fueron utilizados.[80] Estos palacios en el campo se encuentran entre las residencias más extravagantes de

Mobutu, incluyendo una villa de 5,2 millones de dólares cerca de la finca que había pertenecido al rey Leopoldo. Su orgullo y alegría era Gbadolite. A finales de la década de los ochenta, Mobutu decidió que necesitaba un nuevo palacio para proyectar su majestad, algo que rivalizara con Versalles. No pudo elegir un lugar más remoto, en uno de los rincones más inhóspitos de la jungla. Una enorme franja de selva fue despejada para construir su propio Xanadú, con su piscina gigante, la colección de animales raros y fuentes ornamentales y, por supuesto, un aeropuerto internacional solo para él. Extrañamente ubicado en contraste con las chozas de espino de la vieja aldea cercana, que quedaron tal cual, sin recibir ningún tipo de inversión gubernamental. Mobutu aparentemente creía que la felicidad experimentada por los lugareños al contemplar esa extravagancia de mármol les serviría de acicate. «Dejemos que construyan mejores casas cuando lo deseen. Tal vez el palacio les inspire», declaró un oficial leal.[81]

El palacio costó la nada desdeñable suma de 100 millones de dólares, más otros 15 millones al año por mantenerlo en perfecto estado para la visita del gran hombre, a pesar de que inicialmente solo pasaba allí unos pocos días al año. Un periodista occidental que la visitó describió el gusto de Mobutu:

> El interior estaba atiborrado de muebles estilo Luis XVI, tapices gobelinos, cuadros de Renoir y Monet y, en el extremo más alejado, una magnífica barra de caoba surtida con finos coñacs, calvados y otros licores. Cada botella tenía el tamaño de un *BALTASAR* (doce litros) de champán. Zaire es conocido por su excepcional escultura, pero nada en ese lugar recordaba ni remotamente a África. He visto un buen número de casas de dictadores, pero esta superaba a todas. Había algo muy retorcido en el gusto de Mobutu. Nada de lo que poseía recordaba a su herencia africana. A pesar de toda su fanfarria sobre la rica historia del continente y de haber borrado para siempre el yugo del colonialismo, Mobutu había construido su casa como un simple reflejo de su codicia. Era el Gordon Gekko de África y sus extrañas tendencias lo confirmaban.[82]

En 1992, Gbadolite fue utilizada para celebrar la boda de la hija de Mobutu, Yaki, con el empresario belga Pierre Janssen. Los dos mil quinientos invitados pudieron contemplar a la novia con su vestido de 70.000 dólares antes de engullir mil botellas de vino y una tarta nupcial de cuatro metros de largo, especialmente encargada en Francia y llevada hasta allí en avión con un coste de varios miles de dólares.

Al año siguiente, un periodista de la revista *Time* visitó a Mobutu en su casa, describiendo cómo los hombres llegaban cargados con abultadas maletas de diseño atiborradas de billetes de 100 dólares. Entonces:

> Como un amigable monarca entre sus cortesanos, Mobutu se inclina graciosamente para besar la mano de una mujer y bromea educadamente con un sacerdote jesuita local antes de conducir a todo el mundo a través de una inmensa terraza hacia un bufet plagado de langostas y gruesos chuletones. En medio de un calor sofocante de casi treinta y ocho grados, una ola de satisfacción parece envolver a los invitados del presidente, una sensación de que todo va bien en este remoto lugar lejos del caos que afecta al resto del país. Jardines de flores exquisitas y enormes plantaciones de piña sumergen a Gbadolite en una atmósfera de bucólica tranquilidad.[83] [84]

En Nsele, al norte de Kinshasa, Mobutu construyó una réplica de una aldea china que incluía un pabellón y fuentes cantarinas. Poco después decidió que la capital necesitaba un lugar donde los ricos de la nación pudieran mezclarse con la comunidad internacional. La construcción del Hotel Intercontinental comenzó bajo sus instrucciones. Los invitados podían cerrar sus tratados con el mercado negro de los comerciantes libaneses de diamantes mientras disfrutaban de las mejores vistas del río Congo, degustando una comida. Los pilotos extranjeros, empleados como parte del sistema de respaldo de la CIA para romper el embargo de Naciones Unidas a Angola, podían saborear sus bebidas mientras esperaban su próxima

misión. El personal del hotel mantenía a Mobutu informado de las idas y venidas.[85]

El imperio de propiedades del presidente era internacional.[86] Por toda Bélgica, los Mercedes y BMW de sus guardaespaldas se convirtieron en una visión habitual.[87] Lujosas residencias fueron adquiridas en España, Venecia y París. No podía soportar no tener una casa en la Riviera francesa. De modo que adquirió la Villa del Mare, encaramada entre el pueblo de Roquebrune-Cap Martin y la pintoresca península de Cap Ferrat —a apenas veinte minutos en coche de la Villa de los Cedros, que un siglo atrás había ocupado Leopoldo II—. El remedo del siglo XX del gobernante rapaz se aseguró que su castillo de columnas de mármol rosas y blancas estuviera equipado con una piscina cubierta y otra exterior, cuartos de baño con grifería de oro y un helipuerto. Cuando compró la casa por 5,2 millones de dólares, Mobutu preguntó, como de pasada, si el precio era en dólares americanos o en francos belgas. El hecho de que una divisa valiera treinta y nueve veces más que la otra en aquel momento apenas tenía importancia.[88] Una de las residencias más extravagantes fue la finca de Lausana en Suiza. Le gustaban los médicos de allí y solía volar en su avión privado cada vez que necesitaba algún reconocimiento.

Pero a pesar de todos sus palacios, Mobutu prefería pasar su tiempo libre en sus lujosos yates, navegando por el río al que achacaba gran parte del bienestar de su país. Adornadas con un carísimo mobiliario forrado en seda y alojando a invitados selectos, esas embarcaciones llevaban al presidente hasta los distintos pueblos donde se reunía y saludaba a los lugareños. «Su encanto —recordaba el doctor Bill Close— podía desarmar a cualquier hombre furioso haciendo que incluso saliera de la reunión con una sonrisa en el rostro».[89] El hecho de sentirse igualmente cómodo en compañía de aldeanos que ante líderes mundiales constituía uno de sus mayores encantos.

Según se dice, Mobutu tenía una copia de *El Príncipe* de Maquiavelo en su mesilla. Había llegado a dominar el arte de la manipulación y el halago. Recorría el escenario del mundo con aplomo y gracia, una figura instantáneamente reconocible con su gorro de piel de leopardo. Dignatarios de todas partes adoraban visitar su país. Cuando en 1974 presidió el combate de boxeo celebrado en Zaire por el título mundial de pesos pesados «Rumble in the jungle» (Estruendo en la jungla) —entre Mohamed Ali y George Foreman—, cientos de millones de espectadores de todo el mundo pudieron verlo. Podía percibirse claramente una sensación de orgullo negro africano, y Mobutu recogió sus beneficios. Sin embargo, prácticamente nadie entre la audiencia global tenía idea de lo que estaba sucediendo en el país.

Incluso cuando Zaire se hundió en problemas más profundos, Mobutu continuó recibiendo ayuda extranjera constante. Erwin Blumenthal, un banquero del FMI, trató de poner coto a la corrupción sistémica. Habitualmente Mobutu cada vez que se reunían solía aceptar todas las demandas de Blumenthal, despedirle y continuar como si nada. Les daba a sus visitantes su palabra de soldado. Accedió a colocar a su tío en una lista negra que entregó a los bancos; pero no sirvió de nada. Los economistas del FMI descubrieron enormes agujeros en las finanzas del Zaire en un momento en que el país se suponía estaba emprendiendo su programa de «ajuste estructural» y de austeridad. Kim Jaycox, vicepresidente del FMI, se reunió con Mobutu a bordo de su yate favorito, el *Kamanyola*. «Ocasionalmente —recordaba Jaycox— amenazaba con arrojarme a los cocodrilos, en tono de broma».[90] Sin embargo, no podía decirse que las alarmas no hubieran saltado. En 1984 un funcionario de la CIA, John Stockwell, escribió: «Hoy en día, en el Congo el 25 por ciento de la gente se muere de hambre, mientras Joe Mobutu tiene una fortuna personal de 4.500 millones de dólares». Y añadía sarcástico: «Ese es el resultado de lo que la

CIA considera una exitosa acción encubierta».[91] Finalmente, el Banco Mundial dejó de prestar dinero a Mobutu en 1991, pero solo porque había dejado de pagar los intereses de los préstamos.

Incluso en fechas tan tardías como 1989, Mobutu fue descrito por el presidente Bush como «uno de nuestros más valiosos amigos» durante una visita a la Casa Blanca.[92] Al año siguiente, ostentando el cargo rotatorio en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, Zaire ayudó a aprobar la resolución de apoyar la invasión de Kuwait por los Estados Unidos contra Saddam Hussein. Bush expresó públicamente su gratitud, pero tras esa apariencia, la alianza con el envejecido cleptócrata había empezado a convertirse en motivo de vergüenza.

Cuando la Guerra Fría tocó a su fin y la lógica geopolítica varió sustancialmente, la presión por el cambio se hizo imposible de resistir incluso para Mobutu. Uno de los acontecimientos más chocantes para él fue la ejecución el día de Navidad de 1989 de su amigo Nicolau Ceaucescu de Rumania, que siguió por televisión.

En abril de 1990, seis meses después de la caída del Muro de Berlín, Mobutu anunció la creación de un nuevo «Congreso Nacional de Soberanía» que abriría el camino para unas elecciones multipartidistas. Los líderes de la oposición regresaron del exilio. Pero el diestro dictador consiguió que las docenas de nuevos partidos políticos en el nuevo sistema se enfrentaran entre sí, con la misma habilidad que había demostrado con los individuos en el antiguo partido. Apenas dos semanas después de su declaración, varios comandos irrumpieron en el campus de la Universidad de Lubumbashi, un bastión provincial de activismo político. Algunas estimaciones cifran el número de muertos en alrededor de un centenar. Las protestas contra el régimen de Mobutu empezaron a crecer por todas partes. Los soldados con sueldos miserables se amotinaron. En septiembre de 1991, y a lo largo de tres semanas, el ejército nacional devastó varias de las ciudades más importantes.

Cientos de personas murieron, incluido el embajador francés. Unos meses más tarde, varias docenas más perdieron la vida cuando los soldados abrieron fuego sobre una marcha que exigía mejores condiciones de vida.[93] El país estaba al borde de la guerra civil. Proclamándose a sí mismo el salvador, Mobutu suspendió su recién creado congreso.

La vergüenza empezó a hacerse insoportable para los Estados Unidos. La administración Clinton revocó el visado de Mobutu e impuso sanciones. A medida que su poder comenzó a tambalearse, el país fue entrando en el caos. La inflación llegó a estar a más del 16.000 por ciento, causada en gran parte por la estafa en la que algunos dirigentes del régimen llegaron a imprimir miles de billetes al día para inmediatamente cambiarlos por dólares o francos, consiguiendo enormes beneficios antes de que los mercados internacionales cayeran en la cuenta. Tan depreciada estaba la divisa local, llamada zaire, que hubo que emitir billetes de 500.000 zaires. Estos se ganaron el apelativo de «próstatas», como guiño al canceroso órgano de Mobutu. En 1993, una imprenta privada alemana detuvo el envío hacia Kinshasa de miles de toneladas de billetes del Zaire, alegando que no se les había pagado. La mayor parte de la población solo podía permitirse comer una vez al día. El desempleo alcanzó el 80 por ciento. El acceso al agua potable se hizo cada vez más difícil; el sistema de comunicaciones había dejado prácticamente de funcionar.[94] En 1996 *The Economist* resumía así el caos: «Lo llaman país. Pero en realidad es solo la silueta vacía del Zaire en medio de África».[95]

El sistema se había convertido en un monstruo que ni siquiera el propio Mobutu podía controlar. Los servicios públicos, siempre caóticos, se colapsaron completamente. Los hospitales empleaban guardias armados para impedir que los pacientes se escabulleran durante las horas de visita sin pagar sus cuentas. Los honorarios podían saldarse con televisores, radios o relojes si los pacientes no

tenían dinero.[96] Los campos estaban descuidados, las carreteras llenas de baches, los taxis y autobuses oxidados apenas se mantenían de una pieza.[97] Con la economía formal destruida, los pobres hacían cualquier cosa para sobrevivir. Calles y restaurantes estaban atestados de gente vendiendo ropa, radios, sandalias, perfumes de diseño falsos, o cualquier otra cosa. El personal del servicio postal se unió a la acción, robando la prensa internacional enviada a través del correo y empleando a chicos para venderla por las calles.[98]

Los asesores más cercanos al presidente estaban muy ocupados gestionando sus propios negocios. Uno se llevó diamantes a Bélgica por valor de más de 9 millones de dólares y los vendió pidiendo un recibo por solo 6 millones.[99] De esa forma Mobutu era estafado por tres millones de beneficio. Jansenn, su yerno belga, declaró que uno de los hijos de Mobutu utilizó un truco similar cuando fue enviado a América a comprar una flota de Cadillacs blindados. A su llegada, proclamó haber perdido 600.000 dólares en un atraco, recibiendo el dinero correspondiente del presidente sin hacerle más preguntas.[100] La gente cada vez tenía menos miedo al *Leopardo.* O quizá Mobutu tenía tanto dinero que simplemente no se daba cuenta, o decidió no darse cuenta de que la gente le estaba robando. Sentado en lo alto de su vacío estado, Mobutu se retiró a Gbadolite.

Tan distante se había vuelto de la vida real que comenzó a mostrar comportamientos comparables a los de Calígula y otros decadentes regentes de los tiempos antiguos. Algunas historias cuentan que, al igual que ellos, comenzó a practicar el incesto. Un miembro de su séquito relató cómo Mobutu fue llamado a presentarse en su pueblo delante de su familia para responder por su comportamiento. Cuando se le acusó, él respondió furioso: «¿Acaso no sabéis que estáis hablando con un mariscal?». Una anciana de la familia se dice que replicó: «En Kinshasa eres mariscal.

Aquí eres Mobutu; un hijo del pueblo, nuestro hijo». Otro anciano de la familia espetó: «Mobutu está maldito. No hay nada que podamos hacer». El propio *Leopardo* permaneció extrañamente silencioso. [101]

Mobutu se apoyaba cada vez más en combatientes extranjeros para que le ayudaran a salir de ese aprieto. No era ningún melindroso, optando por mercenarios de compañías privadas internacionales o por bandas de hombres armados de grupos rebeldes establecidos en países vecinos. Este comportamiento, que durante la Guerra Fría podría ser aceptable como parte del conflicto de poderes, fue visto ahora como peligroso. Entre los grupos que recibieron el favor de Mobutu estaba el UNITA angoleño, así como unidades de genocidas hutus del ejército ruandés que buscaban refugio después de haber sido expulsadas del poder en 1995.[102]

El genocidio de Ruanda y el subsiguiente cambio en el poder político en ese país asestó un golpe fatal al régimen de Mobutu. Una alianza de grupos rebeldes anti Mobutu encabezados por Laurent Kabila consiguió unirse para derrocar al dictador. En 1996, mientras Mobutu estaba sometiéndose a una operación quirúrgica de próstata en Europa, invadieron el país desde el este. Habiendo despreciado inicialmente a Kabila como «un pequeño contrabandista», Mobutu fue incapaz de anticipar la velocidad a la que su país se estaba desmoronando.

Mobutu y Kabila se reunieron en un barco cerca de la costa del Zaire el 4 de mayo de 1997, negociando bajo la supervisión del presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela. Kabila, según dicen, se negó repetidas veces a mirar a Mobutu a los ojos, temiendo que pudiera maldecirle si lo hacía.[103] Aunque Mobutu se mostró intransigente, quedó claro que incluso sus generales y consejeros más próximos estaban volviéndose contra él. Tras siete meses de rebelión, sus tropas recibieron la orden de no enfrentarse contra las fuerzas de Kabila. Mobutu abandonó el país desde su palacio de

Gbadolite. Su equipaje, testamento de tres décadas de hurtos, no cupo por entero en el Boeing 747 que le llevaría lejos. Francia, uno de sus más cercanos aliados hasta que dejó de estar de moda, le negó asilo. Aterrizó en Togo, solo para ser expulsado unos días después. Este fue un final humillante para un hombre que había sido ensalzado por todo Occidente como un bastión contra el comunismo.

Unos meses después de haber dejado el poder, Mobutu falleció de cáncer en su exilio de Marruecos, uno de los pocos países dispuestos a alojarle. No vivió para ver la posterior guerra que asoló la nueva República Democrática del Congo y que, a través de enfermedades y combates, se cobró varios millones de vidas entre 1998 y 2003 —una guerra causada en gran parte por el estado fracturado que Mobutu había dejado tras de sí.

$ $ $

En un último deseo, el déspota había suplicado morir en suelo nativo. Tal vez sufriera delirios, pero creía sinceramente que era un patriota sirviendo bien a su país. Ciertamente compartía el punto de vista de los Estados Unidos de ser mejor que su alternativa —apoyada por los soviéticos—. Cualquier pequeña malversación, robo o tortura eran excusables siempre que la nación sobreviviera. La visión personal de Mobutu sobre su gobierno parece sintetizada en una frase de un discurso emitido en 1970: «Las casas continúan perteneciendo a sus propietarios incluso si fueron construidas con dinero robado, pues al construirlas estaban construyendo el Zaire». [104] Ya en 1994, aparentemente con toda seriedad, había declarado a la nación: «Debo completar mi labor. No puedo dejar esta clase de herencia a la posteridad. Completar mi labor significa dejar este país en una situación que valga la pena».[105]

Lo que dejó fue caos y arcas vacías. Uno de los ministros de Kabila, el día que asumió el cargo encontró solo 2.000 dólares en las cajas del Banco Central.[106] Incluso ahora, más de la mitad de la población vive con menos de lo que el Banco Mundial establece como umbral de la pobreza, 1,25 dólares al día.

Los ricos gobernantes siempre han creído posible justificar su comportamiento como motivado por el beneficio de su pueblo o como un mal necesario. Entre los dictadores populistas de la Guerra Fría esta tendencia fue aún más relevante. Ferdinand Marcos declaró en una entrevista en televisión, poco después de haber sido derrocado: «He cometido muchos pecados en mi vida, pero robar no ha sido uno de ellos». Eva Perón, la ostentosa primera dama de Argentina, escribió en su testamento: «Mis joyas no me pertenecen. La mayor parte fueron obsequios de mi pueblo. No quiero que caigan en manos de la oligarquía y por tanto deseo que se depositen en el museo del peronismo como valor permanente que solo pueda ser utilizado para el beneficio directo de la gente».[107] Puede que no se viera a sí misma como parte de «la oligarquía», al igual que Mobutu se consideraba a sí mismo por encima y separado de los «políticos». Ambos dejaron patente, cuando les convenía, su oposición contra otros intereses de la élite en la sociedad. En Indonesia, Suharto alegaba que los servidores públicos podían más o menos tomar lo que deseaban siempre que estuvieran actuando por lo general por el «bien público».[108] Estas contradicciones permitieron a cleptócratas como él y Mobutu realizar discursos criticando la corrupción, cuando ellos eran los mayores culpables de todos.

Cuando eres el estado y las leyes te apoyan, tal vez sea psicológicamente lógico que creas que la riqueza de la nación es tuya.

Las operaciones de lavado de dinero de los cleptócratas eran tan alucinantes que es imposible reclamar la devolución de todo el

dinero robado. Incluso después de que los bancos suizos cooperaran con el gobierno de Filipinas para localizar el dinero de Marcos, por ejemplo, solo consiguieron recuperar unos pocos cientos de millones de una fortuna que ascendía casi a 10.000 millones de dólares. En 2013, el departamento encargado de recuperar el dinero robado dio por zanjada la búsqueda, alegando que los costes de la misma habían creado una «ley de rendimientos decrecientes».[109] La Comisión del Buen Gobierno logró recuperar una diadema de rubíes y diamantes de la cámara acorazada de uno de los bancos suizos, pero los 8 millones de dólares que esperaban conseguir por ella eran calderilla comparado con el dinero invertido en propiedades inmobiliarias y negocios, que nunca volvería a verse.[110]

En cuanto a Mobutu, los bancos suizos encontraron en sus cámaras solo 3 millones de dólares de los 8.000 millones que el gobierno de Kabila proclamaba constituían su fortuna. Un político suizo criticó a los bancos de su país por su «grotesco comportamiento», proclamando: «Este es un imperio financiero y está aquí en Suiza».[111]Muchos de los millones de Mobutu quizás hayan desaparecido en inversiones, sobornos, primas y recompensas a sus fieles secuaces en el momento en que Kabila se hizo con el poder.[112]

Una explicación de la longevidad del poder de Mobutu, más allá del reinado del miedo, es el propio interés de la educada clase media del Zaire. Una masa crítica de la población que aceptó el sistema como era y, literalmente, creyó en él. Kabila, tras tomar el poder, lo definía así: «¿Quién no ha sido mobutista en este país? Tres cuartas partes de este país participaron de él. Todos os vimos bailar por la gloria de ese monstruo».[113] Otra razón es la *realpolitik*. Tal y como el asesor de la CIA, Larry Devlin, explicó: «Nosotros le necesitábamos y él nos necesitaba». Eso fue, hasta que dejaron de hacerlo. Tras todos esos años de favores mutuos, sus fiadores americanos le dejaron caer a principios de 1990. Él se quejaba con

cierta justificación: «Soy la última víctima de la Guerra Fría. La lección es que mi apoyo a la política americana no ha valido para nada». El final de la Guerra Fría hizo que los americanos abandonaran a sus dictadores-cleptócratas —los rusos no tuvieron elección, puesto que su influencia ya se había desvanecido—, pero un buen número de ellos sobrevivió. Recientes estimaciones de la fortuna amasada por el egipcio Hosni Mubarak la cifran en 40.000 millones de dólares, lo que le convertiría en uno de los hombres más ricos del mundo.[114] No fue depuesto hasta el 2011. Y aún sigue sin esclarecerse cuánto de ese dinero tiene secretamente escondido su familia.

Sin embargo, Mobutu, el supuesto monstruo, tal vez haya sido el último en reír. En octubre de 2013, entre arrebatos de nostalgia por su largo mandato, se anunció que su cuerpo iba a ser repatriado y sepultado de nuevo. No era exactamente una rehabilitación póstuma, pero al parecer hasta los más violentos aprovechados, con sus palacios y Concordes, tienen sus admiradores. Algunos congoleños alegan que, al margen de su enriquecimiento personal, trajo la electricidad y el trabajo, al menos al principio. Mientras el complejo palatino de Gbadolite continúa abandonado y descuidado, y millones de personas aún luchan para sobreponerse a la guerra civil y al trauma, su reputación continúa obsesionando a la nación cuya riqueza robó.[115]

[1] K. Stearns, *Dancing in the Glory of Monsters*, p. 7.
[2] D. van Reybrouck, *Congo*, p. 247.
[3] S. Kelly, *America's Tyrant*, p. 15.
[4] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 64.
[5] W.T. Close, *Beyond the Storm*, p. 56.
[6]*Ibidem*, pp. 106-7.
[7] D.F. Schmitz, *The United States and Right Wing Dictatorships*, pp. 21-22.
[8] S. Kelly, *America's Tyrant*, p. 57.
[9] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 67.
[10] M.G. Kalb, *The Congo Cables*, p. 94.
[11]*Ibidem*, p. 97.
[12] D.F. Schmitz, *The United States and Right Wing Dictatorships*, p. 26.

[13] M.G. Kalb, *The Congo Cables*, pp. 371-372.
[14] W.T. Close, *Beyond the Storm*, p. 202.
[15]*Ibidem*, pp. 246-247.
[16] L. Devlin, *Chief of Station, Congo*, p. 266.
[17] G. Livingstone, *America's Back Yard*, p. 73.
[18] J.M. Haskin, *The Tragic State of the Congo*, p. 39.
[19] W.T. Close, *Beyond the Storm*, pp. 228-229.
[20] P. Ikambana, *Mobutu's Totalitarian Political System*, pp. 56-57.
[21] J.M. Haskin, *The Tragic State of the Congo*, p. 40.
[22] S. Kelly, *America's Tyrant*, p. 176.
[23] W.T. Close, *Beyond the Storm*, p. 195.
[24] D.F. Schmitz, *The United States and Right Wing Dictatorships*, p. 31.
[25] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 82.
[26] J.K. Stearns*, Dancing in the Glory of Monsters*, p. 114.
[27] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p. 71.
[28]*Ibidem*, pp. 209-211.
[29] S. Kelly, *America's Tyrant*, p. 195.
[30] D. van Reybrouck, *Congo*, p. 357.
[31] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 111.
[32] A. Wedeman, «Looters, Rent-scrapers, and Dividend Collectors», p. 463.
[33] D. Aronson, «The Dead Help No One Living», p. 85.
[34] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 148.
[35]*Ibidem*, pp. 92-93.
[36] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, pp. 180-181.
[37] W.T. Close, *Beyond the Storm*, p.283.
[38] C. Young and T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p.348.
[39] B.A. Aquino, *The Transnational Dynamics of the Marcos Plunder*, pp.10-11.
[40] B.A. Aquino, *The Politics of Plunder*, p. 92.
[41] R. Manapat, *Some are Smarter than Others*, p. 64.
[42]*Ibidem*, p. 21.
[43]*Ibidem*, p. 7.
[44] R.E. Elson, *Suharto*, pp. 198-199.
[45] G. Livingstone, *America's Backyard*, p. 195.
[46] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p. 352.
[47] K.L. Adelman, «The Zairian Political Party as a Religious Surrogate», p. 51.
[48] J.M. Haskin, *The Tragic State of the Congo*, p. 48.
[49] J. Depelchin, «Transformations of the State and the Petite Bourgeoisie in Zaire», p. 35.
[50] S. Kelly, *America's Tyrant*, p. 5.
[51] M.G. Schatzberg, *Mobutu or Chaos?*, pp. 39-41.
[52] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p. 73.

[53]*Ibidem*, p. 131.
[54]*Ibidem*, p. 105.
[55] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 95.
[56] S. Diallo, *Zaire Today*, p.72.
[57] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p. 183.
[58]*Ibidem*, p. 118.
[59] M.G. Schatzberg, *The Dialectics of Oppression in Zaire*, p. 20.
[60] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p. 181.
[61] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 193.
[62]*Ibidem*, p. 101.
[63]*Ibidem*, p. 68.
[64] K.L. Adelman, «The Zairian Political Party as a Religious Surrogate», p. 54.
[65] J.K. Stearns, *Dancing in the Glory of Monsters*, p. 154.
[66] M.G. Schatzberg, *Mobutu or Chaos?*, p. 35.
[67] B.A. Aquino, *The Politics of Plunder*, pp. 88-89.
[68] W.T. Close, *Beyond the Storm*, p. 258.
[69] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, p. 211.
[70] J.M. Haskin, *The Tragic State of the Congo*, p. 56.
[71] M.G. Schatzberg, *The Dialectics of Oppression in Zaire*, p. 2.
[72] M.G. Schatzberg*, Mobutu or Chaos?*, p. 47.
[73] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 178.
[74]*Ibidem*, p. 110.
[75] L. Devlin, *Chief of Station, Congo*, pp. 265-256.
[76] J.M. Haskin, *The Tragic State of the Congo*, p. 52.
[77] B.A. Aquino, *The Transnational Dynamics of the Marcos Plunder*, pp. 6-7.
[78] B.A. Aquino, *The Politics of Plunder*, p. 24.
[79] R.E. Elson, *Suharto*, pp. 294-295.
[80] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, pp.6-7.
[81]*http://www.nytimes.com/1988/09/29/world/mobutu-s-village-basks-in-his-glory.html.*
[82]*http://www.vice.com/en_uk/read/my-life-with-big-men-0000321-v19n8.*
[83] Adam Zagorin, «Leaving Fire in His Wake».
[84] El complejo de Gbadolite fue solo uno de sus muchos proyectos vanidosos. La mansión de Mobutu en Kinshasa contaba con un zoo privado en sus jardines, marcando un camino que seguirían futuros dictadores. Ramzan Kadyrov, el líder actual de Chechenia, ha llenado su zoo personal con panteras, leopardos y osos. A apenas un corto paseo de su fuertemente fortificado recinto, se encuentra un lago para poder practicar con la moto acuática, así como un hipódromo propio.

La construcción de caprichos personales parece formar parte de los términos y condiciones de los leales aliados del Kremlin. Tras el levantamiento de Ucrania en febrero de 2014, la extensión de la opulencia del depuesto presidente, Viktor Yanukóvich, quedó en

evidencia. Su llamativa colección incluía una omnipresente piscina y cine privado, junto con una colección de iconos y coches de época. Su gran tesoro era una réplica del piano blanco Steinway que John Lennon le regaló a Yoko Ono por su cumpleaños en 1971, y en el que fue filmado cantando «Imagine». Lo que Yanukóvich pensaba de la frase «Imagina que no tienes posesiones» se desconoce.

Tal vez el sucesor más cercano a Mobutu en términos de derroche con imaginación sea Muammar Gadafi. Cuando fue derrocado en 2011, se temió por las vidas de los nueve leones de su propiedad en el zoo contiguo a su complejo residencial de Bab al-Aiziya. Cuando su casa al estilo Michael Jackson en Neverland fue saqueada, el empobrecido pueblo libio pudo descubrir los millones que se había gastado en sí mismo. La parte más asombrosa de la propiedad era un parque de atracciones con un tiovivo infantil en el que los adultos podían sentarse en teteras y tazas de té

[85] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, pp. 19-21.

[86]*Ibidem*, p. 96.

[87]*Ibidem*, p. 53.

[88]*Ibidem*, p. 96.

[89] W.T. Close, *Beyond the Storm*, p. 253.

[90] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 205.

[91] M.G. Schatzberg, *Mobutu or Chaos?*, p. 4.

[92] S. Kelly, *America's Tyrant*, p. 1.

[93] P. Ikambana, *Mobutu's Totalitarian Political System*, p. 60.

[94] J.M. Haskin, *The Tragic State of the Congo*, p. 69.

[95] J.K. Stearns, *Dancing in the Glory of Monsters*, p. 113.

[96] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, pp.133-135.

[97] D. Aronson, «The Dead Help No One Living», pp. 82-83.

[98] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 149.

[99]*Ibidem*, p. 120.

[100]*Ibidem*, pp. 222-223.

[101] W.T. Close, *Beyond the Storm*, pp. 309-310.

[102] J.K. Stearns, *Dancing in the Glory of Monsters*, p. 51.

[103]*Ibidem*, p. 159.

[104] J. Depelchin, «Transformations of the State and the Petite Bourgeoisie in Zaire», p. 36.

[105] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz*, p. 104.

[106] D. Aronson, «The Dead Help No One Living», p. 84.

[107] B.A. Aquino, *The Politics of Plunder*, p. 99.

[108] R.E. Elson, *Suharto*, p. 195.

[109] «Philippines Hunt for the Marcos Fortune Set to End», *The National*, 2 de enero de 2013.

[110] «What Happened to the Marcos Fortune?», BBC, 25 de enero de 2013.

[111] «Swiss Banks Find Only $3.4m in Mobutu Assets», CNN, 3 de junio de 1997.

[112] M. Wrong, «The Mystery of Mobutu's Millions».

[113] J.K. Stearns, *Dancing in the Glory of Monsters*, p. 9.

[114]*http://www.ft.com/cms/s/0/ace18a4e-b478-11e1-bb88-00144feabcdc0.html#axzz361LRH69P.*

[115] Mobutu Sese Seko's Body to Return to Congo, Says Kabila», BBC, 24 de octubre de 2013.

SEGUNDA PARTE. AHORA

XI. LOS JEQUES

«Es una gran riqueza para el hombre vivir frugalmente y con el ánimo sereno».

LUCRECIO

Akenatón lo hizo. Luis XIV lo hizo. Cuando tienes más dinero que tiempo para gastarlo, ¿por qué no crear una ciudad soñada? Eso es lo que han hecho a principios del siglo XXI tres líderes del Golfo Pérsico.

Dubái, Abu Dhabi y Qatar han logrado acaparar la atención mundial, al convertirse en líderes financieros, de transporte y turismo, a través de adquisiciones por todo el globo, alcanzando la categoría de destacados compradores y patrocinadores en el deporte y las artes. Además se han consagrado como actores indispensables en cuestiones de diplomacia y guerra —lo que no es un mal progreso para tres franjas de tierra en el desierto.

En la década de los años 2000, Dubái se convirtió en epicentro de llamativas riquezas. Desde famosos a financieros, desde futbolistas a simples turistas, el gigantesco proyecto de construcción en el desierto los atrajo a todos. Islas privadas artificiales emergieron del mar; lujosos bloques de rascacielos acogían a la élite global aislándola del resto. Cada nuevo edificio, cada nuevo hotel de siete estrellas, estaba diseñado para ser el más imponente y el más alto. La idea del proyecto es fruto del cerebro del jeque Mohamed bin Rashid al-Maktoum, cariñosamente conocido como el jeque Mo. A medida que el flujo de petróleo comenzó a descender, él creó un modelo de negocio basado en la propiedad, el turismo, la navegación y las finanzas. Hasta el crac financiero de 2008, la riqueza continuó llegando. Cuando la burbuja estalló, algunos extranjeros endeudados se marcharon. Mo fue con el sombrero en la mano a ver a su primo el jeque Jalifa, el regente del vecino emirato

de Abu Dhabi, rico en petróleo y solo levemente más recatado. Tras ese problema pasajero, Dubái recuperó su perpetua curva ascendente hacia la riqueza y la expansión.

Las ambiciones de Jalifa han sido igualmente grandiosas, si bien su objetivo reside en otra parte. Su plan consistía en convertir Abu Dhabi en un centro global del arte y la arquitectura rivalizando con Londres, París y Nueva York. La isla Saadiyat —que significa Felicidad— es uno de los proyectos culturales más ambiciosos del mundo, contando con la construcción de opulentos edificios para albergar las nuevas sucursales del Louvre y el Guggenheim, así como galerías de arte árabe.

El tercer gobernante en este triunvirato era el jeque Hamad bin Jalifa al-Thani, emir de Qatar, quien puso su igualmente minúsculo estado en el mapa global al fundar la cadena de televisión al-Jazeera y ganar la organización de la Copa del Mundo de la FIFA para 2022. Por encima de los otros dos, Qatar se ha convertido en un actor clave en la diplomacia del Oriente Medio, y no digamos en la guerra civil de Siria.

Estos líderes aprendieron de los fallos de la familia real saudí y su modelo de instantánea riqueza de la década de 1970. Europa, y Londres en particular, se convirtieron en el terreno de juego de los jeques y sus acólitos. Sin embargo, esa década de ostentoso consumo —lejos de la vista y, aparentemente, alejados también de la ley islámica— no condujo a la transformación económica. La riqueza se estaba desperdiciando. Para los jeques Jalifa, Mo y Hamad el dinero nunca iba a ser suficiente. Habían nacido con él, y sus familias tenían más del que podían gastar. Su ambición era labrarse un camino para conseguir un legado permanente, para ellos y para sus naciones aspirantes. Sus estados se han convertido en símbolos del triunfo de la riqueza global.

$ $ $

Cuando la familia al-Maktoum llegó al poder en 1833, Dubái era una pequeña comunidad dedicada a la pesca y a recolectar perlas. El jeque Maktoum bin Butti, el padre fundador de la dinastía reinante en Dubái, y sus herederos vieron cómo su territorio sobrevivía a las rebeliones y lograba la independencia de sus más grandes vecinos del Golfo, hasta caer bajo la «protección» del Imperio británico. A principios del siglo xx, Dubái se había convertido en el puesto comercial más activo y en el punto principal de entrada al Golfo Pérsico. En la era anterior al petróleo, el comercio extranjero y los negocios de exportación constituían el pilar de su economía. La Gran Depresión, la pérdida de las redes comerciales durante la Segunda Guerra Mundial y el declive de Gran Bretaña como potencia global relegaron a Dubái y a otros emiratos, volviendo a quedar estancados.

Al igual que sucedió con el resto de la región, la abundancia de petróleo fue la salvación inmediata de Dubái. A finales de los años sesenta, el jeque Rashid bin Saeed al-Maktoum explotó los nuevos recursos del joven emirato con gran efectividad. Estableció la Compañía de Petróleo de Dubái, abriéndola a la inversión extranjera. Al hacerlo creó un hábil sistema de interdependencia económica con las potencias occidentales anhelando la continuidad del gobierno de al-Maktoum.

No obstante, el Dubái de entonces no albergaba ningún parecido con el emirato del presente. Apenas unos pocos edificios se adentraban en las tierras del desierto que se extendían hasta la línea del horizonte. El primer hotel de Dubái abrió en 1960, con solo treinta y cinco habitaciones. La aerolínea local Gulf Air no era precisamente una buena publicidad del país. A menos que estuvieras involucrado en el negocio del petróleo, ¿por qué ibas a querer ir allí? Pero el petróleo no dejaba de brotar. En 1991 la producción alcanzó su auge. Rashid estaba listo para explotar la recién encontrada riqueza, pero le preocupaba el cambio. Prefería inculcar a sus hijos

un vínculo con sus raíces, la importancia del conservadurismo social y la temporalidad de la riqueza. Es famosa su frase: «Mi abuelo montaba en camello, mi padre montaba en camello, yo conduzco un Mercedes, mi hijo conduce un Land Rover y su hijo conducirá un Land Rover, pero su hijo montará en camello».[1]

En el seno de esta familia nació el tercero de los cuatro hijos, Mohamed bin Rashid al-Maktoum en 1949. Él y sus hermanos crecieron en un recinto sin electricidad ni agua corriente —al menos eso dicen las fuentes oficiales—, donde se les alentó para convertirse en rudos jinetes y cazadores. Mohamed fue enviado a Inglaterra a la edad de diecisiete años, inscribiéndose en el Bell School of Languages de Cambridge. Mientras la biografía oficial habla de una prestigiosa educación europea en artes liberales, la conexión de Cambridge fue puramente geográfica. Estando en Inglaterra, desarrolló una prematura fascinación por las carreras de caballos, un deporte que facilitaría su acceso a lo más alto de la clase dirigente inglesa.

Cuando Mohamed tenía veintidós años, su padre hizo efectiva la independencia de Dubái, aliándose con Abu Dhabi y cinco emiratos más para formar los Emiratos Árabes Unidos (EAU). El jeque Rashid siempre había sido consciente de la finitud de las reservas de petróleo, y estaba preocupado por el exceso de confianza en ese recurso natural que sería el azote de muchas naciones en desarrollo. Así, utilizó las ganancias del petróleo para diversificar la economía e invertir en nuevas carreteras y edificios, intuyendo el potencial de Dubái para convertirse en el eje de una región inestable. Las tensiones regionales, que afloraron a principios de 1970, sirvieron como señal de alarma. El matrimonio le proporcionó una útil herramienta diplomática. El jeque Rashid entregó a su hija al emir de Qatar a cambio de una dote de 700 millones de dólares; un dinero que utilizó para financiar la construcción de un puerto.

Muy pocos en el mundo prestaban atención a Dubái. Cuando las palabras «árabe» y «petróleo» se unieron, el foco recaía siempre en otra parte: Arabia Saudí. Como un anticipo de la invasión rusa de mediados y finales de los años noventa, las más caras propiedades inmobiliarias, restaurantes y clubs nocturnos de Londres pasaron a ser patrimonio privado de un pequeño grupo de superricos saudíes. Algunas veces esos potentados eran instantáneamente reconocibles por sus *dishdashas*, sus túnicas tradicionales de reluciente blancura que contrastaba con el gris del cielo, pero en la mayoría de las ocasiones se vestían de forma menos llamativa, con ropa occidental. Y casi siempre, cuando se trataba de pasar un buen rato, eran los hombres los únicos que se dejaban ver. Las mujeres estaban ocultas, generalmente en casa en Riad o Yeda, mientras los hombres jugaban o presumían gastando su dinero en Londres o el sur de Francia. Grandes fajos de billetes eran transportados en maletines y arrojados como si fueran confeti. El difunto rey Fahd, mientras era príncipe, perdió 6 millones de dólares una noche en las mesas de Montecarlo. Otro miembro de la familia reinante se dice que perdió 2 millones de libras en tres noches en Ladbrokes —la casa británica de juegos de azar y apuestas deportivas—, aparentemente sin inmutarse, y luego dio a las camareras generosas propinas en fichas de 100 libras.

Al igual que con los oligarcas de hoy en día, Londres demostró ser adepta a la postración. Se hacía todo cuanto era necesario para que los árabes superricos se sintieran como en casa, incluyendo hacer la vista gorda a comportamientos que les habrían metido en serios problemas en su país de origen. Uno de los nombres más importantes fue Adnan Kashoggi, un *playboy* traficante de armas, mediador en el famoso escándalo Irán-Contra y, supuestamente, el individuo más rico del mundo en su tiempo. A principios de la década de los ochenta su fortuna estaba valorada en más de 40.000 millones de dólares, con residencias en todo el mundo. En su

mansión de Marbella organizaba fiestas que esperaba fueran tan extravagantes como nada visto desde la Edad Dorada americana. Se decía que el champán era conservado en enormes remolques frigoríficos aparcados por toda la finca.[2]

La producción de petróleo saudí alcanzó su punto más alto en 1977. Durante muchos años antes y muchos después, el país desplegó su fuerza política y financiera. Las reuniones de la OPEP —la Organización de Países Exportadores de Petróleo— se convirtieron en dramas políticos, con el todopoderoso ministro del petróleo de Arabia Saudita, el jeque Yamani, en el centro. Sin embargo, esos hombres fabulosamente ricos hicieron muy poco por mejorar la sociedad saudí, y su país permaneció tan fervientemente conservador como siempre, cerrado a influencias extranjeras. El historiador americano y experto en Oriente Medio Daniel Pipes escribió en 1982 sobre «la maldición de la riqueza del petróleo». El problema con esos auges, declaró, es que habitualmente no traen consigo un sostenido crecimiento económico ni mejoras culturales: las riquezas que crean son derrochadas con «abandono, perturbando el comportamiento normal, fomentando expectativas poco realistas y provocando envidia».

Pipes citaba la historia de Shakhbut ibn Sultan, el regente de Abu Dhabi durante cuatro décadas hasta que fue derrocado en 1966 —con la ayuda de oficiales británicos que educadamente le metieron en un avión—. Abu Dhabi en un primer momento había vivido un gran enriquecimiento allá por 1959 —unos veinte años después de Arabia Saudí y Kuwait—, pero en lugar de incentivar al desventurado sultán, esa afluencia de dinero le sobrepasó. Confiando en impedir que los rendimientos del petróleo llegaran hasta sus súbditos y alteraran su modo de vida, escondió literalmente el dinero de las compañías petrolíferas bajo su cama. Cuando los ratones se comieron parte de él, metió el resto en el banco. Pero aún así se negó a gastarlo, alegando: «Soy un beduino. Todo mi pueblo es

beduino. Estamos acostumbrados a vivir con un camello o una cabra en el desierto. Si gastamos el dinero, eso supondrá la ruina de mi pueblo, y no les va a gustar». Pipes tenía razón en su análisis del presente, pero no en cuanto al futuro. La siguiente generación de líderes de los EAU fue más estratégica y tuvo más éxito a la hora de emplear el recién encontrado dinero.

El jeque Mohamed tenía cuarenta y dos años cuando su padre falleció en 1990. Tras servir como jefe de la policía de Dubái, había sido nombrado ministro de Defensa por los EAU a los veintiocho años. Además, desde muy pronto había demostrado tener gran talento como empresario. Su hermano mayor, el jeque Maktoum bin Rashid al-Maktoum, asumió el trono, pero menos de cinco años después de la sucesión, promulgó un decreto nombrando al jeque Mo príncipe de Dubái. El jeque Mo había logrado en muy poco espacio de tiempo aumentar su reputación —e incrementar su riqueza personal— tanto en Dubái como en los EAU. Su alto perfil como empresario de éxito, sus victorias en carreras internacionales de resistencia de caballos y su incursión en la poesía popular árabe tradicional permitieron que esa élite de familias de los Emiratos disfrutara de las recién encontradas riquezas, al tiempo que su énfasis en los valores tradicionales les hacía sentirse seguros. Desde su oficina en la última planta de la torre más alta del complejo de las dos Torres Emirates, el jeque Mo presidía la expansión del emirato y de su autoridad personal. Cuando Maktoum murió de un ataque al corazón en 2006, el poder hacía tiempo que había sido efectivamente transferido.

La última década de su vida fue testigo de una notoria transformación económica como ninguna otra en la historia. Dubái pasó de ser una ciudad provinciana de seiscientos mil habitantes a convertirse en una urbe global de más de dos millones de personas. En la década de 1980 y principios de 1990, su economía dependía del consumo de petróleo internacional y de un pequeño grupo de

compañías extranjeras. Entonces la producción comenzó a decaer gradualmente; Dubái se estaba viendo superada por su vecino. Hacia 2008, Abu Dhabi acaparaba hasta el 90 por ciento de las exportaciones de petróleo de los EAU; sus reservas alcanzaron la extraordinaria cifra de 17 millones de dólares por ciudadano —once veces más que las de Dubái—. El jeque Mo se negó a que los muy superiores ingresos por petróleo de Abu Dhabi ensombrecieran a Dubái: «Queremos ser el número uno. Del segundo puesto... no se acuerda nadie».[3] Dubái —menos dotada de recursos naturales— tenía que diversificarse y utilizar sus recursos de forma más creativa.

El jeque Mo comenzó el proceso de construcción de un nuevo modelo de estado, una ciudad-corporación global. Nada podía interponerse en el camino hacia el progreso. Dubái se convirtió en un solar en obras gigante. La tierra fue reclamada y el desierto conquistado a medida que se extendió la fiebre de llegar más lejos y construir más alto. En 1994 se emprendió la edificación del Burj Al Arab, el que sería el hotel más alto del mundo. La publicidad desplegada proclamaba que sería «más alto que la Torre Eiffel». El primer hotel del mundo supuestamente con una calidad de siete estrellas —una categoría que, aunque insustancial, sería adoptada por nuevos hoteles rivales—. Con su fachada de acero y cristal, construido con la forma de un *dhow* —una típica embarcación de vela árabe—, el Burj se convirtió en el símbolo de la nación de Dubái. Las estrellas del deporte fueron invitadas a desfilar por allí, pero no en el vestíbulo, sino arriba —en el helipuerto de la azotea—. Tiger Woods hizo una demostración lanzando varias bolas desde allí —al mar—; Roger Federer jugó y ganó un partido individual con Andre Agassi, mientras David Coulthard realizó varios trompos con su coche de Fórmula 1. El respaldo de los famosos fue perfecto.

Estimulado por el interés que la megaestructura de Dubái estaba suscitando, el regente de Abu Dhabi, el jeque Jalifa buscó, a su vez, algo aún más cautivador para su emirato. El resultado fue el

Emirates Palace Hotel, un monumento a la estridencia. Fue inaugurado en 2005. Más palacio que hotel, esa estructura de mármol y granito se extiende a lo largo de un kilómetro de extremo a extremo (los huéspedes disponen de carritos de golf para trasladarse a sus habitaciones). Contiene seis mil metros cuadrados de paneles revestidos de pan de oro y siete mil puertas, doce mil rótulos indicadores y mil dos candelabros hechos con cristales Swarovski. El centro del palacio está dominado por un gran atrio, el más grande del mundo. Su cúpula forrada en oro supera la de la catedral de San Pablo en tamaño —si bien no en gusto—. El bar público tiene el tamaño de dos campos de fútbol. Los VIP pueden elegir entre llegar en helicóptero o ser conducidos a través de una réplica del Arco de Triunfo, dejando que los visitantes menos importantes se conformen con una orgía de fuentes. ¿En qué otra parte del mundo podría verse una máquina expendedora que dispensara lingotes de oro? Todo el oropel del Mali de Mansa Musa había sido desempolvado para nuestros tiempos modernos.

En el segundo puesto de las apuestas más llamativas de Dubái se encuentran un par de archipiélagos artificiales —la Palma y el Mundo —. Ambos se convirtieron en la residencia de vacaciones favorita de futbolistas multimillonarios y famosos del mundo del cine y la moda. Tan ansioso estaba Dubái por anunciar sus nombres que muchos de ellos recibieron subvenciones por comprar las lujosas propiedades. Dubái se había convertido en el eje global de la codicia. Cada símbolo de lujo debía ser superado por el siguiente. El ejemplo más extremo fue el Burj Khalifa. La construcción de esa gigantesca torre con oficinas, hoteles y apartamentos exclusivos comenzó en 2004, bajo el nombre original de Burj Dubái. Superó a Taipéi 101 y se convirtió en el edificio más alto del mundo.

Esos edificios desafiantes de la gravedad, del mar y del desierto fueron vitales para el plan de negocios de la ciudad-corporación del jeque Mo. Así recordaba alguna de las primeras discusiones sobre el

diseño urbanístico: «Un grupo de personas me trajo el boceto de un pequeño centro comercial y algunos edificios colindantes. Simplemente dije tres palabras: "Pensad en grande". Y tras hablar y discutir durante tres días, esto fue en lo que se convirtió. El centro comercial de Dubái es el mayor del mundo y Burj Khalifa la torre más alta».[4]

Al anunciar sus grandiosas ideas mucho antes de que los diseños estuvieran terminados, el jeque Mo y sus planificadores desafiaron los convencionalismos de la arquitectura. La campaña «yo quiero una parte del pastel» era esencial para alentar la especulación que muy pronto nutriría el rápido crecimiento económico de Dubái. Sin embargo, no era fundamental para la propiedad tener éxito financiero o que el proyecto llegara siquiera a cumplirse. En términos publicitarios y de inversión, la marca Dubái parecía invulnerable.

El glamur y el gigantismo eran ingredientes necesarios pero insuficientes para el éxito. Igualmente importante sería el régimen de impuestos y la infraestructura. Así, se establecieron zonas especiales no reguladas, «zonas libres», en las que se permitía a los empresarios internacionales operar sin pagar el impuesto de sociedades o el de la renta. Inicialmente los ciudadanos extranjeros no tenían permitido comprar propiedades. Una vez que la normativa sobre patrimonio se relajó, la constante afluencia se convirtió en avalancha. Todo el mundo quería poseer una parte del pastel, sin el inconveniente de tener que devolver nada a cambio. El jeque Mo lideraba desde la primera línea: sus bienes estaban exentos de impuestos.

Dubái era paraíso fiscal libre de impuestos en una región problemática. Era fácil vivir en él y aún más sencillo llegar allí. La infraestructura se adelantó al crecimiento, convirtiéndose en el catalizador del mismo —a diferencia de muchas naciones occidentales en donde las conexiones de transporte son abordadas con posterioridad—. Apenas fueron necesarios veinte años para que

Emirates se convirtiera en una de las diez aerolíneas punteras del mundo. Para el 2020, se espera que sea la aerolínea con mayor número de vuelos internacionales de larga distancia. El aeropuerto contribuye con casi un tercio del PIB y proporciona el 20 por ciento del empleo en el emirato.[5] El crecimiento de los puertos y el sistema de carreteras ha sido igualmente impresionante. En 1990, Abu Dhabi y Dubái se unieron para construir una carretera de casi doscientos cincuenta kilómetros que uniera los dos emiratos. Hasta entonces les separaba el desierto, y casi se podía ver a los beduinos caminando por la arena. Con el tiempo, todo eso ha desaparecido y ahora las ciudades están conectadas por el mármol y el asfalto, extendiéndose hasta donde se pierde la vista.

Pero el *boom* no podría haberse desarrollado sin el grupo de población mayoritario en Dubái —una clase baja e invisible de obreros de la construcción del subcontinente indio—. Desde principios del año 2000, las organizaciones civiles han tratado de llamar la atención sobre la situación de ese colectivo. En 2006, la Human Rights Watch informaba: «Uno de los mayores auges de la construcción está siendo sustentado en Dubái por trabajadores que son tratados de forma casi inhumana».[6] Los obreros eran reclutados de los suburbios más pobres por agencias establecidas en sus propios países de origen, ofreciéndoles billetes de avión a Dubái —donde las calles estaban pavimentadas con oro— y proporcionándoles trabajo, unas condiciones de vida adecuadas y un sueldo para subsistir. Al llegar, se requería a los trabajadores que entregaran sus pasaportes y fueran devolviendo el dinero prestado para sus billetes de avión. Las crónicas de los periódicos sugieren que más de veinte mil personas presentaron quejas al gobierno por salarios no pagados o por las pésimas condiciones de sus lugares de trabajo. Estaban sometidos a una especie de esclavitud moderna y no tenían más remedio que continuar trabajando bajo el insoportable calor para poder pagar sus deudas. Los trabajadores de

organizaciones benéficas o los periodistas que trataban de investigar sus condiciones no eran bienvenidos en Dubái.

Pero ese no era el relato que los equipos de relaciones públicas contratados por el gobierno de Dubái querían trasmitir al mundo. Ni tampoco algo que los ricos habitantes quisieran saber cuando pasaban a toda prisa por delante de las obras en sus coches con aire acondicionado. La triste verdad es que muy pocos se han mostrado interesados —y menos aún los empleados expatriados de las compañías inmobiliarias o de servicios financieros—; ni tampoco los miles de turistas que escogen los EAU en un paquete de vacaciones de lujo cinco estrellas —o siete—: fin de semana barato; mano de obra barata.

Una de las invenciones de los jeques Mohamed, Jalifa y Hamad fue mantener confortablemente instaladas dos demografías totalmente diferentes a su servicio. Los extranjeros eran indispensables para hacer que el país funcionara y en Dubái constituyen el 80 por ciento de la población. Tienen necesidades y referencias culturales completamente separadas de las de los nativos. Ambos grupos se cruzan en las tiendas de diseño y los carísimos restaurantes, pero más allá de eso tienen poca relación. El hedonismo occidental está tolerado siempre que se mantenga de puertas adentro. Los expatriados, empresarios visitantes y turistas pueden entretenerse en sus hoteles o villas, jugar al tenis y beber ingentes cantidades de alcohol. Los problemas surgen solamente cuando son sorprendidos borrachos o besándose —o algo peor— en público.

Los centros comerciales y otras formas de sano entretenimiento han sido construidos para el placer de todos. Nativos y extranjeros están unidos por el objetivo común de ganar y gastar dinero. El primer festival de compras se celebró en 1996, generando 1.000 millones de dólares de ingresos en su primer año. Dubái se ha convertido en sede de eventos deportivos de primera magnitud. Su

festival de cine internacional atrajo a importantes actores de Hollywood como Orlando Bloom, George Clooney o Tom Cruise, así como grandes atracciones de todo el mundo árabe. Elton John, Iron Maiden, Jennifer López y Justin Bieber han encabezado la lista de conciertos de rock. Sus honorarios apenas son simple calderilla para el jeque Mo. En 2008, Kylie Minogue recibió 1,5 millones de dólares por aparecer en la inauguración del Atlantis, un monstruoso hotel color rosa.[7] Alrededor de dos mil invitados famosos fueron trasladados en avión hasta allí para participar en un banquete de langostas y en una exhibición de fuegos artificiales que los organizadores anunciaron como «siete veces más grande» que la que se acababa de celebrar en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Beijing. Como siempre, lo que importaba era la escala. [8]

Hacia finales de la primera década del siglo XXI, su primera en el candelero, el producto interior bruto de Dubái era de más de 40.000 dólares por cabeza, situándolo entre las naciones más ricas del mundo.[9] Si quitamos a los extranjeros de la ecuación, la cifra contando solamente a la población local probablemente ascendería a unos cientos de miles. La propiedad y el patrocinio han hecho a muchos de ellos muy ricos y —mientras no critiquen al régimen— seguirán siendo ricos. La crítica pública apenas existe. Los medios de comunicación son estrictamente controlados. La opinión pública se canaliza a través de los *majaalis* regionales, o foros de discusión, con las conclusiones rápidamente trasladadas a la corte personal del jeque Mo.

El núcleo del sistema es la riqueza «rentista» —la distribución de dinero de los emiratos más ricos a los menos—. Desde la década de 1970, con el dinero del petróleo fluyendo, el jeque Rashid ofrecía alojamiento gratuito a sus súbditos más pobres. Esa práctica aún continúa en vigor, junto con la educación gratuita y los servicios sanitarios. El estado ofrece además asistencia laboral, como, por

ejemplo, espacio disponible de oficinas y ayuda financiera para emprendedores. Las familias que obtuvieron propiedades durante los primeros años de crecimiento maximizaron sus beneficios vendiéndolas o arrendándolas a promotores inmobiliarios o expatriados. A medida que la economía crecía, también lo hacían las rentas, aunque a nadie parecía importarle. Los expatriados tenían sus costes pagados por sus compañías, y el gobierno se mostraba feliz porque cuanto más recibieran los terratenientes locales, menos necesitaba conceder subsidios.

Pero tras esa resplandeciente fachada de globalización hay políticas etnocéntricas dirigidas a conservar una élite nacional e impedir que se borren las líneas de separación entre extranjeros y nacionales. El Fondo Matrimonial Jeque Zayed fue establecido en 1992, proporcionando pagos de alrededor de 19.000 dólares anuales a cada una de las tres mil parejas nacionales que luchan para reunir el coste de las dotes. Además tiene como objetivo alentar explícitamente «los matrimonios entre nacionales de los EAU».[10] La zanahoria financiera va acompañada del correspondiente palo legislativo. Las mujeres nativas que se casen con un hombre expatriado se exponen a perder su ciudadanía y la de sus hijos. Los extranjeros que llamen la atención de las autoridades corren el riesgo de recibir una negativa a la extensión de sus permisos de residencia e incluso pueden ser invitados a marcharse antes de tiempo —las multas pecuniarias por semejantes sanciones son demasiado severas para poder hacerles frente—. Todo el mundo tiene un incentivo al que someterse.

El pacto de Dubái con sus ciudadanos y expatriados ha sido cuidadosamente elaborado, siguiendo principalmente el modelo de Singapur. Supone una tentadora proposición para aquellos que sitúan la creación de riqueza y las libertades privadas —especialmente la libertad de consumo— por encima de las libertades públicas —libre expresión y elecciones libres—. La filosofía es formar

al «ciudadano consumidor», anestesiado por la riqueza y el lujo en un capitalismo autoritario. Aunque difícilmente emplearía esos términos, el jeque Mo está orgulloso y abierto a ese intercambio de elementos. Su benevolente paternalismo y su bienestar material son presentados como unos más que adecuados sustitutos de los derechos democráticos para sus «ciudadanos consumidores». En lugar de derechos políticos, a los nacionales se les ofrece una participación económica en la prosperidad de los Emiratos; el trato es prácticamente el mismo para los expatriados y empresarios internacionales. Tal y como explica el académico de los Emiratos Abdul Khaleq Abdulla, en Dubái «la política es inconcebible».[11]

En enero de 2008, el jeque Mo resumió así su filosofía:

No vemos la política como algo nuestro; no la queremos, no creemos que sea la forma correcta de actuar. Estamos comprometidos en un tipo diferente de lucha que es la que realmente vale la pena —la lucha para eliminar la pobreza, generar una mejor educación, crear oportunidades económicas para el pueblo y enseñar a las personas de todo el mundo cómo ser empresarios y creer en sí mismos—. A menudo pregunto: ¿Cómo puedo ayudar? ¿Qué puedo hacer por la gente? ¿Cómo puedo mejorar sus vidas? Eso forma parte de mi escala de valores. Es demasiado tarde para que ahora yo cambie de sistema, pero nunca es demasiado pronto para que diga al mundo que la historia de Dubái trata de cómo cambiar a mejor las vidas de la gente a través de un capitalismo inteligente, fuerza de voluntad y energía positiva.[12]

En lugar de política, él aboga por un cuasi mesiánico capitalismo humanitario. A pesar de proclamarse como director ejecutivo de su ciudad-corporación, está interesado en presentar su visión de Dubái como enfocada a algo más que una justa maximización de su margen de beneficios:

> Llamar a nuestro emirato «Dubái S.A», como algunos hacen, sugiere que el comercio, más que ninguna otra cosa, es nuestro *LEITMOTIV*. Es cierto, desde luego, que Dubái ha sido un puerto comercial y el eje del intercambio durante varios siglos. Pero el *ETHOS* de Dubái era, y sigue siendo, la construcción de puentes con el mundo exterior; se trataba, y se trata, de crear conexiones entre diferentes culturas. Aprendí mi capitalismo en los bazares y muelles de Dubái. Y tal vez la cuestión fundamental que aprendí a preguntar siempre es: ¿cómo podemos servir de agentes del cambio positivo? Por ese motivo prefiero que llamen a Dubái «Catalizadores S.A».[13]

La visión de Dubái del jeque Mohamed como una ciudad global está inextricablemente unida a los intereses financieros de la extensa familia al-Maktoum. No pagan impuestos y poseen la mayoría de las acciones del enorme holding de compañías y Fondos Soberanos de Inversiones. El jeque Mo ostenta una participación del 99,7 por ciento en el Dubái Holding y la mayor parte de las acciones del Dubái World, dos de las tres compañías más importantes que manejan la mayoría de la riqueza de los Emiratos. Una cartera de compañías subsidiarias es responsable de casi todos los extravagantes proyectos de edificación. Una buena parte de la tierra de Dubái pertenece a la familia al-Maktoum, lo que les da rienda suelta para maximizar las oportunidades proporcionadas por la inversión inmobiliaria, el turismo, las compras y las zonas libres de impuestos. Estas corporaciones están dirigidas por miembros de familias leales de la élite: son comercializadas como marcas ultramodernas, a pesar de ser gestionadas conforme a redes patrimoniales que se remontan a muchas generaciones atrás y estar integradas por los descendientes de las tribus y las familias de comerciantes. Esas mismas familias componen la administración de los Emiratos ocupando los cargos más importantes. En un esfuerzo para introducir un mínimo de modernidad en el gobierno, el jeque Mo creó el Consejo Ejecutivo de Dubái. Con sede en la más alta de las dos Torres Emirates, el CED dirige eficazmente las empresas del

emirato. Es posible que suponga una mejora respecto al pasado, pero su transparencia y contabilidad están altamente circunscritas. El CED solo responde ante un hombre.

Para ayudar a suavizar la imagen de hipercapitalismo y gestionar su reputación, el jeque Mo se ha apropiado de una imaginería idealizada de la herencia de Dubái y la identidad beduina. Siguiendo el ejemplo de Mansa Musa (véase capítulo III) y de posteriores regentes musulmanes, tales como el líder otomano Solimán el Magnífico, los donativos de caridad y los gestos de piedad son presentados como actos personales del líder. El presupuesto de Dubái para ayuda internacional constituye el 3,5 por ciento de su PIB, cuatro veces el porcentaje de Occidente y muy por encima del nivel exigido por Naciones Unidas. El jeque Mo realizó también uno de los mayores donativos de la historia cuando regaló 10 millones de dólares a un nuevo fondo educativo árabe —la Fundación Mohamed bin Rashid al-Maktoum—.[14] Dubái y los EAU han utilizado ese tipo de filantropía y labores humanitarias para demostrar un apoyo despolitizado a la causa árabe. La Fundación al-Maktoum y la Institución Caritativa y Humanitaria Mohamed bin Rashid son vehículos a través de los cuales el jeque apoya una amplia variedad de proyectos en Palestina —incluyendo colegios, orfanatos y hospitales—. En 1995, extendió su ayuda a musulmanes no árabes en Bosnia y Kosovo, sufragando un puente aéreo para trasladar bosnios heridos a hospitales en Dubái, así como recaudando 15 millones de dólares para la construcción de nuevas mezquitas en Kosovo, una suma que el jeque Mo dobló públicamente con dinero de su bolsillo.

La flexibilidad que permite a los británicos emborracharse libremente —siempre que se mantengan lejos de la vista de la policía— mientras respeten las normas islámicas, es aún más patente a nivel diplomático. Gracias a su riqueza económica y estabilidad en medio de una región turbulenta, Dubái se ha

convertido en destino favorito de todos. Los iraníes han podido comerciar a través de su puerto, evitando las sanciones americanas, siempre que lo hicieran discretamente. Se ha escrito mucho sobre figuras claves de al-Qaeda con propiedades en el emirato. Todo el mundo puede acudir allí para relajarse, sin que se le hagan preguntas, siempre que se contengan de sus otras actividades estando en suelo de Dubái. Mientras tanto, no son solo las corporaciones occidentales las que han establecido una significativa presencia; las agencias de seguridad de todos los bandos utilizan Dubái como un útil puesto de escucha.

El pacto sobre el estilo de vida tampoco es casualidad. Es sinónimo del propio jeque Mo, y le fue inculcado por su padre. La tensión entre el conservadurismo cultural y el liberalismo económico de orientación occidental corre en paralelo a su vida familiar. Contrajo matrimonio con su primera mujer, Sheikha Hind bint Maktoum bin Juma al-Maktoum en 1979. De sus veintitrés hijos oficiales, ha tenido doce con Sheikha Hind, que vive en el palacio Jameel y no ha sido fotografiada en público. Su segunda mujer, la princesa Haya, es la hija educada en Oxford del difunto rey Hussein de Jordania, y hermanastra del actual rey Abdalah. Se casaron en 2004, justo antes de que el jeque Mohamed asumiera oficialmente el poder en Dubái. Ella es una figura pública, y ha sido frecuentemente fotografiada luciendo ropa occidental, comprometida con causas de beneficencia. Como antigua amazona olímpica, la princesa Haya comparte con su marido el amor a los caballos y le acompaña en las visitas a sus cuadras de Gran Bretaña, América, Japón e Irlanda.

La imagen proyectada por el jeque Mo le muestra como un líder visionario, poeta, jinete y filántropo, un alma sencilla a la que le ha sido confiada la onerosa tarea de hacer el bien: «Necesito muy poco para mi mundo. En mi coche, por donde quiera que vaya, siempre llevo mi alfombra de oración y la botella de agua, junto con mis documentos de trabajo y mi visión». De cuando en cuando, el

modesto príncipe ocupa el asiento trasero. El 2006 planeó que un verso de sus poemas apareciera escrito en un conjunto de islas artificiales en el Golfo Pérsico. El tema principal del poema era su habilidad como jinete. Estaba previsto que la inscripción árabe dijera:

Acepta la sabiduría de los sabios:
se necesita a un hombre de visión para escribir sobre el agua,
no todo el que monta un caballo es un jinete,
los grandes hombres se crecen ante grandes desafíos.

Estas líneas, que ensalzan la ideología emprendedora del jeque Mo, deberían ser visibles desde el espacio. Este fue uno de los pocos grandes proyectos que no llegó a aprobarse. Probablemente se consideró un acto de veneración demasiado excesivo.[15]

Pueden encontrarse grandes retratos del regente por todo Dubái, a menudo representado con la ropa tradicional sobre un caballo blanco. La tradición y lo moderno están estrechamente entrelazados. El jeque Mo utiliza Facebook y Twitter para conectar con sus súbditos, además de recibir personalmente a los residentes en su *diwan*, su principesca corte. Cría camellos —en un guiño a Oriente Medio— al tiempo que es visto luciendo un traje de mañana en Ascot, codeándose con la élite británica de las carreras de caballos.

Su compulsiva atracción por las compras le ha hecho adquirir bienes por todo el mundo en beneficio de su estado, entre ellos: el gran almacén Barneys en Nueva York, una parte del Standard Chartered Bank; la mitad del Strip[16] en Las Vegas; criaderos de purasangres en los EAU, Inglaterra, Irlanda y Australia. Durante un breve período fue el propietario del *Queen Elizabeth II*, el transatlántico de lujo, planeando convertirlo en un hotel exclusivo,

solo para decidir que no era lo suficientemente ostentoso y revendérselo a los chinos.

Habiendo incrementado su fortuna principalmente con inversiones inmobiliarias en Dubái, expandió su cartera de propiedades de lujo por todo el mundo. Eso incluye diversas mansiones y fincas en Inglaterra, especialmente Dalham Hall en Suffolk, valorada en 45 millones de libras, y las casi trescientas veinticinco hectáreas del campo de golf de Turnberry en Escocia, valorado en 55 millones. En 2010 se superó a sí mismo cuando compró un ático en Mónaco por 308 millones de dólares como «inversión segura», en un momento difícil de la economía. Se dice que el garaje de su palacio contiene más de cien coches, incluyendo un gran número de Rolls-Royces, Lamborghinis, Ferraris y Mercedes. En un momento dado fue propietario del yate más grande del mundo: el *Dubái* medía ciento sesenta y dos metros de eslora, con ocho cubiertas, alojamiento de lujo para ciento quince invitados y ochenta miembros de la tripulación. Se rumorea que costó más de 300 millones de dólares, y solo ha sido superado en tamaño por el *Eclipse* de Roman Abramovich (véase capítulo XII). Para tristeza del oligarca ruso, fue superado a su vez por el superyate del jeque Jalifa cuyo crucero de juguete, el *Azzam*, alcanza casi los doscientos metros de eslora.

En 2008, la fortuna personal del jeque Mo, según una estimación de la revista *Forbes,* era de 18.000 millones de dólares. Eso fue antes de que Dubái se desplomara con la crisis. Una crisis que se produjo no tanto por el petróleo sino debida a la deuda que financiaba el *boom* de Dubái. Ese modelo tuvo un gran éxito, pero solo era sostenible mientras el país estuviera en el centro de una burbuja especulativa. Cuando los precios inmobiliarios se desplomaron a finales de 2008, el emirato no fue capaz de convencer a potenciales inversores de poder pagar sus deudas y los préstamos se secaron.

El precio del petróleo se desplomó a 50 dólares el barril, un tercio del máximo valor alcanzado. La bolsa se hundió. Dubái World, uno de sus conglomerados de inversiones, no pudo hacer frente a los intereses de sus préstamos, provocando una gran confusión en los mercados. Después de todo, ¿qué organización o individuo en Dubái no se había endeudado profundamente con el jeque Mo sin pensar en las condiciones? La mitad de todos los proyectos de construcción de la región fueron abandonados temporalmente o cancelados, dejando un rastro de grúas y torres a medio construir en las afueras de Dubái que se extendía hasta el desierto. Los vendedores desesperados vieron descender los precios del suelo hasta un 60 por ciento. La comunidad de expatriados fue presa del pánico. Miles de extranjeros perdieron sus empleos y sus visados de trabajo, y fueron requeridos por la ley a abandonar el país en menos de un mes. Otros se encontraron en condiciones aún peores, con su patrimonio alcanzando valores negativos o endeudados. El retraso en los pagos está castigado con prisión. Los aparcamientos del aeropuerto se llenaron de Porsches comprados a plazos ahora abandonados con las llaves puestas y los parabrisas cubiertos de notas de los aterrorizados propietarios disculpándose por no cumplir los pagos.

Una crítica sin precedentes hacia Dubái comenzó a surgir en la prensa internacional. A medida que la crisis se desarrollaba, el jeque Mo trató de tranquilizar a los inversores internacionales, pero cada vez estaba más irritado con los medios, exigiendo a la prensa crítica que «cerrara el pico».[17] En 2009, se estableció en Dubái un nuevo departamento de relaciones públicas para «preservar y promover la imagen del emirato facilitando información precisa y actual a los medios locales e internacionales».[18] Apodado extraoficialmente «Marca Dubái», fue presentado como un intento de mejorar la transparencia para los inversores. En realidad solo formalizaba la intensa gestión de la reputación que el jeque Mo había practicado desde su llegada al poder.

Así se vio obligado a acudir con la mano extendida a su primo mayor, el jeque Jalifa, quien le entregó 10.000 millones de dólares para ayudar a Dubái a salir de la amenaza del impago. Su deuda de 2010 fue renegociada. Pero era una medida a corto plazo. La propia Abu Dhabi también había asumido un riesgo, uno calculado, confiando que los millones reservados en los Fondos Soberanos actuarían como garantía subsidiaria del préstamo. En un gesto de agradecimiento el jeque Mo rebautizó el Burj Dubái, el rascacielos más grande del emirato, como Burj Khalifa el día de su inauguración —los derechos por un nombre más caros que el mundo haya visto nunca—. A pesar de todo el halo positivo de fraternidad, aquella fue una experiencia humillante. La suprema confianza de ese hombre había sido aguijoneada. Pero había algo más que una cuestión de orgullo. La imagen del jeque Mohamed era el negocio de Dubái, algo que él publicitaba personalmente. El plan de rescate dejó claro a los ojos del mundo dónde residía realmente el poder —y el dinero.

$ $ $

Dubái y Abu Dhabi son con mucho los más importantes de los siete emiratos que forman los EAU. Como el mayor contribuyente, Abu Dhabi ostenta la presidencia de la federación por derecho. Según una visión estereotipada, Dubái es el mercader de la tentación, mientras Abu Dhabi es más cauto y estudioso, centrándose menos en viviendas para futbolistas y más en construir galerías de arte y universidades. Y sin embargo esa diferencia de énfasis está sobrevalorada. A Jalifa también le atraen los superyates, los hoteles de siete estrellas y los clubs de fútbol, como demostró en 2008 al adquirir el equipo del Manchester City de la Premier League inglesa a través de su hermanastro y primer ministro Mansour bin Zayed bin Sultan al-Nahyan.

Abu Dhabi, como Dubái, ha crecido hasta rebosar toda proporción en los últimos años. Siendo el más callado y conservador de los dos emiratos, apenas es reconocible de la ciudad que era una década atrás. La edificación ha sido frenética. El proyecto soñado del jeque es la Isla Saadiyat, justo en la costa, frente al centro de la ciudad —el proyecto cultural más ambicioso que el mundo moderno haya visto nunca—. Alrededor de 20.000 millones de libras se están empleado en construir cinco museos y galerías, para rivalizar con cualquiera de Occidente. El Louvre de Abu Dhabi tendrá la forma de un platillo volante, y albergará la creciente colección de arte de la familia regente junto con préstamos del Louvre de París, el Museo d'Orsay y el Centro Pompidou. Justo al lado, estará ubicado el nuevo Guggenheim, doce veces mayor que el original de Nueva York. Los cerebros detrás del proyecto de Saadiyat creen que podrán atraer cualquier exposición que deseen.

Entre los arquitectos estrellas del proyecto se encuentran Jean Nouvel (en el Louvre) y Frank Gehry (para el Guggenheim), mientras que el Centro de las Artes e Interpretación y el Museo Nacional de Zayed serán cortesía de Zaha Hadid y Norman Foster respectivamente. El dinero habla, al igual que lo hizo para atraer a algunas de las marcas universitarias al Golfo. Gehry —tras firmar su contrato del Guggenheim— se apresuró a criticar el proyecto con su jugoso lenguaje habitual. «Es como una orgía colectiva», declaró quejándose no de los edificios en sí, sino de la obligación de agruparlos en un único lugar al otro lado de un puente junto al lujoso complejo de hoteles y campos de golf. «Un edificio para mí, otro para Norman Foster, otro para Zaha, otro para Jean Nouvel, otro para Daniel Libeskind. Va a ser como la cámara de los horrores».[19]

Algunos artistas han amenazado con boicotear Abu Dhabi en protesta por la restricción de la libertad de expresión. No obstante, ese criticismo tiende a ser retórico y temporal. La situación de los

obreros que trabajan en Saadiyat ha llamado últimamente la atención de los medios internacionales, al igual que sucedió en Dubái y Qatar —donde las críticas públicas por las condiciones de los trabajadores que construyen los estadios para la Copa del Mundo de 2022 causaron una intensa vergüenza—. Y sin embargo el primordial impulso de muchos occidentales que disfrutan de la riqueza de la región es no hacer preguntas.

El tercer miembro del club de lo superricos del Golfo es alguien que ha pasado más desapercibido, pero que sin embargo está irrumpiendo con fuerza y probablemente haya superado a los otros dos en importancia estratégica. Qatar, gobernada hasta mediados del 2013 por el jeque Hamad, está comprando su ascenso a la prominencia global. Gracias a sus enormes reservas naturales de gas, se convirtió en el país más rico del mundo en términos de ingresos per cápita en 2010 (superando a Luxemburgo). Sus doscientos cincuenta mil ciudadanos ganan un promedio de 100.000 dólares al año; el 10 por ciento de ellos son millonarios en dólares; y nadie paga el impuesto sobre la renta. La dinastía del jeque Hamad tal vez valga cientos de millones, pero lo más destacable es el hecho de que, virtualmente, todos los ciudadanos de Qatar pueden considerarse ricos según los estándares internacionales. Incluso en el Mali de Mansa Musa existían pobres.

¿Y qué se puede hacer con todo ese dinero? La lista de adquisiciones del emirato comprende, sin un orden particular: ser los anfitriones de la Copa del Mundo; el club de fútbol del Paris Saint-Germain; el patrocinio del mejor equipo del mundo, el Barcelona. Las cuentas deportivas ascienden a 10.000 millones de libras y subiendo. En propiedades y finanzas, solo las compras en Londres incluyen el rascacielos Shard, el complejo de Mayfair que alberga la Embajada de Estados Unidos, una gran parte de la villa olímpica, los cuarteles de Chelsea y los almacenes Harrods, junto con participaciones en el Barclays Bank, el Credit Suisse, Santander, la

Bolsa de Valores de Londres, Volkswagen y Porsche. Entre las universidades atraídas para establecer campus en el Golfo están el University College de Londres y la Georgetown de Washington.

Por otro lado, las incursiones en las artes del jeque Hamad han sido espectaculares. Bajo su dirección, Qatar se ha convertido de lejos en el mayor protagonista del mercado de arte mundial. La Autoridad de Museos de Qatar gasta casi 1.000 millones de libras al año en adquisiciones, estando siempre presentes en Christie's, Sothebys y otras casas de subastas. Algunos de los artistas más importantes del siglo XX que han disfrutado del dinero para gastos menores del jeque son Mark Rothko, Francis Bacon, Jeff Koons, Roy Lichtenstein y Andy Warhol. El *Armario de píldoras* de Damien Hirst fue adquirido por doce millones y medio de libras. Pero el récord alcanzado por la adquisición del cuadro *Los jugadores de cartas* de Paul Cézanne, a principios de 2012 —por la asombrosa cifra de ciento sesenta millones de libras—, fue lo que más llamó la atención. Las grandes instituciones occidentales, incluso con la ayuda de filantropía privada o el apoyo del gobierno, no pueden ni acercarse a esas cantidades.

Una mujer es la responsable de ese programa de adquisiciones: Sheikha al Mayassa bint Hamad bin Khalifa al-Thani, la cabeza visible de QMA y hermana del nuevo emir, el jeque Tamim Bin Hamad al-Thani, que asumió el poder en junio de 2013. Su agenda incluye adquisiciones, patrocinios y la creación de nuevos palacios de cultura. El Museo del Arte Islámico que abrió en Doha, la capital de Qatar, en 2008 es, como la Isla Saadiyat de Abu Dhabi, solo la punta del iceberg de un gran plan que incluye la Biblioteca Nacional diseñada por Rem Koolhaas y el Museo Nacional proyectado por Jean Nouvel. Todos tienen que ser llenados con obras, de ahí la ingente y constante compra de piezas de valor.

Es posible que las mejores colecciones de arte, la llamativa arquitectura moderna y algunos de los equipos deportivos más

importantes del mundo, así como la celebración de competiciones, pudieran satisfacer a un líder mundial. Sin embargo, para el jeque Hamad y su hijo, y para los jeques Jalifa y Mohamed, esos tesoros, aunque necesarios, son insuficientes. Su sueño es convertir sus emiratos y el Golfo en general en el centro del mundo.

Para lograrlo es necesario que una parte del dinero se destine al transporte y las infraestructuras. Qatar Airways y la Etihad de Abu Dhabi, junto con Emirates de Dubái, están justificando el dinero invertido en ellas. Las tres superan a sus competidoras occidentales. Desde viajes con escalas en trayectos largos a convenciones de negocios, la gente está acudiendo al Golfo por las facilidades y comodidades. Y lo mismo puede decirse de la diplomacia internacional. Qatar se ha posicionado como partícipe e intermediario recibiendo a iraníes e israelíes, y afianzándose con más fuerza en conflictos como los de Libia o Siria. Los americanos rara vez toman decisiones sobre Oriente Medio sin primero haber consultado con los qataríes y el resto de los EAU.

El proceso de apertura a todos los llegados y el deseo de convertirse en una potencia global no está exento de riesgos. En ese sentido, expone a los estados a un escrutinio con el que las familias regentes se sienten profundamente incómodas. En Abu Dhabi la aparición del periódico de habla inglesa *National* marcó un intento por demostrar un cierto grado de libertad de expresión, si bien tras un tiempo suavizó sus crónicas de los EAU. Al-Jazeera proporciona noticias abiertas, en árabe e inglés, aunque también sabe cuándo levantar el pie de la crítica, siempre que lo requiera el gobierno de Qatar.

$ $ $

Cuando Dubái fue golpeada por la crisis financiera hubo mucho cacareo en Occidente: las recién surgidas estrellas del desierto estaban recibiendo su merecido. Sin embargo esa alegría por el mal ajeno duró poco. Dubái permaneció estancado solo unos años. En octubre de 2010, el Dubái World (la isla Mundo) llegó a un acuerdo con sus acreedores para reestructurar su deuda de 25.000 millones de dólares. El mercado inmobiliario aún continuaba convulso. Pero con las inversiones en infraestructura avanzando rápidamente, Dubái gradualmente recuperó la confianza de los inversores.

Entonces estalló la Primavera Árabe —las revoluciones derribaron a la vieja guardia en Túnez, Egipto, Libia y Yemen— haciendo que los autócratas de toda la región buscaran refugio en otra parte. Las ciudades-estado como Bahréin, que habían sido consideradas un oasis de calma, se llenaron de manifestaciones. Los empresarios de esos países, y de otras partes de la zona buscaban cierta seguridad para gestionar sus negocios. Los inversores querían un refugio seguro para su dinero. Cuando esas llamadas primaveras se convirtieron en inviernos, con golpes de estado y masacres en Egipto y en otras partes, la mayoría de las corporaciones internacionales que aún tenían presencia en el antiguo mundo árabe huyeron, trasladándose al Golfo. Los economistas estiman que 30.000 millones de dólares —libres de impuestos, naturalmente—, entraron en Dubái en los tres años posteriores a la primera revuelta de Túnez.

Dubái se ha recuperado. Los gigantescos proyectos que estaban en espera han sido reactivados. A pesar de que la ciudad-estado continúa fuertemente endeudada, es como si nada hubiera sucedido. Los precios inmobiliarios se han recuperado hasta casi los valores anteriores al crac. En 2013, Dubái era el mercado residencial más fuerte del mundo. La bolsa ha resucitado.

Los megaproyectos han vuelto a estar de moda. El jeque Mo ha aprobado los planes para la ciudad Mohamed bin Rashid, una ciudad dentro de la ciudad, llamada así en honor al único e inimitable jeque.

El proyecto incluirá cientos de hoteles, un parque temático de los Estudios Universal y, por si eso no fuera suficiente, el centro comercial más grande del mundo, obviamente llamado The Mall of the World (Centro Comercial del Mundo). Eso empequeñecerá eventualmente al centro comercial de Dubái, que en 2012 fue visitado por sesenta y cinco millones de personas, convirtiéndose en el destino turístico más popular del globo. Están planeados otra media docena de parques temáticos. Uno tendrá una réplica del Taj Mahal, cuatro veces más grande que el real. El original centro Turismo Visión 2020 —esbozado en los años del *boom*, con la pretensión de doblar el número de visitantes hasta veinte millones en 2020— ha vuelto a ponerse en marcha.[20] Un nuevo aeropuerto con cinco pistas, el Maktoum Internacional, triplicará la capacidad de su espacio aéreo. Su construcción forma parte de un proyecto más grande, el Dubái World Centre, que se anuncia como una «aerotrópolis» que integrará servicios aéreos, fábricas, desarrollos comerciales y residenciales con Jebel Ali, el más activo eje de transporte naviero entre Singapur y Europa. La sobriedad apenas ha durado; la resiliencia ha sido asombrosa.

Pero aún quedaba otro reto al que el jeque Mo debía hacer frente, y esta vez se trataba de uno profundamente personal, que afectaba al mismísimo corazón de su intrincada reputación como gestor. En abril de 2013, la Autoridad Británica en Carreras de Caballos desveló que once yeguas a cargo de Mahmood al-Zarooni, su entrenador favorito, habían dado positivo en las pruebas de esteroides anabólicos. Se prohibió a esos once animales correr y al-Zarooni tuvo que enfrentarse a cargos disciplinarios. Los caballos pertenecían a la famosa cuadra Godolphin de purasangres, propiedad privada de la familia Maktoum. Los caballos invernaban en Dubái y desde allí eran enviados a Newmarket para el inicio de la temporada de carreras. El jeque Mo declaró sentirse «consternado y furioso» y dispuesto a «cerrar los establos» a la espera de conocer

los cargos contra al-Zarooni. El incidente fue descrito como «el mayor escándalo de dopaje en la historia de las carreras», y resultó tremendamente embarazoso para su dueño, que, inmediatamente, buscó poner distancia entre él y las prácticas en sus cuadras: «Tengo muchos entrenadores y si uno de ellos hace mal las cosas, ya saben, ellos [las autoridades competentes] le han condenado a ocho años, pero yo le condenaré de por vida. Y estará acabado».

El escándalo golpeó el corazón de todo lo que el jeque Mohamed había intentado crear. Había recogido el testigo del trabajo de su padre, construyendo una ciudad a partir del desierto y convirtiéndola en un centro global de finanzas, inversión inmobiliaria y aviación. Había colocado a Dubái en el mapa del mundo, haciéndola famosa por sus proyectos arquitectónicos, absurdos e impresionantes a partes iguales, así como por su decadencia y dinero rápido. Pero necesitaba más que eso, algo que el dinero pudiera traer pero no garantizar. Buscaba el respeto internacional, y siempre estaba alerta a cualquier cosa que pudiera amenazar ese objetivo.

Los regentes de Dubái, Abu Dhabi y Qatar nunca han tenido que hacer dinero. Han heredado la riqueza del petróleo, pero la han empleado como una ruta hacia lo más alto del mundo financiero, social, cultural y de las redes políticas. A pesar del drama financiero al que Dubái tuvo que hacer frente, han demostrado que los ricos pueden sobrevivir al auge inicial diversificando sus activos y negocios. Pese a todos los retrasos de la nueva superestructura artística en Abu Dhabi, y los problemas con las extravagancias del fútbol en Qatar, los dos líderes han logrado su meta de convertir sus ciudades-estado en protagonistas globales.

El académico de los Emiratos Abdul Khaleq Abdulla resumía así esos proyectos: «El estado como marca y la ciudad como marca, al igual que los artículos de marca y la corporación de marca, son un fenómeno natural. No hay diferencia en la era de la globalización entre las materias primas, el estado, la comercialización, la ciudad,

la cultura y los servicios. En estos tiempos, la fachada es tan importante como el propio contenido»[21]. Al igual que otros en la historia, estos jeques han construido centros de poder a su propia imagen. Sus imperios de gobierno corporativo tal vez puedan tener una nueva escala, pero se han tomado prestados de una plantilla familiar.

[1]*http://www.gluckman.com/DubaiBiz.html.*

[2]*http://www.vanityfair.com/magazine/archive/1989/09/dunne198909.*

[3]*http://www.sheikhmohammed.com/vgn-ext-templating/v/index.jsp?vgnextoid=e61f854e4878a310VgnVCM1000003f64a8c0RCRD&vgnextchannel=d32d8960a5a11310VgnVCM1000004d64a8c0RCRD&vgnextfmt=speech&date=1350923846680&mediatype=SPEECH.*

[4]*http://www.sheikhmohammed.com/vgn-ext-templating/v/index.jsp?vgnextoid=e61f854e4878a310VgnVCM1000003f64a8c0RCRD&vgnextchannel=d32d8960a5a11310VgnVCM1000004d64a8c0RCRD&vgnextfmt=speech&date=1350923846680&mediatype=SPEECH.*

[5]*http://www.dubaiairport.com/en/media-centre/Documents/Dubai%20Airports%20Brochure_front%20FINAL.pdf.*

[6]*http://www.hrw.org/news/2006/03/28/uae-address-abuse-migrant-workers.*

[7]*http://www.telegraph.co.uk/news/picturegalleries/celebritynews/3491517/Celebrities-at-the-launch-of-Dubai-resort-The-Atlantis.html.*

[8]*http://www.theguardian.com/world/2008/nov/21/atlantis-palm-dubai-kylie-lohan.*

[9] Según el Banco Mundial, está dentro de los veinte primeros.

[10]*https://www.abudhabi.ae/egovPoolPortal_WAR/appmanager/ADeGP/Citizen?_nfpb=true&_pageLabel=p_citizen_departments&lang=en&did=14362.*

[11] Abdul Khaleq Abdulla, «Dubai: The Journey of an Arab City from Localism to Cosmopolitanism», p. 14.

[12]*http://www.sheikhmohammed.com/vgn-ext-templating/v/index.jsp?vgnextoid=48cdefcd33287110VgnVCM1000007064a8c0RCRD&vgnextchannel=1048499192b13310VgnVCM1000004d64a8c0RCRD&vgnextfmt=article&date=1200083385187&mediatype=ARTICLE.*

[13]*http://www.sheikhmohammed.com/vgn-ext-templating/v/index.jsp?vgnextoid=48cdefcd33287110VgnVCM1000007064a8c0RCRD&vgnextchannel=1048499192b13310VgnVCM1000004d64a8c0RCRD&vgnextfmt=article&date=1200083385187&mediatype=ARTICLE*

[14]*http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/middle_east/6672923.stm.*

[15]*http://www.theguardian.com/theobserver/2013/apr/28/sheikh-mohammed-horses-doping-scandal-profile.*

[16] También conocida como Las Vegas Boulevard, es la calle más famosa de Las Vegas donde se encuentran los hoteles y casinos. *(N. de la T.).*

[17]*http://www.huffingtonpost.com/2009/12/04/dubai-ruler-sheik-mohammed_n_379674.html.*

[18]*http://m.gulfnews.com/brand-dubai-will-set-record-straight-1.71943.*

[19]*http://www.thesundaytimes.co.uk/sto/style/fashion/trends/article236648.ece.*

[20]*http://www.dubaitourism.ae/aggregator/sources/2.*

[21] Abdul Khaleq Abdulla, «Dubai:The Journey of an Arab City from Localism to Cosmo-politanism», pp. 12-13

XII. LOS OLIGARCAS

> «Como filósofo he podido observar cómo la gente se inclina y se encoge ante él. Es una contorsión de la espina dorsal que hasta el más hábil acróbata encontraría difícil de imitar».
>
> HEINTICH HEINE sobre el barón James de Rothschild

La palabra «oligarca» fue utilizada por primera vez para describir a los aristócratas griegos que intrigaban para derribar la democracia ateniense, a la que equiparaban con un gobierno de la masa. Temían que el populacho, si se le daba el poder, socavaría los pilares del estado debido a su baja educación y a la falta de respeto por la cultura y la ley. A principios de la década de 1990 en Rusia, se hizo realidad la premisa contraria. Los oligarcas de la actualidad han sido sinónimos de ilegalidad e inmolación de los viejos valores en el altar del dinero nuevo.

En los veinte años siguientes, la vulgaridad ha dado paso a una más sofisticada forma de ostentación, si es que eso no es un oxímoron en sí mismo. El origen de las riquezas de los oligarcas sigue siendo idéntico: el reparto de los recursos naturales de una antigua superpotencia entre un pequeño grupo de influyentes individuos. El petróleo y el gas proporcionaron una instantánea vía a la riqueza, al igual que el acero, el aluminio y otros metales. El resentimiento provocado por esta situación y su promesa de restaurar el orden ayudaron a allanar el camino a Vladimir Putin en el año 2000. Putin anuló los anteriores acuerdos con los oligarcas, dejando claro que para poder prosperar, o más bien sobrevivir, debían mostrarle obediencia y evitar interferir en la política. La «cleptocracia» de los años de Yeltsin fue nacionalizada nuevamente y traída de vuelta bajo el ala del estado. La élite de seguridad y la élite económica se hicieron una.

En China, los acuerdos fueron más abiertos. Las expresiones públicas de lealtad al Partido Comunista resultaban esenciales para cualquiera que pretendiera hacer dinero seriamente, pero incluso así era fundamental procurarse los aliados adecuados en el momento adecuado. Las fortunas personales dependían en gran parte de los patrocinadores políticos.

Londres se convirtió en el terreno de juego y, en ocasiones, también en el campo de batalla de la élite rusa. Mientras la primera generación de superricos de China parecían sentirse más a gusto en los Estados Unidos, según iban amasando sus bienes o desviaban su dinero a Singapur y Dubái.

Ahora la prioridad de la mayoría de los oligarcas, junto con la preservación de sus riquezas, es la gestión de su reputación. Las firmas más prestigiosas de abogados, expertos en relaciones públicas y consejeros, son empleados para lograr una mejor cobertura en los medios e introducir a los oligarcas en la élite de la sociedad occidental, particularmente en la aristocracia. Además de propiedades e intereses financieros —muchos de los cuales están invertidos de forma segura en Occidente—, los oligarcas han adquirido galerías de arte, equipos de fútbol, fundaciones y otras instituciones de beneficencia. Han construido bibliotecas y piscinas para los colegios privados a los que asisten sus hijos.

Estos personajes ansían la aceptación para ellos y sus familias por parte de las altas esferas sociales. Siendo así, ¿existe tanta diferencia con los barones ladrones que consiguieron hacer dinero a través de una mezcla de violencia e intimidación, pero también gracias a su espíritu empresarial y una astuta habilidad para los negocios, y fueron vistos como pilares de la sociedad por las generaciones siguientes? ¿Son los Carnegie y los Rockefeller del siglo XIX simples precursores de los Usmanov y Wang de hoy en día?

$ $ $

Era un bochornoso día de finales de julio. La élite rusa huía de Moscú para pasar al menos una gran parte del verano lejos de la capital, ya fuera en las opulentas dachas que se alinean en las afueras o, como estaba cada vez más de moda, en el sur de Francia o las Seychelles. Aquella no era una reunión de negocios cualquiera. Dos docenas de los hombres más ricos del país habían sido convocados en el Kremlin por el recién nombrado presidente. Vladimir Putin había asumido el poder a principios de año, tras la súbita renuncia del envejecido y alcoholizado Boris Yeltsin. El antiguo jefe de la KGB se estaba moviendo deprisa para consolidar su poder. Los primeros en su punto de mira eran los oligarcas, ese pequeño grupo que a principios y mediados de la década de los noventa habían amasado una enorme riqueza al apoderarse de los recursos naturales de la antigua Unión Soviética.

En 1994, banqueros y altos cargos de la administración trazaron un plan para ayudar a Yeltsin y su gobierno a recaudar dinero y crear nuevas compañías privadas del sector. El programa fue llamado «préstamos para participaciones». En el centro del mismo estaba el círculo de allegados al presidente: la «familia», como se la conocía, que comprendía a su hija Tatiana, al marido de esta y a unos pocos amigos. Como jefe de todos ellos estaba Boris Berezovsky, apodado el «cardenal gris» y descrito por el *New York Times* como «el jefe del cabildo de esa nueva élite». Además de Berezovsky estaban Mikhail Khodorkovsky, Roman Abramovich y Vladimir Gusinsky. En el crudo capitalismo de principios de la era postcomunista rusa, todo —y todos— estaba en venta, siempre que tuvieras los contactos adecuados.

La hegemonía de esta primera generación de oligarcas alcanzó su auge en 1996. Por entonces, la popularidad de Yeltsin se había desplomado; numerosas regiones del estado se habían quedado sin efectivo y los funcionarios no estaban percibiendo sus sueldos. El creciente empobrecimiento de muchos se resentía del

comportamiento de unos pocos corruptos y disolutos. Pero el mundo empresarial y Occidente necesitaban a Yeltsin: la minúscula posibilidad de un resurgimiento del Partido Comunista en las inminentes elecciones generales les aterrorizaba. En el Foro Económico Mundial que se celebró a principios de ese año, Berezovsky y el resto del clan accedieron a financiar la campaña de reelección de Yeltsin. Gastaron cincuenta veces más del límite legal en propaganda y publicidad. La televisión era el medio clave: Berezovsky, propietario del canal principal, ORT, decidió dejar la objetividad a un lado para conseguir el resultado «correcto».

Dos años más tarde, el crac financiero que afectó a los mercados emergentes golpeó también a muchos de los nuevos superricos de Rusia. Los oligarcas se atrincheraron. Se sentían cada vez más incómodos por el errático comportamiento de Yeltsin y su salud. Rusia, coincidían, necesitaba un hombre fuerte que le sucediera, pero alguien a quien pudieran controlar. En un primer momento, se barajaron varios nombres para el cargo de primer ministro, para ser rápidamente descartados. Por fin, en 1999, creyeron haber encontrado el candidato adecuado: Vladimir Putin. El propio Berezovsky en persona se encargó de hablar con él discretamente, mientras pasaba sus vacaciones de verano en Biarritz. En un primer momento se quedó impresionado por el modesto apartamento que Putin había alquilado —muy lejos del estilo de vida de langostas, champán y aviones privados al que él y sus socios estaban acostumbrados—. Tras todo un día de discusiones en la terraza, Putin le dijo: «Está bien, lo intentaré», siempre que fuera Yeltsin quien le hiciera la propuesta formal. Así se hizo, y tras un breve periodo de prueba como primer ministro, Putin asumió el cargo la noche del milenio.

Esos hombres superricos que le dieron la oportunidad nunca creyeron ni por un momento que se volvería contra ellos. Y, sin embargo, en pocas semanas lo hizo. Mientras hacía campaña para

las elecciones presidenciales de marzo del 2000 —una conclusión inevitable que le confirmaría en el cargo—, Putin prometió «liberar a Rusia de los oligarcas como clase». Esa ofensa a los ricos fue bien recibida por una población profundamente resentida de lo que había llegado a llamarse *prikhvatizatsiya,* un juego con la palabra privatización que insinuaba robo. George Soros había intentado hacer tratos con Rusia para acabar renunciando y describiendo la situación como «un capitalismo de ladrones». Un informe del Banco Mundial de la misma época mostraba que treinta individuos controlaban el 40 por ciento de los 225.000 millones de dólares de rendimiento de la economía rusa, y prácticamente la totalidad de su sector más importante, el de los recursos naturales. Tan solo una mínima parte de ese dinero revertía en la hacienda pública.

Desde el colapso de la Unión Soviética en 1991, hasta el final del mandato de Yeltsin, el estado se había olvidado del control de la sociedad. La distinción entre legal o ilegal, moral o inmoral, apenas existía. No había una nítida definición del crimen organizado, el blanqueo de dinero o la extorsión, de donde se deduce que todas las transacciones comerciales eran legales e ilegales a un tiempo. *La Rusia que perdimos*, un popular documental de la década de los noventa dirigido por el reputado Stanislav Govorukhin, describía un país que había sido tomado por una élite de buscadores de oro y por el hampa criminal. Boris Nemtsov, ministro de Finanzas a principios de la década, en pleno auge de la «terapia de choque» inspirada en Occidente, lamentó más tarde: «El país está construido como una caprichosa y capitalista oligarquía, caracterizada por la concentración de la propiedad en manos de un estrecho grupo de financieros, los oligarcas. Muchos de ellos actúan ineficazmente, manteniendo una relación parasitaria con las industrias que controlan. No pagan impuestos y no pagan a los trabajadores».

Sin embargo, a pesar de todos los errores de los años de Yeltsin, fue un tiempo en el que los rusos podían hablar libremente y

emprender nuevos negocios o aventuras culturales. Un tiempo de esperanza y *tusovki* —con fiestas entre actores, músicos, escritores y estudiantes que no necesitaban obtener la aprobación del censor.[1]

A las pocas semanas de su reelección, Putin comenzó cumplir su promesa de aplastar a los oligarcas. Su primer golpe recayó sobre Gusinsky (véase prólogo). Un hombre que había probado suerte en la dirección teatral, pero que muy pronto comprendió todo el dinero que podía hacerse con los negocios y, en concreto, con las materias primas. Para Putin, ese no era el problema. Lo que le molestaba era que Gusinsky también estaba intentando convertirse en una fuerza política de propio derecho. Su grupo empresarial, Media-Most, que incluía un nuevo canal de televisión llamado MTV y un periódico llamado *Sevodnya* (Hoy), era el primero de ese tipo en Rusia, franco y con un periodismo de investigación. Al Kremlin no le gustaron sus informes sobre la guerra en la república separatista de Chechenia ni en otras cuestiones sensibles. Gusinsky fue arrestado y enviado a prisión por el cargo de corrupción. Liberado apenas unos días después, se apresuró a abandonar el país. Ahora divide su tiempo entre Israel y Nueva York. Los repetidos intentos del Kremlin por arrestarle y extraditarle han sido rechazados.

De pronto otros muchos empresarios se encontraron a sí mismos y a sus compañías siendo investigados por su intervención en las liquidaciones de principios de los noventa. El problema no era por dónde empezar, sino por dónde no hacerlo. Prácticamente todos los que se habían hecho ricos tenían algo que esconder. En su discurso sobre el Estado de la Nación de julio de 2000, Putin expuso su postura: «Tenemos una categoría de personas que se han convertido en milmillonarios, como suele decirse, de la noche a la mañana», declaró. «El estado les ha nombrado milmillonarios dándoles, sencillamente, una enorme cantidad de propiedades prácticamente por nada. Eso les ha hecho creer que los propios dioses estaban de su lado y que todo les estaba permitido».

Al dirigirse a los oligarcas unas semanas más tarde, como un profesor regañando a sus errantes alumnos, Putin les advirtió que no estaba hablando de casos aislados; iba detrás de todos ellos como grupo. «En gran medida, vosotros habéis construido este estado», comenzó, «a través de estructuras políticas o semipolíticas bajo vuestro control, de modo que es inútil culpar al reflejo en el espejo». Hombre de pocas palabras, no necesitaba explicar el acuerdo que estaba ofreciendo a los oligarcas. Podían continuar con sus negocios dentro y fuera de Rusia siempre que no se mezclaran en la política y vigilaran los intereses financieros del *siloviki* —la clase regente política y de seguridad.

Uno de los presentes era Khodorkovsky, presidente y director ejecutivo de Yukos, el mayor de los gigantes de energía rusos y, en ese momento, el hombre más rico del país y el decimosexto del mundo —solo unos pocos rusos más han conseguido aparecer entre los cien primeros—. Khodorkovsky ya había suscitado la ira de Putin al financiar a grupos opositores antes de las elecciones al Parlamento, la Duma, y enfrentarse públicamente a él por el espinoso tema de la corrupción. Como muchos otros, Khodorkovsky se había aprovechado del caos de principios y mediados de los noventa para comprar activos a precios de ganga. Habiendo estudiado en un prestigioso instituto químico, dirigía un negocio de importación de ordenadores bajo el ala del movimiento juvenil del Partido Comunista en la década de los ochenta, durante la era de la Perestroika (la reforma económica) de Gorbachov. Más tarde fundó el que se convirtió en uno de los primeros bancos privados, Menatep. Sin embargo, nunca lo habría logrado sin, por utilizar un viejo término soviético, *blat i svyazi* (influencia y contactos): «gasolina», como dicen los americanos. Tras adquirir una firma de fertilizantes en 1994, su gran oportunidad fue comprar Yukos en una subasta del estado por la ridícula cantidad de 350 millones de dólares. A medida que la firma se fue afianzando en el sector de la

energía, Khodorkovsky se convenció a sí mismo de que podía dirigir un negocio independientemente del Kremlin, ya que su posición le preservaba de cualquier peligro. Sin duda no era el único que permitió que su orgullo nublara su inteligencia. Incluso después de que su socio Platon Lebedev fuera arrestado en julio de 2003, Khodorkovsky continuó creyendo que Putin no iría a por él. Ese verano planeó junto con Abramovich la adquisición de una firma petrolera rival, Sibneft, convirtiendo a Yukos en un gigante global. —La compra de Sibneft por Abramovich en 2001 a Berezovsky sería objeto de arduas batallas legales en Londres con su antiguo amigo.

Para Putin esa fue la gota que colmó el vaso. No podía permitir que la fuerza más poderosa de oposición política se convirtiera en el empresario más poderoso. La caída de Khodorkovsky ese otoño fue dramática. Comandos fuertemente armados con pasamontañas irrumpieron en su avión privado en la ciudad siberiana de Novosibirsk cuando se disponía a embarcar para la última parte de una gira por el país en busca de apoyos. Fue sacado del avión y acusado de robo. Su condena fue una conclusión obvia —los jueces no contradicen a sus amos políticos en Rusia—, y su estancia en prisión sería posteriormente aumentada con nuevos cargos por evasión fiscal y malversación. Tras pasar diez años en la cárcel, Khodorkovsky fue liberado por Putin en diciembre de 2013, la víspera de los Juegos Olímpicos de Sochi, y rápidamente se marchó del país rumbo a Berlín. Es tal el miedo a las represalias engendradas por el Kremlin que no parece probable que vuelva a causar problemas desde el exilio.

De los otros miembros del clan original, Berezovsky se marchó a Inglaterra antes de que Putin lo atrapara, y luego montó una campaña de denuncia desde su jaula dorada de Surrey. El «Padrino» del régimen de Yeltsin se quedó rápidamente aislado, debiendo afrontar una sucesión de juicios *in absentia*. Condenó a Putin en cada ocasión, describiendo a Rusia como una «república bananera»,

y hablando de complots de asesinatos, al tiempo que se rodeaba de fuertes medidas de seguridad. A pesar de sus críticas e invectivas contra el sistema ruso, su conversión posterior al acatamiento de la ley no resultó convincente. En marzo de 2013, no mucho después de haber perdido su batalla legal con Abramovich, fue encontrado muerto en su casa de Ascot. El informe de la autopsia sugería que se colgó él mismo, pero era tal la frecuencia de los asesinatos de exiliados problemáticos, que aquellos que conocieron a Berezovsky en Rusia e Inglaterra no descartaron la posibilidad de un final más siniestro.

Mientras un pequeño número de superricos no logró sobrevivir a la transición de Yeltsin a Putin, muchos otros emergieron intactos. La técnica de supervivencia era muy sencilla: mantener la cabeza gacha; alejarse de la política; llevarse la mayoría del dinero, y si es posible también a la familia, fuera del país; y dar una parte de tu compañía y sus beneficios a aquellos con poder e influencia. Mientras el negocio se ciñera a esas constricciones, no había prácticamente riesgo de que alguien se interpusiera en el camino de convertirse en extremadamente ricos.

De hecho, muchos se sintieron encantados por la intención de Putin de imponer su versión del orden. Mientras todos los adinerados conocieran las reglas, nada se interpondría en sus beneficios. Apenas unos meses después del nuevo mandato de Vladimir, Pyotr Aven, el presidente de Alfa, el banco privado de más éxito en Rusia, sugirió que Putin debería tomar como modelo de su régimen el de Augusto Pinochet en Chile, combinando las doctrinas económicas de Reagan con el control autoritario. «El único camino posible es el de las inmediatas reformas liberales, buscando el apoyo público a esas medidas, pero también usando la fuerza totalitaria para lograrlo. Rusia no tiene otra elección», declaró. «Soy partidario de Pinochet, no como persona, sino como político que logró grandes resultados para su país. Él no era corrupto. Apoyó a su equipo de economistas

durante diez años. Hace falta fuerza para eso. Veo aquí muchos paralelismos. Hay similitudes en la situación».[2] Estaba hablando en nombre de muchos de los miembros de la comunidad financiera y económica de Rusia.

A principios de la década de los 2000, los superricos de Rusia se habían establecido como una presencia visible global. Suiza fue el destino elegido para su dinero. Sus bancos eran tan secretos y colaboradores como siempre, hasta que la presión internacional les obligó a vigilar más asiduamente el blanqueo de dinero. Desde ese momento, otros destinos con menos escrúpulos, tales como el Caribe, Chipre, Lituania y Singapur, se pusieron de moda. Francia era el lugar elegido para el descanso y el relax, con los más exclusivos castillos de la Costa Azul —como los que el rey Leopoldo y el presidente Mobutu solían frecuentar— muy solicitados. La estación de esquí de Courchevel se convirtió en el enclave ruso para los abrigos de piel y los helipuertos, con cenas festejadas con ostras y foie gras y regadas con vodka y Château Pétrus. —El precio por botella podía variar desde miles a decenas de miles, dependiendo de la cosecha—. Algunas veces esos vinos de reserva y el vodka eran mezclados en la misma copa.

El epicentro de la nueva ola fue Londres, que adquirió el sobrenombre de «Londongrad». Desde principios del año 2000, una industria de servicios se estableció rápidamente para suministrar a los oligarcas cualquier necesidad que tuvieran. Una de las más importantes consistía en modelar sus reputaciones. Esos hombres que habían hecho dinero en el «salvaje este» a principios de la década de los noventa estaban ansiosos porque algunas historias inconvenientes de su pasado —los cárteles y la adquisición de industrias estatales a precios ridículamente bajos— fueran expurgadas de sus archivos. Antiguos ministros del gobierno británico hacían cola para representarlos en la Cámara de los Lores. Los asesores de prensa hicieron su trabajo de relaciones públicas

encargando a sus becarios la tarea de «mejorar» las entradas de sus clientes en Wikipedia —Internet hacía más fácil el blanqueo de sus reputaciones, aunque también facilitaba que pudieran ser localizados —. La expresión utilizada por los profesionales del ramo para este tipo de servicio era «replanteo de perfiles». Numerosas firmas de abogados ayudaron a los rusos a utilizar la terriblemente indulgente cultura inglesa sobre la difamación y presentar demandas contra los inquisitivos periodistas al primer síntoma de problema. Londres empezó a ser conocida como «la ciudad llamada demanda». Tan generalizado estaba el «turismo de la difamación» que el Congreso de Estados Unidos promulgó una ley para proteger a los americanos de las cortes británicas. En 2013, la ley por difamación inglesa fue mejorada, marginalmente.

En cuanto a los asuntos financieros de los rusos, sus asesores de impuestos se aseguraron de que pagaran lo mínimo posible por sus ganancias y las ostentosas propiedades que habían comprado a través de compañías en paraísos fiscales. —La práctica sin embargo no era exclusiva de los rusos; cualquiera podía hacerlo siempre que tuviera dinero que evadir—. Importantes firmas de abogados ayudaron a los rusos a zanjar históricos conflictos entre ellos, cobrando enormes honorarios por determinar quién había traicionado o amenazado a quién con comprar o vender lucrativos activos. Términos del argot ruso tales como *krysha*, que a grosso modo podría traducirse como «dinero de protección», son ahora de uso común en las cortes judiciales inglesas. Algunos de los mayores bufetes de abogados calculan que más de la mitad de su trabajo comercial se hace a favor de clientes rusos o de otros países del este de Europa.

En marzo del 2002, el *London Evening Standard* publicó un artículo sobre los cincuenta principales residentes de los distritos más caros de Londres, Kensington y Chelsea. Ni un solo ruso aparecía en la lista. La condena de Khodorkovsky al año siguiente

cambiaría todo eso, convenciendo a sus colegas de que nadie estaba a salvo. Necesitaban sacar su dinero y a sus familias de allí. Los superricos rusos comenzaron por dominar el mercado inmobiliario de Londres, en busca de las viviendas más prestigiosas en las mejores localizaciones como refugios seguros e inversiones. Aunque los precios cayeron ligeramente justo después del crac global de la banca en 2008, esa bajada fue mínima y temporal. Desde entonces, el valor de las casas con un precio de mercado de más de 10 millones de libras ha aumentado un 30 por ciento, más que ninguna otra cosa en Inglaterra o Europa. Cuanto más ostentosa sea la casa, mejor: el número 1 de Hyde Park, un lujoso edificio junto a los grandes almacenes favoritos, Harrods, se convirtió en un conveniente refugio en el centro de Londres. En 2011, poco después de ser inaugurado, un comprador se gastó la cifra récord de 136 millones de libras en dos pisos, y otros 70 en reformarlos. El propietario era Rinat Akhmentov, el hombre más rico de Ucrania. Dado que sus bienes estaban estimados en alrededor de 10.000 millones de libras, eso apenas era calderilla.

Pero la residencia principal de la mayoría de los oligarcas estaba generalmente en el campo. Las más exclusivas agencias inmobiliarias se pusieron en alerta para atrapar cualquier propiedad que saliera al mercado en los Home Counties —los condados del Este y Sudeste que rodean Londres—. Iban en busca del lujo —aunque de eso ya tenían bastante con sus hogares urbanos—, pero también de autenticidad. Querían un esplendor bucólico donde poder interpretar el papel del señor terrateniente de *Downton Abbey*. Pasatiempos tradicionales de la clase alta inglesa como el polo se hicieron muy populares, como también las apariciones anuales en Ascot o en la Regata Henley. Esos nuevos millonarios se pegaban a los famosos o a miembros menores de la realeza viendo en ellos una ruta a la respetabilidad. Los más selectos internados privados acogieron a sus hijos, y a sus chequeras.

Por lo general, los oligarcas rusos han encontrado más fácil establecerse financieramente —y también socialmente y en lo relativo a su reputación— en Inglaterra que en los Estados Unidos. Quitando el clima, ¿qué otra cosa les podía incomodar? Tan enorme fue el éxodo a Londres a comienzos del 2000 que la comunidad se retroalimentó y creció, ayudada por los británicos ansiosos de atrapar las oportunidades que el flujo de nuevo dinero les proporcionaba. Comercios y compañías abrieron sus puertas dispuestos a surtir las necesidades de los rusos, ya fuera con los mejores vinos, aviones privados o lanchas motoras.

Una de las razones por las que los rusos eligieron Inglaterra fue porque las autoridades americanas tenían la molesta costumbre de hacer preguntas indiscretas, y algunas veces negar la entrada por motivos de irregularidades financieras. Inglaterra no ha tenido tantos escrúpulos. En la búsqueda de los superricos, se trataba de lanzar la oferta más competitiva, e Inglaterra se aseguró de mostrar las más atractivas propuestas. Los gobiernos laboristas de Tony Blair y Gordon Brown fueron especialmente indulgentes, haciendo la vista gorda al dinero blanqueado y negándose a endurecer su legislación sobre exención de impuestos. Tras una campaña de gran presión, la administración de Brown finalmente impuso en 2008 un impuesto anual de treinta mil libras a las residencias de los no domiciliados, una irrisoria cantidad para esos llamados «no domiciliados». «Todo dinero es dinero bueno», era su lema. En ese mismo año, el FMI situó a Londres al mismo nivel que otros compañeros de viaje mucho menos saludables, como Bermudas, las islas Caimán y Suiza, considerándolo «el centro de los paraísos fiscales».

El tono de bienvenida había sido previamente establecido por Peter Mandelson, quien como secretario de Comercio e Industria señaló en 1998: «Estamos totalmente tranquilos respecto a las personas que se están haciendo asquerosamente ricas». Y se apresuró a añadir: «Siempre que paguen sus impuestos». Más

adelante, ennoblecido y sirviendo como comisionado de Comercio de la Unión Europea, Mandelson se vio envuelto en una controversia sobre sus relaciones con Oleg Deripaska, «el rey del aluminio», a quien le habían denegado en varias ocasiones la entrada en Estados Unidos. Todo empezó por un viaje a Siberia que Mandelson realizó con Deripaska y Nat Rothschild, vástago del famoso banquero, en el *jet* privado, el *Gulfstream*, propiedad del primero. Rothschild reveló más tarde en un juicio —había demandado a un periódico británico —, que los tres habían visitado una de las fundiciones de Deripaska, jugado un partido de fútbol sala y presenciado otro de *hockey* sobre hielo bajo los focos. Después el grupo había disfrutado de una sauna tradicional rusa, una *banya*, y fueron festejados en la casa de su anfitrión por una orquesta cosaca. La historia salió a la luz en el fragor de una furiosa disputa política cuando Mandelson y Rothschild se reunieron en el superyate de Deripaska, el *Queen K*, en viaje a Corfú en 2008, por boca de George Osborne, portavoz de finanzas del gobierno en la sombra del Partido Conservador, quien en 2010 se convertiría en ministro de Economía y Hacienda. Para los lectores esta fue una inquietante evidencia de la presencia del nuevo dinero ruso en el corazón de la clase dirigente política británica.[3] La reacción pública fue, como de costumbre, una mezcla de desprecio y envidia.

Un dicho favorito empezó a difundirse entre los nuevos rusos: «Existen tres palabras que comienzan por la letra C en la lengua inglesa: Courchevel, Cartier y Chelsea». Una compra, por encima de todas los demás, propulsó a Roman Abramovich al escenario global: el club de fútbol del Chelsea. Hasta entonces ninguna adquisición había disfrutado de tanta publicidad y puede decirse que tampoco después. Abramovich, la quintaesencia del hombre hecho a sí mismo, empezó como vendedor callejero a finales de los años ochenta, vendiendo todo tipo de artículos, desde patitos de goma a muñecas o neumáticos de coche usados. Fue su amistad con

Berezovsky, al que conoció en 1992, lo que le proporcionó su paso a un escenario más grande. Tres años después, los dos habían comprado participaciones suficientes para controlar la compañía petrolífera Sibneft bajo el plan original de Yeltsin de «préstamos para participaciones».

Desde el año 2000, cuando la marea cambió, Abramovich cesó todo contacto con Berezovsky y lo que quedaba de la «familia» Yeltsin. Se ofreció voluntario para ser gobernador de Chukotka, gastando más de cien millones de libras en esa remota y empobrecida provincia en el extremo este de Rusia. Su mensaje a Putin: «Como verás, los oligarcas podemos ser leales», fue tan claro como la advertencia del presidente lo había sido para ellos. Hacia 2004, unos meses después de transformarse en el rostro del fútbol europeo, Abramovich, sin saberse cómo, pasó a ocupar el número uno de la lista del *Sunday Times* de los más ricos, la Biblia londinense de la riqueza transnacional, que se revisa cada año.

A medida que adquiría compañías y las hacía crecer, también fue amasando una cartera de propiedades, *jets* y yates. Pero a pesar de toda esa ostentación, Abramovich detestaba ser el centro de atención, evitando hablar en público y escudándose bajo un enorme equipo de guardaespaldas y asesores. Tras divorciarse de su primera mujer, una antigua azafata de Aeroflot, con la ayuda de un equipo de abogados de carísimos honorarios, se lanzó al mundo del arte con su nueva y joven pareja, Dasha Zhukova, la hija de otro oligarca. Las incursiones de ella en el arte comenzaron con el Centro de Cultura Contemporánea El Garaje, montado a las afueras de Moscú en una estación de autobuses de los años del constructivismo soviético. Posteriormente el proyecto se trasladó y expandió al Parque Gorky, en el centro de la capital, encargando al arquitecto estrella holandés, Rem Koolhaas, la tarea de crear la primera galería de arte moderno de la ciudad. Su siguiente movimiento sería en la antigua capital imperial, en una isla de casi ocho mil hectáreas y

antigua dársena de la armada en el corazón de San Petersburgo a la que bautizó Nueva Holanda, y que confía pueda formar parte de una cadena de arte internacional que una al MoMA de Nueva York con la Tate Modern de Londres y el Centro Pompidou de París.[4] [5]

$ $ $

Otros rusos han ido alcanzando gradualmente a Abramovich, y algunos incluso lo han superado. La mayoría de los superricos rusos —aquellos que han amasado menos de 1.000 millones de dólares son considerados pececillos— no hicieron su dinero por medio de grandes invenciones u originalidad. A pesar de todas las exhortaciones, la economía rusa no se ha diversificado bajo el gobierno de Putin y el país cuenta con muy pocos de los niños prodigio tecnológicos de la India o de China, por no mencionar de Estados Unidos. La llave para la riqueza en la era poscomunista fue el acceso a los recursos naturales. Algunos de los favorecidos son figuras conectadas con la era soviética, o sus descendientes. Otros se han hecho a sí mismos, aprovechando una oportunidad en la década de los noventa y asegurándose de tener contentos a los contactos adecuados. Casi todos son hombres entre cuarenta y cinco y sesenta y cinco años, y muy pocos pueden considerarse carismáticos.

Dos de los más destacados personajes del mundo del petróleo, Mikhail Fridman y Leonid (Len) Blavatnik, fueron importantes figuras en un altamente lucrativo pero amargo negocio conjunto con la británica BP, la TNK-BP, la más grande transacción privada en la historia de Rusia. Fridman había comenzado revendiendo entradas de teatro y limpiando cristales para ganarse la vida. Viktor Vekselberg, nacido en Ucrania, otro participante esencial en el acuerdo, hizo su dinero con aluminio y petróleo. Se introdujo en la

escena global mediante lo que podría llamarse una adquisición más refinada: la de los huevos Fabergé. Desde entonces se ha convertido en el mayor coleccionista del mundo, por un coste de más de 100 millones de dólares. Vekselberg fue nombrado presidente de la Fundación Skolkovo, el proyecto estrella de Dimitri Medvedev —el presidente de Rusia durante unos años, siempre subordinado a Putin — para realizar su propia versión de Silicon Valley. Un proyecto al que le está costando salir a flote. Esos tres hombres Vekselberg, Fridman y Blavatnik, han estado o están cerca de los puestos más altos de la lista *Forbes* de los rusos más ricos desde que se creó en 2003.

Más recientemente, el hombre que ha ostentado el primer puesto de las listas ha sido Alisher Usmanov. Como los demás, hizo su fortuna en metales, pero rápidamente asumió los otros dos papeles propios de todo oligarca ruso de éxito que se precie: se convirtió en un gran nombre del deporte mundial y en patrocinador de las artes, manteniéndose en el lado correcto del Kremlin. La mayor incursión de Usmanov en la filantropía pública tuvo lugar en 2007. Una colección de arte perteneciente al fallecido músico exiliado Mstislav Rostropovich estaba a punto de ser subastada en Londres por Sotheby's, con gran pena del estado ruso —a pesar de que el músico había huido de la Unión Soviética—. La subasta fue cancelada inesperadamente; se rumoró que un milmillonario anónimo había adquirido las piezas —que incluían cuadros de Grigoriev y Roerich, y porcelana y cristal que pertenecieron en su día a Catalina la Grande — por el más alto de los precios estimados. El nombre de ese caballero blanco resultó ser Usmanov, quien poco después anunció que la colección sería permanentemente expuesta en el Palacio Konstantin, cerca de San Petersburgo.

Tan solo unas semanas antes, Usmanov había seguido los pasos de Abramovich al entrar en la escena del fútbol inglés y convertirse en uno de los principales accionistas del Arsenal, incrementando

gradualmente sus participaciones en el club hasta tener cerca del 30 por ciento. —Se aseguró de conseguir el palco corporativo más grande del estadio, mayor que el de los otros directivos, al unir dos de ellos—. Su otra pasión deportiva es la esgrima, que practicó desde los trece años y le llevó a ganar el campeonato juvenil de Uzbekistán. Actualmente es el presidente de la Federación Internacional de Esgrima. Su patrocinio de las artes ha incluido pagar la exposición de los cuadros y acuarelas de Turner de la Tate Gallery en Moscú, y llevar una exposición de arte ruso a la Royal Academy de Londres.

Mientras diversificaba sus inversiones en materias primas a sectores de la tecnología y medios, Usmanov compró la segunda compañía más grande de telefonía móvil de Rusia, MegaFon, y adquirió acciones en empresas emergentes de Silicon Valley. Bajo los términos del acuerdo con Mark Zuckerberg, negociados por Goldman Sachs, Usmanov accedió a no tener derecho de voto ni un puesto en la dirección. Fue un trato muy poco convencional pero altamente lucrativo para Usmanov, que se embolsó varios miles de millones después de que Facebook saliera a Bolsa en 2012.

Este único éxito hizo a Usmanov el hombre más rico de Inglaterra en la lista de ese año, con una fortuna estimada en 13.300 millones de libras, desplazando al destacado magnate del acero indio, Lakshmi Mittal del primer puesto. En 2013, tres de las primeras cinco posiciones de la lista del *Sunday Times* estaban ocupadas por rusos —los otros dos eran Blavatnik y Fridman—, pero fue Usmanov quien lideró el camino. Adquirió una mansión Tudor catalogada como de primera categoría, siguiendo los pasos de otros propietarios superricos de la casa, incluyendo a John Paul Getty. Se cuenta que prefiere su casa en el barrio residencial de Hamptead, por la que pagó cincuenta millones de libras en 2008. Desde entonces ha intentado construir un complejo de baños y termas en su jardín, tomando como modelo los entretenimientos de los que disfrutaban

los emperadores romanos. Sus vecinos no están tan entusiasmados con sus planes. En cuanto a sus desplazamientos por el mundo, él mismo se ha regalado el imprescindible megayate propio de cualquier oligarca, amarrado en la costa Esmeralda de Cerdeña, mientras su flota de aviones incluye un Boeing 737 y un Airbus A340 conocido por ser el jet privado más grande de Europa —aunque es tal la competencia que la calificación de poseer «el más grande nunca visto» fluctúa con alarmante regularidad.

Los logros de Usmanov no están mal para un hombre cuya primera aventura empresarial fueron las bolsas de plástico. Hizo lo que todo empresario de éxito: encontrar una oportunidad del mercado. En la época soviética, incluso a finales de los años ochenta, los rusos caminaban penosamente cargando con sus bolsas de cuerda de la compra para el caso de que hubiera algo que comprar, hasta que las bolsas de plástico de Usmanov estuvieron disponibles en los comercios. Sin embargo no se trata del clásico cuento de pobre convertido en rico. Hijo de un fiscal, Usmanov fue enviado a un prestigioso colegio de Moscú. Desde allí consiguió una plaza para el famoso Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú, MGIMO. Estas instituciones proporcionaban unas fértiles oportunidades de trabajo y contactos. Al igual que Abramovich, pero a diferencia de Berezovsky y Khodorkovsky, se mantuvo convenientemente en el lado correcto del Kremlin. Un episodio refleja esta situación a la perfección. En 2006 compró el semanario *Kommersant*, previamente propiedad de Berezovsky. El periódico tenía fama de ser una publicación en temas de negocios y política que no se autocensuraba fácilmente. Eso fue hasta el 2011, cuando Usmanov despidió al editor y al jefe de la editorial tras haber publicado un artículo muy poco halagador sobre la victoria en las elecciones de Putin titulado «La victoria de los Votos Trucados Unidos» —un juego de palabras con el nombre del partido del presidente, Rusia Unida—. Usmanov se disculpó por esa «violación

ética» declarando que el artículo había «bordeado un mezquino vandalismo», una frase genérica utilizada para denunciar cualquier forma de crítica indeseada.

Para Usmanov, como para los otros oligarcas, la reputación es una cuestión vital en todo lo que hace. La Cámara de los Lores ha sido un terreno fértil para los superricos de Rusia, con un gran número de pares ocupando puestos de consejeros o directores de sus compañías. Usmanov ha mantenido una asociación de más de una década con Lord (David) Owen, antiguo secretario de Relaciones Exteriores, y en noviembre del 2012 persuadió al antiguo ministro de Servicios Financieros, Lord (Paul) Myners para incorporarse al consejo de MegaFon poco después de salir a bolsa en Londres, para así tranquilizar las preocupaciones de los inversores sobre la administración de la compañía.

Sin embargo, hay un capítulo en particular sobre la reputación de Usmanov que le provoca grandes dolores de cabeza. En agosto de 1980 fue sentenciado a ocho años de cárcel en Uzbekistán por fraude, robo al estado o a las propiedades civiles, y conspiración para recibir sobornos. Él siempre ha insistido en que su encarcelamiento se debió a motivos políticos en un reflejo del caos y la corrupción de los últimos tiempos soviéticos, señalando que en el año 2000 el Tribunal Supremo de Uzbekistán sobreseyó el caso. La decisión de Usmanov de comprar acciones del Arsenal le propulsó a una preeminencia global y, con ello, a los ojos inquisitivos de los medios. Así, un buen número de periodistas ingleses y extranjeros comenzaron a husmear en su pasado. El 19 de noviembre de 2007, el periódico *The Guardian* publicó un artículo titulado «La llamativa vida del último oligarca del fútbol», incluyendo un intercambio de correos con Usmanov en donde contestaba a treinta y siete preguntas. El periódico declaraba:

> La primera vez que muchos periodistas escucharon el hombre de Usmanov fue cuando Schillings, una firma de abogados especialistas en difamación que se enorgullece de su reputación de implacables, envió una carta a todos los medios de comunicación más importantes de Inglaterra anunciando que su cliente había comprado un primer paquete de acciones del Arsenal y advirtiendo contra cualquier «declaración difamatoria o invasión de su privacidad». A Schillings les preocupaba lo que describían como «una cuestión de historial». Su cliente había sido encarcelado «por varios delitos bajo el antiguo régimen soviético», explicaban. «Nuestro cliente no cometió ninguno de los delitos de los que se le acusó. Nuestro cliente fue plenamente redimido cuando el presidente Mijaíl Gorbachov asumió el gobierno. Toda referencia a esta cuestión ha sido suprimida de los archivos policiales».

En el intercambio de correos, Usmanov se quejaba repetidas veces de la «desinformación» y describía los cargos como «inventados». Además negaba que sus negocios se hubieran beneficiado de ninguna relación con el sempiterno líder de Uzbekistán, Islam Karimov, o su hija Gulnara.[6]

Cuanto más se establecía en la vida pública inglesa, más fácil resultaba al equipo de relaciones públicas de Usmanov conseguir desviar la curiosidad de los medios por su pasado hacia sus nuevos papeles como empresario global y filántropo. Los encargados de mirar por sus intereses no dejaban nada al azar. En noviembre del 2012, en la época de la salida a Bolsa de MegaFon, una de las firmas de relaciones públicas inglesas, Finsbury, se vio obligada a disculparse después de que *The Times* revelara que se habían hecho un buen número de cambios y correcciones en su entrada en Wikipedia.

Algunos oligarcas que han establecido reputaciones en Gran Bretaña y otras partes han tratado de desarrollar una imagen más allá de los megayates, mansiones y equipos de fútbol. Uno de los que más lo han intentado ha sido Yuri Milner. Hijo de intelectuales y físico de profesión, en 1990 se convirtió en el primer ruso no emigrante que recibía un MBA en una universidad estadounidense. Pasó la primera mitad de la década de los noventa en el Banco

Mundial en Washington, contemplando frustrado cómo sus colegas se repartían los despojos de las privatizaciones rusas. Más tarde describiría ese período como sus «años perdidos». Sin embargo, rápidamente se puso al día trabajando con Khodorkovsky en Yukos y luego cerrando el acuerdo de Usmanov con Facebook. Ha sido el rostro de Rusia en la aventura de Internet, invirtiendo fuertes sumas en numerosos gigantes de la tecnología global, desde Twitter a Spotify o la china Alibaba.

Y sin embargo la tentación de gastar ostentosamente parece imposible de resistir. Para no ser menos que sus vecinos de Silicon Valley, Milner pagó 100 millones de dólares por una mansión en las colinas de Los Altos, un sucedáneo de castillo francés del siglo XVIII dominando la bahía de San Francisco. La casa, con catorce dormitorios, salón de baile, sala de cine, biblioteca, gimnasio y pabellones para los empleados, cambió de manos por dos veces su valor de mercado, aunque eso no pareció importarle, incluso sí provocó que algunos en Silicon Valley se burlaran en privado. Pero es la otra cara de Milner, la científica, la que él prefiere proyectar. En 2012 fundó el Premio de Física Fundamental, con una dotación de 3 millones de dólares, superando de lejos al Premio Nobel.

Sin embargo, identificar a los mayores beneficiarios de la Gran Liquidación Rusa de los años noventa continúa siendo difícil y a menudo peligroso. En 2004, unos asesinos a sueldo dispararon al recién estrenado editor de la edición rusa de *Forbes*, Paul Klebnikov, cuando salía de su oficina en Moscú. Klebnikov, un americano de origen ruso, había adquirido reputación por indagar en los turbios acuerdos de los rusos ricos y corruptos. *Forbes* continuó publicando su lista de los más ricos del país, junto con Bloomberg, el *Sunday Times* y otros muchos alrededor del mundo.

El cuadro completo de la élite rusa permanece sin desvelar, y sus abogados expertos en difamación (usualmente ingleses) continúan siendo tan voraces como siempre para impedir los entrometidos ojos

de los medios. Tal vez los nombres más llamativos no sean los más ricos. Más intrigante aún es la posición del propio presidente. En declaraciones requeridas por las autoridades electorales en 2012, Putin proclamó tener unos ingresos oficiales anuales de 187.000 dólares, con su patrimonio limitado a un pequeño apartamento y tres coches baratos. El valor de su fortuna actual es un tema de frecuente especulación tanto en juegos de salón como en los correos de Wikileaks, situándola en un total de miles de millones. Una de las revelaciones efectuadas por el delator Sergei Kolesnikov, que dejó el país en 2010 y ahora se cree que está escondido en Europa occidental, es la de un «palacio» en el mar Negro al que se desviaron fondos oficiales. Los periódicos rusos proporcionaron información más completa, que fue negada por el Kremlin.[7] Lo que no se discute es el gran número de personas cercanas a Putin desde su primera época en San Petersburgo que ahora ocupan altos cargos económicos. Eso incluye a Yuri Kovalchuk, cuyo pequeño banco de toda la vida en San Petersburgo recibió el control de un buen número de empresas subsidiarias del gigante de la energía Gazprom, y a Gennady Timchenko, que dirige una compañía de comercio privada, Gunvor, y comercializa internacionalmente una considerable cantidad del petróleo de Rosnef. En correos desvelados por Wikileaks, los diplomáticos americanos describen a Gunvor como «una significativa firma» en un sistema más amplio de tratos opacos. Un correo de 2009 decía: «Se rumorea que la compañía es una de las fuentes de indiscutible riqueza de Putin». Gunvor insiste en que Putin «no es el beneficiario» de la compañía ni de sus actividades.[8]

Otras figuras de perfil más alto que formaron parte de una cooperativa de dachas llamada Ozero, o Lago, con Putin de vuelta en la década de 1990, son ahora personajes clave en las más importantes corporaciones. Igor Sechin, quizás el confidente más cercano al presidente, fue colocado al mando de Rosneft, que

adquirió Yukos tras la desaparición de Khodorkovsky. El presidente, primer ministro y mano derecha, Dimitri Medvedev, fue también consejero de Gazprom. Vladimir Yakunin, a quien se le otorgó la responsabilidad de la red de ferrocarriles, dijo: «que Ozero no fue la razón para el nombramiento de algunas personas, sino el hecho de que todos éramos de Leningrado, nos conocíamos, y todo el mundo tenía experiencia a sus espaldas... Yo también elijo a mis directores por su experiencia, conocimientos y la impresión general que me causa la persona. Es natural».

El genio de Putin, o la astucia, fue denunciar a la primera generación de oligarcas y crear una segunda mucho más modelada a su imagen. Bajo su largo mandato, el *siloviki*, la clase dirigente de seguridad y política, se ha fusionado con los negocios. El historiador y ensayista Perry Anderson resumía así las consecuencias de ese logro en 2007:

> Putin les ha devuelto la jugada. Bajo su sistema, se ha conseguido una simbiosis más orgánica entre ambas, esta vez bajo el dominio de la política. Actualmente, dos primeros ministros son directores, respectivamente, de Gazprom y los Ferrocarriles Rusos; cuatro directores del personal del Kremlin ocupan puestos similares en la segunda compañía más grande de petróleo, un gigante del combustible nuclear, una empresa de transporte de energía y Aeroflot. El ministro de Industria es presidente del monopolio de oleoductos; el ministro de Finanzas, no solo dirige el monopolio de diamantes, sino el segundo banco más importante del país; el ministro de Telecomunicaciones preside la mayor operadora de telefonía móvil. Una particular versión rusa del *CUMUL DES MANDATS* [acaparar más de un cargo a la vez] envuelve la escena.[9]

La noción de dinero «limpio» o «sucio» es irrelevante en Rusia. Es tal la brutalidad de la vida pública que nadie sabe con certeza dónde residen los límites o si están seguros. Y sin embargo los oligarcas han hecho todo cuanto han podido para verse a salvo,

sacando tanto dinero del país como les ha sido posible y evitando cruzarse con Putin o con aquellos cercanos a él.

Kremlin S.A. no es una compañía registrada; no tiene directores ni accionistas. Sin embargo ha proporcionado ganancias inimaginables a un pequeño número de rusos. Cuando las relaciones eran comparativamente más cálidas, los americanos y Occidente hicieron la vista gorda —algunos de los suyos estaban, en cualquier caso, metidos en el negocio—. Pero tras la anexión de Crimea por Rusia y la violencia en otros lugares como Ucrania a principios de 2014, Estados Unidos y la Unión Europea no solo han impuesto sanciones sino que también han hecho públicos algunos de los vínculos entre Putin y estos ricos «ladrones». A pesar de haber salido a la luz por primera vez esa información, no parece haber señales de ningún cambio. Las estructuras de poder son demasiado ricas, están demasiado arraigadas para verse desafiadas.

$ $ $

Nadie puede precisar el tiempo o el lugar en que Deng Xiaoping declaró: «Hacerse rico es glorioso». De hecho, parece casi probado que no utilizó esa frase, aunque la historia se empeñe en atribuírsela. El hombre conocido por haber desatado el capitalismo en la China comunista a principios de la década de 1980, tenía de alguna forma prioridades diferentes. Él pretendía salvaguardar la posición del Partido Comunista chino. Y para ello, la mejor, y tal vez la única, forma de hacerlo en un momento en que la ideología del estado estaba implosionando por todo el mundo, fue abrazar su némesis económica.

Como los nuevos rusos, que llegaron una década antes que ellos, la primera generación de magnates chinos se ha aferrado como una lapa al poder político. Pero, a diferencia de Rusia, el nexo entre el

partido gobernante y la élite financiera se ha producido no como resultado de una serie de amenazas y acuerdos, sino a través de una política oficial claramente visible. Teórica y retóricamente, el patrimonio de las grandes compañías y de sus directivos pertenece al estado. El abrazo al capitalismo por parte de Xiaoping dejó claro que el estado retendría las riendas de la industria, las finanzas y todos los sectores de la economía. Muchos empresarios niegan que su compañía sea *siying*, es decir, gestionada privadamente, prefiriendo el término *minying*, que a grosso modo podría traducirse como «dirigida por el pueblo». Es una concesión verbal que, por supuesto, muy pocos se creen. Sin embargo resulta una fórmula útil que ayuda a definir públicamente la relación de poder y los términos del acuerdo.

Los intentos por discernir la fortuna de las altas figuras del partido y de su descendencia, los llamados «principitos», han demostrado ser extremadamente difíciles. Cada vez que los medios de comunicación han tratado de sacar detalles —como el caso de las revelaciones del *New York Times* sobre la familia del anterior secretario del partido, Wen Jiabao, en octubre del 2012, o el reportaje de Bloomberg en junio de ese mismo año sobre los tratos financieros de los parientes del actual presidente, Xi Jinping—, se han visto expuestos a inmediatas represalias. Estas pueden incluir el bloqueo de las páginas web —en chino y en inglés—, el rechazo de visados para su personal o la cancelación de importantes contratos de negocios. El *New York Times* alegaba que, en consecuencia, los ejecutivos de Bloomberg habían decidido detener la investigación sobre el patrimonio y bienes de destacadas figuras chinas y no publicar más artículos dentro de China que pudieran considerarse material sensible.[10] Sin dejarse intimidar, en enero de 2014 un grupo internacional de medios de comunicación, incluyendo el británico *The Guardian*, publicó exhaustivos detalles sobre el uso de paraísos fiscales por la élite china. El informe del Consorcio

Internacional de Periodistas de Investigación revelaba que más de una docena de parientes de líderes políticos y militares, incluyendo el cuñado de Xi, el hijo de Wen y su yerno, y la hija de otro antiguo ministro, Li Peng, habían utilizado compañías con sede en las islas Vírgenes británicas. Importantes bancos internacionales y firmas contables les habrían ayudado a llegar a esos arreglos. Al igual que los rusos siempre pueden contar con el buen servicio de las compañías occidentales para sus discretas necesidades, lo mismo puede decirse de los chinos.

Sin embargo, semejantes revelaciones resultan profundamente inconvenientes para el liderazgo. Desde su llegada al poder en 2012, Xi ha fijado como su máxima prioridad erradicar la corrupción, hasta el punto de que sus ataques contra esa forma ilícita de hacer dinero han sido interpretados como una contribución a la caída del índice de crecimiento de China en la primera mitad de 2013. ¿Pero a quién debería señalarse y quién debería quedar a un lado? Esos objetivos se mantienen deliberadamente difusos. Las revelaciones sobre la corrupción de algunos oficiales son consideradas aceptables, incluso patrióticas; pero cualquiera que saque a la luz pública hechos inconvenientes sobre la fortuna de un político u oficial del grupo de favoritos se arriesga a enfrentarse a largas condenas en prisión por «alentar rumores».

El Congreso Nacional del Pueblo es con mucho la legislatura más rica, no comparable con la de ningún otro país, y puede que incluso de la historia de la humanidad. De acuerdo con algunas estimaciones, sus setenta miembros más acaudalados ganan más que todos los miembros de las tres ramas del gobierno de Estados Unidos.[11] Los sesenta primeros tenían una media ligeramente por debajo de 1.500 millones de dólares netos en 2011. A primera vista, podría parecer el clásico caso de políticos acaparando riqueza, y en algunos aspectos así es. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el sentido de la marcha es el contrario: el estado ha designado a

aquellos que han hecho dinero para ocupar las distintas instituciones parlamentarias —aunque solo sea para sellar papeles—. Nadie con ambición de hacer dinero sería tan estúpido como para rechazar una invitación para tomar parte. Todos los aspirantes a milmillonarios deben acordarse de mirar a su espalda. El éxito financiero es virtualmente imposible para alguien que intente operar fuera del sistema político.

Desde los días de las dinastías Tang y Ming, la élite china ha puesto mucho cuidado en esconder su fortuna tras altos muros. Las compras de artículos de lujo son habituales entre el 1 por ciento más adinerado, pero en la medida de lo posible esas compras, o la identidad de sus compradores, se siguen manteniendo ocultas. Las limusinas llevan invariablemente los cristales tintados; excelentes vinos son consumidos en restaurantes y escondidos en recintos seguros.

En las naciones del Bric —Brasil, Rusia, India y China—, y en otras potencias de economía emergente, los nuevos acaudalados consideran que su fortuna está desprotegida. Los derechos de propiedad solo están garantizados nominalmente por la constitución, y el poder judicial dista mucho de ser independiente. Todo un estrato de chinos ha seguido el ejemplo de los rusos a la hora de mandar a sus familias al extranjero, en parte para dar a la nueva generación de «principitos» una educación occidental y en parte por buscar un aire más limpio. Uno de los destinos favoritos de estos llamados «empresarios desnudos» es Estados Unidos, que tiene una cuota de permisos de residencia para los ricos globales. En 2011, los chinos acapararon dos tercios de los cinco mil visados de inmigración expedidos por las autoridades americanas.

Miles de millones de dólares han sido desviados a paraísos fiscales, solo por si acaso, con una gran parte colocada en propiedades en Estados Unidos, Inglaterra, Singapur, Hong Kong y Dubái. Cuentas secretas en bancos de Singapur y Suiza rebosan de

dinero chino. Un reciente estudio descubrió que la mitad de los superricos chinos tienen inversiones en el extranjero. De acuerdo con la Asociación Nacional de Corredores de Fincas, los compradores chinos gastaron más de 8.000 millones de dólares en propiedades inmobiliarias residenciales en los Estados Unidos en 2012 y 2013. El dinero también se ha invertido en oro, perlas, diamantes y vino. En noviembre de 2013, tuvo lugar la venta más cara de la historia de una caja de botellas de vino —un Borgoña Romanée-Conti de 1978 —, que fue hecha en Christie's por 476.000 dólares, a un postor chino.

En fechas tan tardías como julio del 2001, la decisión de Jiang Zemin de permitir oficialmente a los empresarios unirse al partido abrió una inusual grieta en la clase dirigente y una profunda inquietud entre las filas más conservadoras. Deng, y Jiang después de él, dedujeron lo que muchos de sus oponentes conservadores nunca habían hecho: que el partido tenía mucho en común con la empresa privada, a la que le disgustaba la política democrática y los sindicatos independientes tanto como a ellos. La desconfianza del partido en el sector privado no era por el dinero, ni tampoco por la flagrante contradicción entre la riqueza individual y los dogmas oficiales marxistas y maoístas. La cuestión de fondo era el temor a que el sector privado extranjero y nacional pudiera convertirse en un rival político.[12]

Según la revista *Forbes*, en 2012 había cuatrocientos veintiún milmillonarios en América, noventa y seis en Rusia, noventa y cinco en China y cuarenta y ocho en la India. El índice de crecimiento en China superaba al resto. Entre 2005 y 2010 el número de milmillonarios en China creció de dos a sesenta y cuatro. En un informe que analizaba doscientos dieciséis países, el Credit Suisse observó que el 6 por ciento del número total de «individuos ultrarricos» del mundo —aquellos con más de 50 millones de dólares de renta disponible—venían de China. Eso significa que ocupan el

segundo lugar por debajo de Estados Unidos, aunque estos tengan la mitad del total. De los «simplemente ricos» —el 1 por ciento más alto—, 4/5 están en China —todos por debajo de los cuarenta y cinco años de edad—, una proporción mucho mayor que en cualquier otro lugar.

Mientras las fortunas rusas se hicieron súbita y a menudo violentamente, a principios y mediados de la década de los noventa a través de la privatización de los recursos naturales, la primera generación de superricos chinos ha hecho dinero a partir de un amplio abanico de empresas —desde consumibles duraderos baratos a finanzas—. Pero la clave para abrir la riqueza en China es el suelo. Esa es la divisa de la que todo lo demás depende.

La trayectoria de Wang Jianlin hacia el éxito financiero es un epítome de oportunidades y riesgos del capitalismo-comunista de China. Hijo de un héroe del Ejército Rojo que luchó por Mao durante la Larga Marcha, pasó diecisiete años en el Ejército Popular de Liberación. Ahora utiliza esa experiencia para presentar sus credenciales como un hombre normal que sabe todo lo que hay que saber sobre privaciones y estrecheces. «En esa primera época realmente teníamos que arrastrarnos para comer», destacó. Cuando había comida disponible, solía llenar hasta la mitad su cuenco de arroz mientras hacía cola en la cantina para comérselo rápidamente y volver a pedir más antes de que se acabara. «Esa experiencia me ayudó a modelar mi carácter, enseñándome a no renunciar nunca y no inclinar la cabeza ante las privaciones».

Hombre del pueblo, comunista leal y empresario: el guión no podía haberse escrito mejor. Fue retirado del servicio a mediados de 1980, cuando las fuerzas armadas se redujeron: «Al principio mi sueño era ser soldado, pero me encontraba entre el millón de los que habían sido retirados, de modo que me metí en los negocios». Aceptó un trabajo en la ciudad costera de Dalian en su provincia natal de Sicuani, y dio la vuelta a un nada atractivo y decadente

negocio de propiedad municipal que nadie quería. Su éxito le permitió abrir sucursales en otras partes del país, un movimiento poco usual para aquel tiempo. Se dedicó a promover zonas residenciales y construyó centros comerciales antes de diversificar en cultura y entretenimiento, creando la mayor cadena de cines de China. Su compañía, Dalian Wanda (*wanda* significa «mucho éxito»), ascendió hasta convertirse en la promotora inmobiliaria comercial más grande, dirigiendo su actividad a satisfacer los sueños y aspiraciones de una clase media china en rápida expansión. El Grupo Dalian Wanda cuenta ahora con docenas de hoteles de cinco estrellas, numerosos bares de karaoke y más de setenta centros comerciales Wanda Plaza como parte de su cartera de activos de 50.000 millones de dólares. Wang dirige su compañía con el rigor militar aprendido en el ejército: «En nuestra compañía, si tomo una decisión y no se lleva a cabo inmediatamente, hay que pagar una multa. El principio básico es que yo mando y mis empleados obedecen en el acto».[13] Alfred Krupp se hubiera sentido orgulloso.

Hacia 2010 Wang se había abierto paso hasta el número uno del puñado de ricos que aparecían en las listas, y se estaba convirtiendo rápidamente en un participante a escala mundial, gracias en gran parte a las oportunidades de adquisición que surgieron con la crisis financiera global, especialmente en Estados Unidos. Su «cofre de guerra» para potenciales adquisiciones por todo el mundo se dice que contiene 20.000 millones de libras. En lo más alto de su lista de adquisiciones estaban los hoteles, las cadenas de cines y los canales de televisión. Su primera incursión importante fue la compra en 2012 de la AMC, la segunda cadena de cines más grande de América, convirtiéndola, tras fusionarla con la suya, en la mayor del mundo, con seis mil pantallas por toda Asia y Estados Unidos. Europa figuraba a continuación; según ha declarado, pretende hacerse con una quinta parte de todos los cines del mundo para 2020. No hay razones para dudar que consiga cumplir su ambición.

Unos meses después de comprar la AMC, se dio a sí mismo un capricho complaciendo una de sus aficiones al comprar la constructora británica de yates, Sunseeker, por trescientos millones de libras. Sus lanchas motoras han aparecido en películas de James Bond, si bien ahora está especialmente centrado en los mercados de Rusia, Brasil, México e inevitablemente de China, cuyos clientes aparentemente solicitan que se les instalen mesas para jugar al *mah-jong* y habitaciones de karaoke. «Queríamos comprar treinta yates Sunseeker porque planeamos construir tres puertos deportivos en China», declaró Wang con su lógica metódica. «Entonces pensamos que sería un mejor negocio si comprábamos la compañía». Además del preceptivo avión privado, Wang cuenta con un superyate Sunseeker que suele estar atracado en Shanghái. «Fui uno de los primeros en China en comprar un yate», comentó a un entrevistador, antes de pensarlo mejor y añadir: «No soy una persona que persiga el lujo. No soy como esos que en cuanto tienen dinero, lo despilfarran compulsivamente o alardean de él. Yo no presumo, no alardeo de riqueza porque hoy en día la brecha de riqueza en China es relativamente grande».

A primera vista, una observación así viniendo de un hombre con la fortuna y poder de Wang parecería poco probable. Pero el miedo al *luan*, al caos, nunca está lejos de la superficie, y la enorme desigualdad de riqueza contribuye a esa inseguridad. Los políticos y la comunidad empresarial hablan de ello abiertamente, pero el impulso de hacer dinero y gastarlo es difícil de resistir.

Tras la compra de Sunseeker, Wang continuó su política de adquisiciones con un proyecto mucho más ambicioso. En un acuerdo por valor de 1.100 millones de dólares, Dalian anunció en junio de 2013 que iba a construir la torre residencial más grande de Europa en Londres, en una privilegiada ubicación cerca de la estación eléctrica de Battersea. La torre también albergará el primer hotel de cinco estrellas marca Wanda fuera de China. Wang se estaba

uniendo a los rusos a la hora de llamar la atención, con todos los adornos de un miembro veterano del club global de los superricos: cuanto más rico te haces, más te gusta estar en el candelero. En septiembre de 2013 invitó a actores famosos como Leonardo DiCaprio, Nicole Kidman y John Travolta para que asistieran a la inauguración de su versión china de Hollywood en Qingdao, y así publicitar su inversión de 5.000 millones de dólares en la industria del cine china. Sin embargo, por todas partes donde va, se asegura de tener de su lado a los estamentos oficiales. Cuando habló en el Foro de la Economía Mundial de Davos en septiembre de 2013 —celebrado inevitablemente en Dalian—, Wang fue muy sincero sobre su papel en los negocios: «China tiene una economía orientada por el gobierno. Nadie puede decir que dirige su negocio enteramente sin conexiones con el gobierno. Cualquiera que diga que puede hacer las cosas solo en China, sin la conexión con el gobierno, es un hipócrita». De acuerdo con el *New York Times*, una de las investigaciones que Bloomberg decidió no publicar fue la de Wang y sus «lazos financieros con las familias de los líderes del partido».[14]

Sin embargo, a principios de 2013, Wang consiguió salvar su cabeza de milagro. Su asociación con un individuo estuvo a punto de causarle terribles problemas. La dramática caída en desgracia de Bo Xilai, el ambicioso jefe del Partido Comunista en Chongqing, un municipio de alrededor de treinta millones de personas, pudo haber repercutido directamente en sus perspectivas de negocio. Algunos de los directivos de Dalian fueron interrogados sobre su asociación con el hombre que estaba a punto de ser encarcelado y denunciado como un corrupto enemigo del estado. Wang consiguió desvincularse de esa afiliación, insistiendo en que no había llegado más allá de lo necesario para conducir su negocio: «Conozco bien a Bo Xilai. Pero nuestra relación estaba basada en el trabajo, no teníamos una amistad personal».[15] Otros no fueron tan afortunados. Lo que salvó a Wang no fue su estatus —después de

todo, Bo había sido uno de los hombres más poderosos en China—, sino su anterior relación de lealtad con el partido y sus fuertes conexiones con aquellos que contaban con el beneplácito de Beijing. Más o menos en la época en que Bo fue arrestado, la compañía de Wang anunció que iba a recibir un premio del gobierno central de China en la capital. Un raro honor.

El caso Bo fue un buen recordatorio de lo que puede suceder cuando tu patrón cae. A finales de 2008, estar en lo más alto de la lista de chinos más ricos seguía siendo un lugar peligroso. El hombre más acaudalado de China en aquel momento era Huang Guangyu. Director de una cadena de tiendas de electrodomésticos a nivel nacional, Gome, con una fortuna estimada en 6.300 millones de dólares, fue detenido por presunta utilización de información privilegiada[16] y sentenciado a catorce años de cárcel. La primera reacción ante el arresto de personas como Huang no es preguntarse: «¿qué ha hecho mal?», sino «¿a quién ha ofendido?».

En diciembre de 2012, dos generaciones de empresarios chinos expusieron en directo sus diferentes visiones de la riqueza por la televisión estatal. Tras recoger un premio como «la figura económica del año», Wang se encontró en el plató con Jack Ma, presidente del gigante comercial Alibaba, y una emergente estrella. Ma explicó a la audiencia que se estaba produciendo una revolución que barrería el desfasado mundo del ladrillo y el mortero: las fachadas y escaparates pronto serían algo del pasado, declaró. Un cada vez más molesto Wang apostó a Ma 100 millones de yuanes —alrededor de 16 millones de dólares— a que los gastos en compras por Internet no excederían del 50 por ciento del total gastado en 2022. Ma declinó la apuesta —apostar es técnicamente ilegal en China—, pero el reto estaba lanzado.[17]

Ma disfruta del papel que le ha sido asignado como el rostro ultramoderno de las empresas chinas. Su nombramiento como «personaje del año» en 2013 por el *Financial Times* le empareja con

otras estrellas de Silicon Valley tales como Mark Zuckerberg y Jeff Bezos, antes que con figuras como Wang, al que considera muy de la vieja escuela. Nacido en la ciudad de Hangzhou, al sudeste de China, es hijo de unos intérpretes del «Ping tan», una técnica musical tradicional de contar historias que estuvo prohibida durante la Revolución Cultural. Como estudiante mediocre, prefería moverse por los alrededores de un hotel local, trabando amistad con los turistas extranjeros para mejorar su inglés. Tras suspender dos veces el examen de acceso a la Universidad Nacional, fue admitido en un instituto de enseñanza. En 1994, con China abriéndose gradualmente, comenzó un negocio de traducciones que le permitió viajar a los Estados Unidos. Allí entró en contacto por primera vez con los primeros pioneros de Internet. De vuelta en Hangzhou, puso en marcha las páginas amarillas chinas, un directorio en línea de empresas, en un momento en que el control de los medios por el estado no permitía ni siquiera la mención de Internet. Vendió esa empresa y trabajó brevemente para el Ministerio de Comercio Exterior, una experiencia que le permitió construir su red de conexiones dentro del gobierno. Su contacto más importante le llegó por casualidad cuando se le asignó acompañar a un invitado americano a una gira por la Gran Muralla. Ese visitante era Jerry Yang, cofundador de Yahoo; los dos forjaron una instantánea amistad.

A principios de 1999, Ma reunió 60.000 dólares con un grupo de amigos en su casa para fundar Alibaba. Había dado con un modelo de negocio muy sencillo pero de gran atractivo: permitiría que las pequeñas compañías chinas buscaran compradores globales en línea, abriendo mercados que hasta entonces habían estado confinados a las ferias. Tras luchar por lograr beneficios en sus primeros años, por fin consiguió despegar. Después de eso, lanzó Taobao (buscador de tesoros), un servicio de compra en línea. Ma declaró su intención, en apariencia absurda, de hacer la guerra a

eBay. Llegó a decir: «Puede que eBay sea un tiburón en el océano, pero yo soy un cocodrilo en el río Yangtzé. Si luchamos en el océano perderemos, pero si luchamos en el río ganaremos». En apenas unos pocos años, la cuota de eBay en el mercado chino se colapsó desde su posición de dominio virtual hasta menos de un 10 por ciento, para ulteriormente desaparecer. Ma se había convertido en el rey del comercio en línea de China.

Dos años antes, había cerrado un trato con su antiguo colega Yang. Yahoo compró un 40 por ciento de Alibaba a un coste de 1.000 millones de dólares; de acuerdo con el trato, Ma dirigiría esa empresa conjunta. No le llevó demasiado tiempo superar a los americanos. Para entonces Yahoo estaba sumida en una controversia tras haber entregado a las autoridades correos con información privada que condujeron a la detención de al menos dos periodistas y activistas chinos, y a su subsiguiente condena por actividades de subversión.

Hacia 2012, la participación de Alibaba en el mercado doméstico más emergente del mundo era tan importante que dos de sus portales superaban el total de compras de eBay y Amazon juntos; ella sola sumaba el 2 por ciento del producto interior bruto de China. Ma se había vuelto tan poderoso que pocos se atrevían a criticarle en público por su forma de dirigir adaptando el conformismo neo-religioso de Silicon Valley al escenario de China. Los veinte mil trabajadores de Alibaba reciben el nombre de Aliren (pueblo de Ali). Un antiguo empleado, Hao Wu, describió la ética corporativa:

> Cada grupo de negocios estaba asignado a un enlace de recursos humanos conocido como su «comisario político» (no es broma), que monitorizaba la actuación de los empleados. Cada trimestre, se mandaban informes de comportamiento, con un 50 por ciento basado en la adhesión a los valores de la compañía. Los que tenían malos resultados, incluso siendo grandes vendedores, eran despedidos.

Aquellos que sobrevivían a esos informes eran tratados como si fueran de la familia. Todo el mundo recibía un apodo, su única y exclusiva identidad en Alibaba, sacada de un personaje de las novelas de fantasía de artes marciales que a Jack tanto le gustan. Los Alirens eran alentados a tratar a los demás como hermanos y hermanas, y periódicamente Jack oficiaba bodas conjuntas.[18]

Hao comparaba esa forma de trabajar de Ma con un determinado regente chino: «Por un momento creí comprender por qué muchas personas antes que yo siguieron a Mao Zedong, el gran timonel, en la revolución comunista», escribió. «A veces me pregunto si en realidad Alibaba no se parece a la idealizada leyenda del Ejército Rojo, donde delegados y soldados formaban un sucedáneo de familia y juntos afrontaron una nueva era sacrificando todo lo personal por lo colectivo».

Con seiscientos millones de usuarios registrados —de los que alrededor de cien millones compran en sus páginas cada día—, Alibaba es actualmente la organización privada más poderosa de China. Aunque Ma saborea su lucha con otros empresarios, siempre se mantiene en el lado correcto del Partido Comunista, mostrándose dispuesto a entregar los datos de sus clientes si las autoridades lo requieren. «Creamos un valor para los accionistas y los accionistas no quieren que nos opongamos al gobierno y caigamos en la bancarrota», ha declarado. Cualquier cosa que los oficiales del gobierno soliciten, «la hacemos».

Ahí reside el secreto del éxito de esa primera generación de superricos de la era postcomunista en China: en la lealtad al partido. En la década de los noventa, viendo el rumbo que tomaba la situación, un gran número de magnates de Hong Kong se alinearon contra las reformas políticas introducidas en el último momento por el saliente gobernador británico, Lord Patten. Las expectativas de los líderes occidentales sobre una creciente clase media en Rusia y

China que propiciara un mayor deseo de democracia han demostrado estar equivocadas.

Tanto si han hecho su dinero en las «viejas industrias» —como Zong Qinghou, inicialmente obrero de una fábrica que vendía soda y helados, para luego ocupar durante muchos años el puesto más alto de la lista de ricos de China—, o en Internet —como Robin Li con Baidu o Ma Huateng con Tencet Holdings—, esas grandes fortunas se han asegurado de no remover las aguas políticamente, eligiendo cuidadosamente a sus aliados. Saben demasiado bien que apenas tres décadas atrás el partido denunció a los empresarios como «comerciantes autoempleados y buhoneros que timan, malversan, sobornan y evaden impuestos». Los antiguos preceptos, temen, nunca mueren.

$ $ $

De todos los diferentes índices que sus participantes temen secretamente, uno en particular a finales de 2013 proporcionó un adecuado símbolo del cambio de poder. Wang Jianlin marcó su ascenso a la clase dirigente global al alcanzar el puesto más alto de la lista anual de ricos del *Estates Gazette*, la que destaca la riqueza de los actores más importantes del escenario inmobiliario londinense, apeando al duque de Westminster de su podio. El año anterior, Wang ni siquiera aparecía entre los doscientos cincuenta primeros. En esa misma época, hizo su primera incursión en el mercado global del arte, adquiriendo el cuadro de Picasso, *Claude y Paloma*, en una subasta en Nueva York por 28 millones de dólares, más del doble del precio esperado. Él mismo hizo personalmente la puja por teléfono.

La China y Rusia contemporáneas presentan las mismas oportunidades extremas de ganar rápidamente grandes sumas de

dinero que ya existían en la República de Roma, el Renacimiento en Italia, o en los Estados Unidos tras la guerra de Secesión. Cuanto más grande es el riesgo, más grande la recompensa: la falta de transparencia en la sociedad civil ha favorecido la aparición de un tipo especial de empresario, uno con un olfato altamente desarrollado para la supervivencia y un posicionamiento ético muy flexible.

Lo mismo podría decirse de los occidentales que han hecho tratos con ellos y atienden sus necesidades. Al parecer ahora las tornas han cambiado. Mientras desde finales de la Edad Media hasta la Segunda Guerra Mundial, los europeos invadían los nuevos territorios para extraer y explotar sus riquezas, ahora los políticos de las antes ricas naciones se comportan como suplicantes. La visión de un primer ministro inglés y otros líderes mostrando una actitud servil en los viajes a Moscú y Beijing, suplicando por una inversión interna en los términos y condiciones establecidos por sus anfitriones, se ha vuelto cada vez más familiar. El cambio va más allá de la geografía y el poder. Marca el resurgimiento de una forma autoritaria de hacer negocio con uñas y dientes.

La sumisión de los gobiernos occidentales a los oligarcas quedó al descubierto durante las protestas en Ucrania a principios del 2014 que acabaron con el presidente pro-Kremlin, Viktor Yanukóvich y la posterior toma de Crimea por Rusia. Para algunos observadores, especialmente en Inglaterra, el rechazo del gobierno inglés a hacer algo que pudiera perjudicar la posición de Londres de no hacer preguntas o cerrar la puerta a la riqueza de Rusia —o a la de otra potencia global— fue toda una sorpresa. No debería haber sido así. Esa práctica se había establecido mucho tiempo atrás y será muy difícil de cambiar.

Por el momento, los puestos más altos de las listas de ricos del mundo todavía siguen ocupados por los americanos, con Bill Gates recuperando el número uno al mexicano Carlos Slim en 2014. Dos

hindúes, Mukesh Ambani y Lakshmi Mittal, aparecen entre los veinte primeros, así como el veterano industrial de Hong Kong, Li Ka-Shing. Es solo cuestión de tiempo que el ejército de rusos y otros como Wang y Ma pasen por encima de ellos. El sentido de la marcha apunta en una sola dirección.

[1] Recuerdo haber escrito en 1991 sobre una fiesta en la que me sorprendió ver a gente luciendo ropa muy cara —en la Unión Soviética, en la que aún estábamos, la riqueza era vista como algo exclusivo de los occidentales—. El evento se celebraba en el patio trasero del Teatro de Lenin Komsomol, el Lenkom. A pesar de su nombre, el teatro se había convertido en uno de los lugares más de moda y atrevidos de la ciudad. Cuando llegué, se estaba celebrando una subasta benéfica para recaudar dinero para un monumento a los niños fallecidos «en Hiroshima y Chernobil». El memorial nunca se construyó, pero los cientos de invitados estaban pasándoselo bomba. Por primera vez, había tropezado con los nuevos rusos. Ese fue el año en que el *homo sovieticus* encontró dinero. Un dinero que se acumulaba en las manos de unos pocos; la atmósfera agriada. A medida que la brecha de riqueza aumentaba, y las infraestructuras empeoraron, Putin se convirtió en la alternativa popular

[2]*http://www.theguardian.com/world/2000/mar/31/russia.iantraynor.*

[3]*http://www.theguardian.com/politics/2012/feb/10/nat-rothschild-loses-libel-daily-mailSeealsothisFTprofileofDeripaska: http://www.ft.com/cms/s/0/3ca3a236-d5b0-11dd-a9cc-000077607658.html#axzz361lRH69P.*

[4]*http://www.ft.com/cms/s/2/a71190e8-2934-11e2-9591-00144feabdc0.html#axzz2sRm5GtaN.*

[5] Al igual que los jeques, o los superricos de las eras anteriores, los oligarcas ven el arte como una demostración de poder y estatus que les sitúa al frente de la cultura global y las altas esferas sociales. El dinero, al parecer, no es el objetivo primordial de Abramovich. Su adquisición en 2008 del *Triptych* de 1976 de Francis Bacon, por más de cincuenta millones de libras, la convirtió en la pieza más cara del arte posterior a la guerra.

[6]*http://www.theguardian.com/world/2007/nov/19/football.russia.*

[7]*http://en.novayagazeta.ru/politics/8779.html.*

[8]*http://www.nytimes.com/2012/03/02/world/europe/ties-to-vladimir-putin-generate-fabulous-wealth-for-a-select-few-in-russia.html?hp*

[9]*http://www.lrb.co.uk/v29/n02/perry-anderson/russias-managed-democracy.*

[10]*http://www.nytimes.com/2013/11/09/world/asia/bloomberg-news-is-said-to-curb-articles-that-might-anger-china.html?_r=0.*

[11] Chrystia Freeland, *Plutocrats*, p. xx.

[12] Richard McGregor, *The Party*, p. 197.

[13]*http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/asia/china/10325019/The-rise-and-rise-of-Wang-Jianlin-Chinas-richest-man.html.*

[14]*http://sinosphere.blogs.nytimes.com/2013/11/28/bloomberg-code-keeps-articles-from-chinese-eyes/.*

[15]*http://www.ft.com/cms/s/0/2b2746c0-a663-11e1-9453-00144feabdc0.html#axzz2qMt5XXgx.*

[16]*http://online.wsj.com/news/articles/SB10001424052748703315404575251271890222924?mg=reno64-wsj&url=http%3A%2F%2Fonline.wsj.com%2Farticle%2FSB10001424052748703315404575251271890222924.html.*

[17]*http://www.the atlantic.com/international/archive/2013/01/a-16-million-bet-on-the-future-of-chinese-retail/266883/.*

[18] Hao Wu, «Who's Afraid of the Big Bad Alibaba?», *New America Foundation's Weekly Wonk*. Disponible en: *http://www.slate.com/articles/technology/future_tense/2013/11/alibaba_group_ipo_will_jack_ma_s_chinese_e_commerce_conglomerate_conquer.html.*

XIII. LOS GENIOS DE LA TECNOLOGÍA

«Es mejor vivir rico que morir rico».

SAMUEL JOHNSON

Pocas personas pueden presumir de haberse convertido en milmillonarias a los treinta años y de haber cambiado el mundo de forma tan decisiva. Un puñado de fanáticos de la tecnología de finales de los noventa y principios del nuevo milenio entra en esa categoría exclusiva. Desde unos chicos en sus garajes, hasta fraternidades en la Universidad comentando el aspecto de las chicas, o estudiantes que abandonan el colegio, los superricos que conforman Silicon Valley se han labrado un inconfundible camino hacia la riqueza y la fama. Como genios en sus específicos campos de ingeniería y ciencias informáticas, trajeron Internet a las vidas de millones de personas, empezando con sus complicadas e inmanejables computadoras, luego con el ordenador personal y sus componentes (hardware) o sistemas operativos y programas (software) y, finalmente con las redes sociales y sus *smartphones*. Al hacerlo cambiaron la forma en que la gente se comunicaba y compraba, transformando el acceso a la información para todos los individuos, y de todos los individuos.

Para poder desarrollar y ganar dinero con sus inventos, dependían de la pericia del entorno de Wall Street. Capitalistas arriesgados pusieron a gente como Mark Zuckerberg, Larry Page, Sergei Brin y Steve Jobs en el camino de la riqueza. Facebook, Google y Apple se convirtieron en mega marcas. Pero son mucho más que eso: han pasado a formar parte de la vida cotidiana de millones de personas.

Tras haber hecho sus fortunas, y cumplir algunos años más, los en su día solitarios individuos frente a sus pantallas de ordenador se

han convertido en la nueva aristocracia. Ese Camelot californiano ha tenido acceso a los presidentes americanos y a los líderes mundiales siempre que lo deseaban, algunas veces incluso con invitaciones personales a sus ostentosas casas. Así se aseguraban de moldear la política no solo en sus campos, sino más allá también.

Los primeros años de la revolución de los ordenadores hicieron aflorar una cultura de pirateo informático (hackers) entre aquellos que desarrollaban el hardware y el software, de la que más tarde surgirían los nuevos empresarios. El *ethos* del pirata informático estaba basado en la idea de que la programación de los ordenadores era una actividad que estaba cambiando el mundo. En parte influenciado por la música, las drogas y la contracultura hippie de los años sesenta, cultivaba toda una mística sobre la relación existente entre esos tecno-adictos y sus ordenadores.[1]Los pioneros se veían a sí mismos como los artesanos convertidos a industriales del siglo XIX, convencidos que solo ellos tenían la llave del progreso de la sociedad. Social y económicamente liberales, creían que ellos —los caballeros del rey Arturo de su tiempo— estaban mejor equipados que los gobiernos para resolver algunos de los problemas más insolubles del mundo.

Por la forma en que hicieron y gastaron su dinero, esos gigantes de la tecnología combinaron el pensamiento del libre mercado de la costa Este americana con el más revolucionario objetivo de crear una red de Internet abierta. A medida que fabricaban productos cada vez más estrafalarios e innovadores, estaban convencidos de poder cambiar el curso de las comunicaciones y del comportamiento humano. Camisetas y sandalias eran el emblema público de una feroz ética del libre mercado. Veían al estado, en el mejor de los casos, como una interferencia; y en el peor, como una fuerza maligna. Finalmente, cuando se convirtieron en compañías en creciente expansión —Microsoft, Google, Apple o Amazon—, se consolidaron como monolitos financieros, acusados de desplegar

prácticas monopolísticas y contrarias a la competencia parecidas a las de los magnates del acero y el ferrocarril del siglo XIX.

Asimismo emularon la arraigada cultura antisindicatos y de bajos impuestos de sus antecesores. El uso de paraísos fiscales y otros dispositivos para minimizar retribuciones a Hacienda provocó una fuerte reacción en contra en numerosos países. Los ejecutivos de las compañías habían calculado previamente que el atractivo de sus supermarcas no se resentiría por ello. Además creían que su modelo de filantropía, basado en siglos de tradición pero recubierto de la pátina de la edad moderna, sería visto como una sobrada compensación por los engorrosos problemas de los políticos protestando por la evasión de impuestos. Al igual que habían hecho sus predecesores a lo largo de los siglos y en todos los continentes, estaban convencidos que su pertenencia a las élites políticas, económicas y culturales les aseguraría su dominio.

$ $ $

Bill Gates fue el maestro de ceremonias, el chico del calendario de la prosperidad occidental a comienzos del tercer milenio. Había hecho más dinero que ninguna otra persona en el mundo, adquiriéndolo a una velocidad mayor de la que le era posible gastarlo. Sus apariciones en las portadas de las revistas habían sido tan frecuentes que era imposible contarlas. Sin embargo su riqueza seguía aumentando. Ostentó el número uno de la lista de ricos de *Forbes* desde 1995 a 2007, y una vez más en 2009 y 2014 —Carlos Slim o Warren Buffett le han destronado ocasionalmente de ese puesto, pero siempre ha permanecido entre los tres primeros—. Actualmente su fortuna está valorada en 70.000 millones de dólares, el equivalente al PIB de un país de tamaño medio como Kenia, Guatemala o Lituania. Se dice que para él no tiene ningún sentido

recoger del suelo un billete de 100 dólares dejado por algún desconocido. Es posible que incluso se quedara inmóvil, pues solo los intereses de su fortuna producen una cantidad mayor a esa cada segundo —y eso a pesar del hecho de gastar miles de millones en causas justas.

Gates posee islas, jets privados, toda una colección de coches rápidos y cuadros. Sin embargo, en su elección de ropa y corte de pelo, trata de mostrar la actitud de un hombre corriente. En noviembre de 1994, muy al principio de su carrera, se gastó 30,8 millones de dólares en la subasta del *Códice Leicester*, de Leonardo da Vinci, un precio récord para un libro, convirtiéndolo en el manuscrito más caro jamás vendido. Más que un simple documento, es un compendio de los pensamientos de Leonardo sobre muchos temas, desde la luna hasta el movimiento del agua. La naturaleza divagadora de sus notas habría intrigado a Gates, un hombre que se ve a sí mismo igual de bien dotado para afrontar los problemas del mundo. «Desde luego diseñó toda clase de artefactos voladores, como helicópteros, mucho antes de que pudiera construirse algo parecido», declaró Gates sobre el documento, demostrando una fascinación casi infantil. «De modo que cada uno de esos cuadernos constituye un documento increíble, una especie de anotaciones rápidas que finalmente quiso reunir en un solo manuscrito». Es fácil comprender la atracción por ellas de un hombre que comenzó escribiendo a mano su lenguaje de programación para terminar presidiendo el desarrollo de tecnologías cada vez más veloces. Y en cuanto al dinero declaró: «Recuerdo volver a casa una noche y decirle a mi mujer Melinda que iba a comprar un cuaderno; ella no creyó que fuera una gran cosa. Yo repliqué, no, este va a ser un cuaderno muy especial».[2]El empleo de ese estudiado menosprecio es algo muy habitual en estos superricos contemporáneos. Una señal de haberlo conseguido «todo», es no tener que intentarlo con todas tus fuerzas. Eso, en sí mismo, conllevaría un esfuerzo.

La ultramoderna mansión de Gates cerca de la sede corporativa de Microsoft en Seattle, Washington, está enclavada en la ladera de una colina que domina el lago Washington. Apodada Xanadú 2.0 está construida con siete tipos de piedra. Además de la piscina olímpica con instalación de altavoces para oír música bajo el agua, tiene un cine Art Decó con veinte butacas —tal vez el equivalente del siglo XXI a una capilla privada del Renacimiento— y una enorme biblioteca con cúpula. Lógicamente la vivienda está dotada de los más modernos inventos tecnológicos. Las luces están controladas por ordenador, mientras los altavoces se hallan ocultos bajo el papel de la pared para permitir que la música te siga de una habitación a otra. Distintos paneles táctiles portátiles controlan todo, desde los aparatos de televisión, a la temperatura o las luces que se intensifican o se amortiguan dependiendo de la ocasión o para ajustarse a la luz exterior. Los invitados son vigilados con antelación. Al llegar, se les entrega un pin especial para que lo lleven y así estar conectados a los servicios electrónicos de la casa, que se adaptan automáticamente a su gusto en música, arte, temperatura e iluminación.[3]

Gates nació en una próspera familia de Seattle en 1955; su madre y su abuelo materno eran banqueros y el etos de la familia era el de conseguir altos logros. A la edad de diecisiete años desarrolló su primera aventura de negocios, tratando de comercializar Traf-O-Data, un dispositivo informático diseñado para mejorar la recogida de datos sobre el tráfico en carreteras. Al año siguiente se inscribió en algunos cursos en Harvard, pero lo dejó antes de terminar su grado para concentrarse en la programación. Él y su amigo Paul Allen ya estaban en pleno proceso de escribir el primer lenguaje de programación para Altair —un microordenador pionero que sería el precursor de los ordenadores personales de hoy en día—. Volaron hasta Albuquerque, Nuevo México, para mostrar sus progresos a la MITS, una compañía tecnológica. Allí encontraron

un escenario igual al que, en años posteriores, recibiría a muchos visitantes de las numerosas empresas principiantes de California: una caótica mezcla de gente trabajando a todas horas del día, siete días a la semana, por amor a la informática. Entonces no tuvieron duda de que su juguete tecnológico tenía el potencial de cambiar el mundo. «Fue una gran y gloriosa cruzada», recordó uno de los ejecutivos del MITS.[4]

Ese lenguaje de programación que Gates y Allen escribieron —y vendieron— a MITS fue rápidamente copiado y alterado posteriormente por muchos informáticos. Eso formaba parte de la mentalidad pirata de «recursos abiertos» y de compartir. Pero no impresionó demasiado a Gates y a Allen. En un «carta abierta» a la comunidad, Gates reclamaba que debía pagarse por el software al igual que por el hardware. «¿Quién puede permitirse trabajar profesionalmente por nada? —se preguntaba—. O por decirlo de forma más directa, eso que hacen es robar».[5]

En 1976, con veintiún años, fundó Micro-Soft —posteriormente perdería el guion—. Durante los primeros cinco años, él personalmente supervisó cada línea de código escrita por sus programadores. En una época en la que solo existían un centenar de computadoras en el mundo, Gates proclamó su deseo de ver «un ordenador en cada despacho y en cada casa utilizando el software de Microsoft».[6]Su pronóstico no fue una hipérbole. Estaba convencido de que su ambición se asentaba en hechos rotundos: había identificado una oportunidad de mercado y estaba decidido a conseguirla a toda costa. Al igual que Alfred Krupp y el acero, y Henry Ford con los coches, Gates miraba los primeros ordenadores e imaginaba un producto de consumo global.[7]Tenía los conocimientos técnicos; tenía determinación a espuertas. Lo único que necesitaba era un poco de suerte.

La gran oportunidad de Microsoft llegó a principios de 1980, cuando firmó un acuerdo para proporcionar el sistema operativo a

los ordenadores IBM. Muy pronto estaban desarrollando sus propios sistemas; la primera versión comercial de Windows —el producto que convertiría a Microsoft en un gigante mundial— entró en circulación en 1985. Gates se había trasladado del extraño mundo informático de la costa oeste al escenario mundial. Fue nombrado por la revista *Good Housekeeping (La buena Ama de Casa)* «uno de los cincuenta solteros más apetecibles». Apareció en la portada de la revista *Time* —pero, para su disgusto, solo después de haber salido Steve Jobs—. En 1986 la compañía salió a Bolsa. Gates inicialmente no estaba muy convencido, pero había ofrecido a sus primeros empleados un capital en acciones —un modelo que sería copiado por futuras compañías como Facebook— y todos los que trabajaban para él estaban seguros de hallarse sentados sobre una mina de oro.[8] Tenían razón. Con la primera oferta pública de acciones de Microsoft, Gates se convirtió en el milmillonario hecho a sí mismo más joven del mundo, a la edad de treinta y un años.

A medida que se adentraba en la década de 1990, con nuevas compañías surgiendo en el mercado, la estrategia de Gates fue clara: estaba decidido a colocar a Windows en una posición inalcanzable. El final del acuerdo de Microsoft con IBM le dejó libre para hacerlo. Gates, ya desde sus primeros tiempos, había hablado de «monopolizar» la industria del software, a pesar de las advertencias de los abogados de la compañía para que evitara emplear esa palabra.[9] Su intento de cerrar el mercado del software a costa de otros competidores le llevó a enfrentarse con el gobierno de Estados Unidos. Microsoft había estado construyendo su navegador para Internet, Internet Explorer, añadido por defecto en todos los ordenadores que tenían Windows. Una práctica que sus críticos denunciaron como injusta por haber desplazado a un antiguo competidor, el navegador de Netscape. El gobierno se vio obligado a intervenir, pero la única legislación a la que pudieron recurrir fue el Acta antitrust de Sherman del siglo anterior, la misma legislación que

había sido aprobada en 1890 en un intento por frenar el intimidante monopolio de los «barones ladrones».

El interés de las autoridades por las posibles prácticas de monopolio comenzó a principios de 1991 con una investigación de la Comisión de Comercio Federal que, posteriormente, fue trasladada al Departamento de Justicia, llegando a un acuerdo en 1994. Cuatro años más tarde, Microsoft fue llevada a juicio por violar el acuerdo, además de por otras prácticas anticompetitivas. La crónica del *New York Times* desde el juicio describió el comportamiento de Gates como «evasivo y desinformado, pedante y taciturno; muy lejos de su reputación como brillante empresario estratega, liderando cada paso en el ascenso de la corporación Microsoft hasta el dominio completo del mundo de la informática». El periódico destacaba que en las casi dos horas de grabaciones de vídeo con las preguntas seleccionadas por los abogados del Departamento de Justicia de la declaración de veinticuatro horas del testigo, «demostró desconocer reuniones clave y estrategias que conformaban el eje de los cargos de la demanda antitrust del gobierno contra su compañía. Estas incluían supuestos planes para intimidar a competidores como Apple Computer Inc. y Netscape Communications Corporation, para que abandonaran los mercados de software de Internet que Microsoft intentaba dominar». La crónica añadía que en algunos casos las respuestas eran tan poco cooperativas que el juez del distrito al escuchar el caso «se reía entre dientes y sacudía la cabeza».

Gates no disfrutó de la experiencia. Microsoft rechazó vigorosamente las acusaciones formuladas contra ella, alegando que estaban motivadas por la envidia de las compañías rivales. Algunos economistas del libre mercado, como el gurú de las doctrinas de Reagan y Thatcher, Milton Friedman, denunciaron las medidas antitrust como antiamericanas: «Llegará el día en que lamentaréis haber recurrido al gobierno —declaró—. A partir de ahora la industria informática, que ha sido muy afortunada al verse

relativamente libre de la intrusión del gobierno, sufrirá el continuo crecimiento de normativas gubernamentales».[10] No obstante, Microsoft fue declarada culpable de haber violado el Acta de Sherman y, en junio de 2000, se emitió una orden para desligar la producción de Internet Explorer y convertirla en una compañía separada. Al año siguiente, el gobierno y Microsoft alcanzaron un acuerdo por el cual la compañía era requerida a compartir parte de su tecnología con los demás. Dada la sanción a la que podían haberse enfrentado, y a pesar de todas las críticas, el resultado final fue poco más que un palmetazo en la muñeca. ¿Era este reconocimiento un signo de donde residía realmente el poder en ese momento?

Pero las batallas legales de Microsoft no habían acabado, ni mucho menos. En la década de los 2000, la Comisión Europea multó repetidamente a la compañía por comportamiento anticompetitivo. A esas alturas, Gates ya se había retirado de la primera línea de la corporación para dedicarse a lo que él llamaba su «segunda carrera», la de filántropo. En enero de 2000, renunció al puesto de director ejecutivo, reservándose un día la semana como consejero, y dejando el timón de la compañía que había cofundado en 1975. Solo tenía cuarenta y cuatro años. Al igual que Andrew Carnegie, tras haber ganado mucho dinero de forma despiadada, Bill Gates estaba dispuesto a repartirlo. En 1997, había donado la cantidad inicial de 94 millones de dólares para establecer un fondo benéfico que, dos años después, rebautizó como Fundación Bill y Melinda Gates. Desde entonces sus arcas han engrosado hasta los 2.000 millones de dólares, con su atención enfocada en programas de desarrollo y salud, especialmente dedicada a erradicar el sida, la tuberculosis y la malaria.

Cuanto más aumentaba la riqueza personal de Gates a través del valor de las acciones de Microsoft, más pretendía donar. Su actual objetivo es deshacerse de 4.000 millones de dólares cada año. En un

discurso de inauguración dado en su alma mater, habló del privilegiado comienzo que había tenido: «Dejé Harvard sin una verdadera consciencia de las terribles desigualdades del mundo y la espantosa disparidad en salud y riqueza, una oportunidad que condena a millones de personas a vivir en la desesperación».[11] Al parecer, su costosa educación en la Liga Ivy había fracasado a la hora de enseñar a Gates lo más elemental del mundo, más allá de conseguir grandes éxitos en un medio privilegiado. Pero no estaba solo en eso, ni tampoco sería el primer empresario en descubrir los horrores de la pobreza solo después de haber hecho su fortuna y poder permitirse descansar.

Gates, fiel a su espíritu de científico informático, enumeró el valor de la vida: «Nadie hace cosas para esos otros 3.000 millones. Alguien calculó que el coste de salvar una vida en Estados Unidos es de 5 o 6 millones de dólares —eso es lo que está dispuesta a gastar nuestra sociedad—. Sin embargo, fuera de Estados Unidos puedes salvar una vida por menos de 100 dólares. ¿Cuántas personas quieren hacer *esa* inversión?».[12] En una reunión de la Asamblea Mundial de la Salud en 2005, contó cómo él y Melinda «no podían evitar llegar a la atroz conclusión de que hoy en día, algunas vidas son vistas por el mundo como merecedoras de ser salvarlas y otras no». Sin embargo, y a diferencia de otros milmillonarios de Silicon Valley, Gates no ve Internet en sí mismo como la panacea para resolver los problemas más intratables del mundo. Él tiene una visión más tradicional, tal vez acorde con su generación: «Tomemos por ejemplo la vacuna de la malaria, qué cosas tan raras se me ocurren, ¿no? ¿Qué es más importante, la conectividad a la red o la vacuna de la malaria? Si creéis que la conectividad es la clave, es genial. Yo no lo creo».[13]

Incluso en sus primeros días, la Fundación Gates contó con un presupuesto anual mayor al de la Organización Mundial de la Salud, la OMS. En 2006 recibió una nueva aportación de 1.500 millones de

dólares de Warren Buffett —el segundo hombre por detrás de Gates en la lista *Forbes* de los más ricos del momento—, con la promesa de incrementar esa cifra durante el resto de su vida hasta los 31.000 millones de dólares. La amistad entre el pionero de los ordenadores y el magnate financiero, a los que les separa una diferencia de veinticinco años, se remonta a 1991, cuando Gates fue persuadido por su madre para asistir a una reunión en la que Buffett y Katherine Graham, por entonces editora del *Washington Post*, estarían presentes. Gates acudió a regañadientes, pero los dos congeniaron inmediatamente. Gates alentó a Buffett para que leyera una copia del *Informe sobre el desarrollo mundial*, un análisis de los niveles de pobreza del mundo realizado por el Banco Mundial.

Una anécdota, tres años más tarde, atestigua el tipo de vínculos establecidos por los superricos en sus herméticos y sellados mundos. En 1993, Gates obligó secretamente al piloto de su jet privado a desviar el vuelo hasta Omaha, Nebraska, donde Buffett le esperaba en la pista. Entonces condujo a Bill y Melinda hasta una joyería local, Borsheims, para aconsejarles sobre la elección de un anillo de compromiso. «Mira, Bill, sé que no es asunto tuyo, pero cuando yo me casé, gasté el 6 por ciento de mi renta neta en el anillo —le dijo Buffett a Gates—. Tú sabrás cuánto quieres a Melinda».[14] Para unos hombres que lo tienen todo, son momentos así los que adquieren una especial importancia. Buffett había comprado una participación en la venerable tienda y quería demostrarlo. Gates pretendía que su futura esposa conociera al hombre más de cerca.

Cuanto más éxito tenía Gates, más se convencía de que él y otros miembros del club de los superricos estaban dotados de un talento especial. Y no era el único. Esa sensación de superioridad y desmesurado ego ha resultado ser parte integrante del carácter del milmillonario de Internet, al mezclarse con los suyos, así como con banqueros, creadores de fondos de cobertura, y audaces capitalistas o magnates accionistas de empresas privadas. Todos están

convencidos de que sus talentos pueden transferirse a cualquier cosa en la que decidan concentrar su mente. El increíble éxito de esos genios informáticos en su campo les ha llevado a perseguir una versión turbo de filantropía que toma como punto de partida la actitud de Carnegie y su *Evangelio de riqueza*, pero va más allá en su ambición e influencia. Gates ha reconocido su deuda con lo que él llama «la primera generación de grandes filántropos», incluyendo a Carnegie, Rockefeller y Henry Ford.[15]

Ellos acuñaron los términos «filantro-capitalismo» y «capitalismo creativo», es decir, el uso de prácticas empresariales para servir a necesidades sociales más amplias. En un discurso en enero de 2008 en el Foro Económico Mundial, Gates explicó el sendero ideológico que había elegido. Comenzó por confesar, al igual que ya había hecho Carnegie, su fe en el progreso humano: «De forma significativa y creciente, el mundo es un lugar mejor para vivir de lo que ha sido nunca». Pero las mejoras aportadas por la tecnología no estaban llegando a las suficientes personas lo suficientemente rápido, declaró. «Tenemos que encontrar el modo de hacer que los aspectos del capitalismo que sirven a la gente más adinerada sirvan también a la gente pobre», alegó, proclamando un acercamiento en el que gobiernos, empresas y organizaciones sin ánimo de lucro ostenten el poder de los mercados para así efectuar un cambio positivo en la sociedad. El lenguaje está tomado del sector privado. Esos clichés incluían: «la consciencia del mercado», «el impacto orientado» y «una influencia maximizada». Esa visión del mercado como líder surge del escepticismo sobre la capacidad de los gobiernos para resolver los grandes problemas sociales. «¡Cuanto más te acerques a ello y veas cómo se hace la salchicha, más lejos llegarás, oh Dios mío! Esos tipos ni siquiera conocen el presupuesto», declaró Gates. «Eso te hace pensar: ¿pueden abordarse cuestiones complejas y tecnocráticas profundas como, por ejemplo, gestionar adecuadamente un sistema de salud en los

Estados Unidos en términos de impacto y coste? ¿Se puede conseguir? Eso aún está por ver». Incluso arrojaba dudas sobre la habilidad de los votantes para decidir cuáles son las cuestiones importantes que necesitan ser abordadas:

> No son únicamente los gobiernos los que no están a la altura de la tarea. En este análisis, el proceso democrático en la mayoría de los países está también debatiéndose por afrontar los problemas suscitados por el mundo moderno, trasladando una responsabilidad a los votantes que a duras penas puede esperarse que desempeñen. La idea de que toda esa gente vaya a votar y opine sobre cuestiones que son cada vez más complejas... pues, bueno, la respuesta más fácil no [es] la respuesta correcta. Es un problema muy interesante. ¿Acaso las democracias que se enfrentan a esos problemas actuales hacen bien las cosas?[16]

A principios de la década de los 2000, alguien convenció a Gates para que conociera a la estrella de rock Bono: «Tengo que admitir que no me parecía una prioridad. Por entonces estaba prevista una reunión de Davos que tendría lugar en Nueva York después del 11-S, de modo que Bono, Bill Clinton y yo nos reunimos, y me quedé muy sorprendido porque supiera de qué estaba hablando y expresara un auténtico compromiso en hacer las cosas realidad. Fue estupendo. Desde entonces hemos sido grandes socios en el crimen».[17]

Citó la campaña de «RED» de Bono —en la que los consumidores pagaban un pequeño recargo por determinados productos a fin de donar ese dinero a causas que les preocupaban—, como uno de los mejores ejemplos de capitalismo creativo.[18]

Gates y Buffett han mantenido numerosas charlas donde discutían sus ideas sobre filantropía. En una de las discusiones, Buffett le hizo una propuesta que ilustra el proceso mental de muchos de los milmillonarios hechos a sí mismos de la moderna América y, en realidad, de todo el mundo. Si no puede confiarse en los gobiernos para solucionar los problemas sociales, argumentaba, ¿estaría la América empresarial en mejor posición para abordarlos?

Él proponía que un determinado porcentaje de los impuestos fuera apartado y «administrado por algunos representantes del mundo empresarial americano para ser utilizados de forma inteligente para el beneficio a largo plazo de la sociedad. Este grupo, que cree poder gestionar mejor las cosas que cualquier gobierno, podría encargarse de la educación, la salud, u otras actividades en las que el gobierno desempeña un importante papel».[19]

En 2010 Gates, Buffett y el fundador de Facebook, Mark Zuckerberg, firmaron el acuerdo «Giving Pledge» (Compromiso de Donación) en el que se comprometían a donar al menos la mitad de su riqueza. A principios del 2014, ciento veintidós de las personas más ricas del planeta lo habían firmado. El magnate milmillonario de los medios de comunicación Michael Bloomberg vinculó su decisión directamente a la misma preocupación por la reputación que acosaba a Carnegie y otros barones ladrones: «Dar también te permite dejar un legado que muchos otros recordarán. Rockefeller, Carnegie, Frick, Vanderbilt, Standfford o Duke son recordados más por los efectos a largo plazo de su filantropía que por las compañías que fundaron o por sus descendientes».[20] Bloomberg es un raro ejemplo de empresario acaudalado americano que se involucra directamente en elecciones políticas, en lugar de buscar el modo de influenciar más discretamente o ser recompensado por un presidente con algún nombramiento de prestigio. El equivalente más cercano a la trayectoria de su carrera podría ser Silvio Berlusconi, el magnate de la televisión convertido en primer ministro de Italia, aunque no en su comportamiento o gustos. Al terminar su tercer mandato como alcalde de Nueva York, él también se perfila como un destacado filántropo.

Buffett se ha convertido en el modelo del buen milmillonario. Ha lanzado todo tipo de invectivas contra la injusta aplicación de impuestos, declarando en un discurso en Stanford en 2007 que él acababa de pagar un 17,7 por ciento de impuestos sobre sus

ganancias de 46 millones de dólares, mientras que su ayudante había pagado el 30 por ciento por sus 60.000 dólares. La administración de Obama trató después de sacar adelante un proyecto de ley que se llamó la Norma Buffett, por el cual ninguna familia que ganara más de un millón de dólares al año debería pagar en impuestos un porcentaje menor que el pagado por una familia de clase media. La terminología se mantuvo deliberadamente vaga para no ofender la noción americana del «trabajo duro», pero aún así no consiguió ser aprobada por el Congreso.

«Lo cierto es que nunca he dado un solo centavo que tuviera alguna utilidad para mí», declaró Buffett en una cumbre de filantropía en 2013. Había prometido dejar a sus hijos «lo suficiente para sentir que podían hacer algo, pero no tanto como para que pudieran no hacer nada». ¿Han aprendido los superricos contemporáneos las lecciones de decadencia y fosilización que llevaron a la desaparición de anteriores dinastías? La habilidad para «hacer algo» queda aún muy lejos de la comprensión del común de los mortales, pero era un indicador importante que continuaba los pasos de Carnegie y su desprecio por esa descendencia consentida. Gates se ha comprometido a dar más del doble —con valores actualizados— de lo que dieron en toda su vida Carnegie y Rockefeller juntos. Eso supondría toda una proeza. Las fortunas de Gates y Buffett unidas serían casi equivalentes a la del 40 por ciento del estrato más bajo de la población americana.

Asimismo, la Fundación Gates se ha comprometido a donar todos sus fondos en menos de veinte años después la muerte de Bill y Melinda, tras haber logrado identificar con éxito los problemas más urgentes del mundo. Para ese fin, la mayor parte del trabajo de la fundación ha estado enfocado en la erradicación de la polio. Esta será la segunda vez en la historia en que una enfermedad pueda declararse totalmente erradicada —después de la viruela en 1980—; un gran objetivo asequible.[21] Para Gates, su éxito con Microsoft es

directamente aplicable al trabajo de la fundación. «Nosotros dos —declaró refiriéndose a él y su mujer— trabajamos en Microsoft y pudimos observar que si juntas la innovación con gente inteligente y eres suficientemente hábil para medir lo que funciona, entonces puedes conseguir resultados bastante espectaculares».[22]

Sin embargo, por muy loables que sean los objetivos de Gates y Buffett, sigue resultando terrible que el destino de cientos de millones de personas dependa de la caridad de un pequeño número de ciudadanos privados.

A pesar de todas las glamurosas conferencias y compromisos, de acuerdo con un Informe Mundial de la Riqueza, tan solo el 11 por ciento de los ricos globales y únicamente la mitad de las treinta personas más ricas son filántropos activos. A aquellos que lo practican les aguarda el prestigio. Además de los genios de la informática y los banqueros, otros dos grupos más se han unido a las filas de esos filantro-capitalistas: los famosos y los políticos, que se ven a sí mismos como celebridades. Un recién llegado a la fiesta es Tony Blair. El antiguo primer ministro inglés, cuya asesoría a controvertidos gobiernos como el de Kazajistán le han hecho rico —aunque no en la liga de Gates o Buffett—, declaró en un Foro Global de Filantropía al que asistieron Bill y Melinda, Bill Clinton y los propietarios de Google, Larry Page y Sergei Brin, que la filantropía consistía en «una inversión estratégica». Se trata, declaró, «no solo de donar dinero sino de ofrecer liderazgo. Los mejores filántropos aportan los dones que les hicieron tener éxito a su filantropía: el empuje, la determinación y la negativa a aceptar que algo no puede hacerse cuando es necesario. Es algo creativo, no pasivo; que busca trastocar y no seguir el pensamiento convencional».

La filantropía de la actualidad, encarnada en el Giving Pledge, es un club para la élite. Está «especialmente pensada para milmillonarios y aquellos que pronto lo serían si no fuera por su generosidad». Es un acuerdo entre caballeros, un «compromiso

moral de donar, y no un contrato legal». A principios del siglo XXI solo en Estados Unidos existían cuarenta y cinco mil fundaciones de beneficencia, la mayoría de ellas gestionadas como una empresa y beneficiándose de los numerosos incentivos tributarios ofrecidos a esas organizaciones filantrópicas. El uso inteligente de esas exenciones fiscales es contemplado como una gratificación a la hora de gastar el dinero, si bien resulta de gran ayuda a la hora de hacerlo. Los miembros de ese club de filántropos juegan con las mismas reglas que ellos mismos establecieron cuando se estaban haciendo ricos. Pero esas reglas, por muy legales que sean, no resultan tan morales al parecer de muchos.

No obstante, la cuestión de las triquiñuelas para lograr la exención de impuestos empleadas por la gran mayoría de las compañías tecnológicas no había encendido un acalorado debate hasta hace poco. La práctica de utilizar paraísos fiscales fue tomada prestada de los sectores financieros, del de materias primas y algunos otros. En septiembre del 2012, una investigación a cargo de una Comisión del Senado sacó a la luz prácticas de Microsoft y Hewlett-Packard —aunque podría haber sido cualquiera de la docena de multinacionales de la tecnología—. En uno de los ejemplos se decía: «Desde 2009 a 2011, al transferir ciertos derechos de propiedad intelectual a la subsidiaria de Puerto Rico, Microsoft consiguió desviar casi 21.000 millones de dólares, prácticamente la mitad de sus ingresos por ventas al por menor, ahorrando hasta 4.500 millones de dólares en impuestos sobre bienes vendidos en los Estados Unidos, algo más de cuatro millones de dólares diarios en impuestos en los Estados Unidos».

Según el senador Carl Levin, un miembro de la Comisión: «Las principales corporaciones de Estados Unidos están obteniendo cada vez más beneficios aquí, pero desviándolos a ultramar para evitar el pago de impuestos que les corresponde. En un momento en que nos enfrentamos a importantes dificultades presupuestarias, con las

familias americanas padeciendo un aumento de impuestos y recortes en programas críticos que van desde la educación y la sanidad, hasta el control de calidad de alimentos o la defensa nacional, esas evasiones de capital resultan inaceptables».

Mientras tanto, en 2011 Microsoft había dejado de pagar en Inglaterra el impuesto de sociedades por las ventas por Internet de su sistema operativo de 1.700 millones de dólares, ya que la oficina pertinente encargada de las ventas tenía su sede en Luxemburgo. [23]

Cuando se le preguntó sobre los impuestos de la compañía, Gates recurrió a las tres justificaciones estándar utilizadas por los jefes de la tecnología, a saber: sus prácticas son totalmente legales; corresponde a los gobiernos, y no a las compañías, establecer las leyes tributarias; las compañías cumplen con lo que quiera que diga la ley y los tipos impositivos de cualquier jurisdicción en la que estén operando. «Si la gente desea impuestos a determinados niveles, estupendo, que definan esos niveles —alegaba—. Pero no incumbe a esas compañías coger el dinero de los accionistas y pagar enormes sumas que no son requeridas».[24] Desde el crac económico y el colapso de los estándares de vida de muchos, los argumentos filosóficos más duros y presuntuosos, como que ellos, los reyes de Internet, saben mejor que los gobiernos cómo gastar su dinero y, por tanto, cuanto más tiempo conserven el dinero en sus manos, mejor resulta a largo plazo para la sociedad, rara vez son invocados.

$ $ $

La reputación de Gates está ahora firmemente asentada en su trabajo en la Fundación, que es precisamente lo que él pretendía. Microsoft, a pesar de todas sus controversias legales, ahora aparece casi como un paréntesis en el perfil del magnate. Él fue, sin

embargo, un pionero, parte de la primera generación. Sus sucesores operaron en un campo mucho más abarrotado. Jeff Bezos, quien, según él mismo ha reconocido, no sabía nada de libros, fundaría Amazon y se convertiría en un éxito de la noche a la mañana, al igual que Pierre Omidyar, que supo ver el potencial del intercambio directo entre iguales y creó el fenómeno popular de subastas en Internet, eBay. En ambos casos, el ascenso al estatus de milmillonarios alcanzó una asombrosa velocidad. Steve Jobs, en el momento de su temprana muerte en 2011, había amasado una comparativamente modesta fortuna de 11.000 millones de dólares. La fortuna de Omidyar es bastante similar, mientras la de Bezos ronda alrededor de 35.000 millones de dólares. Diez años más tarde, el desarrollo de las redes sociales en línea produciría una nueva oleada de milmillonarios, a medida que sitios web como MySpace o Facebook luchaban por una cuota en el mercado. En 2008, Mark Zuckerberg se convertiría en el milmillonario hecho a sí mismo más joven del mundo, a la edad de veintitrés años; mientras que a Bill Gates le había costado ocho años más alcanzar ese hito.[25] En 2013, Zuckerberg había amasado una fortuna de 19.000 millones de dólares.

Estos hombres llevaron la competencia compulsiva a nuevas cotas. Con cada paso del camino estaban decididos a crear algo especial, a acaparar el mercado y que sus productos se apoderaran del mundo. La línea entre el éxito y el fracaso era muy delgada, apenas bastaba con un codazo de algún antiguo colega o que una idea no fuera lo suficientemente buena. Pese a todo ese buen rollo de camisetas, bermudas y sandalias, pese a todo ese *colegueo* de compartir mariguana, el igualitarismo no tiene cabida en Silicon Valley. Ocupar el puesto del segundo mejor era para perdedores.

Steve Jobs escogió un camino más bacheado a la riqueza y el reconocimiento en comparación con su contemporáneo Gates. Su compañía, Apple, fue fundada en el mismo año de Microsoft.

Inicialmente vendían circuitos impresos, con sus dos propietarios trabajando en la empresa con sede en su casa familiar en California. Fue un éxito inmediato, su salida a Bolsa en 1981 proporcionó millones a sus fundadores. Pero mientras Gates manejaba todo con mano de hierro, Jobs se encontró despedido de la compañía que había fundado. Montó su propio equipo para trabajar en su recién creado proyecto, el ordenador Macintosh, atreviéndose incluso a ondear una bandera con la calavera y los huesos cruzados desde el edificio y proclamando: «Es mejor ser un pirata que estar en la Armada». En 1985 Apple le había despedido de mala manera. Algunos de sus detractores citaban como razón sus «violentos y petulantes cambios emocionales», pero semejantes rasgos de personalidad resultaban bastante comunes en esos genios de la tecnología.[26]

Jobs creó su propia compañía —NeXT— gracias, en buena parte, a su principal inversor, el arriesgado capitalista y ocasional candidato a la presidencia Ross Perot. Además, compró la compañía de animación Pixar, que se asoció con Disney para producir la película de enorme éxito *Toy Story*, en la que Jobs aparece como productor ejecutivo. En 1996, en un acto de humildad y pragmatismo empresarial, Apple compró NeXT y Jobs fue rápidamente ascendido para salvar a una compañía que estaba balanceándose al borde de la bancarrota. En el año 2000, fue nombrado director ejecutivo, con un salario anual nominal de un millón de dólares, la mayoría pagados con acciones de la compañía que subieron hasta alcanzar un valor superior a los 2.000 millones.

Jobs siempre ha estado más cerca de la cultura del pirateo informático que Gates. Proveniente de California, estaba más influenciado por la contracultura y, en la década de 1970, era conocido por aparecer en eventos de hackers descalzo o con sandalias, tal como haría más tarde Zuckerberg en las oficinas de Facebook. Habiendo viajado a la India, estaba interesado en el

budismo; lucía además una barba a lo Fidel Castro y era vegetariano.[27] En la década de los noventa, un comentarista satírico lo describió como «el hombre más peligroso de Silicon Valley, porque, según se decía, no estaba ahí por dinero». Y añadía: «Gates ve cada ordenador personal como una herramienta para transferir cada dólar, marco alemán o kópek del mundo a su bolsillo. A Gates le importa un comino cómo la gente interactúa con sus ordenadores, con tal de que continúen pagando. A Jobs todo le da igual. Él solo quiere decirle al mundo cómo debe relacionarse con su ordenador, establecer un estilo de informatización. Bill Gates no tiene estilo; Steve Jobs carece de todo menos de estilo».[28] La comparación tal vez sea una caricatura demasiado exagerada, pero no totalmente infundada.

Jobs continuó ganando el juego de la reputación contra Gates: el espíritu libre de Silicon Valley contra el jefe exigente; el artesano innovador contra el capitalista monopolista.[29] Como diseñador obsesivo y tecnológico, Jobs convirtió cada invento de Apple y lanzamiento del producto en una ceremonia de veneración. Desde los primeros Apple Macs, hasta los iPods, iPhones e iPads, tenía a los jóvenes fanáticos haciendo cola alrededor de la manzana ante las puertas de las tiendas de Apple en las ciudades de todo el mundo. Sus productos se convirtieron en la más depurada declaración de estilo de esa cultura globalizada unida por la veneración a las marcas.

Para él, eso era suficiente. No necesitaba hacer nada más para demostrar su valía o perpetuar su legado, más allá de asegurar que el siguiente producto generara una histeria similar. Estaba mucho menos preocupado por la caridad. A su regreso a la compañía como director ejecutivo clausuró los programas corporativos filantrópicos de Apple para ahorrar dinero, sin volver a restablecerlos cuando los beneficios alcanzaron los miles de millones. Ya había creado su propia fundación de beneficencia en los años ochenta, cuando sintió

que era su deber, pero la cerró porque, según explica su biógrafo, despreciaba el ostentoso espectáculo de la filantropía profesional. Nunca se adscribió a la Giving Pledge. Incluso antes de su prematura muerte en 2011, con solo cincuenta y seis años, Jobs no vio nunca la necesidad de ofrecer una explicación, pero a medida que tanto él como Gates fueron cumpliendo años, ambos desarrollaron una relación de mutuo respeto. «Creo que el mundo es un lugar mejor porque Bill ha comprendido que su meta no es ser el hombre más rico del cementerio», declaró Jobs poco antes de morir. Bono fue de los pocos en proclamar que la contribución tecnológica de Jobs era tan importante como cualquier logro financiero.[30]

Pierre Omidyar marca la segunda generación de fanáticos de la tecnología, aquellos que comenzaron a aprovecharse del potencial de negocios por Internet, a medida que el número de sus usuarios crecía exponencialmente a lo largo de la década de 1990. A diferencia de otros muchos, él terminó sus estudios, graduándose en la Universidad Tufts con una licenciatura en Ciencias de la Informática en 1988. Después de un par de intentos prematuros para establecer tiendas en línea, uno de los cuales fue comprado por Microsoft, dejó de estar tan interesado en vender cosas a la gente y más en favorecer que la gente pudiera venderse cosas entre sí. El Día del Trabajo de 1995 lanzó una página web llamada Auction Web, para la que él mismo había escrito el lenguaje del sistema. Esta se convertiría en eBay, la cual, hacia mediados de 1997, incluso en un momento en que Internet aún era minoritario, realizaba más de ochocientas mil transacciones diarias. La idea era muy sencilla: la gente pujaba por los bienes de otros; los usuarios eran responsables del embalaje y envío de los productos; mientras que eBay se llevaba una comisión por cada transacción. Fue una fórmula de increíble éxito que transformó a Omidyar en milmillonario después de que la compañía saliera a Bolsa en 1998.

En 2004, Omidyar y su mujer Pamela lanzaron la Omidyar Network. Al igual que la Fundación Gates, veían los mercados como la llave para resolver los problemas sociales, invirtiendo tanto en compañías con fines de lucro como en empresas sociales. Pero, a diferencia de otros modelos de fundación más tradicionales, Network se ve a sí misma como un inversor activo, especialmente en la empresa social y en otras compañías del mundo en desarrollo.[31]

Como firmante de la iniciativa Giving Pledge, Omidyar ha adoptado esa misma libertad de expresión de muchos de los originales ciber-utópicos. Para una gran parte de esos pioneros de la década de los ochenta y noventa, Internet iba a ser un lugar sin reglas, una brecha en las jerárquicas y verticales estructuras que dominaban el mundo fuera de la conexión en línea. Todo se reducía a relaciones «horizontales» y a romper las viejas barreras. Esta visión del paraíso de los genios de la tecnología fue chocando cada vez más no solo con las ambiciones de hacer dinero de los emprendedores que se convertían en empresas, sino también con la toma de conciencia por parte del gobierno de la necesidad de recuperar el control. En un breve espacio de tiempo, aprovechándose de esas mismas tecnologías y, en algunos casos, desarrollando las suyas propias, los gobiernos adelantaron a las compañías tecnológicas en su habilidad para monitorizar los hábitos de los ciudadanos. Esa fue la conclusión extraída de los datos proporcionados por el delator Edward Snowden en 2013. La extensión de la vigilancia de todas las formas de comunicación por parte de la Agencia de Seguridad Nacional americana y su hermana británica, la GCHQ (Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno), cogió a muchos por sorpresa. La reacción entre la nueva élite de Internet fue muy variada. Unas pocas compañías se estaban beneficiando claramente de sus estrechas relaciones con agencias de espionaje. Otras proporcionaban dócilmente lo que les exigían,

aunque declaraban sentirse incómodos por ello. Algunos se mostraron genuinamente ultrajados.

Uno de estos últimos fue Omidyar. Anteriormente había invertido dinero en una pequeña web de periodismo de investigación en Hawái. En el momento álgido del escándalo Snowden, anunció la creación de una empresa mucho mayor: iba a invertir 250 millones de dólares en un portal global de noticias e investigación en línea llamado First Look Media. Una de sus figuras clave sería Glenn Greenwald, un periodista americano que se había convertido en la principal fuente a Snowden, proporcionando una sucesión de extraordinarias revelaciones para el periódico *The Guardian.*[32] Al fundar un proyecto que parecía estar desafiando directamente el poder de los Estados Unidos, Omidyar mostraba quizás una actitud más rebelde que sus compañeros tecno-adictos. ¿Era un guardián ideológico del derecho a expresarse libremente, o un pionero de negocios para los nuevos medios? En cualquier caso, Omidyar estaba disfrutando de su reputación como revolucionario: «Las organizaciones de noticias llevan mucho tiempo funcionando con un montón de tradiciones y una forma de hacer las cosas que puede haberles servido durante muchos años, pero que ahora, quizás, les hace menos flexibles para la era digital. Como empresario, me parece más lógico empezar algo nuevo».[33] Tenía en su punto de mira a uno de sus rivales, Jeff Bezos, que había demostrado un compromiso con los medios tradicionales al hacer a su vez una adquisición totalmente diferente.

Desde pequeño Bezos mostró una temprana aptitud para resolver por sí mismo los problemas, algo que constituye la marca de la casa en Silicon Valley: fue pillado tratando de desmantelar su corralito de juegos con un destornillador. De adolescente le gustaba arreglar la maquinaría agrícola averiada del rancho de su abuelo en Texas. Su abuelo trabajaba para la Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados para la Defensa, una sección del Departamento de

Defensa de Estados Unidos encargada de producir innovaciones tecnológicas durante la Guerra Fría para utilizar contra los soviéticos. Los robots y los vehículos no tripulados estaban entre sus primeros proyectos, y en 1969 creó la ARPAnet —una precursora de Internet —. Como fanático de *Star Trek*, la obsesión de Bezos por los viajes espaciales comenzó desde muy pequeño, estimulada por el trabajo de su abuelo.

Como Gates, Bezos probó suerte dirigiendo su propio negocio siendo aún muy joven. Con diecisiete años, organizó unas clases de verano, cobrando 150 dólares por un campamento de ciencias de dos semanas llamado el Dream Institute (Instituto de Sueños), que incluía la lectura de *Los viajes de Gulliver* y el estudio de los agujeros negros. En Princeton llegó a la terrible conclusión de que nunca se convertiría en científico, de modo que cambió la licenciatura de Física por la de Programación Informática. Tras probar en distintos trabajos, rechazó un potencialmente prestigioso emplazamiento en una firma de Wall Street, para dirigirse al oeste, donde se estaba desarrollando toda la acción de Internet.[34] Al llegar, se quedó cautivado, no tanto por lo que se decía sobre ese valiente nuevo mundo en línea, sino por su potencial comercial, tras darse cuenta de la importancia de una sentencia judicial sobre los impuestos sobre ventas. Iba a vender en línea, aunque aún no sabía el qué. Barajó veinte posibilidades hasta dejarlas en cinco —cedés, equipos para ordenadores, sistemas de programación, videos y libros —. Eligió los libros como producto favorito no por su pasión por ellos, sino porque comprendió que se podía hacer una fortuna vendiéndolos de una forma nueva, así que muy bien podría ser él. Eran un producto familiar, fácil de catalogar, almacenar y enviar y, por tanto, su potencial en el mercado en línea era enorme.[35]

Unos meses después de establecer la tienda en su garaje, en julio de 1995, su compañía en ciernes vendió su primer libro. Su título era *Fluid Concepts & Creative Analogies: Computer Models of*

the Fundamental Mechanisms of Thought (Conceptos fluidos y analogías creativas: modelos de ordenador de los mecanismos fundamentales del pensamiento). Bezos había llamado a su firma Amazon, por el río más largo del mundo, lo que ya indicaba su ambición, y también porque aparecería en primer lugar en la lista alfabética de compras en línea. Eligió Seattle, la cuna de Microsoft, como su base, porque asumió que ahí era donde se encontraba la mejor gente. En los primeros días, el reducido grupo de clientes telefoneaba a la oficina de Bezos (es decir, a su casa) para facilitar el número de su tarjeta bancaria y hacer las compras.[36]

La primera gran oportunidad de Amazon llegó cuando Jerry Yang de Yahoo le ofreció poner su página en sus listas de: «¿Qué está de moda?»; esa semana Amazon recibió miles de órdenes y Bezos y sus compañeros «directivos» tuvieron que quedarse toda la noche en vela empaquetando los libros, porque todavía no habían contratado a nadie para hacerlo.[37]Eso nos recuerda la imagen —o más bien, un cuidadosamente cultivado mito— del industrial victoriano haciendo el trabajo en la planta de la fábrica, desesperado por poner en marcha su invento y su compañía. Bezos había comprado 10,2 millones de acciones de su compañía por un décimo de centavo cada una. Para cuando Amazon hizo su primera oferta pública de acciones en 1997, habían subido hasta 18 dólares cada una, generando al empresario de treinta y tres años un total de 184 millones de dólares de la noche a la mañana.[38]Aún así, para los estándares de Silicon Valley, era un comienzo relativamente lento.

Su forma de adquirir y acumular era parecida a la de Gates. Su modelo de negocio sufrió una rápida expansión para acaparar el mercado y conseguir una posición inexpugnable, antes de que nadie más pudiera alcanzarle. Lo que importaba era la cuota de mercado. Los beneficios ya vendrían más tarde. Finalmente, su sistema funcionó de forma espectacular, aunque los principios fueron duros. En un primer momento, Bezos pareció regodearse proclamando

tener un millón de títulos «disponibles». De hecho, estaban en los almacenes de sus principales distribuidores. Ensalzó las virtudes de la compra en línea contra sus rivales tradicionales, contratando incluso hombres-anuncio para pasar por delante de las librerías Barnes & Noble con el eslogan: «¿No puedes encontrar el libro que buscas?». La guerra con Barnes & Noble sería ganada al proporcionar una forma más rápida y sencilla de comprar. Amazon desarrolló el sistema de «un-clic», que permitía a los clientes añadir productos a su cesta de compra virtual con un mínimo esfuerzo. Este método fue patentado, a pesar de la preocupación porque los términos de la patente fueran demasiado amplios, y así cuando Barnes & Noble quiso instalar su propia opción de un-clic como «vía rápida» en su página web en 1999, Amazon les demandó y acabaron llegando a un acuerdo extrajudicial. El recurso de los tribunales fue una táctica con gran eco en la Revolución Industrial, con los barones ladrones del siglo XIX compitiendo por una posición en su mercado. [39]

Cuando la burbuja de los sitios puntocom estalló a finales de la década de 1990, las pérdidas de Amazon fueron terribles. Solo en el año 2000, la compañía declaró unas pérdidas de 720 millones de dólares.[40] Bezos pasó de ser «el personaje del año» en 1999 de la revista *Time,* al jefe de «amazon.*con*» (es decir, timo). Furioso por el tratamiento recibido, decidió hacer todo lo posible para que Amazon se convirtiera en un gran imperio de ventas al por menor, aplastando a cualquier rival en su camino. Algunos de sus colegas del principio habían querido que fuera una librería en línea de libros raros. Pero Bezos tenía otras ideas. Convertida ahora en un monolito de millones de dólares, Amazon es conocida por su inflexible —por decirlo suavemente— trato a su personal, a los que hace trabajar muy duro por sueldos miserables en cavernosos almacenes.[41] Sus bajos costes laborales y economía de escala le permiten vender más barato que las librerías y otros rivales en línea. La firma es también

conocida por una cultura de intenso secretismo corporativo. Su éxito, espectacular, como un autoservicio al por menor, ha atrapado a millones de clientes que pulsan cada día en sus páginas no solo para comprar libros, sino también artículos del hogar y otros productos. Los logros de Bezos no tienen equivalente en la venta al por menor; pero para encontrar glamur, ha tenido que mirar más allá del día a día.

Ya por el año 2000 había creado una compañía privada aeroespacial llamada Blue Origin, con el objetivo de hacer más asequibles los viajes espaciales.[42] En su momento prometió construir «hoteles en el espacio y colonias para dos o tres millones de personas en órbita», y obtuvo cierta notoriedad por sus discusiones con Richard Branson sobre su posible asociación en aventuras comerciales espaciales.[43] En el verano de 2013 cogió por sorpresa a los medios del mundo al anunciar que había comprado el *Washington Post*. El periódico de Woodward y Bernstein, en manos familiares durante muchas generaciones, acababa de ser vendido a un hombre que había terminado con miles de librerías. Sin embargo, el periódico había atravesado duros momentos, entrando en una espiral de pérdidas. Por la mísera cantidad de 250 millones de dólares, Bezos se había comprometido a relanzar uno de los mayores símbolos de los «viejos medios».[44]Así comenzó un cuidadoso proceso de inversiones especialmente en su versión digital.

Pero el *Post* no era el único periódico con problemas. El *New York Times* no se interpuso en el camino de Carlos Slim cuando realizó una fuerte inversión en 2008 (véase conclusión), en cambio se plantó cuando un excéntrico oligarca chino apareció llamando a su puerta en 2013. Chen Guangbiao, un magnate del reciclaje conocido por haber entrado en la lista de los cuatrocientos más ricos de China, es famoso según se dice por tener una tarjeta de visita anunciando sus habilidades como «Líder moral de China», «Héroe

de rescates en terremotos» y «El más conocido y querido modelo a imitar de China». Cheng prometió que podría mejorar el periódico y «reformar» la cobertura que hacía de su país. Su oferta no fue aceptada.

El premio al más importante dúo de Silicon Valley está fuera de toda discusión. Larry Page y Sergei Brin, ambos hijos de profesores, uno de ellos un inmigrante de la Unión Soviética, tuvieron la idea de organizar Internet mientras eran estudiantes en Stanford. Los dos dieron con una antigua solución para un problema moderno. Una cosa era buscar en Internet, algo un tanto complicado en aquel momento; y otra muy distinta proporcionar un orden a todo ello. Tomaron prestada la idea académica de la referencia bibliográfica, o revisión por pares, produciendo algoritmos que cambiarían el acceso a la información instantánea para siempre. Pero necesitaban un nombre para su plan. Originalmente se les ocurrió el de «backrub» (masaje en la espalda), pero no les convenció. Al igual que a cualquier empollón de matemáticas, les gustaba la idea de «googol» —el número uno seguido por cien ceros—, pero lo deletrearon mal cuando registraron el nombre del dominio. Su desafío consistía en descubrir cómo su nueva y brillante idea podía hacer dinero. Inicialmente tenían muchos recelos sobre permitir la aparición de publicidad, pero una vez que se les persuadió de la conveniencia de un bloque separado en cada página, el modelo estuvo listo. El resto, como se dice, es historia: el mayor crecimiento de cualquier compañía en la historia corporativa de Estados Unidos.

Google vale ahora mismo más de 100.000 millones de dólares, mucho más que el *New York Times*, el *Washington Post*, Disney, el Dow Jones, Amazon y General Motors juntos. Está instalado en más de un millón de servidores en centros de datos de todo el mundo, procesando mil millones de búsquedas cada día. Ha devorado todo cuanto se ha puesto en su camino: YouTube (para compartir videos), la compañía telefónica Motorola (que más tarde vendió), compañías

de mapas y cualquier cosa que pudiera proporcionar la semilla de una nueva idea o que remotamente supusiera una amenaza. Su última obsesión es la robótica y el potencial para la inteligencia artificial. Con un ejército de técnicos e inventores de todo el mundo, Google está en constante búsqueda de la nueva gran idea —ya sean vehículos sin conductor o gafas que despliegan información en tiempo real—, que haga dinero y, lo más importante, que mantenga en la corporación la sensación de ser la misma empresa revolucionaria y atractiva de cuando empezó. Su mayor pesadilla es que aparezca alguien nuevo que les robe el éxito desviando a los jóvenes usuarios de Internet a otra parte.

Al igual que los jeques Mo y Jalifa no pueden evitar continuar construyendo edificios más grandes y más altos, la ética corporativa de Google es ser los mejores en todo. Es tal su patrimonio, poder y prestigio, que atrae a los más astutos ingenieros y científicos informáticos, abogados y grupos de presión. Asimismo ha conquistado a ambiciosos consejeros políticos, proporcionando una poderosa puerta de acceso a las oficinas de presidentes y primeros ministros. Todo el mundo es moldeado para encajar en una marca corporativa que exige una tremenda actividad y una aún más firme lealtad. —El modelo de Jack Ma en Alibaba está inspirado en él—. Con ostentosos restaurantes, bares y zonas de relax, masajes a discreción y gimnasios, los jóvenes empleados son alentados a pasar gran parte de su tiempo en ese cálido entorno. Google es extremadamente generosa en la financiación de nuevas empresas en la red, organizaciones y otros negocios que promocionan un Internet abierto. Su adhesión a la libre expresión está muy arraigada, si bien también es importante para su modelo de negocio. En cambio, sus credenciales respecto a la protección de privacidad resultan menos convincentes.

No obstante, a lo largo de 2013 se vio convulsionada por una polémica sobre su supuesta evasión fiscal, no solo en Estados

Unidos sino también por toda Europa, y especialmente en Inglaterra. La compañía solo estaba haciendo lo que los demás hacían, asignando las líneas de negocio más rentables a jurisdicciones con baja presión fiscal —la compra de jurisdicciones fiscalmente favorables, por usar su jerga—. El desvío de beneficios desde Irlanda —su cuartel general en Europa— a Bermudas a través de Holanda no estaba diseñado para ganarse las simpatías. A pesar de las muchas advertencias, Google no supo anticipar el aluvión de críticas que recibiría. O tal vez no les importaba. Page y Brin, como otros jóvenes criados con la mentalidad liberal del pensamiento californiano, se quedaron sorprendidos ante el oprobio que cubrió su firma cuando su lema «no seáis malos» se volvió contra ellos. No podían ver ninguna lógica en entregar dinero a un estado que lo utilizaría de forma menos eficiente y creativa de lo que ellos lo hacían.

$ $ $

La tercera generación de genios de la informática quedó inmortalizada en la película *La red social*. Facebook ha sido ampliamente aclamada por haber cambiado la forma en que la gente interactúa con los demás, no solo a nivel personal sino también social, con su impacto en los movimientos populares y en la política. Todo comenzó en el dormitorio de la residencia de estudiantes de un tímido joven que no sabía bien cómo hablar con las chicas. Mark Zuckerberg solicitó entrar en Harvard en 2001, adjuntando una impresionante lista de premios en el Instituto y la habilidad de escribir en griego antiguo y latín. Su verdadera pasión, sin embargo, al igual que la de Gates antes que él, era la codificación. Comenzó siendo un pirata informático, rompiendo normas para crear programas de ordenador. Robó fotos de los estudiantes de Harvard

de los álbumes que se guardaban en los vestíbulos de las residencias, conocidos coloquialmente como «facebooks», y creó una página web, Facemash, en la que los estudiantes podían calificar el aspecto de sus compañeros. Fue un comienzo poco afortunado que le llevó a recibir una amenaza de expulsión del colegio universitario y acusaciones de sexista por parte de los grupos de mujeres del campus.[45]

Imperturbable, Zuckerberg continuó trabajando en proyectos de programación basados en la idea de una «red social», como las recién lanzadas MySpace o Friendster. La ventaja de Facebook, como se la llamó originalmente, era que permitía al usuario escribir actualizaciones y ordenar eventos de la vida diaria, a la vez que controlaba su marco privado. Muy pronto se extendió por todos los colegios universitarios de la Liga Ivy, eclipsando a otros rivales locales que estaban también en las primeras fases de su desarrollo. Hacia el verano de 2004, el crecimiento había sido tan espectacular que los anunciantes hacían cola para comprar un espacio en su página. Facebook empezaba a dar beneficios. Zuckerberg y los compañeros de habitación que le habían ayudado en el proyecto alquilaron una casa en Palo Alto para el verano. Allí conoció a Sean Parker, cofundador de la página para compartir música Napster, quien, tras cuatro años en el negocio, era considerado un veterano de Silicon Valley. Parker se sintió atraído por esa filosofía de «*colegueo*» de Internet que Zuckerberg estaba lanzando; estaba impresionado por la ambición del estudiante, observando que mostraba «actitudes propias de un emperador».[46] El trabajo de Parker era actuar como presidente de facto de la compañía, utilizando sus contactos con inversores para encontrar dinero. Pero también tenía un papel secundario igualmente importante: comprar el alcohol para las fiestas de Facebook, ya que ninguno de ellos había cumplido los veintiún años.[47]

Entre el alcohol y las fiestas en la piscina, los primeros años de Facebook estuvieron marcados por una amarga rivalidad interna. De un día para otro habían pasado de una aventura en el dormitorio de una residencia, a una mina de oro multimillonaria. Eduardo Saverin, un compañero de fraternidad de Zuckerberg, tenía adjudicado un tercio de Facebook en los primeros tiempos, cuando aún era una red de Harvard. Su trabajo era supervisar el lado empresarial. Su participación en la compañía se vio reducida con la llegada de Parker, e intuyó que Zuckerberg estaba intentando deshacerse de él. Tras una amarga disputa y las subsiguientes demandas, Saverin y Facebook llegaron a un acuerdo extrajudicial, y todavía posee el 5 por ciento de la compañía.

Además Zuckerberg se vio envuelto en otras disputas, no solo con los gemelos Winkelvoss, dos remeros olímpicos y en su día compañeros de universidad, que le acusaron de robarles la propiedad intelectual de la idea. Casi inmediatamente, tras el lanzamiento de la compañía, declararon que Zuckerberg debía indemnizarles por haberlos excluido, una pretensión que él rechazó por desmesurada: «Intenté no hacerles caso, considerándolos como una molestia menor, porque siempre que hago algo con éxito, cada capitalista de ahí fuera quiere tener una parte del pastel».[48]Esta disputa también se resolvió en los tribunales.

La filosofía inicial de la compañía estaba dominada por un individuo cuya «visión» de la misma estaban obligados a aceptar todos los que trabajaban en Facebook, al igual que todo el mundo en Microsoft cuando estaba bajo el mando de Gates y todo el mundo en Amazon bajo el de Bezos. Los empleados que vivían a menos de un kilómetro y medio de la oficina recibían una prima de 600 dólares a cambio de «estar disponibles» y presentarse cada vez que se les necesitaba.[49] Al margen de toda su ingenuidad, de las bromas juveniles en la oficina y de un jefe que merodeaba por todas partes sin zapatos, era una empresa férreamente controlada. La propia

tarjeta de visita de Zuckerberg es un ejemplo de ello: «Soy un CEO, zorra».[50] A pesar de las fanfarronadas sobre cambiar el mundo, explica un antiguo empleado, «toda la arquitectura de recursos humanos de la compañía estaba construida sobre el modelo reaccionario de una oficina de los años cincuenta».[51]

Zuckerberg es una mezcla de bromista, muy hábil a la hora de dar codazos, pero a la vez poseedor de una visión mesiánica. Al igual que Jobs, Page y Brin, se propuso cambiar el mundo. Esos alardes que podrían achacarse a simple orgullo de juventud, demostraron ser totalmente ciertos. Desde sus primeros días, cuando rompió las reglas del colegio mayor hasta crear la página de Facemash, Zuckerberg demostró tener una psicología en línea con la ética de los hackers, una voluntad de poner patas arriba el sistema y una total desconfianza de la autoridad, pero, sobre todo, un deseo de llevar las cosas más lejos para ver qué sucedía.[52] Era un fuerte defensor —y así se empeñaba en repetirlo discurso tras discurso en las reuniones de directivos— de la idea de que toda la información debía ser libre y compartida. Insistía en que nunca había buscado dirigir una compañía; la compañía era solo el medio por el que su proyecto podía llevarse a cabo. La primera oferta externa por Facebook llegó justo dos meses después de haber sido lanzada en 2004. Un inversor ofreció al entonces veinteañero Zuckerberg 10 millones de dólares. Podía haberse convertido en multimillonario de la noche a la mañana, pero ni siquiera se molestó en considerarla. [53]Se aseguró de que Facebook siguiera el camino de otras compañías pioneras insurgentes al resistir a múltiples ofertas de compra de compañías de medios establecidas, para poder conservar el control. Al hacerlo, como es común en el estilo de Silicon Valley, una compañía de hackers antisistema se convirtió en un gigante financiero.[54]

Además de firmar el compromiso Giving Pledge —junto con su antiguo compañero de habitación y cofundador de Facebook, Dustin

Moskowitz, los dos únicos firmantes con menos de treinta y cinco años—, Zuckerberg también ha dado dinero a la Fundación de la Comunidad de Silicon Valley. Su director ejecutivo ha reconocido la contradicción de que muchas de las penurias de la zona sean culpa de las propias compañías tecnológicas, ya que sus muy bien pagados empleados han hecho aumentar el precio de los alquileres, disparando los índices de desahucio en los barrios de alrededor.

A finales de 2013, unos activistas locales comenzaron a bloquear el recorrido de los autobuses privados que llevaban a los empleados de Facebook, Twitter, Apple, Google y otros, desde San Francisco a las sedes de sus empresas en Menlo Park, Palo Alto y Mountain View. Al menos un autobús acabó con los cristales rotos. Las compañías han reforzado la seguridad, aumentando la sensación de abismo socioeconómico con el mundo menos «conectado» a su alrededor. Para los jóvenes empleados, a quienes se les ha inculcado la cultura corporativa del éxito «guay», ha sido una experiencia desorientadora que, sumada a las críticas públicas sobre privacidad e impuestos, les ha hecho ver cómo los preceptos morales de sus compañías están siendo puestos en duda a cada momento. La gran mayoría de los empleados es generosamente recompensada por sus esfuerzos, si bien no entran en la categoría de superricos o ni siquiera ricos. Aunque sus jefes sí lo son, y cada vez alardeen más de ello.

Una de esas ocasiones fue la boda, en agosto de 2013, de Sean Parker, el cofundador de Napster y antiguo presidente de Facebook, además de colega durante mucho tiempo de Zuckerberg. El «ridículo y ostentoso evento», tal y como lo definió *Los Ángeles Times,* tenía como temática *El señor de los anillos.* Cada uno de los trescientos sesenta y cuatro invitados llevaba un disfraz hecho a medida con ese tema. El evento se celebraba en los terrenos de un camping en Big Sur, con puentes falsos, un castillo de piedra en ruinas, dos columnas romanas rotas y un cercado con chicas del *Playboy* «por si

alguien necesitaba un abrazo». Otros detalles mostraban a los invitados participando en un banquete que incluía cerdos asados en espeto y una zona de descanso con ornamentadas camas cubiertas con lo que parecían ser mantas de piel de oso. No habiendo conseguido permiso para esas florituras arquitectónicas, Parker solucionó el problema pagando una multa de 2,5 millones de dólares. Después escribió un largo blog despellejando la cobertura de los medios. «Las reacciones han sido tan extremas, tan delirantes, con tal saña y descalificativos, que parece que estaban deseando cebarse con nosotros; era la clase de invectivas furiosas que normalmente se reserva para los dictadores genocidas».[55] Tal vez tuviera en mente al presidente del Zaire, Mobutu, con su locura de mármol de Gbadolite y su pista para los aviones Concorde.

Zuckerberg se había disculpado por no poder asistir. Una de las razones por las que la boda de Parker levantó tanta indignación fue porque normalmente los milmillonarios de Internet suelen tener más gusto a la hora de gastar su dinero. Sus mansiones no tienen columnatas sino que son sobrias y modernistas, utilizadas más para actos empresariales que para fiestas ostentosas. Dos de las mujeres líderes de la nueva generación de Silicon Valley, Marissa Mayer de Yahoo y Sheryl Sandberg de Facebook, han empleado sus hogares para acoger eventos tales como recaudar fondos para Barack Obama. En lugar de Porsches o Rolls-Royces prefieren conducir vehículos caros pero ecológicos: híbridos como el Prius o el totalmente eléctrico Tesla. Ese es el mensaje que quieren trasmitir: «Esto es el norte de California: empresarial, seria y con conciencia social. No es la presuntuosa New Jersey».

$ $ $

Ha pasado mucho tiempo desde que alguno de los milmillonarios de Internet trabajaba en un garaje. Sus corporaciones están entre las más poderosas del mundo. Cuando quieren ver a los presidentes o primeros ministros, tienen audiencia garantizada. Sus puntos de vista son tenidos en cuenta, y no solo en el sector tecnológico. Y sin embargo, esos ejecutivos de camiseta con oficinas decoradas en colores primarios y otras formas de informalidad son pura apariencia. El mensaje es estrictamente controlado; sus abogados están disponibles las veinticuatro horas del día de los siete días de la semana para la última batalla con los gobiernos y la última toma de poder. Ver a Google, con sus reivindicaciones por una ética más alta, investigada en el Parlamento británico junto con Starbucks y Amazon supuso un punto de inflexión en su reputación. Igualmente perjudicial para Apple fue la revelación de las terribles condiciones de empleo en las fábricas de la Foxconn en China, con los componentes del iPhone. Pese a ello, no hay demasiada evidencia de que los consumidores rechacen sus productos, porque resultan atractivos, indispensables y les hacen líderes del mercado.

A pesar de todos esos problemas, hay algo en este grupo que los distingue de otros que han hecho dinero por medios distintos, a través de herencias, expropiaciones o transferencias financieras. Los genios de la informática han hecho su dinero de una forma similar: han construido sus compañías alrededor de una idea brillante, uniéndose a las filas de los superricos de la noche a la mañana nada más salir sus empresas a Bolsa. Su excéntrico celo revolucionario es una reminiscencia de algunos de los aventureros que se hacían a la mar en busca de nuevas tierras. Con billones de personas en los países en desarrollo empezando a estar conectados, aún hay mucho dinero por hacer para el próximo chico listo de colegio universitario que encuentre una nueva gran idea. La primera generación de fanáticos informáticos en sus garajes puede que se haya convertido

en magnates globales, pero el romanticismo de los nuevos emprendedores de Internet permanece intacto.

Los titanes de Internet comparten la creencia básica de que ellos y sus tecnologías han cambiado el mundo, y tal vez incluso lo han salvado. También están convencidos de que su éxito en un área los cualifica para emplear sus vastas riquezas en otras. Esa es la razón por la que algunos se han desmarcado de las compañías con las que hicieron grandes fortunas para hacer otras cosas. El nombre de Bill Gates quedará más asociado en décadas futuras a la filantropía que a los ordenadores personales, al igual que el de Andrew Carnegie resulta más familiar cuando se habla de bibliotecas que de acero. Muy pocos se molestan en recordar las prácticas monopolísticas que les ayudaron a alcanzar su éxito. Han manejado su reputación a la perfección. Cada uno a su medida, han dedicado su vida a buscar nuevos proyectos, ya sea erradicando la polio o construyendo una nave espacial. ¿Y por qué no?, se dicen. Después de todo, tienen más dinero del que jamás podrán gastar. Habiendo conquistado el mundo en un campo, están convencidos de poderlo hacer en cualquier otro.

[1] S. Levy, *Hackers*, pp. 7-8.

[2]*http://www.microsoft.com/en-us/news/exec/billg/speeches/2007/ 01-30uklaunch.aspx.*

[3]*http://money.usnews.com/money/business-economy/articles/1997/11/23/xanadu-20.*

[4] S. Levy, *Hackers*, pp. 225-226.

[5] B. Gates, «An Open Letter to Hobbyists», 1976.

[6] R. X. Cringely, *Accidental Empires*, p. 99.

[7]*Ibidem*, pp. 101-102.

[8]*Ibidem*, p. 259.

[9]*Ibidem*, p. 296.

[10]*http://www.cato.org/sites/cato.org/files/serials/files/policy-report/1999/3/friedman.html.*

[11]*http://news.harvard.edu/gazette/story/2007/06/remarks-of-bill-gates- harvard-commencement-2007/.*

[12] Según lo declarado a Tom Friedman, *The World is Flat*, p. 279.

[13] R. Waters, «An Exclusive Interview with Bill Gates».

[14]*http://www.nytimes.com/2006/06/27/business/27friends.html.*

[15] «Bill Gates Inspired by Carnegie, Other Early Philanthropists», *The Fire Hose*, 16 de julio de 2013.

[16] R. Waters, «An Exclusive Interview with Bill Gates».

[17]*http://www.forbes.com/sites/randalllane/2013/11/17/bill-gates-and-bono-on-their-alliance-of-fortune-fame-and-giving/print/.*

[18] B. Gates, «A New Approach to Capitalism», pp. 7-12.

[19] «Bill Gates and Warren Buffett Discuss Creative Capitalism», in M. Kinsley (ed.), *Creative Capitalism*, p. 23.

[20] Véase *http://www.givingpledge.org.*

[21] R. Waters, «An Exclusive Interview with Bill Gates».

[22] N. Tweedie, «Bill Gates Interview».

[23] I. Birrell, «Bill Gates Preaches the Aid Gospel, but is He Just a Hypocrite?».

[24]*http://www.smh.com.au/technology/technology-news/gates-on-tax-giving-his-kids-only-10m—and-still-doing-the-dishes-20130528-2n9od.html.*

[25] D. Jones, «Facebook CEO is Youngest Self-made Billionaire».

[26] H. Blodget, «Apple Had No Choice but to Oust Steve Jobs».

[27] S. Levy, *Hackers*, pp. 252-253.

[28] R. X. Cringely, *Accidental Empires*, pp. 182-183.

[29] L. Kahney, «Jobs vs Gates: Who's the Star?».

[30] P. Whoriskey, «Record Thin on Steve Jobs' Philanthropy».

[31] «The Omidyar Way of Giving», *The Economist*, 26 de octubre de 2013.

[32] M. Hosenball, «Here's Who's Backing Glenn Greenwald's New Website», Reuters, 15 de octubre de 2013.

[33] T. Walker, «Pierre Omidyar».

[34] R.L. Brandt, *One Click*, p. 34.

[35]*Ibidem*, pp. 45-46.

[36]*Ibidem*, pp. 57-60.

[37]*Ibidem*, pp. 73-83.

[38]*Ibidem*, p. 61.

[39] T. Wolverton, «Amazon, Barnes & Noble Settle Patent Suit».

[40] R.L. Brandt, *One Click*, p. 124.

[41]*http://www.bbc.co.uk/news/business-25034598;http://www.salon.com/2014/02/23/worse_than_wal_mart_amazons_sick_brutality_and_secret_history_of_intimidating_workers;http://www.theguardian.com/technology/2013/dec/01/week-amazon-insider-feature-treatmentemployees-work.*

[42]*http://seattletimes.com/html/businesstechnology/2017883721_amazonbezos25.html.*

[43] M. Ververka, «Richard Branson's Otherworldly Space Quest».

[44] P. Farhi, «*Washington Post* Closes Sale to Amazon Founder Jeff Bezos».

[45] D. Kirkpatrick, *The Facebook Effect*, pp. 23-5.

[46]*Ibidem*, p. 47.

[47]*Ibidem*, p. 55.
[48]*Ibidem*, p. 83.
[49] K. Losse, *The Boy Kings*, pp. 73-75.
[50]*Ibidem*, p. 24.
[51]*Ibidem*, p. 25.
[52] S. Levy, *Hackers*, pp. 39-41.
[53] D. Kirkpatrick, *The Facebook Effect*, p. 41.
[54]*Ibidem*, pp. 11-12.
[55]*http://www.latimes.com/business/technology/la-fi-tn-sean-parker-wedding-photos-20130801,0,1319875.story#axzz2r23BzdyI.*

XIV. LOS BANQUEROS

> «Dejadme emitir y controlar el dinero de una nación y no me importará quien escriba las leyes».
>
> MAYER AMSCHEL ROTHSCHILD

Pocos de los superricos de hoy en día han sido tan vilipendiados como los banqueros. Desde el crac económico de 2008, estos amos del universo han sido considerados, de forma prácticamente universal, responsables de llevar la economía occidental al borde de la destrucción. Otros tal vez hayan sido más llamativos (los jeques), más ricos (los genios informáticos) o turbios (los oligarcas), pero son los banqueros los que se han convertido en sinónimo de la creciente desigualdad e injusticia de nuestros tiempos. ¿Es su situación como cabezas de turco el resultado de las decisiones que tomaron, de los rasgos de su carácter o de la mala suerte?

Con sus jets privados, sus suntuosas mansiones y esa sensación de impunidad y victimismo, los banqueros se han encerrado en su burbuja, aislándose del resto de los mortales. Se han tomado cuantas libertades les fueron ofrecidas por políticos y reguladores. Y, no obstante, su comportamiento a través de los años ha tendido a reflejar una más amplia actitud de la sociedad. En épocas de rápido crecimiento y adquisición de riqueza —tales como la Florencia de principios del Renacimiento, la Europa del descubrimiento del Nuevo Mundo o los Estados Unidos justo después de la guerra de Secesión —, la asunción de riesgos era perdonada, y la temeridad ignorada. En el periodo entre el final de la Segunda guerra Mundial y la explosión del mercado bursátil de mediados de 1980, el comedimiento era visto como una virtud. Aquello duró hasta la liberalización de los gobiernos de Thatcher y Reagan, la llegada de la globalización y las nuevas tecnologías. Desde ese momento, el grave

desequilibrio en la riqueza interior de cada país, y entre los distintos países, creció ostensiblemente.

Desde los días de los Médici, la profesión de banquero ha formado parte integral del desarrollo del capitalismo. Las grandes dinastías financieras han seguido los pasos de sus antecedentes italianos, mezclando dinero con poder político. La familia Fugger en Alemania fue su heredera espiritual, amasando una vasta fortuna a lo largo de los siglos XV y XVI, al financiar el deseo de Carlos V de convertirse en emperador del Sacro Imperio Romano y asegurarse de ser el banco de referencia de la élite europea. Jacob Fugger encontró un cliente estrella en el papa y, al hacerlo, atrajo la ira de reformistas religiosos como Martín Lutero.

Aunque su banco fue fundado en Inglaterra, los Rothschild se convirtieron en los acreedores de la mayoría de las más importantes potencias del continente europeo durante las guerras napoleónicas de principios del siglo XIX. El negocio favorito de Nathan Mayer Rothschild era conceder préstamos a los gobiernos; los bancos y los políticos siempre se han beneficiado de una estrecha colaboración mutua.

Aunque tampoco puede decirse que ese ciclo de ascenso y depresión, o el comercio de paquetes financieros poco fiables, sea nada nuevo. Ya en 1720, la Compañía del Mar del Sur —una corporación similar a la Compañía de las Indias Orientales de Clive— cayó víctima de una burbuja especulativa fomentada por su propia soberbia. El colapso fue sorprendentemente similar al de 2008: una masiva crisis de liquidez propiciada por compañías y bancos que soportaban muchas más deudas de las que podían responder con sus activos, y que incluía la práctica de «venta en corto» de acciones, o venta rápida, que, posteriormente, volvían a comprarse cuando el precio bajaba, a fin de conseguir enormes beneficios. La burbuja del Mar del Sur provocó una oleada de bancarrotas que solo pudo ser contenida a través de masivos rescates del gobierno, en

medio de la indignación popular.[1]El Parlamento se vio obligado a considerar una propuesta que solicitaba poder encerrar en sacos a las partes culpables y lanzarlos al Támesis.[2]

Y sin embargo, ya entonces, al igual que ahora, una vez que la furia inicial se había disipado, las finanzas regresaban a la normalidad. Los parlamentos aprueban leyes estableciendo una mayor regulación y los banqueros prometen actuar con más responsabilidad. Pero los cambios en sus métodos de trabajo son insignificantes, y los de conducta meramente superficiales. Sus sueldos continúan siendo estratosféricos. La contrición escasa.

$ $ $

Destrozan el mundo y aún así piensan que son buena gente y que se les ha juzgado duramente.

Jimmy Cayne se marchaba de Bear Stearns los jueves y viajaba en su helicóptero privado hasta la costa de New Jersey para pasar largos fines de semana jugando al golf.[3] Suponía que la firma estaba en buenas manos. Casi la mitad de sus empleados eran accionistas, de modo que tenían un doble interés en el éxito del banco. A Cayne le gustaba pensar que estaba construyendo una firma en una atmósfera de consenso y cooperación, un equipo que podría capear cualquier tormenta y resistiría en el negocio durante mucho tiempo. «Aquí no hay una gratificación instantánea», alegaba. Los bonus de Cayne a sus ejecutivos eran tan generosos que un analista comparó los sueldos y las primas de la compañía con el milagro de los panes y los peces.[4]

Tras dejar la Universidad, Cayne había sido taxista, vendedor de fotocopiadoras y chatarrero en el Medio Oeste antes de trasladarse a la costa Este al cumplir los treinta. Estaba decidido a hacer fortuna en los torneos de bridge —una pasión que, dicho sea de paso,

comparte con Bill Gates y Warren Buffett—. En 1969, cuando tenía treinta y cinco años, conoció al futuro director ejecutivo de Bear Stearns, Alan *Ace* Greenberg, quien le contrató durante un torneo de cartas. Cayne rápidamente llamó la atención de la directiva, dirigiendo una división de banca privada que atendía a los ricos. Codiciaba el estilo de vida de sus clientes y estaba decidido a hacerse más rico que ellos. Incrementó aún más su reputación entre los jefes aprovechándose de la cercana bancarrota municipal de la ciudad de Nueva York en 1975, al comprar bonos de la ciudad y venderlos con altos márgenes.[5] En 1993 reemplazó a Greenberg como director ejecutivo y, bajo su liderazgo, Bear Stearns logró la reputación de un barco tripulado con mano firme. El banco salió airoso de la recesión de principios de los años 2000 en Estados Unidos —provocada por el colapso de Enron y el desplome de la burbuja de los sitios puntocom—, y obteniendo unos beneficios récord. En 2003 Cayne declaró a un periodista: «Estamos usando los noventa y nueve cilindros, así que hay que preguntarse, ¿cómo podemos hacerlo mejor? Simplemente no puedo imaginar qué podría ser».[6] Bear Stearns se proclamaba a sí misma la mejor firma financiera que trabajaba para Wall Street, y Cayne se aseguró de ser debidamente recompensado como el director mejor pagado de la ciudad.

En 2006, Cayne fue el primer banquero en alcanzar el hito que todos habían soñado y luchaban por conseguir: ser el primer director de Wall Street en poseer participaciones de una compañía por valor de 1.000 millones de dólares.[7] Para entonces el banco con una larga reputación de respetabilidad se había implicado como nunca en la adquisición de dudosos productos financieros. Ni siquiera los gerentes de alto nivel o el consejo mostraban preocupación. Un ejecutivo que se atrevió a protestar por el riesgo que se corría fue despedido.[8]

Habiendo invertido personalmente tanto en el banco, Cayne no podía imaginar qué podía fallar.[9]Tras conseguir la categoría de Gran Maestro en el bridge, alcanzó gran notoriedad cuando, en el verano del 2007, organizó un torneo de diez días de duración, con solo un acceso esporádico a su teléfono y correo, mientras su banco perdía 1.600 millones de dólares en unas malas inversiones en fondos de cobertura.[10] Bajo el mando de Cayne, el precio de las acciones de la firma se había multiplicado por diez en quince años, respaldado sobre todo por inversiones de riesgo. Los préstamos irresponsables habían llevado su «índice de endeudamiento» hasta equipararse con sus activos y, posteriormente, superarlos por treinta y cinco a uno. Los reguladores parecían plenamente relajados. El 11 de marzo de 2008, Christopher Cox, director de la Comisión de Seguridad e Intercambio, y jefe regulador del sector financiero de Estados Unidos, comentó hallarse tranquilo por la cantidad de capital que Bear Stearns y otros bancos de inversión tenían en mano. Días después, cuando los inversores descubrieron de pronto que el banco no podía hacer frente a sus obligaciones, Bear Stearns se colapsó.

La administración Bush trató de buscar una respuesta. Sin plantearse en ningún momento la nacionalización, algo herético para los políticos americanos —a diferencia de lo que se había percibido en Inglaterra, con la adquisición de Northern Rock—, Bear fue alentado a aceptar su fusión con J.P Morgan Chase. Aunque más bien fue un caso de adquisición por humillación. J. P. Morgan se ofreció a comprar las acciones de Bear por 2 dólares cada una; al Consejo no le quedó más opción que aceptar. La reacción de Cayne fue una mezcla de parálisis y rechazo: «No sentí nada. Saqué mala nota en el examen. Eso es todo. Nada que decir». Solo más tarde añadió: «Me siento triste por mí y por mi familia de Bear Stearns».W.D. Cohan, «The Rise and Fall of Jimmy Cayne».El precio finalmente aumentó a 10 dólares, pero aún así una augusta institución financiera había sido valorada en poco más del precio del inmueble

donde estaba su oficina principal en Nueva York.[11] El banco había sido salvado, pero a los contribuyentes todavía les quedaba mucho por tragar. Casi 29.000 millones de dinero público tuvieron que ser inyectados en Bear Stearns para proporcionar liquidez y hacer posible la adquisición. Eso sentó el patrón para la crisis.

Seis meses después, el lunes 15 de septiembre de 2008, el boletín de noticias de la televisión retransmitió las que se convertirían en imágenes icónicas de la era. Hombres y mujeres jóvenes con mirada confusa, que creían haber emprendido el camino del éxito, salían de sus oficinas de Nueva York cargados con cajas de cartón en busca de un taxi. Lehman Brothers, uno de los grandes nombres de Wall Street durante más de siglo y medio, acababa de anunciar que se acogía al Capítulo 11 de la Ley de Quiebras: la mayor bancarrota de la historia de Estados Unidos.

Este desplome causó una oleada de pánico aún más profunda en el mercado. Políticos, banqueros y reguladores se embarcaron en una frenética serie de llamadas telefónicas y reuniones para dar con algún plan de rescate de las grandes instituciones y salvar la economía global. A diferencia de las compañías en la «economía real», los bancos eran considerados demasiado «importantes para caer», una frase acuñada por un funcionario en 1984, cuando aún no había cundido el pánico, a propósito del libre mercado de los años de Reagan.[12]

Excepto por un banco: Lehman. Al igual que sus competidores, se creía a prueba de contratiempos. La psicología de beneficios perpetuos estaba tan arraigada en las instituciones financieras, y entre los líderes políticos, reguladores y la mayoría de los economistas, que contradecirla habría supuesto mostrar debilidad. Era la actitud de «sonreír o morir» presente en muchos aspectos de la vida americana de la década de los 2000, incluyendo a Bush en la Casa Blanca durante la guerra con Irak y el crac financiero. Muchos en esa América corporativa creían en la noción de la «ley de

atracción»: puedes cambiar el mundo enviando pensamientos positivos.[13]Los pensamientos negativos eran rechazados e ignorados. Raghuram Rajan, un economista del FMI, presentó un informe en una reunión internacional de banqueros en Jackson Hole, Wyoming, en 2005, argumentando que los bancos se habían expuesto a potenciales problemas al vender sus paquetes de deuda de mayor riesgo. La sabiduría convencional indicaba que el riesgo se reducía al difundirlo. Rajan escribiría más tarde: «Solo exagero un poco cuando digo que me sentí como uno de los primeros cristianos que se hubiera metido inconscientemente en una convención de leones hambrientos».[14]

Visto en retrospectiva, el origen del colapso es fácil de entender. Durante años el valor de la vivienda en Estados Unidos había estado creciendo, alentado por los bajos tipos de interés y el exceso de crédito del exterior. En un clásico caso de mercado funcionando por su propia e irrebatible lógica hasta el catastrófico final, las emergentes economías de Oriente Medio y Asia estaban ansiosas por librarse del superávit de sus presupuestos, mientras el déficit de Estados Unidos continuaba aumentando, incluso en los momentos del auge. Gran parte de ese capital en oferta fue invertido en una serie de instrumentos financieros cada vez más complejos, que fueron aglutinados en paquetes y vendidos repetidamente. Los inversores de Wall Street desarrollaron un enorme apetito por bonos respaldados por hipotecas de la gente corriente. Firmas como Lehman compraban miles de hipotecas, y las empaquetaban como valores, en lo que se llamó «obligaciones de deuda garantizada» (CDOs, Collateral Debt Obligations). Luego, tras valorarlas de acuerdo con el dinero que fluía de los pagos de las hipotecas, las vendían a los inversores, incluyendo fondos de pensiones y fondos de cobertura. Estos CDOs eran considerados tan seguros como los Bonos del Tesoro americanos, pero con un mayor índice de interés. La demanda de hambrientos inversores y propietarios fue tan

enorme que finalmente las entidades hipotecarias abandonaron sus criterios de aseguramiento, concediendo préstamos a gente con ratios crediticios muy pobres, personas que debían trabajar duro para poder reembolsarlos. Estas fueron llamadas *subprime* o hipotecas de alto riesgo.

Cuando el mercado de la vivienda se derrumbó en 2007 y los propietarios comenzaron a fallar en sus pagos, el sistema se colapsó. Los bancos tenían un masivo apalancamiento, sus deudas creciendo mucho más rápido que sus activos. Eso significaba que no serían capaces de afrontar sus obligaciones cuando los mercados de crédito se secaran. A fin de enmascarar el enorme apalancamiento, y continuar dando préstamos sin necesidad de demostrar que tenían capital para respaldarlos, los bancos establecieron un sistema opaco de compañías filiales conocidas como conductos o vehículos de inversión estructurada. Esa maniobra, teóricamente legal, permitía que transacciones por valor de millones de dólares quedaran al margen de los libros de contabilidad de los bancos. Prácticamente casi todos los bancos o instituciones financieras compraron, empaquetaron nuevamente y comerciaron con esos tóxicos instrumentos. Y sin embargo nadie estaba preparado para calcular hasta qué punto se había extendido la putrefacción de las hipotecas *subprime*. Cuando el problema apareció por primera vez, Ben Bernanke, director de la Reserva Federal, predijo que sus efectos «serían seguramente limitados».

Lehman se había sobreexpuesto al mercado de las hipotecas de alto riesgo, con una deuda que alcanzaba un ratio similar al de Bear. El banco había estado amañando los libros clasificando las hipotecas a corto plazo como ventas de activos, haciendo que pareciera como si la compañía tuviera más efectivo y menos deuda. Lo hizo justo antes de anunciar los beneficios trimestrales, dando así una falsa impresión a accionistas e inversores.[15] El hombre al mando era Dick Fuld, el director ejecutivo más veterano de Wall Street. Tras un

breve coqueteo con la carrera militar —participó en un programa para entrar en los Cuerpos de Entrenamiento de Oficiales Reservistas —, se unió a Lehman como agente a la edad de veintitrés años. Su ascenso a los puestos más altos fue rápido y fácil. Su habilidad para el comercio bancario era aparentemente más sofisticada que su conocimiento del mundo. En 1986 fue enviado a Londres para supervisar la adquisición de L. Messel, una firma de corretaje de la City. Cuando los directivos de Messel le contaron a Fuld que necesitaban abrir una oficina en Fráncfort para competir mejor en Europa, este replicó: «De ninguna manera. Nunca iremos detrás del Telón de Acero».[16]

Fuld se hizo cargo de Lehman Brothers en 1994, presidiendo la firma durante catorce años de beneficios. Era apodado «el Gorila». Él se reía de su apodo, y había colocado un gorila disecado en su oficina.[17] Tomó como punto de referencia económico —y si alguna vez se le ocurría, su ética— la misma estrategia que sus banqueros rivales. Sentía una terrible envidia por Goldman Sachs y su jefe, Lloyd Blankfein; estaba desesperado por continuar su búsqueda en pro de una permanente expansión.[18]Se convirtió en una parodia del banquero narcisista y resuelto, si bien en las décadas de 1990 y 2000 estos rasgos de carácter eran vistos como virtudes. En una conferencia pronunciada en 2006 a alumnos de comercio de su alma máter, la Universidad de Colorado, les dijo a los estudiantes que estaban a punto de acceder al mundo laboral:

> No tengáis miedo de competir. No tengáis miedo de tomar decisiones. Y en cualquier cosa que hagáis, no seáis simples espectadores. Sea lo que sea, intentadlo. Si perdéis, volved a levantaros, intentadlo de nuevo y seguir adelante. Cuando un periodista le preguntó a Thomas Edison: «¿Cómo se siente por fracasar diez mil veces?», Edison replicó: «No he caído diez mil veces. La bombilla eléctrica ha sido un invento de diez mil pasos». En cualquier cosa que hagáis, debéis creer en vosotros mismos y no daros por vencidos.

Le encantaba dar esas charlas, y sus audiencias le adoraban por ello. En un vídeo interno dirigido a su personal, declaró a aquellos que vendían en corto —aunque bien podría haberse referido a cualquiera que se interpusiera en su camino—, utilizando una mezcla de controlada amenaza y burla de sí mismo habitual en los círculos corporativos: «Soy flexible, soy adorable, pero lo que realmente quiero hacer es alargar la mano, arrancar su corazón y comerlo antes de que mueran».

En el año del crac, Fuld ganó 40 millones de dólares.[19] A medida que se desarrollaban los acontecimientos, y quedaba claro que la exposición de Lehman a los instrumentos tóxicos era más acusada que la de sus rivales, se negó a aceptar la realidad. Rechazó un montón de tratos posibles que implicaban inyección de capital o fusiones, insistiendo en cada caso en que el candidato estaba infravalorando el banco. «Mientras continúe vivo, esta firma nunca se venderá», declaró. «Y si se vende cuando haya muerto, regresaré desde la tumba para impedirlo».[20]

Estaba furioso porque la administración Bush y los reguladores hubieran salvado a Bear Stearns, mientras permitían que su banco se hundiera y su nombre quedara por los suelos. Tenía especialmente atravesado a Henry Hank Paulson, antiguo director ejecutivo de Goldman Sachs y ahora secretario del Tesoro con Bush, y el hombre encargado de solucionar la crisis financiera. Sus quejas no eran del todo infundadas. Su banco se había comportado prácticamente igual que otros que serían rescatados antes y después; lamentablemente, un vergonzoso número de las más prestigiosas instituciones americanas acabaron siendo insolventes. El coste del rescate de los bancos en Estados Unidos alcanzó los 700.000 millones de dólares. Otros muchos trillones se perdieron en el mercado de valores. En los meses y años siguientes, mientras Main Street sufría los excesos de Wall Street, la tasa de desempleo

en Estados Unidos alcanzó el 10 por ciento, una cifra que los americanos no habían vuelto a ver desde la Gran Depresión de 1930.

Esos eran beneficios privatizados y pérdidas socializadas. Cuando todo iba bien, los banqueros eran recibidos como héroes empresariales, líderes de la sociedad, benefactores de las grandes instituciones culturales y amigos de presidentes y congresistas. Estaban protegidos por una muy baja tributación para las sociedades y rentas, así como por la utilización de paraísos fiscales para enterrar su botín. La no interferencia era su religión. Cuando todo acabó mal, el estado apareció en su ayuda —con excepción de Lehman— para sacarlos a flote. La intervención se puso brevemente de moda para los amigos.

Sin embargo, a pesar de todo lo que se hizo para ayudar a los banqueros y la exoneración legal que recibieron —ninguno de los principales actores tuvo que enfrentarse a un juicio—, estos continuaron desplegando una particular actitud de victimismo. Transcurrido un año del primer mandato de Barack Obama, que introdujo una vacilante tentativa de endurecer la regulación, un directivo de fondos de cobertura llamado Dan Loeb escribió un correo que se convirtió en un clásico. El tema del mismo era «Esposas maltratadas». «Queridas amigas/esposas maltratadas — escribió a un grupo de colegas—: Estoy seguro que, si somos muy buenos y nos quedamos quietos, todo se arreglará y el presidente se volverá más centrista y toda esa exigente charla se quedará en palabras; quiero decir que realmente nos quiere y cuando nos pega, no quiere hacerlo; simplemente se enfada un poco».

Otro correo de un superrico optó más por la hipérbole que la ironía. En enero de 2014, Tom Perkins, un destacado y arriesgado capitalista especializado en el sector tecnológico, escribió al *Wall Street Journal* para expresar su disgusto ante todas esas críticas: «Quiero llamar la atención entre el paralelismo de la fascista Alemania nazi con su guerra contra su "1 por ciento", es decir los

judíos, y la guerra progresiva sobre el "1 por ciento" americano, a saber, "los ricos", escribió. Recriminando la demonización de esa clase a manos del movimiento Ocupa Wall Street, advertía de «la creciente marea de odio hacia los triunfadores» y «el peligroso giro de nuestro pensamiento americano». Y concluía su carta con la siguiente pregunta retórica: «La Noche los Cristales Rotos era impensable en 1930, ¿es ese "progresivo" radicalismo descendiente de aquello tan impensable ahora?».[21]

Perkins fue criticado en los medios por elegir esa comparación, pero estaba sacando a relucir algo que muchos otros hubieran deseado hacer. Su rabia aludía a una sensación de persecución percibida por la mayoría de las industrias de servicios financieros a raíz de su tratamiento tras el crac. Algo muy arraigado porque durante treinta años esos financieros habían disfrutado de hegemonía y adulación. Ninguna de sus acciones: la sobreexposición a una deuda de dudoso cobro, el desarrollo de productos financieros tan complejos que pocos los entendían, la creatividad contable o la crisis resultante, habría sucedido si los banqueros no hubieran ganado el argumento político. El argumento era muy sencillo: somos cruciales para su economía, sabemos mejor que nadie cómo gestionar nuestros asuntos, así que déjennos en paz para poder seguir con ello. El debate tardó varios años en ganarse, pero dio como resultado una rápida marcha hacia la liberalización del sector financiero.

La banca había sido siempre objeto de leyes y códigos de conducta. En siglos anteriores, los bancos podían establecerse solo si demostraban una mínima cantidad de capital y recibían el permiso de los poderes pertinentes. En los años posteriores a la Gran Depresión, con la caída de los bancos y la desaparición de los ahorros de los pequeños depositarios, se introdujo una regulación más rigurosa. Esa trayectoria política se incrementó tras la Segunda Guerra Mundial, con el estado asumiendo un papel más significativo

en la conducta y el control de la economía. La idea más extendida era que las necesidades de las instituciones financieras estaban subordinadas al interés nacional. Después de la guerra, el sistema Bretón Woods introdujo controles más estrictos sobre el capital fijando los tipos de cambio. También estableció el Fondo Monetario Internacional para regular los préstamos.[22]El economista estadounidense Arthur Bloomfield resumía el nuevo modelo de responsabilidad:

> Hoy en día es una altamente respetada doctrina, tanto en círculos académicos como bancarios, que una substancial medida del control directo sobre los movimientos de capital privado, especialmente de todas las variedades del llamado dinero especulativo, es deseable para la mayoría de los países, y no solo en los años inmediatamente venideros, sino también a largo plazo. Ese cambio radical de opinión en la doctrina encarna un amplio desencanto como resultado de la conducta destructiva de esos movimientos en los años de entreguerras.[23]

Durante la postguerra, en esa América anterior a la liberalización, el director de la sucursal del banco era visto como un sólido pilar de la vida local. Usualmente era un hombre mayor, a veces miembro de los Rotarios,[24] o quizás un masón, alguien en quien se podía confiar que no actuaría precipitadamente, perdiendo los pequeños ahorros de los ciudadanos. Los bancos de inversión, incluso en ese todavía más estoico período de mediados de siglo, siempre atraían a los jóvenes y los ambiciosos, gente que o bien era astuta o le habían dicho que lo era. En la década de 1950, las firmas eran conocidas como bancos de «zapato blanco» en alusión a los mocasines que calzaban los graduados de la Liga Ivy que eran reclutados.[25]Pero rara vez eran figuras públicas, comprometidos como estaban en actividades arcanas que raramente incidían en las vidas de la gente. Hacia finales de los sesenta, los bancos se quejaban de estar siendo estrangulados por la burocracia. Soportaban el control de sus tipos

de interés y eran incapaces de competir, ampliar capital y participar activamente en el mercado. Las entidades de crédito se limitaban a ofrecer tostadoras a los nuevos clientes. Alguien tenía que ceder.

Las victorias en las elecciones de Margaret Thatcher en 1979 y Ronald Reagan en 1980 atrajeron una era de rápida liberalización. Los límites entre las actividades de las diferentes instituciones financieras se volvieron más difusos. El momento clave en Inglaterra llegó gracias a la aprobación del Acta de Servicios Financieros. La «explosión» tuvo lugar el 27 de octubre de 1986, cuando la Bolsa de Londres cambió sus normas, suprimiendo los intermediarios en las transacciones de acciones y permitiendo el comercio a través de los ordenadores. Ahora podían comprarse y venderse acciones, y hacer grandes fortunas en un abrir y cerrar de ojos. Pero ni siquiera los más ardientes defensores del libre mercado apreciaban plenamente los cambios que se estaban desarrollando. En Estados Unidos, la patronal bancaria urgió a una mayor relajación del Acta Glass-Steagall, una ley de la era de la Depresión que, entre otras cosas, había separado los bancos de inversión de las entidades de crédito. Ahora los bancos tenían permitido emplear un cinco por ciento de su facturación en actividades especulativas. Ese era un cambio considerable que, sin embargo, resulta mínimo comparado con lo que pasó a continuación. En 1996, Alan Greenspan, el director de la Reserva Federal elogiado durante más de una década como una de las figuras más importantes de la economía mundial, había incrementado ese techo hasta el 25 por ciento.

Esa explosión y liberación hicieron surgir una nueva raza de operadores de Bolsa. Los gobiernos de Thatcher y Reagan redujeron los altos tipos de los impuestos sobre la renta. En los Estados Unidos cayó del setenta al 28 por ciento. De esa forma, y de un día para otro, se abrieron increíbles oportunidades para nuevos actores. El sector financiero británico había estado, en palabras de un veterano de la industria, previamente dominado por los «tres pilares de la

conservadora Inglaterra: la escuela pública, el club de caballeros y la casa de campo».[26]Uno podía fiarse de la palabra de un agente de Bolsa caballero debido a su educación. Como alguien dijo: «Una buena educación en Eton es garantía de confianza total. Si dices que vas a hacer algo, lo harás».[27] La mayoría de esos nuevos participantes mantenía horarios normales de oficina y salía del trabajo a las cinco y media de la tarde. Incluso a mediados de los ochenta, cuando algunos de los bancos de Londres se trasladaron desde los edificios georgianos de la City a los flamantes y nuevos Docklands, los hombres que los dirigían, insistían en decorar sus oficinas como una réplica de las salas de estudios de sus colegios y universidades.

La cultura estaba cambiando a ojos vista con el ascenso de los «corredores», los operadores y agentes de procedencia más humilde que habían salido a hacer sus fortunas. Esos hombres fueron caricaturizados como los «chicos salvajes» de Essex (Inglaterra) o New Jersey (América). Ejecutivos que llegaban terriblemente pronto y se quedaban hasta extremadamente tarde: trabajaban duro y jugaban duro. Esos nuevos operadores despreciaban a los viejos banqueros de inversión, a quienes veían como la élite aristocrática. Su casta quedó inmortalizada en la película de Oliver Stone de 1987 *Wall Street*, con su héroe y antihéroe, Gordon Gekko, un agente de Bolsa de ficción inspirado parcialmente en el rey del bono basura, Michael Milken. Este último fue condenado a prisión en 1989 por fraude y chantaje sistematizado, pero el aspecto más destacado de la película y del personaje era la nebulosa línea entre legalidad e ilegalidad. Había menos ambigüedad en el ámbito moral de Gekko. La codicia, declaraba el protagonista, es buena. En 2013, Hollywood produjo con gran éxito otro retrato de la misma era: *El lobo de Wall Street*, un pastiche de Martin Scorsese sobre un agente de Bolsa cocainómano y adicto al sexo de finales de la década de 1980.

Esta fue la era en la que gran parte de la cosecha de banqueros que hoy son líderes pasó sus años de formación en sus carreras.

Los banqueros empezaron a familiarizarse con un entorno de alto riesgo y altas recompensas, llevados por las nociones de Spencer sobre la superioridad.[28]Pero a diferencia de Carnegie y Rockefeller, no se molestaron en justificarse a sí mismos intelectualmente. Simplemente asumieron que todo el mundo se mostraba conforme con lo que estaban haciendo, mientras todos siguieran haciéndose ricos —o al menos, todos aquellos a los que conocían—. Los banqueros de éxito creían haber ascendido por el camino más difícil, sobreviviendo a sus primeros años como becarios, trabajando para subir de categoría casi cien horas a la semana. Sabían que valía la pena porque, como les habían dicho en su primer día de trabajo, muy pronto estarían haciendo «más dinero del que nunca imaginaron».[29] A partir del momento en que se les entrevistaba como licenciados de la Liga Ivy, se les advertía que en esa empresa iban a trabajar al lado de las mejores mentes del mundo. En la década de los años 2000, los bancos de inversión eran vistos como el destino favorito de los jóvenes más brillantes. A modo de ejemplo, basta decir que alrededor de un 40 por ciento de los cursos de graduación en Princeton en esos años estaban dedicados a los servicios financieros. Goldman Sachs organizaba semanalmente, y en determinados períodos del año, actos diarios para reclutar a estudiantes de Harvard.[30] Un banquero de inversión de Goldman, lamentando la falta de impulso en otros lugares de trabajo, donde la gente llegaba a las nueve y se marchaba a las cinco, declaró: «Es como una patada en el culo conseguir hacer las cosas en el mundo real».[31] Los gigantes de Internet también andaban al acecho de los mejores y más brillantes talentos, pero la clase de persona arriesgada que estaban buscando requería una mentalidad diferente, un énfasis en la ingenuidad y la innovación más que la crudeza exigida por la rutina bancaria.

Los bancos fueron de los principales beneficiarios del evangelio de la privatización de las décadas de 1980 y 1990, y de los experimentos neoliberales que se llevaron a cabo en Europa y el continente americano. El hundimiento del comunismo y de la Unión Soviética fue testigo de una enorme expansión del mercado de la privatización. Suprimida su regularización, los mercados de divisas constituyeron otra fuente de beneficios: casi unos asombrosos 3.200 millones de dólares fueron comerciados diariamente en los años 2000. Y en cuanto al mercado de derivados, hacia 2007 su valor era dieciocho veces superior al de la economía «real» global.[32] La liberalización estaba cogiendo velocidad. En 1999 la legislación aprobada por el presidente Clinton abolió las últimas restricciones Glass-Steagall. Las líneas de demarcación respecto a qué tipos de actividades financieras podían emprender los bancos y otras instituciones financieras empezaron a diluirse hasta el punto de no existir. En teoría, eso les permitía expandir el riesgo. El sector financiero gastó cientos de millones de dólares presionando a congresistas.[33] Eso podría parecer una gran cantidad, pero fue un dinero bien empleado que abrió las puertas a las riquezas instantáneas. En 2004, la SEC, Securities and Exchange Commission (Comisión Nacional del Mercado de Valores), que nominalmente ejercía el papel de regulador, relajó las reglas que dictaminaban la cantidad de deuda que los bancos podían asumir. El sector se había ido autorregulando eficazmente a base de asentimientos y guiños.

Incluso donde supuestamente debía existir una supervisión de las autoridades públicas, las líneas se difuminaron gracias al sistema de puerta giratoria, es decir: los directivos de los bancos se convirtieron en figuras importantes de la administración estadounidense, a la vez que los políticos se pasaban a los bancos cuando se agotaba su mandato. Un banco tenía especial acceso, siendo el jefe de la manada: Goldman Sachs. El caso más llamativo fue el de Hank Paulson. En 2004, mientras era director ejecutivo, Goldman escribió

al SEC abogando en favor de aflojar las constricciones sobre la cantidad que los bancos de inversión podrían apalancar sobre su capital. El consiguiente cambio de norma resulta clave para entender por qué muchos bancos de inversión fracasaron, o estuvieron a punto de hacerlo, en el 2008.[34] Casi enseguida, Paulson junto con Ben Bernanke iniciaron lo que un escritor denominó como «una ofensiva relámpago» para tratar que el Congreso aprobara un paquete de medidas de rescate con las menores condiciones posibles para los banqueros.[35] Los demócratas tenían una experiencia parecida del negocio. Tras haber estado empleado muchos años en Goldman, Robert Rubin fue nombrado secretario del Tesoro en la administración Clinton en la década de 1990.[36] Otros alumnos del banco que acabaron en puestos del gobierno fueron William Dudley, que sirvió como director ejecutivo en la Reserva Federal de Nueva York, y Josh Bolten, nombrado director de personal con George Bush.

Cuando no estaban intercambiando empleos, los banqueros financiaban a los partidos, tanto a los demócratas como a los republicanos. Algunos extendían su generosidad sin tener en cuenta las lealtades políticas. John Mack, de Morgan Stanley, donó fondos a la campaña presidencial de George W. Bush, pero en 2008 cambió su fidelidad a Hillary Clinton.[37] Esto se conoce como «sacarle jugo» tanto al Capitolio como a la Casa Blanca.

Goldman Sachs es posiblemente la máquina de hacer dinero más rentable que el capitalismo global haya fabricado nunca. Siempre ha atraído a los más listos de la banda, encontrado la manera de sobrevivir o prosperar, sin importar los obstáculos que surgieran en el camino. Se han sacudido las críticas calificándolas de «comidilla de envidiosos». De las muchas denuncias que han recibido, sobre todo a propósito de su papel en los años anteriores al crac, ninguna fue más subida de tono que la aparecida en el artículo de la revista de rock *Rolling Stone* en abril del 2010, titulado «La gran máquina

americana de burbujas». Un ingenioso y extenso ensayo detallando las muchas y astutas prácticas del banco. Comenzaba así: «Lo primero que hay que saber sobre Goldman Sachs es que está por todas partes. El banco de inversión más poderoso del mundo es un gigantesco calamar vampiro que clava incansable sus colmillos para chupar la sangre de todo lo que huela a dinero». La respuesta de Goldman fue apuntar que los calamares vampiros eran inofensivos para los humanos.

El jefe calamar vampiro era un hombre calvo y achaparrado, procedente de un hogar humilde. Hijo de un trabajador de correos y una recepcionista, Lloyd Blankfein nació en 1954 en el sur del Bronx. Sus padres se trasladaron a un edificio de viviendas en un violento vecindario de Brooklyn. Comenzó su vida laboral a los trece años, vendiendo soda en los partidos de los Yanquis. Blankfein explotaba así sus difíciles comienzos: «Un refresco costaba 25 centavos y creo que te llevabas una comisión del 10 o el 11 por ciento. Yo me decía, esa bandeja es increíblemente pesada, ¿vas a hacer toda esa subida por dos o tres cuartos de centavo? ¿Y adivinen qué? Subí hasta allí por dos o tres cuartos de centavo».[38] Era duro y astuto, el primero en su familia en poder asistir a un colegio universitario. Pero no a un colegio cualquiera, sino al colegio de los ultraconfiados y ultraconectados. Acudió a Harvard con una beca, colocándose en una firma de abogados mientras solicitaba trabajo en los bancos sin ningún éxito. Finalmente, tuvo su oportunidad en 1981, en una firma comercial de materias primas, J. Aron. En uno de esos giros del destino que la fortuna parece haber planeado meticulosamente, Goldman Sachs compró J. Aron. Y así, Blankfein se encontró empleado por una compañía que inicialmente le había rechazado. En 2002 estaba a cargo de toda la planta de comercio. En 2006, tras la marcha de Paulson al Tesoro, se convirtió en director ejecutivo.

Cuanto más despiadadas se volvían las actividades del banco, más cuidado ponía Blankfein en salvaguardar su reputación. En

2004, en una descarada maniobra de autopromoción, donó a su alma máter, Harvard, una cátedra, la Lloyd C. Blankfein para profesores de historia. La elección de la materia resulta muy reveladora. Esta no era una cátedra de dirección empresarial, ni de otro tipo de economía moderna. Blankfein estaba promocionando los valores permanentes y la erudición. Tres años después de su generoso gesto, salió a la luz que Harvard se había posicionado en el lado incorrecto de una inversión en CDOs con Goldman, perdiendo al menos 100 millones de dólares en el proceso. De acuerdo con un informe del *Boston Globe* en febrero de 2007, un ejecutivo de Goldman había escrito a sus colegas: «Desde el punto de vista de nuestra posición, eso es bueno, en cambio es malo para las cuentas que suscribieron esas CDOs».

Los primeros años de Blankfein a cargo del banco transcurrieron sin problemas. En 2007, logró unos beneficios récord de casi 12.000 millones de dólares. Su prima fue aprobada por un valor de 68 millones de dólares. Goldman estaba en lo más alto, pero no estaba solo. Ese año, el total de primas a los empleados de los cinco bancos de inversión más grandes de los Estados Unidos fue de 36.000 millones de dólares.[39]Más tarde, cuando el término «bonos de desempeño» no tenía nada que ver con el rendimiento, cuando los banqueros se pagaban a sí mismos absurdas cantidades por meter en problemas a su institución y a la economía global, volvieron a rebautizar esa generosidad corporativa como «bonos de retención».

El modelo de negocios de Goldman Sachs es muy ingenioso. Comercia con valores para grandes compañías y fondos de pensiones, mientras al mismo tiempo actúa como asesor para muchas de las compañías cuyos valores comercia, dando una visión perfecta del mercado. Aunque insisten en asegurar que erigen una auténtica «Muralla China» entre sus distintas funciones, sus actividades se han comparado con las del croupier en un casino. En un temprano ejemplo allá por el año 1998, Goldman hizo cientos de

millones de dólares en honorarios cuando actuó de consultora en la fusión de las compañías de automóviles Daimler y Chrysler. En menos de dos años la fusión demostró ser un desastre para la industria automovilística. Goldman se embolsó también altos honorarios por aconsejar a la firma privada que compró Chrysler una década más tarde.[40]

En el período anterior al crac, el banco empaquetaba y vendía paquetes hipotecarios titularizados que parecían diseñados para fracasar, y luego se desligaba de la operación, ganando un montón de dinero rápido para la firma, mientras los clientes perdían el suyo. Fue demandado por la SEC por uno de esos tratos, y se avino a pagar una multa de 550 millones de dólares, sin admitir su mala praxis. Aquel era un compromiso estándar entre los colegas de los bancos, los reguladores y los políticos. El palmetazo en la muñeca era diligentemente administrado y todo el mundo continuaba como si nada, disfrutando de la compañía del otro en los Hampton o en las pistas de esquí de Vail.

Durante los febriles meses que rodearon al crac, una de las estrategias de Goldman para proteger su patrimonio fue retirar miles de millones de dólares en swaps a través del gigante asegurador AIG, protegiendo sus riesgos contra el impago de los derivados altamente complejos. Cuando llegaron las restricciones de crédito, Goldman presentó demandas colaterales contra AIG y fue culpado como un actor clave en el colapso del imperio de los seguros, que necesitó 180.000 millones pagados con dinero de los contribuyentes americanos para su rescate. La decisión del Tesoro de hacer frente a los compromisos de AIG provocó las críticas sobre la influencia de Goldman; en apenas una semana, en el momento álgido de la crisis, los archivos de las llamadas telefónicas mostraron que Blankfein había hablado con el secretario del Tesoro americano veinticuatro veces. Una de las líneas usadas por el banco para su justificación a posteriori fue alabar su decisión de proteger muchas de sus

posiciones. Pero esa argumentación funcionó solamente porque, una y otra vez, los contribuyentes acudían al rescate de sus homólogos.

Otro que también salió en ayuda de Goldman en esa época fue Warren Buffett. Conocido por su rechazo a poner dinero en Wall Street, Buffett inyectó 5.000 millones de dólares en el banco a principios de la crisis, proporcionándoles no solo un efectivo muy necesitado, sino también la confianza del mercado. Después de todo, si el inversor con más éxito del mundo estaba arriesgando su dinero, entonces sin duda el banco emergería ileso. Buffett tenía una larga historia con Goldman. Su padre le había llevado con solo diez años a conocer a Sidney Weinberg, quien dirigió la firma durante cuarenta años y la salvó de la bancarrota durante la Gran Depresión. Gracias al dinero de Buffett, Goldman pudo inyectar al menos esa misma cantidad en el mercado vendiendo acciones. Blankfein diría más tarde que, en realidad, no necesitaba la ayuda de Buffett; pues él mismo podía haber conseguido esa cantidad multiplicada.

Hacia 2009, cientos de miles de millones de dólares habían sido gastados por todo el mundo para rescatar el debilitado sistema, especialmente los 700.000 millones de dólares del TARP, Troubled Asset Relief Programme (Programa para Comprar Activos y Acciones de entidades financieras en problemas), que invertía dinero para recapitalizar bancos moribundos. El mundo había entrado en lo que los expertos llamaban la Gran Recesión, y la crisis de la deuda había golpeado lo suficiente como para engullir a países enteros en la periferia de la Eurozona. Incluso en medio del crac, era tal el convencimiento en el libre mercado que algunos políticos de derechas denunciaron la idea de que el estado respaldara los rescates. Un senador republicano describió el TARP como «el socialismo financiero y antiamericano». [41]

Sin embargo, en cuanto volvieron a ponerse en pie, los bancos comenzaron a reescribir la historia. Un antiguo ejecutivo de Goldman Sachs convertido en ayudante del secretario del Tesoro y

fuertemente implicado en los rescates, declaró al *New York Times*: «Cada una de las firmas de Wall Street, a pesar de sus protestas actuales, cada una de ellas se ha beneficiado de nuestras acciones. Y cuando se levantan y dicen "bueno, en realidad no lo necesitábamos", es una auténtica majadería».[42]

En noviembre de 2009, tras convertirse en el pararrayos de la indignación popular contra los bancos, Blankfein comenzó lo que confiaba fuera una ofensiva de amabilidad. Hasta entonces la posición de Goldman frente a las relaciones públicas se había limitado a arengar a algún periodista que se quedaba corto en sus elogios a la compañía. El director ejecutivo fue aconsejado para que concediera un pequeño número de cuidadas y controladas entrevistas. Primero invitó al *Sunday Times* de Londres. Comenzó con unos breves instantes de autoflagelación, preparados al efecto: «La gente está harta, loca, y fuera de control. Sé que podría abrirme las muñecas y la gente se alegraría». Luego venía la autojustificación: «Ayudamos a las compañías a crecer haciéndoles recaudar capital. Las compañías que crecen crean riqueza. Y eso, a su vez, permite a la gente tener trabajos que crean más crecimiento y más riqueza. Es un ciclo virtuoso. Tenemos un propósito social». Cuando le preguntaron sobre el papel del sector como conjunto que había liderado el mundo financiero hasta el abismo, replicó: «Francamente todo el mundo debería estar contento. El sistema financiero nos ha llevado hasta la crisis y también nos sacará de ella».

En ese momento, la compañía estaba volviendo a hacer dinero a lo grande, y sus empleados se habían despojado de sus momentáneas dudas. El sueldo medio de 2009, un año de profunda recesión, para sus treinta mil empleados alcanzó la cifra récord de 700.000 dólares. La remuneración total para los directivos era de decenas de millones. Al preguntarle sobre ello, Blankfein respondió con otra pregunta retórica de su cosecha: «¿Es posible tener

demasiada ambición? ¿Es posible tener demasiado éxito?». Y en cuanto a su equipo: «No quiero poner un techo a su ambición. Me cuesta argumentar contra un techo en su compensación».

Pero su gran floritura retórica aún estaba por llegar. Blankfein insistía en que él era simplemente un banquero «haciendo el trabajo de Dios».[43]Esa cita se hizo famosa a los pocos minutos de su publicación. Parecía ser el epítome de todo lo que estaba mal en esos banqueros superricos del siglo XXI. Más adelante, Blankfein insistiría en que estaba bromeando. ¿Fue este un ejemplo de insufrible arrogancia o de consciente ironía? En cierto sentido, parece más esto último. A pesar de su presuntuosa charlatanería, Blankfein es menos ostentoso que muchos de sus colegas. En lugar de dejarse ver en sus superyates, es más probable encontrarle en casa leyendo un libro de historia junto a su mujer. Otros banqueros invocan a Dios de forma más lastimera. En el mismo mes de la poco afortunada entrevista de Blankfein, el director ejecutivo de Barclays, John Varley, declaró frente al público congregado en la iglesia de St. Martin in the Fields de Londres, que los bancos eran la espina dorsal de la economía y los bonus eran necesarios porque «el talento es altamente movible». El beneficio, insistió, utilizando un curioso y conocido adjetivo, «no es algo satánico».

En 2010 Blankfein encabezó un Nuevo Comité de Normas de Negocio, que fue introducido para comprobar el apuntalamiento ético de las grandes decisiones de intercambio de los bancos. Para aquellos que han visto sus actividades de cerca, esas iniciativas no son nada más que una cortina de humo, diseñada para engañar a los políticos y hacerles creer que Goldman Sachs ha cambiado y redescubierto sus más sólidas raíces. En marzo de 2012, uno de los altos ejecutivos trató de sacar de su error a los crédulos convencidos que ese cambio de pensamiento había tenido lugar. El mismo día en que dejaba su puesto como vicepresidente del banco, Greg Smith escribió un artículo de opinión para el *New York Times*. En él

describía ese comportamiento como tóxico y destructivo, y explicaba: «Creo sinceramente que este declive en la fibra moral de la firma representa la más peligrosa amenaza para su supervivencia a largo plazo». Las críticas de Smith ocuparon los titulares de las noticias, avivando la especulación de que el herido Blankfein podría ser destituido para así refrescar la reputación del banco. Eso era subestimar al banquero.

Al menos en Estados Unidos las autoridades hicieron intentos de regular y vigilar. Pero la supervisión en Inglaterra, incluyendo la del lavado de dinero, fue mucho más relajada (véase capítulo XII). Desde los años en que aquello parecía la jungla, allá por los ochenta, cuando Margaret Thatcher pareció captar el espíritu con su venta de casas de protección oficial, participación popular en acciones y un montón de dinero en circulación, el Partido Laborista decidió que debía proyectar un enfoque no tan crítico en favor de la empresa, si quería volver a ser elegido. Cuando Tony Blair accedió al cargo en 1997, él, al igual que habían hecho los demócratas de Clinton en Estados Unidos, continuó el proceso de liberalización y apoyo de la riqueza. Sus declaraciones al ser preguntado por los superricos adquirieron gran notoriedad: «No entré en política para hacer que David Beckham pagara más impuestos». En lugar de futbolistas superricos léase banqueros.

En 2004, a mediados de la segunda legislatura de Tony Blair, el escritor y observador de tendencias sociales Anthony Sampson escribió: «El centro de este sistema político se ha trasladado desde el Parlamento y el gobierno hacia las salas de juntas de las empresas. Los nuevos miembros muestran la habilidad que caracteriza a cualquier clase dirigente de éxito, la habilidad de cuidar de sus propios intereses».[44] Destacaba además que para este grupo el fracaso no conducía necesariamente al castigo, sino a una enorme indemnización y un nuevo trabajo en otra parte. Andrew Adonis, un antiguo ministro de gabinete laborista y uno de los

cerebros líderes del partido, escribió en su libro *The Myth of the Classless Society* (El mito de la sociedad sin clases):

> La superclase, como el clero del medievo y los dueños de las fábricas en la época victoriana, ha venido no solo a defender sino a creer en la justicia de su recién adquirida riqueza y estatus. Reforzada por una renovada ideología oficial (que incluso los Nuevos Laboristas no se atreven a cuestionar), elogian las recompensas financieras como la marca de la casa del éxito y del crecimiento económico, y rechazan las nociones de la postguerra sobre la cohesión social. Hacia finales de la década de 1980, esa élite de profesionales y directivos no mostraba intención de disculparse por la explosión de la desigualdad en los ingresos, preparándose para reconocer muy pocos, si acaso alguno, perjuicios en el proceso.

Criticaba que el Partido Laborista hubiera luchado tan tímidamente para implementar una serie de recomendaciones dirigidas a controlar la remuneración de los consejos de administración y promover la competencia a través de los servicios financieros.

> En el Reino Unido bajo los gobiernos de Blair y Brown, los banqueros fueron ensalzados por la élite política. En una economía nacional cada vez más influida por el sector financiero y la necesidad de mantener a Londres como el prominente centro financiero de Europa, la constante expansión del auge de los bancos parecía ser una historia de éxito británica, en contraste con el continuo declive de las grandes compañías manufactureras. La City de Londres prosperaba basándose en su reputación como motor de la economía nacional.

Era una relación de dependencia que se incrementó cuando Gordon Brown sucedió a Blair. Brown se deshizo en halagos hacia los bancos, y no digamos hacia Lehman Brothers, cuando abrieron, en abril de 2004, su cuartel general para Europa en el Canary Wharf londinense:

> Me gustaría rendir homenaje a la contribución que usted y su compañía hacen para la prosperidad de Inglaterra. Durante sus ciento cincuenta años de historia, Lehman Brothers ha sido siempre un innovador, financiando nuevas ideas e inventos mucho antes de que los demás comenzaran siquiera a intuir su potencial. Y forma parte de la grandeza no solo de Lehman Brothers sino de la City de Londres que, a medida que la economía mundial se ha abierto, ustedes hayan triunfado no solo protegiendo su participación en un pequeño y protegido mercado nacional sino también esforzándose siempre por obtener una cuota cada vez más grande en el creciente mercado global.[45]

Brown colocó a muchos de esos altos directivos bancarios en comisiones gubernamentales; contando a muchas de esas figuras entre sus amigos. Veía a Alan Greenspan como un mentor, y cualquier ingreso fiscal procedente de los bancos como una ayuda para mejorar los servicios públicos. Y lo más absurdo de todo, se convenció a sí mismo de que en su genialidad había liberado el secreto de un imperecedero mercado alcista. Los días de los grandes altibajos, declaró, se habían acabado.

Un colega escocés, y un banco inglés en particular, constituyen el epítome de todo lo que salió mal. En 2004, Fred Goodwin fue nombrado caballero por sus «servicios a la banca». En los primeros meses del nuevo milenio, el Royal Bank Of Scotland había tomado por asalto el mundo financiero, asestando un golpe a su más importante rival, Nat West. RBS se había convertido de pronto en el segundo banco más grande de Europa y el quinto en el mundo por capitalización bursátil. Goodwin provenía de la dirección de consultoría, y apenas llevaba unos años en la banca. Con cuarenta y dos años, era un desconocido entre los banqueros más poderosos del mundo. En 2003, la revista *Forbes* le nombró empresario global del año, sacándolo en portada e incluyendo una efusiva entrevista con él. La Escuela de Negocios de Harvard fue igualmente elogiosa en un reportaje realizado al año siguiente.

El ego de Goodwin entró en órbita. Al igual que Blankfein y otros con los que competía, le gustaba tener reputación de hombre duro. Se reía de su apodo, *Fred the Shred* (Fred el Trizas), ganado por la forma en que recortaba costes y empleos para incrementar beneficios. Cuando se trataba de la autopromoción, no se detenía ante nada. Ordenó que se construyera una nueva sede social, convenientemente cerca del aeropuerto de Edimburgo y de su jet privado. Dedicó horas a estudiar los planos arquitectónicos, centrándose en la idea de una gran fuente y un estanque exterior que reflejara el edificio. Estaba obsesionado con la flota de coches de sus directivos. El color de cada vehículo debía ser de un azul concreto, el Pantone 281. Todo el mundo quería un trozo de él. La familia real, cortejada por banqueros, oligarcas y por cualquiera que fuera rico, también se convirtió en su admiradora. Goodwin era el nombre tras la institución benéfica Prince's Trust, y más tarde fue designado para la Fundación Queen's Silver Jubilee Trust. Buckingham Palace aceptó rápidamente su propuesta para que su majestad la reina inaugurara su egocéntrica y presuntuosa nueva sede cerca del aeropuerto.

Goodwin estaba a la caza de su nueva adquisición. La desventurada directiva se agitaba ante cada proyecto. Ninguno de los consejeros ni el propio director ejecutivo comprendían demasiado bien las obligaciones de deuda garantizadas (CEOs), las swaps (permutas de incumplimiento crediticio) o el exceso de apalancamiento contra las hipotecas de alto riesgo estadounidenses que respaldaban el balance financiero del banco. En 2007, cuando los agujeros en sus finanzas crecieron hasta convertirse en un abismo, la adquisición de Goodwin del banco holandés ABN Amro —que también se había sobreexpuesto al mercado de hipotecas norteamericano— empujó al RBS hasta la quiebra.[46]

Hay que reconocer que Brown se movió rápidamente para evitar el colapso de todo el sector. Dos meses después de la quiebra de

Lehman en Nueva York, el gobierno británico se vio obligado a adquirir el 58 por ciento de las acciones del RBS, con un coste para el contribuyente de 15.000 millones de libras. Pero el RBS no fue el único banco inglés en caer: Northern Rock había sido nacionalizado tras una retirada masiva de depósitos mientras el HBOS (Halifax Bank of Scotland) fue rescatado gracias a una fusión con el Grupo Lloyds financiada por el gobierno.[47]

Goodwin se convirtió de pronto en el enemigo público número uno, condenado por los medios que antes le habían ensalzado y rechazado por sus colegas empresarios que habían hecho cola para verle. Ahora dedica su tiempo a cuidar de su flota de coches clásicos —el golpe de alguna forma quedó amortiguado por sus inversiones y su pensión anual de 340.000 libras, que aceptó reducir a 200.000—. Si el gobierno no hubiera impedido que el RBS entrara en bancarrota, su pensión tendría que haber sido sufragada con el fondo de protección de pensiones, y hubiera sido de 28.000 libras al año.

La casa de Goodwin fue atacada por unos vándalos en 2010. Pero lo que realmente le dolió fue la extrema e inusual decisión del gobierno, tomada en nombre de la reina, de despojarle de su título de caballero.

Los pecados de muchos se concentraron en un solo hombre. Sin embargo, la elección de Goodwin como cabeza de turco había sido selectiva. En los Estados Unidos, Inglaterra y en otras partes —algunos de los bancos alemanes y suizos fueron igualmente temerarios—, ninguno de los ejecutivos o consejeros fueron procesados. La prueba criminal es extremadamente estrecha y ardua. Solo los muy descuidados, como Nick Leeson de la Banca Baring, famoso en la década de 1990, y el estafador Bernard Maddof, han acabado entre rejas.[48]

$ $ $

En febrero de 2009, la revista *Time* publicó una lista de las «Veinticinco personas a las que culpar por la crisis financiera». Los nombres de la vergüenza incluían a Cayne, Fuld y Goodwin —aunque, inevitablemente, no a Blankfein—, junto con los presidentes Bush y Clinton, funcionarios de la administración, directores del Banco Central y reguladores como Cox, Paulson y Greenspan. Otro miembro de la lista fue el «consumidor americano», por haber disfrutado de los buenos tiempos en exceso, y por seguir el ejemplo societario de los banqueros, o tal vez dejarles actuar en su nombre. «Nos ha gustado vivir por encima de nuestros medios, no es extraño que quisiéramos creer que no se acabaría nunca».

La mayoría de los villanos del drama se han retirado sigilosamente del escenario público. Dick Fuld apenas concede entrevistas y rara vez es visto por Manhattan, a pesar de haber abierto su propia consultoría cuya sede está allí. En una de esas raras ocasiones en que apareció en público, en una fiesta de financieros en Sun Valley, Idaho, se presentó a sí mismo como el «hombre más odiado de América». Su esposa dejó de pertenecer a la directiva del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Él y su mujer vendieron su piso de seis mil metros cuadrados en Park Avenue por 27 millones de dólares. Y se deshicieron, a través de Christie's, de dieciséis dibujos únicos por unos 20 millones de dólares. La mayor parte de ese dinero fue empleado en defenderse contra las demandas de furiosos inversores. Aún así, siguen siendo propietarios de una mansión de nueve dormitorios en Greenwich, Connecticut, junto con un rancho de dieciséis hectáreas en Sun Valley y una tercera residencia en la isla Júpiter, una lujosa colonia en la costa de Florida, donde viven personajes tan conocidos como Tiger Woods. [49] Fuld defendió su fortuna personal de 480 millones de dólares ante el Congreso, alegando que la había acumulado antes de que las cosas comenzaran a ir mal. En cualquier caso, el hecho de que sus acciones en Lehman hubieran disminuido hasta 65 millones de

dólares —cuando llegaron a alcanzar casi 1.000 millones— era sin duda suficiente castigo, insistió.[50]

En una ocasión en que fue localizado por un reportero en 2009 en su escondite de Idaho, Fuld espetó:

> Sabe una cosa, la gente está diciendo todo tipo de barbaridades y es una vergüenza que no sepan la verdad, pero nunca la sabrán por mí. He sido apaleado, vilipendiado, y todo volverá a suceder. Puedo soportarlo. Sabe una cosa, dejemos que hagan cola. Y sabe qué, mi madre me quiere. Y sabe qué más, mi familia me quiere y tengo algunos amigos íntimos que entienden lo sucedido y eso es lo único que necesito.[51]

Una pérdida de más del 90 por ciento en sus activos podría causar la consternación de cualquiera. Fuld continúa siendo, para el estándar del común de los mortales, un hombre extremadamente rico, pero comparado con el entorno que frecuentaba fue una terrible caída en desgracia o un terrible revés de mala suerte, dependiendo del punto de vista.

El jugador de bridge Cayne también vendió su piso en Park Avenue por 14 millones de dólares. Aparentemente, la lujosa vivienda de cinco dormitorios y cinco cuartos de baño llevaba años sin utilizarse.[52] Cayne dejó la banca para concentrarse en su verdadera pasión, organizar partidas de cartas en Internet, sustituyendo su feroz instinto competitivo por otro tipo de matemáticas y bravatas.[53]

En cuanto a los otros participantes en el drama, Paulson está centrado en su grupo de estudio sobre el análisis de las relaciones de Estados Unidos y China, el Instituto Paulson, y en donar dinero a causas medioambientales y ecológicas.[54]Cox, a pesar de su miopía en el momento del crac, dirige ahora una lucrativa compañía de asesoría a bancos y otras compañías sobre cómo navegar por el nuevo panorama de regulaciones instaurado tras la crisis. Greenspan

ha publicado sus memorias de la crisis, convirtiéndose en uno de los libros más vendidos de la lista del *New York Times*. Pertenece a la misma agencia de conferenciantes que Bush, Blair y otros políticos y celebridades. Aparentemente, la demanda de ponentes motivadores entre ese grupo es más fuerte que nunca.

Entre los muchos que salieron ilesos, el más importante fue Blankfein. En abril del 2010, se vio obligado a escuchar la arenga del presidente Obama a los banqueros: «Algunos en Wall Street olvidan que detrás de cada dólar con el que comercian o apalancan, hay una familia esperando comprar una casa, pagar la educación de sus hijos, abrir un negocio o ahorrar para su jubilación». El banquero salió rápidamente de allí sin decir palabra, aunque sí dejó claro que no estaba contento. Un poco antes, en 2009, apenas unos meses después del crac, la revista *Vanity Fair* le había premiado con el codiciado número uno en su lista anual de la Nueva Clase Dirigente, por delante de figuras como Steve Jobs, Larry Page y Sergei Brin. No le gustó ser amonestado en público. Goldman no solo sobrevivió a la crisis, sino que se benefició de ella, aprovechándose del dinero fácil que provenía del gobierno y de un campo que se había estrechado con la desaparición de Lehman Brothers y la mutilación de Bear Stearns. Los activos del banco habían aumentado hasta un trillón de dólares. Blankfein fue el director ejecutivo financiero mejor pagado de 2012, sus ganancias ese año fueron de 21 millones de dólares sumados a su fortuna de 256 millones en acciones de Goldman. Blankfein regresó impartiendo sabiduría, desde consejos a aquellos que buscaban pasantías durante el verano —«ser una persona completa»—,[55]hasta lo que más le gusta hacer los fines de semana —tumbarse en el sofá—.[56]En lugar de ser reprendido por los presidentes, ha sido invitado de nuevo a la Casa Blanca para unas charlas íntimas.

Lo que une a ganadores y perdedores en este relato es la incapacidad para explicar adecuadamente sus actos. Blankfein

ofreció una tímida disculpa en 2009, admitiendo que su banco había «participado en cosas que claramente estaban mal».[57]Se estaba excusando más por cómo el banco había fracasado a la hora de manejar su reputación y transmitir su mensaje, que por cualquiera de las cosas que en realidad habían hecho: «Ahora, pasada la crisis, desearía haber sido más rápido a la hora de describir quiénes éramos y qué es lo que hacíamos como firma, y cómo mirábamos al mundo antes de que los demás lo definieran por nosotros».[58] «¿Qué podría haber hecho diferente?», se preguntaba Fuld. Para él era una pregunta genuina. Cayne admitió haber fallado en el control del «apalancamiento», lo que quedaba lejos de ser una disculpa.[59] Estaba convencido de que su banco se había desplomado por una conspiración de fondos cobertura deseando sacar provecho tras la desaparición de Bear Stearns. En su discurso de despedida a sus ejecutivos declaró su esperanza de que las autoridades se ocuparan de los responsables del colapso del banco. No se refería a sí mismo. El lenguaje de la falsa disculpa está diseñado para sugerir que esos problemas no fueron un error de nadie, sino que se debían a un hecho natural en el que todos estaban igualmente implicados, y nadie podía ser considerado culpable. La misma gente que estaba convencida de haber organizado bien la economía, se dio prisa en culpar a los problemas externos desde el crac.

Varios de los actores principales tuvieron que declarar ante los preceptivos comités en el Congreso. El intercambio más instructivo tuvo lugar casi al principio, en octubre de 2008. «Aquellos de nosotros que han buscado el interés propio de las instituciones de crédito para proteger el capital de sus accionistas, yo incluido, estamos en un estado de auténtico desconcierto», declaró Alan Greenspan al Comité de Supervisión y Reforma del gobierno. «Cometí un error. Algo que parecía ser un sólido edificio, casi un pilar básico de la competencia y el libre mercado, se vino abajo. Y como ya he dicho, aún sigo impactado». Cuando a ese hombre que

había despreciado a aquellos que llamaron la atención sobre la creciente deuda bancaria, llamándoles «alarmistas», y que fue recompensado por sus molestias con la medalla de Libertad de la presidencia en 2005, se le preguntó: «Usted tenía la autoridad de impedir esas prácticas de préstamos irresponsables que han llevado a la crisis de las hipotecas de alto riesgo, tal y como muchos le aconsejaron que hiciera. ¿Piensa que su ideología le empujó a una toma de decisiones que desearía no haber tomado?». Greenspan admitió: «Sí, descubrí una grieta. No sé lo significativa o permanente que es. Pero me sentí muy angustiado por ese hecho».[60]

En investigaciones parlamentarias y del Congreso en Inglaterra y Estados Unidos, el lenguaje en las audiencias era a menudo malsonante. Los directivos de los bancos eran convocados frente a una cámara que retransmitía en directo para recibir los habituales rapapolvos. En junio de 2010, Carl Levin, presidente del Subcomité Permanente del Senado de Investigaciones, atacó a un ejecutivo de Goldman por realizar «acuerdos de mierda», una frase que utilizaría una docena de veces para el evidente deleite de su audiencia. Lo que tal vez no sabían en ese momento era que todos menos uno de los diez senadores del comité habían recibido en total más de 500.000 dólares en contribuciones para sus campañas provenientes del comité de acción política del banco y empleados individuales.[61]

El economista Joseph Stiglitz resumió lo que subyacía tras esa pantomima de los políticos: «Virtualmente todos los senadores de Estados Unidos, y la mayor parte de los miembros de la Cámara están incluidos en esa élite del 1 por ciento cuando llegan, se mantienen en el cargo por el dinero de ese 1 por ciento, y saben que si les sirven bien serán recompensados por ese 1 por ciento cuando dejen el cargo».

La puerta giratoria, explicaba, no era un efecto colateral del problema; sino que apuntaba directamente al mismo corazón del origen de la crisis y sus secuelas: «Gran parte de la desigualdad de

hoy en día se debe a la manipulación del sistema financiero, permitida por los cambios sufridos en la legislación que han sido comprados y pagados por la propia industria financiera».[62]

Detrás de bambalinas, el negocio ha ido regresando a la normalidad. Los grupos de presión de los bancos han planeado elaboradas restricciones en derivados, instrumentos que en su día fueron calificados por Buffett como «armas financieras de destrucción masiva», y que ahora perderían importancia. Las reglas del Acta Dodd-Frank, la respuesta a la crisis de los legisladores americanos, se mitigaron hasta el punto de apenas poderse aplicar a un 20 por ciento de los mercados financieros.[63]

Los banqueros no tenían intención de aplastar un sistema en el que creían con fervor religioso, y que les había proporcionado un estatus y una fuente constante de riquezas personales. Y, sin embargo, esa misma creencia inmutable de que nada podía salir mal, les hizo descuidar sus normales facultades críticas. Cayeron víctimas de su propia propaganda. Se convencieron a sí mismos de haber reescrito las leyes de las finanzas y la naturaleza humana. Rechazando cualquier posible comprensión de la historia, creyeron que las crisis bancarias eran cosa del pasado.

Pero este no fue un crimen sin víctimas. Por todo el mundo, los pequeños negocios se hundieron y cientos de millones de personas perdieron sus puestos de trabajo y sus esperanzas de un futuro decente. En Inglaterra, costó más de cinco años alcanzar el nivel de vida anterior al 2008, e incluso entonces la mejoría fue extremadamente desigual. Los banqueros también fueron responsables de algunos escándalos concretos. Salió a relucir que durante más de dos décadas los principales banqueros habían estado manipulando uno de los instrumentos claves del mercado: la tasa Libor, el tipo de interés interbancario del mercado de Londres, llevándose beneficios fraudulentos. Mientras tanto, cientos de miles de trabajadores perdían dinero en sus mal vendidos planes de

pensiones y en una falsa triquiñuela de seguros llamada Seguro de Protección de Pagos (PPI). Esto supuso una auténtica crueldad y sufrimiento, provocado por individuos que sabían lo que estaban haciendo, que no han sido castigados y que, encima, se quejan por cómo han sido tratados.

Ya a mediados de la década de los 2000, el *Daily Mail* había protestado por las primas que los banqueros se estaban pagando a sí mismos. Erigido en la voz de una clase media suburbana, el periódico identificaba un resentimiento que había ido extendiéndose, incluso cuando las cosas marchaban bien. El 5 de febrero de 2014, cuando surgieron más pruebas del comportamiento criminal de los bancos, el periódico tronó en un editorial:

> Durante más de dos décadas nuestras principales instituciones financieras han estado engañando deliberadamente a sus clientes. Pero aunque los productos fraudulentos hayan variado, el misterio aún continúa. ¿Por qué, tras esa larga historia de engaños y gran latrocinio, no ha sido llevado a juicio ni un solo banquero? Ciertamente, los bancos han recibido la orden de pagar enormes sumas en compensación, solo los del PPI suman alrededor de 20 millones de libras. Pero enséñennos un solo ladrón vulgar que pueda escapar de la justicia simplemente devolviendo el dinero robado. ¿Por qué deben aplicarse diferentes reglas a los banqueros ladrones cuya única diferencia con el ratero común es la escala titánica de sus crímenes?

El artículo concluía: «Este fraude no cesará hasta que los culpables estén entre rejas». De momento, eso no ha sucedido, y es poco probable que suceda.

Una similar sensación de rabia incipiente se ha producido en los Estados Unidos, especialmente en las zonas que han sido arrasadas por ejecuciones hipotecarias como en Detroit. En septiembre de 2013, solo en un condado, más de dieciocho mil viviendas tuvieron que ser subastadas a precios de ganga. Tal y como Craso

comprendió casi dos mil años atrás, cuando la desgracia golpea, siempre tiene que caer alguien.

$ $ $

Alan Greenspan tenía razón, aunque fuera tardíamente, cuando admitió que había encontrado una grieta en las leyes del libre mercado por la que se había colado su generación. Pero esa falla era tanto psicológica como económica. Era el resultado no solo de las decisiones que condujeron a la crisis, sino también de la incapacidad de algunos como Cayne, Fuld, Goodwin y Blankfein para entender lo que les impulsaba. El conocimiento de sus propios límites continúa siendo una grave carencia entre los banqueros.

Y, sin embargo, están desesperados por seguir adelante, por trazar una línea e intentar olvidar las fechorías del pasado. Los políticos les alientan a hacerlo. Timothy Geithner, secretario del Tesoro en la primera administración de Obama y uno de los más familiarizados con la puerta giratoria, se atrevió a decir lo que muchos en el gobierno y en los bancos pensaban, cuando declaró en 2010: «Mi opinión es que hicimos un buen trabajo al acabar con una severa crisis financiera y evitar una nueva Gran Depresión o algo parecido a la Gran Deflación. Hemos salvado la economía, aunque al hacerlo hayamos perdido al público».[64]

Efectivamente, los banqueros fracasaron estrepitosamente a la hora de gestionar su reputación, convirtiéndose en el colectivo y en los individuos más odiados. Eso no debe llevarnos a perdonarlos ni a considerarlos víctimas, en el sentido al que ellos se aferran, sino a conocer la extensión del oprobio acumulado sobre ellos. Se han convertido, con gran diferencia, en el peor grupo de entre todos los superricos contemporáneos. Los oligarcas engendran un cierto misterio. Los tecno-adictos se ganaron el oprobio a través de

algunas de sus políticas, comportamientos o evasión de impuestos, pero eso tiende a ser obviado ante los tangibles y revolucionarios cambios que han transformado la vida de la gente. Los banqueros puede que proporcionen liquidez, y quizás financien la actividad económica, pero no producen «cosas» que la gente corra a comprar.

Y no obstante, como grupo y como culto retroalimentado, han sobrevivido. A comienzos del 2014 el mercado de Bolsa estaba subiendo rápidamente y algunas compañías informaban de grandes mejorías en sus balances. Otros no estaban convencidos. George Soros describió al sector bancario como «un parásito actuando sobre la economía real», tal y como hicieron en vísperas del crac. Describía los beneficios de la industria financiera como excesivos, y advertía: «El principio de "demasiado importante para caer" no ha sido solucionado en absoluto».[65] Si Soros está hablando en saco roto, ¿qué esperanzas existen de aprender de esas lecciones? Los espectadores de eventos deportivos, teatros y galerías de arte no dejan de advertir los logotipos de los bancos en las paredes. El antiguo pavoneo ha vuelto. ¿Quién puede afirmar que, a medida que la crisis retroceda en la historia, los banqueros no recuperarán su reputación? Basta pensar en Carnegie, o en Médici: ¿acaso resulta tan imposible creer que pueda suceder lo mismo a sus equivalentes contemporáneos?

[1] R.S. Grossman, *Unsettled Account*, pp. 88-93.

[2] «Tied up in a Sack of Snakes and Thrown into the Thames», *Herald*, 10 de febrero de 2009.

[3] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-Wall Street Chieftains Living it Large in a Post-meltdown World».

[4] L. Thomas Jr, «Distinct Culture at Bear Stearns Helps it Surmount a Grim Market».

[5] W.D. Cohan, «The Rise and Fall of Jimmy Cayne».

[6] L. Thomas Jr, «Distinct Culture at Bear Stearns Helps it Surmount a Grim Market».

[7]*http://online.wsj.com/news/articles/SB119387369474078336?mod=home_whats_news_us&mg=reno64-wsj&url=http%3A%2F%2Fonline.wsj.com%2Farticle%2FSB119387369474078336.html%3Fmod%3Dhome_whats_news_us.*

[8] «The Fall of Bear Stearns: Bearing All», *The Economist*, 8 de marzo de 2009.

[9] R. Frank, *Richistan*, p. 44.

[10] P. Mason, *Meltdown*, p. 8.

[11] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-Wall Street Chieftains Living it Large in a Post-meltdown World».

[12] R. S. Grossman, *Unsettled Account*, p. 87.

[13] B. Ehrenreich, *Smile or Die*, p. 185.

[14] R. G. Rajan, *Fault Lines*, p. 3.

[15] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-Wall Street Chieftains Living it Large in a Post-meltdown World».

[16] < H. Stewart y S. Goodley, «Big Bang's Shockwaves Left us with Today's Big Bust».

[17] A.R. Sorkin, *Too Big to Fail*, p. 23.

[18] J. Green, «Where is Dick Fuld Now? Finding Lehman Brothers' Last CEO».

[19] A.R. Sorkin, *Too Big to Fail*, p. 28.

[20] J. Green, «Where is Dick Fuld Now? Finding Lehman brothers' Last CEO».

[21]*http://online.wsj.com/news/articles/SB10001424052702304549504579316913982034286.*

[22] R.S. Grossman, *Unsettled Account*, pp. 252-6.

[23] En J.G. Ruggie (ed.), *Embedding Global Markets*, p. 65.

[24] Son una organización internacional cuyo propósito es prestar servicios humanitarios, promover elevadas normas de ética y contribuir a fomentar la buena voluntad y la paz del mundo.

[25] P. Mason, *Meltdown*, p. 61.

[26] P. Augar, *The Death of Gentlemanly Capitalism*, p. 33.

[27]*Ibidem,* pp. 34-35.

[28] Véase K. Ho, *Liquidated*, pp.104-106.

[29]*Ibidem*, pp. 75-76.

[30]*Ibidem*, pp. 39-47.

[31]*Ibidem*, p. 103.

[32] P. Mason, *Meltdown*, pp. 64-66.

[33]*Ibidem*, p. 57.

[34] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-SEC Chief Now Helps Companies Navigate Post-meltdown Reforms».

[35] P. Mason, *Meltdown*, p. 35.

[36] J. Arlidge, «I'm Doing God's Work».

[37] P. Mason, *Meltdown*, p. 4.

[38] J. Arlidge, «I'm Doing God's Work»

[39] C.M. Reinhart and K.S. Rogoff, *This Time is Different*, p.210.

[40] K. Ho, *Liquidated*, pp.154-155.

[41] P. Mason, *Meltdown*, p.23.

[42]*http://www.nytimes.com/2009/10/26/us/politics/26caucus.html?hpw&_r=0.*

[43] J. Arlidge, «I'm Doing God's Work».

[44] Anthony Sampson, *Who Runs This Place?*, p. 322.

[45] Lehman Brothers, comunicado de prensa, 5 de abril de 2004: *http://www.lehman.com/press/pdf/040504_ BankSt.pdf.*

[46] I. Martin, *Making it Happen*, p. 105.

[47] «We Know why HBOS Crashed, but not the Secrets of its Disastrous Rescue», *Observer*, 7 de abril de 2013.

[48] «Why Have so Few Bankers Gone to Jail?», *The Economist*, 13 de mayo de 2013.

[49] J. Green, «Where is Dick Fuld Now? Finding Lehman Brothers' Last CEO».

[50] A.R. Sorkin, *Too Big to Fail*, p. 506.

[51]*http://www.telegraph.co.uk/finance/financialcrisis/6158452/Dick-Fuld-of-collapsed-bank-Lehman-Brothers-says-his-mother-loves-him.html.*

[52] J. La Roche, «Ex-Bear Stearns CEO is Selling His Apartment for $ 14.95 m».

[53] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-Wall Street Chieftains Living it Large in a Post-meltdown World».

[54] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-SEC Chief Now Helps Companies Navigate Post-meltdown Reforms».

[55] J. La Roche, «Lloyd Blankfein's Advice to Interns - Relax».

[56] J. La Roche, «What Lloyd Blankfein Does All Weekend».

[57] Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-SEC Chief Now Helps Companies Navigate Post-meltdown Reforms».

[58] N. Goodway, «My Regrets, by Goldman Sachs Boss Lloyd Blankfein».

[59] W.D. Cohan, «The Rise and Fall of Jimmy Cayne».

[60]*http://www.nytimes.com/2008/10/24/business/economy/24panel.html.*

[61]*http://www.opensecrets.org/news/2010/04/goldman-sachs-congressional-inquisi.html.*

[62]*http://www.vanityfair.com/society/features/2011/05/top-one-percent-201105.*

[63] «How the Bank Lobby Loosened US Reins on Derivatives», *Bloomberg*, 4 de septiembre de 2013.

[64]*http://www.newyorker.com/reporting/2010/03/15/100315fa_fact_cassidy.*

[65]*http://www.telegraph.co.uk/finance/financialcrisis/10684896/George-Soros-blasts-par-asite-banks.html.*

CONCLUSIÓN

«Bueno, pues mientras sea mendigo, rezongaré,
y diré que no hay más pecado que ser rico,
y cuando sea rico mi virtud radicará
en proclamar que el único vicio es la mendicidad».

El rey Juan, WILLIAM SHAKESPEARE

En 1950 un padre inmigrante abrió una cuenta bancaria a su hijo de diez años. Medio siglo antes, Khalil Slim había abandonado, con tan solo catorce años, su aldea libanesa rumbo a México, para escapar de la persecución a los cristianos maronitas y establecer un negocio. Prosperó en su país de adopción, montando una tienda de artículos de confección y comprando algunos inmuebles. Quería que a sus seis hijos les fuera mejor que a él y por ese motivo les dio un poco de dinero a cada uno para que se establecieran por su cuenta.

El joven Carlos era el quinto hijo. Lo primero que le llamó la atención de la cuenta de ahorros abierta por su padre fue el poco rendimiento que obtenía por su depósito. Retiró el dinero y comenzó a comprar deuda del estado. Así descubrió el interés compuesto —y la base para una riqueza instantánea—. Con doce años, Carlos Slim compró acciones de un banco mexicano. Cinco años después estaba trabajando para la compañía de su padre y, tras estudiar ingeniería civil en la Universidad, empezó como agente, fundando su propia firma de inversión. Con veintitantos años el modelo de Slim no era otro que John Paul Getty y sus meditaciones, publicadas primero como una serie de ensayos en la revista *Playboy*, titulados «Cómo ser rico». Desde mediados de 1950 hasta la década de 1960, Getty fue uno de los hombres más ricos del mundo con una fortuna estimada en 1.200 millones de dólares, el equivalente a 8.700 millones de ahora, y si bien constituye una ingente cantidad de

dinero, no le colocaría siquiera entre los ciento cincuenta primeros de la lista de ricos global, lo que viene a demostrar lo lejos que han llegado los superricos a lo largo de las cinco últimas décadas. Getty no estaba especialmente interesado en la filantropía, y prefería gastar una copiosa cantidad de su exceso de efectivo en coleccionar arte —un legado que culminaría con la apertura en 2006 del museo que lleva su nombre en su «villa» de Malibú.

Slim siguió al pie de la letra las enseñanzas de su mentor y se convirtió en rico superando con mucho la fortuna de su modelo. Las adquisiciones se convertirían en su negocio, empezando por el regalo de boda de su madre —por entonces su padre ya había fallecido— con motivo de su matrimonio con Soumaya, una joven procedente de la diáspora libanesa. La pareja de veinteañeros recibió dinero suficiente para comprarse una casa decente, pero Carlos tenía otras ideas. Él y su flamante esposa construyeron un edificio de apartamentos de doce plantas, ocuparon uno de los pisos y alquilaron el resto. Preferían las rentas al lujo.

Con dinero en el banco proveniente de la firma de su padre, Slim vio nuevas oportunidades en la debilitada economía mexicana. Cualquier compañía en apuros suponía una adquisición potencial. Slim entró en la construcción, la inversión en bienes raíces, la minería, el tabaco, la producción de alimentos y los hoteles. Prácticamente no hubo un sector que no probara. El hundimiento del peso en 1982 jugó a su favor. Su mayor oportunidad llegó a finales de esa década y comienzos de los años noventa. Al igual que hemos visto con la caída del comunismo y la economía planificada, las privatizaciones permitían grandes beneficios a aquellos con perspicacia y contactos.

En 1990 el gobierno mexicano sacó la Compañía Nacional Telefónica, Telmex, a la venta. Por aquel entonces, la mayoría de las operadoras propiedad del estado eran pobres, con clientes esperando durante días al servicio de reparaciones e incluso a que

les instalaran una línea fija de teléfono. En México el servicio era especialmente deficiente. Grandes zonas del país estaban aún sin conectar. La economía estaba estancada y abrumada por la deuda exterior, desesperada por recibir nuevas inversiones, especialmente en su infraestructura de comunicaciones. Slim hizo la mayor puja por la compañía y ganó la oferta. Durante muchos años se rumoreó que la venta había tenido un trato de favor, debido a la amistad de Slim con el presidente, Carlos Salinas de Gortari. Naturalmente, ambos lo negaron. Lo que importaba era que un hombre había obtenido la licencia para extender la cobertura a todo el país. Telmex se convirtió en la vaca lechera del resto de las actividades de Slim. De acuerdo con un informe de 2012 realizado por la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo, de todos los países principales, México tiene con gran diferencia la mayor parte de sus telecomunicaciones en manos de una única compañía. Las tarifas por uso de móviles son las terceras más altas del mundo y las de línea fija las cuartas —y eso en un país que ocupa el puesto sesenta y ocho del mundo en términos de renta per cápita.

La escala de dominio de Slim en la economía de un solo país es posible que no tenga equivalente contemporáneo. Telmex —de la que conserva el 49 por ciento de las acciones— controla nueve décimas partes de las líneas fijas mexicanas. Su operador móvil, América Móvil, es el tercero más grande de Latinoamérica. A finales de la década de 1990, preocupado por ese desmesurado control, el gobierno mexicano intentó endurecer su régimen regulador. El problema fue que los salarios de los empleados de ese regulador apenas constituían una fracción de lo que se ofrecía en el sector privado. Era extremadamente difícil vigilar o ejercer una influencia significativa.

Slim y sus seis hijos —todos los cuales trabajan para él— controlan más de doscientas compañías, que representan el 40 por ciento del valor de mercado en la Bolsa de México. Su cartera

comprende Imbursa, uno de los bancos más destacados de México; Volaris, una aerolínea; una compañía minera; la sucursal mexicana de la cadena de grandes almacenes, Sears; cinco hoteles; una compañía embotelladora; una fábrica de cigarrillos; una inmensa participación en construcción; grupos aseguradores y financieros; y un valioso patrimonio inmobiliario, por no mencionar las compañías de teléfonos.

En un país donde el promedio de renta per cápita apenas alcanza los 15.000 dólares al año, y donde alrededor de dos quintas partes de la población viven en una moderada o extrema pobreza, el dominio económico de Slim, no tiene rival. Su riqueza es equivalente al 5 por ciento del total de la producción anual de la economía. En 2007 un artículo de opinión en el *New York Times* lo comparaba con los barones ladrones: «Se necesitan casi nueve de los capitanes de la industria y finanzas del siglo XIX y principios del XX para replicar la huella que el señor Slim ha dejado en México», escribía Eduardo Porter, un miembro de la ejecutiva editorial del periódico. «Como muchos barones ladrones, oligarcas rusos o ejecutivos de Enron, el señor Slim trae a la mente las palabras de Honoré de Balzac: "Detrás de cada gran fortuna hay un delito"». El pecado del señor Slim, si no técnicamente penal es, al igual que el de Rockefeller, el pecado del monopolista.[1]

A Slim no debió hacerle gracia semejante retrato de su persona y se aseguró de ser él quien riera el último. En septiembre de 2008 consiguió un 6,4 por ciento de participaciones del periódico por un valor de 127 millones de dólares —apenas mera calderilla para asegurar su reputación y una cierta autoridad sobre la Dama Gris—. En 2011 incrementó aún más su cartera.

Slim ha sido el hombre más rico del mundo durante varios años —aunque últimamente Bill Gates ha reclamado el puesto más alto—. En muchos sentidos, conforma el estereotipo del hombre muy rico que no necesita esforzarse demasiado. Vive en una gran casa, no

muy ostentosa, en la Ciudad de México, prefiriendo ver los deportes por televisión —es un adicto al béisbol— a hablar en público o dejarse ver. Al igual que sus competidores, está desarrollando el gusto por la filantropía. Sus fundaciones patrocinan proyectos para combatir la pobreza y para la regeneración de la ciudad, proporcionando ordenadores, gafas y bicicletas a los niños en edad escolar. Posee un buen número de equipos locales de fútbol. Pero su más impresionante contribución tal vez sea el Museo Soumaya, una galería de arte en la ciudad de México que reúne la mayor cantidad de estatuas de Rodin fuera de Francia, junto con obras de Leonardo da Vinci, Picasso, Renoir y la colección más grande de cuadros de Dalí de Latinoamérica.

Lo que hace que Slim destaque no es cómo ha hecho su dinero —Carnegie y Gates, entre otros, también han tenido que enfrentarse a acusaciones de prácticas monopolistas—, ni tampoco cómo lo gasta —lo hace dentro de los parámetros habituales—, sino la cuestión de la geografía. No está establecido en los Estados Unidos —que sigue siendo con gran diferencia el país que proporciona el mayor número de milmillonarios—; ni tampoco encaja en la categoría de los jeques del Golfo, los oligarcas rusos o chinos, los chicos listos de Silicon Valley o los banqueros de Wall Street o la City de Londres. No proviene del mundo desarrollado, sino de la nueva generación de países en los que el dinero se está haciendo rápidamente. El economista de Goldman Sachs, Jim O'Neill, que acuñó el término «Bric» para los países de economía emergente (Brasil, Rusia, India y China), ahora ha bautizado a estos recién llegados como los «Mints» —México, Indonesia, Nigeria y Turquía.

Habrá que estar atento a esa nueva hornada de superricos procedente de países como esos u otros. Hay un montón de dinero por gastar para unos pocos de Sudáfrica, Ghana y Angola, o Chile y Colombia, por no mencionar las economías asiáticas en vías de expansión, desde Tailandia a Filipinas o Vietnam. El economista y

diplomático de Singapur, Kishore Mahbubani, lleva mucho tiempo argumentado que las instituciones diplomáticas y políticas están fracasando a la hora de percibir la creciente riqueza de Asia y otras economías emergentes. En su opinión, países como esos, con su principal objetivo centrado en el colectivismo y en el papel del gobierno, han aprendido de los muchos errores del modelo anglosajón. «El primer error fue contemplar el capitalismo como algo bueno desde el punto de vista ideológico, no como un instrumento pragmático para mejorar el bienestar de la humanidad», escribió.[2] De ser así, parece existir poca evidencia para sugerir que los superricos, digamos, de China, Rusia o India han entendido el mensaje. De hecho, están jugando a una especie de competición por ver quién supera a quién; la sensación de estar en su derecho de un grupo es sencillamente transferida a otro.

Tampoco hay evidencias de que los nuevos destinos de la riqueza sean para una utilización más noble. En la década de 1950, el economista Simon Kuznets presentó la teoría de que la industrialización conducía inicialmente a una mayor desigualdad en la sociedad, si bien esta tendía a disminuir cuando la renta per cápita alcanzaba un cierto nivel. De ese modo, los beneficiosos cambios que tuvieron lugar en América durante el New Deal o en Europa después de la Segunda Guerra Mundial deberían, según esa lógica, producirse también en China, Rusia e India. Sin embargo, para que eso suceda se requiere una intervención concertada, algo que los políticos se han mostrado incapaces de hacer, o no desean hacer. Algunos economistas y sociólogos políticos están comenzando a postular la teoría de que, lejos de una marea creciente que levante todos los barcos, el capitalismo del mercado contemporáneo reside en afianzar e incrementar la desigualdad como sustento vital. El economista francés Thomas Piketty cita dos únicos posibles frenos en esa natural e inevitable tendencia: el crecimiento de la población y la intervención. El problema es que los gobiernos han sido

profunda y auténticamente contaminados, e incluso si demuestran cierta determinación para actuar, serían incapaces de enfrentarse de forma perceptible o significativa a la raíz de desequilibrios tales como los flujos ilimitados de capital o los paraísos fiscales. Una acción concertada es una quimera. Por tanto, la expectativa de cambio es mínima.

El 1 por ciento y el 0,1 por ciento son ahora verdaderamente globales. Pueden —y lo hacen—, provenir de cualquier parte del mundo, pero siempre acaban en los mismos lugares, convergiendo en conocidos escondites. Aterrizan en Londres, Singapur o Zurich, donde sus gobiernos y bancos practican la filosofía de «no hacer preguntas» y hay un posicionamiento indulgente en el tema de impuestos. Compran propiedades en París y Nueva York, y disfrutan navegando en sus yates a lo largo de la costa entre St. Tropez y Portofino. Comparten un estilo de vida y valores mutuamente reforzados; y hablan el idioma del otro.

¿Acaso los ejemplos de Carlos Slim, del milmillonario del cemento en Nigeria, Aliko Dangote, o de Li Ka-Shing en Hong Kong no demuestran que cualquiera, en cualquier parte, puede unirse a las filas de los superricos? En teoría, sí, pero en la práctica el entorno local adquiere una importancia considerable. El premio Nobel Herbert Simon estimaba que el capital social es el responsable de, al menos, el 90 por ciento de lo que la gente gana en sociedades prósperas como la de Estados Unidos y el noroeste de Europa. Por «capital social» entendía los recursos naturales, la infraestructura, la tecnología, el régimen legal y el buen gobierno. Esos son los cimientos con los que los ricos pueden empezar a hacer su trabajo. Ya a principios de 1995, Warren Buffett, el hombre con quien siempre podemos contar para hacer algún comentario sabio sobre la riqueza, señalaba la ventaja crucial de la que había disfrutado en su camino hacia una inmensa fortuna: «La sociedad es responsable de un muy significativo porcentaje de lo que he ganado —destacaba—.

Si me colocaran en medio de Bangladesh o Perú, podrían comprobar hasta qué punto este talento podría producir en el suelo equivocado».

En el núcleo de ese capital social está el acceso a la buena educación. Ahí es donde la herencia y los impuestos entran en conflicto. De acuerdo con una estricta interpretación de los lemas de Buffett y Carnegie, todo el mundo debería tener derecho a empezar por igual en la vida y el dinero no debería pasar de generación en generación. Ese igualitarismo y altruismo son más fáciles de predicar que de poner en práctica, porque, incluso si sus hijos han comenzado con nada más que lo básico —que no es el caso—, habrían contado con una red social inherente y con el apoyo de una estructura académica que les habría dado ventaja. La labor más urgente de los superricos es asegurarse que sus descendientes no accedan a comodidades que puedan adormecer sus sentidos y llevarles a despilfarrar la fortuna familiar. Cuanto más hecha a sí misma es la primera generación de acaudalados, más decidida está a consolidar el lugar de sus hijos en la jerarquía social y cultural. El nuevo dinero se convierte en dinero viejo. Una reputación poco fiable se convierte en el pilar de la clase dirigente.

Prácticamente, cada aspecto del comportamiento de los supermillonarios de hoy en día ha adoptado los atributos de sus predecesores, desde los tiempos de Craso pasando por el Renacimiento, hasta el colonialismo y la industrialización. El instinto de hacer y acumular dinero está arraigado en lo más hondo del comportamiento humano. Eso está claro. La variable en la ecuación es la exigencia de la sociedad para imponer tributos y regular esa actividad. Con la excepción del período entre 1945 y 1979 o 1986 —la subida al poder de Margaret Thatcher o la apertura de los mercados de Bolsa con la gran explosión—, las sociedades han consentido a los superricos. En los primeros tiempos el acceso a la

información, o la falta de ella, puede que evitara el desafío, pero la aquiescencia de los tiempos modernos es más sorprendente.

Algunos, como el movimiento Ocupa Wall Street, han adoptado un enfoque más beligerante hacia los superricos, pero, incluso después del crac financiero y la implicación de los banqueros, y a pesar de todo el resentimiento de esa bien educada y excesivamente explotada clase media de jóvenes ejecutivos, han fracasado a la hora de avanzar políticamente. La voz más persuasiva a favor del cambio surgió en 2013 con la encíclica del papa Francisco sobre la pobreza y el «desenfrenado capitalismo». En un mensaje a los ricos y poderosos que asistían al Foro Mundial de Economía en Davos en 2014, les conminó así: «Les pido que se aseguren que la humanidad sea servida por la riqueza y no regida por ella». El papa se ha convertido en una poderosa voz moral del cambio; sin embargo, los argumentos más racionales para una mejor distribución de la riqueza han naufragado a la hora de ponerse en marcha. Los políticos han mostrado muy poca voluntad, o valor, para formular las preguntas importantes, y, menos aún, ahora, cuando Occidente parece emerger poco a poco de la recesión.

Los economistas pueden hablar largo y tendido de la ineficacia de tener a tanta gente luchando por sobrevivir o en el límite del umbral de la pobreza, incapaces de participar en la más básica actividad económica del consumo. Tal vez adviertan la «utilidad marginal» de una extremada riqueza —el hecho de que cuanto más dinero posea un individuo, menos productivos serán sus gastos—. Después de todo, incluso los más millonarios de vez en cuando se cansan de los superyates y megamansiones. Pero, en esencia, muy pocas cosas han cambiado. Los años que siguieron al crac no han producido ese nuevo pensamiento transformador que muchos hubieran esperado o deseado. Los cambios hacia un gobierno corporativo, el secretismo de la banca, los paraísos fiscales y la regulación fiscal apenas han sido palpables. La corriente de centro-izquierda, con su actitud

ligeramente más crítica, ha fracasado a la hora de sacar un beneficio electoral en la mayoría de los países, mientras que los grupos considerados responsables por el fracaso de los desenfrenados mercados han emergido impunes. Para haber logrado un procesamiento judicial viable de los mismos, hubieran sido necesarias evidencias más convincentes sobre el fraude internacional y sistemático. La codicia y la temeridad son más difíciles de perseguir por el Código Penal, especialmente en países como Inglaterra o Estados Unidos, donde las autoridades han demostrado muy poco interés en su persecución.

El derrumbe de la economía no perjudicó a los superricos, más bien al contrario. Su porción del pastel se ha incrementado, al igual que la clase media y trabajadora se vio obligada a apretarse el cinturón. La normalidad al servicio de su ideología se ha reanudado. Los argumentos no han cambiado: el efecto goteo y los actos individuales de filantropía son, según proclaman los políticos, las mejores rutas para una sociedad próspera.

Mientras tanto los votantes están confusos respecto a la riqueza. ¿Cuándo es excesiva y cuándo es merecida? Se admira a los futbolistas que ganan cientos de miles de euros cada semana y a las estrellas de cine sobre la alfombra roja de los Oscar; tanta cantidad y tan comprensible. Además se devoran las noticias sobre unos u otros personajes famosos y sus ostentosas vidas, sin importar la falta de talento que tengan. En cierto sentido, parecen diferenciar entre los millonarios que han creado productos o servicios con gran repercusión para sus vidas —desde Google a Facebook o Virgin o Top Shop—, y los bancos, fondos de cobertura o los estafadores de capital privado que reivindican, lánguidamente, que ellos también están contribuyendo al bien común proporcionando capital y liquidez. E incluso cuando la gente está de acuerdo sobre «merecidos» o «no merecidos» caminos a la riqueza, parece que existe poco consenso sobre lo que constituye una fortuna excesiva.

O, por poner un acertijo más reconocible: ¿en qué momento la tributación empieza a ser punible y no una ausencia de incentivos para el auténtico emprendedor? Es la falta de claridad en esas cuestiones la que refuerza el estatus quo.

Las promesas hechas en 2007 y 2008, en el momento del crac, de aprender de la lección e introducir cambios fundamentales, ahora parecen casi ridículas. Es muy fácil para los descontentos políticos culpar a la concentración de los medios y su influencia sobre los políticos, los líderes financieros y sus ejércitos de grupos de presión. Por supuesto, es innegable que han jugado un papel importante al diluir el apetito por el cambio, pero la gente suele escabullirse con cualquier cosa que puedan llevarse. Basta pensar en una multitud de adolescentes en una tienda de ropa de última moda. Algunos —aunque no todos, desde luego— tendrán la tentación de escamotear una camiseta o dos en su bolso, confiando en que nadie les vea. Solo los forzudos guardias de seguridad o los detectores electrónicos se interponen en su camino. Y ahora piensen en los oligarcas y banqueros de la actualidad y en los barones ladrones, o en Craso y los Médici. Consiguieron llevárselo porque pudieron.

Por tanto no corresponde tanto a los ricos, sino más bien a nosotros mismos, buscar las respuestas. ¿Por qué será que entre tantas charlas sobre «injusticia», los votantes se inclinan siempre por reducir o abolir el impuesto de sucesiones —lo opuesto a lo que proclamaba Andrew Carnegie—, mientras pegan sus narices contra los escaparates de las agencias inmobiliarias que anuncian propiedades multimillonarias en los barrios más elegantes de Londres? El deseo de mejorar, o la codicia —dos caras de la misma moneda, dependiendo del punto de vista de cada uno—, están tan extendidos ahora como lo han estado siempre. La hegemonía de la baja imposición y de los mercados no regulados por todo el mundo va emparejada con la cada vez más sofisticada tecnología móvil que ha permitido a muchos entrar en el juego. Solo un pequeño grupo

llegará arriba, por medios justos o turbios. Y deberán agradecérselo a gobiernos dóciles, parlamentos, reguladores y bancos centrales, como siempre han hecho. Pues la victoria de los superricos en el siglo XXI es un producto de dos mil años de historia.

[1]*http://www.nytimes.com/2007/08/27/opinion/27mon4.html?_r=0.*

[2]*http://blogs.ft.com/the-a-list/2012/02/07/western-capitalism-has-much-to-learn-from-asia/#axzz2vfYJABG9.*

BIBLIOGRAFÍA

ABDULLA, ABDUL KHALEQ, «Dubai: The Journey of an Arab City from Localism to Cosmopolitanism», *al-Mustaqbal al-Arabi*, vol. 323 (2006).

ABURISH, SAID K., *The House of Saud* (Bloomsbury,1994).

ADAMS, JULIA, «The Decay of Company Control in the Dutch East Indies», *American Sociological Review*, vol. 61, no. 1 (1996).

——, «Principles, Agents, Colonists and Company Men: The Decay of Colonial Control in the Dutch East Indies', *American Sociological Review*, vol. 61, no. 1 (1996).

ADAMS, TIM, «Sheikh Mohammad: The Ruler with Real Horse power», *Observer*, 28 de abril de 2013.

ADCOCK, F. E., *Marcus Crassus: Millionaire* (W. Heffer & Sons, 1966)

ADE AJAYI, JACOB F. y CROWDER, MICHAEL, *A History of West Africa* (Columbia University Press, 1972).

ADELMAN, K.L., «The Zairian Political Party as a Religious Surrogate», *Africa Today*, vol. 23, no. 4 (1979).

ANDERSON, PERRY, «Russia's Managed Democracy», *London Review of Books*, 25 de enero de 2007.

APIANO, *Historia romana* (Gredos, 1994).

AQUINO, BELINDA, *Politics of Plunder: The Philippines under Marcos* (Great Books Trading, 1987)

——, *The Transnational Dynamics of the Marcos Plunder* (University of the Philippines, 1999).

ARLIDGE, JON, «The Excesses of the Filthy Rich», *The Times*, 21 de septiembre de 2008.

——, «I'm Doing God's Work: Meet Mr Goldman Sachs», *Sunday Times*, 8 de noviembre de 2009.

ARONSON, D., «The Dead Help No One Living: A Return to the Congo', *World Policy Journal*, vol.14, no.4 (1997).

ASSMANN, JAN, *Of God and Gods: Egypt, Israel, and the Rise of Monotheism* (University of Wisconsin Press, 2008).

AUGAR, PHILIP, *The Death of Gentlemanly Capitalism: The Rise and Fall of London's Investment Banks* (Penguin, 2008).

BAKEWELL, PETER, *Miners of the Red Mountain: Indian Labour in Potosí* (University of New Mexico Press, 2010).

BATTY, PETER, *The House of Krupp: The Steel Dynasty that Armed the Nazis* (Cooper Square, 2001).

BAXTER, S. «Lordship and Labour», in J. Crick and E. van Houts (ed.), *A Social History of England 900-1200* (Cambridge University Press, 2011).

BENCE-JONES, MARK, *Clive of India* (Constable & Company, 1974).

BERDROW, WILHELM, *The Letters of Alfred Krupp* (Gollancz, 1930).

BERESFORD, PHILIP y RUBINSTEIN, WILLIAM, *The Richest of the Rich* (Harriman House, 2011).

BERG, MAXINE y EGER, ELIZABETH (eds), *Luxury in the 18th Century* (Palgrave Macmillan, 2002).

BERGER, STEFAN, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany* (Routledge, 1999).

BERNSTEIN, PETER L., *The Power of Gold: The History of an Obsession* (John Wiley & Sons, 2001).

BERNSTEIN, WILLIAM J., *A Splendid Exchange: How Trade Shaped the World* (GrovePress, 2009).

BHATIA, SHEKHAR, «500 Chefs, 4000 Lobsters, and Kylie-Recession Dubai Style», *Guardian*, 21 de noviembre de 2008.

BHATTACHARYA, SUKUMAR, *The East India Company and the Economy of Bengal* (Luzac, 1954).

BIRRELL, I., «Bill Gates Preaches the Aid Gospel, but is He Just a Hypocrite?», *Guardian*, 6 de enero de 2014.

BISHOP, MATTHEW y GREEN, MICHAEL, *Philanthrocapitalism: How Giving Can Save the World* (A&C Black, 2008).

Blake McHam, Sarah, «Donatello's Bronze "David"and "Judith"as Metaphors for Medici Rule in Florence», *Art Bulletin*, vol. 83 (2001).

Blanning, Timothy C. W., *The Culture of Power and the Power of Culture: Old Regime Europe 1660-1789* (Oxford University Press, 2002).

Blick, R., *Fascism in Germany* (Steyn Publications, 1975).

Blodget, H., «Apple Had No Choice but to Oust Steve Jobs», *Business Insider*, 23 de septiembre de 2013.

Bovill, Edward William, *The Golden Trade of the Moors* (Markus Weiner, 2005)

Bowen H. V., «Lord Clive and Speculation in East India Company Stock, 1766», *Historical Journal*, vol. 30, no. 4 (1987).

Bowen, H. V., Lincoln, M. y Rigby, N. (eds), *The Worlds of the East India Company* (Boydell Press, 2011).

Boye, Alida May y Hunwick, John O., *The Hidden Treasures of Timbuktu,* (Thames & Hudson, 2008).

Brad Faught, C., *Clive: Founder of British India* (Potomac Books, 2013).

Brandt, Richard L., *One Click: Jeff Bezos and the Rise of Amazon.com* (Penguin, 2011).

Brewer,Thomas B., *The Robber Barons: Saints or Sinners* (R. E. Krieger, 1976).

Bruijn, Jaap R., «Between Batavia and the Cape: Shipping Patterns of the Dutch East India Company», *Journal of Southeast Asian Studies*, vol. 11, no. 2 (1980).

Burke, Peter, *The Fabrication of Louis XIV* (Yale University Press, 1992).

Carnegie, Andrew, *Triumphant Democracy* (Cosimo Classics, 2005).

——, *The Autobiography of Andrew Carnegie and the 'Gospel of Wealth'* (Signet, 2006).

Cashman, Sean Dennis, *Americain the Gilded Age* (NYU Press, 1993) Cassius Dio, *Roman History* (Loeb, 1914).
Center for Public Integrity, «After the Meltdown: Ex-Wall Street Chieftains Living it Large in a Post-meltdown World» (2013).
——, «After the Meltdown: Ex-SEC Chief Now Helps Companies Navigate Post-meltdown Reforms» (2013).
Chancey, Karen, «TheAmboyna Massacre in English Politics 1624-32», *Albion*, vol. 30, no. 4 (1998).
Chaudhuri, Nirad C., *Clive of India: A Political and Psychological Essay* (Barrie & Jenkins, 1975).
Chayka, Doug, «The Misunderstood Robber Baron», *The Nation*, 11 de noviembre de 2009.
Chibnall, Marjorie, *Anglo-Norman England 1066-1166* (Blackwell, 1987) .
——, *The Debate on the Norman Conquest* (Manchester University Press, 1999).
Chu, Daniel y Skinner, Elliott P., *A Glorious Age in Africa: The Story of Three Great African Empires* (Africa Research & Publications, 1996).
Close, William T., *Beyond the Storm: Treating the Power less and the Powerful in Mobutu's Congo/Zaire* (Meadowlark Springs, 2006).
Cohan, W. D., «The Rise and Fall of Jimmy Cayne», *Fortune*, 25 de agosto de 2008.
Conniff, Richard, *The Natural History of the Rich* (W. W. Norton, 2002).
Cook, Noble D., *Born to Die: Disease and the New World Conquest 1492-1650,* (Cambridge University Press, 1998).
Crick, Julia y van Houts, Elisabeth (ed), *A Social History of England 900-1200* (Cambridge University Press, 2011).
Cringely, R. X., *Accidental Empires: How the Boys of Silicon Valley Make Their Millions, Battle Foreign Competition and Still Can't Get a Date* (Penguin, 1996).

Crosby, Alfred W. Jr, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492* (Praeger, 2003).
Crossen, Cynthia, *The Rich and How They Got That Way* (Nicholas Brealey, 2001).
Crouch, David, *The Birth of Nobility: Constructing Aristocracy in England and France 900-1300* (Routledge, 2005).
D'Auria, Sue H., «Preparing for Eternity», en Rita E. Freed, Sue H. D» Auria and Yvonne J. Markowitz (eds), *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, and Tutankhamen* (Museum of Fine Arts, Boston, 1999).
Da Bisticci, Vespasiano, *The Vespasiano Memoirs* (Renaissance Society of America, 1997).
Dalley, Jan, *The Black Hole: Money, Myth, and Empire* (Fig Tree, 2006).
Dalton, Paul, *Conquest, Anarchy, and Lordship: Yorkshire 1066-1154* (Cambridge University Press, 2002).
Davidson, Christopher M., *Dubai: The Vulnerability of Success* (Hurst, 2008).
Davies, Norman, *The Isles: A History* (Macmillan, 1999).
Davis, R. H. C. y Chibnall, Marjorie, *The Gesta Guillelmi of William of Poitiers* (Oxford University Press, 1998).
Davis,William Stearns, «The Influence of Wealth in Imperial Rome», *American Historical Review*, vol. 16, no. 3 (1911).
De Roover, Raymond, *The Rise and Decline of the Medici Bank 1397-1494* (Harvard University Press, 1963).
De Vries, J., «Luxury in the Dutch Golden Age in Theory and Practice», en Maxine Berg and Elizabeth Eger (ed), *Luxury in the 18th Century* (Palgrave Macmillan, 2002).
Demarest, David P. Jr, *The River Ran Red: Homestead 1892* (University of Pittsburgh Press, 1992).
Depelchin, J., «Transformations of the Petite Bourgeoisie and the State in Post-Colonial Zaire», *Review of African Political Economy*,

vol. 22 (1981).
Devlin, Larry, *Chief of Station, Congo: Fighting the Cold War in a Hot Zone* (Public Affairs, 2008).
Diallo, Siradiou, *Zaire Today* (Hippocrene Books, 1979).
Dougary, Ginny, «Dasha's Next Move», *Financial Times*, 9 de noviembre de 2012.
Drelichman, Mauricio, «All That Glitters: Precious Metals, Rent-seeking, and the Decline of Spain», *European Review of Economic History*, vol. 9, no. 3 (2005).
Duc de Saint-Simon, *The Memoirs of Louis XIV and his Court and of the Regency* (George Allen & Unwin, 1926).
Dunne, Dominick, «Khashoggi's Fall»,*Vanity Fair*, de septiembre de 1989.
Edge, L. B., *Andrew Carnegie: Industrial Philanthropist* (Lerner Publications Company, 2004).
Edwardes, Allen, *The Rape of India: A Biography of Robert Clive* (Julian Press, 1966).
Ehrenreich, Barbara, *Smile or Die: How Positive Thinking Fooled America* (Granta, 2010).
Eisenstadt, A.S., *Carnegie's Model Republic: Triumphant Democracy and the British-American Relationship* (State University of New York Press, 2008).
Elson, R. E., *Suharto: A Political Biography* (Cambridge University Press, 2008) Farhi, P. , «*Washington Post* Closes Sale to Amazon Founder Jeff Bezos», *Washington Post*, 1 de octubre de 2013.
Feldenkirchen, W., «Banking and Economic Growth: Banks and Industry in Germany in the Nineteenth Century' in W. R. Lee (ed.), *German Industry and German Industrialisation* (Routledge, 1991).
Ferguson, Niall, *The Ascent of Money: A Financial History of the World* (Penguin, 2009).

FINDLAY, RONALD y O'ROURKE, KEVIN H., *Power and Plenty: Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium* (Princeton University Press, 2009).

FLEMING, ROBIN, *Kings and Lords in Conquest England (*Cambridge University Press, 2004).

——, «Land and People», in J. Crick and E. van Houts (ed), *A Social History of England 900-1200* (Cambridge University Press, 2011).

FLINDERS PETRIE, W. M., *History of Egypt* (Methuen & Co., 1894).

FOSTER, L. J., «The New Religion», en Rita E. Freed, Sue H. D'Auria and Yvonne J. Markowitz (eds), *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, and Tutankhamen* (Museum of Fine Arts,Boston, 1999).

FRANK, ROBERT, *Richistan: A Journey through the American Wealth Boom and the Lives of the New Rich* (Three Rivers, 2008).

FREED, RITA E., D'AURIA, SUE H. y MARKOWITZ, YVONNE J. (ed.), *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, and Tutankhamen* (Museum of Fine Arts, Boston, 1999).

FREELAND, CHRYSTIA, *Plutocrats: The Rise of the New Global Super Rich and the Fall of Everyone Else* (Penguin, 2013).

FRIEDMAN, THOMAS L., *The World is Flat: A Brief History of the 21st Century* (Farrar Straus Giroux, 2005).

FUKUYAMA, FRANCIS, *The End of History and the Last Man* (Penguin, 1992

GAASTRA, F. S., *The Dutch East India Company: Expansion and Decline* (Walburg, 2003).

——, «War, Competition and Collaboration: Relations between the English and Dutch East India Companies in the 17th and 18th Centuries», en H. V. Bowen, M. Lincoln and N. Rigby (ed.), *The Worlds of the East India Company* (Boydell Press, 2011).

GANGEWERE, ROBERT J., *Palace of Culture: Andrew Carnegie's Museums and Library in Pittsburgh* (University of Pittsburgh Press, 2011).

GARRARD,TIMOTHY F., *African Gold* (Prestel, 2011).

GATES, B., «A New Approach to Capitalism», en Michael Kinsley (ed.), *Creative Capitalism* (Simon & Schuster, 2009).
GLUCKMAN, RON, «Hong Kong of the Desert?», *Asia Inc.*, 12 de abril de 2012 Golding, Brian, *Conquest and Colonisation: The Normans in Britain 1066-1100*, 2nd ed. (Palgrave Macmillan, 2013).
GOODWAY, N., «My Regrets, by Goldman Sachs Boss Lloyd Blankfein», *London Evening Standard*, 13 de noviembre de 2013.
GORDON, STEWART, *When Asia was the World* (Da Capo Press, 2008).
GRAEBER, DAVID, *Debt: The First 5,000 Years (*Melville House, 2011).
GREEN, JOSHUA, «Where is Dick Fuld Now? Finding Lehman Brothers' Last CEO», *Businessweek*, 12 de septiembre de 2013.
GREEN, JUDITH A., *The Aristocracy of Norman England* (Cambridge University Press, 2002).
GREENSPAN, ALAN, *The Age of Turbulence* (Penguin, 2008).
GROSSMAN, R. S., *Unsettled Account: The Evolution of Banking in the Industrialized World since 1800* (Princeton University Press, 2010).
GRUBB, BEN, «Gates on Tax, Giving his Kids Only $10m - and Still Doing the Dishes», *Sydney Morning Herald*, 28 de mayo de 2013.
HADLEY, D. M., «Ethnicity and Acculturation», en J. Crickand and E. van Houts (eds), *A Social History of England 900-1200* (Cambridge University Press, 2011).
HANCOCK, MATTHEW y ZAHAWI, NADHIM, *Masters of Nothing: How the Crash Will Happen Again unless We Understand Human Nature* (Biteback, 2011).
HARRINGTON, JACK, *Sir John Malcolm and the Making of British India* (Palgrave Macmillan, 2010).
HARVEY, ROBERT, *Clive: The Life and Death of a British Emperor* (St Martin's, 2000).
HASKIN, JEANNE M., *The Tragic State of the Congo: From Decolonisation to Dictatorship* (Algora, 2005).
HEMMING, JOHN, *The Conquest of the Incas* (Pan, 2004).

Henson, Donald, *The English Elite in 1066: Gone but not Forgotten* (Anglo-Saxon, 2001).
Hibbert, Christopher, *The House of Medici: Its Rise and Fall* (Morrow, 1974).
——, *Florence: The Biography of a City* (Penguin, 1993.
Hills, John, *Inequality and the State* (Oxford University Press,2004).
Ho, Karen, *Liquidated: An Ethnography of Wall Street* (Duke University Press, 2009).
Hochstrasser,J. B., *Still Life and Trade in the Dutch Golden Age* (Yale University Press, 2007).
Hoffman, David E., *The Oligarchs: Wealth and Power in the New Russia* (Public Affairs, 2003).
Hofstadter, R., «The Pervasive Influence of Social Darwinism», en Thomas B. Brewer (ed.), *The Robber Barons: Saints or Sinners?* (Holt, Rinehartand Winston, 1970).
Holland, Tom, *Rubicon: The Triumph and Tragedy of the Roman Republic* (Abacus, 2005).
Hollingsworth, Mark y Lansley, Stewart, *Londongrad, from Russia with Cash: The Inside Story of the Oligarchs* (Fourth Estate, 2010).
Holt, J. C., *Colonial England 1066-1215* (Hambledon, 1997).
——(ed.), *Domesday Studies* (Boydell, 1987).
Hornung, Erik, *Akhenaten and the Religion of Light* (Cornell University Press, 2001).
Hosenball, M., «Here's Who's Backing Glenn Greenwald's New Website» *Reuters*, 15 de octubre de 2 013.
Hovey, Carl, *The Life Story of J. Pierpont Morgan* (Kessinger, 2006).
Human Rights Watch, «UAE: Address Abuse of Migrant Workers», 29 de marzo de 2006.
Hunwick, J. O., «TheMid-fourteenth Century Capital of Mali», *Journal of African History*, vol. 14, no.2 (1973).
Ikambana,Peta, *Mobutu's Totalitarian Political System: An Afrocentric Analysis* (Taylor & Francis, 2006).

Inglis, Fred, *A Short History of Celebrity* (Princeton University Press, 2010)

Israel, Jonathan, *The Dutch Republic: Its Rise, Greatness, and Fall* (Oxford University Press,1998).

James, Harold, *Krupp: A History of the Legendary German Firm* (Princeton University Press, 2012).

Jones, D., «Facebook CEO is Youngest Self-made Billionaire», *USA Today*, 5 de marzo de 2008.

Josephson, Matthew, *The Robber Barons* (Mariner, 1962).

Kahney, L., «Jobs vs Gates: Who's the Star?», *Wired*, 25 de enero de 2006 .

Kalb, Madeleine, *The Congo Cables* (Macmillan,1982).

Kampfner, John, *Inside Yeltsin's Russia: Corruption, Conflict, Capitalism* (Cassell, 1994).

——, *Freedom for Sale: How We Made Money and Lost our Liberty* (Simon & Schuster, 2009).

Kapelle, William E., *The Norman Conquest of the North* (Croom Helm, 1979)

Kelly, Sean, *America's Tyrant* (American University Press, 1993).

Kemp, Barry J., *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilisation* (Routledge, 2006).

Kinsley, Michael (ed.), *Creative Capitalism* (Simon & Schuster, 2009).

Kirkpatrick, David, *The Facebook Effect* (Simon & Schuster, 2011).

Kramer, Andrew E., «Midas Touch in St Petersburg: Friends of Putin Glow Brightly», *New York Times*, 1 de marzo de 2012.

Krause, Paul, *The Battle for Homestead, 1880-1892* (University of Pittsburgh Press, 1992).

Krugman, Paul, *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008* (Penguin, 2008).

Kruppische Gustahlfabrik, *Krupp: A Century's History of the Krupp Works* (Krupp, 1912).

——,*The Krupp Trial Before the French Court Martial* (Sueddeutsche Monatshefte, 1923).

La Roche, J., «Ex-Bear Stearns CEO is Selling His Apartment for $14.95m», *BusinessInsider*,16 de agosto de 2013.

——, «Lloyd Blankfein's Advice to Interns-Relax», *Business Insider*, 10 de octubre de 2013.

——,«What Lloyd Blankfein Does All Weekend», *Business Insider*,10 de octubre de 2013.

Lacovara, Peter, «The City of Amarna», en Rita E. Freed, Sue H. D'Auria y Yvonne J. Markowitz (eds), *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, and Tutankhamen* (Museum of Fine Arts, Boston, 1999).

Landes, David. S., *The Wealth and Poverty of Nations* (Abacus, 1999).

Lane, Randall, «Bill Gates and Bono on Their Alliance of Fortune, Fame and Giving», *Forbes*, 2 de diciembre de 2013.

Lawford, James P., *Clive: Proconsul of India* (Allen & Unwin, 1972).

Lawson, P. y Phillips, J., «Our Execrable Banditti: Perceptions of Nabobs in Mid-18th Century Britain», *Albion*, vol. 16, no. 3 (1984).

Lee, W.R. (ed.), *German Industry and German Industrialisation* (Routledge, 1991).

Lenman, B. y Lawson, P., «Robert Clive, the Black *Jagir* and British Politics», *Historical Journal*, vol.26, no. 4 (1983).

Levy, Steven, *Hackers: Heroes of the Computer Revolution* (Doubleday, 1984) Leyne, Jon, «Dubai Ruler in Vast Charity Gift», BBC, 19 de mayo de 2007.

Lindsay, Samuel M., «Social Work at the Krupp Foundries, Essen», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 3 (1892).

Livesay, Harold C., *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business* (Pearson, 2006).

Livingstone, Grace, *America's Back Yard: The United States and Latin America from the Monroe Doctrine to the War on Terror* (Zed Books, 2009).

Lockhart, James, *The Men of Cajamarca* (University of Texas Press, 1972).

——, *Spanish Peru* (University of Wisconsin Press, 1994).

Losse, Katherine, *The Boy Kings: A Journey into the Heart of the Social Network* (Free Press, 2012).

Loth, V.C., «Armed Incidents and Unpaid Bills: Anglo-Dutch Rivalry in the Banda Islands in the 17th Century», *Modern Asian Studies*, vol. 29, no. 4 (1995).

Lucas, Ed, *The New Cold War: How the Kremlin Menaces both Russia and the West* (Bloomsbury, 2008).

Lucassen, J., «A Multinational and its Labour Force: The Dutch East India Company 1595-1795», *International Labor and Working-Class History*, vol. 66 (2004).

Maquiavelo, Nicolás, *Historia de Florencia* (Tecnos, 2009).

Mahbubani, Kishore, *The New Asian Hemisphere: The Irresistible Shift of Global Power to the East* (Public Affairs, 2008).

——, *The Great Convergence: Asia, the West, and the Logic of One World* (Public Affairs, 2013).

Malleson, G.B., *Lord Clive* (Lancer Publishers, 2008).

Maltby, William S., *Auge y caída del imperio español* (Marcial Pons, 2011).

Manapat, Ricardo, *Some are Smarter than Others: The History of Marcos' Crony Capitalism* (Aletheia, 1991).

Manchester, William, *The Arms of Krupp* (Little, Brown, 1968).

Martin, Iain, *Making it Happen: Fred Goodwin, RBS, and the Men who Blew up the British Economy* (Simon & Schuster, 2013).

Martínez, Amy, «Amazon.com's Bezos to Invest in Space Travel, Time», *Seattle Times*, 31 de marzo de 2012.

Mason, Paul, *Meltdown: The End of the Age of Greed* (Verso, 2010).

Mason Ward, Allen, *Marcus Crassus and the Late Roman Republic* (University of Missouri Press, 1977).
McCabe, Joseph, *Crises in the History of the Papacy* (Kessinger, 2003).
McCreary, E. C., «Social Welfare and Business: The Krupp Welfare Programme 1860-1914», *Business History Review*, vol. 42, no. 1 (1968).
McGregor, Richard, *The Party: The Secret World of China's Communist Rulers* (Allen Lane, 2010).
McGurk, Patrick, *The Chronicle of John of Worcester* (Oxford University Press, 1998).
McNaughton, Patrick R., «Malian Antiquities and Contemporary Desire», *African Arts*, vol. 28, no. 4 (1995).
McQuaig, Linda y Brooks, Neil, *The Trouble with Billionaires: How the Super-rich Hijacked the World, and How we Can Take it Back* (Oneworld, 2013).
Menne, Bernhard, *Blood and Steel: The Rise of the House of Krupp* (Menne Press, 2008).
Metcalf, Barbara D. y Metcalf, Thomas R., *A Concise History of Modern India*, 3rd ed. (Cambridge University Press, 2006).
Milanovic, Branko, *The Haves and the Have-nots, A Brief and Idiosyncratic History of Global Inequality* (Basic Books, 2011).
Milanovic, Branko, Lindert, Peter y Williamson, Jeffrey, *Pre-industrial Equality* (SFI Working Paper, 2009).
Milton, Giles, *Nathaniel's Nutmeg: How One Man's Courage Changed the Course of History* (Sceptre, 2000).
Moore, Malcolm, «The Rise and Rise of Wang Jianlin, China's Richest Man», *Daily Telegraph*, 21 de septiembre de 2013.
Morris, David, *The Honour of Richmond: A History of the Lords, Earls and Dukes of Richmond* (William Sessions, 2000).
Morris, Marc, *The Norman Conquest* (Windmill, 2013).
Mouritsen, Henrik, *Plebs and Politics in the Late Roman Republic* (Cambridge University Press, 2001).

Nasaw, David, *Andrew Carnegie* (Penguin, 2007).
O'Brien, B., «Authority and Community», en J. Crick y E. van Houts (ed.), *A Social History of England 900-1200* (Cambridge University Press, 2011).
Ochoa, José María González, *Francisco Pizarro* (Palacio de Los Barrantes-Cervantes, 2009).
Osborn, J., «India and the East India Company in the Public Sphere in 18th Century Britain», en H. V. Bowen, M. Lincoln y N. Rigby (ed.), *The Worlds of the East India Company (*Boydell Press, 2011).
Parks, Tim, *Medici Money: Banking, Metaphysics and Arts in Fifteenth Century Florence* (Atlas, 2006).
Parthasarathi, Prasannan, *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not: Global Economic Divergence 1600-1850 (*Cambridge University Press, 2011).
Peston, Robert, *Who Runs Britain? How the Super-rich are Changing our Lives* (Hodder & Stoughton, 2008).
Pierenkemper, T., «Pre-1900 Industrial White Collar Employees at the Krupp Steel Casting Works: A New Occupational Category in Germany», *Business History Review*, vol. 58, no. 3 (1984).
Piketty, Thomas, *El capital en el siglo* xxi (Fondo de Cultural Económica, 2014).
Plutarch, *Parallel Lives* (Loeb, 1916).
Quinn, James, «Dick Fuld of Collapsed Bank Lehman Brothers Says His Mother Loves Him», *Daily Telegraph*, 8 de septiembre de 2009.
Rachman, Gideon, *Zero-sum World: Politics, Powe rand Prosperity after the Crash* (Atlantic, 2010).
Rajan, Raghuram, *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy* (Princeton University Press, 2011).
Redford, D. B., «The Beginning of the Heresy», en Rita E. Freed, Sue H. D'Auria e Yvonne J. Markowitz (ed.), *Pharaohs of the Sun:*

Akhenaten, Nefertiti, and Tutankhamen (Museum of Fine Arts, Boston, 1999).

REEVES, NICHOLAS, *Akhenaten: Egypt's False Prophet* (Thames & Hudson, 2005)

REICH, ROBERT, *Supercapitalism: The Battle for Democracy in an Age of Big Business* (Icon, 2008).

REINHART, CARMEN M. y ROGOFF, KENNETH, *This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly* (Princeton University Press, 2011).

RIEMERSMA, J.C., «Government Influence on Company Organisation in Holland and England 1550-1650», *Journal of Economic History*, vol. 10 (1950).

ROBERTS, KEITH, *The Origins of Business, Money, and Markets* (Columbia University Press, 2011).

RUBINSTEIN, WILLIAM D., *Men of Property: The Very Wealthy in Britain since the Industrial Revolution* (The Social Affairs Unit, 2006).

——, *Who Were the Rich? A Biographical Directory of British Wealth-holders* (The Social Affairs Unit, 2009).

RUGGIE, JOHN G. (ed.), *Embedding Global Markets: An Enduring Challenge* (Ashgate, 2008).

SAMPSON, ANTHONY, *Who Runs This Place? The Anatomy of Britain in the 21st Century* (John Murray, 2005).

SAMPSON, GARETH C., *The Defeat of Rome: Crassus, Carrhae, and the Invasion of the East* (Pen & Sword, 2008).

SAXENA, ANIL, *East India Company* (Anmol, 2007).

SCHAMA, SIMON, *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Modern Age* (Harper Perennial, 2004).

SCHATZBERG, MICHAEL G., *The Dialectics of Oppression in Zaire* (Indiana University Press, 1991).

——, *Mobutu or Chaos?* (University Press of America, 1991).

SCHEIDEL, WALTER y FRIESEN, STEVEN J., «The Size of the Economy and the Distribution of Income in the Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, vol. 99 (2009).

Schmitz, David F., *The United States and Right Wing Dictatorships 1965-1989* (Cambridge University Press, 2006).
Shevtsova, Lilia, *Putin's Russia* (Carnegie Endowment, 2003).
Singleton, Brent D., «African Bibliophiles: Books and Libraries in Medieval Timbuktu», *Libraries and Culture*, vol. 39, no. 1 (2004).
Skrabec, Quentin R., *The Carnegie Boys: The Lieutenants of Andrew Carnegie that Changed America* (McFarland, 2012).
Slaughter, Anne-Marie, *A New World Order* (Princeton University Press, 2004).
Sorkin, Andrew Ross, *Too Big to Fail: Inside the Battle to Save Wall Street* (Penguin, 2010).
Stearns, Jason, *Dancing in the Glory of Monsters: The Collapse of the Congo and the Great War of Africa* (Public Affairs, 2012).
Stewart, H. y Goodley, S. «Big Bang's Shockwaves Left us with Today's Big Bust», *Guardian*, 9 de octubre de 2011.
Strathern, Paul, *The Medici: Godfathers of the Renaissance* (Jonathan Cape, 2003).
Surk, Barbara, «Meet Dubai's Billionaire Ruler, Sheikh Mohammad bin Rashid al Maktoum», *Huffington Post*, 12 de abril de 2009.
Swanton, Michael, *The Anglo-Saxon Chronicle* (Phoenix Press, 2000).
Thomas, Hugh M., *The English and the Normans: Ethnic Hostility, Assimilation, and Identity 1066-1220* (Oxford University Press, 2003).
——, *El Imperio español: de Colón a Magallanes* (Planeta, 2006).
——, *El Imperio español de Carlos V* (Planeta, 2012).
Thomas, Landon, «Distinct Culture at Bear Stearns Helps it Surmount a Grim Market», *New York Times*, 28 de marzo de 2003.
——, «A $31 Billion Gift between Friends», *New York Times*, 27 de enero de 2006.
Traynor, Ian, «Putin Urged to Apply the Pinochet Stick», *Guardian*, 31 de marzo de 2000.

Tweedie, N., «Bill Gates Interview: I Have no Use for Money. This is God's Work», *Daily Telegraph*, 18 de enero de 2013.
Unoki, Ko, *Mergers, Acquisitions, and Global Empires* (Routledge, 2013).
Van Houts, Elisabeth, *The Gesta Normannorum Ducum of William of Jumièges, Orderic Vitalis, and Robert of Torigni* (Oxford University Press, 1995).
Van Reybrouck, David, *Congo: The Epic History of a People* (Ecco, 2014).
Varon Gabai, R., *Francisco Pizarro and his Brothers: The Illusion of Power* (University of Oklahoma Press, 1997).
Varon Gabai, R. y Jacobs, A.P., «Peruvian Wealth and Spanish Investments: The Pizarro Family during the 16th Century», *Hispanic American Historical Review*, vol. 67, no. 4 (1987).
Ververka, M., «Richard Branson's Otherworldly Space Quest», *USA Today*, 27 de mayo de 2013.
Walker, Peter, «Nat Rothschild Loses Libel Case against *Daily Mail* over Mandelson Trip», *Guardian*, 10 de febreo de 2012.
Walker, T., «Pierre Omidyar: The Reclusive eBay Founder Will Battle with the *Washington Post* Owner and Amazon Founder Jeff Bezos to Create the Future of News», *Independent*, 18 de octubre de 2013.
Ward, Kerry, *Networks of Empire: Forced Migration in the Dutch East India Company* (Cambridge University Press, 2008).
Warner, Isabel, *Steel and Sovereignty: The Deconcentration of the West German Steel Industry 1949-1954* (Phillip von Zarben, 1996).
Waters, R., «An Exclusive Interview with Bill Gates», *Financial Times*, 1 de noviembre 2013.
Webster, Anthony, *The Twilight of the East India Company* (Boydell Press, 2009).

WEDEMAN, A., «Looters, Rent-scrapers, and Dividend Collectors», *Journal of Developing Areas*, vol. 31 (1997).

WERTH, BARRY, *Banquet at Delmonico's: Great Minds, the Gilded Age, and the Triumph of Evolution in America* (Random House, 2009).

WHORISKEY, P., «Record Thin on Steve Jobs' Philanthropy», *Washington Post*, 7 de octubre de 2011.

WILLIAM DE MALMESBURY, *History of the Norman Kings* (Llanerch Press, 1989).

WILLIAMSON, JEFFREY G., «History without Evidence: Latin American Inequality since 1491», *National Bureau of Economic Research Paper* No. 14766 (2009).

WOLVERTON, T., «Amazon, Barnes & Noble Settle Patent Suit», *CNET*, 6 de marzo de 2002.

WONG, EDWARD, «Bloomberg Code Keeps Articles from Chinese Eyes», *New York Times*, 8 de noviembre de 2013.

——, «Bloomberg News is Said to Curb Articles that Might Anger China», *New York Times*, 28 de noviembre de 2013.

WRONG, MICHELA, *In the Footsteps of Mr Kurtz* (Fourth Estate, 2001)

——, «The Mystery of Mobutu's Millions», *New Statesman*, 26 de julio de 2007.

YOUNG, CRAWFORD AND TURNER, THOMAS, *The Rise and Decline of the Zairian State* (University of Wisconsin Press, 2012).

ZAGORIN, ADAM, «Leaving Fire in his Wake», *Time*, 22 de febrero de 1993.